HERNAN FÉLIX GÓMEZ

HISTORIA DE LA CIVILIZACION

DE CONFORMIDAD AL PROGRAMA OFICIAL DE ESTUDIOS APROBADO POR EL DECRETO DE 9 DE FEBRERO DE 1938

Librería y Editorial "EL ATENEO"

4430

Hernán F. Gómez

Lecciones

de

HISTORIA DE LA CIVILIZACION

5.° Año de Estudios Secundarios

De conformidad al programa oficial aprobado por decreto de 9 de febrero de 1938.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

126X225

Librería y Editorial "El Ateneo"
Florida 340 - Córdoba 2099
Buenos Aires
1939

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION Y LOS NUEVOS PROGRAMAS

Por resolución ministerial de 9 de febrero de 1938, han sido puestos en vigencia los nuevos programas de Historia para la enseñanza secundaria. Este reajuste no es una simple reforma del contenido en cantidad de la materia a enseñarse. Es fundamentalmente antes que una reforma cuantitativa una cualitativa; el Ministerio, por el órgano de la Inspección General, ha caracterizado la función formativa de los estudios históricos en la juventud, y en base a esa posición espiritual se forjarón los anteproyectos conocidos de la reforma.

Si esto puede decirse, en general, de todos los programas para la enseñanza de la historia, el de 5º año, cuyo desarrollo me corresponde, representa una mayor novedad. Vamos a estudiar la Historia de la Civilización; nuestro curso ya no será más el de la Historia de la Civilización y la Cultura Humana, o culturas vividas por la especie en el tiempo. Va a ser exclusivamente de la primera, del patrimonio material y espiritual que el hombre sumó para la realización de su existencia, sin considerar el proceso parcial de las culturas, o sea de las formas de reacción de las comunidades humanas frente al problema de la vida. En cierto sentido nuestro curso se simplifica por aquello de que no necesitando referir el *estado* de civilización a una cultura determinada, o a las culturas que le eran contemporáneas, apartaremos sistemáticamente aquéllo que nos daba la perspectiva histórica. Pero esto es más aparente que real; historiar la civilización va a exigirnos ahondar en la exposición de las expresiones de la misma, y como en realidad su síntesis está en las conquistas del pensamiento humano, y estas conquistas, además de las objetivas, implican doctrinas, escuelas, sistemas y posiciones del espíritu, como instrumentos de progreso al alcance del hombre, su referencia exigirá una contracción mayor en el estudiante.

LECCION I

LOS FACTORES GEOGRAFICOS, ECONOMICOS, POLITICOS, MORALES E INTELECTUALES DE LA CIVILIZACION. — El hombre es un hecho universal; se lo encuentra en todas las latitudes, en todos los climas y en las regiones más aisladas e inaccesibles. Su aparición en la tierra es un asunto debatido por la prehistoria, que los sabios han vinculado a la teoría evolucionista. Pero desde su aparición, en todo el universo y en todo tiempo, el hombre no se nos presenta como conformándose con el escenario en que actúa, con los recursos naturales de éste, ni con las posibilidades que están en la medida de su capacidad física natural. Como si una fuerza superior hubiese guiado sus actos, desde el momento mismo en que fué hombre (en el caso de que aceptáramos la doctrina evolucionista) él apareció dignificado por la razón y la libertad.

Estamos en presencia de una ley sin excepción. Los más antiguos vestigios del hombre nos lo enseñan usando de esa razón y de esa libertad en la medida naturalmente de una capacidad progresiva. El fin de estas calidades no fué tampoco caprichoso; preséntase orientado en el sentido de hacer más fácil la vida, de poner a su servicio las fuerzas o los recursos de la naturaleza, para sus necesidades exclusivamente materiales primero, para aquéllas otras del mundo espiritual interior que advino después, y que él cultivó como un complemento de su personalidad.

Este señorío del hombre sobre la naturaleza, más o menos perfecto, estos medios y formas de vida, que hacen a su existencia material y espiritual, constituyen un estado al que se denomina civilización.

Naturalmente la civilización fué y será progresiva; su medida está en el señorío del hombre sobre las cosas de la naturaleza y en las formas como lo ejecuta. En este sentido, siendo la civilización un resultado de las posibilidades con que ese señorío se realiza, toda civilización depende de factores preeminentes entre los que debemos distinguir los geográficos, económicos, políticos, morales e intelectuales.

Así como no es posible pedir a los hombres mediterráneos conozcan el arte de navegar y la ingeniería naval, no podemos imaginar a los pueblos monárquicos (factor político) con un sentido igualitario. Menos todavía el que hombres fisiológica-

mente incapaces de desarrollo intelectual (como la raza negra sin capacidad craneana de cerebro, que es la medida de las facultades intelectuales) conciban ideales y sentimientos éticamente superiores.

En síntesis, nuestro curso de historia de la civilización deberá consultar los factores anotados que son fundamentales sobre todo para el estudio correlativo o comparativo que obligadamente habrá que hacer.

Cabe una advertencia última: la civilización es una, como uno es el señorío que el hombre ejercita. Pero este proceso, visto en el tiempo, ofrece etapas o períodos a los cuales por extensión también se dió el mismo nombre. En este sentido se incurre en confusiones. Refiriéndonos a la Edad Media decimos civilización medioeval, como al aludir a las edades Moderna y Contemporánea usamos también de las denominaciones de civilización moderna y contemporánea. En realidad lo que hacemos es llamar civilización a un grado determinado del señorío del hombre; tomamos la parte por el todo, un grado o etapa o período de civilización por la civilización misma, cuyo progreso evolutivo continúa. El procedimiento se presta a confusiones pero no es equivocado. No lo es porque refiriendo al hablar de Edad Media o Moderna, a un *tiempo* dado de la historia, es evidente que ese tiempo ha tenido su civilización.

Pero entendámoslo bien: hablamos de *grados* de civilización, no de *formas*. Cuando se alude a *formas* el concepto es diferente; no referimos a la civilización sino a la cultura.

TECNICA Y CULTURA. — El hombre es un complejo de necesidades, de sentimientos, aspiraciones y entusiasmos. Las primeras corresponden preferencialmente a su mundo material, a la realidad que lo rodea; las otras constituyen su mundo espiritual. Nada obtiene el hombre de todo esto sino a expensas de algo, sea actuando sobre la naturaleza, sea luchando consigo mismo, para conformarse con un nuevo estado de cosas, en rectificación sucesiva.

La vida del hombre es entonces una lucha continua, en la que triunfa o fracasa, lucha en la que tiene una *manera* de conducirse, una táctica, que es precisamente lo que constituye la técnica.

La técnica no es entonces una cosa determinada, es un

modo de actividad que lleva a un fin. Ni la máquina, ni la herramienta constituyen únicamente la técnica. Poniendo un ejemplo diríamos que la técnica no es sólo el caballo troyano, sino el proceso mental que llevó a Ulises a concebirlo y usarlo para vencer la resistencia de la ciudad sitiada.

Decimos esto porque la materialidad que integra la técnica (máquinas, herramientas, etc.), puede o no existir en ella. El yoga budista, por ejemplo, con sus tres etapas mentales de recogimiento, afloramiento y concentración, tiene una técnica sin instrumentos físicos, y llega sin embargo al dominio de lo psíquico. Sería también el caso del político que no necesita herramienta alguna.

Los animales carniceros esperan escondidos en la maraña el paso de su presa, para caer de improviso sobre ella. Esta es una técnica elemental que la reproducen todos los animales de la misma especie; es común, idéntica. El hombre no actúa siempre de la misma manera frente al mismo hecho, y como esto ocurre con todos los hombres, la circunstancia nos indica que la técnica difiere según los individuos y los grupos humanos a que pertenece. Podríamos decir que la técnica tiene todas las características de un arte, y que es interpretativo del saber humano.

Frente al aspecto individual de la técnica, de aquello que cada uno pone en ella por su mayor o menor capacidad, está su aspecto colectivo, en cuanto ella se funda en sentimientos comunes, como la unidad espiritual que fluye de creencias religiosas o principios morales idénticos.

Cuando el arquitecto egipcio construye sus pirámides, en cuyas cámaras el muerto ha de encontrar representadas las circunstancias que rodearon su vida en la tierra; cuando el cadáver es momificado para hacerlo imperecedero; cuando el sacerdote pone el féretro en lo más profundo de la construcción; el arquitecto, el momificador y el sacerdote, conciben y ejercitan una técnica que está originada en sentimientos comunes, los de asegurar la perpetuación o la vida extra humana del hombre hecho sombra. La técnica de cada uno y de todos sirve un sello común, una forma especial de la vida de relación humana, a la que se llama cultura. La técnica se convierte en un procedimiento de servir a la cultura, de crear el medio físico y moral en que ésta se produce.

—¿Y qué es la cultura? Cultura es la forma particular con que un grupo de hombres, pueblos o naciones, actúan frente al problema de la vida material y espiritual, y entienden y solucionan sus cuestiones. Y como la técnica es la manera de conducirse, la táctica, resulta que la cultura es tanto más perfecta en sus postulados cuanto aquella fué más hábil y completa en lograr los medios de acción.

CULTURA Y SOCIEDAD. — La cultura no es una posición artificial o caprichosa de los hombres o de los pueblos. Siendo la forma particular con que estos actúan frente a la vida, es natural que tenga correspondencia con la comunidad o mejor dicho, con la sociedad de la que resulta una forma de expresión. Si quisiéramos ahondar en el distingo, diríamos que la sociedad es el material humano y la cultura la expresión espiritual.

La sociedad a que aludimos es por otra parte una comunidad humana articulada por los enlaces complejos que crea la vida hasta el grado de darle una personalidad. Un grupo de seres humanos, de orígenes dispares, conviviendo en un territorio característico, como por ejemplo en una isla aislada en el océano, no forma una sociedad; llegaría a tal dignación cuando el tiempo y los factores de todo orden le forjasen un sentido colectivo, una conciencia común, la personalidad idéntica que los empareja en reacción frente a los problemas de la existencia.

Las formas con que reacciona una sociedad constituyen la cultura.

CULTURA Y CIVILIZACION. — Aún cuando ya tenemos definidos los conceptos de cultura y civilización, su uso un tanto arbitrario, que llega hasta a utilizarlos como si fuesen sinónimos, indica la conveniencia de abundar en la tarea de aclararlos.

Civilización es el señorío del hombre sobre el mundo material y espiritual; cuando se la estudia en el tiempo pueden distinguirse sus grados y referírselos a las grandes divisiones o edades de la historia. La cultura es la forma de reacción ante la vida, de una sociedad. Si varias sociedades tienen el mismo grado de señorío, o en otras palabras, la misma civilización, la forma en que la utilizan o sea en que actúan en la vida puede no ser idéntica. Si existe igualdad en las formas de

reacción esas sociedades tienen la misma cultura; si difieren, las culturas son diferentes. Un caso fácil de apreciar es el de la civilización griega con su tonalidad dispar de cultura ateniense y cultura espartana, hasta que el tiempo confundió por penetración recíproca los elementos diferenciales en el período de la decadencia helénica. Lo mismo podríamos decir, refiriéndonos a nuestro siglo, a Europa, en cuyo continente conviven en estrecho recinto geográfico naciones con igual civilización pero de muy distinto matiz cultural. Es posible que este ejemplo, de Europa, no sea del todo exacto; que sea el conflicto de intereses materiales el que ponga en aparente oposición lo que talvez, en realidad, no es sino mera diferenciación en el complejo europeo. Expresamos esta reserva porque el pensamiento filosófico europeo fué siempre clasificado como filosofía alemana, francesa, etc., referido en manera conciente o no a la tradición nacional, cuando en el fondo la filosofía fué una misma. Pero aún cuando la cultura europea fuese una, idéntica, nadie podrá negar sus matices nacionales que bastan en este caso para ejemplarizar el distingo entre civilización y cultura.

CIVILIZACION Y ESTADO. — La civilización es un hecho histórico. Como tal, fruto del esfuerzo humano, no nació en un día ni en período breve. Es el resultado de esos esfuerzos en el tiempo y en consecuencia su carácter primero es el de ser progresiva. La circunstancia misma de que nuestro curso sea de "Historia de la Civilización", como lo denomina el programa, quiere decir que ella ofrece un proceso, que como todo proceso es perfectible.

Ya hemos expresado que cuando se hace este estudio de la civilización, correlacionándola con las modalidades o grados que ofrecía en tal o cual tiempo, obtenemos su disposición cuantitativa, que puede referirse a las grandes divisiones o edades de la historia. Pero también esta referencia al tiempo puede hacerse con respecto a un pueblo o grupo de pueblos determinados, en un instante determinado del pasado, y en tal caso lo que individualizamos es un estado de civilización. Cuando estudiemos por ejemplo el antiguo Oriente nos veremos obligados a referir nuestros conocimientos a la *civilización* humana en esa época; dentro del cuadro general distinguiremos el sentido particular con que tal o cual sociedad accionó, es decir, la cultura (egipcia,

hebrea, etc.), o sea el sello particular a cuyo servicio puso tal o cual pueblo esa civilización. Finalmente correlacionándolos o ahondando en lo que uno o varios pueblos ofrecen en su proceso evolutivo, distinguiremos los *estados;* en cuanto a los egipcios y los hebreos, por ejemplo, aludiremos al estado teocrático y luego el despótico; el primero en que la vida humana sigue y se ajusta a la preeminencia de la religión, y el segundo en que liberado el espíritu y más cerca de la realidad, da preeminencia al sentido político en su forma más simple o sea el despotismo o reinado de la fuerza.

Quedan en esta forma establecidos los conceptos que van a ser habituales en nuestro curso.

LECCION II

PREHISTORIA: SUS CONDICIONES; SUS ETAPAS TECNICAS Y CULTURALES. — El pasado de la humanidad que no está escrito en las leyendas, en los sistemas filológicos, en los manuscritos, en las obras del hombre y en las crónicas de los primeros estudios, pertenece a la Prehistoria. Su conocimiento es por naturaleza deductivo, resultado del aporte de ciencias auxiliares como la mineralogía, que reconoce y clasifica los minerales, estudia sus asociaciones, sus orígenes y su estructura; la estratigrafía, que estudia las formaciones sedimentarias caracterizando las edades relativas; la Paleontología, que estudia los restos orgánicos en esas formaciones sedimentarias, la arqueología, la lingüística, etc.; ciencias todas que nos dan datos y el control necesario y recíproco de las conclusiones alcanzadas.

Cuando intentamos situar en el tiempo el fenómeno hombre, la anarquía de las opiniones es absoluta. Seignobos dice que en 520 años antes de Cristo, cuando los persas conquistaron el Egipto, éste llevaba 4000 años de existensia como estado, o sea, con personalidad política. Solon, el ateniense, afirma vió pruebas materiales de que el Egipto desde el reinado de Menes tenía 40.000 años de régimen faraónico. Platón, en su Crytias, expresa que Atenas fué edificada 1000 años antes que Sais; que la fundación de Sais se remontaba a 8000 años según los anales, y alude a una invasión de Atlantis, de hombres civilizados que habrían correspondido al continente que duerme hoy cubierto por el océano Atlántico. Y si queremos vincular al fe-

nómeno hombre con la tierra, donde actúa, nos encontramos con que Carlos Lyell, por ejemplo, asigna a la corteza terrestre una antigüedad de 700 mil años —y que el sabio misionero Royer afirma que los catorce horizontes geológicos se cumplen en un total de más de mil millones de años.

Ante esta anarquía de opiniones, cabe sintetizar algunas disciplinas fundamentales. En ese sentido, primeramente concretémonos al origen de la tierra, es decir, del planeta en que vivimos. En un principio, lo que hoy es la tierra, era sólo una nebulosa que se enfriaba continuamente, al mismo tiempo que se rodeaba de una corteza que se hacía más dura con el tiempo; esta corteza se solidificó, y gracias a una serie de fenómenos físicos y químicos aparecieron los primeros vestigios de la vida. La época en que esto sucedió la desconocemos.

La formación de la corteza terrestre la podemos dividir en cuatro períodos: 1º la era arqueolítica caracterizada por la existencia de rocas graníticas en gran cantidad y rocas esquitosas —las que constituyen los asientos firmes de la corteza—. Sobre esta era, la llamada Paleozoica o primaria, capa sujeta a continuas convulsiones, lo que motivó un relieve abrupto, lleno de zanjones y desniveles. En este suelo fracturado encuéntranse rastros de una sedimentación producida por las corrientes acuáticas. Es el período de los helechos, de los peces acorazados, de los primeros reptiles, de los insectos, el carbón, etc.

En el período siguiente, era secundaria o mesozoica, la sedimentación continua, siendo la superficie terrestre más lisa, lo cual hace que la vida animal transcurra con más tranquilidad. Los seres se desarrollan rápidamente, y en el reino mineral vemos aparecer la sal gema y la creta. Aparecen también enormes reptiles y peces escamosos, siendo en cambio las aves muy pequeñas. Entre los vegetales aparecen las coníferas y los helechos. Es además, la era de los primeros mamíferos.

El tercer período, era terciaria o cenozoica, ha sido dividido en cuatro horizontes: eoceno, olígoceno, mioceno y plioceno. En él tiene origen la formación de los mares y continentes; los mares se encuentran en continuo movimiento; las montañas se definen. Entre los vegetales aparecen las gramíneas y árboles de hojas caducas, lo que prueba que el medio de vida era más propicio. El reino animal se caracteriza por la aparición de los mamíferos placentarios que se alimentaban con vegetales. En

el subperíodo plíoceno surge el hombre en las regiones patagónicas, según los descubrimientos hechos por el sabio argentino Florencio Ameghino.

El último período o cuaternario, también denominado antropozoico, corresponde a la realidad física en que actuamos.

Su estudio no se hace bajo el punto de vista geológico, sino del fenómeno hombre. Sin embargo cabe anotarse el carácter definitivo de las formaciones aluviales. Según las teorías europeas el hombre hizo su aparición en este período y casi simultáneamente en Europa, Asia y Africa. En cambio Ameghino sostiene que el primer hombre se encuentra en las últimas capas de la edad terciara y en las pampas argentinas de la Patagonia, de donde, siguiendo a los grandes mamíferos de los cuales se alimentaba, cruzó el Atlántico por el continente que entonces existía, y entrando en el Africa, hacia el Sur del ecuador, remontó hacia el norte hasta las márgenes del Mediterráneo.

Los expositores de esta teoría entienden que en torno del Mediterráneo se extendió el hombre, pasando algunos por itsmos que unían las penínsulas ibérica e itálica con Africa, al Continente europeo. Las tribus radicadas allí, llamadas sículos o sícanos e iberos, dan su nombre a esas penínsulas, de las que no salieron porque el resto de Europa en pleno período polar, era inhabitable. Cuando el diluvio o cualquier otra catástrofe rompió los itsmos abriendo el estrecho de Gibraltar y aislando a Italia y a Sicilia, del Africa —estas tribus se caracterizan etnográficamente con el aislamiento. Pero como simultáneamente, o poco después, se desplaza de Europa el período invernal, vienen de hacia el oriente, del Asia, nuevos hombres— que se extienden sobre el resto de Europa y embotellan a los sícanos e iberos en sus territorios peninsulares.

La teoría del sabio argentino no explica al hombre como fenómeno universal. El se encuentra en todas las regiones de la tierra ofreciendo caracteres distintos. El progreso de la biología arrojó por el suelo la teoría que el dogna cristiano levantara explicando la aparición del hombre. La leyenda del Paraíso Terrenal, de Adán y de Eva, los primeros padres; de Noé y sus hijos repoblando el mundo para el triunfo de la virtud y de la moral, son hoy bellas páginas sin fundamento científico. Darwin, uno de los maestros de las ciencias biológicas, ha establecido una teoría lógica ratificada por la experimentación, sos-

teniendo que el hombre aparece como producto natural, como el fruto de una mejor adaptación a la vida. Han servido de fundamento a Darwin dos principios que hoy tienen un carácter aximático, según los cuales las manifestaciones de la vida organizada están regidas por dos leyes primarias. Una de selección natural producida por la desaparición de todo ser que no se adapta al medio, otra de adaptación del ser vivo a las propias calidades del medio. Si a estos dos principios agregamos el de la lucha por la vida de los fuertes contra los débiles, y la herencia de las calidades a través de las estirpes, podríamos tener traducido el fenómeno de toda existencia. Al tenor de estas ideas, el hombre es el producto de una continua adaptación.

Si el estudio del período cuaternario se hace desde el punto de vista del hombre, el mejor índice de referencia es el desarrollo de su industria. Con este criterio se han distinguido cuatro estados.

El primer estado es el eolítico, en el cual el hombre se vale de piedras informes, es decir, con sus formas naturales, sin que reciban ningún retoque de sus manos; las emplea como medios defensivos y ofensivos. Estas piedras se encontraron en los núdulos de Tebas y Gafsa. El segundo estado o sea el paleotítico, se caracteriza porque a las piedras le son dadas ya ciertas formas más o menos regulares; las arrojadizas son redondas; largas y afiladas las utilizadas como medio de defensa, etc. y las piedras de estas formas se encuentran simultáneamente en Tebas, Egipto y Abydos.

En el tercer estado llamado arqueolítico, la piedra presenta ya retoques por ambos lados. En este período debe mencionarse una sub fase, el mesolítico, que indica una época de transición entre la piedra común y la pulimentada, instrumentos y útiles descubiertos en las formaciones danesas.

El siguiente estado es el neolítico, o sea el de la piedra pulimentada. Distínguese en él, el período neolítico propiamente dicho, en que la piedra pulida por la acción del frotamiento, se usa con mango, con uno de sus extremos rebajados para la empuñadura — y el período eneolítico, en el que la piedra tiene mango de madera y aparecen las primeras aplicaciones de cobre y bronce. También el uso del hueso se universaliza haciéndose espadas y garfios, que se combinan con la madera.

Durante este período aparece la cerámica con vasos mal

cocidos y toscos. Las habitaciones se perfeccionan, especialmente las llamadas *lacustres*, que tenían por objeto evitar el asalto de las fieras. El caballo, el buey, el carnero, el perro, la cabra y el cerdo empiezan a domesticarse — así como a construirse tumbas abiertas en grutas naturales o artificiales. Junto a los restos humanos dodicocéfalos, que ya presentan mayor capacidad craneana, encuéntranse algunos braquicéfalos. Algunos imputan a estos últimos el progreso que llevó al hombre a la época metalúrgica.

Paralelamente a estas etapas técnicas advienen las formas culturales. Con el nacimiento del ser humano aparece un gérmen de relación social entre el hijo y la madre, fortificado por razones fisiológicas, como la lactancia, la defensa, etc., que forman lo que podríamos llamar la razón egoísta de esa relación; y otro lazo, necesario, absoluto, la simpatía que tenemos al ser que nos dió la vida, el hábito de la ayuda mutua, que constituyen el gérmen de un sentimiento de afecto.

Pero, he aquí, que casualmente, viven varios hombres en una misma región. Y, coincidencia en principio, observan una mayor facilidad para la caza realizándola entre varios. La circunstancia repetida al acaso, después por alguna idea confusa de conveniencia, establece el instinto de la solidaridad, y este factor nuevo crea relaciones afectivas que eterniza el hábito, tanto más cuanto esta rudimentaria convivencia debió decidir de las funciones de reproducción individualizando al grupo.

Otro factor debió influir en el proceso: el orgullo del varón. Nadie mejor para ayudar al hombre que un ser de la misma especie subordinado natural, por su menor fuerza o a su mayor destreza. Y el vínculo sexual, aislado y accidental en un principio, se solidificó por conveniencias naturales, llegando en evolución lógica a constituir la primer familia, en la cual la mayor fuerza del padre estableció su autoridad, que dura y se impone por la fuerza.

Cuando ella disminuye o desaparece, el núcleo familiar se disuelve. Pero como los beneficios de la cooperación son evidentes, mantienen por egoísmo unidos a los descendientes bajo la autoridad del varón débil y viejo. La muerte del viejo padre lleva la autoridad a los más viejos del grupo, que resuelven en consejo formando el clan totélico. Las formas familiares son regulares o excepcionales. Las primeras conócense con los nom-

bres de patriarcales o matriarcales, según que la autoridad o la cognación (parentesco) se lleven por el padre o la madre, debiendo advertir que esta última forma fué propia de las regiones donde la mujer estaba en enorme minoría.

Entre las formas excepcionales tenemos los matrimonios por generaciones o por tribus — pero nunca el amor libre, que no fué régimen familiar humano.

El clan, o sea el grupo de familias unidas que acostumbran individualizarse con un símbolo llamado *totem* (una figura de animal, etc.) — se asocia — para las grandes empresas de caza y pesca, con otros clanes, accidentalmente, gobernando el individuo más fuerte y más hábil. Esta cooperación prolongada en el tiempo lleva la autoridad al consejo de jefes de clanes.

La unión accidental divulgó entre los clanes los instrumentos y armas más perfectos de los otros, cuya generalización fué exponente de sociabilidad. El numeroso botín obtenido en la caza, en conjunto, despertó la previsión domesticándose los animales, única forma de conservar aumentando la reserva de carne.

Para facilitar definitivamente la caza, la pesca y la defensa de las reservas (animales domésticos), los clanes se unen en tribus. Y fué así como la tribu totélica, abre el período histórico.

Desde el punto de vista económico, el instinto de conservación afirmó la personalidad, naciendo la noción de que el "yo" era superior a los derechos de los otros hombres. La posesión de lo necesario, sugiere el concepto de la propiedad, y el deseo de garantizar la existencia, define el derecho de propiedad.

La propiedad individual evoluciona hacia la familiar, la del clan y de la tribu, paralelamente a estas formas sociales, porque el progreso, egoísta, nacido del instinto de conservación, se humaniza ante la cooperación y los sentimientos familiares despertándose los impulsos altruistas.

Pero esta convivencia necesitó ajustarse a una disciplina. Desde este punto de vista el primer elemento es la reacción ante el ataque, que engendra la venganza. La venganza es el germen de la justicia y la inspiradora de la ley del Talión. La "composición" es luego el primer paso hacia el progreso dentro de la época primaria.

La conveniencia de no provocar reacción trae la conciencia del derecho y define por último las normas éticas del grupo social.

En cuanto a las formas religiosas fácil es colegir debieron nacer del contraste entre la personalidad humana y la grandeza de la naturaleza. Los fenómenos inexplicables para el ser prehistórico, como las tempestades, inundaciones, ciclones, terremotos, etc., dañan al hombre, quien exalta los beneficios de los días normales de cielo azul y de sol, rindiendo culto y erigiéndolo al último en Dios.

Fué así como el hombre primitivo llegó a adorar al sol, que es la encarnación de los días serenos. La adoración al astro despertó júbilo, y las fiestas que se hicieron en su honor adquirían contornos fastuosos.

La existencia de estas fuerzas inexplicables de la naturaleza trajo como resultado la aparición de hombres fuertes que decían estar en comunicación con ellas. De allí los brujos o magos, que después dan origen al sacerdocio y lo definen en institución trascendental para la sociedad, y a cuya obra lenta y progresiva se deben las religiones orgánicas y superiores del ciclo histórico.

Por lo demás, la muerte inexplicable, porque la fisonomía conserva el aspecto del hombre con vida, trae el culto de los muertos, la creencia en la resurrección, elementos todos que usan y desenvuelven las religiones históricas.

TRANSICION DE LA PREHISTORIA A LA HISTORIA: LOS METALES; LA ESCRITURA. — Si los estudios de la actividad humana en la prehistoria nos permiten llegar a estas conclusiones generales, no es menos exacto que ella no se cumple en forma idéntica. Los factores geográficos, económicos, etc. influyen para que el proceso difiera, y para que tal o cual grupo de hombres, completando su evolución, entre en el período histórico antes que otros. En otras palabras, el pase de la prehistoria a la historia no tiene relación alguna con el tiempo, hecho fácilmente advertible porque mientras los tiempos históricos de Egipto nacen en cuatro mil años antes que Cristo, los de las tribus de Rusia europea apenas tienen una antigüedad de mil años después de ese suceso elegido para medir el tiempo. Lo propio podríamos decir en América, relacionando al imperio de los incas con las tribus nómades que habitaban el litoral argentino.

Tampoco el pase de la prehistoria a la historia ocurre en un momento matemáticamente determinable. Media siempre un

período de transición que está correlacionado con el uso de los metales y la invención de la escritura.

La época metalúrgica tiene dos fases; la del bronce y la del hierro. Al principio se usó el cobre, que se encuentra en la naturaleza en estado nativo; después se pasa a la aleación, el óxido de estaño y el óxido de cobre, que en proporción de uno a nueve, fundidos con carbón, dan el bronce. Y el bronce tiende a sustituir a la piedra y al cobre puro. Con él se fabrican hachas, espadas, puntas de lanzas, dardos, cuchillos, collares, anillos y tijeras.

La cerámica progresa a su vez con la aparición de la loza de barro con barniz de plomo y adornada con figuras geométricas. Se cultiva el trigo, la avena, los guisantes, el peral y el ciruelo. Ejemplares de estos granos y frutas encontrados en las tumbas lo comprueban, así como la existencia de una industria textil, trabajos de estera y burdos tejidos de lana.

Las habitaciones aparecen en mayor número, y son defendidas con murallas de piedra.

Por lo demás, el encontrar útiles de bronce en comarcas donde no se hallan sus elementos induce la existencia del comercio.

Al bronce sustituye el hierro, para la fabricación de armas y objetos de larga duración, mientras continúa el primero para los ornamentos.

Este metal que no se encuentra en la naturaleza en estado nativo, requiere procedimientos complicados para su extracción y transformación. Los pueblos salvajes del Africa, los *bantus* por ejemplo, lo preparan aún en pequeños hornos que representan esos procedimientos primitivos.

No nos cabe duda entonces que el uso del hierro importó un gran paso hacia el progreso y que afirmó la independencia del hombre en las condiciones del medio. En ese concepto, la vida siguió su curso, las construcciones fueron más firmes, la asociación natural de los hombres se multiplicó con la supremacía de los fuertes que congregó a los débiles, y poco a poco el mundo comienza su conquista de civilización. Con el descubrimiento del hierro empiezan los albores de la historia.

Si el metal es la expresión técnica de la historia, la escritura es su expresión cultural. Ella significa un desarrollo completo del idioma y el documento indudable de que la vida de re-

lación es intensa, sea porque el lenguaje hablado resultaba insuficiente para las comunicaciones, sea porque se vió conveniente conservar en el tiempo, con exactitud, los saldos del conocimiento y las creaciones de la inteligencia.

Ella permitió guardar los convenios, las leyes, las órdenes. Prolongó la grandeza de los estados e hizo posible la continuidad de una conciencia histórica.

Precisamente por el uso de los metales y el conocimiento de la escritura, las comunidades humanas de Africa y Asia discuten el honor de la sede los tiempos históricos o cultos. La antigüedad de la India envuelta en el misterio de sus libros sagrados y epopeyas, pareció, por un momento, darle el triunfo, pero Egipto, con su civilización no menos milenaria y con la revelación de sus papirus, inclinó los espíritus. Y lo curioso es que cuando se entendía concluído el debate, las investigaciones en Asiria ponen a su vez de relieve una antigüedad insospechada, que Máspero aclara con la lectura de los textos encontrados en ladrillos y murallas antiquísimas en los emplazamientos de Nínive y Babilonia.

Pero si resulta imposible, por hoy determinar el continente y la región donde los tiempos históricos florecen en una cultura orgánica, es indudable que la civilización occidental, a la que pertenecemos, nace de la de los tiempos antiguos, y que toma sus formas básicas, conforme a lo aceptado por la ciencia, en el Oriente clásico.

Con esta palabra no se enuncia un concepto geográfico. Oriente es para la historia los pueblos situados al este de Europa, y comprende tanto a Egipto, en el Africa, como a Fenicia, Palestina, Caldea, Asirios, Persas, Arios, Indues y Chinos. Estos pueblos, que contribuyen a crear la civilización de oriente, integran por hoy el momento inicial de la civilización humana.

LECCION III

LA CULTURA DEL EGIPTO PREHISTORICO Y PREDINASTICO. — El Egipto es uno de los países transcendentes con respecto a la civilización humana. Situado al norte y hacia la parte oriental del Africa, ocupó una región que las condiciones geográficas señalaban como fundamental, ya por lindar con el Mediterráneo, que es como el corazón del mundo antiguo, cuanto por estar ar-

ticulado con los demás países por caminos fáciles frecuentados por numerosas caravanas.

Es opinión general que la civilización autóctona egipcia nació en las últimas estribaciones de la cordillera líbica, en el período paleolítico, habiéndose encontrado restos de utensilios hechos de piedra aún cuando no vestigios humanos. Los primeros restos hallados corresponden al período neolítico y pertenecen a una raza blanca, de cabellos rubios al parecer, guardados en tumbas con las manos cubriendo el rostro y las piernas encogidas sobre el pecho; al lado de los mismos se encontraron estatuitas, representaciones de animales domésticos, lo que denota un grado mayor de cultura pues ya se domestica al animal. Correlativamente a estos cuerpos humanos e instrumentos, se verifica el hallazgo de los tipos chelianos en Francia.

Resulta de estos y otros antecedentes que al entrar en la sub-fase neolítica penetran al Egipto hombres que conocían y usaban el metal. Los autóctonos, utilizaban la piedra como medio de trabajo y de defensa. Esta tribu invasora, con mayores conocimientos y medios de civilización, como es el del metal, choca con la autóctona entablándose luchas prolongadas, ostentando los invasores por símbolo el halcón y los autóctonos el hipopótamo, hasta que la paz se verifica estableciéndose los unos en el Bajo Egipto y los otros en el Alto Egipto; el uno adopta como distintivo el rojo, el otro el blanco; a la flor del loto responde la hoja del papirus; al uso de la piedra corresponde la del metal.

Durante este período prehistórico y predinástico las formas sociales se ajustaron a las de los clanes totelicos, coincidiendo el despertar de la civilización con la influencia de Caldea. Es el período de los mitos y leyendas, la época de las fabulosas dinastías de dioses y de héroes, durante el cual los dos tipos de razas predominantes permanecieron separadas dentro del territorio. La historia del Egipto nace con la unión de esos elementos dispares, bajo un solo centro o poder hereditario, obra de Menes, cuyos antecesores gobernaran el Alto Egipto, y que fué rey de los dos Egiptos, es decir, del Valle del Nilo y del Delta. Su residencia fué la ciudad de Menfis.

Es necesario caracterizar la íntima vinculación que existe entre la cultura egipcia y las modalidades del río Nilo. El hecho se concretó más de una vez en las palabras de que el "Egipto

es un don del Nilo", palabras que no se llegaron a comprender cabalmente sino después de la exploración de su horizonte geológico. En efecto: el Egipto está formado por una inmensa meseta calcárea, que nació con los últimos trastornos terrestres producidos al principio de la edad terciaria. Esta meseta que surgió del mar, estaba desprovista de todo elemento de vida y surcada por depresiones profundas. Pero los grandes vientos originados en Arabia y Libia llevan granos de tierra y arena que van a mezclarse con el fértil limo y los detritus orgánicos que arrastra el Nilo desde sus nacientes, elementos que van a constituír tierras fértiles por decantación, llenando las grandes hendidudas y formando el Egipto físico. Cuando los últimos albardones de la cordillera Líbica se forman, aparece el hombre que lentamente junto con la tierra en formación, se acerca al mar.

Sobre este suelo se desarrolló la maravillosa cultura egipcia. Como principio general debemos establecer que el desarrollo de su civilización correspondió al desplazamiento de sus diversas capitales hacia el mar Mediterráneo, a partir de la cordillera en cuyas estribaciones naciera. El fenómeno obedece a la ley histórica que fija la mayor civilización como fruto de la vida de relación o intercambio de los pueblos, desde que el progreso es la suma de los esfuerzos de la humanidad. Este desplazamiento de las capitales, que se substituyen unas a las otras hasta culminar en Alejandría, denota de manera perceptible como la civilización acércase lenta y progresivamente a las vías del intercambio universal.

LA CULTURA Y CIVILIZACION DEL EGIPTO ARCAICO; SU CRISIS Y TRANSICION AL FEUDALISMO. — El Egipto arcaico, inaugurado por Menes, llega hasta fines de la dinastía 17, caracterizándose por su organización teocrática. Su base la brinda la articulación de los clanes totélicos, que forman unidad obedeciendo al Faraón convirtiéndose en distritos administrativos. Durante este período el Faraón es el dueño absoluto de la tierra, el padre de familia, que las daba en usufructo o arrendamiento.

Este período, admite la definición de dos épocas. La primera, que arranca de Menes y llega a la dinastía once, vió nacer la autoridad del Faraón, que siendo al principio revocable concluye por convertirse en hereditaria. Correspondióle cobrar las asignaciones y dirigir los trabajos públicos; junto a su autori-

dad estaba la sacerdotal, realmente omnipotente, teniendo en sus manos el poder de la religión que ejercitaron con amplitud, monopolizando funciones y los misterios del dogma.

Los sacerdotes fundaban su poder en el respeto que inspiraban como ministros de los dioses, en sus riquezas, tierras libres de impuestos y diezmos que cobraban a las otras, en el monopolio de las ciencias que cuidaban severamente y en el ejercicio de las funciones públicas.

La segunda época se extiende de la dinastía once a la diez y siete, excepto las 14 y 15 que fueron de extranjeros. Durante estas dos últimas gobernaron los hiksos o pueblos pastores provenientes del Asia, de raza semítica, que al conquistar el Egipto aportaron elementos de cultura superior como la escritura cuneiforme que desde entonces substituye a la geroglífica, relegada para los actos y leyendas monumentales.

Se caracteriza por la crisis del régimen teocrático, que si afirma la autoridad del Faraón, hace necesario que las principales familias ejerzan a su vez el poder político en sus regiones de residencia, en carácter de feudatarios. Las clases populares (artesanos, mercaderes, agricultores, etc.) no intervenían en el gobierno; tenían el peso de los impuestos, construían los edificios públicos, etc. Era un existir de servidumbre, que carecía de transformaciones; lo dirigían los sacerdotes de conformidad a reglas inmemoriales, y ellos vigilaban las estrellas para determinar el momento de la siembra, señalar los augurios e interpretar los sueños. Se trabajaba, amaba y moría sin preocupaciones del porvenir. Toda esa paz dependía del gobernante, de su benignidad o de su inquietud; solo la ambición los llevaba a convertir en soldados a sus hombres para enviarlos a la guerra y al saqueo de las ciudades estados vecinas, o para hacerlos trabajar en grandes construcciones.

Los faraones Cheops, Chefren y Micerino, edificaron las pirámides de Gizch, de las cuales sólo la mayor (430 pies de altura) representa un volumen de casi 5 millones de toneladas de piedra.

INDICACION DEL PROCESO, ORGANIZACION Y DESARROLLO DE LA AGRICULTURA, LA INDUSTRIA, EL ESTADO, LAS COSTUMBRES, LA RELIGIÓN Y LAS ARTES, EN ESTOS DOS PERIODOS. — Antes que la organización dinástica permitiera almacenar en graneros las cosechas obtenidas por el trabajo del labrador, las poblaciones

errantes que acampaban entre el Nilo y el mar representaron el papel de precursores y roturadores. Cuando aquella se produce las funciones del Faraón fueron las de un buen padre de familia encargado de la fertilidad de la tierra y del regadío como función esencial. La organización social se efectuó sobre el régimen de los inmuebles que se entregan en usufructo o arrendamiento, garantizándose este régimen con dos instituciones, el *apretu* y el *ampa*.

El apretu era un inventario de los bienes inmuebles que se tenían en usufructo, integrado con la genealogía del interesado. El ampa era el inventario de la "casa" y de los bienes muebles, como útiles, animales de trabajo, etc., y cuyo valor era el de un testamento. Custodiados en los templos, estos instrumentos jurídicos garantizaban la fortuna privada y el régimen de las herencias. No obstante cabe consignar que para heredar los usufructos se necesitaba de la ratificación que se hizo esencial en el período del Imperio egipcio.

La quietud es propia y característica de las instituciones y cosas del Egipto. De la observación de su vasto escenario, sus pirámides y sus esfinges, surge claramente ese carácter de estatismo admirable que traduce su cultura en general, influenciada quizás por la natural serenidad del desierto. Ese estatismo, también característico en sus instituciones, llega al orden social y así vemos que las familias se heredan los hábitos y costumbres, en forma tan absoluta que produce la división en clases, correspondientes a las distintas profesiones. Al fin del período teocrático, las clases se hacen cerradas con la única excepción del *escriba*, dignidad a la que se podía llegar desde cualquier origen por medio del estudio.

Durante este período la religión es un politeísmo vulgar que se encontraba inspirado en la utilidad; adoraban los animales y las plantas, encontrándose entre los primeros el ibis, que se alimentaba de serpientes que anunciaban las crecidas del Nilo, y el buey Apis, negro con un triángulo blanco en la frente y una media luna en el costado derecho; el gato, que exterminaba las ratas que en abundancia existían durante la creciente del Nilo, los cocodrilos que anunciaban lo mismo, etc. Existía también un Dios secundario, Bisú, enano deforme pero de alegre carácter que aparta del durmiente los espíritus y demonios que

rondan por la noche. Todo ello nos comprueba el fanatismo religioso del bajo pueblo egipcio.

Los dioses están generalizados en el país, pero son objeto de adoración local, como Amón, que corre la suerte de los reyes que lo adoran. Este Dios Amón llegó a ser tan poderoso en tiempos de Ramsés, que tuvo flota y ejército propio, importando la constitución de un estado dentro del Estado general egipcio. La religión egipcia inspiró por lo demás a las bellas artes; entre éstas especialmente a la arquitectura.

El culto de los muertos fué también una consecuencia de sus doctrinas religiosas. La idea de la muerte parece ser una preocupación contínua; admitiendo la existencia del doble, expresada por el alma, tanto en los dioses como en los hombres, se sostiene que el doble no muere en el momento mismo en que el aliento expira en los labios del hombre; sobrevive, pero con vida precaria, cuya duración depende de la del cadáver y se mide por éste. Cuando el cuerpo se descompone, el alma, el doble, va alejándose hasta que desaparece iniciando el viaje hasta junto al Dios, donde sus actos son juzgados. Era, pues, necesario evitar al alma la agonía haciendo la carne incorruptible, y ello se consigue momificando los cadáveres. Según la leyenda, antes de la primera momia, los hombres mueren en dos tiempos: primero el cuerpo, luego el alma. Pero habiendo Tifón asesinado o Osiris, Horus reunió los trozos de su padre, los perfumó, los saturó de materias que evitan la descomposición y los envolvió en vendas, recitando intertanto fórmulas que hicieran eterna su labor. Osiris, fué pues, la primera momia que sirvió de modelo a las demás.

La arquitectura se puso al servicio del culto de los muertos construyendo los sepulcros. Distínguense en esta arquitectura dos períodos: tenemos las excavaciones en la cordillera Lybica que reciben el nombre de catacumbas y que son la primera manifestación arquitectónica. Estas excavaciones tienen corredores que conducen a salas sostenidas por hermosos pilares. En el segundo período aparecen las pirámides.

En síntesis podría decirse que el saldo del Egipto prehistórico y predinástico fué el establecimiento de la agricultura y la fundación de ciudades-estados, y que transcurre entre los seis mil y tres mil años antes de Cristo. El del Egipto arcaico una articulación nacional bajo el poder de un Faraón con un ré-

gimen teocrático que cede luego ante la soberanía de señores locales (feudalismo) que facilita la conquista de una nueva raza semítica; los hiksos o reyes pastores dominaron varios siglos, siendo mirados con hostilidad, como extranjeros y bárbaros, y expulsados hacia 1600 antes de Cristo.

LECCION IV

LA CULTURA Y CIVILIZACION DEL IMPERIO EGIPCIO. — Como consecuencia de un fuerte movimiento patriótico los egipcios se liberaron (1600 años antes de Cristo) del yugo semita de los reyes pastores, y bajo ese mismo influjo aquel pueblo entró en un nuevo período que se denomina Nuevo Imperio o Imperio egipcio, en oposición al período arcaico. El Egipto que antes de la expulsión de los hiksos no había estructurado una sólida unidad (crisis del feudalismo), se sintió desde entonces estrechamente unido, naciendo de aquella conquista semita y de la insurrección liberatoria, un fuerte espíritu militar. Sus faraones se sintieron conquistadores, iniciaron una política de expansión, y como habían logrado carros de guerra y caballos, extendieron su dominación (bajo Totmés III y Amenofis III) en el Asia hasta más allá del río Eufrates, en la Mesopotamia. Fué una lucha larga, de suerte diversa, que llena un período de más de diez siglos, en que los egipcios, los semitas de Babilonia, los asirios, los hititas y los sirios, van y vienen entre escenas de destrucción y saqueo.

La llegada de los *arios*, que habría de tener tanta influencia en el mundo egeo, después del año 600 antes de Cristo, apenas si repercutió en el Egipto. Sus dinastías se sucedían creciendo el refinamiento y la complejidad de la vida. A los monumentos de los tiempos antiguos, las pirámides estaban en el tercer milenio de existencia, se agregaban nuevos y espléndidos edificios sobre todo de la 17 a la 19 dinastía. Los templos de Karnak y Luxor son de esta época, como los palacios de los faraones y los influyentes, decorados, con bellos muebles y costumbres delicadas; bailes, banquetes, excursiones en el Nilo; útiles de cobre y bronce, tejidos de hilo fino, algodón y lana. No se usaba moneda y si el régimen de trueque era la permuta, se usaba el oro y la plata para los cambios del comercio, como las piedras preciosas. Cuando se introdujo la moneda la esclavitud decayó.

La organización del Imperio egipcio fué despótica, y su existencia arranca de la dinastía 18 llegando a la 26.

INDICACIÓN DEL PROCESO, ORGANIZACIÓN Y DESARROLLO DEL ESTADO, LA ECONOMIA, LA ADMINISTRACIÓN, LAS COSTUMBRES, LAS IDEAS, LA RELIGION, LAS ARTES Y LA LITERATURA. INTERNACIONALISMO Y MONOTEISMO: IKNATON. — Sus formas corresponden a un proceso evolutivo en el cual pueden distinguirse dos épocas: la primera, de la 18ª a la 23ª dinastía, y la segunda de la 23ª hasta la dominación romana.

La renovación despótica concluye en la 18 y 19 dinastía, en que Ramses convierte las clases en castas cerradas. Es el período de las conquistas, de la vinculación con el Asia, del auge de la escritura cuneiforme, del desarrollo del comercio, etc. La propiedad va siendo usurpada por el Faraón, mutiplicándose el paisano adscripto a la tierra, que se dividía en *nomos* o circunscripciones que nadie podía abandonar.

El propietario alimentaba al agricultor y gozaba íntegramente del producido del trabajo. Por su parte en las ciudades se multiplicaron los talleres donde el obrero trabajaba bajo la dirección de capataces y bajo la presión del látigo, como en el campo el agricultor, en escuadras, que se gobernaban con el palo.

La segunda época se inicia bajo el reinado de Bocoris, y es conocida con el nombre de época de los contratos o de la reorganización jurídica. En ella la usurpación de la tierra por el Faraón es completa, quien la divide por partes iguales con los sacerdotes y los guerreros, los cuales la arriendan o dan en usufructo si no prefieren hacerla trabajar con sus siervos. Los faraones son monarcas absolutos, empeorándose la situación de las clases trabajadoras.

Los trabajos públicos que al principio fueron hechos por egipcios, son efectuados por esclavos. Cuando se conquista la península del Sinaí, los prisioneros de guerra se convierten en esclavos que trabajan en la construcción de las pirámides, sucediendo lo mismo con los prisioneros de las guerras con que los faraones inician sus conquistas. Igual pasa con los hebreos que se hallaban establecidos en el territorio egipcio.

En este segundo período los faraones extreman sus violencias, exigen el servicio militar a sus súbditos y abren conquistas atraídos por la ambición y la riqueza. Y es así como choca Egipto con Asiria, cuyos ejércitos en sus excursiones guerreras

arrastran a los pueblos intermediarios y vecinos. Son famosas las guerras de Ramsés contra los asirios y de éstos contra los egipcios. Contemporáneo de Ramsés era el rey asirio Arsubanipal, cuyas luchas han dado amplio asunto a Máspero.

Estas luchas se hacían por medio de "levas", siendo los elementos bélicos de combate además de lanzas, dardos arrojadizos, etc., las célebres caballerías, constituídas por pesados carros de dos ruedas que llevaban espolones y con las cuales irrumpían las filas del ejército enemigo. Entre los hallazgos efectuados en la tumba de Tuthankhamon, fueron sacados carros de guerra copiados o imitados por los romanos y los griegos.

En cuanto a la organización familiar, la situación de la mujer que en la primera época fué muy desventajosa por cuanto existía la poligamia, a partir de la segunda experimenta algo así como un ascenso de categoría, sobre todo porque las normas sociales se suavizan; así las mujeres, que durante el primer período eran condenadas a muerte por el delito de adulterio, en el segundo pagan su culpa con una multa.

Por otra parte el auge del comercio concluye con el trueque o cambio, introduciéndose el dinero, que facilita la adquisición de efectos y el atesoramiento de la riqueza.

Con la grandeza material el desarrollo de la cultura se multiplica. Si Tutmosis III es el príncipe más grande del mundo antiguo, porque sus dominios llegan hasta el Tigris, es también el protector del arte y de la edificación. En el siglo XV antes de Cristo, Ramsés (19 dinastía) llena la escena política, y paralelamente es el Faraón *constructor*. Templos, palacios, ciudades, diques, tumbas magníficas, van levantándose en todo el valle del Nilo, y si a veces son construcciones independientes, se engrandecen con el tiempo, como el templo de Karnak que llegó a ser una verdadera ciudad.

En el segundo período, como las capitales derivan hacia el mar y en esa parte del territorio no existían montañas la arquitectura las levanta artificialmente utilizando las grandes canteras de granito y pórfido, formándose así enormes y magníficas pirámides.

Durante este período culmina la escultura, filtrada del estatismo que sugiere el desierto. En general es simétrica; compónese de dos piedras trabajadas matemáticamente, mientras unos construyen una mitad, otros construyen la otra buscándo-

se la impresión planimétrica. Evolucionó cuando la cultura helénica difundió en Egipto su concepto de la vida.

La literatura tuvo expresiones valiosas sobre todo las de carácter ritual y religioso, de las que se conocen El Libro de los Muertos, el de las Puertas, etc. Su estudio, como el de las producciones de orden científico, es lento y de articulación difícil, a pesar de descifrarse la escritura utilizada. Puede decirse que esa literatura contiene el germen de las más grandes ideas que dan nacimiento a la cultura humana como vamos a advertirlo al estudiar la época helenística de Alejandría. Un precioso documento, por ejemplo, llamado el "papirus de Turin", nombre de la biblioteca en que se custodia, divide los antiguos tiempos egipcios en tres períodos, con más de diez mil años, simbolizando el poder de las fuerzas primitivas de la tierra y el cielo, regidas por el movimiento de los astros. Es la base de una concepción cosmogónica, como síntesis del fenómeno de la vida.

Pero lo que más destaca el pensamiento egipcio es la religión, que de un carácter más popular que sacerdotal (en el período arcaico) evoluciona en el sentido de un cuerpo de doctrina moral y dogmático.

Parte de la existencia de un Dios Creador al que llamaban Ra u Osiris, quien había pacificado a los hombres y forma parte de la trinidad Isis, Osiris y Horus, divulgada por la leyenda y extendida por todo el Egipto.

Si quisiéramos definir la religión egipcia diríamos que en su esencia fué un monoteísmo, y en sus manifestaciones formales un politeísmo.

El dios era creador; todo lo que vivía había sido hecho por él; era el dueño de la eternidad sin límites, por eso era eterno; era inaprehendible, incomprensible e infinito; estaba en todas partes; era invisible, misericordioso y omnipotente. Esta definición dogmática (de Paul Pierret, sabio del museo egipcio del Louvre) contiene el fondo del sistema no así de sus expresiones formales. Como existían dioses locales se rendía homenaje a éstos y luego a aquel que era el predilecto del Faraón reinante. Tal circunstancia obligó a trabajos que reuniesen en un solo cuerpo las doctrinas, cultos y formas, yuxtaponiéndolas, misión que constituyó la preocupación de la clase sacerdotal. Por este procedimiento, Amon, que fué primero la divinidad local de Karnak, se hizo el Dios del Egipto, preeminencia que no hubiese

tenido sin el auge de los príncipes de Tebas y del prestigio que le deparó el hecho de que bajo su protección se arrojó a los reyes pastores.

Podría asegurarse con este fundamento que la religión en el Imperio egipcio estaba vinculada a la política. Nada extraño entonces que cuando las expediciones militares y la conquista de la Mesopotamia pusieron al Egipto en contacto con otras civilizaciones y dogmas religiosos, las ideas locales sufriesen su influencia. Fué un período de internacionalismo que buscó su armonía con la concepción religiosa monoteista de los egipcios, y cuya expresión destacada es la reforma religiosa de Amenophis IV (1375 antes de Cristo), que destrona a Amon, y lo substituye con Aton, el sol esplendente, el signo más visible de Dios.

La reforma considerada por algunos como una simple substitución de dioses, fué un paso más en el camino del monoteismo. Si los sacerdotes heliopolitanos habían exaltado a Ra como creador y guía del universo, derivaron después a un panteismo que no estaba en el dogma, y otorgaron a otros dioses los atributos y el valor de Ra. Resultaba necesaria una reforma que unificara tales atributos divinos, sobre todo porque ellos, en la nueva vida de relación del Egipto, habían sido encontrados en dioses extranjeros. La concepción de Aton correspondió a esta concepción monoteista universal, pero su auje fué el de la vida del Faraón que concibiera la reforma. Amon volvió a los templos y el sentido panteista de la evolución religiosa egipcia no pudo ser contenido, llegándose a la divinización de animales.

LEGADO DEL EGIPTO A LA CULTURA Y CIVILIZACION. — El pueblo egipcio tuvo su misión que cumplir. Fue la de sembrar en el alma de Grecia su civilización e iniciar a los hebreos en la doctrina filosófica haciendo de nexo entre el Oriente y Occidente. A fines de la segunda época comenzó a disolverse por las conquistas extranjeras (asirios, persas y macedonios), tanto que sus últimos faraones son exponentes de un nuevo espíritu. Psametico se alió con griegos y les dió tierras en el Egipto para que las poblasen; Amaris incluyó en el culto oficial ofrendas a los templos helenos, y en una palabra la disolución de la personalidad de la cultura egipcia se precipitó. Los persas, primero y los romanos después, concluyeron con ella.

LECCIÓN V

LA CULTURA Y LA CIVILIZACION MESOPOTAMICA DESDE EL PERIODO SUMERIO-SEMITA HASTA LA DESTRUCCION DE NINIVE. — Hacia el año 6 mil antes de Cristo, la Mesopotamia inferior, con una antigüedad equivalente a la de los grupos que habitaban el Valle del Nilo, era residencia de un pueblo que ya construía ciudades y templos y ofrecía una organización más elevada que la de las aldeas salvajes. El Eufrates y el Tigris desembocaban entonces separadamente en el Pérsico, y en la zona comprendida entre sus bocas fué donde los sumerios construyeron las primeras ciudades.

Eran gentes de color moreno, habían inventado una especie de escritura que ha sido descifrada, descubrieron y usaron el bronce, y construían casas como torres con ladrillos cocidos al sol; sobre planchas de arcilla finas hacían sus inscripciones; domesticaron al vacuno, el lanar, el cabrío y el asnal y se vestían con tejidos de lana.

Cada una de las ciudades sumerias constituía un estado independiente, con su dios y sus sacerdotes, pero algunas de ellas establecieron dominación sobre otras cobrándoles tributo. Una inscripción alude al *imperio* de la ciudad sumeria de Erech y a su soberanía desde el Golfo Pérsico al Mar Rojo. El idioma se formaba de sílabas acumuladas, y se prestaba al método silábico de palabras escritas para significar ideas, que no pueden representarse directamente con el dibujo. Por eso cuando otros pueblos, con idiomas menos silabeados, usaron la escritura pictórica, los sumerios modificándola llegaron a la de orden alfabético. El distingo se hace claro cuando anotamos que en China, por ejemplo, no se llegó al grado alfabético.

Esta comunidad agrícola, perturbada como la de Egipto por pueblos nómades, pastores, lo fué especialmente por tribus claro obscuras, semíticas, que cuidaban manadas de ovejas y cabras en la zona de Siria y Arabia, y que haciéndose conquistadoras llegaron en 2750 antes de Cristo a conquistar la Sumeria dirigidos por Sargon.

Este jefe, con su pueblo, los akkadios, tomó los elementos de cultura de los sumerios, su idioma y su escritura, y organizó un imperio que duró dos siglos, y que luego cedió al empuje de otros pueblos semitas. La nueva capital fué instalada en la hasta entonces insignificante ciudad de Babilonia, y el nuevo imperio

se consolida con el gran rey Hamurabí (hacia 2100 antes de Cristo) a quien corresponde el primer código de leyes que conoce la historia. Se produjo una penetración total de los elementos raciales, y el imperio babilónico fué semita por su lengua y su carácter.

EPOCAS DE SARGON DE AKKAD, HAMURABI Y NABUCODONOSOR. INDICACION DEL PROCESO, ORGANIZACION Y DESARROLLO DE LA ECONOMIA, LA POLITICA, LAS IDEAS, EL DERECHO, LAS LETRAS, LAS ARTES Y LAS CIENCIAS EN ESTOS PERIODOS. — Si el período de Sargon de Akkad es el de penetración y triunfo en Sumeria de los semitas, y el de Hamurabí el de la confusión de vencidos y vencedores, y de formación de una cultura semítica brillante, el de Nabucodonosor constituyó su esplendor político y militar. Pero no se llegó a él sin la intervención de otras tribus, de la misma raza, denominadas asirias, que desde la alta Mesopotamia actuaron en base a ciudades reductos, con formas despóticas, la principal de las cuales fué Ninive.

El más antiguo de los reyes asirios es Nino; se discute hasta su existencia, pero suponiéndolo un mito como un personaje de la realidad, fácil es ver en él una síntesis de la política asiria respecto de los países conquistados.

Se alió con los árabes sometiendo a los babilónicos a su influencia. Cometió crueldades. La inscripción "felices de los muertos" encontrada en muros y columnas, nos basta para darnos idea de la enorme crueldad de los procedimientos.

Los mismos reyes sacaban los ojos a los vencidos, cometiendo ensañamientos de todo género con los prisioneros; algunos eran perdonados, pero convertidos en "cosas", cuya vida trascurría en medio de martirios. Pone esto de relieve la falta completa de sentimientos humanitarios en los Asirios? Sus reyes eran venerados como dioses. Sublevarse contra ellos era un sacrilegio, un atentado a la divinidad que debía ser castigado. No debe extrañarnos por tanto tales crueldades que resultan explicadas aun cuando nunca justificadas.

En la antigüeedad la conquista se reducía al cobro de un tributo, cuyo pago libertaba al país de mayores exigencias, dejándose a veces al rey reinante en su trono, sin alterar mayormente la organización del estado. De esta manera el pueblo vencido quedaba casi en libertad completa y en ejercicio relativo de sus atribuciones, y por tanto en condiciones de afrontar una

guerra o lucha contra el pueblo vencedor, en este caso el pueblo asirio. Este punto de vista explica la crueldad para con los vencidos que resultaban rebeldes, sin perjuicio de que recordemos que la personalidad de los reyes se hallaba confundida con la de los dioses, y por lo tanto atentar contra el rey era un sacrilegio cometido contra los dioses, castigado de manera severa.

Al reinado de Nino sigue el de Semiramis, famosa mujer conquistadora, quien al frente de los ejércitos desarrolla una política de expansión apoderándose de Bactriana, llegando hasta la India, donde si es vencida no pierde su espíritu de conquista. Obra de Semiramis son los "famosos jardines colgantes", una de las "siete maravillas del mundo". No sólo se manifiesta en el factor artístico sino también en la construcción de caminos que bordean precipicios y montañas; caminos que aun se conservan, utilizados después por los comerciantes, especialmente los fenicios. Estableció facilidades comerciales y sus ventajas respectivas.

Tiglat Pileser III conquistó Babilonia en 754 antes de Cristo fundando el Nuevo Imperio Asirio, y Sargon II proveyó a su ejército de armas de hierro. Su nieto, Assurbanipal, más conocido por el nombre de Sardanápalo, conquistó de hecho el Egipto (670 antes de Cristo) sometido en ese entonces a una dinastía etíope.

Se ha dicho de Sardanápalo fué el rey menos digno de la humanidad. Tenía un concepto de la vida puramente materialista, ideología puesta de relieve en su epitafio, que dice: "Ya no soy más que cenizas, pero poseo lo que he comido, lo que me he divertido y los placeres del amor". A tal punto llegaron sus excesos que los pueblos dominados se sublevaron incendiando a Ninive, lo que determina la caída definitiva de Asiria.

Todos los principales monumentos de Ninive, templos, toros alados, relieves de reyes, caza de leones, etc., se hicieron entre los 1600 y los 600 antes de Cristo, período que también comprende el esplendor de Babilonia que aun cuando fuera una ciudad conquistada tenía más población y cultura que Ninive.

Su gran dios, Bal Marduk, sus comerciantes y sus sacerdotes, eran tratados respetuosamente por los asirios.

Entre los pueblos que tomaron e incendiaron a Ninive (año 606 antes de Cristo), estaba uno semita, del sureste de la Mesopotamia, el de Caldea, aliado con otros asirios del nordeste.

Los vencedores se repartieron los despojos. En el norte se fundó el imperio meda bajo la soberanía de Ciaxares, con capital en Ecbatana, que llegaba al oriente hasta las fronteras de la India, y hacia el sur se organizó el imperio caldeo, el segundo imperio Babilónico, que llegó a un alto grado de fuerza y poderío bajo Nabucodonosor.

Su esplendor trascurre de 606 a 539 antes de Cristo. Babilonia fué el escenario de una gran actividad intelectual. Desde los tiempos de Sardanápalo contaba con una inmensa biblioteca de tablillas de arcilla, que se ha desenterrado y constituye el más precioso tesoro de información histórica. Con Nabucodonosor ese movimiento de ideas acreció. El hábito de trasplantar los pueblos puso en contacto dogmas y preocupaciones perfeccionándose los sistemas, como habremos de constatarlo al estudiar a los hebreos.

Los mesopotámicos dieron a la humanidad el método de escritura cuneiforme, conocían las ciencias políticas, cultivando la historia conservándola en anales especiales. Sus libros hacían escribiendo sobre planchas de adobe blando que luego cocían. Su organización política era despótica, había una clase superior pero no cerrada, que tenía con respecto al rey la misma dependencia que las inferiores; esta clase era la guerrera.

En materia de religión llegaron a profesar un politeismo irregular en el cual adoraron los dos principios consagrados; el masculino y el femenino. El culto de la piedra negra, es la exaltación del culto masculino. El principio femenino fué el Astarte y su culto consistió en grandes bacanales.

Desde el punto de vista de las ciencias contribuye a los estudios de la astrología (astros, costelaciones, eclipses, etc.), verificándose igualmente el progreso de la medicina, de las bellas artes con sus hermosos palacios y sus murallas extensas, arquitectura que después desarrollo Grecia, lo que se pone de manifiesto al efectuar la comparación entre los restos de estas dos culturas. Aparece en Caldea la cúpula que fué luego importada a Roma. En Asiria nace o se origina el arco cerrado regular y la columna que resurge con el renacimiento.

REFERENCIAS CRONOLOGICAS Y COMPARATIVAS CON RESPECTO AL EGIPTO. EL LEGADO MESOPOTAMICO. — El imperio de Hamurabí, que consolida la conquista de Sumeria por los semitas y origina el imperio babilónico, coincide con la invasión a Egipto

de los Hiksos o reyes pastores, pueblos de la misma raza. Pero mientras los semitas en la Mesopotamia crean un poder formidable y se asimilan a los vencidos, los del Egipto son considerados como extranjeros y expulsados por el movimiento popular que capitanearon los príncipes de Tebas en 1600 antes de Cristo.

La historia de mesopotámicos y egipcios está íntimamente articulada. Fue una lucha continua en que los ejércitos de ambos imperios, tuviese Mesopotamia la hegemonía de Ninive o de Babilonia, cruzaban las tierras entre el Mediterráneo y el desierto de Arabia, para destruir y saquear sus respectivos territorios. El triunfo y la derrota eran sucesos alternados, y las guerras más crueles las mantenidas por Asurbanipal.

Liberado el Egipto con Epsamético I, llevó con Neco II sus ejércitos hasta Siria, pero cuando intentó conquistar la Mesopotamia, fué vencido por la Babilonia del segundo imperio, que extendió sus fronteras hasta los antiguos confines del Egipto (606 a 539 antes de Cristo).

Cuando en 538 se unen los imperios medo y caldeo (y sube al trono Ciro el persa, que ya gobernaba el primero) esta articulación histórica se tradujo poco después en nueva conquista del Egipto, la que cierra su vida independiente.

Los resultados de este contacto entre las civilizaciones egipcia y mesopotámica no pudieron ser más saludables. Sobre el dolor de los pueblos y la destrucción de sus ciudades, cabe destacar el intercambio de la técnica y las creaciones de la inteligencia. La escritura cuneiforme influye en la egipcia y se generaliza; las costumbres se morigeran con el lujo; las expresiones artísticas se compenetran y se intercambian los productos y los útiles de trabajo.

La civilización mesopotámica ha entregado al hombre con sus consignaciones escritas la mejor información histórica.

LECCION VI

LA CULTURA Y CIVILIZACION DE LOS FENICIOS. — Algunos de los pueblos semitas que en las regiones de la Siria y la Arabia ambulaban cuidando sus ganados, se dirigieron al oeste aficionándose al mar. Establecieron una serie de ciudades en las costas orientales del Mediterráneo, siendo las más importantes las de Sidón y Tiro. Cuando Hamurabi dominaba en Babilonia, es-

tos ya ocupaban la cuenca del Mediterráneo como comerciantes, vagabundos y colonizadores.

Estos pueblos y sus ciudades, conocidos con el nombre de fenicios, crearon una civilización y definieron una cultura en base a una organización fundada en la riqueza lograda mediante el comercio. Fueron los estados comerciantes del Oriente, actuando en el drama histórico, con personalidad, hasta los últimos días de Cártago, una de sus colonias convertida en la metrópoli del Mediterráneo.

INDICACION DE LAS NAVEGACIONES, DEL SISTEMA COLONIAL Y MERCANTIL, DE LAS INDUSTRIAS E INVENCIONES, LA ORGANIZACION DEL TRABAJO Y LA DIFUSION DEL ALFABETO. CARACTERISTICAS POLITICO-SOCIALES Y RELIGIOSAS. EL LEGADO FENICIO. — El pueblo comercial por excelencia fué Fenicia, que no fue un estado nacional sino un pueblo dividido en infinidad de unidades políticas independientes, de régimen municipal. Esta organización en ciudades independientes obedece a que las de mayor poderío fundaban sus colonias, que a su vez se independizaban una vez alcanzado un cierto grado de progreso.

A pesar de la insignificancia de los estados fenicios, su obra es más trascendental que la de los reyes persas, y nos referimos a estos porque, culminando en fuerza, no pudieron igualarse en acción social a los fenicios, aun cuando estos echaron mano en sus actividades de la picardía y la mentira, imperfecciones que no quitaron al comercio su noble trascendencia.

El Hércules tirio, que es Melcarte, fué un mito con todos los caracteres de la edad antigua, debiéndose a él la fundación de Tiro y Sidón; fué un Dios bienhechor. Su misión es la reunión de los hombres en ciudades para hacerles más feliz la vida. Melcarte, Dios hacedor, es prototipo del pueblo fenicio.

El genio de este pueblo debe estudiarse a través de su derecho de gentes. Desde este punto de vista, Melcarte, exaltación del principio masculino, es una divinidad guerrera, como Astarté, que siendo la ponderación femenina, se ofrece al culto montada sobre un león llevando una lanza en la mano. Este carácter guerrero se debe a que el comercio tiene su origen en la guerra de piratería, que entonces fué un hábito. Las principales ciudades se veían obligadas a fundar sus colonias sobre la costa del mar, o próximas a importantes rutas comerciales, con el propósito de facilitar el intercambio de mercaderías. Para esto

debían conquistar o comprar los terrenos. Lo primero fué lo más general. Por esto, toda fundación fenicia fué dura y cruel, hasta el punto de que cuando no tenían prisioneros para rendir tributo a sus dioses llegaban al sacrificio de sus hijos. Todos los pueblos fenicios asumieron un carácter guerrero como consecuencia de su espíritu de expansión; no obstante, es común el sentir de que Tiro no lo fué en grado superior a Cártago. No es así; los mismos caracteres de ésta tenían Tiro, Sidón y todas las ciudades fenicias. Lo que sucede es que los cartagineses fueron enemigos de los romanos, quienes los hicieron odiosos con narraciones exageradas de las cuales resultan destacándose en el grupo fenicio.

La cultura fenicia puede juzgarse a través de sus actividades; son estas la del comercio, las artes, la navegación y los viajes. Obligados por la naturaleza a lanzarse al mar, actúan en él desde que el hombre inició la navegación. Los poemas homéricos consignan ya la intervención de los fenicios; la "Odisea", que es un poema marítimo nos los muestran como comerciantes y piratas. Tal fué su predominio en el mar, que al Mediterráneo se llamó "mares tirios", es decir, sugetos a Tiro. El límite de sus correrías fué incomensurable; cruzaron las columnas de Hércules, llegaron al norte de Europa hasta el Báltico. Según crónicas egipcias, dieron vuelta al Africa bajo el reinado del faraón Neco, partiendo del mar Rojo y volviendo al Delta por las columnas de Hércules. Antes no se creyó que esto se hubiera realizado, pero hoy se admite como posible, por cuanto la circunnavegación del Africa por el occidente es más difícil que por oriente, a causa de los vientos.

No sólo el pueblo fenicio comercia por mar; lo hace también por tierra. Este comercio se hacía sobre todo con la Arabia, que tiene regiones fértiles, constituídas por grandes oasis unidos entre sí por caminos cruzados por caravanas. Los fenicios se lanzaron siguiendo estas carreteras; pasaron por Palestina para poder acercarse al mar Rojo y llegar a la India: vinculaban de esta manera sus ciudades, que llegaron a constituir centros activos de comercio. Esto trajo como consecuencia el enriquecimiento del pueblo fenicio y de todos los a él vinculados; el lujo, que entonces existió, produjo más libertades en las costumbres; las ciudades fenicias se hicieron famosas por ello. Establecieron cultos, como el de Adonis, que según el mito era el

amante de la Diosa Astarté. Anualmente, cuando las corrientes del Líbano traían sus aguas teñidas de rojo, rendían culto al amante divino, culto que consistía en la prostitución de las mujeres en su homenaje mediante presentes que pasaban al tesoro del templo. Favoreció además la liviandad de las costumbres el comercio de esclavos, que se desdobló en obra de compensación, articulando a los pueblos. A ese efecto, los fenicios hicieron guerras, aunque la forma más común de realizar la caza de esclavos fué la de arribar a las costas y cuando sus barcos estaban llenos de gente atraídas por sus mercaderías, se lanzaban al mar, reduciéndolos a prisión. Estas actividades atrajeron gran número de extranjeros, que en seguida se incorporaron a la clase media; de esta manera en las ciudades fenicias creció la plebe, que vivía a expensas de la clase rica. Cuando el número de la plebe constituyó un peligro, pensaron en las colonias, y las fueron fundando, primero en Chipre y después en las costas de Sicilia. La fundación de colonias no obedece sólo a este propósito, sino que fué consecuencia de las guerras civiles, a raíz de las cuales los partidos vencidos emigraban, fundando nuevos establecimientos. Así fueron fundadas Cartago y más de trescientas ciudades de menor importancia.

Estas nuevas ciudades pagaban un tributo a la metrópoli hasta que lograban independizarse. Cuando Cartago se hizo libre multiplicó la fundación de esas colonias en las Baleares, Sicilia y las costas de España; en ésta, Cádiz llegó a ser un famoso centro de expansión. Si eligiéramos a un pueblo que fuera síntesis de la raza fenicia, tomaríamos a Cartago, no solamente por sus caracteres internos, sino también por el papel que le toca desarrollar en la historia.

Las civilizaciones de Oriente y Occidente antes de compenetrarse chocaron en dos conflictos memorables: las guerras médicas y las guerras púnicas. En estas últimas Cartago representa al Oriente y Roma al Occidente. El triunfo que por un momento pareció inclinarse a favor de Cartago se conquistó por Rollegan a nosotros. En Cartago encontramos sintetizados todos los caracteres de la raza: la doblez de la fe púnica y la crueldad de su política. Las guerras cartaginesas se caracterizan por el auge que alcanzan los derechos del vencedor. Esta barbarie se puso de manifiesto sobre todo en la conquista de Sicilia, donde ma, permitiendo la definición de su cultura, cuyos beneficios

arrasaron las ciudades y concluyeron con los vencidos. La conquista de España hecha por Amilcar Barca fué también a sangre y fuego. Esta barbarie culmina en la represión de los mercenarios sublevados, en cuya oportunidad Amílcar hizo matar a más de 40.000 hombres en un desfiladero; otros fueron transportados a la isla Osteades, que era desierta, donde perecieron de hambre a la vista de la metrópoli fenicia.

Cuando Jerges declaró la guerra a los helenos, Cartago se alistó en las filas persas con más de 300.000 soldados y 200 barcos; después de la derrota del gran rey Cartago continuó la guerra con los griegos de Italia, lucha que se prolongó por más de dos siglos, hasta que intervienen los romanos iniciándose entonces las guerras púnicas.

Pero en medio de estos excesos, los fenicios hicieron grandes beneficios a la humanidad: el comercio, el abecedario, el vidrio, la púrpura, los tejidos y cien conquistas más del trabajo inteligente forman el saldo de su actividad civilizadora.

De este legado debemos destacar la divulgación del alfabeto y las prácticas del comercio. Del uno porque permitió la escritura fácil, representativa de la palabra silabeada, y no aquella que se traducía en el dibujo. En lo que hace al comercio, si bien el fenicio estaba vinculado a las prácticas de la piratería, a la mala fe y a los procedimientos arteros, cumplió su función de articular a los pueblos sin los grandes sacrificios de las guerras. El comercio es la actividad que hace efectiva la división del trabajo en los pueblos, contribuye a su compensación, y en los grandes saldos de la actividad humana arraiga el sentimiento de identidad de los destinos universales. Por eso Montesquieu, refiriéndose a las funciones del comercio, expresaba el "divide a los particulares, pero une a los pueblos". Belanche agrega, "que mediante el comercio los unos suplen las necesidades de los otros". Cada siglo comprueba la verdad de estas palabras. El comercio será seguramente en el porvenir la actividad humana que selle la identidad de la especie. Cuando los instrumentos bélicos conmuevan la paz universal, lo único que los unirá será la convicción de que los pueblos se necesitan los unos a los otros.

LECCION VII

LA CULTURA Y LA CIVILIZACION DE LOS HEBREOS. — Los hebreos fueron uno de los tantos grupos semíticos nómades y

pastores que habitaban la Mesopotamia, que cruzaron el Eufrates llegando a Palestina; de aquí emigran hacia el Egipto, debido según la leyenda a las gestiones de José, hijo de Jacob, pero atraídos por la civilización desarrollada por los Faraones; estableciéronse en la región pastosa próxima al mar Rojo, donde por espacio de varios siglos se dedicaron a la cría de ganado. Dirigidos por Moisés, volvieron nuevamente a Palestina, la tierra prometida, después de una larga estadía en el desierto como para que se sucediesen generaciones, renovándose el pueblo del estado a formarse. Allí desarrollaron una civilización característica que fué menos importante en su tiempo que en la historia posterior del mundo, por la influencia que su cultura ejerció sobre el espíritu humano.

INDICACION DEL PROCESO, ORGANIZACION Y DESARROLLO CULTURAL Y POLITICO-SOCIAL DE LOS HEBREOS DESDE LA CONQUISTA DE PALESTINA HASTA EL REGRESO DEL CAUTIVERIO DE BABILONIA. PROCESO CORRELATIVO DE LAS IDEAS RELIGIOSAS (AMÓS E ISAÍAS). — Entre 1600 y 1300 antes de Cristo, los hebreos hicieron la conquista de la Palestina interior, sin llegar al mar, donde los filisteos, de raza egea, conservaron sus grandes ciudades de Gaza, Gab, Ascalon y Jaffa. Realizaron esta conquista conforme a la ley del interdicto, que mandaba la muerte de todos los vencidos hasta de los animales, menos la de los niños y mujeres jóvenes. Esta ley no era fruto de sentimientos de crueldad; estaba inspirada por la religión, dándose muerte a los vencidos directamente, sin tortura de ninguna clase. El hebreo la aplicó buscando no se contaminara su religión con la de los pueblos vencidos cuyo territorio fué a ocupar.

Hecha la conquista el pueblo hebreo se aisló por completo, tratando de no tener contacto con los pueblos vecinos, lo que no impide que los extranjeros tuvieran libre y fácil acceso a su territorio, pues Palestina estaba cruzada por numerosos caminos donde constantemente se veían traficar caravanas. Buscaron por ello que la permanencia de estos extranjeros fuera accidental, siendo durante el breve tiempo que permanecían en sus tierras perfectamente atendidos en asilos o locales especiales. En esta forma defendían su organismo de la influencia exterior, pero la guerra y el comercio impidieron que el aislamiento hebreo fuera absoluto.

Con Salomón y luego con David se consolidan las formas

monárquicas en el pueblo hebreo. Con anterioridad su organización fué patriarcal; es decir, el pueblo definido en tribus era mandado por un patriarca que ejercía el gobierno como padre de familia, que fué siempre el más viejo del grupo; tales fueron Abrahan, Isaac y Jacob. Mientras estuvieron en Egipto fueron dirigidos por sacerdotes, pues los egipcios no le permitían un régimen gubernativo, pero libres ya, cuando hubieron vuelto a Palestina, adoptaron nuevas formas recibiendo sus gobernantes el nombre de jueces, que se designaban de entre los eminentes por sus virtudes. Este gobierno era incompleto; siendo el juez un hombre anciano, en caso de guerra se veía obligado a nombrar un caudillo militar.

Este sistema de gobierno, de carácter teocrático, no satisfizo al pueblo hebreo, que sintió la necesidad de una organización política más sólida, para lo cual peticiona de los ancianos un gobierno monárquico. Surge esta nueva forma de gobierno con Saúl y culmina con Salomón, que fué el primer gran príncipe del pueblo hebreo. Permitióle su portentoso talento vincularse con las naciones vecinas, especialmente con los fenicios, quienes constantemente traían de Levante sus barcos cargados de sedas y enormes partidas de maderas y marfil empleadas en construcciones, artesonados y esculturas hechas por artistas egipcios para el embellecimiento de Jerusalen. Esta época fué el período de esplendor material del pueblo hebreo siendo el templo, que entonces se construyó, como una síntesis de su trabajo y del tributo de los pueblos vecinos.

Después de la muerte de Salomón, Palestina se dividió en dos reinos: el de Israel y de Judá, que fueron sucesivamente destruidos por los fuertes países que los rodeaban. El último en caer fué el de Judá; los judíos vencidos fueron llevados a Babilonia donde se dejaron infiltrar de las doctrinas de Zoroastro, que no solamente modificaron su religión, sino que ablandaron sus costumbres. Antes y entonces aparecieron entre ellos hombres videntes, que la Biblia llama profetas, que vaticinaban el porvenir y buscaban, con el examen y la condena de los excesos, crear un sentido social de justicia y de bondad.

Actuaban inspirados en el concepto del dios nacional Jehová, creador del mundo, justo y bondadoso para todos. Esta igualdad religiosa es una característica del pueblo hebreo, aun cuando en buena parte la destruyó el monopolio de las funciones sa-

cerdotales ejercida por la tribu de Levi. Este sentimiento de igualdad religiosa, procuró trasladarse a la igualdad civil, que consistió en colocar a todos en las mismas condiciones para la lucha por la vida. Buscaron realizarla por medio de dos instituciones: el año Sabático y el Jubileo. Por la una se perdonaba periódicamente a los hombres que habían caído en la esclavitud, por la otra cada cincuenta años se hacía un nuevo reparto de la tierra. Estas instituciones no llenaron su objeto tal vez porque fueron imperfectamente realizadas, debido al bajo nivel de la cultura general de aquellos tiempos.

También se debió el fracaso de estas instituciones a la influencia social que en las costumbres produjo la riqueza conquistada con el comercio. Desde David, Palestina fué el corredor de las caravanas fenicias que iban al Mar Rojo, que navegaban con barcos propios, hacia las costas de Arabia y la India. La alianza entre los reyes de Tiro y de Jerusalén desarrolló ese comercio, y las costumbres simples de la primera hora derivaron hacia el lujo y los placeres.

Amós, uno de los doce profetas menores, ha documentado en sus profesías, del siglo IX antes de Cristo, esos excesos. Anatematizó el lujo y la corrupción de las costumbres, y a él corresponde el vaticinio de la destrucción del reino de Israel. Los cristianos lo representan como un pastor con un cayado y un cordero. Sobre los mismos principios actuó Isaías, el primero de los grandes profetas, que llena medio siglo del pueblo hebreo con sus profesías (722 a 698 antes de Cristo). El libro que lleva su nombre, en el Antiguo Testamento, contiene sus oraciones por la reforma de Judá e Israel.

LECCION VIII

DESARROLLO DE LA IDEA DE DIOS, DESDE LA DIVINIDAD TRIBAL HASTA LA REVELACION DEL PADRE UNIVERSAL. — La estada de los hebreos en Babilonia, desde la época de Nabucodonosor hasta 538 antes de Cristo, en que Ciro la toma y les permite volver a la *tierra prometida* para reedificar las murallas y el templo de Jesuralén, fué trascendental para su destino. Antes de esta época los hebreos no fueron ni muy cultos, ni se sentían muy unidos entre sí. Sus propias tradiciones no dicen de libro alguno anterior a la Biblia. El cautiverio los educó y unió

fuertemente, pudiendo afirmarse fué en Babilonia donde el pueblo hebreo conquistó su historia y desenvolvió sus tradiciones. En esa tarea actuaron hombres a quienes se llama profetas, cuya misión fué la de señalar en el mundo el nacimiento de fuerzas muy notables para el progreso de la humanidad.

Jehová, el antiguo Dios credor y protector de los hebreos, divinidad tribal que había hecho de ese pueblo el *pueblo elegido*, que les había prometido y dado Palestina, evolucionó en su concepción filosófica. Siendo el *creador*, era el autor de todo lo existente y como tal un Dios universal. Siendo uno el Dios, surge el fundamento racional para sostener la unidad de la especie; si Dios es uno y es igualmente para todos, hebreos y extranjeros son iguales desde el punto de vista religioso. Pero como era necesario armonizar esta concepción universal del Dios con el mejor destino que los hebreos aspiraban para sí, el concepto de *pueblo elegido* implicó algo más que una simple predilección.

LA ELECCION DE ISRAEL; SU VOCACION Y MISION SOBRENATURAL. LA DOCTRINA DEL MESIAS. — Ya no fué solo la *elección* que la divinidad había hecho del pueblo de Israel; el concepto encerraba el de una alianza entre Jehová y el pueblo hebreo, mediante la que el último recibía una misión sobrenatural a cuya ejecución se contraía por vocación, y cuyos actos debían cumplirse como un imperativo.

Como el Dios era universal, legislaba a todas las naciones, y a ese efecto bajaría a la tierra para salvarlas y convertirlas a un mismo dogma; tal doctrina se concretó en el Mesías, que fué para el hebreo un Dios Rey salvador. Por esto no pudieron creer en el carácter divino de Jesús, quien predicaba la felicidad en el cielo y no en la tierra, que era lo que ellos deseaban. La felicidad prometida por Jesús era para el alma inmortal y no para la vida terrestre, que consideraba como transitoria. No obstante estos aspectos, la religión hebrea aconseja disciplinas elevadas: la fraternidad, porque siendo Dios universal, todos son iguales ante él; la caridad, pero no en el sentido católico sino como deber legal, haciendo la limosna obligatoria fundándose en un sentimiento de justicia, el derecho de los hombres a la vida.

Toda esta concepción dogmática la forjaron en Babilonia, destacando su literatura propia (la Biblia) las ideas caracte-

rísticas de los hebreos que les han servido para conservar su unidad a través de 25 siglos de aventuras y opresión.

El Dios invisible y remoto vivía en un templo (el cielo) no construído por el hombre, y era el señor de la justicia en lo creado. Los otros pueblos tenían dioses nacionales representados por imágenes que vivían en los templos. Si la imagen se destruía y el templo se arrasaba, la divinidad desaparecería. Con Jehová no ocurría esto, y por eso su culto explica cómo, cuando la raza semítica perdió sus grandes estados bajo el empuje de los arios (Babilonia, Siria, Fenicia, Egipto, etc.), el pequeño estado de Judá sobrevive hasta el esplendor romano.

JEREMIAS, EZEQUIEL Y EL SEGUNDO ISAIAS. EL ANTIGUO TESTAMENTO. — Mantuvieron latente el sentimiento religioso, sobre todo en las épocas de división y de desgracias del pueblo hebreo, hombres de muy diverso origen que se decían *poseídos por la palabra del Señor*. Algunos buscaban rectificar la política equivocada de los reyes, otros se dirigían a la cuestión social, y sus fulminaciones se escribieron, se conservaron y se meditaron. La función de esta literatura fué hacer que el hombre se encontrase, más allá de los sacerdotes y de los templos, con la ley de la justicia. A ellos corresponde el haber señalado la aparición de un nuevo poder, el de la apelación a la moral individual, a la conciencia libre del género humano, frente a los sacrificios del fetichismo y a la sumisión, que fueran hasta entonces como un molde de la posición humana.

Jeremías actuó en el siglo VII antes de Cristo, de 627 a 585, en Jerusalén y en las colonias judaicas del Egipto. Cuando fué destruída Jerusalén (586 a. C.) se negó a marchar a Babilonia actuando en dichas colonias. Su obra comprende las *profesías*, en que anticipa las desgracias de su pueblo, y las *lamentaciones*, escritas al estilo de las elegías que se redactaban en memoria de los muertos. Las de Jeremías refieren a la destrucción de Jerusalén y lo que Jehová esperaba de sus adeptos.

Ezequiel (622 a. C) marchó a la cautividad de Babilonia, donde fué muerto por responder a sus jueces. Sus profesías, compiladas en el libro que lleva su nombre, comprende las *amenazas* y las *promesas mesiánicas*, siendo corriente el sentido algo obscuro de su estilo. En cuanto al segundo Isaías actúa en el período de cautividad, y le corresponde la profesía sobre la misión y la obra de Ciro. Ella comprende cinco puntos prin-

cipales: la vocación de Ciro como instrumento de Jehová para la regeneración de Israel; la liberación de Israel del destierro; Ciro permite a Jerusalén que reconstruya el templo; ruinas de Babilonia; los tratos entre Dios y su pueblo son una prenda para lo futuro.

Los hebreos produjeron una abundante literatura, una historia del mundo, una colección de leyes, crónicas, salmos, páginas de sabiduría, poesías y enunciados políticos, cuya compilación forma lo que llamamos Antiguo Testamento o Biblia hebrea. Ella aparece en el siglo V o IV antes de Cristo.

Inicialmente sólo se formaba del Pentateuco, o sean los primeros cinco libros, existiendo separadamente las Crónicas, los Salmos y los Proverbios, libros que después se incorporaron a la Biblia, completada con las profesías en el siglo a que hemos aludido.

REFERENCIAS CRONOLOGICAS Y COMPARATIVAS CON RESPECTO AL EGIPTO Y A LA MESOPOTAMIA. EL LEGADO HEBREO. — El patriarca Abraham corresponde según los cálculos más probables a los primeros días en que Hamurabí dominaba Babilonia. Su primer estada en Palestina y su avecinamiento en el Egipto se cierra con el éxodo que Moisés dirige y la conquista de Canaán, suceso que habría ocurrido entre 1600 y 1300 antes de Cristo. Mayor exactitud no ha podido darse al suceso por la falta de consignaciones en la historia egipcia reconstruída. Sus primeros reyes datan de mil antes de Cristo, época en que los hebreos se alían con los reyes de Tiro facilitando la construcción de flotas fenicias en el mar Rojo y la utilización de su territorio para el tráfico de las mercaderías. Con la muerte de Hiram de Tiro el esplendor hebreo cedió; Israel y Judá pasaron a ser escenario de las luchas entre mesopotámicos y egipcios; su historia fué la de desastres y liberaciones que sólo traían nuevos sacrificios. Primero Israel, y luego Judá, en 604 antes de Cristo, desaparecen como organismos políticos. Antes (608 a. C.) el rey Jonás de Judá había sido muerto en la batalla de Mesiddo por el Faraon Neco II, que a su vez fué derrotado por Nabucodonosor en 606. Dos años después se destruyó a Jerusalén y se inició el cautiverio.

Con el triunfo de Ciro (538 a. C.) se reabre la vida de Jerusalen, y los hebreos son la única comunidad semítica que subsiste en el gran desastre que aflige a esta raza. Bien es cierto

que no tienen rey; los grandes conquistadores cruzan a su vera respetando a la capital del *pueblo elegido*, que recién es destruída el año 70 de la era cristiana.

No es solamente esta perennidad del grupo hebreo, lo que afirma en el pasado humano la fuerza de su cultura. Es también la influencia de las ideas fundamentales que forjaron su personalidad, conservadas en el Antiguo Testamento, la expresión más alta de la literatura oriental. Sobre ellas la filosofía del período helenístico trabajó nuevos valores, que Filón y los demás pensadores hebreos helenizados, de Alejandría, divulgan en su siglo. El concepto del Padre universal, la igualdad de los hombres ante Dios, la generalización de la justicia y de la bondad, la ponderación de lo espiritual, etc., son ideas que van a informar la cultura de occidente, y que aquel pueblo entregó como base de las concepciones cristianas.

LECCION IX

LA CULTURA Y LA CIVILIZACION DEL IRAN. — En la Bactriana, situada al norte del golfo Pérsico, fué donde, según las tradiciones, los arios abandonaron sus costumbres nómades y levantaron sus primeras tiendas, que más tarde constituyeron la base de las ciudades. De estos primeros pueblos zendas la historia solo conserva tradiciones, debiéndose esto a que los Asirios invadieron la Bactriana estableciendo su dominación, lo que motiva sucesivas emigraciones de las tribus arias. Estas emigraciones fueron en dos sentidos: unos dirigiéronse a la India, otras siguiendo al sol marcharon hacia occidente, sin contar aquellos que se sometieron a la dominación asiria. Algún tiempo después el grupo sometido se subleva; consigue vencer a sus opresores y originan el imperio Medo, cuya organización ya no adoptó la forma teocrática, sino la despótica, evolucionando hasta la religión; sus bases se mezclaron formándose un simbolismo sincrético, que da origen entre otros al culto de Mitra. Se estableció el politeísmo. que fué heredado por los persas a quienes correspondió la hegemonía desde tiempos de Ciro.

INDICACION DEL PROCESO, ORGANIZACION Y DESARROLLO DE LAS CIRCUNSTANCIAS POLITICO-SOCIALES, DE LAS IDEAS Y DE LA RELIGION, DESDE LA DOMINACION DE LOS MEDOS HASTA LOS CONFLICTOS CON GRECIA. ZOROASTRO; EL CULTO DE MITRA; LOS MA-

gos. — Como desde la época del restablecimiento de sus formas políticas — cuando la expulsión de los conquistadores asirios — los zendas se reorganizaron ajustándose a las características de los estados despóticos, su historia carece de interés inmediato. La parte transcendental resulta ser la de su vida interior, la de sus dogmas, conocidos con el nombre de mazdeísmo.

Los asirios fueron un pueblo eminentemente teológico, lo mismo que los indios, hebreos y egipcios; tienen la mejor de las religiones que es a la vez una conquista, un ideal, y por esto recibió el nombre de religión de la luz. Existe en ella un Dios supremo, Ormuz, que está por sobre todas las cosas. La religión zenda fué explicada por Zoroastro, cuya personalidad algunos niegan; otros afirman que solo fué un reformador, no faltando quienes sostienen hubieron varios de ese nombre cuya obra sucesiva y complementaria tomó una fisonomía orgánica. Ormuz, es para los zendas, el Dios del bien. Tenían libros sagrados llamados "naskas", en los que podemos ver dos sentimientos predominantes: el de la solidaridad y el de la igualdad.

El estudio de una religión no puede hacerse con claridad sino desde un punto de vista relacionado, es decir, comparándola con otras. Así pues, comparando la religión zenda con la Brahamánica, encontramos que la zenda tiene una virtud superior, su concepto del mal; el mal para ésta, no está en lo creado sino en la criatura. El brahamánico por el contrario teme al mal porque cree emana de Dios mismo, lo que hace que no luche inclinándose a la vida completamente contemplativa, dejando que las cosas transcurran como por voluntad divina.

Viendo en el mal, que caracterizan en el mito de Arimanes, una consecuencia de la criatura, la religión de Ormuz lucha contra él, y sosteniendo no es divino, sino creación del demonio, impone al hombre el deber de combatirlo poniéndose en excelentes condiciones de lucha. Estas condiciones aconsejan fortaleza física, que forma luego la fortaleza moral; pero, — cómo obtener ésto? Con el trabajo, y vemos así cómo los "naskas" preparan al hombre para la lucha por la vida; pregonan el trabajo agrícola.

En la religión zenda existe la solidaridad obligatoria para todos, no sólo para los arios, sino también para los extranjeros creyentes; para aquellos que no están con Ormuz aconséjase una guerra a muerte porque sostienen que quien no está con

Ormuz está en su contra, concepto que da al mazdeismo el carácter de religión proselitista.

La igualdad en el dogma zenda tiende a ser absoluta, tanto que según los "naskas" la humanidad desciende de un solo tronco que constituye el género humano, hombres iguales ante Dios. A pesar de ello las clases se individualizaron en guerreros, trabajadores y sacerdotes; pero no constituían clases cerradas, pues fueron sólo consecuencia de los medios de vida o profesiones. Junto a estas ideas los zendas fomentan el sentimiento de caridad.

Con respecto al mosaismo, la religión de la luz ofrece una diferencia fundamental y varias analogías; la primera radica en el concepto del mal, que Moisés cree imperecedero, emanado del consentimiento de Dios; en cuanto a las analogías, estableceremos primero la del concepto de la inmortalidad; tanto hebreos como arios entienden que el alma existe y es inmortal. Entre los arios el triunfo del Bien termina con el mal. En el mosaísmo el mal implica un castigo. Esta idea del juicio final y del castigo no existió en el período inicial religioso del mosaismo; la incorporaron al dogma al regreso de Babilonia donde se verificara el contacto de estas dos religiones. Tan es así, que en el Pentateuco de Moisés no se los menciona, ni a los ángeles, ni al Paraíso Celestial, ideas que adoptaron los judíos durante el cautiverio que les impuso Nabucodonosor. Otras de las analogías es la resurrección a raíz del juicio final, resurrección que comprende la del cuerpo.

Con el cristianismo las analogías están en el espíritu de intransigencia y en las ideas madres que Cristo conservó de la religión de Moisés. Este parentesco en los dogmas no puede extrañarnos desde que el mito se encargó de objetivar la circunstancia en la leyenda de los Reyes Magos llevando sus presentes al pesebre de Belén. Estos reyes magos habrían sido sacerdotes o magos del culto de Ormuz.

Cuando la organización del Imperio Medo (a raíz de la destrucción de Ninive) se desarrolló el aspecto moral de la religión, como elemento protector de los seres. La luz fué la verdad, y Mitra una encarnación de la conciencia. Cuando los persas tienen la hegemonía en el Imperio Medo, el culto inicia su declinación; como ellos necesitaban de un protector especial, el culto de Mitra va limitando su universalidad y contagiándose

con impurezas al marchar hacia occidente con los ejércitos victoriosos de los persas. Ya no fué la ley mediadora; se lo asimiló al sol mismo, como fuerza creadora. Hacia el año cien de la era cristiana (tiempos de Trajano) el culto de Mitra se convirtió en una potencia espiritual, y es posible que sus analogías con el cristianismo hubiesen contribuído al triunfo de éste.

En lo que hace a la organización social y política existen clases sociales y entre ellas una de caballeros a la que pertenecía el rey, quien sólo era el primero entre sus iguales; no ejercía las funciones de sacerdote, detentadas por los magos.

Los persas profesaron un imperialismo tan trascendente que son los primeros que concibieron la monarquía universal. Tienen la preocupación de su superioridad, que determinan hasta en el nombre de sus reyes a quienes llamaban el Gran Rey.

Pertenecientes a la raza aria, rudos, alejados de los placeres del lujo y del comercio, que doblegan el espíritu, llegaron a una completa hegemonía. Con su rey Ciro se volcaron sobre el Asia; primero invadieron la Mesopotamia, conquistando a Babilonia. Actuaron en el Asia menor; marchan sobre Lidia, cuyo rey, Creso, es el hombre más rico del mundo, al que vencen, no teniendo entonces más enemigos que el grupo formado por los pueblos de Arabia, Egipto al sur y los Escitas al norte. Sin mirar consecuencias, Ciro lucha contra estos últimos, que eran nómades; inicia su campaña haciendo gala de gran ferocidad, pero fué vencido y decapitado. Con esta derrota, comprendiendo la inutilidad de esa conquista, los persas se dirigen al sur, invadieron los pueblos de la Palestina y del Mediterráneo, y luego emprendieron la gran conquista de Egipto, que fué vencido en una sola batalla. Cambises, coronado emperador de los persas a la muerte de Ciro, saqueó todos los objetos sagrados del pueblo vencido y dió muerte al buey Apis. Aprovechando su ausencia, los magos descontentos de Cambises coronaron emperador a un eunuco, de gran parecido con Eumenes, hijo, como Cambises, del rey Ciro. Sabedor de esto, Cambices marchó hacia su patria, pero en el camino encontró la muerte. Se resolvió elegir el sucesor entre siete caballeros que debían subir a lo alto de una montaña, correspondiendo el trono a aquel cuyo caballo primero relinchara; la suerte hizo que fuera el de Dario, quien continuó esa misma política. Quiso entonces aumentar sus conquistas y chocó con el pueblo griego, iniciándose las

llamadas guerras médicas, que representan el choque de dos culturas: la oriental, representada por los persas, y la occidental, por los griegos.

Sintetizando el fruto de tantos afanes, tenemos que los persas en vez de dar unidad a sus conquistas se concretaron a unir los pueblos; esta simple unión está de manifiesto en las instituciones armadas y se refleja en la organización política del país. En cuanto a las primeras, el ejército de Jerjes, ofreció según el conocido relato de su desfile antes de la marcha a Grecia, una organización irregular formada de soldados de cincuenta y seis naciones distintas, llevando cada grupo sus respectivos jefes, trajes y armas usadas en los países a que correspondían.

En la organización política se notó también esta falta de unidad. El territorio estaba dividido en satrapías, mandadas cada una por un sátrapa, cuya función esencial con el poder central era la de pagar anualmente un tributo. Carecía el estado persa de solidaridad y de leyes, sujetas al capricho de los reyes, quienes aplicaban las penas en forma severa y arbitraria. El espíritu de crueldad llegó hasta las sanciones entre los hermanos; Altagerjes dió muerte a su hermano Ciro.

Sus represalias para con los enemigos consistían en el trasplante de los pueblos que constituían un peligro, pero aquellos cuyo trasplante ofrecía dificultades eran corrompidos en sus virtudes. Así a los Lidios se les obligó a vestir túnica y tocar la cítara; a los babilónicos se los obligó a hacer un culto de la crápula. Fueron los persas el primer pueblo que atentó contra el cuerpo de los esclavos, martirizándolos.

EL LEGADO PERSA. — En síntesis se puede afirmar que si los persas como los germanos se extendieron sobre todo un escenario, si mezclaron los pueblos y rompieron el aislamiento no supieron encontrar la clave para armonizar y reunir esfuerzos formando una sociedad fuerte. La organización persa fué débil y así Alejandro pudo con un puñado de hombres, hacer la maravilla de conquistar ese imperio. A pesar de todo, la Persia tuvo su misión que cumplir; fué la de romper el aislamiento de los pueblos orientales. Si no asociaron a los pueblos a su destino, y por eso decayeron, sus vías militares y los caminos abiertos, sirvieron para que el comercio naciera y desarrollara las maravillas del progreso.

REFERENCIAS CRONOLOGICAS Y COMPARATIVAS CON RESPECTO

AL EGIPTO, A LA MESOPOTAMIA Y PALESTINA. — Corresponde al siglo XIV antes de Cristo las primeras comprobaciones sobre la religión de la luz que constituye el fondo de la civilización del Irán.

Mientras Tiglat Pileser III, Sargon II y Sardanápalo, dominaban en Asiria y combatían en Babilonia, Siria y Egipto, los arios aprendían la técnica de la civilización y la practicaban en el norte de Persia.

Cuando Ninive es destruída (606 a. C.) y se organizan los imperios medo (con capital en Ecbatana) y segundo Babilónico (Nabucodonosor), la definición de la cultura aria en el primero es notable. Con la hegemonía de los persas y el reinado de Ciro, el Imperio Meda llega a su período de esplendor, y con la conquista de Babilonia (538 a. C.) su poder se hace incontrarrestable. Las grandes ciudades son Ecbatana, Persépolis y su capital Susa.

LECCION X

LA CULTURA Y CIVILIZACION DE LA INDIA. GEOGRAFIA Y PUEBLOS. — Hacia el año 2000 antes de Cristo un pueblo de lengua aria habría penetrado a la India, y con valor y habilidad dominó con su idioma (el sánscripto) y sus tradiciones el norte de esta gran península, dando origen a una civilización más perfecta que la de los grupos autóctonos en la región comprendida entre el Indo y el Ganges.

Las razas obscuras, salvajes y antropófagas, que la poblaban, producida la invasión pasaron a formar en su mayoría una casta subalterna. Las tribus que no quisieron someterse a los vencedores emigraron hacia las islas de Ceylan y Java, y hasta el archipiélago de Filipinas, siguiéndoles los mismos vencedores en su primera expansión. La prueba de que las razas indias se mezclaron con las de Oceanía, se encuentra en la lengua de estas regiones, como la malaya, en las que existen raíces del Sánscripto y algunos preceptos morales de los indios.

Allí nació una civilización interesante y una cultura cuya expresión religiosa (budismo) influyó preferentemente hacia el Este, pero cuya vinculación con los pueblos que quedaban al occidente y al norte son accidentales. En cuanto al occidente, el contacto se produjo cuando Nino y Semiramis, época antiquísima. Solo en tiempos de Alejandro sucede un contacto entre es-

los pueblos, que apenas comprendió la Pentapotamia situada al noroeste. Podemos establecer que la trascendencia de la cultura india desde el punto de vista del pensamiento occidental fué muy limitada, y que apenas si los viajes fenicios a sus costas, en época de Salomón, abrieron relaciones de alguna importancia.

INDICACION DEL PROCESO, ORGANIZACION Y DESARROLLO DE LAS CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS, ECONOMICAS, POLITICAS Y RELIGIOSAS DESDE LAS INVASIONES ARIAS A LA CONQUISTA DE ALEJANDRO. LA INSTITUCION DE LAS CASTAS; LOS VEDAS; EL BRAHAMANISMO. — La invasión de los arios produjo en la India un período de cruentas guerras, cuyos hechos están documentados en las viejas epopeyas, especialmente en el Mahabarata. La paz no confundió a vencedores y vencidos, que se diferenciaron en castas. Los invasores, de raza aria, agrupados en chatriás y brahamanes, guerreros y sacerdotes, constituyeron las castas elevadas, cambiándose el espíritu de las poblaciones indias, que se tornan pacíficas. Esta evolución de la guerra a la paz se hace más tarde universal. La India jamás llegó a constituir una verdadera y sólida unidad política, circunstancia que dio pié a luchas intestinas, las que al tratarse de arreglar pacíficamente, dieron origen a la diplomacia brahamánica. En esta forma los conflictos se solucionaban con tratados, lo que trajo la habilidad en la práctica de la diplomacia, la que llegó a ser tan sutil que existen en el "Sanscripto" diez y seis conceptos, formas o maneras de llegar a la alianza y la paz.

Las prácticas pacíficas en la India se ponen de relieve a través de los principios generales aplicados en la guerra; los derechos del vencedor y las obligaciones del vencido están claramente determinados en las leyes de Manú. Estas establecen que no se debe aniquilar al vencido dándole muerte, talando sus campos o privándole de todos los medios de vida.

Desde el punto de vista de la organización social, la India estaba dividida en castas originadas por la conquista y las profesiones, cuyo origen está aclarado por el concepto de la misma palabra, que significa color. Es así que de acuerdo a los elementos etnográficos de la población, las dos castas superiores pertenecen a la misma raza, la Aria.

Junto a las tres castas superiores de los brahamanes, chatriás y vaigas, hubo una cuarta, la de los sudras, formada por

las tribus autóctonas, que dominaban la India al tiempo de la conquista, y aun otros hombres que integran un grupo subalterno, los parias, desprovistos de jerarquía y ubicados fuera de la dignación legal. Todavía existió otra clase despreciada por estos mismos parias, que vive en estado salvage en medio de los montes, sin derecho alguno con respecto a la sociedad; ni siquiera les estaba permitido mirar a las personas, siendo castigados con la muerte.

La expresión más característica de la cultura de la India es su religión, que está en el fondo de todas sus formas sociales, cuyos dogmas originarios integran la llamada brahamánica. Ella sostiene que el Ser Supremo es la causa eficiente y material de las cosas, el mundo físico, que tiene el valor y fuerza de crecer y desdoblarse. Ejemplarizando el concepto se alude a la araña, insecto que teje su tela haciéndola de su propio organismo, y en la cual vive. Naturalmente se incurre en panteísmo, o sea la exaltación, el endiosamiento de la naturaleza; se la adora en vez de usarla o aplicarla.

Junto a la existencia del cuerpo admite la del alma, la verdaderamente eterna, puesto que recién después de trasmigraciones sucesivas que se cumplen durante un ciclo de 24 millones de años, se confunde con la eternidad llegando a Brahama. Este proceso evolutivo se explica por la doctrina de la mentesicosis que es la personificación del alma en diferentes envolturas; si se ha sido justo el espíritu encárnase en un brahaman; en caso contrario en un paria o en animales subalternos.

Establecida la ética brahamánica, tenemos que el medio de aplicarla consistía en pretender la perfección. Para llegar a esta perfección el procedimiento varió: unos entienden que los sufrimintos y el aislamiento eran necesarios porque apartaban al ser del mundo acercándolo a Dios, ideas que originan la clase de los fakires, quienes se martirizan y se aislan para así llegar a la perfección. Otro de los procedimientos fué llegar a la perfección por medio de la ciencia.

Para esplicar las leyes inmutables de evolución de la Naturaleza, el brahamanismo distinguió en su unidad una trilogía; la personificó en Brahama, el dios creador; en Siva, el dios destructor, y en Visnú, el dios o principio conservador. Cabe consignar que todo su fundamento se encuentra en los Vedas, que son libros de compilación literaria y religiosa hecha

durante siglos; en los Puranas, o sea el comentario de los anteriores, y en las epopeyas Ramayana y Mahabarata.

Según los Vedas el amparo de Dios se adquiría por medio de su bondad a la que se llegaba en virtud de ciertas prácticas. Así por ejemplo, para abreviar la existencia debía hacerse un sacrificio o rendirse tributos costosos que claro está solo eran posibles a las clases superiores, haciendo ello aún más acentuada la diferencia de castas. Esta diferencia injusta sugiere una reforma, que la hace Kapila, quien dijo que el hombre se libera de las trasmigraciones y llega a Dios por medio de la ciencia. De esta manera todos están en condiciones de salvarse desde que todos, aún las clases inferiores, pueden poseer la ciencia. Pero esta reforma no llenó las necesidades; teoricamente pueden las clases inferiores alcanzar la ciencia, la verdad, pero quien les brinda la oportunidad de llegar al conocimiento?

BUDA; SU EPOCA, SU PERSONALIDAD Y SU INFLUENCIA. — Ese instrumento fué la predicación y su innovador el famoso Buda.

En el mismo siglo (VI a. C.) en que Isaías profetizaba a los hebreos en Babilonia y que Heráclito se consagraba en Efeso (Grecia) a las investigaciones sobre la naturaleza de las cosas, aparece en la India Gautama Buda e inicia su predicación en Benarés. Este siglo VI fué uno de los más notables de la historia, en que el espíritu humano se mostró audaz en nuevas concepciones que se enfrentaban a lo tradicional de las formas políticas y las religiones sangrientas.

El punto de partida de la doctrina de Buda es la pregunta "Por qué no soy completamente feliz?". Era una cuestión introspectiva. A su juicio los sufrimientos de la humanidad se deben a los deseos insaciables del individuo, puesto que mientras éste no obtiene sus anhelos, su vida es perturbación y dolor. Los anhelos revisten tres formas principales; los apetitos, la gula y las manifestaciones de la sensualidad; la aspiración a la inmortalidad personal y egoista, y el deseo de éxito personal, lo mundano, la avaricia y cosas análogas. Sólo dominando estos anhelos se escapa a las miserias y pesares de la vida, y se llega al *nirvana* que es la serenidad del alma, el sumo bien La doctrina equivale a una vivificación de la conciencia; es una apelación a un fin generoso y libre de las preocupaciones de sí mismo.

El budismo levantó tres ideales importantes: la caridad,

la fraternidad y la paz. El primero como disciplina esencial del individuo, basábase en que siendo los hombres hermanos los unos de los otros, debían ayudarse; implicaba esto desde luego el sentimiento de fraternidad, el que a su vez no puede existir sin la paz.

El budismo como religión, no fué creado exclusivamente para el pueblo indio, sino que cobijaba a todas las razas; de ahí que se hubiese difundido en toda el Asia.

No obstante todas estas virtudes de la religión budista, tiene ella algunos defectos notables, entre ellos el más importante es el desprecio a la vida. Este desprecio que nace de la creencia en otra vida en el seno de Dios; esta falta de amor a la vida presente trae como consecuencia la imperfección de la sociedad, pues si el hombre no se preocupa de vivir y antes al contrario ansía ser recogido por Dios en su seno, no ama el trabajo, no orienta su vida hacia una actividad que le ha de producir el bienestar terrenal y en vez de luchar por él se inclina a lo contemplativo.

REFERENCIAS CRONOLOGICAS Y COMPARATIVAS CON RESPECTO A LOS PUEBLOS DEL ORIENTE CLASICO. — Si la llegada de los primeros arios a la India puede fijarse hacia el año 2.000 antes de Cristo, y si la reforma de Buda, la primera doctrina pura y simple que enseñó que el supremo bien del hombre está en el dominio de sí mismo, es del siglo VI anterior a nuestra era, el explendor de la cultura India corresponde al año 264 a. C. en que aparece el rey Asoka dominando la India desde Madrás hasta el Afghanistán. A este rey correspondió reconquistar los territorios que los griegos (Alejandro) habían ocupado en el siglo IV antes de Cristo, y crear una cultura maravillosa en base a la ponderación del brahamanismo. El budismo se replegó en sí mismo, pasó al Tibet, y conquistó con sus doctrinas a la China, Siam, Birman y Japón, donde predomina en nuestros días.

LECCION XI

LA CHINA; GEOGRAFIA Y PUEBLOS. — El pueblo chino es diferente de todos los que hemos estudiado por sus modalidades características; por sí solo es más numeroso que todos los pueblos europeos juntos, ocupa casi la décima parte habitable de la tierra, habla un idioma y emplea unos caracteres cuyas

reglas y bases son substancialmente diferentes a las nuestras, como lo son las costumbres y las ideas de sus sistemas de filosofía.

Centro de ciencia, de civilización y de comercio, dirigió los destinos de la parte más remota del Asia. Por su origen se remonta a los primeros tiempos del mundo contando tradiciones continuas de cuarenta siglos, en las que tal vez haya que buscarse no solo la historia de los otros pueblos orientales sino también las causas de las migraciones que desde Odino hasta Gengis Kan han invadido nuestro Occidente.

Situado en la región oriental del Asia, separado de los núcleos civilizados de la India y de los pueblos mesopotámicos, para no citar sino los más inmediatos, por accidentes geográficos de todo género, desde la cordillera elevada y rocosa a los desiertos áridos, pudo el pueblo chino vivir una existencia aislada y desenvolver bajo las únicas condiciones de su medio y sus necesidades las formas de su vida social, económica, científica y religiosa.

Este aislamiento, excepcional en estos extremos, se produce no solo en los tiempos remotísimos sino que llega hasta la edad contemporánea. Apenas si los árabes en los siglos VIII y IX nos dieron algunas noticias exactas de la China, continuadas por Marco Polo, el viajero venecino que en 1274 visitó esas regiones, y por los portugueses que en 1516 pusieron el pie en China para pregonar sus maravillas. Omitiendo las informaciones tímidas dadas por los misioneros y por los comerciantes que apenas llegaban a Cantón, puede afirmarse que fué recién en 1840, después de la llamada guerra de los ingleses, cuando las vallas cayeron y pudo estudiarse la asombrosa civilización de que vamos a ocuparnos.

La China es un inmenso plano inclinado que desciende desde las elevadas montañas del Tibet hasta el mar Amarillo, poblado por hombres pertenecientes a la raza mongólica de físico característico. Algunos los sospechan oriundos del centro del Asia y otros distinguen en su pueblo dos elementos étnicos.

Uno primitivo, de la raza de los *miaos*; otro posterior, más civilizado, la de los Cheu-si.

Tan aislada se deseaba la vida en la China, que sus pueblos fueron los constructores de una de las maravillas del mundo: la muralla que atravesando llanuras, cruzando ríos y fran-

queando montañas, defendió por siglos su territorio de toda invasión. Es por esto que el estudio de la China es difícil y confusas las consignaciones de su historia.

INDICACION DEL PROCESO, ORGANIZACION Y DESARROLLO DE LOS DISTINTOS PERIODOS HISTORICOS, ECONÓMICOS Y POLITICO-SOCIALES, DESDE LA DINASTIA CHU HASTA LA EPOCA DE CONFUCIO. — Las primeras civilizaciones chinas aparecen en los valles de sus grandes ríos procedentes de la época primordial heliolítica, haciendo girar su vida alrededor de un templo, en el que sacerdotes y reyes de carácter sacerdotal ofrecían los sacrificios sangrientos. Con mucha anterioridad al año 1.000 antes de Cristo progresaba ya una especie de escritura pictórica.

Estas civilizaciones sufrieron en el sentido norte la presión de nómades que con los nombres de hunos, mongoles, turcos y tártaros van a actuar en la historia del mundo.

En 1750 antes de Cristo, China aparece como un sistema de pequeños reinos y ciudades estados, que reconocen un vasallaje a un gran sacerdote emperador, el *hijo* del *cielo*. La dinastía de los *Chang* desaparece en 1251 a. C. sucediéndole la de los *Chu*, que mantuvo a la China dentro de una unidad no perfecta hasta los tiempos de Asoka en la India y de los Ptolomeos en Egipto.

Bajo la misma dinastía esa imperfecta unidad desaparece, primero por la llegada de los hunos, que organizan principados, después porque las soberanías locales dejaron de abonar los tributos y se declararon independientes. En el siglo VI antes de Cristo existían en China miles de estados independientes; es la época que la historia de ese país llama "edad de la confusión".

Hubo no obstante en el mismo siglo una gran actividad intelectual y artística, fruto tal vez de hegemonías locales, algo parecido a lo que ocurre entre los griegos, que sin formar un estado nación ofrecen el sello de una cultura identificada. Fué el siglo en que aparece Confucio, quien desde el pequeño estado de *Lu*, donde organiza una especie de academia, hace descubrimientos y enseña la sabiduría.

Del punto de vista de la organización social la China se divide en clases: superiores, ricas, y pobres, pero hay una institución curiosa que juega un gran papel, análogo al del "escriba" en Egipto: el mandarín. Este es una persona ilustrada

que puede ser de cualquier origen y puede ocupar altos cargos; es un principio de igualdad.

PROCESO CORRELATIVO DE LAS IDEAS RELIGIOSAS Y MORALES. LAOTZE, CONFUCIO Y MENCIO. — El Dios de los chinos es denominado Changti o Tien, creador de todas las cosas. El ceremonial de su culto no existe. Tien, a diferencia de los dioses de las demás religiones, no tiene una representación objetiva, no está encarnado en nada. Los principios básicos están en el libro de las transformaciones. Según éste Dios es uno, representado por Li y Tao que son la razón y la ley. El pensamiento filosófico tomó estos principios dividiéndose en dos escuelas: la metafísica y la moral. Laotze o sea el metafísico, escribió su doctrina en el libro llamado "Libro de la razón suprema y de la virtud". Sus discípulos no conservaron la unidad de pensamiento del maestro dividiéndose en dos subescuelas, la una de Yang, que llevó al egoísmo, y la de Mi, orientada hacia la fraternidad.

Laotze fué encargado de la Biblioteca Imperial bajo la dinastía Chu. Desde ella divulgó su doctrina mística, un tanto vaga, que en síntesis predicaba una indiferencia estoica para los deleites y poderes del mundo, y la vuelta a la vida sencilla de un pasado imaginario. El taoismo, como el budismo, que penetró en China, son religiones monásticas con templos, sacerdotes y ofrendas de un tipo anticuado.

Confucio creó la moral como expresión de la cultura china, dándole límites claros y sencillos. La establece sobre tres órdenes de relación: las de rey y súbdito, padre e hijo, y marido y mujer; estas tres relaciones hacen la organización social; la que se funda en cinco virtudes: la humanidad, la justicia, la observación de las ceremonias, la sinceridad y la rectitud de ánimo y de corazón. Este sistema religioso está organizado en máximas, pero le falta unción y entusiasmo; su Dios es vago; admite la existencia del alma, que producida la muerte, se traslada a otros cuerpos o se desvanece en el éter.

La substancia de la doctrina de Confucio está en lo relativo al camino que debe seguir el hombre noble. De los grandes pensadores fue el que tuvo más espíritu público; le inquietaban las miserias del mundo que solo podrían desaparecer haciendo hombres nobles, quienes podrían realizar a su vez un mundo noble.

La China del norte, del río Hoang-Ho se hizo *confucista* en

su pensamiento y en su espíritu, mientras en el sur tuvieron preeminencia las ideas de Laotzé.

La escuela de Confucio encontró un nuevo maestro en Mencio (372-289) a quien los chinos llaman el *segundo santo*, y cuya voz se alzó contra el egoísmo y contra el exaltado altruismo que Mecio (otro pensador) había predicado en 500 antes de Cristo; también combatió a los que negaban la bondad de la naturaleza humana.

Su propagando pacifista fué notable; nadie ha llevado más lejos que este sabio chino el horror a la guerra.

REFERENCIAS CRONOLOGICAS Y COMPARATIVAS CON RESPECTO A LA INDIA Y EL ORIENTE CLASICO. — La dinastía de los *Chu* que aparece en 1251 antes de Cristo, es simultánea con el reinado de Asoka en la India, período de esplendor y de restablecimiento de la hegemonía del brahamanismo. El budismo se replega hacia la India donde va a confundirse con la doctrina de Laotzé.

Confucio, preocupado de la falta de leyes y del desorden, que concebía el ideal de un gobierno mejor y una vida más elevada y buscaba a un príncipe que pusiera en práctica sus ideas legislativas y educadoras, antecede en siglo y medio al griego Platón, que también buscaba un príncipe que realizara sus concepciones, por lo que durante algún tiempo fué consejero del tirano Dionisio.

La "edad de la confusión" se cerró con la preeminencia del rey de Ts'in, cuyo hijo (Chi - hoang - ti) que gobernó en 246 antes de Cristo es conocido en las crónicas chinas como *el primer emperador universal*. Su enérgico reinado abrió una era de unidad y prosperidad; combatió contra los hunos invasores e inició la gran muralla.

LECCION XII

LA CIVILIZACION EGEA, CRETA: CNOSSOS. — La extremidad oriental del mar Mediterráneo tiene más o menos en su centro a la isla de Creta, equidistante del Egipto, de las costas occidentales del Asia Anterior y de la Grecia Europea. A contar de ella, hacia el norte, islas cada vez más numerosas forman como un mundo marítimo, que prácticamente integran también las penínsulas de la Grecia continental y aquéllas del Asia

Menor. Podría decirse que este mundo se prolonga hacia Occidente, en todo lo que después fué helénico, hasta las costas australes de Italia y la isla de Sicilia (Magna Grecia).

La zona entre Creta, Grecia y Asia, constituyó la realidad del foco de civilización denominado mundo Egeo, cuyo centro irradiante fué la isla citada en primer término. Situada al sur del archipiélago, estaba como hecha para servir de depósito al tráfico que venía del Egipto y la Siria hacia las islas y penínsulas helénicas. Aristóteles señala esa función natural de intermediaria correspondiente a la gran isla.

Las más antiguas tradiciones concuerdan en representar a los cretenses como "dueños del Mar" en los tiempos que anteceden a la historia; las propias Cíclades se denominaban "islas de Minos", y las colonias de Creta se esparcían por los litorales insulares y continentales de las inmediaciones hasta Palestina.

Este mundo Egeo estaba poblado por una raza no bien determinada o por varias razas emparentadas entre sí, por la sangre y el lenguaje, y cuyos centros principales eran Micanal en Grecia, Troya en Asia y Cnossos en Creta.

Cnossos era el principal. Fué tanto una gran ciudad como un gran palacio para el rey de Creta y sus súbditos. Por la circunstancia de que sobre ella no se construyó después ciudad alguna, Cnossos es el monumento mejor conservado de las civilizaciones pre-helénicas, con sus esculturas, sus pinturas al fresco, sus inscripciones en caracteres pre-fenicios y cuantos elementos pueden informarnos de una civilización que por tanto tiempo estuviera olvidada.

ORGANIZACION Y ETAPAS DE LA CULTURA CRETENSE: LA ACTIVIDAD ECONOMICA, MARITIMA Y COLONIZADORA; LAS INDUSTRIAS Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES; VIDA URBANA Y CAMPESINA. — La situación de Creta, aislada en medio del mar, al abrigo de las incursiones de los nómades, pudiendo comunicarse con Egipto y con Fenicia, facilitó el desarrollo de su civilización, llegando a ser poderosa en fuerza material. Estaba poblada de una mezcla de curetas, pelasgos y otras naciones y organizada en parcialidades gobernadas por reyes. Hacia 1350 antes de Cristo, uno de ellos, Minos, cuyo nombre mantuvieron sus sucesores, habría sometido la isla entera creando un poder que

habría ejercitado para expulsar del archipiélago a los piratas, ocupar las islas y asegurar la navegación.

Las leyes que dictó ofrecieron el carácter cruel de los tiempos heroicos. Tenían por objeto vigorizar el cuerpo y hacer un culto de la fuerza: los ciudadanos debían ir armados hasta para tomar asiento en las mesas comunes, donde los jóvenes servían a los magistrados. Las artes y la agricultura se ejercían por esclavos, de varias clases, como los domésticos y los industriales.

El reinado de Minos fué todo un esfuerzo para organizar el mundo Egeo, movible y violento, reprimir la piratería, desarrollar el comercio y reconocer los mares de Grecia hasta su última isla de occidente, o sea Sicilia.

La actividad material que le servía para el intercambio constituían la alfarería, las manufacturas textiles, la escultura, la pintura, la joyería, los trabajos en marfil, metal e incrustaciones de una belleza que asombra. Esta vida feliz, risueña, duró unos veinte siglos. Hacia el año 2000 antes de Cristo, Cnossos tenía una población abundante de gentes acomodadas y cultas, con sus espectáculos y fiestas religiosas, con esclavos domésticos que los servían personalmente y esclavos industriales que trabajaban para ellos.

REGIMEN POLITICO Y CIVIL: ARISTOCRACIA MERCANTIL, CONDICION PRIVILEGIADA DE LAS MUJERES; LAS ARTES Y LA RELIGION. — Aun cuando la isla de Creta tuvo un rey, las ciudades no dejaron de tener una constitución interior. Actuaban en ellas un senado compuesto de 12 cosmos u ordenadores, escogidos entre las primeras familias, magistrados supremos en la paz y capitanes en la guerra, de la clase aristocrática, cuyo carácter eran mercantil.

Las asambleas del pueblo aceptaban o no, pero no modificaban, las proposiciones de los cosmos, y en caso éstos faltasen a sus deberes, procedía la insurrección.

El producto de la tierra era dividido en doce partes: una destinábase a los sacrificios, la otra a la hospitalidad y el resto al común.

Las dos grandes ciudades de la isla eran las de Cnossos y Gortino que, unidas la dominaban; cuando estallaban querellas, una tercera ciudad, la de Cidonia, inclinada a cualquiera de las dos, le daba la preeminencia.

Hacia el año 800 la monarquía se extinguió siendo gobernada por diez cosmos. También fueron desapareciendo las leyes de Minos y el carácter nacional, porque su población nativa recibió penetraciones de fenicios, carios y etíopes.

La penetración extranjera en Creta instituyó los laberintos, los templos excavados en la roca y los ídolos en forma de toro. Estas ideas se mezclaron con las nativas, como sus dioses y mitos, y así en base al Zeus y Hera cretenses (Júpiter y Juno) se formó una larga familia de divinidades.

Seguía en importancia a Creta, en el mundo Egeo, la isla de Chipre, que como la anterior fué sobre todo una isla comercial. Sujeta en un tiempo a los fenicios, se liberó hacia 720 a. C. manteniendo relaciones comerciales con Tiro. Su culto a Venus desarrolló la licencia de sus mujeres, llegándose a la prostitución religiosa. Naturalmente en este régimen de costumbres la tiranía fué la forma política.

En Cnossos hubo espíritus activos y curiosos; los griegos cuentan la leyenda de un hábil artífice cretense, Dédalo, que intentó construir una especie de máquina que volaba, o quizás se deslizaba en el aire, y que se rompió cayendo al mar. La escritura cretense, alfabeta o silábica, es completamente diferente de los geroglíficos egipcios y de los cuneiformes babilónicos, acercándose más bien al sistema de transcripción chipriota. Aún no ha podido ser descifrada.

El arte se sumaba a la religión para las grandes celebraciones, en base a fiestas y espectáculos famosos. Había luchas con toros, de un parecido muy singular con las "corridas" de España, y grandes juegos gimnásticos.

PERIODO DE APOGEO Y DECADENCIA; CIRCUNSTANCIAS Y CONSECUENCIAS — REFERENCIAS CRONOLOGICAS Y COMPARATIVAS CON RESPECTO AL LEJANO ORIENTE Y AL ORIENTE CLASICO, ESPECIALMENTE CON RESPECTO A EGIPTO. — Originariamente Creta se dividía en repúblicas bastante fuertes para defenderse cada una contra sus vecinas, pero demasiados débiles para resistir una gran invasión. El poder de Minos, rey de toda la isla, como de sus sucesores, que conservaron ese nombre, al igual que los reyes de Egipto, se llamaron faraones, encerraba un principio de debilidad que fué puesto de manifiesto cuando los primeros semitas (fenicios) llegaron a las costas del Mediterráneo.

La historia de Cnossos es tan antigua como la de Egipto.

Ambas regiones comerciaban a través del mar en el año 4000 antes de Cristo. En 2500, o sea entre los reinados de Sargón I y Hammurabí, la civilización cretense llegaba a su apogeo. Hacia el año 2000, siempre antes de Cristo, la vida debió parecer feliz y cómoda a aquella comunidad que vivía rodeada de un mar siempre azul. Egipto en ese entonces sufría el yugo semibárbaro de los reyes pastores, y semejaba como un país en decadencia. Con exclusión de Creta fué la época en que la raza semítica ofrecíase dominante por doquier, sojuzgando a Egipto con los Hiksos, gobernando en Babilonia, edificando a Nínive en el Tigris superior y navegando hacia el Oeste mediterráneo (con los fenicios) donde establecía colonias.

Esta fué la época en que Cnossos debió pensar en defenderse; sus murallas corresponden al crecimiento del poderío fenicio y a la aparición de una casta nueva y más terrible de piratas, los griegos, que desde el norte cayó sobre los mares.

La civilización Egea que integraban Creta, las islas griegas del mar del mismo nombre y el litoral del Asia Menor, donde con los lidios, los carios y los troyanos se vivía una vida análoga, y probablemente se hablaba una lengua parecida, recibió en este entonces las primeras violentas penetraciones. Hacia el año 1400 a. C. un desastre extinguió repentinamente la prosperidad del Cnossos. Se destruyó el palacio de Minos y desde entonces sus ruinas no han vuelto a reedificarse ni a ser habitadas. En realidad se ignora la naturaleza de ese desastre. Los excavadores han observado junto a la dispersión que señala el saqueo rastros de un gran incendio, como las huellas de un terremoto destructor. O la naturaleza destruyó a Cnossos, o los griegos concluyeron lo que aquel desastre comenzó.

LECCION XIII

LA CULTURA Y CIVILIZACION CRETO-MICENICA Y TROYANA

EL FEUDALISMO AQUEO. LA GUERRA DE TROYA (HOMERO). — Hacia el año 2000 antes de Cristo se hicieron presente en la Grecia histórica las primeras tribus de raza helénica, que son de origen ario. Pero ellas no se volcaron sobre Grecia al mismo tiempo, sino en tres invasiones sucesivas, de conformidad a las características que las dividían, y que han servido para distin-

guir sus tres razas, los aqueos-jónicos, los dóricos y los eólicos.

Los primeros en llegar fueron los aqueo-jónicos, que dominaron la tierra y expulsaron a buena parte de los pelasgos, que pasando al Asia Menor se organizaron en ciudades. Quedaron naturalmente masas de la población pelasga vencida, que en algunas zonas se confundieron con los aqueos, y en otras mantienen su individualidad. Fué de origen pelasga, por ejemplo, la población de Laconia, a la que los espartanos imponen después la condición de ilotas.

La cultura y civilización creto-miseniana corresponde a la conquista de la península griega por los aqueo-jónicos, y al período en que estos helenos actúan solos en el territorio. Se cierra con la llegada de la segunda invasión helénica, la de la raza dórica, con cuyo hecho se abren los tiempos históricos.

Geográficamente comprendió a la mitad Sur del archipiélago del Mar Egeo hasta Asia, a toda la Grecia continental y por las actividades del comercio hasta Sicilia. Es el ciclo de la ponderación aquea, cuyas capitales, Micenas, Tirinto, etc., han sido exhumadas estudiándose cuidadosamente sus ruinas.

Esta cultura tiene varios centros cuyo juego y choque de influencias llenan su historia. El primero es el mar Egeo con la isla de Creta por sede, siendo su culminación el reinado de Minos; el segundo es el centro troyano, en la costa septentrional del Asia Menor, de origen pelásgico, y el tercero el foco heládico, de Grecia continental, desde la Tracia al Peloponeso.

La complementación de estos elementos culturales producen la civilización creto-miceniana, con sede originaria en la Argólida, región oriental del Peloponeso.

Ella fué objeto de amplios estudios realizados a través de los poemas homéricos; su carácter general es el reinado del más fuerte, encontrando la exaltación de la fuerza física hasta en los mitos religiosos. Júpiter, o sea el Zeus heleno, es presentado con un símbolo que objetiva el culto de la fuerza física. Dice el mito que si de una gruesa cadena se colgaran todos los hombres, la tierra y la luna y todos los dioses, Júpiter tendría la fuerza necesaria para levantarlos.

El derecho del más fuerte daba al vencedor el señorío de todas las cosas de los vencidos, de sus mujeres y de sus hijos; podía quitarles la vida y reducirlos a la esclavitud; el rapto de mujeres era una costumbre habitual y el ejemplo más típico el

rapto de Helena por Paris. Pero entonces, ¿por qué se lanzaron los griegos contra Troya? Según se lee en los papirus egipcios, la reacción de los helenos no fué originada por el rapto, sino porque Paris, al realizarlo, hacía abuso de la hospitalidad recibida, por lo cual cuando el troyano después del robo de Helena fué a Egipto, la hospitalidad le fué negada por haber infringido sus leyes.

El derecho del más fuerte está también en el bandolerismo que engendró la represalia, creándose en la sociedad un régimen de violencia y agresiones mutuas. Presentóse la necesidad de reaccionar, abriéndose la lucha contra la violencia iniciada por los dioses, quienes necesitando el apoyo de los hombres, recurrieron a Hércules. Fué la lucha del orden contra el desorden: los dioses auspician el sentimiento del orden y triunfan concretando esos afanes el mito y la leyenda en los doce grandiosos trabajos de Hércules.

Al mismo orden de ideas corresponde Teseo, cuyo mito suma el de simbolizar la liberación de la cultura griega de la influencia avasalladora de Creta, con la muerte del monstruo *minotauro*, residente en el laberinto de Creta, para cuya alimentación debía Atenas entregar todos los años un tributo de su mejor juventud. Teseo libera su patria del tributo.

Como consecuencia de esta lucha por el orden, Grecia consigue establecerlo en el seno de las ciudades, pero los pueblos en sus relaciones externas y recíprocas, continúan guardando como cartabón el derecho del más fuerte. Entonces los elementos anarquistas se refugiaron en el mar, constituyéndose en piratas. El pirata no tenía nación a quien servir; guerrea contra todos; es el vencido por el principio de orden de las ciudades. Llegaron a ser tan numerosos que la humanidad se sintió amenazada por esta turba de anarquistas. Con el tiempo fué tan formidable el poder de los piratas, que en época de la República romana hubo de encargarse a Pompeyo de una guerra sistemática de exterminio.

Desde el punto de vista del bandolerismo y la piratería, el régimen del más fuerte, aplicado a las relaciones entre los pueblos y traducido en el derecho absoluto que nace de la conquista, es un progreso. Pero este progreso no se despojó de la crueldad, que parece soldado a la violencia y luce como carácter general en los tiempos micenianos y heroicos. Fácil nos es cons-

tatarlo. Homero, el cantor de la Ilíada, que refiere precisamente a este período de la vida helénica, pone de relieve esa crueldad durante la guerra de Troya. Los episodios surgen en el recuerdo categórico al respecto. Es, por ejemplo, la lucha entre el troyano Héctor y el griego Aquiles, en el que Héctor vencido ruega a su vencedor que su cuerpo sea entregado a los troyanos. Aquiles se opone al ruego de Héctor moribundo, diciéndole que jamás tendrá el homenaje de su pueblo, y atándole luego a su carro de guerra, da vueltas con el cuerpo por el campo de batalla en presencia de los troyanos que contemplan la escena desde las murallas.

Los pueblos griegos, carentes del sentimiento de unidad, formaban una raza nucleada en una serie de organismos urbanos, pero estas ciudades mantenían forzosamente relaciones ya por la unidad geográfica, de raza, o de creencias. Estas relaciones ajustadas en general al derecho del más fuerte, tienen excepciones establecidas por prácticas que son verdaderos signos de progreso. Una de éstas es la hospitalidad, sintetizada en una serie de deberes y obligaciones que pesan sobre el huésped y el beneficiario, y cuyo resultado fué definir la hospitalidad como institución. Y ella, con su influencia bienhechora, remedió en buena parte las consecuencias extremas del derecho del más fuerte. Está perfectamente deslindada en la Odisea.

Según las reglas generales los deberes de la hospitalidad eran hereditarios. Al respecto cabe mencionar el pasaje en que Glauco y Diómedes se encuentran frente a Troya, listos para iniciar un combate parcial. Al entablarlo advierten que sus abuelos estaban unidos por los deberes de la hospitalidad y declinan de la lucha, seguros de que no faltarían otros paladines en sus ejércitos respectivos para sostener un combate y lo hacen con la aprobación de los guerreros griegos y troyanos.

Es que la hospitalidad tiene como una consagración en la doctrina religiosa. En efecto: si los dioses helénicos fueron muchos y cada ciudad griega tuvo su Dios predilecto, todos ellos conviven en el Olimpo, que es del punto de vista del mundo griego el símbolo de la raza, y establece un lazo de fraternidad entre los distintos pueblos.

Otra de las instituciones que relacionó a los pueblos de la Grecia Heroica, fué el comercio.

La leyenda que objetiva esta trascendentalidad de los via-

jes, es la de los Argonautas. En ella tomaron parte los más famosos héroes y paladines, Hércules y Teseo inclusive, navegando hacia el Pontus Euxino o Mar Negro para la conquista del "Vellocino de Oro", que es el símil del comercio. La expedición fué tan famosa, que la nave Argos, construída por Minerva y consagrada al Dios del Agua, Neptuno, fijó su nominación hasta nuestros días en el Zodíaco. Estos viajes comunicaron todos los pueblos del litoral griego con los de Italia o Magna Grecia, morigerando los hábitos con la imitación de la cultura y el mínimo de respeto recíproco que posibilitan las operaciones comerciales.

LAS INMIGRACIONES E INVASIONES DORICAS: EL DERRUMBAMIENTO DE LA CIVILIZACION CRETO-MICENICA. — Los tiempos históricos en Grecia se abren con la invasión de los dóricos, que se lanzan desde el límite de Tesalia y ocupan la Grecia continental e insular, efectuando el desplazamiento de los pueblos aqueo-jónicos. Tradujeron su victoria en la dominación del vencido, desterrándolo continuamente, y así llegaron a sustituir a los habitantes de las ciudades. Los que no eran desterrados formaron una clase social completamente desligada de los dóricos. En todas partes no sucedió lo mismo, y así en algunas regiones, sobre todo en la Grecia continental, donde el número de los vencidos aqueo-jónicos primó sobre el de los vencedores, reaccionan y se organizan en forma democrática, en tanto que los vencedores lo hacen bajo la fórmula de la aristocracia. Los dóricos imponen a los vencidos el culto de sus dioses.

La organización que los dóricos dieron a la sociedad fué un producto de su situación de pueblo invasor; viviendo en las ciudades y constituyendo una minoría, su fuerza consiste en las armas, llegando a efectuarse un verdadero culto de ellas, asignándose a los vencidos los trabajos y menesteres de la vida. Pero los vencidos no tuvieron siempre la misma actuación; fueron injertándose poco a poco en el organismo social de acuerdo a cartabones variados que dependieron de la mayor o menor resistencia que en su hora opusieron a la invasión dórica. Como ésta no encuentra una resistencia manifiesta en todos los pueblos, los dóricos ofrecen a muchos la igualdad de derechos políticos, lo que disminuye el número de sus enemigos pero cuando la conquista se completa vuelven contra estos pueblos, a quienes vencen también.

De ahí que la situación de los vencidos no fuera siempre igual, existiendo diferencias esenciales. El tipo de esta desigualdad lo encontramos en Esparta, donde existían los "Periecos", quienes gozaban de ciertos derechos civiles, y los "Ilotas", que eran seres exentos de individualidad, especie de esclavos públicos, a tal extremos que se estableció la institución de la *criptia* o caza de los Ilotas.

Prácticamente hacia el año 1000 antes de Cristo, estas invasiones habían borrado ya la civilización Egea, lo mismo en las regiones importantes de Grecia como en muchas de las islas.

Micenas y Tirinto se habían destruído y apenas si se guardaba memoria de Cnossos. Hacia el año 1000 antes de Cristo, los griegos que se habían lanzado al mar, se establecían en Creta y Rodas, fundando colonias en Sicilia y el sur de Italia al estilo de los fenicios. Las seis centurias que se inician en el 900 antes de Cristo son la crónica de cómo estos pueblos arios crecen en poderío y multiplican sus empresas, y cómo llegan a someter a todo el mundo antiguo: semita, egeo y egipcio.

Esa crónica va a enseñarnos cómo los arios triunfan desde el punto de vista de las formas externas; pero la lucha entre las ideas y procedimientos arios, semíticos y egipcios continuó hasta mucho después que el cetro del mundo estuviese en poder de los arios, y en realidad llega hasta nuestros días.

MOVIMIENTO DE PUEBLOS EN EL MEDITERRANEO: AQUEOS, TROYANOS, ETRUSCOS Y FILISTEOS. — Si el triunfo del feudalismo aqueo-jónico sobre Troya había dispersado los habitantes de esta última y comprimido a los pelasgos de Asia Menor, la llegada de los dorios y sus éxitos en Grecia desplazó sobre el litoral asiático a los aqueos. Una amplia zona de ésta se llenó de colonias, compitiendo con pequeños estados que tenían la civilización egea y entre los cuales estaba Lidia, con su capital Sardes y Caria.

Fué como un movimiento general de pueblos fácilmente advertible con sólo recordar que hacia 1600 antes de Cristo, los nativos del Egipto expulsaron a las tribus pastores, reorganizándose para abrir sus expediciones contra el Asia; que hacia 1200 los estados pequeños del Asia Menor son arrollados por hombres nuevos procedentes del Nordeste y Nordoeste, que usaban armas de hierro y carros con caballos, que infligen se-

rias tribulaciones a las civilizaciones egea y semítica; que del Nordeste de los mares Negro y Caspio van llegando los Medos y los Persas, y confundidos en esas tradiciones aparecen también los sármatas, los escitas y los armenios. Todos estos pueblo invasores eran bandidos que hacían correrías y saqueaban las ciudades, y que si en Oriente llegaban a las fronteras, que saqueaban, en Occidente ocuparon las ciudades buscando una nueva Patria.

Los pueblos del grupo egeo buscaron a su vez una nueva Patria alejada de estos pueblos arios, y mientras algunos pasaron al delta del Nilo, de donde fueron rechazados por los egipcios, otros como los etruscos navegaron hacia el Oeste para fundar un nuevo estado en las selvas de Italia Central. Los demás edificaron nuevas ciudades sobre las costas del sureste del Mediterráneo, constituyendo el pueblo que se conoce en la historia como de los filisteos.

Estas correrías y migraciones por el área de las primeras civilizaciones (semítica y egea), produjeron entre 1600 y 600 antes de Cristo el torbellino de un avance progresivo de tribus arias desde sus bosques y páramos del Norte.

LECCION XIV

PERIODO DE LOS REYES EN GRECIA

CIRCUNSTANCIAS CULTURALES, SOCIALES, POLITICAS Y ECONOMICAS CORRESPONDIENTES AL PERIODO DE LOS REYES EN GRECIA. — Como resultado de la conquista de Grecia por los dóricos, su organización social se conformó a un régimen de desigualdad, de vencedores y vencidos, y sus formas políticas a una monarquía que fué absoluta con respecto a los últimos.

Entre estos dos órdenes de vencedores y vencidos, iguales los primeros y en situaciones diferentes los segundos, se entabla la lucha, bien humana por cierto, que se define en la igualdad de derechos, naciendo de ella las formas políticas transcendentales de los tiempos históricos. En el Peloponeso solamente los dóricos mantuvieron su régimen de privilegio, perdiéndolo en las otras regiones, como la Jonia, el Atica, la Eubea y norte de Grecia Continental, desde el Monte Olimpo hasta Corinto. La causa por la que pierden su hegemonía está en la preocupación por la riqueza, que nace en la conciencia de la época. Los

hombres y las poblaciones articuladas por el comercio se enriquecieron, surgiendo el sentir colectivo de su preocupación, con su cortejo de casamientos que por conveniencia se efectúan entre el noble pobre y el plebeyo rico, mezcla que al borrar la distinción del origen define la clase rica y la convierte en opresora del pueblo. Como consecuencia de esta mezcla, la primitiva desigualdad fundada en el origen se convierte en desigualdad por la riqueza. Resultó que el ejercicio del poder no exigió más título que el que da la fortuna, ahondándose la separación entre las clases de ricos y pobres.

Este proceso tuvo su más alto exponente en Atenas y Corinto, debido a que los vencedores se vieron obligados a dar entrada a los vencidos por las necesidades comerciales, quienes ya dentro de las murallas de las ciudades se enriquecían y mezclaban con los vencedores.

En Esparta, donde el comercio se prohibía y la comunidad de bienes impedía estas actividades, el fenómeno no se produce. Pero en Atenas la evolución llegó a sus mayores límites; respetabilizados los ricos y definidos en clase, luchan y dominan a la nobleza de origen, llamada *eupátrida*, llegando al poder y ejerciéndolo en su beneficio. Pero como algunos nobles se pasan al pueblo o clase pobre, y ésta vence, ya temporaria, ya definitivamente, la necesidad de conservar la preeminencia lograda lleva a establecer un régimen conocido con el nombre de tiranía.

Dentro de esta actuación individualista y propia de cada estado griego, diversas instituciones traducen el enlace de una cultura idéntica que los empareja en la perspectiva de la historia.

Referimos sobre todo a los juegos nacionales, principalmente olímpicos, que de entre los cinco establecidos son los más importantes. Son la manifestación clara de la alegría de vivir, de la vitalidad y de la pujanza griega, pudiendo decirse lo mismo de los otros juegos, los Píticos, los Nemeos y los Itsmicos de relativa importancia. Las olimpíadas se realizaban cada cinco años en Olimpia, ciudad de la Elida, en el Peloponeso, que es como el territorio neutral de la Grecia, a la que concurrían representantes de las ciudades griegas a participar en los torneos. Según la leyenda fueron establecidos por Hércules, cayendo luego en desuso, siendo durante los tiempos históricos restablecidos por Licurgo y abiertos a todos los paladines griegos. Al

principio los Aqueos se niegan a concurrir pero lo hacen más tarde. Se hacían grandes certámenes y el nombre de los ganadores se esculpía en mármol.

El tiempo se contaba según las olimpíadas; a ellas no sólo concurren representantes del músculo, sino también los cultores del intelecto: filósofos, poetas, etc., llevan sus obras a someterlas al juicio público. Herodoto conquistó allí la fama con sus nueve libros, como Jenofonte y sobre todo Píndaro, que se hizo famoso con sus cantos a los vencedores. La celebración de estos juegos estaba garantizada por dos motivos: el uno por el lugar, la Elida, donde no se podía entrar armado, hasta que olvidando su neutralidad, interviene en las guerras y deja de ser respetada, cayendo con ella Olimpia; el otro, por el precepto de que ningún pueblo heleno podía guerrear durante los juegos se realizasen. Otra característica de estos juegos nos la brinda el hecho de que en ellos se efectuaban tratados entre los distintos pueblos, que se inscribían en columnas, siendo testigo el pueblo de las negociaciones. Algunos historiadores los comparan con la tregua de Dios, institución de la Edad Media, que consistía en suspender en determinadas épocas las guerras entre los feudales por orden del Papa. Pero existe una notable diferencia que prueba la comparación no es exacta; las treguas de los juegos olímpicos miran al pueblo, a la colectividad, al bien común; y la segunda se circunscribe al individuo, a la nobleza, al interés particular.

Cabe también, en lo que respecta a sentimientos generales, anotar el advenimiento de la epopeya como una expresión natural, sin que el elemento de lo maravilloso anonadase al hombre. La poesía es hija de Jonia; Chios y Esmirna son las dos ciudades que reivindican con mejores fundamentos ser la patria de Homero, quien con otra veintena de poetas, a quienes se llamaba *cíclicos*, contienen en sus poemas la colección de las tradiciones sobre la edad heroica. De estos poetas cíclicos, que conservaron aquello que el cantor de Aquiles no tocó, dijo Esquilo que habían recogido las migas del festín de Homero.

La poesía épica que celebraba el pasado heroico y religioso de Grecia, cesó cuando el espíritu griego comenzó a interrogarse a sí mismo, cuidándose de la vida presente que la pasión animaba con sus amores y sus cóleras. A la musa épica sucedió la elegíaca y la lírica, que dominó desde el siglo VIII al V antes

de Cristo con brillantez; son los precursores de Píndaro, de los que se conservan fragmentos notables.

EL CULTO DE LOS HEROES. LOS DIOSES HOMERICOS. LA TEOGONIA DE HESIODO. — Los griegos tenían templos espléndidos, pero el sacerdocio no era el cuerpo tradicional, el depósito de todas las ideas, el almacén de los conocimientos, de las otras civilizaciones estudiadas. El sacerdocio era como una función de la ciudadanía, y eran los jóvenes más aptos y hermosos los que actuaban en los coros y las ceremonias.

La exaltación de los grandes varones, de los ejecutores de la paz y el orden, como Hércules y Teseo formó un culto particular, de héroes, que sirvió de enlace a este pueblo políticamente disperso en soberanías pequeñas. Era la ponderación de la fuerza, del valor, sensación que también se advierte cuando estudiamos los mitos divinos del período, documentados en las epopeyas homéricas. Era como una crueldad, captable en las prácticas de los hombres y los dioses.

Cuando el duelo personal entre París y Menelao, junto a los muros de Troya, que debía definir el triunfo de una u otra nación, venció Menelao, y cuando los griegos consagrados vencedores aprestaban sus barcos para retirarse, Minerva convence a los troyanos debían violar el convenio y sorprender a los griegos en el momento de embarcarse.

Cuando los griegos vencen definitivamente a Troya, toman crueles represalias bajo la sugestión, dice el poema homérico, de sus dioses tutelares, que se hace extensiva a los niños, ancianos y mujeres; el propio Paris cae abrazado a su Dios, herido de lanzada mortal.

Pero a pesar de lo señalado, la religión fué un elemento de humanidad comprobado con los sentimientos nobles que contenían en germen el carácter de los mitos. Marte y Minerva por ejemplo: el primero es el Dios de la guerra salvaje, torpemente destructora; Minerva, Diosa de la guerra inteligente y de los principios superiores. En la lucha establecida entre estos Dioses, triunfa Minerva, y su simbolismo está sobre el de Marte en los pueblos cultos.

Otra prueba de que la religión fué principio de humanidad la tenemos en que la violación de los tratados, que establecían suspensión de hostilidades, constituyó un sacrilegio. Paralelamente a esta acción humanitaria de la religión nos encontra-

mos con tendencias pacíficas que se describen en los poemas de Homero. Este pinta además de la afición a los combates y como característica de los paladines griegos, el gusto hacia los trabajos pacíficos industriales, agrícolas, etc. Estos mismos griegos durante el sitio de Troya sienten nostalgia de sus hogares que el poeta lo caracteriza en estrofas elocuentes.

En síntesis, podemos establecer que la expresión característica de este período de la vida griega está en dos grandes pensadores, Homero y Heriodo.

El primero lo documentó en sus epopeyas, pero al mismo tiempo consignó en sus estrofas un alto espíritu de humanidad, pudiendo decirse anteceden a su tiempo dado el contraste notable entre la actuación de los héroes, dentro de la trama dramática, y el pensamiento de que hacen gala. Afirma la convicción de que Homero, al escribir sus poemas, lo hizo mirando al porvenir, el que al censurar los males de su tiempo, imaginaba un mundo mejor para el futuro. Todo cuanto se diga, exaltándolo, es poco. En esas grandes obras se sumaron cuanto de noble y bello tenía la cultura de la época, los sentimientos e ideales del pueblo helénico.

Hesiodo es el otro gran poeta de Grecia. Sus poemas, al decir de la filosofía, aspiran a una civilización superior; preconizan el trabajo como condición esencial de la existencia humana; reprueban la violencia considerándola impropia del hombre, a quienes, dice, la razón inhibe de hacer uso de ese medio propio de los animales. Agrega que Zeus, el creador, dió a los hombres el sentimiento de la justicia para guía y norma de sus actos, como la mejor de las virtudes.

La doctrina de Hesiodo tiene muchos puntos de contacto con las de los libros sagrados de los judíos. Enfrentaba a la conducta humana los beneficios o castigos inmediatos en que se prolongaban las acciones, fundando en ellos la necesidad de ajustar la disciplina individual al cumplimiento del deber.

Se ha sostenido que la ética de Hesiodo está en contradicción con la moral cristiana, que enseña que nada se debe esperar de este mundo, que la verdadera felicidad y el merecido castigo o beneficio se encuentran en otro: en la vida inmortal. Por esto algunos han criticado las doctrinas de Hesiodo, pero debemos tener presente que la crítica hay que hacerla desde un punto de vista contemporáneo al suceso acaecido, y así mal podemos, en

la antigüedad, exaltar sanciones en otro escenario que no sea la tierra, cuando el espíritu de Grecia precisamente no concebía más existir que el de la vida en el horizonte físico. Se le objeta también por fundar sus conceptos en la "utilidad" o beneficio que produce el acto, principio que podría definirse en las palabras "no ayudes sino a quien te hace bien". Si esto encierra un error, él no sería exclusivo de las ideas del poeta; el propio sentimiento de caridad cristiana no traduciría con exactitud el principio de la abnegación y el sentido de lo justo, únicas ideas que deben regir en materia moral.

La poesía de Hesiodo lleva a la idea del derecho y de la paz. Su libro "Las Obras y los Días" es el poema del porvenir, como la Iliada y la Odisea lo fueron del pasado.

LECCION XV

DEL PERIODO DE LOS NOBLES A LA INSTAURACION DEMOCRATICA

INDICACION DEL PROCESO, DE LA CULTURA Y CIVILIZACION HELENICA, DESDE EL GOBIERNO DE LOS NOBLES HASTA EL AUGE DE LOS TIRANOS Y LA INSTAURACION DEMOCRATICA. EXPANSION COLONIAL, REVOLUCION INDUSTRIAL, ORGANIZACION ECONOMICA Y POLITICO-SOCIAL, Y DESARROLLO CORRELATIVO DE LAS IDEAS. — Indudablemente las costas irregulares, las islas y los valles de montañas que forman la Grecia, influyeron para que su pueblo permaneciese dividido en parcialidades políticas pequeñas y para que no intentasen su centralización en grandes estados. Influyó también la forma diversa en que puede ser clasificada la población. Mientras algunos se formaban de ciudadanos de dos o más tribus helénicas (jónicos, dóricos y eólicos) otros tienen una población de griegos y descendientes de pelasgos, y otros una ciudadanía libre, griega y pueblos dominados (ilotas). Este diverso aporte etnográfico pone tonalidades características en el proceso histórico, pero puede afirmarse, en general, que los descendientes de las familias de los primitivos jefes arios formaron una nobleza cerrada. Si ella eligió primeramente los reyes concluyó por suprimirlos y ocupar el poder mediante organismos colectivos, desde que jamás los reyes fueron monarcas casi divinos, ni contaron con cortes bien organizadas. Esparta misma, que conserva sus reyes, recurre a una

doble dinastía, y todavía levanta frente al poder de esos dos reyes el de los funcionarios encargados del contralor de los intereses de la nobleza.

Siendo pequeños geográficamente estos estados, el problema de satisfacer necesidades materiales fomentó el comercio y la colonización, que se desarrollaron en los siglos VII y VI antes de Cristo. Su organización era preferentemente aristocrática, con familias dirigentes que se vigilaban entre sí. Sus mismas democracias eran aristocráticas: todo ciudadano tomaba parte en la deliberación de los asuntos públicos, pero no todos sus habitantes eran ciudadanos; junto a pocos miles de ciudadanos, existían miles de esclavos, libertos o gente de condición inferior.

La ciudadanía era un privilegio. En Atenas, por ejemplo, el pueblo demócrata por excelencia, sus leyes establecen que es ciudadano exclusivamente el hijo de padre y madre atenienses, siendo sus sanciones estrictamente cumplidas. Así, cuando se hizo la selección de padrones en tiempo de Pericles, fueron excluídos más de 3000 extranjeros y metecos filtrados en las listas. El mismo Pericles tuvo que sufrir los rigores de esa ley: cuando estalló la guerra del Peloponeso y las pestes azotaron a la Grecia, fueron sus víctimas los hijos de Pericles; en esa oportunidad, se vió obligado a naturalizar a un hijo bastardo, lo que requirió el voto expreso de la asamblea. La naturalización era difícil obtenerla siendo menester prestar grandes servicios al estado. El único ciudadano de Megara que logró naturalizarse fué Hércules, y después Alejandro, valido de su título de rey macedónico. Sin embargo, a los filósofos les era fácil, pues se reconocía en los trabajos del pensamiento los servicios más nobles que pueden prestarse a la humanidad. Eran considerados como huéspedes públicos a fin de que tuvieran el mayor tiempo posible para dedicarse a sus especulaciones filosóficas.

El régimen a que estaba sometido el extranjero confirma este concepto cerrado del estado helénico. Al principio no tuvieron derechos civiles, como el de casarse, poseer bienes, comerciar, etc., que tan elementales nos parecen a nosotros. En Esparta existió una institución que facultaba al estado a expulsar al extranjero que constituía un peligro para la sociedad. Esta institución llamada "Xenelasia", fué aplicada al propio Alcibiades, célebre ateniense que se pasó a los espartanos y cu-

ya vida licenciosa despertó imitadores. En Atenas los extranjeros residentes forman una clase: la de los metecos; vivían en un lugar determinado, fuera del recinto de la ciudad, a la que sólo podían entrar en las horas del día, y estaban obligados, para el desenvolvimiento de sus actividades, a nombrar un representante que debía ser un ciudadano ateniense. De allí que muchos se dedicaron a defender los derechos de los extranjeros, originándose la profesión de abogado. El meteco estaba sujeto al pago de un fuerte impuesto, llamado "capitación", porque se pagaba por cabeza, siendo reducido a la esclavitud, aquel que no cumplía con dicho pago. Para esto se admitió la delación y había individuos dedicados a denunciar a los que eludían el pago; éstos, llamados "sicofantes", ganaban la mitad de los bienes del denunciado.

Compensábase en buena parte este régimen político social con instituciones que morigeraban la división. Una fué la hospitalidad, verdadera institución pública. La historia conserva los nombres de los que más la ejercitaron, entre los que es famoso Cimón, que gastaba grandes fortunas en socorrer a los pobres. El estado la garantizó en homenaje al orden público y así en Lucania, una ley multaba a quien no ejercía la hospitalidad cuando alguien la pedía después de la puesta del sol. Pero estos deberes no satisfacían la necesidad de una mayor protección, de la persona y de los bienes, naciendo poco a poco otra institución que la completó. Fué la de los "proxenos", ciudadanos encargados de dar hospitalidad y cuidar los intereses de los extranjeros en determinadas ciudades. Un ateniense radicado en Tebas se ocupaba en ayudar a todo conciudadano que llegaba allí. Las autoridades de Tebas admitían esto, reconociéndolos oficialmente en el ejercicio de esas funciones. Como se observa, estas funciones tienen una íntima concordancia con las de los actuales cónsules, quienes representan los intereses generales de su país y protegen a sus compatriotas.

Otra forma que suaviza la situación de los extranjeros es la de los tratados internacionales, muchas veces expresamente convenidos y otras simples actos graciales. Entre dos ciudades convenían, por ejemplo, reciprocidad de derechos para sus ciudadanos respectivos. Estos tratados llamáronse isopolíticos. Fueron importantes, pero no se desarrollaron lo suficiente. Como ejemplo podemos citar el celebrado entre Atenas y Rodas.

Otras veces fueron actos unilaterales de un estado, reconociendo tales o cuales derechos a los habitantes de otros. Es el caso de Atenas con respecto a Tebas, Eubea y Platea, a cuyos ciudadanos da el derecho de casarse con ciudadanos atenienses.

La actividad humana que más dió pie a la celebración de estos tratados fué el comercio que obligó a establecer tribunales en las ciudades comerciales para entender en los conflictos producidos entre los comerciantes. Pero estos tribunales eran incompletos porque carecían de sanción, circunstancia que lleva a cada estado a reservarse el derecho de represalia.

Precisamente fué el comercio y la revolución industrial que trajo el desarrollo de las manufacturas, lo que precipita el proceso social en los estados griegos. El comercio trae ganancia y el beneficio acumulado crea fortunas. La nobleza que detentaba el poder ve surgir frente a su prestigio el de los ciudadanos enriquecidos, y como las nuevas costumbres y el fausto atraían, las distancias se acortan. Empezaron a surgir como consecuencia, no sólo las uniones matrimoniales de nobles y ciudadanos ricos, sino algunas organizaciones de gobierno de carácter plutócrata, que derivó en perjuicio de los ciudadanos pobres. Intereses comunes originaron partidos permanentes, que actúan bajo la dirección de caudillos, y como las decisiones no se cumplían por intereses creados, el triunfo en la asamblea ciudadana se convertía en la usurpación del poder, en un régimen de tiranía. Como el tirano gobierna en nombre del pueblo, sus únicas víctimas son los nobles, a quienes se destierra y despoja de sus bienes. En este período evolutivo la tiranía se generalizó en Grecia, ejerciéndola en Atenas el famoso Pisistrato.

El triunfo de los vencidos produjo grandes movimientos sociales de verdadera anarquía, y hace que Esparta intervenga en las luchas en procura de que las aristocracias se restablezcan en el poder. En Atenas se encomienda a Solón la confección de un conjunto de leyes calculadas a garantizar los derechos del pueblo, dándose una legislación de equilibrio, que trajo la paz y ajustó la sociedad a la riqueza.

Desde este momento la historia de la evolución social de Grecia es una consecuencia del triunfo de Esparta o de Atenas. Y lo curioso es que ni la aristocracia ni la democracia que respectivamente profesan e imponen, son fecundas para la felicidad de los pueblos helénicos. Es que ambas ciudades ignoraban

el derecho; en su vida de relación todo se ajustaba a los deseos del más fuerte; cuando triunfa Esparta se traduce su victoria en grandes represalias hacia Atenas, y cuando ésta, sucede lo mismo. A pesar de ello, debemos hacer justicia a Atenas, que en medio del dolor y de los trastornos, tuvo la concepción de una ley que recoge la humanidad agradecida incorporándola a sus prácticas esenciales. Aludimos a la ley del olvido o amnistía, aplicada por Atenas aun con respecto a los treinta tiranos que llegaron a todos los excesos en nombre de la aristocracia. Por lo demás bien está recordar que mientras la oligarquía espartana vaciló ante el invasor persa, en las llamadas guerras médicas, fué la democracia ateniense la que salva a Grecia.

LICURGO Y SOLON; SUS REFORMAS; CONSECUENCIAS. — La organización social y política de Esparta y Atenas, que desde esta época son la expresión característica de dos tonalidades del pensamiento helénico, corresponde a Licurgo y a Solón.

El primero ha sido objeto de los elogios de la antigüedad porque dentro del concepto de la época su obra representaba un ideal. Platón le canta un himno y basándose en sus instituciones proyecta su célebre república como ideal de la humanidad. Pero cuando con serenidad se estudia la historia espartana, el juicio histórico le es desfavorable, al punto de que algunos, como Volney por ejemplo, llegan a extremar los conceptos, calificando a los espartanos los "iroqueses" del mundo antiguo.

Los espartanos admitían la comunidad y solidaridad como disciplina general, normas éticas que encarnan un principio de igualdad y de libertad pero dentro del grupo o régimen de aristocracia. Fáltales así un tercer elemento, que fué dado recién por el cristianismo, la fraternidad.

La organización de Licurgo no reconocía los derechos del hombre frente a los derechos del estado. Entendiéndolo a éste como un fin, para lograrlo era necesario que los ciudadanos sacrificasen todo por él; concepto erróneo, pues el estado no es sino un medio que asegura al hombre el libre ejercicio de sus actividades. Tal el concepto de los estados modernos organizados sobre el respeto de los derechos individuales.

La legislación de Licurgo fué artificial porque buscó aislar a Esparta, evitando el contacto con otros pueblos, temiendo que ellos aportasen nuevas ideas y costumbres que echasen por tierra esa organización social; prohibió el comercio, verdadero

atentado contra la naturaleza, pues él compensa los grandes saldos de la producción y complementa el trabajo del hombre. Sin embargo Esparta no escapó a esta vinculación, interesándose en su decadencia por la riqueza, la que pudo ser alcanzada por el comercio. Desde el momento que se estableció la comunidad de bienes se abolió el uso de los metales preciosos como moneda, permitiéndose solo el del hierro, y así, pesos enormes de lingotes de este metal representaban sumas insignificantes de dinero.

La obra de Licurgo consultó en cierto modo las condiciones de su época. La población de Laconia ofrecía una desproporción notable de elementos. Sobre 30.000 espartanos existían 300.000 ilotas y 150.000 aqueos o periecos — circunstancia que obligaba, a los primeros, para mantener los frutos de su conquista, a prepararse para la guerra salvando sobre toda otra razón el espíritu de casta.

Este espíritu guerrero luce en todas las instituciones de Esparta. En su homenaje sacrificaban el sentimiento de hogar y la sociabilidad. El niño al cumplir los cinco años, era separado de su familia y pertenecía al estado, que le daba la instrucción necesaria para despertar el valor y el arrojo guerreros. El niño recién nacido era puesto a prueba en un baño de vinagre donde los débiles morían, y los defectuosos encontraban la muerte al ser arrojados al "Eurotas" en seguida de ver la luz.

La guerra se traduce hasta en las prácticas religiosas. El día del combate, en Esparta, era festejado como día extraordinario. Los guerreros se adornaban con flores y marchan cantando; los viejos coreaban el siguiente verso: "nosotros hemos sido en otros tiempos jóvenes y valientes"; el coro de los jóvenes respondía: "nosotros lo somos ahora, acércate y verás" y los niños cantaban a su vez: "Nosotros algún día lo seremos, y más valientes todavía".

La obra de Solón en Atenas es más justa y permanente. Reclamada para crear orden y felicidad, substituyó la legislación de Dracón, síntesis de la jerarquía aristocrática y dura, de penas severas, por una disciplina en que el poder pasaba a las clases enriquecidas por el comercio y la industria, con la colaboración de los ciudadanos pobres. Fué como la iniciación de un proceso democrático, de igualdad, que los continuadores de

su obra debían completar. Cambió las leyes penales; a los castigos fundados en la venganza, en el talión, opuso el sistema de la composión, y la aplicación de esas penas o poder de juzgamiento recayó en tribunales organizados con garantías, como la del sorteo. El valor del dinero fué bajado y con la misma cantidad de moneda pudieron abonarse deudas y levantarse hipotecas. En síntesis: en vez de conservar la desigualdad se trabajó la igualdad, y una ciudadanía totalmente dignificada cumplió sus deberes para con la humanidad.

Corresponde a Atenas el honor de haber inventado las prácticas del derecho de asilo y de haber sido el primer pueblo que levantó altares a la misericordia. La legislación ateniense está filtrada de este espíritu de filantropía; fué muy humana para con los esclavos; daba subsistencia a los inválidos; educaba a los huérfanos por cuenta del estado, salvándolos de la miseria; costeaba médico a los pobres y protegía a los desterrados de las demás ciudades griegas.

THALES, HERACLITO Y PITAGORAS; SUS CONCEPTOS ESENCIALES; SU CORRELACION HISTORICO SOCIAL. — Al mismo tiempo que los pueblos helénicos se daban formas definitivas y características, creando individualidades que van a actuar en el drama histórico, hombres numerosos, en diversas ciudades, actuaban como verdaderos pensadores modernos.

Los métodos infantiles y fantásticos del pensamiento primitivo cedieron ante una investigación disciplinada y crítica de los problemas de la vida. El simbolismo sobrenatural y monstruoso, y la representación imaginaria de los dioses y monstruos divinos, con los "tabus" y terrores que hasta ese entonces abrumaron la función del pensamiento humano, fueron rechazados, y comenzó el pensamiento libre, exacto y matemático.

Era la influencia del espíritu helénico que libre de trabas se introdujo en los misterios del templo, con que se velaba el saber humano, y lo llevó a la luz del día.

Uno de los creadores de este pensamiento liberado de prejuicios, tenido universalmente por el fundador de las ideas filosóficas, es el famoso Thales de Mileto, jónico, que gozó de gran prestigio en su época. La leyenda conservó gráficamente ese prestigio relatando lo ocurrido con el Trípode de Oro, cuya posesión engendrara cruenta guerra entre ciudades.

Consultado el Oráculo falló disponiendo fuese el trípode entregado al hombre más sabio de Grecia, resolviendo los contendores entregarlo a Thales de Mileto. La modestia del filósofo llevólo a pasarlo a quien reputaba más sabio y erudito, quien a su vez lo entregó a otro y por idéntico motivo, el trípode famoso después de pasar por siete manos volvió a Thales de Mileto, quien hubo de conservarlo fijando este homenaje recíproco el nombre de los siete sabios del mundo helénico.

Thales de Mileto era acreedor a este homenaje. Cuando los persas con su invasión amenazaron destruir a Grecia, requerido por sus conciudadanos aconsejó la organización de un consejo general de los pueblos helénicos con facultades de dirigirlos, y mediante la unión presentar un frente único y poderoso a la invasión persa. Sabemos que los griegos no tuvieron el concepto de la unidad; no nos extraña por tanto, no hubiesen recogido el sabio consejo de Thales, consejo que por otra parte involucraba la idea de federación, que es hoy la última conquista de la experiencia para la felicidad humana.

Thales de Mileto fué el primero de los filósofos dinamistas. Sostiene que el principio de las cosas reside en el agua, en la humedad, arguyendo que la vida solo es posible en ese medio, porque del agua, decía, nació la vida. Fundábase en que ella se ofrecía a los hombres en sus tres estados típicos: sólido, formando el hielo; líquido, en los mares y en los ríos, y gaseoso en las nubes. Perteneciendo a los dinamistas admitía que su sustancia primitiva, el agua, era una fuerza viva, y que en virtud de sus distintas formas, constituía por si sola todas las cosas universales.

No menos memorable en la especulación filosófica fué Heráclito que completa la serie de los filósofos dinamistas. Fué autor de un memorable libro, de la Naturaleza, en el que sostiene que el origen de la substancia se halla en el fuego. Agrega que nada es y no es, que todas las cosas devienen, se transforman, se suceden, hablando de la existencia de leyes superiores de armonía. En su obra trata de la naturaleza, de política y de teología.

Contemporáneo con estos dos pensadores del grupo jónico griego fué Pitágoras, filósofo fundador de la llamada escuela itálica, en Cremona. Antes de concretar sus doctrinas recorrió todos los países cultos de la antigüedad, de donde recogió el

caudal de sus ideas, pensamientos y orientaciones. En contacto con los magos de Caldea, pudo enterarse de los conocimientos astronómicos, y en Egipto, de conocimientos profundos atestiguados por los últimos descubrimientos de la egiptología que muestran a ese pueblo, en posesión de principios científicos insospechados en esa época. En cuanto a la India, le brindó el conocimiento de la mentepsícosis a que más tarde aludiremos. Fundó su escuela a la que organizó de un modo conventual; sus discípulos eran como monjes, hombres de vida austera, a los que para diferenciar de los demás, dió un hábito blanco. Este propósito de armonía en el régimen de las costumbres, está de acuerdo con las doctrinas de Pitágoras. Sostiene que todo puede reducirse al número uno, y que las cosas no son sino una multiplicación de la unidad, como es el 10; que la unidad es el origen de todo. El todo está regido por leyes de armonía; ser bondadoso, ser perfecto, es proceder con armonía para no disociar en las relaciones de existencia. Fueron famosos, sobre todo desde el punto de vista de la astronomía, pero la escuela tuvo un grave defecto, su organización en secta, y por ello sus ideas no tuvieron trascendencia, aún cuando rozaran los lindes de la verdad. Esta no es una flor de invernáculo, necesita para que no resulte una letra muerta, el contacto de la vida. Tuvo más de doscientos discípulos, contándose entre los principales a Silolao, Architas de Tarento, Epicarmo y Eudoxo.

LECCION XVI

ATENAS Y ESPARTA DESDE LA INSTAURACION DEMOCRATICA EN ATENAS HASTA LAS CONSECUENCIAS CULTURALES Y POLITICO-SOCIALES DE LAS GUERRAS MEDICAS

INDICACIONES DEL RESPECTIVO PROCESO DE LA CULTURA Y CIVILIZACION DE ATENAS Y ESPARTA EN ESTE PERIODO: DESARROLLO DE LAS CIRCUNSTANCIAS ECONOMICAS Y POLITICO-SOCIALES. HEGEMONIA POLITICA, IDEOLOGICA Y CULTURAL DE ATENAS. PERICLES. — Atenas y Esparta son considerados los estados helénicos representativos del genio griego, en las dos tonalidades y formas sociales que aquéllos ofrecen, en correspondencia con las leyes que recibieron de Solón y Licurgo.

A la organización aristocrática y guerrera de Esparta co-

rrespondió una política de perfidia en sus relaciones con los demás estados griegos; buscaba gozar de las utilidades omitiendo los sacrificios. Ocupando el territorio de Laconia, una de las regiones del Peloponeso, llegaron a la hegemonía mediante luchas juzgadas de injustas, sobre todo con los mesenios, situados al occidente de aquella península.

Abierta la invasión en plena paz, la guerra fué sangrienta y cruel, sembrando odios que no desaparecieron nunca. Cuando Tebas derrotó a Esparta en Leuctra, Epaminondas llamó a los mesenios de Italia, donde habían emigrado, para que volviesen a fundar una nueva Mesenia. Así lo hicieron, actuando siempre la moderna Mesenia como rival de Esparta, aun durante la dominación romana; cuando el período de luchas civiles que precede al establecimiento del imperio romano, los mesenios siguen las banderas de Antonio porque Esparta estaba con Octavio.

La preeminencia que Esparta logró con la conquista de Mesenia, su dominación en Argos y demás ciudades del Peloponeso pasó las fronteras helénicas. Debido a esta fama, Creso, rey en al Asia Menor, amenazado por los persas de Ciro, recaba su alianza, pero Esparta no tuvo la intuición del porvenir. Tal vez su negativa fué hija del orden de cosas creado en el Peloponeso, en que su hegemonía no había estructurado un poder centralizado. Argos, vencida, no se había sometido incondicionalmente; conservaba un gobierno propio aunque de régimen oligárquico; Mantinea estaba con Argos y los pueblos Aqueos no habían entrado en la liga. Sólo las ciudades dóricas reconocían la jefatura de Esparta durante la guerra; sus diferencias se arreglaban por arbitrajes o buscando el laudo de los oráculos, reduciéndose las regalías de Esparta a fijar el contingente de fuerza que cada ciudad debía aportar para las guerras, y el monto de los tributos, que tampoco eran permanentes.

Pero si Esparta no creó un poder central, encabezaba uno suficientemente fuerte para oponerse o defender la vida independiente de los griegos, que no utilizó durante las guerras médicas en la medida que correspondía. Durante la primera guerra médica fué Atenas la que salva a la Grecia; durante la segunda, Temistocles, después de Artemisio, debió recurrir a la astucia para que los pueblos de Grecia dieran la batalla de Salamina. Cuando el persa Jerges quiso apartar a Atenas de la

guerra, Esparta se apura y promete, y cuando Atenas rechaza las solicitaciones, Esparta se llama a silencio y aisla el Peloponeso con la muralla que erige sobre el itsmo. Por ello los espartanos no cumplieron la misión histórica que le señalaba su hegemonía, deberes que arroja sobre los hombros de Atenas, y que contrarió cuando años después, Pausanias, su caudillo, traicionó a los griegos.

Atenas es como el reverso de la medalla. Los antiguos la llamaron "la bienhechora del espíritu humano"; su historia parece objetivada en el mito de su Dios protector. Según la leyenda los dioses se dividieron el territorio de Grecia, correspondiendo a cada ciudad el dios o mito que encarnaba su misión y su genio. En esas preferencias divinas, correspondieron a Atenas dos mitos religiosos de alto simbolismo; el de Minerva o Palas Atenea, cultora de las letras y de las ciencias, símbolo de la grandeza humana y de la guerra inteligente y esforzada; y el de la Diosa Ceres que es síntesis de la agricultura. La historia ateniense dobla el concepto de sus mitos protectores; del uno, con su preminencia intelectual; del otro con su trabajo y su comercio.

El amparo que presta a los desterrados políticos es una de las más hermosas características de Atenas, fácil de apreciarla cuando recordamos que las luchas internas en Grecia eran sumamente enconadas. Los vencedores desterraban a los vencidos que ocurrían a Atenas en busca de amparo. Un ejemplo clásico nos ofrece Tebas; cuando fué vencida por Esparta, los tebanos emigraron a Atenas; Esparta decreta que todos los que protegían a los desterrados sufrirían el castigo de los vencidos, pero Atenas sigue firme en su conducta y es en esta ciudad donde los tebanos prepararon la reacción encabezados por Pelópidas y Epaminondas. Otro ejemplo nos ofrece cuando Alejandro invade a Tebas, pues no solamente protegieron a los vencidos, sino que hicieron pública su protesta contra los desmanes de aquél. Este espíritu altruista también se revela en su política externa, pues ayuda a los pueblos débiles a libertarse de sus opresores, razón por la cual muchos de los filósofos de la época la acusan de aliarse con los débiles en contra de sus intereses. Para apreciar el exacto valor de Atenas debemos compararla con Esparta, estando ambas personificadas en sus respectivos legisladores: Solón y Licurgo; mientras Licurgo en

Esparta hace leyes guerreras, Solón hace en Atenas leyes humanas en bien de la felicidad del pueblo; mientras los ciudadanos súbditos de Licurgo, son guerreros, los de Solón son elementos significativos, sabios, artistas y filósofos que saben llegada la hora, superar a los propios soldados espartanos.

Bien es cierto que Atenas en sus guerras no escapó al ejercicio de prácticas crueles, pero debemos recordar éstas correspondían a la conciencia de la época; el profesar principios humanitarios no induce la renuncia de los derechos del vencedor, tanto más cuando jamás se manchó Atenas con deslealtad alguna. Imaginar lo contrario es suponer que el derecho del más fuerte, síntesis de la ética antigua, pueda ser objeto de censuras que repugnan al criterio relativista que preside la historia.

La hegemonía de Atenas no comprendió toda la Grecia, pero fué indiscutida sobre los pueblos de origen jónico. En un principio también los pueblos de la Grecia continental la obedecieron durante la invasión persa, pero más tarde se desligan de su influjo dejando que Atenas limitara su autoridad a los pueblos insulares y costaneros. La hegemonía de Atenas influenció en la cultura del mundo helénico; acentuó su sentido artístico y filosófico y siempre estuvo a la altura de su misión. De su seno nacen los caudillos que detuvieron a los persas en sus fronteras. Cuando la hegemonía fué un hecho, Atenas ya no contaba con el gran Temístocles, pero sí con Cimón que humilló al Rey Persa haciéndole firmar un tratado que constituía una garantía para la Grecia toda. Tan fué así, que desde las victorias de Atenas en Chipre hasta la derrota de los atenienses en Sicilia, los persas no pudieron cobrar tributo ni aparecen en la escena griega. ¿Qué detiene este poderío helénico? La guerra del "Peloponeso" o sea la lucha entre Esparta y Atenas.

Después de la victoria sobre los persas, la hegemonía de Atenas se convirtió en tiranía; durante la época de Pericles se eleva la contribución de las ciudades a 1300 talentos, tributo que produce protestas. La verdadera causa de esta resistencia estaba en el espíritu de división de la raza griega, comprobándolo el hecho de que cuando las flotas persas son destruídas por la ateniense, los aliados se creen libres de compromisos y eluden el pago de los tributos.

Atenas exige las entregas de dinero para preparar una de-

fensa de garantía, y viendo en sus aliados a pueblos vencidos los trata con rigor aumentando los tributos. Desde este instante la dominación ateniense es tiránica, en tal forma que al iniciarse la llamada guerra del Peloponeso, sólo tres ciudades conservaban su independencia.

La dominación se manifestaba no sólo en el pago de tributos, sino también en la usurpación de la justicia, atribución ésta que es condición esencial de la soberanía. Establecieron que todos los pleitos debían debatirse y ser juzgados en Atenas, ante tribunales atenienses, y que el acusado debía ser defendido también por un abogado de esta misma nacionalidad. Se convertían entonces en jueces de todas las ciudades tributarias, sometiéndolas a una verdadera servidumbre. Como el juez era electo por sorteo, pudiendo llegar a ocupar este puesto cualquier ciudadano ateniense, la condición de esa ciudadanía establecía como un privilegio general. Esta tiranía culminó con Pericles durante cuyo período Atenas se convirtió en una especie de sol que alumbra toda la Grecia, alcanzando el máximo de su poder militar. Fué entonces el punto de reunión de los sabios y artistas, convirtiendo su dominación en una reyecía de los espíritus, que los atenienses afirmaban en el deseo de grandeza de la patria.

Los propios atenienses tuvieron conciencia de su dominación absoluta y tiránica. Son clásicas las palabras de Pericles contenidas en sus arengas, "Nuestra dominación es como una tiranía, aceptarla parece injusto, y rechazarla peligroso". Y en verdad, Atenas llevó sus abusos a un grado tal que si aflojaba los resortes que pesaban sobre sus "aliados", peligraría su existencia.

La hegemonía ateniense, no obstante sus prestigios, declinó como consecuencia de las prácticas despóticas ejercidas sobre los demás pueblos, por cuanto un poder fundado en la fuerza no crea nunca vínculos de unión definitivos. Esta caída rápida de la hegemonía ateniense, constituye un carácter general de la historia de las hegemonías griegas.

Tal sucede en Leutra, con Esparta, donde la muerte de sólo 1700 espartanos concluye con su prepotencia; lo mismo ocurre a Tebas, en la batalla de Queronea, aun cuando las pérdidas no fueron mayores. La fatalidad de estos acontecimientos es tanto más fácil de apreciarse cuando se comparan estos

organismos fundados en la fuerza con los de otros países, de actividad y mecanismo diverso, en quienes no sucede lo mismo. Para justificar esta afirmación, no tenemos sino que recordar la historia de Roma durante el período de su lucha con Cartago, y en ella la batalla de Cannas donde de 6000 caballeros, flor y nata de la nobleza romana, sobreviven solamente 370 y de 80.000 infantes escasamente 3000 hombres de pelea. A pesar de este desastre, que casi concluye con el poder militar de Roma, ella reacciona, vence a Cártago y sabe afirmar sus prestigios porque no se apoyaba en la fuerza, sino en el derecho, que se traduce en hábil política, de articulación y solidaridad de los vencidos. La tiranía ateniense no debe ser censurada con severidad. Sin su mano de hierro, los griegos después de Platea se hubiesen dispersado como ocurrió después del tratado de Cimón; la prueba de ello la tenemos en que caída Atenas, los persas vuelven a intervenir en los asuntos griegos, aliados con algunos pueblos helénicos, perdiendo la Grecia su preciada libertad.

Las guerras del Peloponeso, que concluyen con la hegemonía ateniense, forman la página más sangrienta de la historia griega. Constituyen un período de desastres y crímenes numerosos, como si hombres y cosas hubieran perdido la brújula de la justicia; la propia naturaleza se asocia a esta hecatombe, los terremotos se hacen frecuentes aumentando el número de las víctimas, y las pestes azotan a los pueblos, diezmando la población. Pero como si estos desastres naturales fueran pocos, los hombres los aumentan con sus instintos perversos. Tan crueles fueron, que Dionisio de Halicarnaso censura a Tucidides, el historiador, por haber escrito sobre esta página sangrienta, pero la filosofía entiende que la crítica es injusta, porque los hechos de la historia no se borran y su estudio debe hacerse precisamente como ejemplo para la conciencia humana. Tucídides, al reflejar en su historia las crueldades de esas guerras, demostró a la posteridad las sendas extraviadas y las consecuencias dolorosas de las pasiones enardecidas, justificando ampliamente la conquista de Alejandro de Macedonia, quien después de dominar la Grecia realiza la del Asia occidental. Los excesos de la guerra del Peloponeso fueron numerosos; la ciudad de Corcira daba muerte a todos los prisioneros de los combates; Esparta sobrepujó en crueldad al dar muerte a los

comerciantes, que nada tenían que ver con las luchas; pero donde esa crueldad tiene su expresión máxima, donde se la comete sin tasa ni medida, es al no respetarse a Platea, que había sido consagrada a los dioses por contar en su haber la victoria sobre los persas en la batalla del mismo nombre. Platea fué arrasada, muertos sus habitantes y las mujeres y los niños vendidos como esclavos. Debemos hacer constar que es tomada en plena paz, prometiéndose la vida a sus habitantes, pero una vez adueñados de sus murallas, se llama a sus ciudadanos declarasen si habían hecho algo por Esparta; como nadie manifestó haber hecho algo por ésta, fundaron en el silencio un motivo justo de destrucción.

Durante la contienda los vencedores aplicaban los derechos que nacían de la victoria. Atenas, que erigió en ley el derecho del más fuerte, sufrió en propia carne la aplicación del principio, ya con la muerte de sus ciudadanos hechos prisioneros a raíz de la derrota de su expedición a Sicilia, ya cuando, vencida por completo, pasó a Esparta por segunda vez la hegemonía del mundo heleno. Entonces sus vencedores resolvieron someter a un plebiscito la suerte que correría Atenas; la inmensa mayoría quiso que fuese arrasada, porque tenían aún fresco el recuerdo de su poder. Felizmente consultaron al oráculo, el vínculo más poderoso de unidad helénica, el que dispuso sus murallas fuesen derrumbadas, quitando de este modo a Atenas toda posibilidad de un futuro poderío guerrero. Esparta obedeció al oráculo de Delfos y se hizo la paz en las condiciones indicadas: se derribaron las murallas y se quemó, al compás de flautas y entre los aplausos de la muchedumbre, aquella poderosa flota que había dado la libertad a Grecia.

El mal de la guerra del Peloponeso no finca en modo absoluto en la lucha enconada de ambos bandos, espartanos y atenienses, sino más acentuadamente en las querellas intestinas que se suscitaban dentro del recinto de las ciudades, donde constantemente estaban en pugna demócratas y aristócratas, llegando sus luchas a un alto grado de horror. En Corcira sus tribunales decretaron la muerte de sus más conspicuos ciudadanos por el delito de atentar contra los principios democráticos; los aristócratas, por su parte, que eran los menos, se vieron precisados a echar mano de toda suerte de recursos, aun al sacrificio de la patria, para poder imponerse. Esparta, para

vencer a Atenas, necesita de flota y de tesoro; de flota, porque Atenas representaba una potencia naval; y de tesoros, para pagar a los remeros. No lo hubieran logrado en Grecia, pero no vacilan en aliarse a los persas, seculares enemigos de Atenas, quienes la subvencionaron para que realizara sus propósitos. Para lograr la subvención de los persas, concertó un tratado con el Gran Rey por el que le cedía las ciudades griegas de la Jonia, que ocupaban una gran extensión en el Asia Menor. Esta entrega espartana encierra el doble delito de traicionar a su patria y a sus entonces aliados, doblez profesada hasta por los caudillos más memorables, como Lisandro, que se convierte en un simple cortesano de los persas. En esta forma los espartanos, de renuncia en renuncia, llegan a la paz de Antalcides, que convirtió a los bárbaros en árbitros de Grecia.

Apreciando en conjunto el período que estudiamos es indudable que la cabeza y el centro de toda la actividad del pensamiento y de los impulsos creadores y artísticos de Grecia, fué Atenas, y que fué en su recinto donde su realización constituye como un faro de luz para el resto de la historia humana.

Durante más de treinta años, de 466 a 428 antes de Cristo, Atenas fué gobernada por Pericles, hombre de gran vigor y liberalidad de espíritu, que la reconstruyó sobre las ruinas dejadas por los persas. Su obra no fué sólo material; fué sobre todo espiritual; junto a los arquitectos y escultores, agrupó a los poetas, a los dramaturgos, los filósofos y los maestros. Herodoto concurrió a Atenas (en 438) a declamar su historia; Anaxagoras trajo los comienzos de una descripción científica del sol y las estrellas, y de Esquilo a Eurípides los dramáticos hicieron la *tragedia* llena de hermosura y nobleza.

Pericles es también la ponderación democrática, el gobierno exclusivo de las asambleas del pueblo, en que la elocuencia y el arte de argumentar logran el éxito. Entonces aparecen los *sofistas*, cuyas rivalidades condujeron al examen del estilo, al de los métodos del pensamiento y la validez de los argumentos. Cuando murió Pericles empezaba a hacerse famoso, como crítico hábil, Sócrates, que rodeado de jóvenes ilustres, convertidos en discípulos, presidió un movimiento de restauración intelectual, que no contuvo su condena como perturbador del espíritu público (399 antes de Cristo).

LECCION XVII

INDICACION DE LAS TENDENCIAS POETICAS Y FILOSOFICAS EN RELACION CON LAS CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS

MATERIALISMO, ATOMISMO, ESCEPTICISMO, SOFISTICA Y RACIONALISMO; CONSECUENCIAS POLITICO-SOCIALES Y RELIGIOSAS. — Mientras en Oriente las manifestaciones de la vida intelectual están viculados al sacerdocio, en Grecia estas expresiones de la cultura corresponden a hombres que, no teniendo nada que ver con los sacerdotes, tratan de adquirir y conservar conocimientos e investigar los misterios de la vida. Son espíritus contraídos a sutiles investigaciones sobre el mundo, para aclarar su naturaleza real, determinar su origen y su destino y que, rechazando frases hechas o respuestas confusas, analizan y observan sin prejuicios. Estos investigadores que empiezan a distinguirse en el siglo VI antes de Cristo son los primeros filósofos, los primeros *amantes de la sabiduría* que existieron en el mundo.

Naturalmente estas manifestaciones del conocimiento tienen su enlace con las expresiones iniciales, de orden espiritual, de los griegos, constituídas por su poesía y su mitología. La primera, originariamente épica, documenta en la Ilíada el espíritu guerrero de las tribus *aqueas*, y en la Odisea la vida de las zonas marítimas. Cuando la poesía, apartándose del drama histórico, ahonda en el mundo humano interior, su lirismo refleja los sentimientos generales del pueblo políticamente dividido de los griegos y sirve de expresión a la nacionalidad. Su ejemplo típico es Píndaro, el dórico, que actuó en el período de mayor esplendor de la cultura griega, en grandes torneos o juegos nacionales y especialmente en los olímpicos. Es un espécimen de cómo los sentimientos individuales dan paso a las emociones comunes traducidos en himnos laudatorios a los vencedores. Para llegar a esta conclusión hace en sus odas una clara síntesis de la vida de los pueblos a los cuales pertenecen los vencedores. Esta manera de generalizar creó un tipo de estilo, el llamado pindárico. Fué también un cultor de la tradición nacional griega, cuyo elogio se hace en la abundante producción del poeta. Junto a Píndaro encontramos a Anacreonte y Safo, verdaderos artistas en distinguir los sentimientos delicados del

espíritu; sus poesías llenan una página de oro en la literatura de Grecia y han creado un modo especial de composiciones líricas.

El pensamiento filosófico que en los tiempos heroicos se relaciona con la mitología, es el resultado del esfuerzo coincidente de varios; existen tantos sistemas cuantos pensadores concretan sus doctrinas, lo que por largo tiempo apenas si permite la fijación de principios generales.

Esta incertidumbre es notoria en el primer período de la filosofía griega, donde sus representantes sostienen los más encontrados principios.

El fenómeno es lógico. La primera preocupación del hombre cuando abandona los trabajos premiosos de la vida, y medita sobre lo que le rodea, es explicarse el universo, el horizonte físico, y ver claro en las leyes que rigen esos fenómenos. No nos debemos extrañar entonces que en los primeros balbuceos de la filosofía griega, todos los sistemas fincaran en torno al medio físico, el cual trataron de explicar en sus leyes, para después llevar las deducciones al mundo moral.

Pero como la cultura griega es la suma de los esfuerzos de las razas en que se dividían los helenos, fácil es deducir que el pensamiento filosófico debió estar sujeto a las tendencias ideológicas de las dos razas principales del grupo griego, la jónica y la dórica, influencia que permite clasificar a los filósofos en dos grandes grupos, los sensualistas o físicos, que pertenecen todos a la escuela jónica, y los idealistas o especulativos en que se distinguen las escuelas itálica y eleática.

Los físicos buscaban el origen del mundo en el mundo mismo, sin detenerse en los fenómenos, porque por encima de ellos estaba la unidad de la substancia, ya en la forma de simiente primitiva, ya en la de átomos.

Los especulativos o idealistas buscan el origen del mundo fuera de él; allí encontraban las leyes que lo rigen, y sobre estas leyes y complicadas combinaciones encontraban la unidad de la ley: Dios.

Estas dos escuelas comprenden todo el período, sin perjuicio de una doctrina ecléctica, la de Empédocles. Se cierra con una "miserable sofistería", escepticismo frívolo que adquiere enorme esplendor, al que echa por tierra la aparición de Sócrates.

Para su mejor estudio, hemos dividido este primer período en: 1º Escuela jónica; — 2º escuela itálica o pitagórica; — 3º escuela eleática y 4º los sofistas.

Los filósofos de la escuela jónica, todos ellos físicos, se dividen en dos tendencias: la dinámica y la mecánica.

Para los dinamistas la naturaleza es una fuerza viviente en la cual los cambios constituyen el desenvolvimiento de la vida, diferente en formas y propiedades; toda la naturaleza es explicada por un cambio de fuerza.

Los mecanistas sostienen lo contrario; no admiten cambios de formas ni propiedades en la naturaleza; para ellos la materia es permanente, cambiando de lugar por movimientos que se le imprimen desde fuera o que surgen de ella.

Haciendo una exégesis de las ideas sustentadas por los más representativos de la escuela que enunciamos, podríamos adoptar las siguientes síntesis, omitiendo a Thales de Mileto, Heráclito y Pitágoras, de los cuales ya nos ocupamos (Lección XV).

Anaximandro (de Mileto) es el primer filósofo mecanista. Sostiene que el principio y elemento de las cosas es el infinito, cuyas partes son mutables pero siendo el todo inmutable; todo nacía de él y volvía a él, por descomposiciones y composiciones de los elementos inmutables; este infinito no era ninguna cosa, pero podría ser y era todas las cosas.

Refiriéndose al origen de la tierra distingue elementos fríos y calurosos; los primeros forman el centro, los otros la periferia; en un principio la tierra fué reunión de elementos fríos separados del infinito, que rodeado por el aire (elementos calientes) concluyen por definir el todo, junto con los seres que la habitan.

Anaximenes, filósofo dinamista, sostiene que el principio de todas las cosas es el aire infinito y viviente, mientras que lo que de él deriva era finito. Las cosas nacían del aire por condensación o dilataciones y volvían a su seno.

Diógenes de Apolonia, dinamista, considera el mundo como un ser viviente cuyas partes todas tienen un origen y un desenvolvimiento comunes, debido a acciones y reacciones universales.

"Todo lo que es, no es más que el cambio de una sola y

misma cosa", probándolo con las funciones de nutrición bien imposibles si las cosas fueran diferentes. El principio primitivo para Diógenes, era el aire infinito citando lo imprescindible de la respiración como un argumento. Ritter, comentándolo, dice que el aire admitido por Diógenes, como origen de las cosas, no era el atmosférico sino un término medio entre el aire y el fuego.

Anaxágoras fué maestro de Pericles; era mecanista. Sostiene que nada nace ni perece; que el nacer y el morir son mezclas y descomposiciones; que las cosas no aumentan ni disminuyen por su descomposición mutua, puesto que es imposible que no sigan existiendo en sus elementos.

Las cosas son, dice, divisibles al infinito, siendo las partículas pequeñísimas, semejantes a las que llama homeomerías. Agrega que "todo está en todo", palabras que Schopenhauer considera como el dogma de las homeomerías.

Estas partículas, infinitas en número y pequeñez, agrega, fueron separadas y formaron cosas distintas y específicas, mediante una inteligencia infinita, presente en el universo entero; es independiente de él y existe sola, y por sí misma.

Arquelao, maestro de Sócrates, fué mecanista. En general profesa las doctrinas de Anaxágoras (su maestro) pero difiere al sostener que el espíritu motor forma parte de la mezcla primitiva de que nacieron las cosas, lo que jamás admitió Anaxágoras.

Leucipo, discípulo de Anaxágoras, fundó la escuela atomística, en Abdera, perfeccionando la mecánica del universo de su maestro. Sus doctrinas son las de su discípulo Demócrito.

Demócrito es el otro representante de esta escuela, autor del libro "Gran diacosmos", con el que se granjeó la admiración y la simpatía de sus conciudadanos. Sostiene teorías parecidas a las de Anaxágoras pero suprime la influencia de la inteligencia ordenadora como principio superior. Para él el mundo se mueve por sí mismo, debido a la acción y a la vida de elementos infinitamente pequeños que llama átomos. El, pues, es quien da origen a esta escuela. Sabemos nosotros cómo la ciencia hoy ha llegado a comprobar que la naturaleza no es sino una preciosa floración de formas nacidas en virtud de leyes generales, en las que se encuentra su génesis. He aquí

cómo Demócrito, mucho antes de nuestra era, encerraba en su doctrina algo de la verdad comprobada hace poco por la ciencia.

Frente a este conjunto de filósofos conocidos como físicos, hay otro grupo perteneciente a la escuela especulativa, y a los que la ciencia llama idealistas; como aquéllos, también, se agrupan en dos campos: la escuela itálica, que nació al sur de Italia, y la escuela eleática.

La escuela eleática en vez de colocar el ser en el número, tal cual enseñó la itálica, lo colocó en el pensamiento, del que el número sólo era la imagen. Su fundador y el más representativo de sus filósofos es Jenófanes, quien admitió la existencia de un dios único que es el ser, la verdad.

Parménides, su discípulo, forja la base del método utilitario. Enfrentando el problema del ser y del no ser, expresa que lo último es imperceptible para el hombre. Que ante esta imposibilidad no quedaba sino el otro extremo del dilema, es decir, creer en el ser, en la realidad de las cosas.

Su sucesor Zenón de Elea ahondó en la dialéctica, perfecciona el razonar y prepara el advenimiento de los sofistas. Una de sus teorías más curiosas es la de sostener que el movimiento era relativo, lo que demostraba con el ejemplo de Aquiles y la tortuga. Expresa que situado Aquiles en un punto y la tortuga en otro más lejano, jamás el primero alcanzaría a la segunda; se funda en que recorrido por Aquiles un trecho, la tortuga habría de efectuar alguno y así sucesivamente; que jamás en la misma unidad de tiempo ambos corredores se encontrarían. Como se ve, es un sofisma y que como tal sólo puede ser admitido como cierto en el pensamiento, pero no en la realidad. Con estos razonamientos pueriles, los sofistas abren la puerta a la decadencia de la filosofía.

La escuela itálica que forma el otro núcleo de filósofos idealistas tiene por fundador a Pitágoras y por asiento a la ciudad de Crotona situada al sur de Italia, de cuyas doctrinas ya nos hemos ocupado.

Por supuesto que no faltaron pensadores que se propusieron armonizar ideas tan contrarias con la definición de doctrinas eclécticas. En este sentido se destaca Empédocles, quien toma de los idealistas su austera moral, y su metafísica de la escuela jónica. Distinguió, como los jonios, los cuatro elementos fun-

damentales, pero no encontró en ellos la explicación del universo; cree en cambio ver la substancia primera en el amor, como elemento impulsor y regulador de la vida.

El eclecticismo y la puerta abierta por Zenón de Elena a la verdad relativa, producen la decadencia de la filosofía griega. Los sofistas son elementos que antes de estudiar la verdad absoluta, se detienen a pensar sobre la verdad relativa, dentro de un determinado número de circunstancias. El número de filósofos sofistas es innumerable, y fueron los primeros que enseñaron por dinero. Abrieron sus escuelas en las plazas públicas y en todas partes donde se reunía el pueblo, y es por eso que su enseñanza acentuó ese carácter práctico. Enseñaron elementos que hacían dúctil la conciencia de los hombres; fueron retóricos y argumentadores. De entre ellos sobresalen Protágoras y Georgias de Leontio. El primero sentó la premisa de que el alma reside en los sentidos, y que a la conciencia sólo llegan las percepciones. El segundo erigió en doctrina el principio de que nada era real, y que todo era como se presentaba al individuo.

La enseñanza de los sofistas, la argumentación, la retórica eminentemente circunstancial, llevó al pensamiento de la época a una hora de profundo desequilibrio; se hacía necesaria una obra de intensa renovación que hiciese reverdecer los campos de la filosofía pura.

SOCRATES Y PLATON; REACCION ETICA Y SU TRANSCENDENCIA UNIVERSAL. — Esta renovación la realiza Sócrates, con quien se abre la segunda época de la filosofía griega. Su característica es la definición del método y la creciente importancia de las ideas morales, dentro de las que la humanidad encontrará el ideal de perfección. Para estudiar a Sócrates tropezamos con dificultades por cuanto no dejó nada escrito. Nos vemos precisados a hacerlo a través de las obras de su discípulo predilecto: Platón. Tal vez no dejó nada escrito porque su enseñanza la hacía conversando con sus discípulos durante largos paseos, con lo que creó un método para la enseñanza, seguido por los lógicos contemporáneos. Es el método de la pregunta sugerente, llamada también partogénesis, que consiste en llevar de la mano, podríamos decir, al que está en error, hasta colocarlo frente a la verdad. Sócrates, con este método, fué un tenaz enemigo de los so-

fistas. Claro está que la conciencia del siglo reaccionó ante las doctrinas socráticas. Es conocido el drama histórico de su muerte; acusado de corromper a la juventud en sus hábitos y en sus ideas, llévaselo frente a jueces por sus enemigos. Es notable la escena de su juzgamiento, en que antes que defenderse acusa. Su palabra elocuente hace vacilar las decisiones del Tribunal, que lo juzgaba por el único delito de haber enseñado la verdad a los ojos del mundo. La grandeza de su espíritu se imponía, porque como dice Montagne, el alma de Sócrates fué una de las más perfectas que existieron.

A él se debe la creación de las ideas centrales del cosmopolitismo. Fué como un germen fecundo que marchó con el siglo, llamado a vincular a todos en un mismo seno por el solo hecho de integrar el género humano. Está de manifiesto en la respuesta de Sócrates; cuando le preguntaron cuál era su patria, dijo: "mi patria es toda la tierra". Sostuvo que el cuidado del cuerpo y de la riqueza, no debía anteponerse al cuidado del alma, y tan leal es con su pensamiento, que condenado a morir, a beber la cicuta, habiendo un grupo de amigos brindádole la oportunidad de escapar, la rechazó contestando que como ciudadano de Atenas debía ser el primero en cumplir con las sanciones de su patria.

Lo más transcendental del pensamiento filosófico de Sócrates es su cosmopolitismo, que los estoicos recogen y convierten en bandera de su escuela. Fué para su época una especie de presentimiento de la unidad del género humano, que interpretaba las necesidades de la humanidad, y que el cristianismo habría de convertir en dogma al establecer la fraternidad universal.

Platón, el discípulo predilecto de Sócrates, fué apreciadísimo por sus conciudadanos. El pensamiento filosófico universal reverencia su nombre como el modelador de ideas definitivas, llamándolo divino. Su enseñanza fué tan pura, tan levantado su idealismo, que los padres de la Iglesia Cristiana han visto en Platón un precursor, sosteniendo conocía las sagradas escrituras, juicio ahistórico porque éstas son posteriores a la época de actuación del filósofo.

La enseñanza de Platón comprende dos secciones fundamentales: el examen de los fundamentos y métodos del pensamiento humano, y el de las instituciones políticas.

En cuanto a lo primero sostiene el filósofo que los sentidos no dan a conocer la realidad de los objetos sino sus apariencias y fenómenos; algo así como un conocimiento incompleto que no llama *ciencia* sino *opinión*, porque no se penetra en la esencia de las cosas. Sobre estos elementos incompletos el hombre centra y dirige una facultad superior, que le es propia, la *razón*, mediante la cual crea la ciencia verdadera cuyos elementos son las *ideas*.

Al método para esta concentración de la razón la denomina dialéctica, que podría definirse como el arte de dirigir lógicamente el raciocinio.

Según la concepción lógica de Platón, las *ideas* resultan en el conocimiento humano mediante la correlación de las impresiones aisladas; las ideas son el fundamento de lo existente, dado que las cosas solo existen y pertenecen a una especie determinada por la semejanza y participación en su idea; así un triángulo sólo existe y es triángulo por tener tres lados y tres ángulos. Las ideas convienen entre sí en caracteres de necesidad, eternidad, y mutabilidad, pero guardan un orden jerárquico con relación a su universalidad; el lugar supremo lo ocupa la idea del Bien.

Las ideas, concluye el filósofo, no nos son extrañas; su intuición está grabada en nuestras almas como un lejano recuerdo de cosas anteriores, y debemos despertarla dirigiendo nuestro raciocinio por medio de la dialéctica. El grado supremo del conocimiento es la idea del Bien, que es Dios mismo, fuente de la sabiduría y de todo lo existente.

La concepción platoniana sobre las instituciones sociales y políticas no es menos interesante. En su teoría sobre el derecho y la propiedad se revela un hijo de su época, incurriendo en errores desde nuestro punto de vista más evolucionado. Tal se nos aparece en su libro *La República*. Para juzgar esta obra debemos tener presente que la escribió como un ideal, como fórmula justa para llegar a la felicidad y al silencio de las pasiones, y en reacción justificada ante el espectáculo que Atenas, su patria, ofrecía al análisis. Los críticos distinguen en *La República* el aspecto práctico de aquel idealista, de los cuales sólo se censuraba el primero. Una objetivación del idealismo de su República es evidentemente el régimen político y social

de Esparta, que Platón extiende a la comunidad integral, hasta de las mujeres, y a la exaltación del estado como único fin humano. En tal concepto Platón incurre en error. Las sociedades humanas no progresan como fruto de la masa, sino como resultado de la actividad de sus individuos; y quitar a estos el estímulo de la iniciativa, es llevar al grupo a la inacción o sea a la ruina. La concepción platoniana es complementada con la esclavitud y la metempsicosis, fundada la primera en la distinción racial de helenos y bárbaros. A pesar de sus fallas la concepción de la República de Platón jerarquiza sentimientos y condiciones imprescindibles de una democracia.

En su ética sostiene que Dios es todo inteligencia y amor, ataca la fuerza y su culto, y el concepto de lo útil como medida de la moral. En este sentido es superior a su siglo y su enseñanza correspondiente encierra lo mejor de su obra.

La filosofía de Platón tiene una transcendencia universal. Su pensamiento, en lo básico, revive en la escuela de Alejandría, a la que se conoce con la denominación de Neoplatónica, y luego informa casi todo el pensamiento de la Edad Media.

LECCION XVIII

INDICACIONES DE LAS CORRELACIONES ENTRE LAS CIRCUNSTANCIAS POLITICO SOCIALES Y LA CREACION LITERARIA

ESQUILO: SUS TEMAS Y SU LIRISMO DRAMÁTICO. — Las jornadas de Maratón, de Salamina y de Platea comunicaron un impulso maravilloso al genio griego, convirtiendo al siglo V antes de la era cristiana en una época en que el espíritu humano logró un vigoroso desarrollo.

Entre estas manifestaciones del pensamiento cabe destacar, como lo más hermosa florescencia del genio ateniense, a la creación literaria, que estuvo representada por la poesía dramática y la comedia.

Ambas nacieron del ditirambo de Dionisos, que alternativamente fué canto alegre para celebrar los dones de la vida y las licencias de la embriaguez, o lamentación fúnebre en memoria de la *pasión* (tragedia) de Baco muerto por los Titanes, descendido a los infiernos y resucitado.

El canto fúnebre aplicodo a las antiguas leyendas que constituían el patrimonio poético de Grecia, se convirtió en el canto

trágico, en el drama — y las canciones alegres del mismo culto vinculadas a la vida corriente, son el origen de la comedia.

Pero si estas expresiones de la creación literaria, valen por sí, también deben ser consideradas desde el puntò de vista del lenguaje en que fueron concebidas. Antes del siglo V, en dialecto jónico escriben Homero, Hesiodo, Herodoto, Hipócrotes, etc.; Píndaro, Teócrito y Bión emplearon el dórico; en cuanto a Safo, los fragmentos que se conservan son del dialecto eólico. Cuando declinaron los dialectos se llegó al aticismo, y en lengua ática escriben Esquilo, Sófocles, Eurípides, Tucídides, Demóstenes, Platón, etc. Estamos entonces no sólo frente a formos literarias evolucionadas, sino ante una lengua que vence las influencias dialectales y se convierte en el material de expresión del genio griego.

El primero, en el orden del tiempo, entre estos hombres que en el siglo quinto impulsaron los espíritus hacia un ideal superior, fué Esquilo, cuyos dramas tienen el doble carácter de la sencillez y la grandiosidad.

La obra de Esquilo es interesante. Pareciera como si la tragedia tuviese en esta época por principal misión exaltar el espíritu guerrero de los griegos para prepararlos a un destino transcendental. Esto resulta de la obra "Los siete antes Tebas", en la que se busca despertar un exagerado sentimiento de amor a la patria, traducido en un odio igual para los pueblos bárbaros. Aparte de estos sentimientos se reflejan en las obras de Esquilo las ideas éticas de la época. Expone cuáles son los derechos del vencedor y los traduce en máximas que pone en boca de sus protagonistas. El concepto de "mal por mal" traduce fielmente esta ética; sin embargo no por esto debemos extremar las censuras, pues también enuncia la necesidad de un mundo mejor, de una vida distinta de la vida de guerra y de odio, tal como lo soñaba Jenofonte. Lo prueba en los versos que en los "Siete ante Tebas" canta el coro, lamentando las desgracias de la patria.

Este mismo sentimiento lo encontramos en sus otras dos tragedias: "Las Suplicantes" y "Agamenón". Otra de las tragedias importantes es la llamada "Los Persas"; en ella no se exalta el triunfo como debido al esfuerzo griego, sino como consecuencia de la influencia de la divinidad, algo como el fatalismo de Homero. Toma el triunfo como un castigo con que los dioses penan a los bárbaros por haber destruído los santuarios; es una

ponderación de la justicia divina pero equivocada, porque los pueblos tienen y cumplen una misión en la vida. Sin embargo, decir que en un encuentro uno de los combatientes es vencido por haber cometido tales o cuales excesos, y lo que es más, pretender demostrarlo, es traer ideas morales en apoyo del ejercicio de la fuerza; en ese sentido Esquilo se hace acreedor a la gratitud de la posteridad. Estos sentimientos humanitarios los pone muy de relieve en su obra "Las Suplicantes"; en ella el Rey de Argos llama al pueblo para que decida si se concede a "Las Suplicantes", mujeres provenientes del Egipto, el asilo que solicitaban; el pueblo aconseja en el sentido de que se otorgue esa gracia, y el poeta se detiene a exaltar este sentimiento de caridad. El elogio de estos sentimientos altruistas importa un ideal progresivo de humanidad.

SOFOCLES: SUS CARACTERES; SU IDEA DE LA FATALIDAD. — Sófocles, hijo de Atenas, glorificó a su patria en su tragedia Triptolemo, como foco de la civilización helénica, y en el Edipo en Colona, como asilo en el que lograban reposo inviolable los grandes infortunios.

La obra de Sófocles traduce los sentimientos dominantes de la época; nos refiere de cómo, muerto Aquiles, dos paladines, Ayax y Ulises, se disputan sus armas entendiendo que con ellas serían invencibles, y expone el autor como Agamenón, llamado a solucionar esa disputa, concedió las armas a Ulises, premiando con esto el espíritu sobre la fuerza, la sabiduría sobre el valor. Estos mismos sentimientos del respeto hacia la superioridad espiritual, los encontramos en la tragedia "Filóctetes", personaje de la antigüedad que por consejos de Ulises es abandonado en una isla. Pero como el oráculo hacía depender la toma de Troya de la posesión de sus armas, fueron enviados Ulises y Neoptolemo para apoderarse de ellas; el primero personifica la habilidad y la astucia y aconseja a Neoptolemo valerse de esos medios para conseguir sus propósitos; el segundo en cambio, es la lealtad y la franqueza, y se opone a conseguir las armas en esa forma; sin embargo, seducido por las palabras de Ulises, se deja convencer y éste, valiéndose de su astucia, arrebata las armas a Filóptetes. Pero Neoptolemo reacciona, y exige la devolución de esas armas en nombre de la justicia expresando que ella vale más que la utilidad. Iguales sentimientos humanitarios encontramos en la tragedia de Ayax, en la que sostiene

que el odio debe terminar sobre la tumba, como en "Antígona". En ésta los hermanos Eteocles y Polinice, mueren; el Senado de Tebas condena al último a no tener sepultura oponiéndose la hermana sobreviviente, Antígona, diciendo: "El corazón ha sido hecho para sentir el amor y no el odio". Y arrostra la muerte por cumplir con la memoria del hermano. Como vemos, Sófocles fué un filósofo del teatro; su misión fué la de dulcificar las costumbres, altamente civilizadora, que la crítica ha caracterizado diciendo que mientras los dioses de Esquilo emplean la astucia y el engaño, los de Sófocles representan ideas superiores; su Júpiter castiga la perfidia y el crimen.

Sófocles cree en la necesidad de la expiación por el sufrimiento, lo que en realidad es el fondo mismo de la moral, y en la purificación por el dolor. En Edipo en Colona, junto al anciano a quien la fatalidad ha perseguido desde su nacimiento, coloca a su hija, que guía piadosamente sus pasos y le conduce a la bienaventuranza.

El Edipo Rey es la obra maestra de Sófocles. En ella el poeta imprime al *destino* un carácter moral que las antiguas creencias no le reconocían.

EURIPIDES: SU PSICOLOGIA BURGUESA; SU IDEAL DEL MITO Y DEL DESTINO. — Eurípides, el tercero de los trágicos, acentúa el carácter de la obra de Sófocles y fué por eso conocido con el nombre de filósofo del teatro. Juzgando a Sófocles han dicho muchos historiadores, que él hizo a los héroes de la guerra de Troya mucho más humanos de lo que fueron en la realidad. Al proceder en esta forma, tanto él como su continuador Eurípides, nos permiten comparar la Grecia de los tiempos históricos con la Grecia de sus días, mostrándonos de esta manera el camino andado en el concepto de perfección de las costumbres.

Eurípides acusa de inmorales a los dioses de Homero. Opone a sus pasiones propias de hombres y no de dioses, el sentido de un concepto de divinidad superior. Un carácter interesante de Eurípides es rechazar el fatalismo del cual estaba filtrada la tragedia griega, con lo que produce una verdadera reacción porque el fatalismo lleva directamente a destruir la libertad. En su reemplazo Eurípides levanta el dogma de la justicia divina, y así en sus obras el sentimiento de la caridad reemplaza al de venganza, y llega a sostener que el mayor de los bienes es la virtud. Reivindica para todos el derecho a una vida respetable.

y el libre desenvolvimiento de las actividades humanas. Y como si estas ideas avanzadas para su época fueran poco, va hasta combatir la esclavitud. Ya vemos cuán lejos mira Eurípides al sustentar desde el teatro ideas como esta última, que más tarde, Platón, en su célebre *República*, adopta. En general, de sus tragedias puede decirse son una protesta contra la guerra y una exaltación de la paz y de sus beneficios. En su obra Troyana levanta el pendón de su protesta, contra el salvaje derecho de guerra de los atenienses. De sus tragedias nos resulta la más interesante, desde estos puntos de vista, "Electra", de la cual cuenta Plutarco, el solo recitado de una de sus estrofas ante los enemigos de Atenas, en un festín, impidió que ésta fuese destruída después de la derrota que le infringieron los aliados. Unánimemente ha sido considerado como el poeta de la paz.

ARISTOFANES: LA SATIRA POLITICO SOCIAL. — El cultor de la comedia fué Aristófanes. Siendo un género literario inspirado en los sucesos más o menos notables de la vida real, las obras de Aristófanes se ocuparon de los asuntos de actualidad, del tiempo en que actuó, y en consecuencia sus obras conservan los sentimientos de su época. No obstante, trató por medio de ellas de reprimir excesos, usó de todos los medios para mejorar la vida de sus contemporáneos, y así llegó a encuadrarlas en el principio de que el fin justifica los medios. Su comedia "Nubes" es filosófica, así como "Avispas" y "La Paz" son de carácter político, no sucediendo esto en "Ranas" de orden crítico. En todas ellas censura la inmoralidad de la República de Atenas, atacando sus vicios y defectos con toda clase de recursos, llegando al ridículo y a la mofa de los dioses. Sus demás comedias memorables son Lisístrata, donde observa las mujeres, y "Dioses", de sentido moralista.

Algunos historiadores niegan el fin moralista y de crítica de las comedias de Aristófanes, expresando no hizo ni buscó otra cosa que divertir al público. Esto no es cierto en toda su extensión. Lo real es que sus obras, casi todas de sátira político-social, tenían su razón de ser en el pueblo ateniense henchido de orgullo por sus victorias, hasta el punto de olvidar en el interior toda la sabiduría y en el exterior toda prudencia. Si el propósito hubiese sido únicamente el de divertir al pueblo, el buen sentido ciudadano no habría admitido que su pieza "Los Caballeros", sangrienta sátira de las costumbres demagógicas,

obtuviese el primer premio y fuera representada en el teatro de Baco durante las fiestas de Léneas.

Puede decirse que el teatro de Aristófanes (quien muere ya iniciada la guerra del Peloponeso) había visto desarrollarse en el seno de la gloriosa democracia de Pericles los defectos propios de todo gobierno popular sometido a la multitud turbulenta, a la que no sabe dominar, y que con respecto a ella, a sus defectos y reacciones usó de la sátira.

TRASCENDENCIA UNIVERSAL DE ESTAS CREACIONES LITERARIAS. — La poesía dramática griega, en sus dos expresiones, la tragedia y la comedia, tuvieron una trascendencia universal en su contenido y como formas literarias. Sus cultores e imitadores están en Roma, y cuando cruzado el período medioeval se renueva el espíritu humano en el llamado Renacimiento, ésta su universalidad se notabiliza. Puede afirmarse que el género dramático contemporáneo como forma literaria entronca directamente en estas creaciones helénicas.

LECCION XIX

INDICACION DE LAS CORRELACIONES ENTRE LAS CIRCUNSTANCIAS POLITICO-SOCIALES Y LA HISTORIA

HERODOTO, TUCIDIDES Y JENOFONTE: SUS CARACTERISTICAS, INTERESES Y TENDENCIAS. — La historia como género literario conserva el recuerdo de los sucesos ocurridos y fija la tradición de los pueblos de que se ocupa. Su advenimiento coincide con un mayor enlace de la vida de relación, y especialmente cuando estos enlaces expresan aspectos colectivos de la existencia, amables al recuerdo por implicar sacrificios y éxitos.

Si el contacto de Grecia y Asia durante la guerra de Troya se documentó en el poema épico, porque la primera no ofrecía entonces un enlace interno efectivo, su choque con el Asia, bajo la ambición de los grandes reyes persas, en las llamadas guerras médicas, también obligaron a conservar el drama histórico y la actuación en él de los estados helénicos. Tal parece ser la misión de Herodoto, el primero en el tiempo de los historiadores griegos.

Juzgando de su labor histórica puede decirse que si a primera vista resulta un mero narrador, la grandeza del asunto

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

tratado, la guerra entre persas y griegos, exponentes de dos culturas, lo obligan a formular reflexiones políticas y morales que dan trascendencia a sus libros. Su obra histórica llamada "Los Nueve Libros", preconiza la unidad de la Grecia como condición de vida, ante las grandes utilidades que ello reportaría para asegurar su existencia y desarrollar la cultura helénica. En su procedimiento se muestra algo exclusivista, lo que no es sino un reflejo del modo de pensar de sus conciudadanos, quienes consideran a su pueblo el único y verdadero en torno del cual los otros se agrupan como complementándolo.

En cuanto a sus juicios sostiene que la divinidad interviene en el destino por lo cual resulta casi fatalista.

En el tiempo y la fama le sigue Tucídides. Es el historiador de la guerra del Peloponeso, que le valió la acusación de ateísmo por el modo de juzgar el proceso histórico. Lo interesante en su obra es la circunstancia de que habiendo sido actor en esa guerra, no aparece en ella para nada. Perteneciendo Tucídides, íntimamente a su época, cuyas ideas lo dominan, no censura los horrendos crímenes cometidos en esa lucha. Alguien por eso, critica lo que dijera falta de sentimientos humanitarios, pero debemos decir, en honor a la verdad, que ese silencio no encubre la falta de sentimientos superiores desde que el autor prueba tener una intuición clara de las ventajas y de los beneficios de la paz que elogia y exalta. Desde el punto de vista de su imparcialidad, si bien, como hemos dicho, no figura en la trama histórica a pesar de su actuación personal en la lucha, es indudable el que sus personajes y sus discursos manifiestan en principio sus ideas políticas.

Tucídides abrió a la historia un nuevo camino. En vez de pintar las cosas y narrar los sucesos que herían los sentidos, el aspecto físico, las costumbres, los monumentos, las expediciones guerreras, haciendo intervenir en el destino a poderes sobrenaturales, fué al análisis de las circunstancias: estudia la influencia de la tribuna, el carácter de las asambleas populares, investiga los móviles de las acciones por el carácter de las personas o de la situación en que se encontraban, etc.; en una palabra, la historia es, en su libro, acción, drama, un gran pleito en que son partes las repúblicas beligerantes. Con esta orientación, al ocuparse de la guerra del Peloponeso, después de exponer sus propósitos trata de las causas; distingue las

indirectas o públicas, de las intrínsecas o tácitas; entre las unas indica las cuestiones entre Corinto y Atenas, las quejas contra la tiranía de esta última, y entre las segundas la necesidad en los lacedemonios de hacerla para mantener la independencia del Peloponeso.

Jenofonte, el tercero de los grandes historiadores, es como el reverso de la medalla. Se destaca por su gran amor a la patria. Su obra histórica continúa la crónica y exposición de los asuntos del Peloponeso desde el momento que los abandona Tucídides. Es mucho más filosófico que éste en sus consideraciones, y así no trepida en elogiar a Agesilao por su odio hacia los persas a quienes solamente Esparta era en esa época capaz de contener. Por eso mismo, siendo ateniense, trabajó por la hegemonía espartana. Es partidario de la paz, y en este sentido se muestra claro en sus juicios. Su espíritu filosófico defínese con amplitud en su obra la Ciropeida, preconizando la clemencia y la humanidad en las relaciones de los pueblos.

Apreciando en conjunto a los tres historiadores es de advertir que en Herodoto acciona aún la doctrina griega del Destino. Es éste el que lleva a la victoria o la derrota, como expresión de la fatalidad. Tucídides renuncia al destino para no creer sino en la razón; buscó en la más completa libertad de su pensamiento las causas humanas de los sucesos, y las establece aún consignando las preocupaciones populares. En tal sentido su labor es memorable, no sólo porque enseñó el camino de la verdad, sino porque liberó a la historia de la impiedad sacrílega de atribuir las inquietudes y los males a la voluntad de la divinidad. Esto nos ha hecho inteligentes y libres, asignándonos la misión de desterrar la razón de esas inquietudes y de esas miserias, con el establecimiento de la justicia. Este pensamiento viril es el que inspira a los libros de Tucídides.

No sólo Jenofonte es su continuador. Lo imitan los historiadores de Roma, siendo en realidad el precursor de Polibio, de Maquiavelo, y de Montesquieu.

LECCION XX

INDICACION DE LAS CREACIONES DEL ARTE DESDE EL PERIODO ARCAICO AL PERIODO CLASICO

LA ARQUITECTURA, LA ESCULTURA Y LA PINTURA. FIDIAS, PRAXITELES, APELES Y POLIGNOTO. RESPECTIVOS MATERIALES.

TECNICAS Y ESTILOS. — La creación de los artistas en la disciplina de las artes plásticas conquistó para la cultura griega un lugar de preeminencia difícilmente superado, que llegó a su apogeo en el siglo V antes de Cristo. Naturalmente tales excelencias en el trabajo material que todo arte implica, y en la concepción artística cuya realización efectúa, no fué lograda de primera intención. Corresponden a procesos evolutivos iniciados en una época que ha sido denominada arcaica, que se abre, en el tiempo, con la llegada a Grecia de las primeras tribus helénicas que hemos denominado aqueas jónicas.

La época arcaica del arte prueba la influencia de las grandes civilizaciones de Egipto y Asiria; en los monumentos, la primera deja su rastro en la angulosidad y rigidez de la forma y en la dureza geométrica de la línea, traída por las gentes de Fenicia. La de Asiria, se revela en los motivos ornamentales, en las figuras de animales fantásticos, etc. Es como un período greco-oriental del cual nacen robustas las creaciones del genio griego.

Después de la llegada de los dóricos los helenos crearon formas arquitectónicas peculiares. Nacieron los órdenes y con el principio de las proporciones vino a darse a los monumentos una belleza armónica y original.

Los griegos no conocieron la ojiva ni la cúpula; algunos han creído encontrarlas en Corinto, pero si es cierto que ciertos vanos y galerías terminan en punta, fué porque las hiladas se aproximaban sucesivamente acabando por tocarse en la cima. Como el procedimiento era tosco, fué sustituído por la platabanda y el frontón.

El templo fué el foco de la vida helénica y su construcción, por consiguiente, la más alta de las expresiones artísticas. Aun cuando todos se asemejan por el plano general de la construcción, las combinaciones arquitectónicas pudieron ser numerosas, difiriendo por la naturaleza de los materiales empleados, el adorno que los decoraba, el número de columnas, la anchura de los interculumnios que determinan las proporciones del edificio, y sobre todo por el carácter especial de cada uno de los tres órdenes, dórico, jónico y corintio. Un solo elemento de la construcción, el capitel o parte de la columna que sostiene el entablamiento, determina el carácter o estilo del conjunto.

La expresión más alta de la arquitectura griega la encon-

tramos en las construcciones de la Acrópolis de Atenas, donde se levantaron, entre otros, los templos que caracterizan otros tantos de los estilos helénicos: el jónico en el Ereçteión, liviano y elegante, y el dórico, más solemne, en el famoso Partenón. Estos dos estilos, que completó el Corintio, donde la fantasía culmina incorporando a la columna helénica la floración copiada del acanto, tuvieron muy altos exponentes. Olimpia, Atenas, Megara, Platea y cuantas repúblicas que ilustró el genio griego, fueron exhumadas cuidadosamente de sus ruinas, nos ofrecen material abundante de estudio y constituyen verdaderos museos donde el turismo y los sabios concurren con entusiasmo. Los templos votivos, de características conocidas, con sus techos planos, ligeramente inclinados, y sus amplios vestíbulos a base de columnas; los circos y estadios donde el lujo y la comodidad eran extremadas; los teatros, el de Dionisos, el Odeón, etc.; los pórticos, como el de los Propyleos donde sesionaba el Agora Ateniense; las murallas rectas y fuertes, etc., todo cuanto fué construcción se ajusta a la disciplina estética de la arquitectura.

Los materiales de que se echaba mano son diversos. Las construcciones hechas a veces con piedras comunes se ocultaban bajo un revestimiento de estuco pintado con colores brillantes, de tonos suaves: hasta el templo de Olimpia fué de toba dura y porosa revestida con estuco; también el de Egina era de piedra y no de mármol. El Partenón, en Atenas, es todo de mármol pentélico, y aun cuando no es el más vasto de los templos griegos, su ejecución es la más perfecta. Para comprender su magnificencia incomparable es preciso devolverle con el pensamiento lo que los hombres le han quitado; ponerlo después sobre una roca de 156 metros de altura, de donde se contemplaba un magnífico panorama, y rodearle de los edificios del Acrópolis incluso de la estatua en bronce de Palas Atenea, de colosales proporciones, a la que contemplaban los marinos que llegaban de alta mar para guiarse por la cimera de su casco y la punta de oro de su lanza.

Respecto a la arquitectura griega existe una cuestión aun no resuelta, que es la de la policromía; a pesar de nuestra marcada preferencia por la piedra desnuda, el gusto de los griegos difería; la luz y el color no tienen la misma importancia bajo un cielo que parece un sudario suspendido sobre la tierra, que en aquellos otros vivificados por el sol. El color facilita al ar-

quitecto un recurso precioso para animar las grandes superficies planas, que de otro modo serían frías y desanimadas en su desnudez, y tal vez por eso los griegos usaron este elemento haciendo maravillosas combinaciones de tonos.

Pero el arte que define, puede decirse, el genio griego, es la escultura. Los técnicos han distinguido en ella períodos definidos. El primero de notable influencia oriental, corresponde a los tiempos heroicos y su tipo es la escultura que adorna la famosa "puerta de los leones" en Micenas. El segundo ya es de definición. Actúan en él Fidias, el inmortal, con sus estatuas de Apolo y Diana erigidas en Delfos; con su Minerva, en Platea; su Némesis, en Maratón; su Palas Atenea que coronara la Acrópolis ateniense; el Júpiter olímpico que cinceló para los eleos, etc. Junto a Fidias, Polícleto, con su Juno, en Argos, y las representaciones de atletas, y Mirón, el artista del bronce, cuya "ternera" se hizo famosa por su realismo completo.

El tercer período lo caracteriza Scopas con su Niove, la escultura donde el dolor encontró su más grave impresión, reputada como la armoniosa belleza existente. Fué también autor del mausoleo de Halicarnaso. Praxíteles, a su vez, integra el período, como cultor del género gracioso; dirigíase sobre todo a los sentidos, estando el Cerámico de Atenas lleno de sus obras. Es autor de la Venus de Gnido, de El Amor y el Sátiro, justamente elogiados.

El cuarto período se abre con Lisipo, quien produce más de seiscientas estatuas de bronce y cuyo discípulo, Cares, es el autor del Coloso de Rodas.

La escultura se inspira primordialmente en la religión. Como los griegos creían, con Homero, que los dioses estaban dotados de una estatura proporcionada a su poder, la estatuaria divina es de proporciones superiores a la del hombre. Pero no se crea por ello que estos colosos obligaban a buscar en la distancia el punto exacto de la perspectiva; los colosos de Fidias, emplazados en los recintos estrechos de los santuarios, obligaban al trabajo perfecto y proporcionado y a la atención de los menores detalles. Las más célebres de estas estatuas colosales fueron la Atenea del Partenón y el Zeus de Olimpia, famoso por su riqueza; su cabellera y su barba eran de oro y de este metal y marfil la Victoria que llevaba en su mano derecha.

Al período de fe y de creencias, que termina en el siglo V,

sigue otro de escepticismo, en el cual la severa dignidad del arte se ve reemplazada por un gusto más sensual. Sus maestros son Escopas y Praxíteles.

La pintura no alcanzó en Grecia la perfección de la estatuaria; fué más bien escultural, en el sentido de que sacrificó los colores al dibujo y los efectos de luz a la forma.

Panenos, Micon y Polignoto decoraron el Pecilo, con cuadros que dieron a los atenienses cuenta de las hazañas de sus padres. Zeuxis admiró a los mismos con un retrato alegórico del pueblo de Atenas. El mismo Polignoto pintó en el templo de Atenea la figura de Ulises vencedor de los pretendientes, y en Delfos la toma de Troya, la Bajada de Ulises a los infiernos y a la escuadra griega saliendo de la Troada. Los antiguos elogiaban la expresión y la belleza de sus figuras, pero no se observará en ellas ni la gracia ni el carácter dramático que los pintores de la edad siguiente comunicaron a sus obras.

Apeles representó a los dioses y a los héroes distinguiéndose en la representación de la belleza femenina como pedía el carácter sensual del arte de su tiempo. Su obra maestra es Afrodita saliendo del mar.

LECCION XXI

INDICACIÓN DEL PROCESO DE LA CULTURA Y CIVILIZACIÓN HELÉNICA DESDE ALEJANDRO HASTA EL PERÍODO HELENÍSTICO. — La decadencia de Esparta, de Atenas y de Tebas preparó el advenimiento de un pueblo que habitaba al Norte de las montañas de Tesalia, detrás del monte Olimpo; constituíanlo tribus helenizadas que por mucho tiempo vivieron alejadas de los griegos, por quienes fueron llamadas bárbaras. Sin embargo a ellas se debe la intuición de la unidad griega. Un jefe tesalio, Jasón, fué el primero en soñar con esta unidad, pero su muerte hizo que la realización de su pensamiento pasase a manos de los reyes de Macedonia.

La Macedonia fué un pueblo organizado, como los griegos, en ciudades, pero más estrechamente unidas. Uno de sus reyes, Filipo, pensó en realizar el sueño de Jasón, siguiendo en parte, también, las tendencias del espartano Agesilao, orientado algún tiempo hacia la unidad y paz de la Grecia. Entendiendo era necesario hacer esta unidad para vencer a los persas y dominar el Asia, inclina su política en ese sentido, sin más opositor que

Atenas donde los célebres discursos de Demóstenes, las filípicas, dirigidas en contra de su política, le sirven de estímulo.

Firme en sus propósitos consigue imponer la hegemonía de Macedonia, y sabio en sus procedimientos, deja que las ciudades griegas se den el gobierno, las leyes y nombren a sus magistrados.

La vinculación nacional se puso de manifiesto en asambleas de diputados de las ciudades, reunidas a iniciativa de Macedonia, para resolver sobre la paz, la guerra y las cuestiones de interés general. Esta asamblea fué el juez en las querellas suscitadas entre Esparta y las ciudades del Peloponeso, y actúa con el mismo carácter cuando Tebas se alzó contra los intereses del mundo griego y los consejos del Oráculo. Macedonia llevó a la práctica las decisiones de la asamblea, y fueron sus ejércitos los que destruyeron a Tebas cuando se negó a cumplir tales mandatos. La misma asamblea es la que aconseja la guerra contra los persas. Por su parte Filipo, como condición previa a esa guerra, impuso la paz interior a las ciudades revoltosas.

La hegemonía macedónica fué poco favorable al desenvolvimiento de las repúblicas griegas aún cuando en lo exterior les aseguró la independencia. Debióse esta circunstancia a que cuando Tebas perdió su poder la Grecia quedó dispersa. Atenas que escapó del conflicto con mayor integridad, ensayó una nueva liga de ciudades. Esparta que hubiera podido discutirle su dominio, había desaparecido de la escena después de la batalla de Leuctra. Profundamente aleccionada por sus excesos, buscó que esta nueva liga no ofreciese los puntos débiles de la otra, y la orientó solicitando de las ciudades marítimas la alianza; como sesenta de éstas respondieron y se hizo la liga que fué brevísima. A fin de no provocar resentimientos se estableció que las entregas de dinero no se llamarían tributos, sino contribuciones, excusadas por la necesidad de mantener la flota. Para afianzar la amistad, dió una ley estableciendo que aquellas ciudades que entrasen en la Liga, eran dueñas de toda propiedad que los ciudadanos atenienses tuvieran en sus jurisdicciones. Pero su afán de inspirar confianza entre las ciudades de la Liga, no fué realizada. En la antigüedad no rigió el derecho como norma, y a pesar de la bondad de las leyes se abrió el capítulo de los excesos suscitándose querellas en que Atenas y sus aliadas chocaron. La dirección de Atenas no fué generosa; se pro-

dujo un estado de subalternización de la conciencia pública, tan honda, que podemos destacar como exponente el decreto de la asamblea ciudadana inspirado por el caudillo Chares, por el cual se castigaba con la pena de muerte a quien gastase en defensa de la patria el dinero atesorado para sus placeres. Esto da la medida del estado de corrupción reinante en Grecia y nos ofrece el mismo espectáculo de decadencia que después va a ocurrir en Roma, cuando el pueblo, olvidado de todo, reclama los juegos en los circos, perdiendo en aras del placer el sentimiento más natural y humano: el del patriotismo.

En vano desde las tribunas los oradores indicaban al pueblo la necesidad de reacionar; el célebre Desmóstenes dió en esas oportunidades sus más famosas arengas, pero el derrumbamiento de valores era profundo; para darnos cuenta aludamos a las relaciones con los persas. Este imperio estaba dividido en una serie de facciones que se disputaban el trono; los griegos en vez de aprovechar la situación de debilidad para unirse en una acción conjunta que hubiese anticipado la misión de Alejandro, actúan como enemigos, los unos de los otros, llegando un orador a afirmar que el interés de la República estaba en la decadencia de Atenas y de Tebas. Los persas, en vez de favorecer las querellas, imponían la paz a las ciudades griegas para dirigirlas mejor y ponerlas a su servicio, y así Foción, el gran general griego, auxilió a los persas para contener la sublevación de Chipre, e igualmente diez mil griegos cooperan a reconquistar las tierras que tenían en Egipto, y luchan en Fenicia junto a la bandera persa. Mientras en el exterior la personalidad griega procede de este modo, los excesos de la democracia son inauditos: los demagogos apelando a los sentimientos democráticos desvían la conciencia hacia todas las licencias, y en tal forma se tortura la vida humana que la libertad sólo es un mito, incompatible con los hechos. Fué tan fundamental el cambio de los sentimientos sociales que nadie se creyó libre sino satisfaciendo sus pasiones; todos los caminos eran convenientes para ello. Argos hizo famoso el *escitalismo*, la muerte por el palo, y en todas partes las sanciones se inspiran en la pasión y la conveniencia.

Fácil es calcular las consecuencias de este estado social, que crearon en la Grecia una nueva tiranía, diferente de la otra que vimos se produjo cuando la lucha entre vencedores y ven-

cidos, en los comienzos del período histórico. Durante ésta Pisístrato fué si se quiere un tirano, pero su tiranía la ejerció en nombre del pueblo, mientras en esta nueva tiranía cada uno quiere para sí un poder ilimitado, atentando contra los demás. Fué la expresión de la decadencia social. Aparecieron principalmente en Sicilia, donde los célebres Dionisios y Agatocles culminan en los excesos más bárbaros.

La Grecia del Egeo también tuvo sus tiranos: Alejandro de Feres, que fuera llamado fiera por Plutarco, castigaba con la pena de enterrar vivos a los ajusticiados, o bien cosiéndoles pieles de animales feroces, organizaba cacerías con los mismos. La plebe, que diera pie a estos excesos, comienza a reaccionar, en forma tan tumultuosa cuanto horrible fuera la tiranía. Se declara a los tiranos fuera de la ley y se aconsejó en nombre de la libertad el deber de concluir con ellos. El tiranicidio, o sea la acción de matar al tirano, en vez de ser censurado fué motivo de elogios. El caso típico lo ofrece Timoleón, ciudadano griego, bueno y dulce, que mató a Timófanes, su hermano, cuando éste se erige en tirano de Corinto. Polibio, historiador de esta época, elogia el tiranicidio.

Una de las consecuencias de este régimen de tiranía fué el enorme número de desterrados que ambulaban dipersos hasta entender llegado el momento oportuno de volver a su patria, no inspirados en el propósito de amarla, sino en el de reintegrarse en los bienes de que habían sido despojados. De ahí que estos retornos importasen verdaderos peligros porque había que restituir enormes bienes que ya habían sido repartidos. Cuando Alejandro de Macedonia domina Grecia buscó darles un hogar común, y fundó con ellos una ciudad de más de veinte mil ciudadanos; los desterrados lo aceptaron como ley del vencedor exclusivamente. En esta forma se solucionó el problema del destierro, que se planteaba en la Grecia con caracteres alarmantes. Cabe advertir que los ciudadanos en el destierro se dedicaron a la guerra contratándose como soldados bajo otras banderas, generalizándose la clase de los mercenarios; no sólo se enrolaban en Grecia; pasaron a Persia donde más de treinta mil griegos a las órdenes de Darío combaten contra Alejandro, perdiendo hasta la noción de la nacionalidad. También se los encuentra en los ejércitos de Cartago.

Este orden de cosas presenta la medida de la disolución del

mundo griego. La lucha política ya no se inspira en altos ideales; la posesión de los bienes materiales obsesiona y ofusca, y la Grecia desarticula su organismo. Sin embargo había de subsistir en el mundo del espíritu. Su civilización llevada por los macedónicos iba a volcarse sobre el mundo como una bendición.

LA HELENIZACIÓN DEL MUNDO ANTIGUO; DESARROLLO CORRELATIVO DE LAS CIRCUNSTANCIAS POLÍTICO-SOCIALES. — La ejecución del pensamiento de Filipo fué realizada por su hijo y sucesor Alejandro el Grande, cuya personalidad ha sido juzgada diversamente, habiéndose en su homenaje quemado todos los elogios y otras veces arrojado las más amargas censuras. Un defecto debemos anotar en ella: la ambición, que no mira a los intereses colectivos sino a los fútiles y breves del interés particular. Envidiaba a Aquiles porque fué cantado por Homero, y soñaba tener en su hora el Homero que exaltaría sus acciones. Algunos historiadores latinos, como Séneca, lo acusan, y otros como Plutarco lo defienden, como expresión del ideal de la unidad humana. Entre los modernos Montesquieu ve en sus campañas una tentativa de unión del Oriente y Occidente.

Estudiado Alejandro a través de su acción en el Asia y de los actos de la organización de su magnífico imperio, vemos acentuarse rasgos enaltecedores de su personalidad. Su expedición no fué de pura destrucción, sino que se caracteriza por su benignidad para con el vencido y por actos profundamente humanos. Antes de partir manifestó a los Embajadores persas que no marchaba a guerrear contra las mujeres y los niños, sino contra los hombres con armas en las manos, y esta especie de promesa fué íntegramente cumplida. Respetó a las cautivas, suceso que para el mundo antiguo fué asombroso, desde que las mujeres eran consideradas como parte del botín. Por todo esto los mismos persas llegaron a tomarlo por un Dios, habiendo la historia recogido las palabras de Darío, el Rey destronado, quién dijo: "Los dioses me permitan triunfar contra el Macedonio, para devolverle generosidad por generosidad", y añadía: "Y si ello no me fuera permitido, son mis deseos sea Alejandro quién gobierne el mundo".

No obstante estas generosidades de espíritu, que llega al perdón de los vencidos cuando ellos culminan en valor, como en Halicarnaso y los Milesios, Alejandro comete excesos que han sido censurados. Por nuestra parte debemos tener en cuen-

ta que esos excesos son hijos del poder; la sensación de un poder incontrarrestable lleva, a quién lo ejerce, al exceso, sin pensar en la censura de la posteridad. Entre los actos que se critican se encuentra la destrucción de Tebas, acto que la historia ha explicado, aún cuando no justificado, aludiendo al odio de los pueblos griegos hacia los tebanos por haberse éstos aliado a los persas. La destrucción de Tiro, que también pesa sobre el nombre de Alejandro, es como el anterior un acto explicable: cuando inició su campaña de conquista se corrió por el litoral del Mediterráneo para dominar al Egipto y quitar así, a los persas, uno de sus grandes aliados; en su tránsito muchas ciudades se le entregaron, entre ellas Jerusalén, y otras, como Tiro, se le resistieron. Aparte de violar los límites del derecho de guerra, Tiro cometió el sacrilegio de dar muerte a los embajadores macedónicos; quizás en estos hechos debamos buscar el porqué de los excesos de Alejandro en Tiro, cuando consigue vencerla. Esta página de sangre la escribió Quinto Curcio, historiador romano; consigna que después de la victoria macedónica sólo quedaban dos mil sobrevivientes enemigos, los cuales fueron crucificados dando frente al mar. Este acto evidentemente censurable se compensa con el perdón que dió a los sacerdotes y embajadores de Cartago refugiados en el templo, lo que explica que la guerra la efectuó contra los guerreros de Tiro respetando las entidades ajenas a la causa. Estos excesos los repite frente a Persépolis, capital política del Imperio Persa, que destruyó por medio del fuego.

Después de dominar el Asia Menor llega al Egipto, donde para congraciarse con el espíritu nativo hace la célebre excursión al oasis donde se hallaba el templo de Júpiter Amón. Vuelto sobre sus pasos conquista la Mesopotamia y la Bactriana, donde se interna, compenetrándola del espíritu helénico. Tal así que recibida la semilla griega con fruición nace en el Norte de la Bactriana un nuevo centro cultural, cuyos reyes son llamados filo-helenos por su afinidad con los griegos. También llegó a la India a la que sometió en parte. Con sus conquistas forma un inmenso imperio que comprende todos los territorios incorporados al movimiento civilizador, pudiendo llamarse con justicia el Rey de la Tierra. Estableció una monarquía universal que comprende desde Macedonia hasta el río Indús, límite occidental de la India. Este enorme territorio estaba sujeto a su

voluntad, y tal fué su poder que embajadores de todos los países se dirigen a su trono de Babilonia a rendirle pleitesía y homenaje, incluso los de Roma y Cartago.

Plutarco comentando el pensamiento político de Alejandro y este homenaje universal, dice persiguió la unidad de los pueblos. Pero Alejandro en su afán de unir a los pueblos olvidó la diferencia de genio de Asia y de Grecia. Tomó las costumbres y vestidos de los persas y pretendió imponerlos a sus propios guerreros, quienes veían en ese acto un atentado contra la libertad del espíritu griego; sabemos que los persas trataban a sus reyes como dioses, y siendo Alejandro tratado por los mismos en igual forma, quiso imponer esas obligaciones a sus soldados. Se cuenta así, que Alejandro llegó hasta a entregar a los persas la custodia de su persona, lo que hizo que los veteranos se resistieran provocando un acto sentimental, que epilogó en un banquete en el cual Alejandro habría manifestado sus propósitos de unidad, corroborados con su enlace con una de las hijas de Darío, y el consejo que dió a sus generales para que hicieran lo mismo con respecto a las damas de la nobleza y aristocracia persa. Fué más todavía: educó a los niños persas bajo las costumbres macedónicas; organizó su ejército mezclando en él a persas y macedónicos, pretendiendo hacer un ejército representativo de su imperio universal, e incurrió en el error de no comprender el abismo que separaba a Grecia y Asia. Cuando su poder llegó a la cumbre realizó una nueva expedición a la India que la historia conserva como un descubrimiento. No fué fructífera para la cultura, pero por lo menos puso en contacto al occidente con su misteriosa civilización.

Antes de fallecer, Alejandro predijo que sus funerales se celebrarían con combates, y en efecto fué así. Su prestigio era suficiente para dominar y mantener unidos a sus generales, pero su imperio, organizado al estilo feudal, en que cada general tenía sus parciales, no conserva la unidad después de su muerte. Hubieron luchas cruentas, cuyo análisis no interesa el desarrollo de la cultura, pero que no impidieron que el espíritu griego se extendiera por el mundo filtrándose en las instituciones.

Casi puede decirse que estas luchas favorecieron al genio griego. Como los contendores buscaban escalar el poder, los generales victoriosos organizaron estados diversos conformados a

las ideas helénicas, y entronizan su cultura desde el Danubio, por el Norte de la Grecia, hasta la India, y desde el Egipto hasta el país de los escitas, que hoy integra la Rusia europea.

Indudablemente los generales al afirmar sus conquistas y entronizar sus familias en dinastías, no tuvieron la conciencia de la obra de helenización que realizaban, y en este sentido puede decirse que el mismo Ptolomeo, que levanta al Egipto de entre las ruinas, y Seleuco, que hace lo mismo con la Siria, no tuvieron la intuición de la obra que indirectamente efectuaban. Con respecto a esa división del imperio macedónico podríamos decir que fué una especie de fraccionamiento providencial, y lo afirmamos basados en que si el imperio hubiera sido heredado por un descendiente de Alejandro en forma indivisa, hubiéramos presenciado el espectáculo de su absorción por el medio persa. Hubiese sido así porque en Oriente estaba agotada toda fuente de vida; la reacción no se hubiera producido ni aún con la poderosa inyección de la cultura griega, desde que conforme a un juicio generalizado, si el Imperio persa no resistió más activamente la dominación de Alejandro, se debió a la inercia en que había caído.

El fraccionamiento del imperio de Alejandro fué definitivo. De sus ruinas surgen dos nuevos estados orgánicos, el Egipto y la Siria, y un poderoso movimiento de expansión del espíritu griego conocido con el nombre de helenístico. En este movimiento de ideas, Egipto suficientemente helenizado, vuelve a ser, como en épocas anteriores, el nexo de unión entre Asia y Grecia. En él surge esa maravillosa ciudad, Alejandría, donde concurren de todas partes, filósofos, poetas, artistas, sabios, etc., a recibir inspiración y a cultivar la inteligencia. Bien es cierto que no tuvo fecundidad en lo que se refiere a una obra propia, pero su cultura sintetizó los saldos del saber de la época. Además el período de la originalidad ya había pasado.

INDICACIÓN DE LAS RESPECTIVAS TENDENCIAS E INTERESES DE LOS ORADORES, DEMOSTENES Y ESQUINES. — Dentro del proceso político-social que dejamos expuesto, que arranca de la hegemonía macedónica y termina con la conquista y helenización del mundo antiguo, constituye una página típica y expresiva de las fuerzas morales que presiden este proceso, la actividad política que los ciudadanos de Atenas viven en su emplazamiento.

Síntesis a su vez de esta existencia política, de la lucha entre lo individual y general, entre los intereses locales y los universales, representados en este entonces por el interés de Atenas, que conserva su autonomía dentro de la hegemonía de Macedonia, y el interés de esta última, que acciona sobre el mundo en nombre de la cultura helénica, es la actuación en la asamblea ciudadana ateniense de dos magníficos oradores representativos de cada una de estas tendencias. Referimos a Demóstenes y Esquines.

Esquines, rival de Demóstenes, fué al principio de su vida pública contrario a la política de Filipo, en tanto creyó que la Atenas de la segunda Liga podía llegar, acaudillando a los estados helénicos, a contrarrestar el poderío naciente de Macedonia. Sirviendo a este interés particular integró la Embajada que Atenas envió ante el Consejo de los Arcadios que se reúne en Megalópolis, en el Peloponeso, para organizar la confederación griega que se proyectaba establecer para contrarrestar a Filipo. Pero viendo que los griegos no se unían y ante el fracaso de esta casi única posibilidad de éxito, transigió con las ideas de Filipo en forma moderada, y concluye después por ser el jefe de este partido en el seno de Atenas, acusándoselo de venalidad.

Hacia 347 integró la embajada ateniense para negociar con Filipo, de la que también formaba parte Desmóstenes, de cuya actuación hizo el último un amplio elogio, logrando, cuando los embajadores macedónicos retribuyeron el ceremonial, en Atenas, que el pueblo votase la paz. Cuando Filipo invadió la Fócida una nueva embajada, en que actúa Esquines, encontró al Macedónico en Delfos, y como a pesar del negociado las ciudades focenses fueron arrasadas, Esquines fué acusado de traición. Se ignora el resultado de este juicio conocido como "Proceso de la Embajada", en que Demóstenes hizo la acusación a Esquines y éste la defensa, no así las brillantes piezas que ambos contendores pronunciaron.

A pesar de haber decaído en su prestigio, el partido macedónico ateniense envió a Esquines ante el Consejo anfictiónico celebrado en 340, en que se trataron los asuntos de Grecia, y allí influyó para que se diera una resolución contra la ciudad de Anfisa. De la ejecución de esta medida encomendada a Filipo, resultaron los sucesos más desgraciados para las repúblicas he-

lénicas, como la conquista de la Lócrida, la batalla de Queronea y en definitiva la servidumbre de Grecia.

La posición de Demóstenes fué siempre contraria a la política macedónica. Accionó en nombre de lo individual; del interés de Atenas y su prestigio, sentimientos que concretó en piezas memorables que han llegado hasta nosotros. Las que analizan la acción del Macedónico y lo presentan aspirando a la servidumbre de Atenas, conócense con el nombre de filípicas, y son un modelo como expresión literaria del género oratorio. Uno de sus conciudadanos propuso que para premiar tan grandes servicios se impusiera a Demóstenes una corona de oro en acto público, cuyo hecho fué denunciado por Esquines como contrario a la ley de los atenienses y atentatorio a la democracia. El juicio público que se suscitó con este motivo es llamado el "Proceso de la Corona", y sus jornadas fueron expresión de la más alta elocuencia. El Tribunal no encontró en la proposición del coronamiento de Demóstenes sino lo que en realidad fué la intención, premiar sus servicios y rendirle un homenaje, y como Esquines no obtuvo ni siquiera la quinta parte de los votos en el pronunciamiento, su acusación fué considerada calumniosa y condenado a abonar una fuerte multa. Se expatrió, pero si el triunfo de Demóstenes exalta su personalidad e implica el triunfo de la causa de Atenas, fué un éxito local porque aquella meritoria república carecía de fuerza para oponerse al poderío de Macedonia. Nada podía contrarrestar la preeminencia del espíritu helénico que interpretado por Filipo y luego por Alejandro, debía volcarse sobre el mundo antiguo.

ARISTÓTELES; SU UNIVERSALISMO; CORRELACIÓN DE SUS IDEAS CON SU MOMENTO HISTÓRICO. — Expresión así mismo de este período del espíritu helénico es el contenido de las doctrinas de uno de los más eminentes filósofos, gran amigo de Alejandro, a quien acompañó en sus empresas militares. Discípulo de Sócrates, profesando sus ideas cosmopolitas, los grandes viajes lo pusieron en contacto con los centros de las culturas antiguas, dándole una información de primera agua de los sistemas y las ideas.

Referimos a Aristóteles el filósofo de lo universal por excelencia. Sostiene que el ser es uno e indivisible; que las cosas se distinguen entre sí por lo que tienen de "sui géneris", siendo

contrario a Platón quien enseña que las cosas se distinguían entre sí por sus caracteres generales. El ser realiza, dice Aristóteles, cualidades que tiene en potencia, que son las determinantes de los actos de los individuos, y así a la potencia de pensar corresponde el acto de pensar; el ideal del ser perfecto, continúa, es aquél que realiza toda su potencia sosteniendo que todas tienden a progresar.

El progreso agita incesantemente a la naturaleza haciéndola aspirar a una armonía superior, con la particularidad de que cada término de ese progreso se resume en su ascendiente inmediato: el vegetal superándose, es el animal; el animal se perfecciona en el hombre, y el hombre en Dios.

En su concepción teológica expresa que la esencia de Dios es la actividad pura; que la moral es el supremo bien y que el hombre debe realizar la razón, es decir, pensar y obrar racionalmente. Completa sus ideas éticas diciendo que existe una virtud superior y virtudes prácticas de orden secundario; que esta virtud superior jamás llega a ejercitarse amplia y totalmente, porque las virtudes prácticas supeditan las necesidades del alma a una disciplina. Agrega a la concepción del amor platónico, la concepción de la actividad; a ese amor desinteresado, pura idealidad y tan propio de la juventud, Aristóteles le dió el concepto de la actividad y sostuvo que amar es obrar. En virtud de esto aparece superior a Platón, porque no solamente consulta el principio sino que también lleva su concepción a la realidad de la vida. Su concepción política no es menos exacta. La política, dice, enseña a los hombres a ser virtuosos, por lo que esa enseñanza debe ser hecha por el estado. De ahí su exagerado concepto sobre la sumisión del ciudadano al estado.

Combate el comunismo exótico de Platón extendido a la propiedad y la familia, pero, transigiendo con el fondo de verdad de la obra de éste, distingue en la sociedad humana dos elementos: aquellos encargados de las funciones inteligentes y los encargados de los trabajos manuales. Y siempre en el sentido de la explicación de la realidad, llega a admitir la esclavitud pero sólo en virtud de la inferioridad de los que a ella caen. Como vemos, es el maestro de la individualidad y de la realidad. A las doctrinas de Aristóteles y de Platón vamos a encontrarlas desdobladas en la Edad Media; su comentario y discusión forman la filosofía escolástica.

LECCION XXII

INDICACION DEL DESARROLLO CULTURAL Y ORGANIZACION HELENISTICA DEL MUNDO ANTIGUO

ESTIMACIÓN COMPARATIVA DE LA CIVILIZACIÓN DEL ORIENTE CLASICO Y EL MUNDO HELENICO. — Al usar la denominación "oriente clásico" no enunciamos un concepto geográfico; referimos a pueblos situados al oeste de Europa, tanto a Egipto, en el Africa, como a Fenicia, Palestina, Caldea, Asirios, Persas, Arios, Indúes y Chinos en Asia. Estos pueblos que contribuyeron a crear la civilización de Oriente, integran para nosotros un momento de la cultura humana, ofreciendo un aspecto orgánico fundamental.

El Oriente ha sido juzgado de muy diferentes maneras. Es común creer que la civilización oriental se caracteriza por su inmovilidad, y se dice, por ejemplo, que Egipto ha sido siempre el mismo. Esto es un error pues con el resto del Oriente evolucionó, cumpliendo un ciclo histórico; tuvo al principio una organización teocrática reemplazada más tarde por un sistema despótico. Pero la evolución no sólo se opera en el orden político sino que llega hasta la religión, que es lo más íntimo, lo más inmutable, tanto que nuestra civilización occidental profesa una misma desde hace 1939 años. Esta afirmación la comprobamos en la India, la del régimen teocrático severo, con una organización social ajustada en castas, que del culto de Brahama pasa al igualitario de Buda, como quien dijese al extremo opuesto del concepto.

Pero si la evolución caracteriza a la civilización del oriente, no es menos exacto que ella nos ofrece aspectos generales e idénticos que le dan fisonomía orgánica.

El primero de ellos es la desigualdad, que rige como ley absoluta. En algunas de sus culturas es íntima y afirmada por la religión; en otras no; es relativa, pero no llegó a desaparecer. En la India las castas son síntesis de la desigualdad, de las diferencias sociales; un hombre no puede pasar de una casta a otra. Estas castas cerradas se suavizan a medida que los pueblos se acercan al Mediterráneo, pero la desigualdad no desaparece. Los Asirios tienen clases, la sacerdotal, la militar y el pueblo, que ocupa una situación social inferior. En Egipto durante el régimen teocrático, existen castas cerradas, que

luego al implantarse el régimen monárquico se abren y dan formación a otras, apareciendo la institución del "escriba" que remedia en cierto sentido la desigualdad producida por el nacimiento.

El pueblo hebreo, donde la igualdad religiosa integraba el dogma, parecería desmentir el carácter anotado. Sin embargo no es así. Si bien todos eran iguales ante la divinidad, una de sus tribus, la de Leví, tenía el monopolio de las funciones sacerdotales. Por lo demás la igualdad debe estudiarse, también, en la vida civil, y en ella los hebreos no llegaron a conquistarla. Bien es cierto que ofrecen dos instituciones que a ella tendían, el año sabático y el jubileo, pero estas jamás pudieron aplicarse con perfección. Lo mismo podemos decir del pueblo fenicio; aunque sin prejuicios religiosos, organízase sobre la distinción que crea la riqueza.

Paralelamente a esta desigualdad general y característica nos encontramos con la falta de ideas de libertad. En Oriente no se conoce la libertad; en algunas de sus civilizaciones todo se halla absorbido por la teocracia, en la cual los diversos actos de la vida son regulados por la religión; y en otras, por los omnímodos poderes del rey.

Otra característica es el aislamiento. Teniendo sus culturas por fundamento a la religión, los dioses fueron todos de carácter nacional, no escapando a esta ley ni los mismos hebreos, cuyo Jehová, concebido como Dios del Universo, fué en el hecho divinidad exclusiva de su pueblo. Desde este punto de vista el extraño era un hereje no deseable, cuya entrada prohibíase en nombre del dogma. Las cosmogonías y mitologías tendieron por eso a trazar círculos infranqueables entre los pueblos, aislamiento que providencialmente rompen, después, los estados conquistadores.

Podríamos consignar como otro carácter de la civilización oriental, la existencia de un derecho: el del más fuerte, que a pesar de lo inadmisible que resulta para nosotros, implica sin embargo un principio de orden, comparado con la anarquía.

Fijados estos caracteres generales corresponde aludir a las "formas" sociales que la civilización del oriente ofrece al análisis. Ellas fueron tres: las teocracias, los despotismos, y los pueblos comerciantes.

La teocracia es el régimen social cuya disciplina está re-

gulada por la religión, ocupando ésta un lugar preeminente hasta absorber el estado y el derecho. Las religiones en el oriente se tradujeron en el culto de dioses absorbentes. El hombre dominado por la naturaleza, desde que no tenía los medios de defensa actuales, vió en su Dios a todas las potencias y como el Dios estaba sobre todas las cosas, se orientó hacia el panteísmo. Por eso mismo ofrecen sus religiones un carácter práctico, y vemos, por ejemplo, que en el Egipto se rendía culto a los animales útiles al hombre.

Las teocracias procuraron por esto ajustar a las relaciones del mundo físico el moral; y siendo lo físico según ellos perfecto por ser la obra de Dios, amoldaron el mundo moral al mundo físico; de allí la íntima relación existente entre la religión y las legislaciones. Todo residía en Dios; El mismo era quien hacía la organización político-social. Las teocracias fueron en su época una conquista del pensamiento humano porque permitieron la selección, dando el poder a los más aptos; desde este punto de vista fueron útiles, pero dejaron de serlo cuando la clase sacerdotal, es decir, la dirigente, buscó eternizar ese régimen para usar de los honores y beneficios con egoísmo. Este régimen se tradujo también en la ponderación de las ciudades donde se erigían los santuarios, que fueron los centros de la vida y de la cultura; Jerusalén entre los hebreos, y Herápolis, Babilonia, etc., llegaron a absorber las actividades nacionales respectivas.

Los pueblos con formas sociales fundadas en el despotismo, no duran como los teocráticos, pues nada es más precario que la fuerza. Los vemos nacer de pueblos nómades, sin arraigo, cuyo instinto los incita o determina a un movimiento continuo. Esto les obliga a una organización social que los predispone para la ofensiva, y por ello surge un monarca que reune en sí todos los poderes de la nación. Este monarca es siempre el más fuerte, el más bravo de todas las tribus, es el hombre capaz de mandar acertadamente en las conquistas. El límite de las conquistas está en el límite de la fuerza, porque si somete un pueblo los territorios que materialmente puede, este despótico dominio dura mientras dura la fuerza del pueblo y el poder de sus monarcas. Cuando estos pueblos guerreros decaen, su desaparición es rápida. Estas guerras beneficiaron la humanidad porque mezclaron los pueblos divulgando los cono-

cimientos de cada uno en el campo de la civilización. Fué la misión providencial de los estados despóticos, cuya trascendentalidad puede apreciarse cuando recordamos los resultados de las invasiones de los reyes de Persia, Ciro, Cambises, Darío, etc., quienes desde la Mesopotamia, llegaron hasta Egipto, el Asia Menor, Grecia, la región del Caspio, Rusia y por el Danubio hasta lo que después fué la Macedonia, cumpliendo con su misión de articular los pueblos y el dominio de la raza aria.

La guerra acercó a los pueblos, pero en vez de crear destruía. Los beneficios de esta articulación sólo fueron notorios, de inmediato, cuando se ejercitó por los estados comerciales, que realizaban sus conquistas por necesidad y sin destruir; lo que los despotismos hacen con las armas, los pueblos comerciantes hacen generalmente con astucia y habilidad. El comercio ejerce una función de compensación en la humanidad, supliendo las desventajas del medio y de las distintas regiones. Esta facultad de compensación la ejercieron los pueblos comerciantes porque mientras los guerreros realizaban las conquistas para sí, los comerciantes beneficiaban indirectamente a la humanidad.

Si estos son los caracteres y las formas que las civilizaciones del oriente nos ofrecen, el mundo helénico presenta al estudio un orden de vida más transcendental para el destino del género humano. Cicerón juzgando de su obra civilizadora, expresa que los griegos enseñaron dulzura y humanidad a las naciones.

Si quisiéramos concretar en una sola página el carácter transcendental de la cultura griega, nos bastaría evocar la personalidad de Sócrates, el gran filósofo ateniense, que ofrece a la humanidad el espectáculo de morir por una idea. Condenado por sus jueces prevaricadores, momentos antes de beber la cicuta con la que los helenos ejecutaban sus condenas de muerte, Sócrates es incitado a la fuga por sus discípulos, que habían tomado medidas suficientes para posibilitarla. El filósofo, invocando el deber esencial de acatar las leyes de su patria, que preconizara como elemento primo en el orden de la ética ciudadana, declinó la libertad y la vida que le ofrecían sus discípulos, y va al sacrificio concientemente, con la grandeza de Jesús Nazareno, mayor, si se quiere, porque si el últi-

mo fué Dios hecho hombre, Sócrates no era sino un hijo de la tierra guiado por las virtudes superiores de su pueblo.

Esta transcendentalidad del genio griego es enorme. Fué su cultura la que civilizó a los romanos brindando a la ciudad "eterna" los elementos con que ella elaboró sus instituciones, disciplinó su existencia, levantó sus ciudades y ajustó la vida de los pueblos de su dominio al genio evolutivo de los tiempos. Cuando la Edad Media con la Escolástica y el fanatismo pareció agotar el espíritu humano en una "condición" inferiorizada del ideal de la vida, es el genio griego presente en el Renacimiento y en la Reforma, de los tiempos modernos, el que salva a la humanidad, filtrándole el idealismo de la vida armónica, justa y feliz que renueva el alma de la especie. Esta misión transcendental del genio helénico es explicable. Fué un pueblo, al decir de Aristóteles, que tenía el patrimonio del valor y de la inteligencia, las dos facultades esenciales de la dignidad humana.

Con ellas a su servicio pudo forjar una cultura particularísima que tiene su superioridad en su ajustamiento a las leyes de la naturaleza. En efecto: el genio griego no trabajó el ideal de la monarquía universal, en cuya empresa fracasan todos los esfuerzos porque chocan contra las características de la geografía y el alma respetable de las nacionalidades. En vez de ese principismo, que es condición imprescindible de la cultura del Oriente, levantó el ideal de lo individual, concretado en la ciudad, y fué así como la Grecia se dividió en estados ciudades, cuyas luchas civiles y procesos perfectibles forman la historia de esa cultura. Una sola vez se lanza, con Alejandro el Macedonio, a la conquista del universo; pero el gran Imperio que comprendió del Indus, en Asia, a la Macedonia, en Europa, dura lo que la existencia de su fundador.

Dentro de ese ideal de lo particular, de ciudad, el pueblo griego ejercitó, al decir de Platón, "un espíritu curioso y hábido de ciencia". Y es así como mientras en Oriente la ciencia es patrimonio de una casta, de una clase o de una tribu, en Grecia todos los ciudadanos la cultivan. El sacerdocio, que es una institución selectiva de los hombres cultos, que en la antigüedad está monopolizada por clases sociales, encuéntrase entre los griegos abierta a todos los ciudadanos. Y esa mayor cultura generalizada, convierte también a este pueblo en un pueblo de

artistas, donde la música, la pintura, la poesía, y las bellas artes en general, como la propia filosofía, son patrimonio de todos y florecen en obras representativas que la humanidad elogia a través de los siglos.

Se ha dicho que Grecia proviene del Oriente. Esto es falso si el juicio categórico se enuncia para evidenciar una relación directa de desdoblamiento. Y es falso porque si alguna relación guarda su civilización con las orientales, se debe no a la imitación o la copia, sino a que los griegos son, como los persas, por ejemplo, de raza aria. Cuando la destrucción del primitivo imperio Zenda dispersó a los arios, los griegos trajeron a su nueva patria ideas y conceptos propios de la raza a que pertenecían. En ella desarrollaron esos elementos y facultades creando una cultura personal, que en virtud de la raíz etnográfica ofrece analogías con las culturas arias del Oriente.

Tal el caso, por ejemplo, de la arquitectura semejante entre asirios y griegos, puesta de manifiesto por el estudio de las ruinas individualizadas. Sin embargo de estas afirmaciones, débese reconocer que el Oriente brindó elementos de civilización a Grecia, pero a los que el genio helénico asimila imprimiendo un carácter propio.

Expresamos que el Oriente ofrece dos caracteres generales, la desigualdad y la falta de libertad. Que esa desigualdad, que es de institución divina en la India y fruto del despotismo en la Persia, se suavizó entre los hebreos donde la igualdad se filtra en la religión aunque no en la vida civil. Y dijimos que el relativismo del fenómeno lo caracterizaba como condición general del Oriente. En cuanto a la falta de libertad, la comprobamos al anotar que en el Oriente no existía el derecho del individuo frente al interés de la sociedad.

Y bien: Grecia realizó la igualdad y la libertad dentro de sus ciudades, aunque no con la amplitud lógica de nuestra vida contemporánea. Lo comprueba el hecho de que en ella no existiesen clases sociales monopolizando derechos políticos por el nacimiento, y lo afirma el que el sacerdocio y el mando en la guerra fuesen funciones accesibles a todos los ciudadanos. Ni siquiera el sacerdocio era un privilegio: los reyes que canta Homero en sus poemas ofrecen sacrificios a los dioses.

Estos elementos de juicio nos dicen que la cultura helénica tenía otras tendencias que las de los pueblos orientales.

La igualdad traducida en la falta de castas, se afirma con el principio griego de que los hombres están hechos a semejanza de los dioses. Y como si este índice de superioridad no fuera suficiente, basta la impresión general de la cultura griega para establecerla. En efecto; la India, para citar uno solo de los pueblos de oriente, levantó el ideal del desprecio de la vida: veía en ella una manifestación de la voluntad divina, la suponía ajustada a sus decisiones. Los griegos no; en vez de despreciar, aman la vida en la tierra y se preocupan poco, del existir en la inmortalidad. Sus grandes fiestas, esos famosos juegos con los que llegó a contarse el tiempo, eran calculados a la perfección del cuerpo, sin perjuicio del fomento y solidaridad con las conquistas del espíritu. El ciudadano en vez de preferir la indiferencia del fatalismo oriental, baja a la plaza, discute los asuntos generales, busca su interés y tutela los más amplios de la colectividad.

RESULTADOS DE LA CONJUCION HELENÍSTICA. — LA CULTURA HELÉNICA Y LA HELENÍSTICA. — LA CIVILIZACIÓN HELÉNICA Y LA HELENÍSTICA. — ALEJANDRÍA Y PÉRGAMO. —COSMOPOLITISMO HELENISTICO. — Las conquistas de Alejandro y la división de su breve imperio entre sus generales, estimularon la penetración de los griegos en el mundo antiguo con su lenguaje, costumbres y cultura, que ya antes del conquistador macedónico otros griegos habían iniciado en carácter de comerciantes, artistas, oficiales y soldados mercenarios. Vestigios de esta diseminación griega se encuentran en Asia Central y en el norte de la India.

Durante muchos siglos Atenas conservó su prestigio como centro de arte y civilización, tanto que sus escuelas continúan hasta 530 después de Cristo, es decir, como mil años. Pero la dirección de la vida intelectual del mundo pasó a la muerte de Alejandro a la ciudad que éste había fundado en el Egipto, dándole su nombre, y desde la cual el general macedónico Ptolomeo reinaba convertido en Faraón, con una corte que hablaba en griego.

Si Alejandro había dedicado sumas considerables para financiar las investigaciones de Aristóteles, Ptolomeo fué el primero en dotar permanentemente a la ciencia. Lo hizo creando el museo de Alejandría, dedicado a las Musas, y organizando la famosa biblioteca.

La biblioteca reunió más de 700.000 volúmenes distribuidos

entre la del Bruquión y la suplementaria del Templo de Serapis. Desgraciadamente esos tesoros se perdieron para la humanidad. En época de Julio César, cuando el general romano, para defenderse de los egipcios prendió fuego a la flota anclada en el puerto, chispas de ese incendio destruyeron la sección del Serapis, y cuando la conquista árabe del Egipto, el caudillo que la ejecutó, entregó para combustible de los baños públicos los volúmenes de la Biblioteca propiamente dicha. La tradición afirma que durante seis meses las termas de Alejandría se caldearon con esos tesoros del saber antiguo, que según la opinión proselitista no eran necesarios, desde que "si confirmaban lo expresado en el Corán, estaban demás, y si lo contradecían, debían destruirse por sus errores".

Así concluyó la guerra con el tesoro de la sabiduría antigua, libros reunidos con enorme trabajo, originales de los pensadores más dispares, hasta de las leyes de Solón, que Alejandría adquiría entregando a los depositarios copias artísticas y con material valioso, que compensaban aparentemente el sacrificio de la entrega de los originales.

El Museo en el cual convivían artistas y sabios por cuenta de los bienes de la dotación de Ptolomeo, hizo durante dos o tres generaciones una obra científica extraordinaria como no volvió a contemplar el mundo hasta el siglo XVI de la era cristiana. Su decadencia se debió a la forma en que fué administrado; siendo un colegio "real" sus profesores y colaboradores eran nombrados y pagados por el Faraón; el régimen no fué obstáculo cuando reinó Ptolomeo, alumno y amigo de Aristóteles, pero a medida que gobiernan sus sucesores, la dinastía se hizo más egipcia actuando bajo la influencia de los sacerdotes y del sentido religioso del país. El Museo cesó en su labor científica, ahogándo el espíritu de investigación, en forma tal que no produjo mucho bueno después de su primer siglo de actividad.

Esta labor helenista del Egipto fué duplicada por Seleuco. Aprovechando de la debilidad de sus vecinos extiende las fronteras de Siria y erige su capital en Antioquía. Sus conquistas lo ponen en contacto con la India, con uno de cuyos Reyes, Sandocroto, llega a aliarse, relaciones que permitieron que las ideas y teorías indias fueran conocidas, revelándose los puntos de contacto existentes entre el brahamanismo y el sistema de los estoicos.

Las colonias helénicas de la Bactriana, fundadas por Alejandro, también actúan como centro de irradiación del pensamiento griego. Sus reyes, los Arsacidas, llamados filo-helénicos, son los representantivos de éste movimiento, que completa la ciudad de Pérgamo.

Erigida en el Asia Menor, en la Misia, cerca del Egeo, donde antes se levantara Troya, se organizó en reino por obra de Atalo, liberto hábil y ambicioso, quien la engrandeció, llegando a convertirla en foco helenista y estado político de importancia. Al morir el último de los reyes Atalos, dejó establecido que legaba sus bienes al pueblo romano; éste tergiversando el significado de la palabra bienes, entendió que en ellos se incluía el derecho al gobierno y la dignidad real, por lo que el Senado Romano reivindica para sí a Pérgamo, y lo convierte en provincia con el nombre de Asia. Durante el gobierno de los Atalos, Pérgamo fué un centro cultural. Su biblioteca, escrita en pergamino, reunió, como la de Alejandría, las más famosas obras de la antigüedad, mientras encerraba, dentro de sus murallas, magníficas obras de arte.

Pero si el espíritu griego actuaba sobre el oriente clásico desde todos estos centros de irradiación, el foco principal, el lugar en que se produce la llamada conjunción helenística, es evidentemente Alejandría. Si al crearse el museo se trató de organizar el hallazgo de conocimientos nuevos con espíritu moderno, con la biblioteca se formó un depósito de sabiduría enciclopédica, que actuó como tal y como centro de copia y venta de ejemplares. Estamos puede decirse ante la iniciación del proceso intelectual en que hoy vivimos, que es de agrupación, correlación y divulgación del conocimiento.

La cultura y la civilización helénica colocadas en contacto directo con las de filiación oriental, no conservó naturalmente sus líneas características. Hubo un conocimiento recíproco, una influencia también recíproca de saldos, que acercó a los representativos de la inteligencia. Los griegos, por ejemplo, encontraron en Alejandría libros que no conocían, como los hebreos, escritos por Moisés, a cuyo estudio se dedican traduciéndolos. Los judíos helenizantes que aparecen, también, por esta época, son los representantes de la filosofía religiosa; llevaron de la mano a la humanidad convenciéndola que había necesidad de nuevas ideas para ajustarse al ritmo de la vida.

Esta interdependencia llevó a los antiguos a dar el nombre de helenistas a los judíos de Alejandría, a los que hablaban la lengua de los Setenta, a los que observaban los usos de los griegos, y a los griegos que abrazaban el judaísmo. Y naturalmente los saldos de esta penetración recíproca crearon una cultura y una civilización llamada también helenística, en la cual el genio griego gana en extensión pero pierde en fuerza; la lengua se impuso pero la iniciativa propiamente helénica se empobrece, al considerar e incorporarse los elementos que ofrecía el oriente.

Toda tendencia ecléctica implica un amortiguamiento de las fuerzas nativas del pensamiento y de las energías interiores; su aparición, en Alejandría, obedeció a estas leyes que son superiores a la voluntad de los estudiosos; es que la obra compleja de la cultura humana necesita a veces de puntos de descanso en los cuales se contempla el espacio recorrido, como condición precisa para poder seguir delante, descubriendo nuevos horizontes a través de la penumbra que vela el porvenir. Estas recapitulaciones de lo producido (erudición) representan saldos que el espíritu individual utiliza. El eclecticismo de Alejandría podrá haber sido estéril para el progreso efectivo del pensamiento, pero su obra de recomposición conservó lo producido.

La civilización sobre todo acentuó el haber del conocimiento. En Alejandría apareció por primera vez la astronomía como ciencia de observación y de teoría. Allí brillaron Euclides, creando la geometría científica; Apolonio, con sus estudios sobre las secciones cónicas; Nicómaco, que eleva a la aritmética al nivel de las ciencias; Hierófilo en la anatomía, y los representativos en la historia literaria y la gramática. Euclides y Eratóstenes midieron el tamaño de la tierra y se equivocaron solamente con relación a su diámetro verdadero en unas cincuenta millas más o menos; Hiparco hace el primer mapa y catálogo estelar, y Herón proyecta la primera máquina de vapor. En lo que respecta a la filosofía no encontramos verdaderos filósofos sino sofistas o eclécticos neoplatónicos; la elocuencia desaparece y los retóricos reemplazan a los oradores. En la poesía no advienen poetas épicos, líricos ni dramáticos, solo encontramos representantes de la didáctica y la bucólica, como Apolonio de Ro-

das y Teócrito. En la historia se distingue Polibio como creador de la historia pragmática.

Toda esta civilización marcha y crea un cosmopolitismo helenístico como resultado del sincretismo del pensamiento, y cuyo mejor exponente lo encontramos en la especulación filosófica. Si la filosofía griega había caído en el escepticismo con Zenón y Epicuro, el genio helénico reapareció con más vivos y complejos elementos que hicieron, en laboriosa gestación, el sincretismo greco-oriental.

Su síntesis fué la filosofía neoplatónica en la que debemos distinguir como elementos primordiales: la dialéctica platónica, segun la cual se concibe el bien supremo; la unidad primera, pura y absoluta, de Parmenides, unida al principio de la filosofía oriental, del proceso o emanación; la inteligencia como el principio de que emana el Verbo (el Logos) y con él el alma, principio de movimiento, y las ideas, tipos invariables de las cosas.

Sus principales representantes son Plotino y Proclo.

El neoplatonismo indaga la causa en el efecto, el principio en su producto, el ser universal en la manifestación individual, y la idea pura en la realidad exterior. Procede por intuición y no por abstracción. Conexiona los opuestos principios de las dos direcciones de la filosofía griega, y los compone bajo el propio de la filosofía oriental, del proceso o emanación, aproximando en el pensamiento la concepción de los órdenes de la realidad (lo individual y lo universal).

No se estimará en toda su transcendencia la doctrina neoplatónica si se prescinde de considerar el estado de la filosofía griega en aquel tiempo. Sus escuelas múltiples necesitaban reconciliarse bajo un principio superior, para que aquéllas verdades que constituían el cuerpo de sus doctrinas fructificasen sirviendo de substancia intelectual a las generaciones que le siguiesen en el tiempo. El sincretismo greco-oriental llenó esta misión. Mostró que los individuos subsisten y se desenvuelven en el seno de la vida general sin perder su individualidad, conservando su naturaleza propia, teniendo común su esencia con el Ser Universal. Con ello la escuela de Alejandría, conciliando los principios más que las escuelas, unió transformándolos todos los elementos esenciales del pensamiento griego, el platonismo, el aristotelismo, el estoicismo y aún las escuelas de Elea y de

Pitágoras, con la única excepción del empirismo de los materialistas Demócrito y Epicuro.

En síntesis, la filosofía de Alejandría, denominada ecléctica, procede de Platón y de Pitágoras, del Oriente y de Grecia, de los gnósticos y los cristianos; intentó un resumen y una restauración de la antigüedad y a ella corresponde el haber inundado de misticismo a la Edad Media.

LECCION XXIII

PROCESO DE LA CULTURA Y CIVILIZACION DE ROMA DESDE LOS ORIGENES HASTA LA CONQUISTA DE ITALIA

APARICIÓN DE ROMA. — INFLUENCIA ETRUSCA Y HELÉNICA. — Con anterioridad al año 1000 antes de Cristo la Italia fué una tierra colmada de selvas y muy poco poblada. El pueblo de los Siculos (sicanos) a quien se individualiza como el primero en habitarla, debió pertenecer a la raza de hombres morenos o Mediterráneos en quienes se ha encontrado las primeras formas de la civilización. Como había ocurrido en Grecia, en la Mesopotamia, y en la India, otros hombres de hábitos nómades, provenientes de las regiones del norte, en que los pastos crecían según las estaciones, y cuyas migraciones dependían de las mismas, penetraron en Italia, embotellando a los mediterráneos, y superponiendo sus características e idiomas a las civilizaciones primitivas. Donde quiera que estos nómades llegaban destruían mucho, pero aportaban un espíritu nuevo de investigación libre e innovación moral, e instituían reyes que no eran ni sacerdotes, ni dioses, sino conductores elegidos entre sus capitanes y compañeros.

Hacia el año 1000, tribus de esta raza de lengua aria habían penetrado en Italia, formando pequeños pueblos y ciudades, mientras en el sur de la península, y en el litoral marítimo, se establecían a su vez colonias griegas, cuya dignidad y esplendor llegaron hasta nosotros, en las ruinas de Paestun. Casi simultáneamente otro pueblo no ario, posiblemente emparentado con los egeos, se estableció en la parte central de la península; era el pueblo etrusco, que según la generalizada opinión de Homero, proviene de la Lidia. En una de las tantas guerras civiles, el bando vencido habría abandonado su patria

y desembarcado en Italia al mando de un príncipe, organizando una confederación de 12 ciudades, semejante a las ligas anfictiónicas, dedicándose esencialmente a la agricultura científica, es decir, con regadío, acequias, etc.

Documentaron en ese sentido su afiliación con los Lidios. Luego avanzaron hacia el norte y poblaron Adria, de la cual tomó nombre el mar Adriático; se dirigieron hacia el sur, en la Campanía, y fundaron Capua, siendo vencidos posteriormente por el rey de Siracusa y absorbidos más tarde por los pueblos latinos.

Los etruscos habían invertido el proceso que hemos observado en Grecia, Mesopotamia y en la India, constituyéndose en dominadores de los pueblos nómades arios, en los que influyeron entregándoles los saldos de su civilización superior.

Estos pueblos arios, conocidos con el nombre de latinos, vivían en zonas rurales, eligiendo poco a poco un lugar conveniente donde se reunían los padres de familia de los diversos grupos, donde establecían la defensa contra los piratas y efectuaban el canje de productos.

La civilización de los latinos fué la de los primitivos romanos, por lo cual podemos estudiarla incluyéndolos en lo que consignemos respecto a la ciudad eterna.

Tres de las tribus o de las familias del Lacio habían elegido colinas de Roma como lugar de estas reuniones, y así fué convirtiéndose lentamente ese emplazamiento en ciudad. La fundación de Roma, fué por el año 753 a. de C. fecha que correspondería a la Roma primitiva, pues hubieron tres fundaciones sucesivas. La primera, la originaria, comprende desde la fundación hasta 320 a. de C., en que se produjo el incendio galo; fué reconstruída y nació, pero ya no latina, sino con caracteres etruscos, en lo que se refiere a su plano, edificación, etc., hasta el año 23 a. de C., en que es incendiada por Nerón; reconstruída por Augusto, es la ciudad de tipo helénico, que dura hasta la invasión de los germanos.

Lo que nos interesa en primer término es lo que Roma significa. Desde este punto de vista debemos establecer que ella nace y crece por medio de la fuerza. La leyenda se ha encargado de caracterizarlo en el mito de Rómulo, su fundador, quien con Remo, hijos ambos de una loba, fueron los caudillos del grupo de hombres que abrieron sus cimientos. Pero si la leyenda

da a los sucesos el carácter de violencia, la historia lo confirma. Y es así como Tito Livio, dice que sus fundadores, hijos de una prostituta del Lacio, conocida con el nombre de "Loba", habrían reunido una banda de hombres fuera de ley, fundando Roma y engrandeciéndola mediante el "'derecho de asilo", algo así como una beligerancia general.

La ciudad "asilo" fué en la edad antigua un lugar de refugio, cuyos habitantes se solidarizaban con quien penetraba en sus murallas, defendiéndolo de sus perseguidores hasta con el ejercicio de la fuerza; buscaban este asilo no sólo los esclavos perseguidos por sus dueños o el cliente perseguido por el patrón, sino también el deudor perseguido por el acreedor, porque en la antiguedad los acreedores no solamente se incautaban de los bienes de los deudores sino hasta de la propia persona, que podían vender en los mercados de esclavos cuando los bienes no bastaban a cubrir el importe de sus créditos.

Una población reunida en esta forma, interesada en defenderse por que su derrota era la esclavitud o la muerte, debió ser formidable en poder ofensivo y defensivo, enemiga natural de cuanta ciudad vecina la proveía de refugiados. Por lo mismo necesitaba de alguna disciplina enérgica y de leyes severas.

El proceso político-social del Lacio fué idéntico. Como las faenas agrícolas traen la dispersión de la población, vióse la necesidad de tener lugares de defensa, que al mismo tiempo servían para canje de productos, llamados también ferias. Allí corrían a refugiarse con sus ganados y valores cuando acaecían invasiones o llegaban piratas, y a este lugar se llamó después Capitolio. Roma se formó con la base de tres tribus de las inmediaciones para las cuales su emplazamiento fué mercado de productos. Y fuése la conveniencia de tener el recinto amurallado o el que a través del tiempo arraigaran en las construcciones de la feria una población estable inicial, es lo cierto que nace la ciudad y define sus instituciones. Igual proceso en el resto del Lacio produjo un grupo de ciudades de la misma raza, que se confederan para la defensa común. Cuando Roma engrandecida por la fusión con los Sabinos y las guerras de expansión, logra entrar a la confederación latina, ésta estaba presidida por la ciudad de Alba, con la que naturalmente entró en rivalidad. El duelo entre los gemelos Horacios y Curiaceos, al que Roma y Alba subrogan sus destinos, trajo el triunfo de

la primera, la destrucción de Alba y el traslado de su población al recinto romano, y naturalmente Roma pasa a presidir la unión de los latinos. Su expansión es continua; en guerra con las ciudades de Etruria, incorpora a su pueblo grupos de vencidos y una serie de prácticas e instituciones, como las de la agricultura intensiva entre las primeras y elementos religiosos y de derecho político en las últimas. Entre éstas las dignidades de la silla curul son unánimemente consideradas como etruscas.

La extensión del poderío romano comienza en el siglo V a. de C. Nace de la destrucción de la flota etrusca (en 474) por los griegos de Siracusa, y de la invasión de los galos. Tomados entre los galos y romanos los etruscos desaparecen de la historia, y aun cuando los primeros llegaron al Lacio y hasta saquearon a Roma, la paz les fué comprada y se retiraron al norte de Italia.

Las correrías galas vigorizaron a los romanos que asimilan a los etruscos y se extienden por Italia central hasta Nápoles. Sus conquistas fueron simultáneas con las de Filipo y Alejandro de Macedonia, y cuando el imperio de este último se desmembró, Roma ya estaba lindando con las ciudades griegas del sur, que tenían a Tarento a su cabeza, en la península, y a Siracusa en Sicilia.

Se abrió un período de interdependencia entre la civilización de estas ciudades griegas y Roma, y fuése el temor de las primeras, o la ambición de Pirro, pariente de Alejandro, que se establece como rey en el Epiro y desea ser el protector y general en jefe de la Magna Grecia, se produce la guerra. Pirro invade a Italia, vence a los romanos en Heraclea y Ausculum, los rechaza hacia el norte y pasa a Sicilia donde choca contra los cartagineses. Una nueva invasión gala, que sin penetrar en Italia, pasa por Illiria y penetra en Grecia, obliga a Pirro (275 a. de C.) a abandonar la Magna Grecia, y Roma puede entonces concluir la dominación de la península.

DESARROLLO DE LAS CIRCUNSTANCIAS POLITICO-SOCIALES. — Los orígenes de Roma se ajustan al régimen monárquico. La historia ha conservado el nombre de los siete reyes que actúan en él, pero la filosofía analizando la labor social que aparece cumplida, sostiene que sus nombres son símbolos, representando períodos típicos de la evolución romana.

Con ese criterio, el gobierno de Rómulo es el gobierno de

definición de la ciudad. Comprendería la erección del recinto amurallado, la división del pueblo en tres tribus, la selección del patriciado a quien corresponde los derechos políticos, y el establecimiento, junto a la autoridad del monarca, de la de los senadores representativos del elemento aristocrático. La función legislativa, la elección del rey y la paz y la guerra estaban en manos del patriciado, el que la ejercía en comicios llamados curiatas. En ellos intervenían los padres de estirpes o familias agrupados en curias, diez por cada tribu; el voto se computaba dentro de cada curia, bastando que 16 de ellas (en total eran 30), votasen en un sentido igual, para que su decisión fuese ley.

El rey siguiente, Numa Pompilio, es legislador; bajo su período se introducen las instituciones y dignidades etruscas; divídese al pueblo según las artes y oficios, en una palabra es la articulación civil y religiosa.

Tulio Hostillo implicaría el período de la expansión romana conquistada mediante la derrota de Alba. Poniéndose al frente de la Confederación del Lacio, se despoja Roma del carácter místico que le infiltraron las costumbres de los lucumones o sacerdotes etruscos, predominando los hombres de guerra.

Anco Marcio, el siguiente, es el rey de la preeminencia; fúndase Hostia, que era el puerto de mar de Roma y se vence a los sabinos, fidelios y latinos en general.

Bajo el rey Tarquino El Antiguo, sacerdote etrusco, se abre el período constructivo. La federación de ciudades latinas que preside Roma llega a 17, y en su seno se concentran una serie de vencidos que van a formar la plebe; con la introducción de estos elementos que son los que engrandecen a Roma, se obligó a la sociedad a ajustarse a ciertas disciplinas que van preparando una honda revolución social.

El rey siguiente, Servio Tulio, podría ser comparado con Solon. Su reinado corresponde al período de legislación social, necesaria por la crisis alarmante que creó el despotismo de los aristócratas. Dictó leyes conocidas con el nombre de "Legislación Serviana", estableciendo una organización plutócrata que divide a la población en centurias según el grado de riqueza. Estas ejercían poderes políticos, en reemplazo de los que correspondieron a los comicios por curias de la hora inicial. En Roma la lucha era una obligación de todos: el soldado pagaba sus

gastos en la guerra, lo cual era posible porque el botín correspondía al ejército en buen parte. Y como según el armamento del soldado eran sus gastos, y como éstos resultaban proporcionados a la riqueza de cada uno, las centurias significaban una clasificación de doble carácter: social y militar. En las primeras centurias, de caballeros, se agrupa a los nobles y a los plebeyos ricos, circunstancia que confunde sus intereses. Y si a esta modalidad agregamos la de que el voto en los comicios por centurias se computaba dentro de cada centuria, tendremos aclarado cómo el poder político quedó monopolizado por los caballeros, desde que bastaba que la mitad más una de las centurias ricas votasen en tal o cual sentido para que el voto de las otras ni siquiera se recogiese.

Como esta organización social y militar se fundaba en la riqueza, las leyes de Servio Tulio establecen el censo. Por tanto funcionarios llamados censores hacían el registro de los bienes, y de este modo se ascendía o no de categoría. Además se regularizó la moneda. Estas iniciativas recién se aplicaron con exactitud cuando los reyes fueron expulsados de Roma.

Tarquino El Soberbio corresponde al período de la reacción patricia, alarmada por la preeminencia de la plebe y la necesidad en que se encuentra de armonizar sus intereses con los de los ricos; se caracteriza por el ejercicio de la tiranía sobre los plebeyos y la expulsión de las divinidades extranjeras que se habían introducido en Roma junto con los elementos vencidos. Sólo se exceptuó de esta medida a los mitos de Juno, Minerva y Júpiter.

El pueblo, encabezado por las centurias ricas y aun por elementos del patriciado desafectos a los Tarquinos, de origen etrusco, expulsó a los reyes y se dió un régimen particular, formado por cónsules, quienes representan a la aristocracia; eran dos, de acción paralela, siendo elegidos durante un año.

La organización de Roma bajo el consulado fué más o menos la misma que bajo el régimen monárquico, con la diferencia de que no existe el rey; como subsistió el sacerdote máximo, quien era el indicado para interpretar los augurios, ceremonia previa a toda deliberación de los comicios por centurias y éste era elegido y pertenecía al patriciado, el poder quedó de hecho en manos de éstos. Bastaba al sacerdote o pontífice máximo declarar no felices a los augurios para que el comicio por centu-

ria no se realizara si es que su voto presumiblemente perjudicaría los intereses aristócratas.

Las demás magistraturas subsistieron, como ser los colegios de sacerdotes encargados de los diversos cultos; los pretores, que administraban justicia; los censores, que clasificaban a la población por la riqueza, o en otras palabras, los que tenían la llave de las mayorías dentro de cada centuria; los ediles a quienes corresponde el gobierno doméstico o municipal de la ciudad, y los senadores que, representativos del patriciado, deliberan y dictan los llamados *senado consultus*. Estos funcionarios tenían la dignidad de la silla curul, es decir, se ennoblecían por sus funciones.

La más interesante de estas magistraturas es la del pretor. Como al principio no existían leyes, siendo los encargados de administrar justicia en juicio verbal y formalista, debían, al ocupar el cargo, exponer los principios generales a los cuales ajustarían sus fallos, principios que se fijaban en una tabla, a la entrada del despacho, que se llamaba edicto.

Su sucesor corregía los principios que no aceptaba, conservando aquellos convenientes. Poco a poco y cuando el pueblo palpa la necesidad de una ley, no hace sino recoger esos edictos perpetuados en el tiempo con los cuales se forma en buena parte la ley de las "Doce Tablas".

La expulsión de los reyes no cambió las líneas fundamentales del organismo social. El poder quedó en manos del patriciado que continúa monopolizando las magistraturas y gozando exclusivamente de los derechos civiles y políticos, en perjuicio de la plebe que siguió sirviendo en los ejércitos y sacrificándose por el interés de Roma. Era un orden de injusticia a cuya rectificación vamos a asistir.

CONFLICTOS ENTRE PATRICIOS Y PLEBEYOS. — Casi desde su fundación Roma encerró dentro de su recinto a dos elementos sociales: los patricios y los plebeyos. Algunos suponen pertenecen a distinta raza; que los patricios fueron fundadores y los plebeyos una masa de vencidos poco a poco formada a través de las guerras. Esta teoría, de los historiadores alemanes, es quizá la que debemos admitir como más exacta. En efecto, el acuerdo a que llegan patricios y plebeyos cuando la famosa retirada al monte Aventino, fué consagrado conforme al ceremonial que regía para los tratados internacionales, inaplicable en

el caso de simples clases de una misma ciudad. Por otra parte, esa teoría explica la manifiesta resistencia del patriciado a legitimar los casamientos con plebeyos, resistencia natural a mezclar la sangre. Esta lucha prolongada fué morigerada por un fuerte espíritu conservador.

Originariamente el pueblo romano estaba formado por los patricios; ellos solos ejercían los derechos políticos en los comicios por curias, que elegían a los reyes.

Perteneciendo las instituciones y los derechos al patriciado, la situación de la plebe era irritante. Su medida nos la brinda la circunstancia de que no podían contraer uniones legítimas, aun dentro de su clase, derecho de casamiento sobre el que descansa por entero la organización familiar, sobre todo en los primeros tiempos, en que el padre tiene sobre los hijos derecho de vida o muerte. A pesar de que todos los derechos pertenecían al patriciado, estando la plebe al margen de la ley, ambos órdenes se unen haciendo la grandeza de Roma. ¿Cómo se unen? La lucha entre plebeyos y patricios dura 8 siglos, sin que durante ese largo período se librara un solo combate entre estas dos clases antagónicas. Cuando a los plebeyos se les hizo la vida imposible, amenazaron con huir y formar otra ciudad; fué lo más que hicieron; a su vez, y aunque entre los patricios existieron opiniones diversas entre los viejos y los jóvenes, que querían luchar y dominar por la fuerza a los plebeyos, siempre se buscaron las soluciones en la armonía de intereses y voluntades.

Estas luchas tenían un doble carácter, político y religioso. Los dos órdenes, patricios y plebeyos, tenían obligaciones iguales; ir a la guerra y pagar sus gastos. Es sabido que en un régimen social donde las obligaciones son comunes, fatalmente los derechos llegan a ser comunes también. La primera conquista en el sentido de la igualdad fué la organización de las centurias y de comicios centuriatas, en época de Servio Tulio; pero éstos no llenaron su misión porque dichos comicios están sujetos a los augurios del sacerdote máximo, magistrado patricio, y también porque el senado reveía los actos comiciales.

Un día presentóse al "forum" un anciano con las ropas desgarradas, extenuado, y mostrando en su cuerpo cicatrices de la guerra; dirigiéndose al pueblo allí reunido, dijo, que habiendo formado parte de los ejércitos que lucharon contra los sabinos, había perdido todos sus bienes, y obligado a contraer un prés-

tamo para abonar los arrendamientos encontró en su acreedor un verdugo. Su cuerpo maltratado por los golpes comprobaba la veracidad de sus palabras. La plebe se exaltó, abandonó la ciudad dirigiéndose al monte Sacro: los jóvenes o caballeros patricios quisieron tomar las armas para reducirla por la fuerza, pero los senadores se opusieron y buscaron un acuerdo, llegando a una transacción por la cual establecieron dos "tribunos plebis" que defenderían los intereses de los plebeyos y tendrían el derecho de veto sobre las resoluciones del Senado.

También se establecieron los comicios por tribus o plebiscitos, dividiendo a los habitantes, en razón del domicilio, en varias tribus, organización interesante e igualitaria porque siendo la plebe más numerosa, escapaba, fraccionada en las tribus, a la influencia de los patricios. Estos comicios no necesitaban de los augurios. Por medio de los tribunos la plebe ascendió de importancia y llegó sucesivamente a todas las dignidades de la República.

Los plebiscitos, o sea las sanciones de los comicios por tribus, que inicialmente no entraban en vigencia sin homologación, se convierten en leyes sin necesidad de ser aceptados por las curias.

El tribuno Canuleyo hace sancionar una ley por la cual se permitía el casamiento entre las dos clases. Luego se gestiona que los cónsules pudieran ser plebeyos; los patricios se alarmaron y para acceder crearon el tribunado militar, al que adjudicaron una parte del poder consular, y organizaron paralelamente la magistratura de los cuestores. Tanto el tribuno militar como el cuestor debían ser patricios, pero la plebe conquistó el consulado.

Cierra el proceso de esta reacción y marcha hacia la igualdad la ley "Paetelia", que garantiza la integridad del hombre nacido libre; el deudor ya no podía caer en esclavitud sino por un acto voluntario, pues se niega al acreedor el derecho de incautarse de su persona.

Esta larga lucha por la igualdad, al fin de la cual los plebeyos pueden llegar a todas las magistraturas, incluso a la del sacerdocio maximo, desarróllase pacíficamente. Antes que una lucha fué una evolución inteligente, como si patricios y plebeyos tuvieran la intuición del porvenir, aviniéndose a conformar sus intereses y aspiraciones.

Los nuevos ciudadanos fueron dignos. De las masas plebeyas salieron los mejores ciudadanos romanos: los Decios, los que sometieron a los Galos, el que puso término a las victorias de Aníbal, el que salvó a Roma de la conjuración de Catilina, y por último los Catones. La conjunción de los dos órdenes fué pues trascendental para los destinos de Roma, dándonos la clave de su poder y de la grandeza de su genio.

LECCION XXIV

PROCESO DE LA CULTURA Y CIVILIZACION DE ROMA DESDE EL PERIODO DE LAS GUERRAS PUNICAS HASTA LAS VISPERAS DEL IMPERIO

INFLUENCIA HELENISTICA. — La situación geográfica de Roma fué privilegiada, sobre todo cuando conquistó toda la península itálica que divide al Mediterráneo en dos partes casi iguales. Estando Roma situada en su litoral occidental, naturalmente que sus primeras conquistas tuvieron que dirigirse hacia esta parte, realizándolas aprovechando los conflictos con Cártago, que se conocen con el nombre de guerras púnicas.

Entre la segunda y tercera guerra púnica Roma inició su expansión en el oriente al Mediterráneo. Actuó como pueblo libertador, para independizar a los griegos del despotismo macedónico y la piratería de los etolios, pero sus victorias le dieron un poder y una riqueza fantástica. El ejército de Pablo Emilio, autorizado por el Senado Romano a raíz de su victoria sobre Macedonia, saqueó más de setenta ciudades en menos de cuarenta y ocho horas, reduciendo a la esclavitud a 150.000 individuos que fueron lanzados inmediatamente al mercado de esclavos.

Si el espectáculo repugna al sentimiento de humanidad, fácil resulta medir sus consecuencias. La esclavitud, que ya era una causa de desorganización social, acentúa su influencia; estos miles de esclavos lanzados al comercio cambiaron las costumbres, pues hasta al más pobre le fué posible tener uno en quien descargaba todo el trabajo; la clase media o trabajadora, desapareció con el injerto de esta masa de esclavos.

Para garantizarse de la fidelidad de Grecia, llevóse a Roma a más de mil ciudadanos espectables griegos, para juzgarlos,

cuyo proceso se extendió por espacio de diez y siete años, durante los cuales muchos murieron en la prisión.

Pero el resultado de estas guerras contra Grecia fué curioso. Si bien Roma vence, nos encontramos con que los vencidos a su turno conquistan a los vencedores mediante su civilización. Se establece una corriente continua de cultura que se filtra en las costumbres romanas, y Grecia triunfa con la imposición de su genio y de sus hábitos. El hecho indiscutible ha sido considerado de muchos puntos de vista; algunos sostienen que Grecia entregó a Roma junto con sus virtudes, sus vicios; esta afirmación no es del todo infundada, pero debemos agregar que ello influyó en poca proporción. Los que así opinan olvidan que en Roma existían fallas sociales que hubieran conducido, sin necesidad de los vicios griegos, al mismo punto de disolución social.

DESARROLLO DE LAS CIRCUNSTANCIAS POLITICO-SOCIALES. — Si al final de las luchas entre patricios y plebeyos Roma consigue organizar una jerarquía política, de igualdad, dentro del recinto urbano, sus conquistas en el Lacio y luego en la península, la enfrentan al problema de hacer esa misma organización de unidad fuera de sus muros.

Para lograrlo no se ajustó a un procedimiento único, sino que utiliza un régimen elástico que varía desde la destrucción completa, como en el caso de Alba, hasta la entrega de la ciudadanía a los vencidos. Pareciera como si el senado romano, a quien correspondía proveer en estos asuntos, no queriendo reinar sobre esclavos buscara articular a los vencidos, dándoles algunos de los más elementales o todos los derechos civiles o políticos.

La asociación de los vencidos se hizo primero, como dijimos, por la absorción. Pero a medida de la extensión de las conquistas hubo de suprimirse el procedimiento, porque toda absorción tiene un índice de capacidad, pasado el cual el pueblo que absorbe pierde sus modalidades propias, al recibir con exceso el aporte de otros caracteres y peculiaridades. Además de esta circunstancia, de hecho la propia extensión de las conquistas hace innecesaria la absorción; bastaba a Roma sujetar a los vencidos e imponerles el servicio militar, y en este concepto los tratados substituyen a la incorporación, tratados que se conocen con el nombre de convenios isipolíticos.

Las ciudades vinculadas por estos tratados, se llamaron municipios, y la igualdad surgida de ellos fué más aparente que

real. Los municipios no tardaron en darse cuenta y pretendieron llegar a la igualdad absoluta; buscáronla por las armas, pero Roma los vence imponiendo su yugo hasta que las victorias de Aníbal en la segunda guerra púnica prepararon la gran guerra social. En ella vuelve a vencer Roma, pero debió reconocerles la igualdad y compartir la ciudadanía, como si esas ciudades no fueran sino arrabales de Roma. En realidad se trató de una maniobra. Siendo Roma una República Municipal, para el ejercicio de esos derechos era necesario llegar hasta su recinto, con lo cual ella absorbe a las clases cultas que eran las interesadas en ejercitar los derechos y la preeminencia política.

Fuera del Lacio, existían en Italia otras ciudades importantes que necesitaban gobernarse, a las cuales Roma da una organización electoral interna mínima, que era generalmente el gobierno doméstico; la justicia y la gestión política estaban siempre en manos de los pretores y cónsules, ciudadanos romanos enviados a esas ciudades a ejercitar dichas funciones. Sin embargo algunas ciudades no quedaron conformes con este régimen, y aliadas a algunas colonias, también descontentas de Roma, producen la gran guerra social en cuyos detalles no nos vamos a detener. Basta determinar que las leyes Julia y Platia cerraron el proceso concediendo la ciudadanía a todas las ciudades.

Otro de los factores que hacen la unidad itálica fué el establecimiento de colonias que Roma funda y organiza. Fueron establecidas con colonos voluntarios bajo el concepto de que constituían avanzadas de las legiones romanas, que garantizaban y mantenían la dominación. Dos fueron famosas de entre las innumerables que Roma poseyó; una de ellas, Cremona fué la valla más importante cuando la invasión de los galos y las guerras de Aníbal.

Maquiavelo, estudiando la política romana que dejamos esbozada, dice, son tres los medios de que los pueblos han echado mano para engrandecerse y cumplir su misión histórica. Uno es la liga de ciudades en la que cada uno conserva su independencia, como la confederación de ciudades latinas dirigidas por Alba; otra la asociación de los vencidos, reservándose el vencedor su dirección y dominio, como hizo Roma hasta su monarquía universal, y el último convirtiendo a los vencidos en súbditos o esclavos, como lo hicieron los pueblos de Oriente y Grecia.

Este último procedimiento, agrega, es una política equivocada y falsa. Un pueblo puede ser comparado a un árbol; si de sus ramas se cuelgan pesos al infinito, llega un momento en que se desgaja, pero si en cambio a ese árbol se le da nuevos elementos para vigorizarlo, puede dominar en la selva tal como dominó Roma. Desde pequeña ciudad llega a conquistar todo el universo y a pesar del enorme esfuerzo no desaparece sin legar una cultura y civilización notables.

Pero si éste es el proceso político social del período respecto al organismo peninsular, que concluye por latinizarse, el que se produce en Roma, de orden interno, es muy diverso. Poco después de la primera guerra púnica y con la anexión de Sicilia, se advierte un orden nuevo de circunstancias que van a concluir en las consecuencias más insospechables. Sicilia fué tratada como botín de guerra declarándosela "bien" del pueblo romano, y su suelo y su población fueron explotados para enriquecer a Roma. Los patricios y plebeyos influyentes usurparon la mayor parte de esa riqueza. Antes de la primera guerra púnica, la población de Roma era en su mayoría de agricultores, y como la obligación militar fué una carga de la ciudadanía, al terminar las dos primeras guerras con Cartago, los agricultores soldados se encontraron que no sólo sus granjas se habían endeudado, sino que sus productos sufrían en la propia Roma la competencia de lo producido por los esclavos en Sicilia y otras nuevas posesiones del pueblo Romano.

Durante doscientos años los soldados agricultores habían luchado por engrandecer a Roma y participar en su gobierno, y apenas cien gozaron de estos beneficios. Las dos primeras guerras púnicas los despojaron prácticamente de lo que habían obtenido porque crearon nuevas condiciones que minaron la organización política.

Además de riquezas, las legiones romanas trajeron de las guerras de este período millares de hombres, libres o no, que esclavizaron para luego rapartírselos o venderlos. Para tener una idea de su número basta recordar que el año 201 se tomaron como 35.000 cartagineses; que las guerras con Macedonia dieron como 150.000 esclavos, y que el cónsul vencedor Paulo Emilio, puso en subasta a casi toda la población del Epiro. Dícese, por los demás, que durante la guerra contra los galos, los romanos esclavizaron a más de un millón de vencidos... Los Roma-

nos encontraron provechoso emplearlos a fin de que produjeran mayor rendimiento, y hubo en los campos esclavos labradores, otros molían el grano, otros construían útiles de labranza, caminos, acueductos, puentes, tejían telas para vestidos, etc. En la ciudad se reservaban los esclavos para el servicio doméstico y también para el usufructo de sus habilidades en talleres con clientela pública.

Los grandes mercados de esclavos estaban en Oriente. Los traficantes ocurrían en busca de hombres robustos para el trabajo, que ofrecían a los latifundistas de Italia, o de hombres o mujeres de buen aspecto y relativos conocimientos para las fiestas y diversiones. En Chios, Atenas, Delfos, Samos, etc., los esclavos eran llevados ante el público con los pies blanqueados y con letreros que avisaban sus habilidades y su precio.

Ante este elemento de trabajo cuya producción no costaba nada, el pueblo romano sufrió las consecuencias. El obrero libre no podía vivir porque cada familia se bastaba para todas sus necesidades con el trabajo de los esclavos. El estado, por su parte, tampoco utilizaba al obrero libre; tenía esclavos a millares que los dedicaba a la construcción de obras públicas, como los caminos, los acueductos, las termas, los mercados, los teatros y el aseo de la ciudad.

Su situación llegó a ser terrible. De todas partes del Lacio, y no pudiendo sufrir la competencia de los esclavos, los agricultores concurrieron a Roma, abandonando su residencia en las tribus o jurisdicciones, a las que estaba conformado el régimen de los comicios. Pero en Roma ni el recurso de la venta del voto les quedó; los censores habían reunido en una sola tribu a los pobres y apenas si ella era convocada en uno que otro asunto. La miseria y el hambre fueron el patrimonio de la plebe, mientras millares de esclavos fecundaban con su trabajo los campos y poblaban los palacios a fin de contribuir al fausto y a los vicios de sus señores. Como premio recibían la libertad en numerosas manumisiones, y sus votos iban a llenar el vacío que había dejado la vieja raza romana.

El antiguo patriciado que sometiera a los plebeyos a la servidumbre, que les negara el matrimonio y la tierra, y que reducía a los deudores a la esclavitud, había sucumbido ante los esfuerzos lentos de la plebe, que con el derecho del sufragio había acabado por abrirse camino para todas las magistraturas. De

este antiguo patriciado quedaban los descendientes, los que unidos a la nobleza fundada en los honores, constituyeron la clase privilegiada de este período. Y ésta, rica, porque el poder en los períodos de conquista enriquece, de acuerdo con los ciudadanos de fortuna, que la censura se encargaba de vincular en la organización de las clases sociales, usurpó de hecho el poder público

A su tenor la vida política perteneció casi exclusivamente a los ricos. Bien es cierto que el plebeyo, desde el punto de vista del derecho, igualaba al noble, pero era también verdad que sucumbía ante él por carecer de los medios necesarios a hacer valer sus derechos, viéndose obligado a vivir de las limosnas patricias o de las liberalidades públicas. La riqueza decide el voto en las asambleas, ella confiere los primeros cargos del estado, ella domina en los comicios, ella abre las puertas del Senado y los grandes empleos, y ella entrega las provincias a la avidez de los cónsules y de los pretores, y deja al arbitrio de los censores la tierra de la Italia. En efecto, aquellos funcionarios podían quitar los bienes del Estado a los pueblos que gozaban de ellos mediante una pequeña renta, para otorgárselos a los caballeros, que en connivencia con los censores cesaban poco a poco de pagar el alquiler para convertirse en propietarios por usurpación.

Perteneciendo el poder a los ricos, el consulado, la censura, la pretura y los ediles, funcionarios encargados de las materias municipales, cargos, todos, que llevaron a Roma a su esplendor, fueron usados como instrumento de lucro y de dominación. La corrupción política lo invade todo y el plebeyo, que vende su voto en la designación de los funcionarios, no puede exigir de éstos más honradez en el uso de la hacienda pública que la propia deshonestidad de su conducta.

LOS GRACOS: SU IDEOLOGIA Y SUS MOTIVACIONES. — Frente a este relajamiento social se levantaron dos hombres que sacrificaron su vida por la restauración de la República. Fueron éstos los hermanos Tiberio y Cayo Graco, de ilustre familia, que la madre Cornelia decía sus mejores joyas, y a quienes la ira patricia llenó de insultos. Recién la posteridad les rindió el homenaje que merecían.

Mejorar las costumbres; inspirar al pueblo amor a la industria y a la agricultura; substituir los esclavos trabajadores y la plebe perezosa por una clase laboriosa, que rechaza la mi-

seria con sus propios brazos; reprimir el despotismo del Senado y la avidez de los caballeros; mejorar la administración haciéndose eco de los lamentos que resonaban en las provincias y los municipios; impedir la afluencia de extranjeros y la despoblación de las zonas rurales, tales fueron los sentimientos profesados por los dos Gracos. Al servicio de estos ideales, que hubieran vuelto a la República romana a sus horas de esplendor, pusieron sucesivamente toda la valía personal y el prestigio que les daba una ascendencia entroncada en los Escipiones. El primero en la lucha fué Tiberio.

La publicidad que Tiberio da a sus ideas agrupa a numerosos partidarios, y éstos, en 133, lo eligen tribuno de la plebe en substitución de Lelio el Prudente. Comenzó la realización de sus proyectos presentando y discutiendo las leyes agrarias. Para comprenderlas nos es necesario fijar bien la distinción entre los dominios privado y público. Veamos: una parte de todo territorio conquistado pasaba a ser propiedad pública (ager públicus) y se dividía en tres clases. La una cultivable, se asignaba a los colonos o era vendida o arrendada por los censores. La otra, inculta, se abandonaba a quien quisiera utilizarla, mediante el diezmo de los granos y el quinto de los frutos; y la tercera, de pastos, quedaba para el aprovechamiento común, pudiendo todos enviar sus ganados por una pequeña cuota, *scriptura*. El que adquiría los terrenos de la primera clase no era propietario, sino que pagaba un censo: *vectigal*. La distribución se hacía por los patricios, que se reservaban lo mejor, y que entendidos luego con los publicanos dejaban olvidar el censo y en esta forma usurpaban, poco a poco, el ager públicus. Las leyes agrarias buscaban volver a la plebe los terrenos que en esta forma usurpaba el patriciado.

Para obrar, Tiberio se pone de acuerdo con el Sumo Pontífice Craso y el jurisconsulto Escevola, y propone una ley según la cual ninguno podía poseer más de quinientas yugadas de tierra pública en propiedad definitiva. Disponía el proyecto una indemnización a los poseedores, y que las tierras reivindicadas se repartiesen entre los pobres, declarándoselas inenajenables para que no volviesen nuevamente a los ricos. Aumentábase la proporción de la tierra en ciento cincuenta yugadas por cada hijo.

El proyecto fué grato al pueblo, no así a los patricios que

si bien cobrarían una indemnización por mejoras, perderían una fuente de renta. Además se prestaría a abusos su aplicación porque los registros de la propiedad pública se habían perdido, y por que el no cobro del censo trajo el olvido de cuales inmuebles eran del ager públicus. En una palabra, la ley se encontraba con la dificultad de distinguir los terrenos, con la necesidad de dar compensaciones y con la oposición de una clase poderosa.

El otro tribuno de la plebe se opone, y Graco, no pudiendo convencerlo, propone a las tribus su destitución. Ella es decretada. En la pendiente de las reformas, e irritado con las tergiversaciones del Senado, modifica el proyecto estableciendo que no se indemnice a los usurpadores por el exceso de las 500 yugadas y que se los expulse de inmediato. A estos efectos se elige a Triunviros para examinar el origen de las propiedades. También propone que se extienda a toda Italia el derecho de ciudadanía romana, medida oportuna al tenor de la sublevación simultánea que después se produjo. La oposición de la nobleza continúa. En esto termina el período del tribunado de Tiberio quien pide al pueblo la reelección. Congregadas las tribus para proceder al nombramiento con ausencia de muchas de las del campo, que por ser época de recolección no pudieron concurrir, la asamblea es asaltada por los patricios armados y muertos Tiberio y sus partidarios. Posteriormente y ante las dificultades que encuentran los triunviros para la aplicación de la ley agraria, el Senado posterga su ejecución y las usurpaciones continúan.

Cayo Graco —uno de los triunviros encargados de la ejecución de la ley agraria de Tiberio— salió de Roma cuando la muerte de su hermano. Pidió a los comicios la cuestura, y fué designado para Cerdeña donde se granjeó la estimación del procónsul y el afecto del pueblo. Su honestidad alivió a esa provincia de tributos exagerados. Su elocuencia, que nadie superó; su sabio y ecuánime proceder y la moralidad de su vida privada, lo sindicaban como el continuador de la obra de Tiberio. En efecto: ascendido al consulado el triunviro Fulvio Flaco, con mengua de los nobles, revolvía cielo y tierra para extender el derecho de ciudadanía y poner en vigencia la ley agraria, cuando se presentó Cayo en Roma. Acusado de haber abandonado la cuestura, se defendió con elocuencia, y fué absuelto, bastándole so-

licitar el tribunado para que las tribus lo eligieran por aclamación. Fué reducido, dice la historia, el campo de Martes, para contener a la muchedumbre de italianos que concurrieron a aclamarlo como tribuno.

Inició su obra proponiendo la ley frumentaria, según la cual cada mes debía hacerse una venta de grano a bajo precio, para que lo adquirieran las clases pobres. Esta ley le granjeó el afecto de las tribus urbanas, que lo apoyaron decididamente. La continuó estableciendo que cada año debía distribuirse tierra a los pobres, y que la herencia del rey Atalo, de Pérgamo, se aplicase a la adquisición de útiles y animales de labranza para los pobres. Cada vez más alentado por los éxitos, consigue que el derecho de juzgar pase a los caballeros, que se constituyen en cuerpo político que equilibra el poder del Senado, y que se proyecte hacer partícipe a los italianos de la plena ciudadanía.

En esta forma se enajena el apoyo de los socios latinos, que desde entonces, hacen causa común con los pobres de Roma; el de las tribus urbanas, con la ley frumentaria: el de los caballeros con la judiciaria, y el de la Italia toda con la ventaja de la ciudadanía. En suma, opuso al Senado toda la fuerza de la República, tanto que aquel cuerpo se ve precisado a ceder. Culminó su obra con el proyecto de creación de colonias aún fuera de Italia, para mejorar a la plebe sin trabajo, y aboga por establecerlas aún en el emplazamiento de las viejas rivales de Roma, vale decir en Capua, Tarento y Cartago.

El Senado —con premeditación— apoya la idea, y pide a Cayo que personalmente fuera a fundar la Colonia de Cartago. Así lo hace Graco, y en su ausencia, ganado el otro tribuno, Druso, por el oro patricio, pierde Cayo el prestigio popular por el trabajo de intriga de que es objeto. Vuelto de la colonia fundada en Cartago solicita de las tribus el tercer tribunado, pero éstas le niegan sus votos. Algo más, eligen Cónsul a Optimio, quien declara a Cayo enemigo de la Patria y pone precio a su cabeza. Cayo se ve obligado a huir, refugiándose en el bosque de las Furias donde se hace dar muerte por un esclavo fiel. Más de tres mil soldados partidarios de Graco fueron muertos ese día, y hasta se prohibió llevar luto por ellos.

La plebe procuró reaccionar pero las leyes de Graco no se cumplieron, mientras la primitiva miseria la conservaba en el grado de abyección y relajamiento de que estos tribunos preten-

dieron arrancarla. Le erigieron, sin embargo, estatuas, y hasta declararon lugares sagrados aquéllos de la muerte de Tiberio y Cayo.

LA GUERRA CIVIL. — Esta situación del pueblo romano empobrecido y sin tierra, excluído por los esclavos de la posibilidad de producir en condiciones ventajosas, y sin poder político para remediar estos males, debía llevar a la crisis de la guerra civil. Cuando un pueblo no tiene la posibilidad de traducir en formas normales su expresión política, recurre a las huelgas y las revoluciones. Así la historia en los siglos II y I antes de Cristo es una serie de movimientos revolucionarios tendientes a redistribuir la tierra a los agricultores libres y mejorar las condiciones de vida. En el año 73 antes de Cristo esta situación se agravó con el alzamiento de los esclavos capitaneados por Espartaco, que durante dos años resistieron en la zona del Vesubio. La represalia del Senado fué cruel: 6.000 espartaquistas fueron crucificados a lo largo de la vía Apia.

LA OLIGARQUIA SENATORIAL; ADVENIMIENTO DE LAS CLASES FINANCIERAS; LOS CABALLEROS. — Esta crisis del organismo político-social de Roma imprimió al Senado de la primera época de la República modalidades nuevas. En vez de ser un Consejo de hombres eminentes de todas las clases, evolucionó hacia una asamblea de grandes terratenientes, políticos prominentes, grandes hombres de negocios y demás personas por el estilo. Se convirtió en un cuerpo cerrado de carácter oligárquico, que puso los poderes del estado al servicio de la nobleza.

Pero esta nobleza ya no era el viejo patriciado. A los descendientes de los primeros quirites (nobleza de nacimiento) se agregaban aquellos que habían entrado en la orden por sus méritos (nobleza por los honores), o que descendían de personajes que habían desempeñado funciones curales, esto es, la dictadura, el consulado, la pretura, la censura y el empleo de edil máximo. A estos nobles correspondía el *jus imaginum*, o sea el derecho de conservar en su casa y llevar en todas las ceremonias fúnebres, de diversa naturaleza, las efigies de cera de sus antepasados; ellos sólos poseían el ager publicus.

En situación equidistante, entre la nobleza y la plebe, pero con el uso del poder, encontramos a los caballeros, orden ecuestre, que tomó su nombre de la circunstancia de que combatían a caballo. Pagando en Roma, cada soldado sus armas, durante la

guerra sólo podían combatir a caballo los ricos. De ahí que cuando la reforma de Servio Tulio dividió al pueblo romano en clases según la riqueza, la más rica de estas formó la de los caballeros, de los que hubieron seis centurias de patricios y 12 de plebeyos. La fama guerrera dió a los caballeros importancia durante la paz, y es así que llegan a predominar en la ciudad, junto a la nobleza, donde después obtuvieron privilegios bastantes para formar una especie de tercer orden. A esto contribuyó especialmente la censura, que cada cinco años expurgaba esta clase rechazando los menos dignos. Para ser admitidos en ella se necesitaba haber nacido libre y honradamente, poseer un censo prefijado o haber merecido bien por acciones o virtudes personales. Esta institución perjudicó a la plebe porque le arrancaba los miembros principales acercándolos a la aristocracia.

La importancia de los caballeros aumentó con las reformas de los Gracos, pues se los invistió de una doble función, que los erigió en árbitros del destino romano: tuvieron el atributo de la justicia en los tribunales y el de arrendamiento de impuestos y gabelas en las provincias. Pudieron pues dominar al Senado y oponerse a las reformas.

De estas dos funciones ejercidas por los caballeros, la más importante fué la de la intervención en el cobro de los arrendamientos.

Cuando Roma concluía una conquista se apoderaba de las tierras, entregándolas en "uso" mediante el pago o un impuesto o alquiler, llamado censo, con el que reunía ingentes sumas.

Para cobrar este censo se echó mano de la clase de los caballeros o publicanos. Estos adquirían el derecho a percibir los censos, en remate público, pagando una determinada suma al estado, y lucrando luego con la diferencia entre lo pagado a Roma y el impuesto real de los padrones del censo. A simple vista con este procedimiento se facilitaba el cobro de los censos, pero los caballeros cometieron toda clase de excesos, pues para cobrar los censos no se fijaban si la cosecha era buena o mala; llegaron a ser considerados como verdaderos buitres. Cicerón, en uno de sus famosos discursos, los compara así y dice que eran los buitres que seguían a las legiones para caer sobre el cuerpo de los vencidos. Tan famosas como las "filípicas" son los discursos pronunciados por Cicerón contra el caballero Verró, encargado

del censo en Sicilia; estos discursos, en número de siete, son llamados las "verrinas". Estos excesos cometíanse muchas veces en connivencia con cónsules y pretores; formaban una verdadera banda de expoliadores, en manos de los cuales Sicilia se encontró más arruinada que en la época de las guerras púnicas. El Senado trató de reprimir estos abusos y bajo el influjo de los tribunos de la plebe decretó una serie de medidas y creó tribunales, pero la intervención del Senado no dió resultado; los jueces encargados de juzgar a los funcionarios acusados eran casi siempre comprados por los caballeros.

EL CIRCULO HELENIZANTE DE LOS ESCIPIONES. POLIBIO, PLAUTO Y TERENCIO. — La influencia helenística que resultó del contacto de Roma con Grecia, repercutió en los círculos más tradicionales del patriciado.

Los Escipiones que tantos méritos habían acumulado para la gratitud romana, revistan entre las viejas estirpes que se inclinan y cooperan en el movimiento helenizante. Ennio, cliente de Escipión el africano, fué su panegirista en su epopeya llamada Anales Romanos, en que historia la primera guerra púnica destacando el rol de los Escipiones. Afirmaba que Roma subsistía por sus viejas costumbres, sin advertir que precisamente fueron los Escipiones los primeros en modificarlas. Tradujo, además, tragedias de Eurípides, ensayos de que Nevio, su contemporáneo, aprovecha para levantar la voz contra los aristócrates. Fué el advenimiento de la llamada tragedia praetestata y de los versos escritos en "el hórrido número saturnino".

Pero el círculo helenizante tiene como figuras de primera fila a los afectos a la historia. Polibio, griego, nacido en Megalópolis, llevado como rehen a Roma, se hizo cliente de los Escipiones. Escribió una historia universal desde el año 220 antes de Cristo (guerra de las Ligas en la olimpíada CXL), hasta la olimpíada CLIII, en cuarenta tomos, de los cuales solo se conocen íntegramente cinco. Su estilo es descuidado y enérgico como el de Maquiavelo; su tendencia es no valorar las superticiones y la influencia de los dioses, mirando a las cosas de la realidad. Investigó, además, los orígenes de Roma aplicando la filosofía a la historia, y alejando la providencia de los hechos. Se le ha observado irregularidad en sus aplausos. Como síntesis de sus ideas sociales, cabe recordar establece que la guerra es una reparación de las injurias, y no una obra de destrucción.

La comedia de la que fueron sus primeros representantes Libio, Andrónico y Nevio, tomó formas definitivas en Plauto, natural de Umbría, que ilustró su espíritu en sus viajes de comerciante. Sus comedias tienen demasiado retoque, lo que les resta unidad, y son evidentemente traducidas o imitadas de las griegas. De ellas han llegado veinte hasta nosotros. Aún cuando de estilo rudo, sus diálogos son buenos mereciendo los elogios de Varrón. Actúan en ellas como personajes de consagración social, la cortesana, el criado y el parásito.

Terencio, cartaginés de origen, robado cuando niño, fué educado por el senador romano Terencio Lucano, quien lo hizo célebre. De su labor han llegado seis comedias hasta nosotros, una de las cuales, El Eunuco, logró un enorme éxito. Le produjo 8.000 sextercios representándose hasta dos veces al día. De un estilo puro y culto, usa de una alegría moderada, siendo sus personajes discretos. Cuando se ocupa de cortesanas lo hace presentándolas como robadas en la infancia, en defensa de la dignidad de la mujer. Algunos críticos afirman que al escribir aceptó la colaboración de Escipión Emiliano y la de Lelio. En cuanto a técnica, sus comedias no tienen coros; el prólogo, que sitúa la escena, está a cargo de algunos de los personajes.

Su obra se destaca sobre todo porque implicó una reacción en el medio romano. Plagiando a los griegos se había hecho de la comedia un instrumento político, y más de un imitador actuó en Roma escarneciendo a su aristocracia. Esta debió usar contra ellos la pena del difamador, consignada en las ley de las XII tablas, en defensa de sus fueros, produciendo un sentimiento general de desdén y repudio para los comediógrafos entre los cuales Terencio resultaba una excepción.

LECCION XXV

PROCESO DE LA CULTURA Y CIVILIZACION ROMANA DESDE LAS VISPERAS DEL IMPERIO HASTA LA EPOCA DE AUGUSTO

DESARROLLO DE LAS CIRCUNSTANCIAS MILITARES Y POLITICO-SOCIALES. — Hasta finalizada la segunda guerra púnica el ejército de Roma se formó mediante levas de sus agricultores, desde que el deber militar era anexo a la condición de ciudadano. Lo aumentó luego con el aporte de las colonias, que estableció en la

península, y con los nacidos en los municipios italianos que después de vencidos se asociaron a su destino, pero cuando las guerras se hicieron sistemáticas y se llevaron a las regiones más alejadas del Lacio, esta organización del ejército, en base a hombres libres que no eran profesionales de la guerra, resultó insuficiente e ineficaces sus resultados.

En el Norte de Africa, después de la derrota de Cartago, se había formado un estado semibárbaro, el de Numidia, que en tiempos de su rey Yugurta entró en conflicto con Roma. La distancia y la lucha prolongada obligaron a sacrificios que las maniobras del Senado y de los nobles esterilizaban en buena parte. En uno de sus períodos de indignación popular la asamblea de las tribus exaltó al consulado a Mario, con el mandato de poner fin a esta guerra, quien advirtiendo las razones que hacían fracasar a los soldados agricultores libres organizó tropas mercenarias en base a una disciplina severa y contínua. Yugurta fué vencido; entró a Roma (106 antes de Cristo) cargado de cadenas, pero con el ejército mercenario victorioso penetró también un nuevo elemento que desde ese instante explica el proceso social-político de Roma. Cuando el período del consulado de Mario expiró, el caudillo victorioso retuvo el cargo ilegalmente, con el único fundamento del poder o la fuerza de las legiones que mandaba.

Este acontecimiento abre la tercera fase del proceso de la civilización romana, en que los jefes de legiones mercenarias combaten por adueñarse del poder o acuerdan para dividírselo. Mario no permaneció solo en el escenario; Sila, de la clase aristocrática, que también había combatido en Africa, accionando con las legiones de su comando, choca con Mario, y una guerra civil enconada en que las matanzas de los adversarios y las proscripciones forman el fondo del cuadro, ocupa largos años de la República en decadencia.

El detalle de estas luchas no interesa a nuestro curso. En una de sus fases cuatro de los caudillos victoriosos fueron los amos de las legiones y se adueñaron de los intereses públicos. Fueron ellos, Craso, el vencedor de Espartaco; Lúculo, el conquistador del Asia Menor y de Armenia; Pompeyo el Grande, uno de los más brillantes guerreros, y Julio César el conquistador de las Galias y vencedor de los bárbaros del nordoeste. Uno a uno fueron desapareciendo: Lúculo, cansado de victorias y

lleno de riquezas, se refugió en la vida privada; Craso, queriendo extender el dominio de Roma en Oriente, invadió la Persia, donde fué derrotado y muerto por los partos; mientras Pompeyo y Julio César entran en rivalidad.

Ambos caudillos son acreedores al homenaje de la historia por la forma en que cooperaron a la grandeza romana, especialmente Julio César con quien en realidad se abre el cuarto período del proceso romano o sea el primer Imperio.

La reputación de Julio César se hizo como Jefe militar en las Galias, de las que arrojó una invasión germana incorporándola después al mundo romano, como por sus campañas en Britania. La de Pompeyo se labró al consolidar la conquista de Oriente que llevó hasta las orillas del mar Caspio.

Cuando la muerte de Craso liquidó el primer triunvirato, que integraba con Pompeyo y Julio César, el choque de estos dos últimos caudillos fué inevitable. Como el primero se inclinase al partido republicano y obtuviese algunas leyes que comprometían a César por desobedecer decretos del Senado, éste último resolvió defenderse. El río Rubicón era el límite entre su jurisdicción y la de Italia, y era ilegal que un general condujese su tropa más allá de los términos de su mando; César lo cruzó marchando sobre Pompeyo y Roma.

ADVENIMIENTO DE JULIO CESAR. — Después de derrotar a Pompeyo, Julio César fué nombrado dictador, institución romana a la que se recurría en circunstancias graves, y que entregaba a sus beneficiarios un poder prácticamente ilimitado. La designación se hizo al principio por diez años y luego (45 antes de Cristo) por toda la vida. Julio César fué en realidad el monarca de Roma hasta el momento en que fué asesinado por una conjuración de los senadores, aun cuando no quiso aceptar el título de rey que era odioso a los romanos. Afirmó su poderío persiguiendo a Pompeyo y sus amigos, a quien siguió hasta el Oriente, donde Pompeyo fué muerto, pero la estada de Julio César en Egipto impresionó su espíritu, con el concepto faraónico conocido del rey-Dios. Sólo así nos explicamos que admitiese la erección de su estatua en Roma con la inscripción de "Al Dios invencible".

El asesinato de Julio César abrió un nuevo período de luchas que durante trece años ensangrentaron a Roma. La Constitución de un segundo triunvirato con Lepido, Marco Antonio y

Octavio, sobrino de César, convertido en su vengador, ofreció de nuevo el espectáculo de la división del poder y de la función pública entre los jefes de las legiones. Octavio comandó las provincias occidentales, que daban los soldados más bravos, que cuando las rivalidades se encienden fueron el instrumento de su victoria.

Esta vez el choque de los caudillos no correspondió exclusivamente a sus intereses personales. Marco Antonio, dueño del Oriente, había encadenado su espíritu a la influencia de Cleopatra, Reina del Egipto, y su política contemplaba la posibilidad de transplantar el asiento de su poder a la zona de su dominio. Octavio representa en el drama la supervivencia del poderío romano en el asiento de la ciudad histórica, y Cleopatra un elemento que se neutralizaba tal vez porque el triunfo de uno u otro de los contendores implicaría la ruina de su reinado. El triunfo de Marco Antonio, centralizando el poder de Roma, la apartaría al occidente, o radicándolo en Alejandría subalternizaría su personalidad.

El combate naval de Accio, que las naves de Cleopatra eluden, da a Octavio el triunfo. Con la muerte de Marco Antonio se convierte el sobrino de César, en señor del mundo romano, en cuyo nombre devuelve su libertad al senado y al pueblo de Roma, declinando la dignidad de Dictador. Pero el senado agradecido al verlo renunciar a la *forma* del poder, le dió la realidad de ese poderío con los títulos de Princeps y Augustus, convirtiéndolo en el primero de los emperadores romanos (27 antes de Cristo).

HEGEMONIA CULTURAL DE CICERON; SUS EFECTOS. — Desde mediados del siglo I antes de Cristo, durante el conflicto entre César y Pompeyo, el senado romano era todavía el centro nominal del gobierno, nombrando a los altos funcionarios y confiriéndoles facultades especiales. En su seno un grupo de hombres políticos, entre los cuales descollaba la figura de Cicerón, accionaban en toda forma por conservar las tradiciones memorables de Roma Republicana, y porque los funcionarios y la vida en general se ajustasen al respeto de las leyes.

El noble propósito no tenía base alguna. El sentido de la ciudadanía, que es de dignidad y de señorío espiritual, había desaparecido del pueblo rômano, y la masa empobrecida, viviendo del tesoro oficial, no reclamaba ni aspiraba al restableci-

miento de la libertad. Cicerón y sus colaboradores actuaban entonces sobre impulsos personalísimos, mientras los caudillos militares, usurpadores violentos del poder, tenían tras sí a las legiones armadas que eran la fuerza.

Estas circunstancias político-sociales impidieron que la robusta personalidad de Cicerón influyese decisivamente en la vida pública romana, pero no limitaron su influencia en la cultura de su época, en la que ejercitó una verdadera hegemonía.

El espíritu romano estaba entonces trabajado por la influencia de dos escuelas filosóficas griegas, la de los Estoicos y la de los Epicureos. El estoicismo fundado por Zenón, sostiene que la felicidad se lograba por el recto camino del deber, que es el único que lleva a la virtud. Desconocía el placer y el dolor como estados individuales, a los que llama ilusiones, afirmando que lo único exacto es la Naturaleza. El único bien es la virtud por sí misma, sin atenerse al premio que pueda recibirse. Con esta concepción moral debíase consultar la Naturaleza; ver sus leyes, para inspirar en ellas sus austeros conceptos morales; el ejemplo más completo es el derecho romano. Los jurisconsultos romanos que lo definieron son casi todos estoicos y por eso al dar preeminencia a los principios morales así concebidos, hicieron leyes definitivas que llegan a nuestros días. La concepción teológica de los estoicos admite que lo existente es la materia de Dios, pero sostiene que no existe materia alguna sin fuerza y a la inversa, de lo que resulta que la concepción de Dios es la de ser el alma del mundo.

La concepción estoica abligó a sus adeptos a ser respetuosos con todas las cosas de la vida y afirma la sensación de realidad que es la que generalmente falta en los sistemas filosóficos. La influencia del estoicismo fué notable; comprende desde la filosofía al derecho y de éste a la concepción estética. A él pertenece el postulado de que la virtud y el vicio no tienen grados; que las acciones se juzgan no por las consecuencias sino por las intenciones. Este principio tan severo podría dar resultados realmente draconianos. La humanidad se partó por esto de sus ideas. Su moral se hacía además excesivamente dura.

Lo más interesante en el estoicismo son sus ideas cosmopolitas. El mundo, establecen, es una gran ciudad, de la que todos son miembros, correspondiendo al sabio ocuparse de la sociedad. Sin embargo los estoicos faltaron a este deber; vivien-

do en el estudio se demostraron despreocupados ante la anarquía de la sociedad, tal vez por que faltándoles el concepto de la perfección progresiva de la misma, se reconcentraron en sí mismos. Pero sea como fuera abroquelados en su mundo interior dejaron que el mundo antiguo llegara a la disolución.

El epicureísmo, fundado en Atenas por Epicureo, toma su sistema moral de Aristipo y la física de Demócrito. Los conceptos de su lógica parten del principio de que todas las ideas son contingentes y relativas, producto de las sensaciones, y que los sentidos son los que juzgan de la verdad y el error. Sostiene por último que el verdadero bien es el placer que produce el bienestar general. La disciplina del hombre se reduce a alejarse del dolor y a buscar el placer, porque así se lo enseñan los sentidos. Distingue Epicureo una serie de placeres que él llama subalternos o innecesarios, como la riqueza, y dice que es mejor renunciar a todos ellos.

El placer negativo de Epicureo puede llevar a los límites más excesivos; trae la despreocupación por la existencia, bien grave sobre todo cuando llega hasta la política y destruye la idea de patria.

De estas dos filosofías, la primera en divulgarse en Roma es el epicureísmo, y su influencia vengó a la Grecia, porque él no se presta, de acuerdo a lo que ya hemos estudiado, a los sentimientos generosos.

Naturalmente las doctrinas epicúreas y estoicas lucharon en el medio romano, no faltando ensayos para crear sistemas eclécticos, todos ellos de un valor relativo, porque en Roma no existieron escuelas de filósofos. El estudio de la filosofía fué sólo un medio de ilustrarse.

Cabe citar, no obstante, entre esos ensayos eclécticos, el que realiza Cicerón, a quién correspondió presentar en obras numerosas una selección filosófica, atendiendo al carácter del siglo y al de la nación a que pertenecía.

Inspirándose en el sentimiento de sociabilidad, que enaltece, niega lo expliquen las necesidades físicas. Ve su origen en una afección nativa, esencial en el ser; encuentra en la caridad la fuente de las virtudes; su fundamento en la fraternidad, y establece que el derecho es una faz de la caridad. Cultiva el cosmopolitismo, pero pone la patria sobre la humanidad; con esos sentimientos recomienda morigeración al vencedor, aún cuando

le reconoce el derecho de vida o muerte sobre el vencido. Declárase también partidario de la paz.

PENETRACION DE LAS TENDENCIAS HELENISTICAS Y DE LAS RELIGIOSAS DEL ORIENTE CLASICO. — El helenismo y las costumbres del oriente modificaron la vida privada de los romanos. La austeridad, la disciplina, la íntima relación entre los miembros de cada familia, desaparecieron. El ciudadano se ocupaba solamente de política y de guerrear para enriquecerse y gozar del producto de los pillajes. Las costumbres griegas, expresión de su decadencia, acallaron la vieja dignidad romana. El cálculo y la intriga estaban en las acciones privadas, y así como Roma buscó los placeres del poder, los ciudadanos encontraron en las riquezas conquistadas la excusa de una tradición perdida.

Entre los años 202 y 30 antes de Cristo el gran número de esclavos determinó junto con la evolución económico-social la de la vida privada. Los ciudadanos buscan en el placer el fin de la existencia. Ya no eran los generales y los cónsules los que levantaban soberbios palacios. También los caballeros, los banqueros y los comerciantes construían casas magníficas, donde fiestas contínuas y banquetes fastuosos ocupaban el tiempo. Todo rico poseía su palacio en Roma y sus villas y quintas en las montañas o en la costa del mar, especialmente en Pompeya y Herculano. El lujo en la mesa era increíble. Lúculo se vanagloriaba de haber gastado 40.000 francos en una sola comida, y de haber hecho perforar una montaña para llevar agua del mar a sus viveros de peces!!

En estas condiciones la vida privada debía resentirse en sus virtudes. La autoridad del paterfamilia, disminuyó. La disciplina del hogar fué menos firme, y la mujer encontró mayores facilidades. Su dependencia del padre o marido se suaviza bajo la protección de las nuevas ideas, y al mismo tiempo que sus costumbres pierden el rigorismo primitivo, se le reconocen algunos derechos, que llevan a la demasía. A su amparo los divorcios se multiplicaron, facilitados por la ley.

En tal medio el romano de la época encontró en el estado de célibe un estado ideal, omitiendo casarse con lo que la sociedad romana ve desaparecer una de sus columnas básicas. Disminuyen así mismo los nacimientos y las descendencias legítimas. Los primeros en sufrir la influencia extranjera y en cambiar los principios morales de la vida privada fueron los nobles, que

habían dirigido las guerras en los países conquistados. El contagio pasó a sus familias, y de ahí al pueblo, que olvidó en los placeres su hambre y su miseria.

Mientras el pueblo romano extendía sus conquistas veía desaparecer su carácter original, y el Oriente se vengaba difundiendo sus ideas y preocupaciones entre sus vencedores. Los romanos, mantenidos puros, por ignorancia antes que por virtud, se entregaron a las delicias asiáticas. No sólo en secreto sino públicamente, en el Foro y en el Capitolio, se adoraban a los dioses con ritos distintos de los de la Patria. El latino Saturno se casó con la griega Rea; al sabino Marte se le quitó la antigua esposa, Neriena, para confundirlo con el Ares homérico; Juno, de origen etrusco, se metamorfoseó en Diana, etc. El abuso llegó a tanto, que en el año 534 de Roma, el Senado decreta la demolición de los templos de Isis y Serapís, y ochenta años después se arroja de Roma e Italia a los caldeos.

Por otra parte, el culto de la diosa Cibeles, germen de nuevas superticiones, mezclas de obscenidades y de barbarie; y el de Baco, etrusco, objeto en este entonces de adoración en cinco noches por mes, produjeron verdaderas orgías. Bien es cierto que en Grecia fueron fuentes de belleza, pero en Roma, práctica, alteraron la vida y la conducta, y dieron nacimiento a la ferocidad, y los espectáculos sangrientos tomados de la Campania (luchas de gladiadores) adquieren carácter religioso. Tanto los hombres como las mujeres adoptaron con las costumbres livianas el lujo más extremado. Al pretenderse refrenarlo con la ley Apia, las mujeres se amotinan, recorren Roma sin distinción ni pudor, y amenazan con dejar de ser madres. Por otra parte ni el lujo estimula las artes, como en un pueblo industrial, sino que a fin de alimentarlo era necesario robar a los enemigos y arruinar a los clientes. El gusto griego se introduce, impone las costumbres, y no había casa principal en que un esclavo de este origen no enseñase a los niños la lengua de Homero y la generosidad...

Esta transformación de las costumbres romanas debía producir necesariamente una reacción que buscó con el poeta Campanio Nevio, el teatro para manifestarse, tomando como argumento la omnipotencia que los triunfos militares daban a los soberbios patricios, los Claudios, los Metelos y los Escipiones.

Estas y otras casas poderosas aspiraban a conservar las

formas de la patria potestad, con las cuales sus antepasados habían dirigido antiguamente las familias de clientes y esclavos; y favorecidas por las victorias y los méritos personales de sus miembros, no respetaban las leyes y ponían el orgullo en vez de la razón, y el hecho heroico en el de la ley escrita, impidiendo a la plebe reducir a un hecho la igualdad que ya de derecho había adquirido.

Frente a las costumbres transformadas, y a las usurpaciones de la aristocracia del dinero, se levantó una palabra valiente bregando por volver a Roma al medio disciplinado de los tiempos heroicos. Fué esta la del censor Marco Poncio Catón, distinguido con el calificativo de "antiguo", joven plebeyo, sagaz, animoso en sus actos, elocuente y mordaz en la palabra. Este propuso leyes suntuarias y amonestó a personajes consulares. Llamó a los Escipiones a dar cuenta de sus conquistas y de los caudales públicos empleados, debiendo nosotros, para apreciar la importancia del acto, no olvidar que Escipión el Africano no aceptó la dignidad de cónsul vitalicio! El hermano de éste, Lucio Escipión, fué condenado por el voto de las 35 tribus, imputándosele la venta de condiciones benignas en la paz que formulara en nombre de Roma con Antioco. Esta condena fué un golpe contra la aristocracia que encontró su refugio en el Senado.

La influencia de Catón el Antiguo fué ponderable. Su elocuencia es proverbial; sabía encontrar la gravedad en los elogios, era ingenioso cuando usaba de los sentimientos, y hábil en la exposición y discusión de las causas. Sus 150 discursos conocidos, han sido apreciados en toda forma por Cicerón. Plutarco lo considera como el límite entre la antigua manera de vivir italiana y la nueva, que era un resultado de las costumbres extranjeras.

Pese a su obra la sociedad romana continuó su decadencia porque la corrupción estaba en las instituciones. ¿Cómo esperar el mejoramiento de las costumbres privadas, cuando procedían del pueblo los ejemplos de corrupción, cuando el fraude, la traición y la violencia pasaban las fronteras internas para hollar o eludir el derecho de las naciones?

Las continuas usurpaciones habían concluído por distribuir desigualmente las riquezas, tanto que mientras unos podían gozar de todas las delicias, la mayor parte del pueblo romano era

presa de la miseria. En la ciudad 300.000 personas recibían socorro del estado, sin producir, y ofrecían un arma terrible al que quisiera comprarlos o pudiera amenazarlos con el hambre.

Las consecuencias de este fenómeno social fueron fatales. Mientras Roma se cargaba del oro de las guerras, se reducía la producción, y el oro emigraba para el pago de los consumos. El pueblo encontraba así una conveniencia en radicarse en otros países, e Italia comenzó a despoblarse rápidamente. Las provincias pudieron en esta forma sostenerse a pesar de los tributos y las rapiñas de los funcionarios. En las Galías, en Sicilia, España y Oriente, por ejemplo, floreció el comercio produciendo la igualdad, y, a veces, la preeminencia política.

Este orden social se agravó con las manumisiones de esclavos. Su gran número y la generosidad, estimulada por los hábitos importados de Grecia, llevó a muchos propietarios a devolverles la libertad, y estos hombres, sin vínculos en Roma, fueron en su mayoría a aumentar el número de los indigentes. Faltos de medios de vida y de trabajo, buscaron subsistir con el hábito de la adulación, como los clientes serviles y los llamados parásitos y sombras, y cuando éstos medios se hacían difíciles o imposibles, encontraban su subsistencia en el robo, el asalto en las calles obscuras, etc. Llegó a ser peligroso aventurarse de noche por algunos barrios de Roma.

Intertanto el estado procuraba alimentar al pueblo en las annonas, divertirlo en los circos y facilitarle los placeres en las termas, la muchedumbre preparaba la hegemonía de sus pueblades en la época del Imperio.

LECCION XXVI

TENDENCIAS Y MOTIVACIONES CULTURALES

GENERALIDADES. — La influencia que Grecia y el Oriente realizaban en la religión y las costumbres se reprodujo en lo que hace a las manifestaciones del pensamiento y del arte, no sólo en cuanto a su creación por hijos de Roma, sino por el sitio preferente que a ellas se dió en las preocupaciones de la vida. En cuanto al arte, las costumbres importadas de Grecia indujeron a modificar las construcciones. En vez de la arquitectura de sello sólido, los palacios y las casas lograron doblar los estilos elegantes de la Hélade. Su severidad originaria se

perdió con la invasión de estatuas y elementos de decoración destacándose la escultura, que encontró sus modelos predilectos en los grandes ciudadanos, en los dioses y los mitos.

La literatura floreció en los géneros de historia y poesía. Representativos del primero fueron Cicerón, César y Salustio, y del segundo Lucrecio y Cátulo.

LUCRECIO; SU CARACTER Y SUS IDEAS. — Lucrecio fué en el movimiento literario romano una expresión de las ideas que informaban la filosofía de Epicuro. Pero en vez de profesar la parte austera de esta doctrina, se inspira en ella en tanto contempla el placer como un fin de la existencia o ve en él la medida de las acciones del hombre Sus versos hacen votos por la paz, menos por humanidad que por gozar de sus placeres y de la ausencia de sacrificios. A pesar de esto, la oposición en que fatalmente se encontró el epicureísmo con respecto al paganismo, le inspiró sentimientos humanitarios, tal como en los versos sobre el sacrificio de Efigenia: "ha podido la religión inspirar tanta barbarie a los hombres!".

Lucrecio es autor de un famoso e inmortal poema: "De Rerum Natura", verdadera página de filosofía en verso. Destácase la exposición del poema, el exordio del segundo libro y una objetiva descripción de la peste y su miseria en los hombres y las cosas. Sus ideas admiten la existencia de un destino, del que no puede apartarse ni el mundo material, por lo cual "la naturaleza reconviene a los hombres el miedo a la muerte". A pesar de su epicureísmo, admite una fuerza secreta y al amor como causal de las cosas.

Considerado como poeta es una expresión realmente romana por su estilo, por la robustez de las ideas y el modo de expresarlas.

LA POESIA DE MODA: CATULO. — Como famoso, y por ejercer una influencia análoga, no le va en zaga Cátulo, nacido en Verona, y quien logra fama por sus perfectas traducciones de la obra de Safo. Obtuvo el título de sabio. Hizo con el latín lo que Petrarca con el italiano; lo despojó de la forma áspera y le dió gracia, aun cuando su estilo aparece como desaliñado y afectado. Trató sobre todo el tema del amor, que expone sin velo alguno, casi con descaro. "No hagamos caso —dice en sus versos— de las murmuraciones de los viejos; el sol muere y re-

nace; nosotros dormiremos para siempre; hagamos, pues, se sucedan los besos a los besos".

Estos versos que Cátulo pone en labios de Lesbia son asimismo una expresión de la poesía de moda. Ella miraba únicamente al placer, y al amor en su acepción de libertinaje, como uno de sus atributos complementarios.

Naturalmente los poetas contemporáneos a Cátulo pertenecen todos al género erótico. Tibulo cultiva la pasión, pero en el sentido material y grosero; Propercio sigue la huella de los griegos, y dedica sus versos a los cortesanos de Augusto y de Mecenas.

Pero si Cátulo y demás poetas romanos de la época son epicúreos, que rechazaron la parte austera de este sistema, aun cantando exclusivamente placeres encontraron acentos para celebrar la humanidad, la caridad y la paz. Ovidio fué el representante de esta nueva dirección impresa a los espíritus.

EL HISTORIADOR SALUSTIO. — La consignación del pasado de Roma encuentra en Salustio a uno de sus primeros representantes. Escribió sobre la decadencia romana en la guerra contra Yugurta, y la "conjuración de Catilina", tratando la historia de Roma entre estos dos episodios, de los cuales se han perdido cinco libros; sus costumbres livianas hicieron se lo borrase de la lista de los senadores, pese a sus elogios a César y a Catón, los hombres de influencia de la época.

Su análisis de la política romana es detallado, censurándola en la carta que atribuyó, o hace escribir, de Mitrídates a Arsaces, pero la elogia en el caso de Cartago. Participaba del humanismo de César, siendo famosa la carta que le dirigió para que fuese clemente con los vencidos pompeyanos. Representa, junto con César, entre los hombres que se ocupan de historia, una noble excepción en medio de la ferocidad de la antigüedad.

CESAR, ESCRITOR: SU CARACTER, SU OBJETIVIDAD. — Entre los escritores ocupa un lugar de selección Julio César, autor de "Los Comentarios sobre la conquista de las Galias", que han sido comparados al libro de Jenofonte sobre "La retirada de los 10.000", y más perfecto, si cabe, por la forma de compendiar la crónica de la campaña militar, de la que fué su director. Además de sus discursos, escribió varias tragedias, dos libros sobre analogías gramaticales, el poema "Iter" y otras poesías.

Como nota delicada, recuérdase el epígrama del joven Tracio que cayó en El Ebro mientras patinaba, considerado como un modelo entre los epigramas latinos.

Su labor memorable es la de los expresados comentarios notable por la objetividad de sus conceptos. Su lectura da la impresión dramática de la acción, centrando a los personajes y a los sucesos en la perspectiva social.

CICERON; SU ESTILO, SUS INTERESES Y SU CARACTER. — Las dos escuelas filosóficas griegas de la decadencia, la epicureísta y la estoica, no repercutieron con exactitud de conceptos en el espíritu de Roma. En cuanto a la primera, los poetas la despojaron de su aspecto severo; en lo que hace a la estoica, como su genio destruye la naturaleza humana en vez de regularla, al ser transplantada a Roma cambió de carácter, pues repugnaba a sus modalidades las sutilezas de la moral sin aplicación en la vida. Sus teorías se generalizaron especialmente a fines de la República, y en ellas se inspiraron preferentemente sus jurisconsultos. Panecio fué quien la introdujo a Roma en los tiempos de Escipión, después de temperarla con conocimientos recogidos en sus viajes. Sus discípulos escriben: "Sobre los deberes del Hombre", destacándose Hecatón.

Por esta doble circunstancia la expresión del pensamiento filosófico en los romanos fué por definición ecléctico, y su cultor más destacado es Cicerón.

Ya nos hemos ocupado de este aspecto de la personalidad de Cicerón, quien fué un príncipe del foro a los 26 años. Educado en Atenas, logró tal perfección, que habiéndolo oído Apolonio, deploró que Roma le quitase "el astro de la elocuencia y del saber". Sus obras son de diversa naturaleza; entre las filosóficas teóricas tenemos "Naturaleza de los dioses", "Adivinación y destino", "Leyes" y la "República". Entre las morales "Cuestiones tusculanas", "Deberes", "Paradoja", "Amistad" y "Vejez". Entre los tratados sobre elocuencia, "El Orador", "Oradores Ilustres" y "Distribución Oratoria".

Fué afecto a los tópicos dialécticos, en que dejaba probada la excelencia del razonamiento y la perfección de sus métodos. Su tribuna fué escuela de perfección.

NOTA: La clase se documenta con lecturas y crítica de estos autores.

LECCION XXVII

LA EPOCA DE AUGUSTO

INDICACION DEL PROCESO Y TRANSFORMACION DE LAS CIRCUNSTANCIAS ECONOMICAS Y POLITICO-SOCIALES HASTA DIOCLECIANO. — El imperio romano fué desde el punto de vista social un producto de la transformación de las ideas, de las costumbres y del medio económico que hemos analizado, y desde el punto de vista institucional, consecuencia de la absorción de los poderes en un solo individuo. La autoridad del Senador, del cónsul, de los pretores, del sacerdote máximo, de los primeros ediles, y en general la de todos los funcionarios, estaban sumadas en esa sola persona que es el Emperador. Ningún comicio, ninguna asamblea, ningún senado lo creó; surgió solo, de hecho, como resultado de la absorción de todas las facultades. Es natural que reunió en sí un poder omnipotente, y porque encarnaba al estado su titular llegó a asumir caracteres divinos.

El estudio de la civilización y de la cultura romanas bajo el régimen imperial admite la distinción de tres períodos. El primero nace con Augusto y termina con Diocleciano y es su época de grandeza y esplendor; el segundo (lección 30 de nuestro programa), se abre con la abdicación de Diocleciano, llegando hasta Constantino, y el tercero, que en realidad integra la Edad Media (lección 31), termina con Justiniano.

El primer período se inicia con la época de Augusto, feliz por el desarrollo de las artes y de las letras, por su espíritu generoso y sus liberalidades. Implicó en cierto modo una precaria ponderación de la asamblea de las tribus, con la que su sucesor había de concluir pasando al senado las facultades de legislar. El alto cuerpo sumó estas funciones a la propia de juzgamiento, pero habiendo perdido su prestigio, cayó en todos los renuncios obligados sus miembros, por el Emperador, a dar sus votos en alta voz y en su presencia.

Augusto, como sus sucesores hasta Marco Aurelio, fueron los emperadores de las legiones. Gradualmente el senado se extingue y los emperadores y sus funcionarios administrativos lo reemplazan. Sin embargo geográficamente las fronteras se extendieron hasta alcanzar los límites máximos. La mayor parte de Britania (Gran Bretaña) se convirtió en una provincia nueva; la zona de Transilvania, al norte del Danubio, se agrega a

imperio con el nombre de Dacia, y en época de Trajano se cruza el Eufrates.

Hacia ciento sesenta y cinco de nuestra era una enorme infección invade al mundo romano debilitando el imperio. Las provincias empiezan a despoblarse y se nota un decaimiento en el vigor y la eficacia del gobierno. Las fronteras ya no son invulnerables; ceden. Inútilmente Adriano levanta una muralla a través de Britania y una empalizada entre el Rhin y el Danubio. Un nuevo pueblo, el godo, cruza el último de estos ríos (en 247) y triunfa sobre las fuerzas imperiales en la actual Servia, mientras al nordoeste apenas eran contenidos, en una primera irrupción, los francos y los alemanes. La provincia de Dacia desaparece, y Roma, que fuera una ciudad abierta, es fortificada en 275 por Aureliano.

Bajo los antoninos la cultura y el poder romano parecen consolidarse. Esos ochenta y cuatro años que van de Domiciano a Marco Aurelio fueron reputados la época más feliz de la humanidad, y el nombre de los antoninos fué tan querido que los emperadores que le suceden lo agregaron al suyo propio sin cuidarse de merecerlo. Pero esta reacción que regulariza lo administrativo, la justicia, la hacienda, que crea y mejora las leyes, y que acentúa la cultura, vuelve a iniciar la curva de su declinación, abriéndose una face de anarquía. Para apreciarla nos basta recordar que en los noventa y dos años transcurridos desde Commodo a Dioclesiano el imperio vacó 25 veces por muerte violenta del que lo ocupaba. De treinta y cuatro emperadores, treinta murieron a manos de los que querían sucederles.

Casi desde los primeros emperadores la inmensidad del mundo romano los llevó a instituir un asociado o un colega; bajo Dioclesiano al colega se agregan dos augustos, y cuatro cortes en que predominan la riqueza y el despotismo afirman el poderío del Emperador. El ya no es el general de los ejércitos, sino el jefe del mundo romano; es llamado *Dóminus*, hasta en los actos oficiales, con títulos y atribuciones divinas, y un fausto verdaderamente oriental, jamás conocido, se hace habitual en la persona y en las residencias del emperador.

Dos emperadores y dos césares multiplicaban estas manifestaciones fastuosas, y si bien esta división hizo que las medidas a tomarse para la tranquilidad interior y la defensa exte-

rior fuesen más rápidas, el sistema debilitó el sentido de unidad del imperio y preparó su reparto. En 305 Diocleciano abdicó retirándose a su palacio de Salona, donde vivió respetado y consultado por los príncipes a quienes había cedido el imperio.

DESARROLLO Y TRANSFORMACION DE LAS INSTITUCIONES, LOS INTERESES Y LAS IDEAS. — La unidad política del imperio romano no implicó un estado de civilización uniforme en su grande extensión. Diferencias locales, contrastes y desigualdades profundas de cultura entre un distrito y otro aparecen explicadas por una serie de circunstancias. Si las guarniciones y las colonias romanas esparcidas por todo el imperio, adoraban a los dioses nacionales y hablaban la lengua latina, las ciudades vecinas, dominadas y más antiguas, continuaron trabajando sus preocupaciones y manteniendo sus dioses que adoraban a su propio modo. La lengua latina nunca prevaleció en Grecia, Egipto, Asia Menor y el Oriente helenizado; ahí el idioma habitual era el griego, y en el mismo se consignaban las creaciones de la literatura y de la ciencia. En España y en el norte de Africa la lengua cartaginesa se usó por mucho tiempo, especialmente en Sevilla, y se dice que Septimio Severo, emperador en 200 de nuestra era, hablaba el cartaginés como lengua madre y aprendió el latín como lengua extranjera.

En países como Galia y Britania y en provincias como Dacia, en los cuales la población autóctona no tenía mayor cultura, Roma latinizó porque era ciertamente la que primero los civilizaba. Los idiomas neo-latinos, el rumano, el francés, italiano y castellano, pueden advertirnos de la zona en que la civilización romana hizo obra definitiva; en sus otras regiones la interdependencia, de Roma y las civilizaciones vencidas, fué la ley, pero Grecia, Egipto y Oriente no fueron latinizados.

Pero el elemento principal que restó uniformidad a la civilización romana fué el gran número de esclavos. Comercializados a raíz de las guerras, y adquiridos por los grandes propietarios de tierra, para su explotación en cuadrillas, hubo como una dispersión y mezcla de las estirpes, que se reprodujo en el recinto de las ciudades, porque miles de ellos eran incorporados a los talleres y al servicio doméstico. Como su condición jurídica era subalterna, víctimas del trato más cruel, no hubo oportunidad de que esta masa de extranjeros se confundiese con el elemento latino. La voluntad y el espíritu libre no aparecían

por ninguna parte; los grandes caminos, las ruinas enormes de las construcciones, todo lo que dice de la grandeza de Roma y forman su esplendor eterno, fué hecho sobre voluntades contenidas e inteligencias y deseos mutilados.

Esta impresión cosmopolita del mundo romano no estaba solamente en sus últimas clases. Así como Roma hace la unidad peninsular o de Italia, concediendo sucesivamente a los pueblos vencidos los derechos de italianidad y luego los de latinidad, y produce con ello una fuerte corriente de atracción para las clases cultas de esos pueblos, también utiliza este procedimiento en la construcción de la unidad universal. Desde Julio César se abrió esta política con respecto a las Galias, y la fórmula reiteradamente aplicada atrajo, como en el caso de Italia, a la vieja Roma, cantidades enormes de provincianos.

El problema fué agravándose cuando se extiende el derecho de ciudadanía a todos los pueblos; primero los galos y luego sucesivamente España, Africa, Grecia, Oriente, etc., originando cada concesión una mayor atracción a Roma, que se ve asaltada de una multitud de extranjeros que acuden a ejercer sus derechos. A tal punto llegaron a dominar en Roma que sus habitantes nativos se sintieron extraños en su propia patria, y lo que es más: el engrandecimiento de los extranjeros fué tanto que los mismos emperadores ya no fueron romanos.

El decreto de Caracalla, estableciendo la igualdad de los hombres libres del imperio, es el acto más trascendental de la época antigua. En efecto: las culturas del Oriente jamás admitieron una cosa parecida; la desigualdad era tan íntima, que en su ayuda vino la religión estableciendo la valla insalvable de las castas. Grecia tampoco concibió la igualdad; en Atenas la ciudad demócrata por excelencia, los ricos y los pobres formaron clases sociales de intereses encontrados que subsisten hasta la disolución del mundo helénico. Sin embargo, de esta modalidad de los tiempos antiguos, Roma llega a la igualdad y la trasplanta a sus instituciones.

Pero esta igualdad política no se tradujo fielmente en el orden de la vida, porque aun cuando todos los hombres libres eran ciudadanos, sólo ejercitan los derechos políticos los vecinos de Roma, únicos que materialmente podían concurrir a las asambleas que se realizaban dentro de sus muros. La evolución hubiese sido perfecta conociéndose las formas de la democracia

representativa, que recién conquista la humanidad en los tiempos modernos.

El emperador Caracalla, no hizo por los demás sino cerrar un proceso que se había iniciado con los antoninos, quienes fueron liberalísimos en dar la ciudadanía a los habitantes de las provincias. Fué como la oficialización de un hecho, mediante el cual fueron ciudadanos todos los hombres libres que vivían en el Imperio al tiempo de su publicación.

Ya hemos aludido a lo que este decreto significó del punto de vista de los derechos políticos. En cuanto respecta a los derechos civiles, que también eran atributos exclusivos de la ciudadanía, la constitución antoniana, con cuyo nombre se conoce al orden jurídico creado por éstos y cuyo broche es el decreto de Caracalla, significó hacer universal el derecho.

Desde su advenimiento todos los hombres libres, romanos, itálicos y provincianos, gozaron de las leyes civiles romanas en condición igualitaria, y como el imperio duró varios siglos, el derecho romano se asentó en las provincias. Cuando se desmembró su complejo mecanismo político, cada una de las partes siguió rigiendo su vida civil por el derecho romano.

Crear el orden jurídico de la vida civil del universo fué una de las tareas transcendentes de Roma, que llega a nuestros días, pese a las transformaciones profundas del universo. En resumen, la humanidad debe a Roma junto con las fórmulas de la vida de relación entre los pueblos, la influencia de su cultura y la difusión de un derecho universal.

LAS PROVINCIAS; SUS CIRCUNSTANCIAS CULTURALES Y POLITICO-SOCIALES. — Los países conquistados se incorporaban a Roma en carácter de provincias. La aplicación de la ley se hacía por medio del general vencedor, quien entraba al país con una comisión de Senadores, seguido por procónsules y pretores, quedando el gobierno político administrativo en manos de los primeros y el gobierno judicial desempeñado por los pretores; todos estos funcionarios eran romanos. El régimen era severo y creaba una situación especialísima: Roma se apoderaba de las tierras, entregándolas en "uso" mediante el pago de un impuesto o alquiler, llamado censo, con el que reunió ingentes sumas.

La consagración de esta conquista se hacía mediante la "dedición", una de las curiosas formas en que se transporta al

derecho público el formulismo del derecho privado. Era como una venta del derecho común; el representante romano preguntaba: "—Os entregáis?", y el vencido, al contestar afirmativamente, entregaba un manojo de yerbas como símbolo del pacto. Conforme a la "dedición", los habitantes del pueblo entregado quedaban en un régimen análogo al de los libertos, no teniendo más derecho que el de la vida. Cuando estos pueblos habían prestado algún servicio a Roma, ésta les levanta la dedición, convirtiéndolos en súbditos, liberalidad que aplicaba para hacer de ellos aliados fieles.

Para anotar las ventajas del régimen romano, debemos comparar el gobierno de sus provincias con el que impusieron persas y cartagineses a sus vencidos; los primeros arrasan y destruyen todo cuanto encuentran a su paso; los segundos, mercantilistas por excelencia, buscaron en sus conquistas el engrandecimiento económico, sin preocuparse de dar a esos pueblos conquistados la relativa cultura de que disponían; Roma, por el contrario, trató de civilizar en lo posible a sus conquistados. Y es natural que allí donde había elementos aptos para prosperar florecieron las provincias, desarrollaron su industria, su comercio y su cultura; las Galias, hasta entonces bárbaras e infecundas, ostentan ciudades como Reims y Colonia, y en Asia y Africa el fenómeno se duplica. Alejandría, por ejemplo, llega a tener más comercio que la propia Roma, y fué tan grande como ella. Poco a poco y aprovechándose de los conflictos, Roma fué convirtiendo a todos los países sometidos en provincias y llegó a sujetar a este régimen todo el mundo conquistado. Paralelamente a este movimiento se reaccionó con una política sui géneris, concediendo el derecho de latinidad a pueblos alejados de la península.

LA JUDEA HELENISTICA DE LA EPOCA DE JESUS; SU ACCION Y ENSEÑANZA. — No corresponde ocuparse del cristianismo, como dogma y factor operante en el mundo antiguo, sin dar al asunto toda su trascendencia. La civilización de Occidente, a la que pertenecemos, es un resultado de tres factores que se influyen y compenetran. Son ellos, la civilización creada por Roma, el cristianismo y los pueblos germanos, que destruyen al Imperio y jerarquizan un orden de cosas en que suman, a las características de su genio, los saldos de la civilización romana y el espíritu cristiano.

¿Qué es el cristianismo? La respuesta la da la filosofía resolviendo antes el problema de averiguar si Jesús, creador de esa religión, fué un Dios o fué un hombre. Si fué un Dios, su religión sería el fruto de una revelación, tal como lo sostienen sus discípulos; si fuese un hombre, sería en realidad un hecho histórico sujeto a las leyes y al proceso de causalidad de todo acontecimiento humano.

Si recordamos el origen de las religiones del Oriente, la brahamánica, la budista, la de Moisés, la de Zoroastro, encontramos que ninguna de ellas fué esparcida por la divinidad misma. Sus traductores fueron hombres a quienes el Dios la habría revelado, hombres selectos, profetas para sus semejantes, que por esta función de instrumentos de la revelación fueron memorables. El cristianismo es la única religión, a estar a su dogma, en que el agente de la revelación no es un hombre, sino Dios encarnado en Jesús, para que la enseñanza de la verdad fuese cabalmente volcada en la vida.

Para la historia no resulta necesario resolver la cuestión de la divinidad de Jesús. Como el cristianismo es un factor, una fuerza, un hecho que actúa y obra sobre la sociedad, la cuestión se reduce a saber si el cristianismo se explica sin necesidad de la intervención de la divinidad; en ese caso, debatir el carácter divino de su creador implicaría una cuestión innecesaria.

La religión cristiana es un hecho histórico que tiene su explicación en el mundo mismo. Sus raíces son de evidente filiación mosaica, como lo dice el decálogo y el antiguo testamento; Platón y Sócrates, los filósofos griegos, enseñaron algunos de sus conceptos, como etapas cumplidas del pensamiento filosófico, preexistencia de dogmas cristianos a la venida de Jesús que los propios padres de la iglesia no niegan. Como hecho histórico representa un momento en el devenir de las religiones, como fué el mosaísmo, el budismo, etc. Como aquéllas, tiene una parte de verdad absoluta y otra de errores, y como las otras religiones está sujeta a un proceso de perfección. Sólo perfeccionándose progresivamente el cristianismo ha llegado hasta nuestros días, y sólo manteniendo esta evolución progresiva regirá en lo porvenir. Si pretende ser verdad absoluta y se abroquela en sus postulados, entraría en lucha contra la sociedad, y es sabido que no es la sociedad humana la que perece.

El cristianismo nació de la vida y evolucionó con ella. Su

transformación en el tiempo está probada por la historia; en nuestros mismos días, mientras los católicos romanos sostienen es el pontífice quien debe fijar e interpretar el dogma, las confesiones protestantes traducen el libro sagrado y es el creyente quien lo interpreta. Uno de los padres de la iglesia, Gregorio Nacianceno, exalta la libertad; otro, San Agustín, la deprime. Todos afirman es la Iglesia la que domina y gobierna la religión, y cuando queremos definir lo que se entiende por Iglesia y lo que fué ella en el tiempo, nos encontramos con la misma evolución de cosas. Iglesia fué en el primer período en que los grupos cristianos se organizaron en comunidades particulares, la persona y la autoridad del pastor; oficializada por Constantino, la Iglesia fué el concilio, que ajustó el dogma, y son los concilios generales los que la gobiernan en los primeros siglos. Hoy la Iglesia es el Pontífice Romano. Si el concepto de Iglesia evolucionó en esta forma entre los católicos, su concepto tiene una anarquía mayor en los grupos protestantes o reformados. Como éstos dejan la interpretación de la escritura al creyente, resulta que el dogma aparece interpretado por la razón progresiva que camina con el siglo, y que por tanto los dogmas no son inmutables.

Ante los elementos cristianos que existían en función en el universo cuando Jesús lo predica, y que son anteriores a éste, San Agustín admite que en el universo se produjeron dos revelaciones. La segunda, de Jesús, habría sido la definitiva. Si la primera no fué suficiente, y si por ello viene Jesús, ¿no sería admisible suponer la necesidad de revelaciones posteriores? La filosofía admite esa posibilidad porque siendo el hombre un ser imperfecto no le es posible llegar a poseer completamente la verdad absoluta. De ahí la certeza de que sólo progresivamente, así como gana en perfección, llegará a la verdad absoluta. Aceptando la fe como elemento esencial de nuestra naturaleza, no puede negarse que la religión cristiana es un hecho ajustado a la ley del progreso, y que como a toda religión operante en la vida, le corresponde ampliar en el tiempo la parte de verdad que tiene en sus dogmas.

Cuando Augusto reinaba en Roma, Jesús nacía en Judea, y en tiempos de Tiberio César, predicaba a la manera de los profetas judíos que le precedieron. Sincero, apasionado, capaz de indignarse, enseñaba una doctrina nueva, sencilla y profunda,

que comprendía la paternidad universal y amorosa de Dios y elegida. Las predicaciones de Jesús negaban esa predilección la venida del reino de los cielos.

La doctrina del Reino de Dios es una de las más revolucionarias que han agitado y transformado el pensamiento humano; exigía un cambio completo y una perfecta purificación de la vida humana, por fuera y por dentro, en la medida que determinan los Evangelios.

Los judíos estaban convencidos de que Dios, el único de todo el mundo, era un Dios de justicia, pero se creían la raza de Dios por el pueblo de Juda; establecían que en el Reino de los Cielos se recompensaría a los hombres igualmente, sin distinciones, porque la bondad divina era infinita. Además, de cada uno reclamaban el máximo de lo que sus fuerzas le permitiesen dar.

Jesús contrariaba con esto el patriotismo racial de los judíos y su profundo sentido familiar, cuando condenaba en su enseñanza las gradaciones del sistema económico, la riqueza privada y los privilegios personales. Todos los hombres pertenecían al Reino de los Cielos con todas sus posesiones; la única vida justa era la que seguía la voluntad de Dios en todo lo que tuviéramos, con todo lo que fuéramos.

No era sólo una revolución moral y social la proclamada por Jesús. Los comentadores de los Evangelios caracterizan que su doctrina tenía un sentido político claro. Es exacto que afirmaba que su reino no era de este mundo, sino que estaba en el corazón del hombre y no en un trono, pero es igualmente cierto que donde quiera y en la medida que su reino estuviera en los corazones, el mundo exterior tenía que renovarse en la misma proporción.

Todo el temor de la oposición de que fué objeto y las circunstancias de su pasión y muerte, demuestran que para sus contemporáneos eran evidentes sus fines de cambiar, fundir y ensanchar la vida humana.

En la clara luz de éste su reino, no existían ni propiedad, ni privilegios, ni orgullo; ningún estímulo ni recompensa, excepto el amor; para tomar en serio su enseñanza, era necesario penetrar a una vida extraña y alarmante, abandonar costumbres, dominar instintos e impulsos y ensayar una felicidad increíble.

LECCION XXVIII

TENDENCIAS, MOTIVACIONES Y CARACTERISTICAS CULTURALES

INDICACION DE ESTAS TONALIDADES DE LA CULTURA Y DE LAS CORRELATIVAS CIRCUNSTANCIAS POLITICO-SOCIALES EN LOS ARTISTAS Y HOMBRES DE CIENCIA QUE SE DESTACAN DE AUGUSTO A DIOCLECIANO. — Los trescientos años que transcurren desde el establecimiento del imperio a la abdicación de Diocleciano constituyen el período más brillante de la cultura romana, y como la cultura es una expresión de la vida de relación, y en este período la sociedad de Roma sufrió las más violentas evoluciones, el pensamiento y la emoción, de los sabios y los artistas, que traducían ese espíritu en devenir, ofrecen naturalmente las tendencias, motivaciones y características correspondientes al proceso de la política y la sociedad. La época de Augusto, en que se restableció el equilibrio social con la paz, son como los años de oro de la literatura; bajo los Antoninos la ciencia en su expresión moralista y filosófica acentúa sus mejores creaciones, y con los Flavios y la anarquía, que cierra Diocleciano, las actividades del espíritu declinan ante la preocupación preferente de la realidad.

PLINIO EL VIEJO. — Usando de un método cronológico cabe referir en primer término a Plinio el viejo (23-79), el comentado autor de la Historia Natural, obra laboriosa de 37 libros que refiere a los seres organizados y a los minerales. Si las campañas de los generales de Roma acumularon en los archivos memorias y descripciones geográficas, Plinio parece haberlas ignorado. Su trabajo es de erudición, en que reúne datos de otros cronistas y físicos cuyos originales se han perdido, circunstancia que da valor a esta Historia Natural un tanto informe.

Su estilo enérgico no tiene la sencillez y corrección de los contemporáneos de César, y es así mismo afectado y obscuro. En cuanto al sentido filosófico de su pensamiento, jamás se sobrepone a la naturaleza, expresa la inutilidad de buscar sus causas y se mofa de la providencia. Su escepticismo es desolador; considera al hombre como un ser desventurado e insulta a la divinidad que "no puede conceder" al ser humano la vida inmortal.

ESTRABON. — Estrabón, natural de Capadocia, fué geó-

grafo. Su obra, de 17 libros, comprende la descripción geográfica del mundo sujeto al Imperio, y es mediante ella que se conocen con certeza los límites del mundo romano. En realidad fué un creador de este género, sobre todo al vincular el suelo al hombre que lo habitaba, y destacar las relaciones de dependencia. Su filosofía es evidentemente de la escuela estoica, sobre todo por las ideas cosmopolitas que profesa. Sus referencias geográficas arrancan de Homero y llegan a Augusto, comprendiendo los orígenes y las emigraciones de los pueblos, las fundaciones de las ciudades y los estados y las referencias a sus principales ciudadanos.

VIRGILIO, HORACIO Y OVIDIO. — Pero la época de Augusto es sobre todo el período de los poetas y el motivo principal de inspiración la personalidad del Emperador y sus grandes. La circunstancia ha sido considerada por algunos como una posición espiritual de homenaje a los poderosos, que traduciría el decaimiento de la dignidad. Es posible que algo de esto existiese, pero no es menos cierto que solo los ricos eran quienes leían, o en otras palabras, el único público de los poetas y los literatos. Dirigirse a ellos era una condición esencial para la existencia de la obra artística.

Por otra parte la muchedumbre romana era en esta época cosmopolita. Qué recuerdos de un tiempo más libre y de tradiciones republicanas que no podían sentir, podían llevarle los poetas? La vida pública de los tiempos de la libertad había dado paso a la tranquilidad indiferente que nace de la tiranía; el juicio inquieto de las asambleas había cesado, y era el capricho de los cortesanos el que decidía el mérito de los autores.

Virgilio, el autor de la Eneida y de las Eglogas Geórgicas, es el poeta bucólico por excelencia. Su alma afectada por los males de la guerra pregona la paz, pero no la paz por la paz, sino un amor a ella mezclado con aspiraciones a un destino mejor. Después de aludir al triste estado del mundo como consecuencia de una guerra, canta a una edad de oro e invoca a Octavio, del que era admirador, para que pusiese fin a las querellas.

Horacio, actor de las guerras civiles, expresa en sus versos las desgracias de la patria. El asunto de su epodo, dirigido al pueblo romano, es admirable. Pero no se inspira en la humanidad, como sentimiento general, sino que encuentra su inspi-

ración en el patriotismo, y así al deplorar la guerra para Roma, la pregona como necesaria contra los Partos, quienes resistían a su grandeza. Su fervor está como sintetizado en el Canto Secular, cuando dice: "Alma sol, no os pongáis jamás en el mundo romano".

Ovidio es el poeta de la paz inspirada en el sentimiento de humanidad, cuando pide "que las armas se enmohezcan", olvidando, al dirigirse a los emperadores, que eran ellos quienes producían las guerras. Profesa un patriotismo orgulloso, pero no debemos ser crueles al juzgar al cantor de "Los Amores", porque la antigüedad no conocía la verdadera paz, que es aquella que nace del respeto de las nacionalidades. Sus otras poesías mejores son Metamórfosis, los Fastos y sus Elegías Amorosas.

Tíbulo también levanta el ideal de la paz. Persigue a la guerra con maldiciones, porque la ve nacida del deseo del lucro; por eso mismo sus versos no tienen nobleza y explica por qué prefiere Venus a Marte. La paz por la paz es la fórmula que llena los versos de Tíbulo; por eso ellos representan la moral de la decadencia.

Pese a su exquisita elegancia sus poesías sólo están señoreadas por la pasión.

Propercio también fué el poeta del amor, al que dedica su bello poema Cintia, pero peca de un estilo sobrecargado de erudición, de referencias mitológicas y alusiones secundarias. Su tono es grave.

TITO LIVIO. — Entre los historiadores, debemos citar a Tito Livio. Su ídolo es Roma, a la que exalta disimulando las perfidias de su política. La comparación y crítica de sus obras con la de Polibio, afirma haber copiado a éste, aun cuando por su nacimiento tenía a su disposición los archivos del Capitolio. Su estilo es majestuoso; se inclina a ser parcial con la vieja aristocracia romana, pero reconcilió al nuevo orden de cosas con los ciudadanos. Es hábil en la elección de los detalles, de las arengas que pone en boca de los personajes, etc. Su obra comprendió 142 libros que estudiaban desde los orígenes de Roma hasta la muerte de Druso, y de los cuales han llegado a nosotros 35 y no continuos o cronológicos.

TACITO. — Es el segundo de los historiadores y se eleva sobre todos; tiene horror a lo bajo y lo servil, y así procede

también desde las funciones de pretor y cuestor, a las que lo llevaron sus contemporáneos. Tácito es el biógrafo del Emperador Agrícola, correspondiéndole el honor de haber elevado la biografía al género histórico. Es el autor de la más completa descripción de la Germania y de su pueblo, a quien indicó como una amenaza para Roma. Su historia, en 30 libros, arrancaba de Nerón llegando a Nerva, pero sólo se conocen cuatro y pico de ellos. Revélase tanto historiador como filósofo; ama la libertad apasionadamente y busca instruir a sus lectores. La excelencia de sus trabajos, que comprendieron versos y discursos perdidos, le dieron tal renombre que puede decirse gozó en vida de su gloria.

Suetonio, otro historiador, amó y coleccionó cosas antiguas, como las anécdotas de los Césares. No supo contar la evolución que Roma había sufrido de César a Domiciano, pero la crítica, que le ha observado esta imperfección de su filosofía, es unánime en calificar la corrección de su estilo, sin afectaciones. Escribió la vida de los retóricos y los gramáticos, y sobre las palabras injuriosas y el vestido de los romanos como expresión de la cultura.

Plutarco, el celebrado autor de las "Vidas Paralelas" es, por el asunto de su libro, en que estudiaba comparativamente a los hombres ilustres de la antigüedad, uno de los autores más divulgados. Se caracteriza por buscar el bien y el mal en los actos de los ciudadanos, a quienes toma como tipos de estudio, a los cuales define en sus actos y en el medio en que actúan. Además de incurrir en errores, es notoria su inclinación a los griegos representativos, a los cuales paralelamente enfrentaba hombres de Roma. Escribió otras dos obras, denominadas "Cuestiones Romanas" y "Cuestiones Helénicas".

SENECA. — Gran orador y erudito, Séneca representa en la cultura imperial a la filosofía. Son famosas sus epístolas irónicas, como la Metamórfosis en calabaza, en que alude a Claudio. La crítica, comparando sus libros con sus conocidas relaciones con Nerón, dice tuvo dos filosofías: una para escuela y la otra para sí.

Fué autor de 124 epístolas morales, siendo las mejores "De la cólera", "Del consuelo", "De los beneficios" y "La Providencia". Aun cuando de filiación no clara, pertenece en los hechos a la escuela estoica en lo que respecta a la moral; sus preceptos

duros nacen del orgullo, como lo traducen sus palabras "no se debe llorar a un mortal".

Epícteto, también filósofo, fué el maestro de los placeres de Nerón, y sólo logra de su discípulo el destierro. Es sencillo y nervioso en las palabras "sufre y abstente"; cree en Dios, en la inmortalidad, en el libre albedrío. Es autor de "El Manual", libro severo y fuerte, en que a través del pensamiento estoico asoma el orgullo y la rigidez, que no es virtud.

JUVENAL. — Además se generalizó la poesía satírica cuya primer figura es Juvenal, y en la que también se destacan Marcial y Luciano. El primero llena sus versos de una generosa ira por la decadencia del Imperio; es sin embargo un declamador honrado en sus sentimientos. Sus sátiras son memorables; alude en detalle a la corrupción romana que exhibe con un lujo que llega al exceso. Por su áspera energía y lo que agregaba a la realidad, fué desterrado a Egipto.

Marcial, nacido en España, tiene como mil quinientos epigramas de los que una mitad son de lisonjas en loor del Emperador a quien llama Júpiter Romano. Es el autor de aquellos famosos versos en que afirma que convidado a su mesa por César y por Dios, acudiría a casa del primero. Ensalzó a Domiciano; cuando éste murió a Nerva, pero a pesar de su amoralidad jamás salió de pobre. Sólo uno de sus epigramas ensalza los placeres de la vida doméstica.

Luciano, fué de origen griego. Sus viajes por Asia dieron inspiración a sus asuntos, y sus versos están llenos de cuadros cómicos, plenos de vida y verdad. Es autor de los Diálogos, entre los que se destacan los de los dioses, los muertos y los marinos.

PLINIO EL JOVEN. — Abogado eminente (61 - 115) educado en la escuela de Quintiliano, actuó en la campaña de Siria sobre la que escribió el panegírico del Emperador Trajano. Aún cuando afectado en su estilo, sus lecturas públicas tuvieron gran suceso, sobre todo por el apoyo del César, que fué su amigo. Tiene también interesantes epístolas en las que se presenta sin el sello de sencillez que a este género habían legado las conocidas de Cicerón. Por sus vinculaciones con lo más selecto de Roma y del Imperio, como por su generosidad personal para con literatos y desvalidos, su obra literaria tuvo una transcendencia apreciable.

MARCO AURELIO. — Si como Emperador éste gran romano

hace memorable su nombre, como escritor nos ha legado preceptos entre los que se distingue lo más sublime que pudo concebir la filosofía pagana. Un sólo Dios, dice, existe en todas partes; una sola ley, que es la razón, común a todos los seres inteligentes. El espíritu de cada uno es un Dios y una encarnación del ser Supremo; y quien cultiva la razón debe considerarse sacerdote de los dioses porque se consagra al culto del que ha sido colocado dentro de él, como un templo.

Marco Aurelio que es un moralista, a cuya especialidad pertenecen los filósofos romanos del período, se aleja de la vanidad, reconoce los errores y el propósito de rectificarse, repudia el orgulo, exalta la benevolencia, la libertad, la energía, encomia el rendir culto a la razón, el reflexionar acerca de la envidia, el fraude y el disimulo, a no mostrarse desdeñoso, etc. Su moral elevada es la cristiana; es posible que hubiese existido una influencia recíproca entre el filósofo y la nueva doctrina, o que esta última hubiese hecho el arrastre de las especulaciones moralistas de la época. Es, por lo demás, un contraste entre la decadencia del mundo romano caído en el materialismo, y la necesidad de sacar al espíritu del abismo a que lo arrastraban las circunstancias.

LECCION XXIX

PROCESO Y EFECTOS DE LA VIDA CULTURAL EN EL IMPERIO

INDICACION GENERAL. — El dominio que Roma conquistó sobre el universo se tradujo desde un punto de vista material en el saqueo del mundo. En época de Pompeyo la renta ya había sido elevada de 50 a 81 millones de dracmas. Y esto se producía después de los saqueos de Asia por Sila, Lúculo y el propio Mitrídates! Antes el botín obtenido a raíz de las victorias se exponía al pueblo romano en ceremonias denominadas "honores del triunfo", rendidas a los vencedores. La crónica nos guarda el detalle de estos actos tributados a Lúculo después de la guerra contra Mitrídates; a Paulo Emilio y a Flaminio después de las victorias sobre Macedonia, y a Acilio después del triunfo sobre Antioco. Bajo el imperio ya no se habla de renta ni se solemniza la victoria para documentar el botín que pasaba al erario. Roma se apodera por decreto de los pueblos, y la conciencia del universo

vencido no ve en ello sino ese aspecto interesado de su actividad. Cuando Craso al frente de las legiones guerrea contra los partos, éstos lo toman prisionero y lo sujetan a un martirio feroz: le vierten en la boca oro fundido, hasta llenársela. La incidencia es como un símbolo.

LA ARQUITECTURA, LAS OBRAS DE URBANIZACION. - LA ROMA DE AUGUSTO. — El mundo cumplía las órdenes de la Roma imperial. Enormes tesoros, en metales preciosos, en piedras de gran belleza, en objetos de arte, en cuanto es síntesis de riqueza, se llevan a la ciudad eterna. Muchedumbres de esclavos y trabajadores construyen monumentos y grandes caminos embaldosados que enlazan el imperio. Templos famosos, arcos de triunfos, teatros, circos, termas, paseos públicos, acueductos, etc., se levantan en Roma y en las principales ciudades. Tito, Trajano, Caracalla, etc., siguen el ejemplo de Augusto, que había convertido a Roma en una ciudad de mármol. Nerón destruyó sus barrios miserables para reconstruirlos con esplandor, y todo cuanto es arte mira a la vida, feliz, cómoda, fastuosa.

Si la vieja Roma, de arquitectura con sello etrusco, había desaparecido cuando la invasión y el incendio de los Galos, para dar lugar a la Roma latina, con el emperador Augusto y sus sucesores la ciudad fué una síntesis magnífica del aporte universal. Fué en realidad una Roma helenística que introdujo con las costumbres y los cultos de Grecia y del Oriente clásico, las formas materiales correspondientes.

Estas obras de urbanización resultaban imprescindibles; a la muchedumbre de vencidos se sumaban grandes masas del Lacio y de la península, que se radicaban en el emplazamiento de Roma ante lo estéril del trabajo libre.

No sólo era necesario regularizar este hacinamiento, elevar los edificios y proveer a los consumos, sino que las enormes masas humanas reclamaban su lugar en los espectáculos de los circos.

LA VIDA DE RELACION SEGUN LA CONDICION Y CLASE SOCIAL. — Las costumbres, medida lógica de la vida de relación, se orientaron en sentido análogo. El paganismo mira a lo material, y su finalidad está en el placer, y ese y no otro fué el fin de la existencia. Para lograrlo se hacía renuncia a los sentimientos de la paternidad y de la familia; los hombres apenas labraban su hogar; las leyes Julia y Papia Poppea fueron dadas

contra los solteros ante la despoblación del imperio. Crear y educar un hijo era un trabajo; producía dolor; se lo evitaba adoptando un joven, dándole el nombre, el patrimonio y el culto de los manes familiares. Benhur, personaje divulgado en la novela y el cine, es una síntesis de estas costumbres romanas que preparaban su desaparición y hacían su decadencia.

El materialismo y el lujo de la época tienen un documento memorable. Referimos a la obra El Satiricón, de Petronio, personaje famoso en el período de Nerón, llamado el árbitro de la elegancia. Ella tiene por asunto la vida doméstica de los romanos, que se exalta en las más refinadas orgías. Nos presenta a los hombres ricos con su corte de aduladores y amigos, y a sus "parásitos" adulando a los magnates. Objetiva su estudio de las costumbres romanas en la vida de uno de ellos, a quien llama Trimalción, y cuyos banquetes describe en el detalle del lujo y del refinamiento. Interminable, la comida se desarrolla en un salón magnífico en que los invitados ocupan lechos o divanes suntuosos, y en que las viandas se alternan con licores, música y danzas, mientras de lo alto llueven flores deshojadas que embalsaman el ambiente.

Estos placeres de la riqueza estaban vedados a las clases pobres, incapacitadas por el nuevo orden social para reunir una fortuna. El sistema de la esclavitud se había generalizado; si al principio los esclavos sólo habían sustituído a los agricultores, ahora invadían las industrias y toda clase de trabajo que pudiera hacerse por grupos de obreros. Las operaciones mineras y metalúrgicas, el remado en las galeras, los caminos y las grandes edificaciones fueron desempeñadas por esclavos. Bien es cierto que existían hombres libres y libertos, en las ciudades y en el campo, sea trabajando para sí o asalariados, pero su número no llegó a romper el sello general de la derrota del trabajo. Estos trabajadores, retribuídos con dinero, estaban con respecto al esclavo en proporción variable, según las regiones y los períodos; tal vez a ello se debiese el florecimiento de algunas provincias. Es posible también que esta influencia creadora del trabajo libre hubiese influído en la mejora de la situación de los esclavos que se advierte en el siglo I, convenciendo a los propietarios de que el trato más humano multiplicaba las energías. Lo cierto es que junto con esta mejora en la situación de los esclavos se elevó el tono moral de la comunidad,

naciendo un sentido de justicia. Se establecieron restricciones contra la crueldad y los dueños ya no pudieron venderlos para que lucharan contra las bestias en los circos; se les concedió un cierto derecho a lo que ganaban, y una especie de casamiento. En algunas partes el esclavo agricultor se convirtió en siervo pagando a su dueño una parte de sus productos.

En realidad el Imperio Romano fué un estado de hombres vencidos, en que sólo una minoría tenía prosperidad y libertad. La desesperanza y la infelicidad era un sello uniforme de toda esa masa popular y la razón de dos acontecimientos que nos impresionan fuertemente; es el uno la forma en que el cristianismo, religión de esperanza, se esparce, y el otro la falta de resistencia que esa masa de población opuso a los germanos, que aparecen actuando en realidad como libertadores de tanta situación de miseria.

EL DEISMO RACIONALISTA; LOS ESTOICOS; SU PREPARACION MORAL PARA EL CRISTIANISMO. — El alma del hombre estaba infiltrada de angustia y decepción. Frente a la crueldad como regla, al triunfo del orgullo y a la exhibición de la riqueza, los desdichados se sentían miserables y despreciados y los afortunados se veían inseguros y se encerraban en el placer.

El malestar de los corazones se manifestaba en una profunda inquietud religiosa que no satisfacían los dioses oficiales de Roma. Júpiter, el gran Dios romano, como el culto de los propios Césares, implicaban un sentido de religiosidad social. Estos dioses eran primero de la ciudad y del estado, y sólo en segundo lugar del individuo. Su culto era político, frío y solemne, y a sus templos se iba a hacer un voto y a quemar incienso en demostración de lealtad.

Era un deísmo racionalista que ya había dado sus frutos, en el pasado de Roma, pero que no podía satisfacer al hombre lleno de congojas. Su concepción había sido recogida por los estoicos que le dieron cuerpo en su doctrina. Sobre el deber como ley, con fundamento arbitrado por la razón, se había creado una moral construída sobre nobles sugestiones. La humanidad, la ayuda, la asistencia, la armonía y el equilibrio en las expresiones del espíritu, están en los libros de Séneca, de Marco Aurelio y de los moralistas latinos. Pero para vivir esa existencia la primera condición era la de su posibilidad, precisamente la que resultaba inaccesible para los vencidos.

La cultura egipcia se había caracterizado por su deseo de inmortalidad; su religión fué una religión de inmortalidad como no lo había sido ninguna otra, y por eso cuando conquistado por el extranjero, sus dioses perdieron su significación política, aquél anhelo de una vida ulterior llena de compensaciones se intensifica en forma obsecionante. Cuando Alejandría se convierte, en el período helenístico, en el centro de la vida religiosa egipcia, el Dios Serapis (verdadera trilogía de Osiris, Isis y Horus) encarnó este sentimiento. La idea de la inmortalidad con compensaciones y consuelos, fué ansiosamente recibida por el mundo en el cual la vida ordinaria era desesperada e infeliz. Serapis fué llamado el "salvador de las almas"; "después de la muerte, decían sus himnos, reposaremos tranquilos en el cuidado de su providencia".

Con las conquistas de Roma y su helenización, el culto de Serapis llegó a todas partes, hasta Escocia y la actual Holanda. Y éste, como el culto de Mitra, representado por un toro herido, sangrando copiosamente, de cuyo sangre emana una nueva vida, atrajeron a miles de creyentes. Eran religiones personales, ante cuyos mitos se concurría con las penas íntimas en busca de orientación y consuelo, que no podían hallarse en el deísmo racionalista.

Tales condiciones sociales produjeron en el siglo I, en casi todo el mundo, un movimiento de repudio de la vida, un impulso universal hacia la salvación, para librarse de las miserias del existir en la tierra. En medio de la esclavitud, la crueldad, el temor, la ansiedad, el derroche y el lujo, se desarrolló el disgusto de sí mismo, la inseguridad espiritual y la búsqueda de la paz aun a costa de la renunciación y del sufrimiento.

El cristianismo aprovechó de este momento social, que arrastraba a los hombres a creer en una inmortalidad llena de compensaciones y de la preparación moral que el deísmo racionalista había establecido como fruto de las doctrinas estoicas.

Muchos de los hombres de la Iglesia que examinaron estos escritos paganos apreciaron con frecuencia que algunos de los espíritus de la antigüedad contenían como un atisbo de la doctrina del Evangelio. Cuando Cicerón habla de la caridad al género humano, del deber general de ayudar a nuestros semejantes; cuando Lucano profetiza que llegará un tiempo en que las naciones depondrían las armas y los pueblos se amarían, o

cuando Séneca expresaba que todos somos miembros de un mismo cuerpo, es evidente enunciaban ideas y conceptos preparatorios de los dogmas cristianos. Los escritos de San Ambrosio respecto de los deberes no son sino una transcripción cristiana del tratado De Officcis de Cicerón, copia que reproduce (siglo XII) el Abad de Riedval cuando toma como fundamento de sus diálogos sobre la amistad espiritual el *Laeliüs* de Cicerón.

SAN PABLO EN ROMA. — No bien Jesús murió en el martirio del Gólgota sus discípulos se lanzaron a la campaña de divulgación de la nueva doctrina. En un solo día hubo tres mil convertidos que ayudaron a esta obra de proselitismo. Al principio los cristianos no se alejaban de los judíos por que su religión no destruía la ley mosaica, sino que la completaba, pero perseguidos por éstos se inició la diferenciación de los grupos, que los milagros de los apóstoles y el culto activo de la caridad fueron acentuando. El lazo que unía a los nazarenos (cristianos) con la sinagoga se rompió, y la "buena nueva" fué llevada fuera de Judea. San Pablo se dirigió a Grecia donde inició la estructura de la doctrina cristiana utilizando el conocimiento filosófico, y San Pedro sale para Antioquía y luego pasa a Roma. La semilla prendió rápidamente y el odio de los romanos a los judíos, extendido a los cristianos, produjo las primeras persecuciones. Desde Roma San Pedro opuso la alta razón, la sublime verdad que perdona, instruye, consuela, y el Dios que se sacrifica por la humanidad, a las infamias y atrocidades de Nerón.

Intertanto el proselitismo activo que ejercía, hace caer sobre San Pablo el enjuiciamiento. Detenido en Cesárea (Palestina) donde predicó sobre la justicia, la castidad y el juicio final, fué llevado a Roma para su proceso, donde gozó de igual relativa libertad.

En los dos años que Pablo permanece en Roma esperando su juicio, aumentó el número de los creyentes, dirigió a las iglesias y a sus amigos cartas para afirmarlos en la fe, para esclarecer puntos de doctrina y para extirpar descontentos y supersticiones. En esas epístolas están claramente expuestas las ideas del derecho natural, de la gran familia humana de hijos de un mismo Dios, que habita el mundo bajo la misma ley moral; los muros, dice, han sido destruídos con las enemistades que separaban a los hombres; el amor debe suceder a los odios políticos cesando las diferencias raciales. La ley nueva no busca derri-

bar poderes establecidos, sino que reconoce derechos a los débiles y los oprimidos. Debe liberarse el hombre de la materia y los sentidos, y desarrollar el espíritu porque de él provienen la caridad, la paz, la paciencia, la humanidad y la pureza. Estas maravillosas epístolas iniciaron la estructuración de la doctrina cristiana. Según una tradición Pedro y Pablo habrían muerto en el martirio en Roma el año 67 de nuestra era.

LECCION XXX

DE DIOCLECIANO A CONSTANTINO

INDICACION DEL PROCESO Y DECADENCIA DE LA VIDA CULTURAL Y ECONOMICO-SOCIAL, Y LAS CORRELATIVAS CIRCUNSTANCIAS MORALES. — Cuando Diocleciano abdicó, la organización del Imperio quedó ajustada a la de cuatro príncipes que se dividían el gobierno de las provincias. Pero no actuando ya su mano de hierro, que antes había logrado acallar las discordias y mantener con energía las riendas del poder, se abre un período de rivalidades en que durante 18 años príncipes diversos agotan el Imperio con el propósito de disputárselo.

De los dos últimos Augustos creados por Diocleciano, uno de ellos, Constancio, se hizo notable en el gobierno de la Galia, España y Bretaña, por su generosidad y su modestia, inspirándose en el principio de que el bienestar se conseguía cuando los súbditos eran ricos antes que cuando el estado acumulaba tesoros. Un hijo de éste, Constantino, educado en la corte que mantenía Diocleciano en su retiro, estaba llamado a muy altos destinos. Designado Emperador por las tropas de su padre, cuando ocurrió su muerte, mantuvo su misma severa discreción y pudo salvar el rudo período en que seis emperadores simultáneos destrozaron con sus luchas el patrimonio de Roma.

En definitiva, al frente de las legiones reclutadas en las provincias occidentales de su mando, cruzó los Alpes y se adueñó de Italia. Renunció a la crueldad, después de su victoria, en cuanto ella se hizo innecesaria; favoreció el bienestar público cicatrizando las llagas abiertas por la tiranía, y restituyó al Senado su esplendor, el cual le llenó de honores levantándole un arco de triunfo. Por su parte, en Oriente, la anarquía concluyó con el triunfo de Licinio. En vez de cuatro fueron dos los dueños del Imperio, pero por breve tiempo, pues ambos vienen a

las manos. El triunfo de Constantino, en las inmediaciones de Andrinópolis, lo convirtió en Emperador único, con un inmenso poder militar a su disposición.

Se inicia entonces un nuevo período en el proceso romano. Sus Emperadores habían sido creación del pueblo; encontraron siempre, en Roma, los inconvenientes que surgían de la preeminencia de los senadores, acostumbrados al mando, y cuya consecuencia fué el exterminio de las familias senatoriales. Aún cuando fué substituída esa influencia por la de confidentes y libertos, el medio romano siguió actuando sobre el espíritu y reviviendo en el recuerdo los viejos usos y regalías del pueblo. Si la voluntad popular sólo se manifestaba en los aplausos que los concurrentes a los circos rendían a los decretos o edictos imperiales, si se había llegado hasta a derogar la toga que fué como un símbolo del derecho ciudadano, Roma seguía conteniendo en la materialidad de su recinto y en el hábito de sus costumbres elementos que contrariaban el establecimiento de una nueva política. La sombra de los Gracos, los lugares que Catón había recorrido, aquellos que la tradición exaltaba con el nombre de sus viejos Cónsules, todo concurría a mantener la influencia de un medio contrario a innovaciones drásticas.

Los proyectos de Constantino eran trascendentales; su base consistía en la oficialización del cristianismo, la nueva religión que su padre y él mismo habían tolerado y protegido en las provincias de Occidente. Roma no era un medio propicio; el pasado la había convertido en una especie de metrópoli del politeísmo, no porque mantuviese la unidad de sus creencias, sino porque desde su fundación cientos de tradiciones paganas, de orígenes a veces dispares, se articulaban a sus victorias y al orgullo de sus días de ventura. Los actos políticos y las ceremonias oficiales estaban fuertemente vinculados a la tradición religiosa; nada se hacía sin augurios; en todo intervenían los sacerdotes de los diversos cultos oficiales, sobre los que Júpiter Capitolino mantenía su preeminencia, como amenazando al que quisiese violar sus altares.

Como si hubiese querido realizar su programa imperial apartándose de un pueblo que si había caído en las prácticas de lo vil, seguía siendo orgulloso, Constantino resolvió crear una nueva capital en la que no tuviera que arrostrar recuerdos, cumplir ritos consagrados, ni venerar sepulcros. Eligió al efec-

to el emplazamiento de la Bizancio griega, y allí creó la ciudad que tomó su nombre, trazándola con arreglo a un plan único, bajo la inspiración de un solo pensamiento, asociando las artes de Grecia y el poder de Roma. Consagró su iglesia a la sabiduría eterna (Santa Sofía), y al radicarse allí el poder imperial atrajo al mundo de los funcionarios, a los cortesanos y a la multitud que aspiraba a vivir de las liberalidades y de la lisonja.

Cambiando a la vez la política, la religión y la metrópoli del imperio, Constantino favoreció y comprometió tantos intereses que es uno de los personajes más debatidos por la crítica. Si bien elevó su soberanía sobre las ruinas del gobierno popular, le corresponde el haber cambiado el espíritu de su generación, como el de las que le siguieron, con la colaboración del cristianismo. Derogó la ley contra el celibato y fomentó la familia con la protección de los hijos y la asistencia económica a los padres. Castigó severamente el rapto, consolidó la buena fe con la práctica del juramento, mejoró la justicia de carácter general, hizo la reforma de los contratos, fomentó la ciencias y las artes, etc. La crónica consigna que llegado al colmo del poder y en sus últimos años, Constantino descuidó la práctica de sus grandes virtudes.

LA PROPAGACION, VICISITUDES Y TRIUNFO DEL CRISTIANISMO: LAS COMUNIDADES CRISTIANAS; SU CARACTER ECUMENICO, LOS EVANGELIOS. LOS ESCRITORES CRISTIANOS: TERTULIANO, SAN JERONIMO, SAN AGUSTIN. — La doctrina del humilde pastor de Galilea sale de los límites de su pueblo de origen, llega a los puertos, pasa a Italia señorial, y pone su planta en Roma, la orgullosa capital del mundo, para concluir por ser oficializada por Constantino, como religión de los pueblos que integraban su vasto Imperio. La historia no ve un milagro en esta expansión maravillosa de la nueva doctrina; si él hubiese existido, el dogma de Jesús habría continuado su avance sobre el universo, conquistando a mahometanos, brahamánicos, budistas y demás religiones. La Historia, que es filosofía, ha meditado el triunfo del cristianismo sobre los pueblos que totalizaban el imperio, y ha visto que ella fué una victoria sobre el paganismo, por su concepción limitada de una vida que termina con la muerte del hombre, vida finita en la que se atesora el placer y el dolor en tanto en cuando se es y se subsiste. Transplatemos a nuestro mundo actual el espíritu pagano; imaginemos que todos naci-

mos, nos educamos y actuamos bajo la acción de la idea central de que el ser concluye con la muerte, de que sólo en este mundo se es, se goza y se sufre; agreguemos a esta emoción el espectáculo de una sociedad en que la mayoría era esclava, vale decir, carecía de los derechos fundamentales que dignifican, y que otra buena porción era pobrísima, porque el trabajo libre, que acumula ahorros, apenas si existía, desde que los grandes consumidores, por su riqueza, eran propietarios de esclavos obreros. Excluyendo la minoría de ricos, el resto de la humanidad era de vencidos; se nacía y se moría en la miseria y el dolor como una cruz pesaba sobre la existencia, sin más perspectiva que el acto generoso de algún potentado o el beneficio emergente de la violencia o lo subalterno. Para esta sociedad así organizada, la prédica de Cristo, de que el hombre era inmortal, de que en la segunda existencia, infinita, después de la muerte en la tierra, tenía el premio de la virtud y el castigo del error, fué en verdad como una revelación; fué un nuevo espíritu que ganó de inmediato a los humildes, a los vencidos, porque encendió en sus corazones esa lámpara que se llama la esperanza, cuya fuerza enorme la conocen todos y está en lo instintivo del alma humana. Y verdad revelada, como se la dijo, fué de los esclavos y miserables a los hombres mejores, inundó las conciencias, y, a pesar de esas persecuciones llegó a las clases gobernantes y fué, a contar de Constantino y del Concilio de Nicea, el sello de una nueva cultura humana.

Esta propagación fué el resultado de un proceso lleno de vicisitudes. Su acción externa se caracterizó por las obras de caridad, por una solicitud desconocida hasta ese entonces por la clase ínfima, hollada por los doctos y por los poderosos, acompañada por la intervención de ancianos que iban predicando la buena nueva por todas partes, y por diáconos que daban limosnas a los mismos que los apedreaban. Primeramente tuvieron que recurrir a todos los medios para esconderse, reuniones secretas, signos de convención y agradecimiento. En su alimentación se atenían a la necesidad y no a la sensualidad; durante la única comida entonaban himnos piadosos, y hacían el culto de una gravedad modesta. Unidos en la misma religión, en la misma esperanza, las prácticas consistían en rogar a Dios en común y en leer las sagradas escrituras. El que podía llevaba algún dinero para mantener y enterrar a los pobres, ayudar a

los huérfanos, los desterrados, los condenados y los náufragos, y como hermanos estaban dispuestos a sacrificarse unos por otros.

Tal fué el sello de los primeros grupos cristianos organizados en comunidad de carácter local, fundadores de iglesias con el gobierno de un pastor. Iniciadas por los apóstoles se multiplicaron por una cooperación proselitista de los propios convertidos, y se esparcieron por Oriente, Asia Menor, las costas del Mediterráneo, Grecia, Italia, y las Galias. Ochenta años después de la venida de Cristo, Plinio se lamenta de que los templos de Roma permaneciesen desiertos acusando a las supersticiones cristianas "divulgadas hasta en las cabañas y chozas".

Cada una de estas comunidades a cargo de un obispo actuaba independientemente. Como la consignación escrita de los dogmas y la doctrina cristiana era limitada, y el gobierno de cada comunidad e iglesia independiente, pronto aparecieron disputas teológicas muy complicadas, especialmente acerca de la relación existente entre Dios Jesús y el Dios Padre del género humano. Los arrianos enseñaban que Jesús era divino, pero distinto e inferior al Padre, y comprendían en la trilogía a la Virgen. Los sabelianos sostenían que Jesús era sencillamente un aspecto del Padre, y que Dios era Jesús y el Padre al mismo tiempo, del mismo modo que un hombre puede ser simultáneamente un padre y un artífice. Los trinitarios pregonaban una doctrina más sutil: Dios era a un mismo tiempo uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El carácter ecuménico de estas comunidades hizo necesario que estas disputas teológicas se solucionaran, y a ello tendieron las epístolas, a contar de San Pablo, y luego las asambleas de los pastores u obispos llamadas Concilios. En este sentido el más importante fué el de Nicea, congregado solemnemente bajo Constantino (325) para unificar el cristianismo declarado ya religión oficial, y al que correspondió declarar incursa en herejía la interpretación del arrianismo.

Durante los dos primeros siglos la propagación del cristianismo fué activa y general en todo el Imperio romano, variando la actitud de los emperadores entre la hostilidad y la tolerancia. Recién en el siglo II, con Nerón, se iniciaron las persecuciones crueles y el sacrificio de los cristianos en los

circos, persecuciones de las que la historia ha documentado diez con un carácter sistemático. La más severa fué la del Emperador Diocleciano (303) llevada contra las personas, los bienes acumulados por las iglesias y las Biblias y los escritos religiosos, que fueron confiscados y destruídos.

La persecución de Diocleciano que no tuvo mayor trascendencia en las provincias, donde muchos funcionarios eran cristianos, falló en sus propósitos de suprimir la nueva religión, que fué tolerada por un edicto de Salerio (317) y oficializada en definitiva por Constantino (324). Desde comienzos del siglo V los únicos sacerdotes y templos del Imperio romano fueron los del cristianismo.

La consignación documental del cristianismo se abre con los cuatro Evangelios escritos por otros tantos discípulos de Jesús, San Juan, San Marcos, San Mateo y San Lucas. Todos ellos están de acuerdo en presentarnos el cuadro de una personalidad muy definida, en forma tal que uno se ve obligado a reconocer que no contiene invención alguna respecto a la existencia y enseñanzas de Jesús. Pero los Evangelios no tratan nada de las creencias ni de los dogmas cristianos, que por primera vez se establecen en las epístolas (cartas) de los inmediatos continuadores de Jesús, sobre todo en las de San Pablo. Estamos ya en el período en que las nuevas ideas se estructuran y en que obligadamente debían ser consideradas por sus contemporáneos.

La táctica inicial de ridiculizar la nueva doctrina debió ser abandonada. Ya no fué lícito a las gentes ilustradas descuidarla, cuando se presentaba en escritos notables que reclamaban examen y justicia, y naturalmente el cristianismo se sintió poderoso cuando el partido que podía oprimirlo por la fuerza resolvió combatirlo con razones.

Entonces aparecieron los apologistas, los escritores cristianos, los padres de la iglesia. Tertuliano (160-245), uno de los más elocuentes, compuso una apología en favor de los cristianos perseguidos en Africa, protestando del martirio inexplicable porque confesaban su religión. En su libro de las Prescripciones combate a los herejes que discutían las sagradas escrituras. También trata de los espectáculos nocivos, de la idolatría, de toda la materia social relacionándola con la enseñanza del cristianismo en forma apasionada.

San Jerónimo (331-429) es entre los escritores cristianos el vínculo que une a los occidentales y los orientales, cuyas cuestiones amenazaron en su época con producir un cisma. La iglesia cristiana occidental, activa y apegada a la autoridad, difería de la oriental, devota y razonadora; las enseñanzas de Orígenes, las cuestiones sobre la gracia, etc., plantearon muchos problemas que se suspendieron en ese entonces evitándose una ruptura.

Pero la obra más importante de San Jerónimo tuvo por alegato la crítica sagrada. Examinó la versión italiana de los Evangelios, reputada la más fiel, expurgándola de interpolaciones y variantes. Corrigió también el Salmista, Job, etc,, y se ocupó de una nueva traducción del Antiguo Testamento, del propio original, que es una obra notable. Es uno de los padres más doctos de la Iglesia; si Orígenes penetró el sentido alegórico y espiritual de las Escrituras, San Jerónimo por sus conocimientos lingüísticos desentrañó su sentido literal. La Iglesia adoptó esa traducción que pasó a ser el fundamento de la que el Concilio de Trento declaró auténtica.

San Agustín (354-430) es el punto culminante del proceso formativo del cristianismo mediante la filosofía; su libro la "Ciudad de Dios" es el gran monumento literario del siglo V.

Partidario de las doctrinas de Platón, las une al cristiamismo; en su "Ciudad de Dios", a la que *La República* de Platón sirve a veces, de modelo, explana principios acerca del Derecho y del Estado, que establecen una distinción entre la ley eterna, la justicia divina, el reino o la ciudad de Dios y la ley temporal, la justicia humana y la ciudad terrestre gobernada por la ley exterior de la fuerza y la coacción. Concibe a la justicia como el vínculo de todas las virtudes, pero la explica como a la disposición del alma para tratar a cada cual según su dignidad. La paz es el bien supremo y el punto final al que se dirigen la ciudad celeste y la terrestre, la paz en todos los órdenes y en todas las cosas. La idea de un orden universal de paz que procede de Dios, constituye la base de esta célebre obra que es la primera Filosofía de la Historia concebida según el espíritu cristiano.

Su doctrina filosófica parte de la certeza que el hombre tiene de su existencia espiritual, certeza que es alcanzada mediante el pensamiento. Dudar de esa existencia, dice, es ya una

acción del pensamiento. Distingue el alma del cuerpo; la concibe inmaterial, con unidad e inmortalidad; superior al mundo sensible pero unida de una manera natural a las leyes y los principios universales de la naturaleza sensible; de ahí que pueda conocer la verdad, porque está penetrada por un rayo de la razón eterna que se manifiesta en todas las cosas, verdad que no habrá de encontrarla en el mundo exterior sino en la intimidad de la conciencia.

La gracia divina depende exclusivamente de la voluntad de Dios, sin que el hombre tenga acción en su otorgamiento. Es una especie de predestinación que limita la libertad humana.

Respecto a la cuestión de la divinidad, establece que todo demuestra la existencia de un ser supremo, fuente de certeza, de vida y de todo bien; a Dios se lo concibe, no se lo define; es el pensamiento más elevado, la verdad más alta de la inteligencia; es el Ser en la acepción total de la palabra; es el principio y la esencia más bien que la substancia de los seres. La creación es un acto de voluntad de Dios; el mundo tiene un principio y tendrá un fin, sino en substancia por lo menos en forma. Está ajustado a las leyes regulares, y como Dios crea racionalmente, ha dado unidad a las cosas, perfección relativa a los seres y armonía al universo.

Tales son los grandes principios de la doctrina de San Agustín en la determinación de la idea de Dios y de la naturaleza humana, fundamento distintivo de la filosofía cristiana a la que da nacimiento.

Cabe agregar que todos los miembros del clero de la iglesia de la que fué obispo comían en su mesa, sostenidos a expensas comunes, y de acuerdo a una regla, por él establecida, organización imitada y conforme a la cual se multiplicaron los conventos.

EL LEGADO ROMANO Y LA SUCESION CRISTIANA. — El gobierno independiente de las comunidades o iglesias cristianas a cargo de sus obispos respectivos ofrecía muchos inconvenientes. Además de las cuestiones de doctrina, que los Concilios unificaban, se producían conflictos locales sobre todo con motivo de la designación de los titulares de las diócesis, que agitaban las pasiones creando situaciones a veces insolubles.

La iglesia de Roma que unía a la ventaja de hallarse en

la primera ciudad del mundo, la gloria de haber sido fundada antes que las de Oriente y gobernada por el mayor número de apóstoles, fué poco a poco consolidando una preeminencia que concluyó por establecer, para su obispo titular, una jerarquía mayor. Se lo consideró y el actuó como Jefe de las Iglesias; entendió en las apelaciones de los sínodos, intervino en los conflictos locales, y cuando la Iglesia cristiana fué oficializada y pudo congregar sus representantes y promulgar sus decretos, quedó fundada la autoridad de la Santa Sede en actos emanados de la potestad eclesiástica confirmados por el poder civil.

Antes y después de esta creación, el obispo de Roma instituía legados, con poderes extraordinarios, para mantener o restablecer el orden y la unión de la Iglesia, e instituir obispos y monasterios en países recién convertidos. Denominados Vicarios Apostólicos llevaban consigo la preeminencia del Pontífice, y contribuyeron a robustecer la unidad y la jerarquía de la Iglesia católica.

Mediante ese gobierno centralizado de la Iglesia el cristianismo pudo salvar dificultades de todo orden y cumplir su misión de presidir el advenimiento de una nueva cultura en la Edad Media.

Esta fué la misión del cristianismo, y el saldo que lo encumbra sobre las demás religiones del universo. Tal vez su espiritualismo fué excesivo. Si el desprecio de las cosas de la tierra hubiese seguido operando sobre la sociedad, Europa se habría convertido en un doble de la India, con su estatismo y su teocracia. El espíritu realista de los germanos salvó a la humanidad de este peligro, y evolucionó la religión que había logrado la selección y unidad espiritual de la antigüedad.

EDAD MEDIA

LECCION XXXI

DE CONSTANTINO A JUSTINIANO

INDICACION DE LA SITUACION DEL IMPERIO ROMANO Y DEL PROCESO DE LAS INVASIONES BARBARAS. — Desde el Siglo III el Imperio Romano hizo frente a tribus arias que multiplicadas en los bosques de Germania se volcaban sobre sus fronteras del norte, actuando en la historia con la denominación de pue-

blos bárbaros. A ese efecto la Capital del Imperio se había desplazado hacia Milán, Sirmium (Serbia) o Nicodemia (Asia Menor), porque Roma estaba demasiado lejos, desplazamiento de valores que explica la organización que Diocleciano dió al Imperio. A lo largo de esa frontera que seguía el curso de los ríos Danubio y Rhin, los bárbaros presionaban con insistencia. Los francos y otros germanos habían llegado hasta el último de estos ríos; los vándalos ocuparon el norte de la actual Hungría, y los godos y visigodos se habían apoderado de la Dacia. Detrás de éstos, en el sur de Rusia, estaban los ostrogodos, y en la zona del Volga los alanos. En el Oriente, las fronteras retrocedían ante la presión de la Persia, que renacía con los reyes Sasánidas.

Esta cintura de bárbaros ofrecía una particularidad. Las puntas del Danubio y del Rhin forman como un ángulo recto que apenas dista de las orillas del mar Adriático unas trescientas millas. Por este corredor la zona latina del Imperio, cuyo centro era Roma, se comunicaba con la región helénica del mismo, en que Constantino levantó la nueva capital. Bastaba naturalmente que la presión de los bárbaros, en ese sector, triunfase para que el mundo romano quedase dividido en dos, porque las comunicaciones marítimas no estaban bien organizadas.

Si Roma hubiese conservado su viejo vigor, esta cintura de enemigos hubiese podido ser desplazada. La última tentativa seria en este sentido correspondió a Constantino, que rechazó una incursión de los godos en la región de los Balkanes, pero no pudo continuar al norte del Danubio. Hacia el fin de su reinado ocurrió una transacción notable: los vándalos, oprimidos por los godos, pidieron ser admitidos en el Imperio, y se les asignó tierras en aquella parte de Hungría que queda al oeste del Danubio, actuando en las legiones romanas pero bajo las órdenes de sus propios jefes.

Cuando Constantino murió las fronteras volvieron a romperse. Sus sucesores, sin energía y sin unidad en la acción, vieron avanzar a los visigodos que vencieron al Emperador cerca de Andrinópolis, estableciéndose en lo que ahora es Bulgaria con un régimen parecido al de los vándalos; se decían súbditos del Imperio pero prácticamente eran sus conquistadores.

Bajo Teodosio el Grande. (379 - 395) el Imperio se mantuvo intacto por la cooperación de estos bárbaros. Estilicón (vándalo) dirigía sus ejércitos en Italia, y Alarico (godo) gobernaba los de la península Balkánica. Cuando Teodosio murió a fines del Siglo IV, entregó Constantinopla y las provincias de Oriente a su hijo Arcadio, y Roma y el Occidente a Honorio, quienes actúan con la asistencia de los mismos jefes bárbaros. Durante las luchas abiertas, Alarico marchó sobre Italia y tomó a Roma en 410.

En esta primera mitad del siglo V todo el Imperio Romano, sobre todo el occidente, fué víctima de las depredaciones de los bárbaros. Las grandes ciudades permanecían estacionarias, se empobrecían y despoblaban, mientras la vida en los distritos rurales se paralizaba quedando grandes extensiones baldías. Los bárbaros que las iban ocupando erigían a sus jefes en soberanos con títulos tomados de las autoridades de Roma, y mientras en algunas partes creaban un régimen de convivencia con los vencidos romanos, sobre el reparto de los bienes y de la tierra, en otras, como en Britania, desplazaban a las poblaciones y al idioma latino con sus dialectos, que al final llegaron a formar el inglés.

Es confuso y sin saldos prácticos seguir este movimiento de pueblos y naciones que se siguen y substituyen, y dentro de los cuales los vándalos, con Genserico, llegaron a formar un Imperio marítimo en el Mediterráneo occidental muy parecido en extensión al de la vieja Cartago.

En pleno drama un pueblo mongol llenó el siglo V. Referimos a los humos que bajo el mando de Atila llegan a dominar desde el Rhin hasta el Asia Central, con su cuartel general en Hungría, al este del Danubio. De carácter nómade hacían incursiones y saqueos sin establecerse en sitio fijo; llegaron hasta cerca de Constantinopla, destruyeron como a 70 ciudades en los Balkanes y pasaron al norte de las Galias. Francos, visigodos y fuerzas romanas lo derrotaron en Troyes, donde murieron como 300.000 guerreros, pero al año siguiente invadía Italia saqueando a Milán.

Con la muerte de Atila (453) los hunos desaparecen de la historia, pero sus incursiones consumaron en la práctica la ruina del Imperio Romano-Latino, aun cuando la historia consigna todavía el nombre de diez emperadores en 20 años. El

Jefe bárbaro Odoacro toma a Roma (476) y notifica a la corte de Constantinopla que ya no existía emperador de occidente, y en 493 el godo Teodorico era proclamado rey de la Ciudad Eterna.

Mientras esto ocurría con el Imperio de Occidente, el de Oriente continuaba subsistiendo entre guerras, la práctica de una teología cruel y la de los vicios ordinarios del género humano. El reino persa de los Sasánidas fué, a contar del siglo III, el rival más tenaz de Constantinopla; sus guerras asolaron el Asia Menor, la Siria y el Egipto y cientos de ciudades destruídas, en el ir y venir de los ejércitos y por los saqueos e impuestos de guerra, daban fe de este drama que duró dos siglos. Los nubios por su parte bajaron el Nilo y saquearon el Alto Egipto, pero el Bajo Egipto y Alejandría siguieron disfrutando de prosperidad.

En el siglo IV el Imperio de Oriente tuvo un resurgimiento considerable con el advenimiento de Justiniano (527 - 565) que fué un soberano de gran ambición y energía.

LA POLITICA MUNDIAL DE JUSTINIANO; SU FRACASO; CAUSAS Y CIRCUNSTANCIAS. — En los treinta y nueve años de su reinado el nuevo Emperador de Oriente accionó una política mundial inspirada en el programa de reconstituir la grandeza del mundo romano. Después de convenir con los persas un período de paz volcó su poder militar hacia occidente, en el que sus ejércitos, comandados por Belisario, hicieron la conquista del imperio marítimo que los vándalos habían establecido en Africa, y que hemos comparado con el de Cartago. Las enormes riquezas que su Jefe Genserico había acumulado llegaron a Constantinopla. Justiniano además del litoral de Africa, dominó las islas del Mediterráneo, la mayor parte de Italia que arrebató a los godos y el Sur de España.

Reanudó entonces sus luchas contra los persas y destruyó a Antioquía, pero las intrigas de la Corte apartaron del mundo a Belisario. La buena estrella pareció invertirse. Pestes violentas que se decían venir del Egipto y de Etiopía, pero que poco antes también flagelaron a la China, asolaron a Palestina y se extendieron por el Asia y Europa. Varias veces como ráfagas de muerte, esa peste caminó de un mar a otro despoblando ciudades, hasta el punto que no se encontraban sino perros por las calles, y en los campos rebaños sin pastores. Procopo, uno de

los cronistas de la época, calcula en cien millones los seres humanos que murieron de la misma.

Justiniano no limitó sus energías a empresas militares. Fundó una Universidad, construyó la gran Iglesia de Santa Sofía en Constantinopla y fomentó las bellas artes. Las numerosas obras públicas que hizo construir alcanzaron para todas las ciudades de sus estados, en ninguna de las cuales, según Procopo, dejó de levantarse algún suntuoso edificio; en ninguna de sus provincias dejó de alzarse alguna ciudad, fortaleza o castillo.

Otra gloria pacífica también señaló el reinado de Justiniano; fué la introducción del gusano de seda, la práctica de su cultivo y la industria de su hilado. Hasta ese entonces, la seda era traída por las caravanas de la India y de la Persia; valía su peso en oro y todos ignoraban su naturaleza, creyéndola la pelusa de una planta o la tela de una araña. Su uso general, hasta en los hombres, desde los tiempos de Heliogábalo, representaba millones de pesos que anualmente se entregaban al comercio de Persia.

ACCION CULTURAL ESPECIFICA DE JUSTINIANO: LAS INSTITUCIONES; EL CODIGO; SU SIGNIFICACION Y SU INFLUENCIA EN LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION OCCIDENTAL. — Pero el aspecto más notable del Emperador de Oriente no está en su política mundial, sus empresas militares y el desarrollo genérico de la cultura. Está en un aspecto específico de esta última, en la organización jurídica de la vida de su pueblo.

La sociedad civil es el resultado de las combinaciones de los hechos morales, políticos y económicos, hechos que no permanecen idénticos en el tiempo; cambian, evolucionan, y esta mutación influye en los demás elementos sociales. Se hace necesario entonces hacer un reajuste de la sociedad civil, cuya expresión cabal es la organización jurídica, tarea seria y compleja que exige un estudio y observación cuidadosa.

Roma procedió siempre con método en esta materia. Cuando las luchas entre patricios y plebeyos hicieron necesaria la consignación escrita del derecho, las leyes de las doce tablas crearon el fundamento jurídico de su sociedad civil. Leyes parciales de sus comicios, los decretos del Senado, los edictos y rescriptos del Emperador, hasta los proveídos aclaratorios de sus pretores en los juicios, que formaron la jurisprudencia,

y las opiniones de los estudiosos o jurisconsultos, contienen el proceso perfectible de la sociedad civil romana. En tiempo de los emperadores, cuando el sello nacional se fué perdiendo, las modificaciones se hicieron más sensibles; de conservadora que era la jurisprudencia se convirtió en el instrumento más activo de este proceso, y naturalmente la erudición, el examen real de los hechos y el espíritu filosófico vinieron en ayuda de lo que ocurría para poner en armonía las teorías discordantes y contradictorias de los jurisconsultos. El cristianismo introdujo en este proceso el sentido de igualdad y libertad que le es característico, en oposición al régimen de los privilegios propio del espíritu netamente romano, y como ya no bastase la antigua tradición, los emperadores se veían obligados a multiplicar las constituciones dándoles carácter de ley.

Todo esto hizo convenir en que era necesario reunir estas reglas de orígenes tan distantes, ordenarlas por asuntos, correlacionar los proveídos del detalle, crear en una palabra el Cuerpo General o Código, tarea que se cumplió, hasta la época de Diocleciano, por los jurisconsultos Hermógenes y Gregorio. Bajo Teodosio una nueva codificación completó la anterior, pero continuaron siendo legales las decisiones de los jurisconsultos.

Instigado por el jurisconsulto Triboniano el Emperador quizo resolver el problema jurídico en una forma completa, para que la ley se conociese con claridad, desapareciendo esta multiplicidad de fuentes y contradicciones. Con la colaboración de los profesores de las academias de Constantinopla y de Berita se hizo la compilación disponiéndosela al estilo del Edicto Perpetuo del Emperador Adriano, formándose el Código de Justiniano, que decretado en 528 derogó los códigos precedentes. Se hizo una edición más completa en 534. Pero como un Código no podía abarcar todos los casos ni entrar en pormenores, para evitar que se recurriese a las obras de los jurisconsultos, Justiniano resolvió extraer de éstas los teoremas más importantes del derecho civil; dos mil volúmenes de jurisconsultos fueron reducidos a uno, dividido en siete partes, con algo más de 9000 preceptos en que se conservaba el nombre del jurisconsulto del cual provenía. La obra titulada Pandectas, porque abarcaba toda la jurisprudencia romana, produjo el olvido de las fuentes del derecho, desde que sólo se consideraron y calificaron por

exactos los preceptos de los estudiosos que ella consignaba. Pero las fuentes sólo tienen un valor histórico, y las Pandectas, que se copiaron con claridad y sin abreviaturas, hicieron con el código la unidad jurídica de aquélla sociedad.

También ordenó Justiniano la composición, para comodidad de la juventud, de un cuerpo jurídico al que se llamó Institutas formado de cuatro libros, que tratan de las personas, las cosas, las acciones y de las injurias privadas, terminando con los elementos del derecho penal. La obra sirvió para la inteligencia del derecho. Completa la tarea jurídica de Justiniano la publicación de las leyes que produjo en los 27 años que sobrevivió a su código, conocidas con el nombre de Novelas.

La más notable de estas obras es el cuerpo del derecho civil o código, que ha permitido a Roma seguir gobernando al mundo después de haber perdido el imperio. Pese a las imperfecciones que han podido notársele es realmente un prodigio para su tiempo, sobre todo cuando él es apreciado como época de decadencia. Evidentemente ese código no está inspirado en la fuente única del viejo derecho romano, sino que contiene en su esencia el espíritu cristiano que desde la época de Constantino se filtró en las formas sociales, y que luce en dicho código en el sentido de la igualdad de los hombres, en su genio democrático y en la rehabilitación de la persona moral. Sus autores supieron dar unidad a estos elementos trabajando para el porvenir, buscando crear un orden jurídico o civil conforme con la naturaleza y el verdadero progreso.

Como al desaparecer el Imperio Romano la humanidad siguió siendo cristiana, trabajando la posición espiritual que Justiniano había realizado en su código, este monumento continuó influyendo en ella. Nadie ignora que la sociedad civil de nuestra cultura occidental sigue las líneas de aquella jerarquía jurídica, y que todo el derecho de las naciones civilizadas tiene como fuente el aporte de las normas de Roma. Algunas lo han modificado parcialmente, ya en la reforma napoleónica o de acuerdo a la costumbre, a lo consuetudinario, pero sin disputa las fuentes de nuestro derecho están en el Corpus Juris Civil de Justiniano.

LECCION XXXII

LOS REINOS BARBAROS

LAS CONDICIONES CULTURALES DE LOS REINOS BARBAROS DE OCCIDENTE, LA INFLUENCIA ROMANICO-BIZANTINA; CIRCUNSTANCIAS Y ALCANCE. — Algunos historiadores, especialmente los alemanes llenos de natural patriotismo, encuentran en los germanos todos los valores nobles de nuestra cultura. Ven en ellos el origen de la libertad, de la moral, de la grandeza, de la inteligencia, etc. Por su parte los historiadores que siguen a los de Roma, les niegan tales virtudes, y al consignar, como Tácito, sus costumbres crueles, compáranlas con las de los pueblos salvajes. La verdad no está en estos juicios extremos.

Por de pronto resulta indiscutible que no eran pueblos salvajes. Estos perecen al ponerse en contacto con la civilización, como lo prueba la desaparición de los indígenas de América, y los germanos no perecieron. Por el contrario, puestos en contacto con Roma, tomaron su civilización e hicieron con sus elementos superiores la sociedad a que pertenecemos.

Ahondando en el análisis del régimen social y de los hábitos germanos, fácil es distinguir los elementos destructores y regeneradores que aportaron al proceso histórico.

Entre los primeros se encuentran sus hábitos guerreros. Ya Tácito, el historiador romano, se hacía eco del ardor guerrero de estos pueblos convertido en su preocupación fundamental. Ello se revela en las formas y en las costumbres. En Roma, por ejemplo, el joven capacitado para la vida recibía la toga como un símbolo de su habilidad; entre los germanos la ceremonia conmemorativa era la entrega de las armas y la ascensión del joven a la dignidad de guerrero. Igual deducción surge estudiando el rol social de la mujer. Mientras en Roma y en general en todo el mundo antiguo, la mujer estaba alejada de la lucha, entre los germanos las mujeres ayudaban al guerrero. Eran ellas las que llevaban al combatiente alimentos y bebidas en el combate, formando en las expediciones militares e interviniendo tan eficazmente que los cronistas romanos se encargaron, ya en tiempo de Mario, de consignarlo con motivo de la invasión de los Cimbrios.

Pero donde la definición de estos hábitos guerreros encuentran su medida, es en la epopeya, fuente fecunda de investiga-

ción. Ella nos permite analizarlos dentro del grupo escandinavo, en el cual la guerra es el único culto del Dios Odin. Para la divinidad sólo es grata la muerte en el campo de batalla y sólo para los guerreros que perecen en forma violenta está abierto el paraíso de Odin. El anciano y el enfermo, impedidos de batallar, se dan muerte asi mismos, existiendo en Suecia una montaña de la que se precipitaban al abismo, llamada la "Sala de Odin". Mientras Roma representa al Dios de la guerra como un hombre armado, los germanos lo simbolizan con un dardo en tierra; es el instrumento de la guerra, y Odin, el dios, tiene por complemento dos lobos y dos cuervos. El Paraíso de Odin, el don supremo, es un campo de batalla en que los paladines luchan de sol a sol muriendo diariamente en combates sin número; cuando el sol se oculta, el clarín divino resucita al guerrero quien encontraba el placer prometido en los brazos de las Walkirias, las vírgenes fuertes.

Pero si estos hábitos y esta religión de guerra constituían el principio destructor, otros elementos regeneradores del mundo antiguo explican el rol eminente que les cupo en la historia. Son estos el concepto que tuvieron de la libertad individual y de la igualdad, y la pureza de sus costumbres.

En cuanto a la libertad individual debemos establecer que la antigüedad no la conoció. Ni en Oriente, ni en Grecia, ni en Roma, existió la libertad en el sentido contemporáneo del concepto, es decir, del ejercicio del derecho propio del hombre. Para la antigüedad, el estado fué el fin de las actividades y a él se subordinaba todo lo existente. En nombre del estado se tomaban las personas y los bienes. Para nosotros el estado no es el fin de las actividades humanas; es sólo un medio calculado para lograr la felicidad y el libre ejercicio de los derechos.

Este concepto diferente de la libertad, del derecho, finca en el respeto de la libertad individual, y era explicable entre los germanos donde el individuo era todo. Las ciudades, que en el mundo griego absorbieron al individuo, no existían en Germania. Faltaba pues hasta el pretexto o razón que explicaba el falso concepto de la libertad entre los antiguos, libertad que resultaba esencial entre los germanos.

Pero el individualismo germano no tiene su fundamento exclusivo en el orden material. También está sancionado por las ideas morales y entre ellas, principalmente, por el sentimiento

de la inmortalidad del alma. La antigüedad no tuvo un concepto exacto de la inmortalidad. César el vencedor de las Galias, llegó a negarla en solemne sesión del Senado Romano. Las religiones antiguas llevan de la mano al panteísmo, que es la exaltación de la naturaleza, y absorben por lo tanto al hombre en Dios. Los germanos no; ellos creen en una vida futura, en el seno del paraíso de Odin, donde la individualidad es eterna e infinita.

Este individualismo germano luce en todas las instituciones. Mientras en Roma los derechos del padre sobre el hijo son eternos, evolucionando solamente la cantidad del vínculo, en Germania el lazo familiar puede romperse: bastábale al descendiente consignarlo en la inmediata asamblea de guerreros, levantando las armas y formulando el voto. Igual puede decirse del análisis de la guerra de los pueblos. Roma, cuando conquista, impone su unidad y convierte a los vencidos en romanos; los germanos, no. En vez de buscar la unidad, dividen los elementos sociales y en vez de germanizarlos mantienen a cada uno en sus costumbres y derechos. Por eso, mientras Roma crea en la historia la igualdad ante el despotismo, los germanos deciden el advenimiento de naciones libres e independientes.

El segundo elemento regenerador fué el sentimiento de igualdad, desconocido en el mundo antiguo. El Oriente con sus castas y clases; Grecia con las querellas de ricos y pobres luchando por el poder político, y Roma, primero con su patriciado y luego con la nobleza fundada en las dignidades de la República, son pruebas de que el mundo antiguo jamás realizó la igualdad. Por lo demás la esclavitud desconocida entre los germanos nos afirma en este concepto.

Algunos niegan a estos pueblos ser la cuna de este noble sentimiento, sosteniendo que entre ellos existía un rudimento de nobleza caracterizada por sus funciones, sobre todo en la guerra. La crónica histórica no confirma estas objeciones.

Si entre los germanos los hombres libres eran todos iguales, ¿dónde estaba la nobleza? Si las cuestiones fundamentales se resolvían en asambleas de hombres libres, ¿dónde quedaban los privilegios asignados a determinados elementos?

No obstante debemos establecer que las guerras produjeron entre los germanos alguna desigualdad, pero que ésta no se tradujo en privilegios, sino en el mayor prestigio social de los

caudillos y fué el fruto, traducido en dependencia personal, de la adhesión de los guerreros a los jefes.

Compruébalo también la circunstancia en que el régimen de subordinación de hombre a hombre, es más benigno entre los germanos que en la antigüedad; fué el de la servidumbre en vez de la esclavitud. Esta es típica de los germanos; no existió antes de que ellos la ejercieran; los siervos estaban adscriptos a la tierra y pasaban de dueño con ella. La esclavitud propia de la antigüedad no podía llevar a la igualdad, mientras la servidumbre es un régimen que la prepara. Induce, por lo demás, el respeto de la personalidad del siervo, respeto que no existió en cuanto al esclavo.

Las costumbres de los germanos son el tercer elemento regenerador del mundo antiguo. No vamos a aludir a ellas detalladamente. Basta a nuestro propósito referir a la situación social de la mujer, relación esencial para juzgar de la inferioridad de un organismo. En el mundo antiguo, la mujer fué la presa del hombre, instrumento de placer y elemento humano inferior en la escala social. Entre los germanos no ocurre lo mismo; la mujer es la compañera del hombre, su asociada en la tarea de la vida común y las fatigas de la guerra. Tiene una personalidad respetada que va a desdoblarse en el culto de la mujer en la sociedad medioeval.

En cuanto a las costumbres en general, los germanos han recibido fuertes censuras caracterizándose la crueldad de su conquista y el sacrificio de los vencidos. No pretendemos justificar estos excesos que existieron cuando la invasión del mundo antiguo, pero sí explicarlos. Todos conocemos los derechos de la victoria en la antigüedad; era la destrucción de las ciudades y de los campos, la muerte o esclavitud para los vencidos y la apropiación de las mujeres y los niños. También conocemos los excesos que la razón política o el odio de raza inspira en pueblos llamados a limitar sus represalias por su cultura o su eminencia. Roma destruyendo a Cartago, a Numancia, o a Corinto, la ciudad maravillosa de Grecia en decadencia, forja páginas tan crueles como aquélla de la conquista por los germanos. Los excesos germanos no son entonces una excepción en la época o en el siglo en que se producen. Y si recordamos que el pueblo que los producía tiene una religión de guerra, dentro de la cual ven grato a Odin el sacrificio de los vencidos,

hemos de concluir que tales excesos no inducen instintos crueles ni sanguinarios, sino que aparecen explicados por el medio y las ideas con que actúan.

En dos formas los pueblos germanos se pusieron en contacto con Roma. Antes de las invasiones violentas estos ya habían penetrado en el territorio y el organismo de Roma en forma pacífica, penetración continua, tan substancial, que puede decirse que antes de las invasiones violentas ellos ya eran dueños del Imperio.

Roma misma los llamó. Llegaron a su territorio para formar en sus legiones y para cultivar sus campos como labradores, y como en las legiones llegaron a ser mayoría, bien puede decirse que ellos fueron los que en la anarquía militar, de fines del Imperio, exaltaban a los emperadores. Su cooperación en los ejércitos romanos data de fines de la República. Fácil es advertirlo con recordar que fueron estas legiones bárbaras las que dieron a César el triunfo en la batalla de Farsalia, y con la circunstancia de que desde el siglo III figuran en las leyes romanas en condición de "Letes". Llamóse así a pueblos enteros de bárbaros que recibían tierras con cargo de prestar servicio militar.

Junto al bárbaro como elemento militar, encontramos al "colono". Estos eran bárbaros vencidos en la guerra y adscriptos a la tierra, régimen al cual Marco Aurelio sujetó en el siglo II a los marcomanos en el propio territorio de Italia. Igual conducta observan los Emperadores Claudio, Aureliano, Diocleciano y Constantino con otras tribus de germanos.

Constantino dió tierras y utilizó a los godos en sus campañas militares. Con su ayuda venció en Adrinópolis y Calcedonia a Licinio, el último representante del paganismo. Entre 376 Valente, el Emperador, avecinó a los godos en Tracia, y éstos invaden poco a poco las dignidades llegando a ser tal su preponderancia que para evitar la fusión de los elementos étnicos hubo de prohibirse por ley el matrimonio de godos y romanos.

La valla que el orgullo de Roma levantaba entre el pueblo nativo y éstos germanos a su servicio hubiera eternizado esta situación si causas circunstanciales no hubieran precipitado los acontecimientos. Un desplazamiento de pueblos, que actuaban los unos sobre los otros a contar de las regiones del Asia, los volcaron sobre las fronteras romanas, y se abrió el proceso de

la conquista violenta. Su saldo fueron reinos bárbaros en que vencidos y vencedores convivieron con un orden relativo, cuya expresión más curiosa fué la personalidad del derecho y la forma del reparto de los bienes. Para esto último cada romano recibía un germano en su casa con quien debía repartir sus bienes, produciéndose el caso de que algunas tribus, como los francos, eran reducidas, por lo cual sobraron romanos que no tuvieron con quien repartir sus tierras. Esta manera de concluir la conquista trajo por consecuencia la permanencia en los países dominados de dos elementos, germanos y romanos. La historia de la Edad Media trata precisamente de la evolución de estos dos factores que se oponen y se asimilan mutuamente. De allí que la civilización del medioevo no sea ni germana ni romana sino que implique el resultado de la conjunción de estos dos elementos sociales.

INDICACION DE LA SITUACION POLITICO-SOCIAL EN LA ESPAÑA VISIGOTICA. — Uno de los reinos bárbaros en que esta fusión de elementos fué más hábilmente concluida es el de los visigodos en España. Mientras el nombre de godo significa para Italia barbarie y destrucción, en España implica una complacencia nacional, sobre todo a contar del dominio de los árabes.

La conquista visigoda fué concluída sobre estados formados en España como resultado de las primeras invasiones bárbaras, por Walía, que estableció su capital en Tolosa. En el siglo V (con Eurico) el territorio dominado se amplió en la península y el sur de Francia, que aún se engrandece en tiempos de Recaredo (586). Este rey abandona la herejía arriana, reúne un concilio de obispos en Toledo y se convierte al cristianismo acatando la autoridad papal.

El reino visigótico ajustó su organización a la que España tuvo bajo Roma, y hasta adoptó la lengua romana en vez del idioma gótico. Su primera expresión de nacionalidad fué la reunión de sus obispos en asambleas para deliberar sobre los asuntos religiosos, en las que concluidos esos temas se recibía a la nobleza y funcionarios, con cuyos sufragios se daba solidez a lo deliberado sobre alta política y derecho civil. En estas reuniones en que la nobleza goda actuaba morijerada por los obispos nativos, nació un sentido social de cooperación. El cuarto de estas asambleas o concilios, reunido en Toledo, estableció que el rey sería siempre escogido entre los miembros de la

nobleza gótica. Resultó entonces un reino electivo y representativo merced a estas asambleas nacionales que reunían en su seno a los prelados y los grandes. Otra particularidad interesante la tenemos en que la división del reino en condados y ducados, no estableció un vínculo definitivo entre el titular y el feudo. Los ducados en vez de ser feudos vitalicios eran revocables por voluntad del monarca, aun cuando el despojado conservaba como un derecho el título.

Es posible que esta circunstancia hubiese creado el sentido de oposición que se advierte entre el rey y los nobles, y que puso del lado del primero a los obispos y a las fuerzas nativas que deseaban mantener el orden. El proceso se perfecciona bajo el rey Recesvinto (625), que hace traducir las leyes visigóticas en el dialecto nacido de la mezcla del latín con el idioma germano y el antiguo lenguaje ibérico. Reunidas en un código de 12 libros fueron sancionadas como ley única destinada a hacer la unidad de la nación, por el VIII Concilio de Toledo.

El carácter electivo del reino que al principio trajo la selección de los reyes, fué el motivo de su ruina. Los debates y los partidos entraron en rivalidad y uno de ellos, para triunfar, llamó en auxilio a los árabes del Africa sin apercibirse de que preparaba a su patria ocho siglos de esclavitud.

LA SITUACION POLITICO-SOCIAL EN EL ESTADO LOMBARDO. — Los lombardos que conquistaron la Italia fueron, según sus tradiciones, originarios de Escandinavia. Como realizaron la conquista de acuerdo a las prácticas germanas que convertían al rey en un director de la operación, reservando a los jefes su autonomía, así que falleció el que los capitaneaba, los treinta duques lombardos resolvieron actuar con independencia, lo que los estorbó para la dominación completa de la península cuyas costas y ciudades del sur quedaron sujetas a Bizancio. Cuando Roma llamó en auxilio a los francos reconstruyeron la autoridad de su rey.

Los duques tenían bajo su dependencia a los administradores de aldeas, conducían los contingentes a la guerra y administraban justicia. Aunque con residencia fija los lombardos no abandonaron su sistema y organización militar, que comprendía a todos, hasta a los obispos; a ese efecto tenían domicilio fijo, que no podían abandonar, pero todos intervenían en la asamblea general donde se discutían los intereses públicos.

El rey y los duques tenían la propiedad libre de la tierra, que podían entregar como beneficio. Pero la relación del deber militar no nacía de la propiedad sino de su condición de guerreros libres. El derecho principal era la facultad de tomarse venganza de un ultraje, por cuenta propia, de sus parientes o de sus amigos. Cuando el gobierno real se consolidó tendió a suprimir esta institución mediante tribunales que garantizaban la vida y la propiedad, pero no perdieron el sello de una justicia expeditiva.

En 602 abandonaron la idolatría y el arrianismo para convertirse al cristianismo que sirvieron con predilección.

Desde esta época su historia se redujo a tentativas continuas de extender su poderío con la conquista de nuevas plazas, y a una lucha interior entre el rey y los duques, el primero exigiendo la sumisión, los últimos negándola y aliándose para resistir hasta a los enemigos de la nación. Como elemento contradictor de la conquista, y de protección de la población nativa actuó el clero, a cuyos obispos y párrocos elegían en asambleas locales. Los dos elementos, el vencedor y el vencido o nacional, conservaron su personalidad y su derecho por mucho tiempo, hasta el reinado de Luitprando en que se inician los primeros enlaces con el resto de Italia.

SITUACION POLITICO-SOCIAL DEL REINO DE LOS MEROVINGIOS. — Entre los pueblos germanos todos arrianos sólo los francos fueron de creencia cristiana. Su fervor creciente, la hábil fusión de su interés general con el carácter religioso de las poblaciones romanas vencidas, todas ellas católicas, dió a este pueblo franco un relieve notable y le señaló un lugar destacado en el proceso histórico. Su política consistió en engrandecer la Iglesia Romana, y la de ésta en engrandecer a los francos que resultaban sus mejores paladines.

Tan íntima fué esta relación entre el rey franco y la iglesia de Roma, que es axiomática la premisa de que Clodoveo fué el fundador del catolicismo. Y en efecto: así que este conquista las Galias, el arrianismo desapareció de su territorio. Por lo demás, el catolicismo se infiltra en Germania con el apoyo de los guerreros francos, y cuando la Europa se ve amenazada por la invasión árabe, que hubiese significado en ella el triunfo de las doctrinas de Mahoma, fué un caudillo franco, Carlos Martel, quien se opuso victorioso en la batalla de Poitiers. Estos

antecedentes asignaron a los francos un rol destacado; eran ellos los destinados a realizar la unidad bárbara y crear el pontificado venciendo a los lombardos y los griegos que discutían el dominio de Italia.

Cuando los francos aparecen en la escena política, las Galias, territorio que debían dominar imprimiéndole su nombre, estaba en poder de tribus bárbaras.

Los alemanes, los borgoñeses y los visigodos se repartían esa antigua provincia romana, ejerciendo sobre los vencidos romanos un dominio nada simpático debido a su arrianismo.

Cuando iniciada la invasión Clodoveo se convirtió al catolicismo, contó con el apoyo de los vencidos que espontáneamente cooperan a la victoria. Se produjo el espectáculo de que los obispos se pusieran al frente de las poblaciones a esperar los ejércitos francos, y así solamente se explica cómo estos, con fuerzas poco numerosas, pudieran conquistar tanta extensión de territorio.

Los francos solo se apropiaron de los terrenos no poblados, dejando a los vencidos todos sus bienes, lo que no fué generosidad de parte de los vencedores, porque era tanta la abundancia de riqueza y extensión del suelo que los francos no pensaron en quitar bienes que no necesitaban.

Su acción en las Galias aparece notable. Al servicio de los intereses religiosos hicieron una efectiva propaganda cristiana amparando a los monjes que seguían a sus ejércitos. A ellos se debe la conversión de la Alemania, que los obligaron a luchas continuas contra los sajones que se hicieron famosas por lo sangrientas. Los historiadores las han censurado olvidando que estas guerras fueron defensivas. Bien es cierto que los francos llegaron a establecer las "tablas de sangre" por las que se condenaba con la pena de muerte la más leve falta, pero estas sanciones eran necesarias dada la inminencia del peligro de una nueva invasión. También los francos hicieron retornar a los árabes a España, venciéndolos en Poitiers, suceso trascendental porque si los árabes hubieran ocupado a Francia, difícilmente la religión cristiana se habría impuesto en el mundo.

La acción de los francos en Italia no es menos importante. Dos poderes militares se disputaban la supremacía con encono: el Emperador de Constantinopla y los lombardos.

Los francos fueron llamados por el Papa para que lo de-

fendiesen, logrando que buena parte del territorio fuera adscripto al Obispo de Roma, creando así el poder temporal de los pontífices.

Los sucesores de Clodoveo degeneraron, delegando todas sus facultades en los llamados mayordomos de Palacio, que llegaron a ser los verdaderos reyes; a ellos se rendían los honores del caso. Nombrados temporariamente consiguieron dar a su nombramiento un carácter vitalicio y luego que esta dignidad fuera heredada.

Pipino de Heristal, uno de los mayordomos de los Reyes Holgazanes (así se los llamaba), escribió al Papa preguntando a quien correspondía el trono: si a los que tenían el poder de hecho o de derecho. El Papa Zacarías, anticipándose a sus deseos contestóle coronándolo Rey de Francia y excomulgando a quienes eligieran rey fuera de su familia.

En esta forma terminó la dinastía de los Merovingios.

ACCION POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL DEL PAPADO HASTA CARLOMAGNO; SUS CIRCUNSTANCIAS. — Cuando el Imperio Romano de Occidente desapareció por su conquista, no cayeron con él todas las instituciones que habían nacido bajo su preeminencia. Entre las que subsistieron, la de mayor importancia, estaba la Iglesia cristiana estructurada en un orden jerárquico cuyo Jefe era el Obispo de Roma (véase lección 30).

Independientemente de la tradición apostólica y de la dignidad que Roma tenía como metrópoli, la supremacía de su obispo fué favorecida por la circunstancia de no existir ningún otro patriarca en Occidente. Contribuyó también el que siendo necesario una posición uniforme frente a las invasiones bárbaras, hubo un interés en toda la Iglesia cristiana a que esa supremacía se ejercitase por el Obispo de Roma alejado de las fronteras, para centralizar la acción espiritual y la obra de los maestros y los misioneros.

Tal había venido ocurriendo desde el siglo IV. El patriarca o Papa de Roma sostenía por todo esto ser la cabeza de toda la Iglesia, y desde el momento que no existieron emperadores, comenzó a ostentar títulos y derechos imperiales. Tomó el título de Pontífice máximo, que correspondía al Jefe sacerdotal de los sacrificios de Roma, el más antiguo de todos los títulos que los emperadores habían usado.

En lo que respecta al régimen de su elección las formas cambiaron en correspondencia al significado de su rol político. A contar de San Pedro la elección del Papa de Roma se hizo por un Senado Eclesiástico de 24 miembros designados por él. Poseyendo después la Iglesia bienes temporales, a la muerte de Silvestre concurrieron para el nombramiento del sucesor el resto del clero y el pueblo; y más tarde, cuando una mayor riqueza hizo envidiable el cargo, intervinieron los emperadores para evitar desórdenes reservándose el derecho de confirmarla.

Pero simple obispo, patriarca y después Pontífice, el papado representó una enorme fuerza moral. En tiempo de León I, que mereció el título de Grande por su talento y sus acciones, salió al encuentro de Atila y alcanzó del Azote de Dios que perdonara a Roma; obtuvo lo que los ejércitos no habían podido lograr, que retrocediera sometiéndose a una fuerza puramente moral. La intervención de León cerca de Gensérico, el Vándalo, no fué tan venturosa, pero por lo menos pudo evitar el incendio de Roma. Fué el primer Pontífice de quien se recogieron los escritos.

Si en principio la política del papado sólo tendió a propagar el Evangelio y a conservar la pureza de la tradición combatiendo las herejías que se suscitaban, su mayor dignación conquistada en el tiempo, la propagación cada vez mayor del cristianismo que fué convirtiendo a los bárbaros y regularizando las iglesias cristianas de los reinos que se establecían, lo pusieron al frente de una serie de intereses materiales y sobre todo de la cultura. Se convino que la enseñanza, la instrucción, era una función de la Iglesia, lo que le dió una enorme influencia espiritual. En lo que respecta al arte, como los templos fueron grandiosos y casi los únicos mercados de la creación artística, la Iglesia orientó la producción de estas obras sobre todo cuando dió formas espléndidas y definitivas a la liturgia de la cual el arte fué un complemento.

Pero su engrandecimiento material le suscitó enemigos que aspiraban a sus riquezas. Entonces obtuvo mediante la colaboración del rey franco Carlomagno un poder temporal que la hizo respetable en ese medio de fuerza, con el llamado estado Pontificio, que le había de permitir jugar el rol de primera fila que asume en el siglo siguiente.

LECCION XXXIII

CIRCUNSTANCIAS POLITICAS Y SOCIALES BAJO CARLOMAGNO

ORGANIZACION ADMINISTRATIVA DE LAS CONQUISTAS; REGIMEN SOCIAL Y ACCION EDUCATIVA, SUS EFECTOS POLITICOS Y CULTURALES EN OCCIDENTE. — Después de los ensayos de Teodorico y Clodoveo, para establecer un régimen de unión y armonía entre los elementos germanos y romanos, que fracasa, encontramos el Imperio organizado por Carlomagno, en el cual la filosofía ve una manifestación de unidad germánica de consecuencias transcendentales para la naciente civilización medioeval.

El Imperio de Carlomagno ha sido diversamente juzgado; algunos lo han legitimado como sucesor del antiguo Imperio Romano de Occidente, juicio equivocado, porque el fundamento de un hecho no puede estar en la herencia de fórmulas sociales, sino en su justa correspondencia a las necesidades de la sociedad.

Si el Imperio de Carlomagno constituye una página de oro en la historia, no debe buscarse su razón de ser en la imitación de otras formas políticas; su carácter de legítimo surge exclusivamente de los beneficios que imprime al progreso social. Su extensión territorial no tiene las proporciones que pareciera inducir su título; estaba excluida la Bretaña, extensa y de una población numerosa, no así los demás germanos: turingios, alemanes, bávaros y sajones a los cuales asoció. En Italia existían zonas sujetas al Imperio Romano de Oriente, como la Campania, pero el resto cayó bajo el dominio de Carlomagno. Lo integraban algunas tribus eslavas situadas al Sur del Danubio, y algunos países lejanos como Escocia. En esta extensión levantó Carlomagno su Imperio; estableció un gobierno que fué dividido en grandes secciones territoriales a cuyo frente puso Condes que designaba con mandato precario, y para controlar sus acciones estableció visitadores. Fomentó las artes y las industrias y buscó desarrollar el comercio. Son famosas sus relaciones con Oriente, mediante el intercambio de Embajadores cargados de presentes, que naturalmente se tradujo en el desarrollo del comercio, especialmente con el Califa de Bagdad, quien puso al servicio de Caromagno los mejores orfebres, y pudo así desarrollarse la industria.

Además, fomenta la cultura. En la época, el mayor foco intelectual era Inglaterra, con quien se puso en contacto trayendo maestros y filósofos, formando hasta una escuela palatina: se inició así un movimiento de letras llamado Renacimiento Carlovingio.

Sin embargo y a pesar de sus enormes beneficios se debe establecer que el Imperio fué una forma política llamada a desaparecer en breve término, porque la unidad germana no tuvo el concepto exacto de lo que era "estado", concretándose todo vínculo al que unía a los individuos entre sí; además careció de un elemento que es indispensable en toda sociedad: la justicia como función social.

En la legislación de Carlomagno prima el principio de las composiciones, vale decir, que el delito no tiene pena afligente, por cuanto de acuerdo a su gravedad se paga una suma de dinero.

La organización social que resultó de la conquista germana tuvo por base la personalidad del derecho. Los elementos germanos y romanos, no se unieron, se despreciaron. Los francos son una excepción en este panorama social, y los únicos que permiten las uniones con los vencidos. Esta hostilidad cesó hacia el siglo IX, en que notamos se marcha hacia la unidad o la fusión, y cuyo proceso se revela en el lenguaje. Hacia el siglo X el latín absorbe al idioma franco y aparece el romance con leyes propias de sintaxis.

A este respecto cabe consignar que el romance franco se inicia como fenómeno social en el siglo VIII, siendo su desarrollo tan rápido que los concilios del siglo IX disponen que los sermones se pronunciaran en alemán o en romance. Este romance que no fué idéntico en todas las regiones certifica la desunión espiritual del Imperio Francia, Alemania e Inglaterra inician con el romance a perfilar su personalidad, división que acrece con el tiempo, porque a su vez cada una de ellas se fracciona.

La personalidad del derecho y el régimen diferente a que se sometió a los pueblos vencidos, hizo que las provincias del Imperio tuviesen inicialmente características propias. Entre ellas debe ser mencionada Borgoña cuya individualidad llegó hasta la creación de un rey, Rodolfo, pero que concluye por fundirse en la unidad francesa; y Bretaña, de raza céltica, que

conservó su independencia hasta que el tratado de Verdún la asignó a Carlos el Calvo. Las demás provincias se desmembraron sucesivamente hasta en reinos, pero todos ellos precarios. En el siglo IX, 29 provincias o partes de provincias se erigen en pequeños estados, y en el siglo X, el proceso de fraccionamiento continúa, encontrándonos con 55 feudos.

Dentro del régimen carlovingio, el lazo social es el vínculo que une al hombre con el hombre. Todo es adhesión a la persona, cuyo origen se encuentra en el compañerismo de las luchas por la conquista. De ahí los "fieles", una dependencia personal ennoblecida por la fe del homenaje.

Dentro de un orden de cosas ajustado a estas líneas, todo marcha o tiende hacia la servidumbre. Al fenómeno no escapan ni los hombres libres. En efecto, estos, como precio de su libertad, tienen cargas numerosas; deben mantener a los enviados del Rey, arreglar los caminos y cooperar a las empresas militares cargando con los gastos, etc. Oprimidos por el abuso y decepcionados por los sacrificios que les imponen estas cargas, se dieron a señores poderosos, que los tutelaban, enajenando su histórica libertad por una vida más tranquila. De hombres libres se convierten en vasallos, y junto con el elemento persona pasan al señor los bienes.

El imperio deparó por lo menos horas de paz relativa. Pudo entonces el pueblo, bajo el amparo de la clase militar, desaguar los pantanos, desmontar bosques, construir aldeas y ciudades e imprimir al comercio una inicial actividad. La Feria de Aquisgrán fué el centro de las compra-ventas, y en ellas refluyó la industria de todos los dominios carlovingios.

También se fomenta la agricultura, con la circunstancia de que cada región produce para sí. Esta actividad económica trae el alza de los precios, tanto en cuanto a los productos de la agricultura como a los de todas las industrias. En cuanto a los siervos fueron adscriptos a la tierra y pesó sobre ellos el pago de tributos.

El movimiento intelectual en la época de Carlomagno fué importante. El mismo Emperador aprende el griego y el latín, lo habla con sus grandes, y divulga las escuelas y la ciencia. Trajo de Italia a Pedro de Pisa y Pablo Warnefrido, conocidos hombres de letras del siglo. Al primero encomendó la escuela de palacio, cuya dirección dió después a Alcuino, sabio pertene-

ciente a York (Inglaterra) que en ese entonces era uno de los centros de cultura.

Alcuino escribió obras de gran divulgación. Hizo unos comentarios de las escrituras, unos tratados sobre liturgia y temas dogmáticos, y sobre elocuencia y dialéctica. A estos últimos dió la forma de diálogos en que el autor conversa con Carlos estableciendo sus conclusiones. En cuanto al género biográfico, escribió algunas historias de Santos y la de Carlomagno, que está perdida. También reunió la literatura civil y religiosa de la época, retirándose después a la Abadía de San Martín, donde se dedicó a rectificar las copias de los autores clásicos. Pablo Diácono, fué historiador. Redactó la "Homiliaria", una "Historia Missella" y otra de los "Lombardos". De Italia fué llevado por Carlomagno a su corte. Eginhardo, de origen franco, fué encargado de la superintendencia de los trabajos literarios. Es autor de una "Historia de Carlomagno", en que no adula al Emperador haciendo crónica imparcial de los sucesos.

También el arte recibe en esta época un impulso notable, especialmente la arquitectura en la cual asistimos a la aparición de nuevos elementos estéticos. Entre los edificios nos encontramos con la Iglesia de los Santos Apóstoles de Florencia y con la de San Miguel de Roma. Embelleció a Aquisgran levantando el palacio y la Capilla de Nuestra Señora, conocida hoy con el nombre de Aix la Capille.

Los artistas formaron logias para transformar y transmitir los conocimientos logrados y el fruto de la experiencia. De ahí la rápida divulgación de la arquitectura gótica a cuyos orígenes estamos asistiendo.

Otra de las bellas artes del siglo fué la miniatura en pintura, tanto en cuanto a los retratos como en lo que respecta a los adornos que se hacen en las copias de libros, en las guardas o letras mayúsculas.

Tres saldos positivos deja en la evolución del progreso el Imperio de Carlomagno. Son ellos el haber fundado la civilización europea, el haber difundido el cristianismo y la creación del Pontificado.

LA DESINTEGRACION DEL IMPERIO CARLOVINGIO; CIRCUNSTANCIAS POLITICAS Y SOCIALES. — De lo expuesto puede afirmarse que la unidad germana encerraba gérmenes fecundos de disolución. Su fundamento, o sea el lazo personal que unía al Em-

perador con los vasallos súbditos, ofreció una debilidad crónica del principio de autoridad porque el poder de los emperadores no fué omnímodo. Los guerreros se imponían a veces, como sucedió con Lotario y los sajones, y en cuanto a la vinculación del gobernante y gobernado se regía por las costumbres o por tratados en cuanto a la de orden público. En las prácticas germanas no existían funcionarios ni contribuciones; los mayordomos de palacio, las figuras más eminentes de la jerarquía, son simples administradores de los dominios. Tampoco existían impuestos de que en cierto modo no había necesidad por el carácter personal de la vinculación.

Los carlovingios buscaron perfeccionar esta unidad, pero sin lograrlo desde que el elemento de debilidad no estaba en las "formas" establecidas sino en el genio de los germanos. Para ellos el estado consistía en ciudades, dominios y rentas, y lo prueban cuando los dividen como una herencia privada, entre sus sucesores.

Esta falta de unidad evita las consecuencias desastrosas que hubiera tenido la prolongación en el tiempo de un nuevo Imperio, concluyendo con la sociedad por inacción. No es en su seno donde encontramos el origen del estado moderno, obra de los legistas que aparecen hacia el fin de la edad Media, al que dan forma cuando hacen del poder personal del rey sobre los vasallos, un poder público. Carlomagno, como los demás reyes bárbaros, entendían ejercitar solamente relaciones privadas, y fundándose en ellas calcularon el ensayo de organización imperial.

La reunión de los grandes del Imperio para el arreglo de los intereses generales; los "capitulares", leyes que Carlomagno inspiraba y hacía conocer con los "missi", y cuantas medidas buscaron centralizar la autoridad, fallan por esto sucesivamente, y la disolución se inicia y prosigue a favor de las usurpaciones de la aristocracia que culmina bajo sus sucesores.

La crónica de los sucesos es la prueba completa de lo afirmado. Ni el propio Carlomagno escapó a esta manera de ver y de juzgar al Imperio. Nos lo dice en su testamento, al dividir el Imperio entre sus hijos, probándonos que los estados para él, no son nada más que territorios que pueden dar rentas, y es así como en vez de conservar el Imperio unido, lo divide entre sus hijos y no en forma orgánica sino buscando la equivalencia. Es así como a Luis, uno de sus hijos, a quien dejó Alemania, le

da también ciudades en Francia e Italia, con el solo objeto de equilibrar la riqueza. No tuvo pues el concepto de estado: divide el Imperio como si fuera un bien personal, y esta falta de noción de estado es la que precipitó la ruina. No vamos a entrar a estudiar las luengas guerras con las que sus sucesores se disputan la dirección del Imperio. Ellas son estériles desde el punto de vista del progreso humano; algunas veces la corona imperial reunió bajo su solio a todos los estados, pero en seguida, por ser fórmula artificial, cae por el suelo y Europa entera se precipita hacia el feudalismo.

EL ESTADO CULTURAL CORRESPONDIENTE; EL SISTEMA FEUDAL Y SUS GUERRAS, LOS SIERVOS Y LA HACIENDA; EL CASTILLO. — Del siglo V al X se produjo en Occidente un decaimiento de la libertad no obstante el individualismo de los germanos. Concluída la conquista el hombre libre se encontró dueño de una región determinada sin otro interés que su propio existir, rodeado de otros hombres en iguales condiciones. Sintiéronse entonces enemigos los unos de los otros. Cuando alguno se hacía más poderoso, conquistaba a su vecino, quien se dirigía en queja al Emperador; la historia conserva muchos actos de Carlomagno en que ordena a los condes y visitadores la devolución de esas tierras a sus dueños. Pero estos reclamos no podían resolver la cuestión, pues todo dependía de la voluntad de Carlomagno; de allí que el hombre libre se viese en la necesidad de buscar el amparo de otra persona más poderosa, con quien contraía obligaciones entrando a una relación típica de dependencia con derechos y deberes recíprocos que se denominó vasallaje.

Este fenómeno explica la desaparición de los hombres libres y su entrada en la jerarquía feudal. Los últimos hombres libres que conservan sus títulos con honor, usaron para distinguirse unos gorros rojos, los llamados gorros frigios, que son el origen del emblema de la libertad. Esto ocurre en cuanto al régimen de las personas.

Si desde el punto de vista de las personas es fácil compenetrarnos de los orígenes feudales, viendo el asunto desde el punto de vista de la propiedad llegamos a la posesión completa de sus elementos.

Estos orígenes han sido debatidos. Montesquieu los atribuye a los elementos germanos y Roth sostiene que sus orígenes están en Roma y en las Galias, y que sin los elementos romanos no se

hubiera producido por cuanto los germanos no tenían jerarquía ni existió en ellos nobleza. La doctrina de Roth aparece contradicha leyendo los Códigos Bárbaros; en ellos encontramos, sobre todo en el visigodo, que rigió en España y en el Sur de las Galías, que el rey daba la tierra a sus súbditos y en recompensa recibía ayuda. A esta observación se ha contestado diciéndose que esos códigos aparecen recién después de la conquista — cuando ya estaban compenetrados bárbaros y romanos —. Como siempre la verdad no está en los puntos extremos, y si bien los orígenes del feudalismo se encuentran entre los germanos, es indudable que los elementos galos y romanos precipitaron la sociedad al feudalismo, que se definió sobre todo en las Galías.

Para comprender el feudalismo debemos tener presente que el factor que da la nobleza y la grandeza en la Edad Media es la propiedad, la posesión de la tierra. En consecuencia, lo más interesante es el análisis del régimen de la tierra.

A este respecto debemos distinguir dos conceptos: la propiedad romana y la propiedad germánica o alodial. Encontramos como características de ambas que el derecho de propiedad es absoluto, pero en el concepto romano la propiedad queda subordinada al estado, desde que el primer elemento que se destacaba era el ciudadano antes que el propietario, tal como pasa en la actualidad, es decir, que estaba obligado al cumplimiento de las leyes dictadas por el Estado. El concepto de la propiedad germana era diferente; el propietario era el soberano en su tierra; como nació de la conquista, no reconoce ningún derecho superior al suyo; no admitía el pago de ningún impuesto, y considerándose rey de su dominio, encimaba a las facultades comunes del propietario las de soberanía; el propietario germano era, entonces, el soberano de su tierra.

Fraccionado el Occidente germánico en pequeñas soberanías de hecho, resultaba imprescindible un principio regulador que subordinase a la clase de propietarios al Estado o a cualquiera otra dependencia que diera por resultado la articulación de esas pequeñas soberanías. Como los germanos tenían el hábito de la dependencia personal, y como carecían del concepto de estado, este elemento regulador apareció con la dependencia de las personas, y así la propiedad germana se transformó paralelamente con la persona de sus propietarios en propiedad de-

pendiente, que se llamó "propiedad beneficiaria". Esta transformación radical se hizo sin violencia de ninguna clase.

El hombre libre, sujeto a los excesos o represalias que origina su cooperación o no en tal o cual campaña, buscó el apoyo de un poderoso, y al entrar en la jerarquía feudal, convirtió su propiedad germana o alodial en beneficio. Beneficio —dicen las leyes germanas de la época— es una concesión de tierra hecha a otra persona en retribución de servicios personales; estos servicios personales no estuvieron al principio bien determinados. Debemos establecer que este concepto de beneficio no es el concepto romano sobre el mismo, pues sabemos que al fin del Imperio, Roma daba tierra a sus súbditos en retribución de servicios militares; no, esto no tiene nada que ver con el Estado; es sencillamente una relación entre dos personas, uno que daba y otro que recibía. De allí que el vasallo estaba obligado con su señor antes que con el Rey.

Para concluir de imaginar el proceso feudal, supongamos que este beneficio, al principio precario, se hace más tarde hereditario. En efecto, al principio fué "protémpora", es decir, por un período determinado; después se extendió a toda la vida del individuo, excepto por deshonor o falta de cumplimiento de los deberes correlativos; más tarde pasó a los herederos, pero necesitándose la confirmación del señor, hasta que por fin este requisito dejó de ser necesario y se hace el feudo. Todos los estados u organismos que se desmembraron del Imperio de Carlomagno sufren esta evolución al feudalismo que es un fenómeno general en Occidente. En síntesis, podemos establecer que el feudalismo descansa sobre la posesión del suelo. Toda propiedad, si bien es soberana, está subordinada a la voluntad del señor. Como atributo general puede decirse que esta dependencia del vasallo al señor fué originariamente voluntaria y por eso aparece con el juramento del vasallo; según la fórmula de este juramento, el vasallo debía al señor feudal obediencia, servicios personales, homenajes, etc., pero subordinados a la propiedad.

En cuanto a las clases subalternas de la sociedad feudal, su relación de dependencia también está en la tierra. Inicialmente agrupados en colonos y siervos, concluyeron por unificarse en esta última condición, cuyos caracteres fueron una relación directa, de adscripción, del hombre (siervo) a la tierra, que no podía abandonar, y cuyo trabajo correspondía en buena

parte al señor. En el tiempo las relaciones severas entre el siervo, la tierra y el señor, fueron suavizándose en el sentido de mejorar las condiciones del primero, defendiéndose los bienes logrados y apareciendo después un derecho de abandonar la tierra, liberarse, y hasta llegar a la propiedad de la misma. Este proceso lento llena todas las edades Media y Moderna; los últimos derechos señoriales se destruyeron por la Revolución Francesa.

Por su naturaleza misma, la vida feudal, que fué soberanía e individualidad señorial, implicó un régimen humano de aislamiento. Su expresión material es el castillo, la residencia del feudal, armado y amurado para su defensa permanente. El fué centro de la existencia de relación; refugio para unos y cuartel del poder ejercido sin límites sobre la tierra vecina. Como el derecho estaba en la fuerza, su expresión fué la guerra privada, entre señores o feudos, y la fisonomía de Occidente un medio anarquizado que sólo podía desaparecer mediante el triunfo de la jerarquía.

LECCION XXXIV

LA IGLESIA, EL PAPADO Y EL IMPERIO ROMANO GERMANICO

ORIGENES RESPECTIVOS, LA ORGANIZACION ECONOMICA Y JERARQUICA; CARACTER DE SUS CONFLICTOS TEMPORALES Y ESPIRITUALES. - LA IDEA DE LA UNIDAD CATOLICA DE OCCIDENTE. — El fraccionamiento indefinido del régimen feudal no triunfa sin que poderosas vallas se le opongan, inspiradas en el propósito de substituir la división por la unidad, creando poderes suficientes en apariencia para contrarrestar la política de aislamiento. Estos dos poderes que nacen y se definen en la época de los Hohenstaufen miran respectivamente a los intereses de la iglesia y a los de la sociedad laica, y son ellos el Pontificado y el Imperio.

La Iglesia, desde el siglo V al X, trabajó el espíritu de los pueblos germanos concluyendo por infiltrarles las líneas fundamentales de sus principios. Los germanos eran crueles, no por tendencias innatas, sino porque tales eran sus costumbres adquiridas en la vida ruda de sus selvas de origen. Esta crueldad llevábalos a excesos que Salviano describe con toda elocuencia

cuando se ocupa de la sociedad cristiana de este siglo. Si comparamos esa descripción con la que Gregorio hace de la sociedad bárbara que le fué contemporánea, veremos cuánto se debe a la acción educadora de la Iglesia.

Ambas sociedades, la cristiana y la bárbara, penetrándose recíprocamente se morigeraron. La obra fué de los misioneros y de los monjes; se hicieron grandes trabajos para mejorar los campos y disecar los pantanos, se crearon pueblos y se fundaron monasterios en soledades estériles, que la mano de los monjes convirtieron luego en regiones fértiles y progresistas.

San Benito organizó el monaquismo en la zona occidental de Europa, dando a los monjes como misión fundamental el trabajo de la tierra. No se redujeron a esta función las actividades de los monjes. Cada convento fundó escuelas donde la población vecina pudo educarse, y se ocupó en hacer copias de los libros sagrados para divulgarlos en la sociedad laica.

En un orden general la acción educadora de la iglesia no fué menos importante. Estableció y disciplinó los matrimonios, atacando la costumbre de las uniones irregulares que hasta el siglo VIII fué la forma familiar por excelencia, en cuyo asunto Carlomagno da el célebre "capitular" sobre el matrimonio.

También morigeró las costumbres de los reyes y de los nobles con exhortaciones a raíz de excesos que repercutían en el pueblo, ayudando directamente a los pobres, convirtiendo a veces a los conventos en casas de caridad, y contribuyendo con el producto de sus rentas y limosnas al rescate de los cristianos que caían en poder de pueblos de otras religiones.

Pero si la acción de los monjes y de la Iglesia, en los países donde regían instituciones regulares, fué memorable, no es menos importante el tributo que sus misioneros prestan en las regiones bárbaras, que incorpora la conquista. De Bretaña sale Bonifacio para dirigirse a Germania. Su obra de redención, como Arzobispo de Maguncia, con el apoyo de Carlos Martell, fué enorme. Triunfó de los idólatras y cuando se pensaba que el misionero iría a descansar, inicia la evangelización de los Frisones y Sajones en cuyos territorios encontró la muerte.

Esta íntima acción de la Iglesia en la sociedad germánica, convirtió al cristianismo en una de las bases de la civilización de la Edad Media.

Para posesionarnos perfectamente del desarrollo de la

iglesia y de la forma en que ésta actúa, debemos mirar a sus orígenes. El cristianismo dividió las cuestiones de la vida y del mundo en dos elementos: el cuerpo y el alma. ¿Quién gobierna las cosas del espíritu?

Desde la época antigua la Iglesia tiene la soberanía espiritual, y la ejerció dando el gobierno de las almas a los obispos. Como existen cuestiones fundamentales que no puede resolver un obispo aisladamente, sobre todo la interpretación de los textos sagrados, tales asuntos y la definición del dogma se ejercían en concilios generales.

Este sistema de gobierno de la Iglesia que se conoce por el de episcopado, es el gobierno de los obispos con el control de los concilios. Entronizado el feudalismo en occidente, este régimen dejó de ser útil. Los obispos que ejercían el gobierno espiritual, extendieron su jurisdicción, con el consentimiento tácito de los reyes, al poder temporal, nuevo orden de cosas que hubiese convertido los obispados en verdaderos feudos, en perjuicio de la Iglesia y de la Humanidad. Como ya no eran solamente soberanos espirituales, sino también territoriales, desde este momento los obispos se mezclan en la política, tienen contacto con los reyes, y éstos intervienen en la elección de aquéllos.

Hasta este momento los obispos habían sido elegidos por las comunidades cristianas, en comicios populares; pero abierto el proceso feudal aparecen electos con intervención del Rey, por cuanto son no solamente funcionarios de la Iglesia, sino también del Estado. El rey puede entonces influir en el régimen del dogma, eligiendo para obispo a personas que le son afectas. En una palabra, si el régimen del episcopado hubiera continuado a partir de este período, la iglesia hubiera perdido su unidad y se hubiera subordinado a los reyes, llegando los obispos a confundirse con la alta aristocracia.

Los males se hacen sentir. Los obispos dejaron de ser hombres religiosos; empezaron a ser verdaderos señores feudales. En una palabra se infiltraron en el régimen feudal; se alejan de la tutela de las costumbres; tienen ejércitos, como grandes señores y al frente de los mismos toman parte en las contiendas. Los reyes encuentran beneficios en las ventas de esos cargos, y como los obispados eran prósperos y de buena renta, los adquieren antes que religiosos, laicos enriquecidos. con todos los vicios de la aristocracia.

Dióse el caso de niños a la cabeza de una diócesis, en carácter de Obispo, y paralelamente a esta falta de control, el desarrollo de la avaricia, la vida de placeres, de orgías y de luchas.

Fácil es advertir cuan necesario resultaba que el Obispo de Roma, ya declarado Pontífice, adquiriera un poder efectivo para el contralor de la propia Iglesia. Así ocurrió, pero como su autoridad se fundaba en la fe y ésta no tiene más límite que los de Dios, los reyes vieron en él un peligro que podía absorberlos. Nace en ellos el instinto de defensa, y chocaron porque la sociedad no puede tener dos cabezas; uno u otro debía triunfar.

El concepto absoluto levantado por el Papa, de ser él, como representante de Dios, a quien correspondía asignar los imperios y los reinos, hubiese llevado a Europa al despotismo o a la teocracia. Sus enemigos naturales eran el genio de las nacionalidades y la independencia de la razón, valores sociales que hicieron fracasar el programa del Pontificado.

No obstante debemos reconocer que el Pontificado, al crear la unidad cristiana, formó sentimientos generales, una cultura continental, una conciencia en cuyo seno la Edad Media hace aparecer a los pueblos como partes de una gran república.

Pero para que la Iglesia pudiera llevar la luz al mundo, necesitaba primero llevarla a su propio seno, para lo cual era primordial que apartase a sus hombres de los goces del mundo, de la propiedad y del matrimonio, llegando al celibato, a la comunidad de bienes y al sacrificio, programa que el Pontífice impone al clero.

Ello era imprescindible. El siglo X (1045) ofreció el espectáculo de tres Papas que se dividen por contrato las rentas del Pontificado, y el de monjes que se casaban o llevaban mujeres a sus conventos dándoles el título de sacerdotisas. Si el Pontificado no se hubiera apoderado violentamente del poder espiritual, la iglesia hubiese perecido envuelta en la anarquía del feudalismo.

Gregorio VII fué el hombre que lo encarnó, llenando la misión que las condiciones de la vida le imponía. Su obra debe estudiarse bajo dos puntos de vista: desde el de sus luchas contra el Episcopado, y del de aquellas contra el Imperio. Las luchas contra el episcopado se efectuaron entre el poder del

Papa y el de los obispos, abriéndose con una serie de decretos contra la simonía y el concubinato.

La simonía es la venta de los objetos religiosos y el concubinato en el hecho, la formación de la familia en el gremio sacerdotal, y el propósito de que los hijos ocupasen las dignidades eclesiásticas por herencia. Estos decretos tuvieron una oposición fuerte de los obispos y del clero, quienes se sublevaron. Los Arzobispos de Maguncia y Possan se pusieron al frente de las protestas, reuniéndose y llegando a firmar la deposición de Guillermo VII, el que buscó el apoyo de la conciencia de su siglo, recurriendo a los laicos; y no se equivocó pues la conciencia de la época repudiaba los hechos vergonzosos del clero, y se la vió echando a los monjes que no eran virtuosos de las iglesias y conventos.

La lucha con el Imperio no busca solamente regularizar a la Iglesia con disposiciones que establecen que sólo los religiosos podían llegar a las dignidades eclesiásticas, es decir, que no podían ser elegidos los laicos, y que los religiosos que llegaban a estas dignidades no lo hacían por su nacimiento, sino por la santidad de su vida.

Si el poder civil elegía a los obispos y si el Pontífice les tomaba el juramento y reglamentaba las designaciones, ¿qué criterio era el que en definitiva debía primar? Si el Obispo estaba obligado a cumplir sus deberes para con el Rey, ¿cómo iría a obedecer al Papa?, y si dependía del último, ¿cómo cumpliría con el primero?

La cuestión era grave, esencial, y su debate produjo las luchas llamadas de las investiduras.

Los reyes reclamaron en nombre de la jerarquía feudal. La protesta se hizo y se encendieron guerras; el Papa ante las protestas de los reyes buscó una fórmula de arreglo y dijo: "Si el Obispo depende del Rey por su poder territorial, para que no dependa del rey y sí del Papa, que abdique las propiedades, el poder temporal", pero los obispos resistieron la fórmula de Gregorio VII y el pueblo los acompañó con toda justicia, porque en aquel siglo la Iglesia sin la posesión de la tierra hubiera perecido.

Las luchas se cierran con el concordato de Worns, en 1182, en el cual el Emperador renuncia a investir con el anillo y el báculo, concede libertad para las elecciones, en su presencia, y

el elegido recibe de él regalías por medio del cetro, debiendo cumplir los deberes a que de derecho quedaba obligado.

Algunos anhelosos de la preeminencia del papado resistieron, pero la opinión pública estuvo con el Emperador, como en la cuestión del celibato y de la mejor disciplina de la Iglesia estuvo con el Papa.

EL PERIODO DE LOS STAUFEN; SU APOGEO Y SU FIN; EFECTOS POLITICOS Y SOCIALES. — Cuando organizaron el "Santo Imperio Romano de la Nación Germánica", los germanos rindieron un culto tácito hacia el viejo Imperio Romano, creyendo que esa creación era el legítimo heredero de aquél, y con este espíritu levantaron sus mismos ideales. Es falso este punto de vista; el Imperio de la Edad Media no fué hijo ni consecuencia del Imperio Romano, sino el resultado de la suma de los elementos germanos y de los que ofrecía el cristianismo. Por otra parte, no fué poderoso; a pesar de sus nombres pomposos fué orgánicamente débil. La raza germana tenía el genio de la división por su espíritu de tribu, y por esto no pudo crear un imperio firme.

Respecto al ideal del Imperio de la Edad Media, se ha discutido mucho; los germanistas sostienen fué el de una monarquía universal, en el sentido de absorber a todos los estados, teoría justificada por el "tríptico" que profesa la época: un solo Dios, un solo Papa, un solo Emperador.

Ese imperio no tuvo la noción de estado; fué antes que una institución nacional, una institución personal, lo que acarreó su disolución. En vano talentos claros procuran sistematizar la doctrina del imperio, entre cuyos tratadistas tenemos al Dante, quien en su libro sobre el Imperio, sostiene es la institución legítima de la Edad Media, estableciendo que solamente estando toda la tierra en poder de un solo hombre, podía llegarse a la paz condición esencial para el progreso. Este concepto es equivocado; así como las regiones de la tierra se caracterizan por su clima, las razas tienen su genio particular ante el cual no puede admitirse la sujeción de toda la humanidad a una sola manera de entender la vida.

Al Imperio Germánico también se le llama Sacro, queriéndose caracterizar que contaba con el apoyo de la Iglesia. No obstante ello resulta una ilusión ante las querellas entre el Imperio y el Pontificado que llenan toda la Edad Media.

Respecto a los orígenes del Imperio se debe establecer que a la muerte del último carlovingio que ocupara la corona de Alemania, Conrado el Sálico envió los atributos de Rey a Enrique, llamado el Pajarero, porque cuando le llevaron las insignias reales, lo hallaron cazando con un halcón. Príncipe de gran energía, su actividad le permitió defender las fronteras, creando para robustecerlas, villas a las que atrajo a la población de la campaña. Dió a estas villas una serie de privilegios, como el derecho a organizar asambleas públicas donde podían elegir sus autoridades interiores, y la constitución de gremios.

Su hijo y sucesor, Oton, multiplicó los beneficios.

El Emperador nombraba duques, grandes funcionarios destinados a prestar auxilio y defender los derechos de la población, pero los duques se afirman en el poder de tal manera que el Emperador no pudo destituírlos cuando faltaban a sus obligaciones.

Para controlar el servicio de estos duques, nombró "missis"; reprimió los desórdenes internos con mano de hierro, en Alemania, pero como éstos se relacionaban con los de Francia, la invadió; también expediciona sobre Italia donde favorece la organización de las ciudades y a la que fuera para ser coronado Emperador por el Papa.

A la muerte de Enrique el Santo, último de la familia de Sajonia, los duques, los obispos, etc., reunidos en la Isla del Rhin, eligen a Conrado, Príncipe de la Casa de Franconia, que insistió en el programa trazado por Oton. Guerreó en Francia e Italia; para someter a los nobles de Italia, dicta la ley de los feudos de 1037. Los nobles de Italia sostenían que los pequeños feudos eran dados en recompensa y que muerto el recompensado, el feudo pasaba a poder del señor, es decir, que tenían la duración de una vida.

La ley sobre feudos de 1037 establece que los pequeños feudos no eran dados en recompensa, sino que se heredaban, principio que consolidó el poder en Alemania pero fracasó en Italia.

La grandeza del Imperio germánico no se debe a su transcendentalidad dogmática, sino a la eminencia de los hombres que ejercieron la dignidad de Emperador. Junto a Oton el Grande, son famosos los otros Otones, los Federicos y Enriques, filósofos y políticos eminentes que dieron al Imperio la energía

personal que los caracterizaba. Debemos advertir que la grandeza del Imperio fué proporcional al prestigio de sus beneficiarios, porque su organización era débil, dado su carácter electivo.

Como ejemplo de su deficiente organización, tenemos que para conquistar el título de Emperador, los príncipes germánicos debían ir a Italia, haciendo a su paso verdaderas campañas, para luego, con el título a cuestas, retornar a Germania. Pero ocurrió muchas veces que después de haber repasado los Alpes, sus súbditos italianos no los reconocían, teniendo que hacer nuevas campañas para ejercitar el título. El Emperador tenía tres prerrogativas: la administración de justicia, imponer los impuestos y exigir el servicio militar, pero estas funciones no las practicaban con un sentido absoluto, porque el espíritu de tribu hizo que sus grandes vasallos usurpasen esas mismas funciones, dentro de sus feudos, limitando la autoridad del Emperador a los límites de su propio territorio.

En cuanto al mando militar se dió el caso de que más de una vez sus vasallos lo abandonasen en terreno enemigo. Esta debilidad del Imperio era fomentada por el Papa en el interés de que el Imperio no fuese tan poderoso, porque hubiera absorbido a la Iglesia.

La filosofía encuentra en esta debilidad del Imperio Germánico la circunstancia providencial que posibilitó la definición del nacionalismo, la fórmula triunfante de la cultura contemporánea.

CONFLUENCIA DE LAS CORRIENTES CULTURALES MUSULMANA, MONASTICA Y BIZANTINA EN OCCIDENTE; SU CONTRIBUCION Y SUS RESULTADOS. — Sobre este panorama social y político tres corrientes culturales afluían para formar el espíritu de Occidente. La primera, proveniente de la civilización musulmana adueñada de España, la hemos documentado en las relaciones amistosas que unieran a Carlomagno con los Califas; sus caracteres fundamentales habrán de exponerse cuando tratemos de esa civilización. Los árabes en su contacto con el Imperio de Oriente habían traducido a esa lengua los libros de los filósofos griegos y entre ellos los de Aristóteles. Sus doctrinas que influyeron en el mundo musulmán, pasaron por España a Occidente, en el cual sólo Platón y los neoplatónicos habían sido introducidos a través del pensamiento de San Agustín. Cabe advertir que los pensadores musulmanes no eran todos árabes. Los ele-

mentos judíos, que desde antigua data se habían domiciliado en España, encontrados cuando la conquista arábica, actuaron en el movimiento intelectual de esa península y a través de los Pirineos, influyeron en Occidente. Judá Haleví fué el más grande poeta judío de la Edad Media. Sus ideas sobre religión y filosofía están consignadas en el libro "Cuzarí". Pero más notable fué el rol de Maimonides, llamado el Moisés de España. quien escribió en árabe y en hebreo, estudió el calendario hebreo, la lógica y un famoso comentario de moral y psicología. Pero fué con la "Guía de los descarriados" que ejercitó mayor influencia sobre el pensamiento europeo, en la que sintetiza su filosofía y metafísica. Es un aristotelista que asoció a través de estas ideas la ciencia griega con la sabiduría bíblica.

La segunda de las corrientes culturales fué la bizantina, con cuyo nombre se conoce a una mezcla de los antiguos elementos helénicos con los orientales, espíritu ecléctico que al mismo tiempo fué creador de obras bellísimas. Esta cultura influyó más notablemente en el arte (lección 40).

La última de las corrientes culturales fué la monástica, o sea la que tuvo su manantial en la misma zona geográfica de Europa, pero surgida del seno de los hombres de la iglesia congregados en los grandes monasterios. Verdaderos refugios. prestigiados y defendidos por el sentimiento religioso, estas casas creaban el medio de paz y desinterés propio de las especulaciones intelectuales, y de su seno salían los doctos que actuaban en la vida civil, como lo hemos apuntado al aludir al renacimiento carlovingio. Ellos estructuraron el pensamiento católico de la Edad Media (lecciones 36 a 38).

En la escuela de York se educó Alcuino, Jefe de la escuela llamada Palatina, es decir, del palacio Imperial, y de quien se dijo fué el primer Ministro intelectual de Carlomagno.

Escoto, que actúa en París en tiempos de Carlos el Calvo, toma de San Agustín su idea central, que es la identidad de la verdadera religión y de la verdadera filosofía, pero estableciendo que la razón, que es más antigua, debe pasar delante de la autoridad de los Padres de la Iglesia.

El carácter de la ciencia carolingia y de toda la ciencia hasta el siglo XI, es la receptividad, el tradicionalismo. Se comentan, se hacen extractos y la autoridad de los Padres es admitida sin disputa. Sólo se aplica la dialéctica a la teología, re-

ducida a la explicación de la escritura y a la clasificación de las opiniones de los Padres. El más citado de todos es San Agustín, siguiéndole San Gregorio el Magno.

LA CIVILIZACION JERARQUICA Y EL FLORECIMIENTO DE LA CULTURA MEDIOÉVAL ENTRE LOS SIGLOS XI Y XIII. — La acción de estas corrientes culturales fué intensa del siglo XI al XIII, y una de las causas del advenimiento de lo que se ha llamado la civilización jerárquica de la Edad Media.

La anarquía de la nobleza llegó a su expresión máxima en el siglo XI. Fué una contienda interminable en que luchaban entre sí para ampliar sus dominios territoriales o vengar ofensas, y en otras ocasiones para despojar a mercaderes o poblados. El cristianismo sólo había influído en sus espíritus, llevándolos a bautizarse, oír misa, ayunar y comulgar, pero fuera de estas prácticas formales la libertad de acción no estaba trabada por ningún otro lazo.

La poesía heroica nacional, creada sobre la base de antiguas leyendas y tradiciones, era el único motivo espiritual de enlace. La canción de Roldán, las más antiguas de la gesta francesa, el canto de los Nibelungos, influían para poner en el medio un matiz romántico caballeresco. Sus poemas heroicos ofrecen un espíritu guerrero y nobiliario de elevado valor humano.

Sobre esta anarquía, del siglo XI al XIII, se edifica una nueva ordenación social en que los castillos de los barones actúan como las células funcionales. Al abrigo de sus muros se desarrolla una vida doméstica y la familia y el hogar se saborean en las veladas del invierno cuando se suspenden las expediciones de guerra y de caza. Ejercicios de armas, la práctica del baile y del ajedrez, el mejor arreglo de las habitaciones, el nacimiento del culto de lo hermoso, y los primeros ejercicios del intelecto, comienzan por abrirse paso en la vida de los barones. Fuera de los castillos pero a su amparo, pequeñas colectividades de hombres se someten al noble en base a su protección contra el ataque de terceros, y aun cuando el barón es arbitrario respecto a estos labriegos y artesanos, nace un sentimiento protector y una relación paternal con respecto a los siervos.

La nobleza dueña de propiedades pequeñas, ha ido asimismo sometiéndose a los príncipes, adviniendo un proceso de or-

ganización feudal, en que el señor, el vizconde, el conde, el duque, son otras tantas denominaciones de las etapas cumplidas. Un derecho que nace de la costumbre y que a veces se determina en contratos, va creando derechos y obligaciones, mientras los condados y ducados cada vez más extensos se convierten en reinos verdaderos con dinastías de príncipes: prohiben la guerra a los señores sometidos, allanan sus castillos, establecen tribunales y funcionarios, y tratan de atraerse a los barones a sus formas de gobierno con la vida cortesana, organismos centrales y asambleas conciliarias. En lugar de los castillos sombríos del siglo XI, estos príncipes organizan verdaderas cortes como las de Flandes, Champagne y del Medio Día de Francia.

Junto a esta organización de la nobleza, se observa una determinación más exacta de la frontera que la separa de la clase mercantil, de los nuevos municipios, como del clero que va conquistando fuerza. Naturalmente ambos ven en ella un enemigo, y como las distancias se ahondan, la nobleza busca una mayor estabilidad desterrando de sus hábitos las manifestaciones anárquicas y guerreras de los barones. Como es necesario conservar fuerzas, la herencia ya no se divide; pasa al primogénito mientras los hermanos menores viven en las cortes como vasallos. Como todos no se conforman, aparecen los caballeros andantes que ambulan poniendo sus brazos y espada al servicio de un príncipe o corren aventuras. Los torneos caballerescos se establecen como práctica en compensación a las antiguas guerras privadas, y los caballeros van de corte en corte en busca de fama y riqueza. Junto a los torneos nace la práctica del recitado de poemas heroicos, y el grito de "Cuenta, Cuenta!" resuena en el siglo XII como expresión de la energía que no puede desarrollarse en la vida real.

DIVERSA INFLUENCIA ECONOMICA Y CULTURAL DE LAS DISTINTAS CRUZADAS (LAS DE ORIENTE Y LAS DE OCCIDENTE). — Las cruzadas fueron hechas por el Pontificado y la caballería, como quien dijese la cabeza y el brazo de la Europa Feudal. Ambos se encontraban, al iniciarse las cruzadas, en su máximo de poder, y cuando terminan el pontificado y la caballería están en plena crisis. La cristiandad, que obedecía al Papa, ya no lo obedece, y el feudalismo se liquida.

La aristocracia guerrera dió paso a la libertad y a la igualdad, y las preocupaciones religiosas dieron lugar a otras clases de intereses: los comerciales.

Las cruzadas fueron imprescindibles para que esta nueva era apareciera.

El feudalismo no tenía fuerza para transformarse en libertad, la que a su vez hubiera perecido porque era contraria a la Iglesia y al poder real. Los últimos hombres libres que quedaban en Europa, que escaparon a la jerarquía feudal, hubiesen sido insuficientes para lograr el imperio de la libertad.

Las primeras cruzadas se efectúan en nombre de la religión, pero las que le siguen con ese pretexto ponen su interés en el comercio. Esto es fácil comprobar recordando que las primeras cruzadas se dirigen a Palestina, lugar del Santo Sepulcro, y que las otras van a los centros donde se debaten intereses comerciales, por ejemplo, de las ciudades italianas a las del litoral del Mediterráneo. La vida reducida al panorama contemplado desde el castillo, durante el feudalismo, se amplía en el sentido de las ciudades y los puertos, después en el de los mares, para comprender sus litorales y las zonas vecinas. Desde este momento, el siglo XIII, las cruzadas casi pierden su carácter religioso; son comerciales, y su resultado es activar la vida de relación valorizando regiones determinadas y definiendo el poderío de los estados.

Sobresalen dentro de este aspecto las ciudades italianas del Mediterráneo que prosperaron grandemente. Venecia fué la reina, no sólo del Adriático, sino también de todo el Mediterráneo.

Se desarrollaron las industrias y se despertó el amor al lujo y a los productos ignorados; los pueblos se relacionan con Oriente, de donde se introdujeron la seda, la caña de azúcar, las especias, etc., vale decir, se divulgaron estos productos entre las poblaciones, y junto con ellos costumbres y hábitos. Sabemos que el desarrollo del comercio y de la industria exige un régimen de paz. En la guerra y en las contiendas no se pueden desenvolver el comercio y la industria, y por ello encontramos en este aumento de la riqueza el germen de una nueva conciencia.

Las cruzadas unieron en el esfuerzo común a nobles y villanos; más de una vez se presentó el caso de grandes señores que se sacrificaron para salvar a sus siervos, y es lógico que estos sentimientos, que los unió como soldados, trajeran, cuando regresaron de Tierra Santa, la morigeración de las costum-

bres. Con ellas aparece como una fórmula de libertad. En la Edad Media los siervos se hallaron adscriptos a la tierra, pero cuando se producen las cruzadas, basta que un siervo manifieste su voluntad de cruzarse para obtener la libertad. Cruzarse era romper el vínculo que lo unía al feudo.

Los siervos cruzados cuando regresaban, gozaban derechos de hombres libres, entrando en esta forma en la consideración de los señores.

Vistiendo la túnica blanca con la cruz roja de los cruzados, los villanos y siervos nacen a un nuevo espíritu, que es el de dignificación de la personalidad, nuevo espíritu que ejercitaron en la guerra y en los feudos de origen, a la vuelta. El cronista Guillermo De Tiro dice que las gentes de a pie llegaron en el sitio de Nicea a elegir un caudillo dejando a un lado a los nobles. Estos sentimientos nuevos implican un espíritu de igualdad y fraternidad que fué general en los siervos y los señores. Con respecto a los últimos, surge de la lectura de las cartas de emancipación dadas antes de partir para las cruzadas, durante los siglos XII y XIII.

Las cruzadas son el principio de la Edad Moderna, en que el hombre vive lo general y lo universal. Ellas rompieron el aislamiento del feudalismo y engrandecieron al espíritu. Cuando reunidos los cruzados, iniciaban la campaña, anotaban la existencia de lazos, de vínculos de sangre, de genio o de idioma, y estos lazos agrupaban a los hombres y definían las estirpes.

Fué el advenimiento de una nueva condición humana, la definición de los gérmenes del nacionalismo, cuya expresión fueron los cantos con que los troveros conmemoraban los hechos memorables de los paladines.

En síntesis, al empezar las cruzadas, cada señor es soberano en su tierra, y en Europa existe un régimen de aislamiento.

Al terminar, nos encontramos existen naciones, y sobre ellas se encuentra como la intuición de una unidad más grande, aurora del sentimiento de humanidad.

Dentro de esta influencia general o cíclica de las cruzadas, cabe distinguir la especial de aquéllas que se dirigieron a Occidente, de las que se marcharon a Oriente. En cuanto a las últimas, ellas abrieron de par en par las puertas de civilizaciones extrañas, descubriendo a los europeos el Oriente y el mundo

arábigo, la cultura bizantina y muchos elementos de la cultura clásica. La influencia de estas civilizaciones extrañas constituyen juntamente con el desarrollo peculiar de la Caballería y con las tendencias sentimentales cristianas, el sello de los siglos XI a XIII. En cuanto a las de Occidente crearon un medio que fué como una pugna de naciones y como una mezcla de culturas. En el Imperio Anglo-Normando, creado por Guillermo el Conquistador, en torno al Canal de la Mancha, franceses, ingleses y anglosajones luchan y compenetran sus culturas. El norte y el sur de Francia se descubren y fecundan; Bizancio y El Islam se abren para la Europa Occidental, y mientras los clérigos elaboran la Biblia y las leyendas en las poesías profanas, las escuelas despiertan muchos elementos de la literatura clásica.

Los nuevos contenidos ideológicos y tonos sentimentales que penetran en las conciencias, procedentes de culturas distintas (antigua, cristiana, oriental y celta), se funden en los más felices momentos, constituyendo nuevas creaciones. Es un estado en oposición al concepto clásico, sereno y claro en sus apreciaciones, estado de indiscutible sello romántico.

LAS ORDENES RELIGIOSO-CABALLERESCAS Y SU DESARROLLO Y PODERIO. — Las sagradas escrituras describen la carrera del cristiano como un servicio bélico en lucha por la fe. En los siglos II y III se habla de la Iglesia militante, de los luchadores de Cristo; el bautismo es comparado con el juramento de los soldados a su bandera, y como la Iglesia se convence de que el poder armado es una necesidad, asiste a los guerreros que buscan su apoyo y les solicita el de su brazo para protegerse. Los guerreros incrustan reliquias en el puño de su espada, salpican con agua bendita sus arreos militares, y la iglesia incluye entre sus santos a San Jorge, caballero de Capadocía, que dió muerte al dragón y libertó a la princesa, con el cual el antiguo matador del Dragón de las leyendas heroicas adquiere carta de ciudadanía en el cristianismo.

A fines del siglo XI, los clérigos bendicen las armas de los jóvenes guerreros, y hasta los invisten. Nace en los caballeros el deber de convertirse en espejo de las virtudes cristianas poniendo su espada al servicio de la Iglesia, de las viudas y de los huérfanos. Durante este siglo y el XII la mayoría de los obispos y abades, en razón de las propiedades de la Iglesia, integran la jerarquía feudal. Pero la Iglesia no interviene única-

mente a través de la caballería y de sus dignatarios, actuando de acuerdo a la jerarquía feudal. La paz del cristianismo medioeval implicaba la guerra permanente contra los que no pertenecían a la Iglesia ortodoxa. San Bernardo crea la regla de la primera orden militar de la Iglesia, condena la guerra, pero establece que combatir contra los infieles es combatir por Dios. Santo Tomás inspira a los monjes caballeros, y ellos vengan las injurias de Dios, y junto a éstos los canonistas enseñan que la guerra contra el infiel es legítima.

Con este espíritu la Iglesia fundó y actuó por medio de órdenes religioso-caballerescas, entre las que pueden mencionarse las de la gloriosa Virgen María (1233), para proteger a las viudas y huérfanos y procurar la reconciliación de las familias; del Aguila de San Miguel (1171), en Portugal; de la Paloma (1388), para la defensa de la fe católica y los reinos de Castilla; del Navío y de la doble Luna (1269), para estimular a las cruzadas; de los Hermanos Hospitalarios, conocidas también como de Caballeros de San Juan de Jerusalén, de Rhodas y de Malta (1099), que fué orden militar y religiosa ajustada a las reglas de San Agustín. Particularmente, a contar de 1530, se denominaron Caballeros de Malta, siendo el terror de los Musulmanes. Su misión fué la de constituir una verdadera muralla a la penetración árabe en el deslinde meridional de Europa, y como contaron con un apoyo general se desarrollaron poderosamente.

LECCION XXXV

LA SOCIEDAD Y EL ESTADO ENTRE LOS SIGLOS XI Y XIII

ESTRUCTURA SOCIAL, CLASES Y JERARQUIAS. — La jerarquía feudal se caracteriza por la definición de clases. Si el feudalismo se hubiera entronizado estas clases se habrían transformado en castas cerradas, llevando a la sociedad al estatismo.

El régimen de castas que perdura en la India nos presenta el espectáculo de un pueblo atado, idéntico en el tiempo, no obstante los progresos modernos; sometidas al capricho de una minoría, recién ahora empieza a sacudir su letargo influído por el dinamismo nacionalista. La Europa hubiera terminado en el régimen de castas si las cruzadas no hubieran mezclado las

clases sociales de señores y de siervos. Se hacía necesario una evolución, para que la cultura desenvolviese ampliamente la condición de libertad, tan esencial al hombre, y ella se produce sobre la base del principio de debilidad que encerraba el feudalismo. Este principio débil fué la prestación del servicio militar, que el vasallo debía al señor, y cuya exigencia sacó a los feudales de su aislamiento preparando la definición de sentimientos nacionales. Sobre este principio actuaron una serie de circunstancias que podríamos agrupar en las cruzadas, la organización política y social, y la hegemonía del poder real.

Por ahora, refiriéndonos a la estructura social de este período, debemos establecer que tanto la nobleza como las clases dominadas tuvieron en su seno elementos o formas determinadas que prepararon la evolución y crearon la base de dignificación individual que explica la sociedad moderna.

En cuanto a la nobleza, el caballero fué su arquetipo en los siglos XII y XIII, como el barón lo fuera en el siglo XI. Nobles de origen, a veces dueños de pequeñas propiedades, entran al servicio de poderosos barones. Algunos demasiado pobres para procurarse una armadura costosa y un corcel, actúan de escuderos hasta que sus servicios les hacen conquistar las armas y el caballo. Entonces reciben el espaldaraso que los convierte en caballeros, y como estos pertenecen a una orden que tiene su definición social, son como una nobleza dentro de la nobleza; es una nobleza individual, que no se transmite por herencia, que sólo se adquiere por los méritos y la actuación en la vida, que no está ligada ni a la propiedad ni al vasallaje. Sin embargo es la portadora de la cultura nobiliaria durante los siglos XII y XIII, ya frecuente las justas de las cortes o actúe en las Cruzadas. A los barones y a la poesía de los barones suceden la cultura caballeresca cortesana y la poesía aventurera y caballeresca.

Las clases dominadas tienen a su vez sus elementos mejores en aquéllos que desligándose de la tierra, a la que estaban adscriptos (en su mayoría como siervos) se agrupan en villas y ciudades.

LOS TIPOS DE ESTADO: LAS COMUNAS ITALIANAS; LOS REINOS NORMANDOS DE ITALIA; SUS CARACTERISTICAS Y SITUACION HISTORICA. — Esta jerarquía del feudalismo era eminentemente personal; era un vínculo privado que articulaba al Emperador o al

Rey con el último de sus gobernados a través de un orden de enlace que daba a la sociedad el símbolo de la raíz de un vegetal, en la cual el tronco estaba representado por el príncipe.

Tal jerarquía no es la que corresponde al estado en su concepción política. El lazo de unión entre los miembros de un estado es de carácter público; se pertenece a él sin motivo alguno de persona, sin esa vinculación privada que se encuentra en el vasallaje. En consecuencia, los reinos de los siglos XI a XIII no fueron estados, como tampoco fueron los reinos de la época carolingia.

Era imprescindible una evolución que convirtiese el vínculo privado en público, la que se produce entre los siglos XIV y XV. Es posible que ella se hubiese anticipado, si las Cruzadas, durante los siglos XI y XII, no hubiesen librado a la sociedad feudal de elementos que eran gérmenes de exaltación.

Bajo la dirección de los Normandos, los habitantes francos de Angulema, Borgoña y Flandes se dirigieron a Inglaterra en tiempos de Guillermo el Conquistador; otros fundaron en Nápoles y Sicilia un reino francés; en la Península Ibérica barones franceses ayudan a Aragón en su guerra contra los árabes, y una casa borgoñona funda en Portugal un nuevo reino. El Papa Urbano convence a los señores franceses de que la nobleza era demasiado numerosa para su país, la cual crea la paz interior al ausentarse de Francia y trasladarse al Oriente, que durante un siglo hicieron escenario de sus hazañas.

Pero si con respecto a los reinos la evolución del vínculo privado en público se posterga hasta fines de la Edad Media, las primeras formas del estado advienen durante este período en Italia, a favor de una serie de circunstancias coincidentes que surgen de los conflictos entre el Pontificado y el Imperio.

Las guerras civiles tienen por lo menos la ventaja de que obligan a los gobernantes a consultar los deseos de los súbditos, a ganar su adhesión, que constituye su fuerza, y a compensar con la concesión de algunos privilegios los servicios que les exigen. Teatro de esos conflictos la guerra fué general en Italia, actuando en ella fuerzas nacionales. Cada ciudad armó sus milicias, que mandada por sus magistrados atacó a los nobles vecinos o a las ciudades del bando contrario; cada ciudad se consideraba como un todo, como un estado independiente con aliados y enemigos, y cada ciudadano sentía un noble patriotismo, no

por el reino de Italia, el Emperador o el Papa, sino por su sola ciudad. Cuando los príncipes les concedieron el derecho de fortificarse, las autorizaron a reunir a sus ciudadanos al toque de una campana para concertar la defensa común. Estas reuniones denominadas Parlamentos ocurrían en la plaza central, compitiéndoles la designación de cónsules para la administración de la justicia y el mando del ejército. Estas milicias en que los ciudadanos se dividían en cuerpos, conforme a las participaciones locales, eran conducidas por alferes, llevándose el símbolo de la ciudad en el *carroccio*, una especie de carretón y altar al que se daba el carácter de Arca de la Alianza. Adoptado en Milán se lo usó por las demás ciudades italianas. El Parlamento elegía también un Consejo secreto que asistía al Gobierno, y un Gran Consejo del pueblo que preparaba las decisiones que debían someterse a aquellas asambleas. La renta pública se formaba de derechos de entrada que se cobraban en las puertas de la ciudad, y de contribuciones de los ciudadanos, en los momentos de peligro. La industria produjo el enriquecimiento de estas ciudades, y como los hábitos de sus vecindarios siguieron siendo modestos, la fortuna privada pudo voluntariamente engrandecerlas. Murallas, torres, templos, palacios públicos para los magistrados, etc. certificaban en todas ellas la solidaridad de la vida comunal. El espíritu republicano se concretó en constituciones sabias, magistrados celosos y ciudadanos patriotas y capaces de grandes empresas. Las guerras aludidas generalizaron este espíritu de libertad y patriotismo en las comunas de Lombardía, Piamonte, Venecia, Romaña y Toscana, que en esta forma llegaron a igualar, por su sentido de la vida pública, a aquellas otras que subsistieron en carácter de ciudades libres, de las ruinas de los Imperios Romano de Oriente y Occidente y que escaparon a la conquista lombarda.

El sur de Italia hasta el año 1000 había escapado a una conquista seria; en esa época llegaron a Salerno unos aventureros normandos descendientes de los terribles corsarios que habiendo devastado Francia, y que concluyeron por radicarse en la Neustria donde se hicieron cristianos. Desde ésta su segunda patria pasaron a Italia meridional, actuaron en sus ejércitos, y concluyeron por conquistar para sí la Pulla, la Calabria y la Sicilia. Poco después se apoderaron de los principados lombardos de Benevento, Salerno y Capua. Uno de los Jefes nor-

mandos. Rugeiro II, fué coronado (1131) por el Anti Papa Anacleto como Rey de las dos Sicilias.

Lo que caracteriza a estos reinos normandos fué el procedimiento electivo de los doce condes que se dividieron el país y construyeron otras tantas fortalezas para la defensa de sus vasallos. Los asuntos generales eran tratados en reuniones solemnes de los condes, una de las cuales eligió al Rey, que fué proclamado por el ejército. Fué una verdadera República Feudal.

Cuando terminan sus conquistas establecieron un régimen que poco a poco une a vencedores y vencidos. Acostumbrados en su patria a reunirse en asambleas legislativas y judiciales, conservaron ese hábito, admitiendo después en ellas a los indígenas. En su origen los barones y los eclesiásticos eran los únicos que tenían asiento en esos parlamentos, divididos en dos brazos, pero cuando las villas adquirieron el derecho a rescatarse, para no depender más que de la autoridad real, se admitió un tercer brazo, llamado domanial, porque estaba reputado como dependiente de ésta.

La organización política de Italia se completó con ciudades libres en el litoral de sus mares, entre las que se destacan Venecia, Piza y Génova famosas por el gran poder de su comercio y su intervención en las cruzadas.

La vida de estas comunas no se tradujo únicamente en su intervención en las guerras generales y en las que mantenían entre sí, individualmente u organizadas en liga, como la de Toscana, la de Lombardía, etc. También sufrieron un proceso interno que generalmente no fué pacífico, entre los ciudadanos y los nobles, admitidos después dentro de sus muros, y entre los ciudadanos de la clase superior, que administraban el gobierno, y los de las clases más bajas que pedían una igualdad más completa.

Esta evolución puede anotarse observando lo que ocurrió en Florencia, cuya constitución era totalmente democrática, excluyendo de toda participación en el gobierno a los nobles. A pesar de los enunciados de soberanía popular, se había creado de hecho una división al clasificarse a los ciudadanos en 21 corporaciones de artes y oficios, cuyas 7 artes más elevadas se distinguían con el nombre de mayores. En ellas solamente se elegían los magistrados; se designaban así mismas nobles del pueblo, y a ellas pertenecieron hombres virtuosos y de talento que

se distinguieron en el gobierno de la República. Divisiones entre las familias de estas clases suscitaron la reivindicación al gobierno de los ciudadanos de las artes menores, crisis que estalló en 1378 con suerte diversa. Luchas, anarquía, reacciones, períodos de paz relativa, etc. nada pudo contener un proceso de usurpación del poder público que pasó a jefes y familias influyentes, y que trajo la decadencia de estas comunas.

LAS CONCEPCIONES Y CONTRADICCIONES POLITICAS, GUELFOS Y GIBELINOS. — Estas luchas en Italia, en las cuales actuaban la nobleza rural, las comunas, el Emperador y el Pontífice, encierran en sí dos concepciones políticas contradictorias, cuyo poder de atracción centraba a las ciudades en el problema de la realidad dicidiendo de su conducta. Y como las comunas estaban gobernadas por sus ciudadanos, la opinión de éstos, dividida en partidos correspondientes a esas dos concepciones políticas, explica no sólo la posición diversa de tal o cual ciudad en el tiempo, como gran parte de sus conflictos interiores.

Ambas concepciones políticas heredaron su nombre de dos familias alemanas, y corresponden a la definición de los dos partidos que actúan en el proceso de la época, los Güelfos y los Gibelinos. Los primeros tenían como programa la independencia de las comunas de todo vínculo extranjero, los segundos entendían que esta libertad completa de las ciudades sólo debía llevar a la anarquía, produciendo en rivalidades continuas el desgaste de las mismas, y que resultaba necesario se articularan, para llevar a una realidad el pensamiento de la paz, reconociendo el señorío del Emperador. Mientras los unos querían disponer libremente del destino de Italia y de su organización, los otros aspiraban a la unidad a riesgo de sacrificar un tanto de su libertad.

En el fondo ambos partidos profesan ideas generosas. Representan dos tonalidades opuestas pero no indeseables del pensamiento político, pero no es menos exacto que el aspecto práctico del partido gibelino significaba el dominio de los emperadores germanos cuyo rol en la historia fué de opresión y de exceso. Por el contrario entre las ciudades güelfas, como Milán y Florencia, encontramos a los grupos de posición preferencial en el drama humano. El espíritu democrático de los güelfos los inclinaba a la arrogancia individual y al desorden, mientras el pensamiento organizador de los gibelinos los llevaba a acatar los dictados de la fuerza.

Naturalmente estas dos concepciones de la vida política no accionaban en toda su pureza. Representadas por facciones, estas llevaron a la discusión y a la lucha sus pasiones y sus intereses. Nobles que habían perdido sus bienes y sus prestigios, eran gibelinos y llamaban al Emperador a Italia. A su vez los güelfos, por su sola posición, afectuosa a los intereses del papado, servían los fines temporales de éste aun cuando contrariaban los propósitos superiores de sus principios.

Todo esto ocurría porque esas luchas estaban llenas de pasión. Los afiliados a uno u otro de los grupos se entendían y organizaban, en forma tal que los hombres nacían y actuaban de acuerdo a la afiliación de sus estirpes; apartarse de ellas era una deserción, como se juzgó a Dante por su propaganda gibelina.

En lo que respecta a las luchas entre el Emperador y las comunas italianas, la paz de Constanza (1183) echó la base de los derechos públicos de Italia. El Emperador renunció a su derecho de intervenir en lo interior de las ciudades, les reconoció la facultad de formar ejércitos y ejercer dentro de sus murallas la jurisdicción civil y criminal. Por su parte las ciudades reconocieron los derechos del Emperador y determinaron un precio de compra. En síntesis la paz creó un primer régimen de libertad legal pero no acalló el medio de luchas que convertido en hábito siguió trabajando la vida interior de las ciudades.

ARNALDO DE BRESCIA Y LA COMUNA ROMANA. — La misma ciudad de Roma, sujeta al poder del pontífice, sintió este impulso de independencia comunal. Arnaldo de Brescia, monje elocuente, discípulo de Abelardo y célebre en toda Europa, predicó en 1139 una reforma política y religiosa. Habló a los hombres de la antigua libertad que les pertenecía de derecho, y de los abusos que desfiguraban la Iglesia sobre todo porque poseía bienes. Los obispos, expresaba, no deben gozar de regalías sino vivir a manera de los apóstoles, de los diezmos de las ofrendas, restituyendo las propiedades territoriales a los príncipes, a quienes pertenecían. Expulsado de Italia y condenadas sus ideas por el Concilio de Letrán, se refugió en Suiza donde enseñó a Zurich a darse una constitución libre, pero llamado de nuevo a Roma, continuó sus sermones comentando él "Senado Romano" y los "Comicios del Peblo".

Sus partidarios se habían reunido en el Capitolio, negado

obediencia al Papa proclamando el restablecimiento de la República, en base a un Senado con la Presidencia de un Prefecto. Luego que el Papa huyó proclamaron la dependencia del Emperador, pero éste no quizo fiarse del pueblo; dió fuerzas al Pontífice quien con apoyo de los normandos sitió a Roma. Se convino entonces una transacción dejándose a esta ciudad el Senado, pero al Papa la facultad de designar al Prefecto.

El Papa condenó las opiniones de Arnaldo de Brescia, como "Heregía política", y entregado a la justicia esclesiástica por el Emperador, fué quemado vivo (1155) sobreviviéndole sus preceptos y el sentido de amor a la libertad.

LECCION XXXVI

LOS MONJES, LOS CLERIGOS, LAS UNIVERSIDADES Y LAS IGLESIAS; LA INTERNACIONAL DE LOS LETRADOS. — Hemos establecido que una de las corrientes culturales que definieron la civilización en la Edad Media fué la monástica, la que fluía de las comunidades y conventos de religiosos regulares, o de los capítulos de las iglesias catedrales. Monjes y clérigos representaron entonces la inquietud espiritual de la época, y constituyeron el grupo de hombres de preparación intelectual obligadamente consultados. Las grandes residencias feudales mantenían entre su personal permanente, encargándoles de las bibliotecas, a hombres de iglesia, y su dictamen y consejo eran requeridos como práctica normal. Actuaban además como encargados de la educación de los jóvenes de la nobleza.

Esta función social de monjes y de clérigos debió naturalmente influir en la sociedad civil, en la que se abría camino la necesidad de ilustrarse para el debate de las cuestiones políticas.

El interés de la iglesia no fué siempre el de la sociedad laica. Y así como la primera mantenía escuelas en sus conventos para ilustrar a sus hombres religiosos, esta última creó al estilo de las comunas o ciudades, y con espontaneidad interesante, una institución que por su propia índole contó también con la colaboración de la iglesia. Su iniciación estuvo en la enseñanza libre de hombres doctos que atraían a una multitud de oyentes; aprovechándose otros doctores de esta concurrencia, se trasladaban al mismo lugar a propagar sus conocimientos, y de este

modo se formaba un medio de maestros y alumnos denominado universidad, sin decretos de príncipes ni de repúblicas y hasta sin que se pensara en un objeto determinado. Los profesores eran remunerados por los estudiantes sosteniéndose la universidad con su solo crédico. Naturalmente las ciudades cuya prosperidad aumentaba con esta concurrencia de estudiantes, se interesaron en sostener tales establecimientos disputándose los profesores de fama mediante la concesión de ventajas. Luego, como la época era de fuerza, las universidades se establecieron sobre garantías con una serie de privilegios al igual que los municipios o comunas.

Como existían pocos libros, pues no se conocía aún la imprenta, la enseñanza era oral, y por ello a las universidades concurrieron hombres de edad, capaces de asimilar los conocimientos y pagar a los profesores de su peculio. De hecho el profesorado quedó sujeto a una selección espontánea formándolo verdaderos sabios.

Existieron famosas universidades en Europa, tales como la de Montecasino, célebre porque en ella se cultivó preferentemente la medicina; la de París, que tuvo un carácter teológico, y sobre todo la de Bolonia a la cual mucho debe la humanidad por haberse en ella desarrollado el estudio del derecho como especulación del espíritu. Distinguióse en esta cátedra Irnerio. Se hizo famosa la universidad de París por el estudio de la Teología, sobre todo cuando ocupó su cátedra el no menos célebre Abelardo.

Profesores y alumnos estaban apartados de la ley común, tenían tribunales especiales. Generalmente para favorecer a los alumnos se decretó la inembargabilidad de los libros, hasta que el estudiante se recibiese, buscándose en toda forma desarrollar el estudio.

El pensamiento escolástico que fué la expresión de esa época tuvo su apogeo en la Universidad de París, particularmente en su facultad de Teología, más importante que la de las Siete Artes Liberales, cuya reputación data de la enseñanza de Abelardo. Bajo el patronato de los papas la Universidad se organizó en 1208, pero el nombre de *Universitas Parisiensies* recién es de 1260. La iglesia vió en ella un instrumento de imperio sobre la cristiandad, y sus maestros tuvieron el privilegio de enseñar en cualquier parte sin sufrir exámenes. El Papa Alejan-

dro IV la llamó el sol radiante que extiende por el mundo la luz de la pura doctrina.

Un tanto más antigua la Universidad de Bolonia se especializó en el estudio del Derecho, y la de Oxford se ocupó de Matemáticas y Ciencias Naturales. Pero todos los estudiantes ingleses, italianos y franceses que deseaban aprender Teología Escolástica concurrían a la de París. Para alojar a ese pueblo de estudiantes y maestros las órdenes religiosas tenían casas, especialmente los domínicos. Para los clérigos seculares, es decir para los que no eran monjes, hacían falta hospicios o posadas, que se establecen a contar del siglo XIII. Más tarde se fundó por un Capellán de San Luis una poderosa institución análoga a la de las órdenes regulares, reservada a los seglares, que se denominó La Sorbona (1250). El ejemplo seguido como sistema dió origen a los *colegios*, del cual se fundaron, en la Universidad de París, más de cincuenta entre los años 1200 a 1500.

Pero todo no fué Teología; también las ciencias fueron estudiadas, entre ellas la Jurisprudencia y el derecho Canónico, sobre todo el último, que es el conjunto de las leyes, decretos, etc., que da la Iglesia para el gobierno de sus feudos. Esta legislación positiva se estudia con dedicación definiéndose el derecho como especulación del espíritu, para divulgarse en la sociedad y preparar una más perfecta realización del ideal de justicia.

Completa el cuadro el desarrollo de la Astrología, de la Alquimia, la Geografía y las Matemáticas, pero especialmente el de la Medicina; el estado entró a controlar su ejercicio concediendo grados mediante un régimen de exámenes (Federico II).

La expresión más alta de este despertar de la ciencia, antes que por los saldos logrados, por el método y los principios que advirtieron a los estudiosos el camino de la verdad, es el monje Rogerio Bacón.

Hablando de la tradición, expresa es como una cadena que aprisiona el pensamiento en un círculo; todos pueden engañarse debido a la natural imperfección humana; de ahí la necesidad, agrega, de reveer valores, y del porqué conviene en vez de atenerse a lo que dijeron y establecieron los antiguos, hacerlos a un lado y ahondar en las investigaciones. Estos pensamientos de Bacón son realmente una síntesis de la idea del progreso, a la que el sabio ajusta sus actividades. En efecto: la Iglesia tenía en aquella época proscripto a Aristóteles; Bacón lo defiende,

sus errores, dice, no anulan su obra buena y verídica, que debe aceptarse porque la verdad se aumenta con la gracia de Dios. Como se vé, el buen fraile concibe la idea de la perfectibilidad por el estudio de las ciencias físicas, y el aumento correspondiente del poder del hombre sobre la naturaleza.

Bacón no se libra, sin embargo, de la influencia del siglo, en cuanto a la teología, sosteniendo que las sagradas escrituras contienen toda la sabiduría porque vienen de Dios. No debemos por ello censurar, porque estas ideas se deben a la poderosa influencia de las tenidas por verdaderas inconcusas en aquella edad, ideas tenidas por axiomáticas que presionan el espíritu.

LA UNIDAD MEDIOEVAL DE EUROPA; LA IGLESIA UNIFICADORA; FACTORES SOCIALES DE LA UNIFICACION; LA INQUISICION; HEGEMONIA DEL PAPADO. — Si a esta altura de lo que llevamos estudiado de la Edad Media contemplamos su panorama buscando una visión de conjunto, nos encontramos con que todas las expresiones de la sociedad, su forma en general y las actividades del espíritu, ofrecen un sello que las unifica, a pesar de los factores materiales de la geografía y de las afiliaciones culturales de las estirpes, los reinos y los organismos políticos en formación.

Esta unidad medioeval del occidente de Europa es el resultado del cristianismo, y fué creada por la Iglesia, o en otras palabras por los hombres que tenían a su cargo el gobierno de la religión.

La obra fué espiritual y material. Se la irradió desde Roma, convertida cuando la definición del Pontificado en la capital del mundo cristiano, pero sólo desde el punto de vista del espíritu porque continúa bajo la dependencia política del Imperio de Oriente. En 726, con motivo del edicto del Emperador León de Constantinopla contra las imágenes, el pueblo romano se sublevó, destruye los símbolos imperiales y se constituye en República independiente bajo la supremacía de su Obispo, quién desde ese momento ejerce un poder temporal, que ampliaron los francos con Carlomagno. Cuando la sede pontifical se translada a Avignón (1308-1378) se establece la República en Roma, que llega como comuna a ensayar una confederación de ciudades italianas. Pero el in pace no contuvo la preeminencia siempre creciente del papado. Primero atemperó la "guerra privada" de los feudales con las "treguas de Dios"; luego con la cola-

boración de los príncipes las borra de las costumbres, y luego usa de esos elementos inquietos y anarquizantes organizando las cruzadas. Conquista el orden social, y dentro de la jerarquía del feudalismo se hace fuerte con sus dignatarios feudales, los obispos y los abades de los "beneficios" de la Iglesia. Entra en beligerancia con el Emperador y cuenta con la "fuerza" de sus dominios temporales y la eficacia de las armas del espíritu. El siglo XII y los comienzos del XIII constituyen la edad de la hegemonía papal, en que una cristiandad unida bajo el gobierno del Pontífice estuvo a punto de convertirse en una forma real efectiva.

En aquellos siglos una fe cristiana sencilla se extendió por Europa. Mientras Roma pasa por fases de obscuridad y descrédito, el corazón y el cuerpo de la cristiandad permanecen puros. Entre los grandes Papas figuran Gregorio el Grande, Gregorio I, León III, (816), Gregorio VII y Urbano II. Al período de estos dos últimos corresponde la preeminencia de los Papas sobre los Emperadores: desde Bulgaria hasta Irlanda y desde Noruega a Sicilia, el Pontífice era el Jefe Supremo, y como síntesis de su influencia tenemos al Emperador Enrique IV que en acto de penitencia espera ser absuelto durante tres días y tres noches en el patio del Castillo de Canossa, vestido de arpillera y con los pies desnudos en la nieve.

Este gran poder de la Iglesia (siglo XI) se asentaba en las voluntades y en las conciencias de los hombres, pero ella no supo conservar el prestigio moral que era toda su fuerza. La causa primera fué la enorme acumulación de riquezas; donaciones, herencias, legados, fueron acumulando bienes muebles y territorios en sus manos. Los reyes y los príncipes no miraban con buenos ojos el que las tierras de sus estados alimentasen abades, frailes y monjas, en vez de guerreros y trabajadores libres, y menos consintieron espontáneamente que esos bienes quedasen libres de impuestos, y a que la iglesia reclamara el diezmo de las propiedades de los laicos, que además debían abonar sus cargas a los príncipes.

Cuando los conflictos, desde la guerra de las investiduras a los más modestos, la iglesia pretendió tener la facultad de excomulgar a los príncipes, liberar a los súbditos de la fidelidad y vasallaje a sus soberanos, y reconocer a éstos un sucesor determinado. Claro que los príncipes negaban este derecho y se alza-

ban contra la excomunión, pero ella implicaba someter a toda la nación a un interdicto, haciendo cesar las funciones sacerdotales a excepción de los sacramentos del bautismo, la confirmación y la penitencia; los sacerdotes no podían ejercer su ministerio ordinario, ni casar a la gente, ni enterrar a los muertos. Con estas armas los papas dominaron a los príncipes en el siglo XII, y doblegaron a los pueblos más inquietos. En treinta años, a fines de ese siglo, Escocia, Francia e Inglaterra fueron sucesivamente sometidas a un interdicto de esta naturaleza.

La conciencia reaccionó contra esta forma. La doctrina y el dogma cristiano aún no bien definidos o posibles de una interpretación que consultase la pobreza de Jesús, la ley de la caridad, y demás nobles emociones del cristianismo, dieron pie a enunciados y posiciones colectivas. El prestigio regional de los obispos no bastó a veces para contener tales enseñanzas, y entonces la iglesia entró en acción usando de la milicia de sus hombres y predicando cruzadas, que fueron sangrientas como las que destruyeron a los waldenses (bajo Inocencio III).

Esta milicia eclesiástica estaba formada por las órdenes religiosas, que son los institutos o corporaciones, de hombres o de mujeres, que viven bajo una regla o constitución escrita establecida por su fundador y sancionada por la Iglesia. Las más célebres, de hombres, son las de Benedictinos, Cartujos, Trapences, Franciscanos, Capuchinos, Domínicos, Carmelitas, Agustinos y Jesuítas; las de mujeres son las Descalzas, Capuchinas, Clarisas, Mínimas, Valesas, etc. De estas órdenes, las mendicantes de franciscanos y domínicos, nacidas de San Francisco (1208) y de Santo Domingo (1215), fueron una doble milicia predilecta al servicio directo del papado. Los últimos se introdujeron en la Universidad de París en 1228.

La defensa inicial de la unidad de creencias la efectuó la Iglesia por intermedio de los obispos en sus jurisdicciones; ellos usaban de su autoridad espiritual y temporal al mismo tiempo, considerando a la herejía como una negación dogmática y como una desobediencia política que daba pie al ejercicio de la fuerza. Pero cuando el derecho romano se puso otra vez en vigor, se hallaron preceptos que se invocaban en favor de las persecuciones contra los descreídos, olvidando que la ley de amor del cristianismo histórico había concluido con aquella feroz legalidad.

El Concilio de Verona reunido por Federico Barbarroja ordenó a los obispos que inquirieran a las personas sospechadas de heregía, distinguiendo a los acusados, los convictos, los penitentes y los relapsos. Pero correspondió a Federico II dar la primera ley de muerte contra los descreídos, que reitera en las Constituciones de Nápoles (1231), y que imitaron las ciudades; Milán, creó una acción pública para su detención encomendándola a todo ciudadano.

El camino de la fuerza quedó abierto y persecuciones horrendas y "cruzadas" contra los albigenses llenan cientos de páginas de la Edad Media.

Con motivo de concluir la guerra contra los albigenses, y para que los tratados convenidos fuesen observados, se reunió en Tolosa un Concilio, que dispuso la designación, por los obispos, de sacerdotes en las parroquias, que acompañados de tres laicos tendrían por deber pesquisar herejes señalándolos a los magistrados, estatuyéndose como delito el ocultamiento de los mismos. Tal es el origen de la Inquisición, que con respecto a las matanzas en masa y a los tribunales sin derecho de gracia, importó en realidad una fórmula morigerada. La Inquisición debía amonestar por dos veces antes de intentar ningún procedimiento; sólo se preceptuaba el arresto de los herejes y los relapsos; se aceptaba el arrepentimiento y los castigos fueron al principio de orden moral.

La vinculación del problema religioso con el político hizo evolucionar a la Inquisición; se saca la instrucción de los procesos de manos de los obispos para entregarlos a los regulares predicadores, y éstos actuaban en el recorrido de sus viajes, con tal jurisdicción que solo escapaban a ella el Papa, sus legados y el alto clero. Ellos organizaban el tribunal, abrían el proceso callando el nombre de los acusadores y testigos, y renovaban en una palabra los desmanes de Roma pagana. La Inquisición se hizo excecrable a los ojos de los buenos cristianos.

Así fué como la Iglesia con sus exigencias excesivas, sus privilegios injustos y su intolerancia destruyó la fe sencilla del pueblo que era la fuente de su fuerza.

Pero antes de ocuparnos de esta decadencia cabe dejar constancia que su hegemonía implicó también una actuación destacada en el trabajo de ilustrar a los hombres de esos siglos. Su acción sistematizada irradió de las casas de eclesiásticos al

mundo; el Concilio de Roma, celebrado en 1078, renovó a los obispos la orden de tener escuelas para las letras en sus jurisdicciones. Esa labor de la Iglesia forma lo que se ha denominado el pensamiento católico medioeval.

LECCION XXXVII

EL PENSAMIENTO CATOLICO MEDIOEVAL

LOS FUEROS DE LA INTELIGENCIA. — Ya hemos aludido (lecciones 29 y 30) a los escritores cristianos que advienen hasta el siglo V de nuestra era y que integran el período llamado *patrístico*, o sea el de los Padres de la Iglesia. Tales escritores ilustrados en la filosofía griega buscaron unirla al cristianismo realizando una tarea análoga a la de Filón, quien en los comienzos de la era cristiana había helenizado y platonizado al judaísmo.

Esta labor de interés se opera en Alejandría donde Clemente (217) y Orígenes (254) constituyen lo fundamental de la filosofía religiosa del cristianismo. El primero habla de la ascensión de la fe hacia el conocimiento, y el segundo compone una verdadera *summa* teológica.

La obra de estos escritores no fué coincidente. Como dejaban abierto el campo a numerosas disputas, se reune (320) bajo Constantino el Concilio de Nicea con el programa de unificar la doctrina, pero más eficaz que sus resoluciones fué el pensamiento de San Agustín (334-430) Obispo de Hipona, en Africa, quien encontró en Platón primero, en Plotino y Jámblico después, la materia de su filosofía.

Desde su época hasta fines del siglo X el pensamiento cristiano puso la dialéctica del servicio de la teología, como método, y reconoció en San Agustín a un maestro de ese arte; pensó como él, que es la disciplina, el método, lo que enseña a enseñar, porque se debe "comprender para creer, así como hay que creer para comprender".

Esta enseñanza de la lógica y de la dialéctica constituyeron la gloria de las escuelas parisienses de escolástica. La de la Catedral de Notre Dame, la monástica de Saint Víctor y las de la montaña de Santa Genoveva, disputaban entre sí y con las que florecían en Normandia, Laón, Tours, y sobre todo en Chartres, centro de platónicos empapados de agustinismo. En esta última se desarrolló además el gusto a las ciencias naturales; sus re-

presentantes llegaron a protestar contra la autoridad de las cosas escritas sosteniendo que la razón, que fué concedida a todos, debía ser el juez universal del conocimiento.

Del conjunto de estos escolásticos debemos destacar a San Anselmo, el "Magnífico Doctor de la Iglesia", cuya obra "La Fe que trata de comprender" indica suficientemente el carácter general de sus escritos. Fué un representante del racionalismo que entendió probar, por medio de la dialéctica, la existencia de Dios, el dogma de la Trinidad y el de la Encarnación. Su argumento sobre la primera cuestión, fundado en que siendo Dios un ser perfecto, y en que una perfección sin existencia sería imperfecta, por lo que debía admitirse su existencia, fué recogida por Descartes.

San Anselmo fué un espíritu vigoroso que se adelantó a su tiempo, el cual no hacía sino repetir la fórmula de San Agustín sin entenderla. Precisamente al proceder sin libertad, encasillando la razón, se negaban los fueros de la inteligencia.

QUERELLAS DE LAS DOCTRINAS; CONCEPTOS ESENCIALES; SU SIGNIFICACION CULTURAL. — Se denomina filosofía escolástica o de las escuelas, a la enseñada en la Europa Occidental del año 500 al 1500 aproximadamente y de la cual fué centro de irradiación, a contar del 1200, la Universidad de París. Este último período que comprendería del siglo XI al XV produjo el pensamiento católico medioeval.

Dada la preeminencia de la iglesia y la circunstancia de que la casi totalidad de los filósofos del período fueron clérigos, la escolástica debió acomodarse a los dogmas. Su función principal fué conciliar el ejercicio de la razón con las enseñanzas de la iglesia, a cuyos dogmas le estaba prohibido tocar. Puedes discutir, decía San Bernardo, con tal que empieces por creer sin reservas. Por eso la fé que trataba de comprender, siguió siendo desde San Agustín la fórmula de toda investigación filosófica.

Este carácter no puede extrañarnos. El pensamiento libre en el sentido moderno de la palabra, incluso el escepticismo, fueron rarísimos tanto que apenas se encuentran algunos ejemplos aislados en Italia, en los siglos XII y XIII. Y fué así porque en esta época no existía la crítica histórica. El antiguo y el Nuevo Testamento que hoy los espíritus libres discuten, queriendo demostrar que no encierran verdades, sino opiniones y leyendas, eran creídos totalmente porque no existía la crítica histórica.

Moisés, Jesús, el Rey Teseo, el Emperador Augusto, etc., eran expresiones ciertas, indiscutibles, como documentadas por escrito.

El acuerdo de la razón y de la religión es una cosa, y la demostración de la religión por la razón, otra. Junto a los que quisieron probar con la dialéctica, la Trinidad, la Encarnación, etc., hubo quienes sostuvieron que esas verdades de la fe se hallaban fuera de la razón. Otros sabios, conciliando estas tendencias, expresaron que la razón humana podía elevarse hasta el conocimiento de Dios, podía demostrar algunas verdades fundamentales, pero que en lo perteneciente a la teología especial su única y posible tarea era predisponer al espíritu humano a que creyese en los dogmas y misterios cuyo depósito compete a la iglesia. Las verdades de la fe son conformes a la razón, unas y otras superiores a ella, pero todo aquello que le sea opuesto no será verdad. Tal es la doctrina de Saint Víctor acogida después por Santo Tomás de Aquino.

La Edad Media tuvo un escaso conocimiento de la sabiduría antigua. De Platón no habían más que dos diálogos traducidos al latín, pero San Agustín fué el Platón cristiano y el medioevo tuvo su inmensa obra. De Aristóteles no conoció al principio sino los tratados lógicos a los que se llamaba organum, es decir, instrumentos; a contar de 1210, el resto de sus obras, traducidas de versiones arábigas o hebraicas, derivadas a su vez de traducciones siriacas, fueron una a una conocidas. El texto griego no fué traducido directamente al latín sino a partir de 1260.

Fué este material bien pobre por cierto el que la escolástica quiso conciliar con el Antigüo y Nuevo Testamento, con las decisiones de los Papas y los Concilios y los escritos de los Padres de la iglesia, en una palabra, con lo que llamaríamos el tesoro de la Fe.

Como la Edad Media conocía mal a uno y otro, Platón representaba sobre todo el vuelo del alma hacia el ideal, y Aristóteles el arte de conducir bien el razonamiento, es decir, la lógica en la cual había llevado a la perfección el mecanismo del razonamiento deductivo, el silogismo, que fué en las escuelas de la Edad Media, uno de los temas principales de enseñanza. La deducción se opone a la inducción, que es el método del descubrimiento, inducción apenas enseñada en la Edad Media, seguramente por que la experimentación no gozó de gran predi-

camento. Pero lo que realmente perjudicó al progreso filosófico fué la influencia del método teológico, en que para llegar a la Verdad se partía de textos reputados como infalibles, por la autoridad de los maestros. El error de éstos se transportaba a quienes utilizaban esos enunciados. Fué Descartes quien aligeró a la ciencia de esas perniciosas abstracciones; en otras palabras, los filósofos medioevales carecieron del hábito de la observación, tanto de los fenómenos del mundo exterior como de los de la conciencia.

Dos cuestiones se debatieron en los siglos XI y XII; la una concerniente al uso legítimo de la dialéctica; la otra respecto a lo que se denominó nominalismo y realismo.

La dialéctica según los teólogos, es perniciosa cuando aborda a la teología sin que la fe se halle previamente asegurada. Berenguer de Tours había caído en impiedad cuando, haciendo uso de la dialéctica, llegó a poner en duda la presencia real de Cristo en la hostia. Los antidialécticos sostuvieron que la filosofía era terrena, que llevaba a la heregía; que el saber es creer, que creer es amar, y que esa era toda la sabiduría. Ecclécticacamente otros distinguieron entre el bueno y mal uso de la dialéctica, usándola sólo para demostrar lo que creían saber ciertamente por otra parte. Leibniz criticándolos, dice que la escolástica sólo buscó probar lo que ya sabía, sin preocuparse de nuevas verdades. Ha buscado, agrega, apoyar con razones humanas aquel conocimiento que plugo a Dios revelarnos.

La disputa del nominalismo y del realismo fué una prolongación de la de Platón y Aristóteles. Cuando decimos "un hombre, éste caballo", hablamos de objetos reales; pero si decimos "el hombre, el caballo", substituimos una idea general a la individualidad correspondiente. Estas ideas generales, de géneros y de especies, son llamadas *universales*, y la cuestión en disputa era aclarar la naturaleza de estas ideas, o en otras palabras, si tenían una existencia en la inteligencia únicamente o si también existían en la realidad.

Los partidarios de la existencia real, exterior, de los universales, reclamaban a Platón por suyo, denominándose *realistas*, palabra mal elegida porque Platón fué el más idealista de los filósofos. Los que sostenían la doctrina aristotélica de que las ideas universales son nombres atribuidos a conceptos, aun cuando dotados de cierta realidad, se llamaron *nominalistas*.

El principio de la Edad Media fué, con San Agustín, realista, pero como un cristiano no podía admitir que el mundo de las ideas de Platón se interpusiera entre el de los individuos y Dios, las identificó con el intelecto divino, y sostuvo que las ideas que residían en la inteligencia divina eran las razones inmutables de las cosas. En esta forma atenuado el realismo no ofreció peligro para la iglesia, mientras ocurría lo contrario con el nominalismo porque podía reducir a conceptos del espíritu realidades afirmadas por el dogma.

Estas disputas no merecen la burla de que a veces son objeto. El realismo vencido en el siglo XIV reaparece en el XV. Descartes, Leibniz, Locke y Berkeley fueron poderosos nominalistas, y Spinosa, Schelling, Hegel se inclinan al realismo y hablan de ideas, como de realidades, haciendo abstracción del cerebro que las piensa.

INFLUENCIA DE PLATON Y ARISTOTELES. — La influencia general que Platón y Aristóteles ejercieron sobre el pensamiento escolástico, por el conocimiento parcial de sus obras, que ya expusimos, fué más evidente cuando ellas empezaron a conocerse en su original, sin las adulteraciones que en sus enunciados y teorías habían hecho los traductores. El conocimiento de Aristóteles llegó vía España, debiéndose a traducciones de los árabes y judíos, quienes naturalmente lo adulteraron de acuerdo a las preocupaciones del dogma. Cuando uno de los sabios árabes, Averroes, hizo público el texto del filósofo griego, fué expulsado de España pasando a la Europa católica, donde inspiró una escuela llamada el averroismo (1198). Pero el verdadero Aristóteles conocióse cuando el Emperador Federico II donó una copia exacta del texto griego a la Universidad de Bolonia. Su conocimiento produjo la anarquía de los comentadores, que en querellas enconadas pusieron en peligro la paz de las casas de estudio obligando a que se prohibiera su enseñanza para evitar se fomentara la herejía. Recurrióse entonces, por los maestros de la Universidad de Bolonia, a establecer dos órdenes de verdades, las verdades religiosas y las verdades filosóficas, volviendo a ser permitido su comentario ya que no se atacaba los principios de la religión.

Fué venerado como un Padre de la Iglesia. Desde 1361 los candidatos a la licenciatura en artes debían conocer sus obras. El culto de Aristóteles no se debilitó hasta el siglo XVII.

Pero con esto no queremos significar que la influencia del pensamiento de Platón declinó; por el contrario, tanto a través de San Agustín, como cuando sus obras también se tradujeron directamente del griego, siguió inspirando uno de los campos de la escolástica.

LA INFLUENCIA MUSULMANA Y JUDIA. — Los árabes conocieron a Aristóteles en traducciones hechas a su idioma por sirios bilingües, y por sus doctrinas monoteistas fué particularmente estimado. Por el mismo conducto conocieron algunos fragmentos de Platón. Sobre este material escribió Avicena, cuyos compendios y comentarios circularon en Europa desde 1200, en traducciones latinas. Avicena es realista y su aristotelismo está fuertemente impregnado de neoplatonismo. Pero su influencia fué superada por la de Averroes, quien tradujo y comentó la física de Aristóteles, sin ocultar nada de esas doctrinas aún cuando contradijeran el judaísmo y el islamismo. Sostuvo que Dios es eterno, sin causa ni motor, pero que el mundo, siendo eterno tenía un motor; la energía divina es única pero parece como múltiple en la naturaleza; expresaba que la voluntad humana no era libre y que la inmortalidad del alma resultaba dudosa.

Respecto a la filosofía judía, en ella pueden distinguirse tres corrientes, platónica, aristotélica y mística. Desde mediados del siglo XII circularon por occidente traducciones latinas del libro "La fuente de la vida" atribuido a Avicebron. Es de afiliación neoplatónico y su doctrina semejante a la de Duns Escoto. En la corriente aristotélica cabe mencionar a Maimónides, cuya labor fue leída y utilizada por Tomás de Aquino. Es racionalista y buscó desterrar de los textos sagrados la mitología.

Precisamente ese racionalismo actuó por reacción provocando en España y Francia un recrudecimiento del misticismo, cuyas doctrinas secretas son las que constituyen la cábala.

LOS ESCOLASTICOS: CONCEPTOS ESENCIALES. — La expresión más exacta de la estructuración del pensamiento católico medioeval vamos a tenerla refiriendo a los conceptos esenciales que informan las teorías de sus primeras figuras (lección 38), unas partidarios de Platón, otras influídas por Aristóteles, y las menos sosteniendo principios en que buscaron armonizar ambos campos de ideas.

Pero como ya no volveremos sobre el tema se debe consignar

que buena parte de los filósofos escolásticos están clasificados como místicos, siendo el más influyente de los místicos San Buenaventura (1221-1274) llamado el doctor Seráfico. También se destacaron las escuelas del Rhin y de Holanda. De la de Déventer, fundada en 1384, surgió la joya de la literatura místico-medioeval denominada La Imitación de Cristo, del agustino Tomás Kempis, que después de la Biblia es el libro más frecuentemente impreso y traducido.

LECCION XXXVIII

ABELARDO; SU ENSEÑANZA; CONCEPTOS FUNDAMENTALES Y CORRESPONDENCIAS DE EPOCA. — Pedro Abelardo (1079-1142) inició su enseñanza en Melun (París) continuándola en Laon. A su vuelta, enamorado de su discípula Eloisa, fué objeto de una cruel venganza, mientras su amada tomaba el hábito religioso. Estos amores documentados en hermosas páginas literarias han rodeado al escolástico Abelardo del comentario popular.

Combatiendo al nominalismo y al realismo extremos, Abelardo enseñó un nominalismo razonable llamado después *conceptualismo*. Géneros y especies (las ideas universales) no son solamente palabras, porque entre éstas y las cosas existe un intermediario que es el intelecto. Es él, dice Abelardo, el que crea los "universales" y los eleva a la noción de substancia.

Estudió las contradicciones que existían entre los Padres de la Iglesia y los Cánones, que completó titulándolas *Sí y No* con el propósito de conciliarlas. No quiero, decía, ser un Aristóteles, si para ello he de apartame de Cristo. "No querer conformarse más que con las verdades manifiestas equivale a destruir la fe y la esperanza, que tienen por objeto las cosas invisibles".

En moral, como más tarde los doctores judíos, Abelardo insistió sobre la suprema importancia de la intención. Un acto es censurable sólo cuando es mal intencionado.

Predicó sobre la *trinidad*, la *predestinación* y sobre el *libre albedrío*, trayéndole la persecución de sus contemporáneos. Abelardo huye para establecerse en un desierto, pero cuando sus discípulos saben donde se halla fueron a reunírsele creando una especie de ciudad formada por chozas. El perdón lo volvió a las casas de estudio. Sus teorías dieron nacimiento a la escuela de los cornifianos, con cuyo nombre se conoció a sus discípulos, escuela que cayó después en el escepticismo.

ALBERTO EL GRANDE; SU ENSEÑANZA, CONCEPTOS FUNDAMENTALES Y CORRESPONDENCIA DE EPOCA. — Este filósofo, de la orden domínica, enseñó en París y en Colonia (1193-1280). Fué el primer escolástico que sacó partido de Aristóteles para exponer en conjunto las ciencias naturales y despertar la curiosidad pública. Volúmenes enteros de su inmensa obra están consagrados a los minerales, las plantas, los animales y el hombre, "considerados no ya como vestigios o como imágenes de Dios, sino como realidades interesantes por sí mismas".

Sus trabajos de carácter enciclopédico iniciaron a los cristianos de Occidente en el conocimiento pleno de Aristóteles y de sus comentadores árabes. Están divididos en tantos libros como los de Aristóteles, con los mismos títulos y suplementos para las materias no tratadas por éste. Su espíritu es agustiniano pero los materiales son paganos y no perfectos, porque la versión aristotélica que usó fué la interpolada e inexacta de los musulmanes.

Al ampliar el dominio de la ciencia, Alberto el Grande disminuyó el de la teología. Sus adversarios le llamaron el "mico" de Aristóteles, lo que no es exacto porque Alberto el Grande no carece de crítica, porque supo substraerse a la seducción de Averroes, y porque no sacrificó San Agustín a Aristóteles. En la disputa entre el realismo y el nominalismo siguió un camino intermedio, admitiendo un universal primordial que localiza en Dios, y que "no es una cosa, aun cuando sea todas las cosas". El concepto es obscuro pero ingenioso.

Se cuenta que estando Alberto el Grande explicando su cátedra se interrumpió en seco. Habló entonces a sus discípulos de que en sueños la Virgen se le había aparecido dándole a elegir entre dos órdenes de conocimientos; entre la ciencia de la Teología o la ciencia de la Naturaleza; que él se decidió por la segunda, habiendo sido condenado a que al fin de su prédica su espíritu sufriera un olvido completo, el que acababa de ocurrir. Desde este momento abandonó la enseñanza y se enclaustró.

A Alberto el Grande le corresponde haber ensanchado la Lógica, la Metafísica, la Moral y la Teología.

SAN FRANCISCO; SU ACCION ESPIRITUAL, SOCIAL Y ESTETICA; CONCEPTOS ESENCIALES Y CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS CORRESPONDIENTES. — San Francisco de Asís (1182 - 1226) fué una encarnación de la vida espiritual y de la práctica, en grado

heroico, de las virtudes de la pobreza, humildad y caridad. En la Iglesia de N. S. de los Angeles, conocida con el nombre de la Porciúncula, cedida por los Benedictinos, fundó la orden que lleva su nombre, famosa por su acción social y los altos funcionarios que dió a la Iglesia.

Sus doce primeros compañeros, llamados los penitentes de Asis, lo acompañaron en su peregrinación a Roma y luego en la fundación del convento inicial. Tres años después más de sesenta de estas casas de religiosos justificaron su obra, que culmina en el Capítulo General de la Porciúncula (1218) que se realiza con asistencia de cinco mil frailes de su orden. Con el mismo espíritu instituyó la Tercera, en la cual tienen cabida las personas de ambos sexos y de todos los estados.

Si bien fué autor de varios libros devotos la transcendencia de San Francisco está en el proselitismo. Su orden es de predicadores, de hombres que enseñan con humildad y paciencia, que sufren en silencio los ultrajes y los desprecios. A los 45 años de la organización los franciscanos tenían ocho mil conventos en treinta y tres países calculándose su número en doscientos mil regulares. Posteriormente se dividieron en ramas conservando todos la denominación de frailes menores; unos fueron *observantes*, o continuadores del rigor inicial; otros *conventuales*, o más morigerados, etc., pero en realidad todos mantienen el espíritu franciscano.

La transcendencia de este eminente religioso, la popularidad que alcanzó en toda Europa como intérprete de su disciplina y personalidad espiritual, tiene una comprobación en cuanto sirvió desde entonces como motivo de arte. Su vida, sus milagros, su proselitismo, todo ha logrado atraer al sentimiento artístico en forma tal que apenas existe algún artista que no lo hubiese tomado como motivo de inspiración, especialmente en los siglos XIII a XV; sólo el Giotto lo tomó como motivo de 28 composiciones.

Es que la personalidad de Francisco de Asis llenó su época y se ha doblado hasta nosotros. Representó la expresión humana de la modestia, del dolor que santifica y de la humildad; es también la del sacrificio, por el proselitismo, que la conquista y colonización de América tiene documentado en millares de discípulos.

La biografía de San Francisco oficializada por el Capítulo

General de los Franciscanos (1266) pertenece a Buenaventura, también llamado el Doctor Seráfico.

Los franciscanos actuaron como celosos de los domínicos, con los que además mantenían algunas diferencias teológicas y oposición de principios. Mientras los franciscanos preferían a San Agustín, los otros habían como bautizado a Aristóteles. El franciscanismo no distingue con claridad los dominios de la filosofía y la teología; concede más importancia a la voluntad que a la inteligencia, al bien que a la verdad; acude no sólo a la razón, sino también a la acción de Dios que ilumina a los hombres; admite que el alma humana, substancia espiritual, individualizada antes de su unión con la materia, no extrae de su conjunción con esta su singularidad; por consiguiente, que no es la forma substancial del cuerpo. Esta doctrina, que pone a San Agustín y Platón sobre Aristóteles, ha ejercido una perdurable influencia sobre los místicos de todos los tiempos, no sobre los intelectuales.

SANTO TOMAS DE AQUINO, ROGER BACON Y DUNS SCOTTO: SUS FUNDAMENTOS DOCTRINARIOS, SU PERSONALIDAD Y SIGNIFICACION. SANTO TOMAS DE AQUINO Y ARISTOTELES; EL TOMISMO, SUS FUNDAMENTOS Y SU HEGEMONIA; SUS CONSECUENCIAS. — Príncipe de la Escolástica y uno de los espíritus más poderosos de la Edad Media fué Santo Tomás de Aquino (1227-1274), de la Orden domínica. Enseñó en París legándonos una obra de 23 volúmenes en folio.

En el siglo XV fué llamado él *Doctor Angelicus*, porque a pesar de su sello lógico fué un místico, hasta visionario a ratos. No es un compilador, como Alberto el Grande, sino un constructor, comparable según sus críticos a las catedrales góticas de su tiempo. Dedicado a la teología y a la filosofía, entiende que estas ciencias tienen un dominio peculiar; que no deben usurpar nada a las otras sino reducirse a preparar el espíritu humano a recibir las verdades reveladas.

La teología de Santo Tomás es la que aún profesa la Iglesia; su filosofía es esencialmente la de Aristóteles considerada como expresión de la razón natural y conciliada con el cristianismo. Como había hecho traducir al Aristóteles del griego directamente, tuvo a su disposición un texto libre del "blanqueo árabe", y aún cuando no desdeña a los comentarios musulmanes, sabe que Averroes es un enemigo de la fe.

Santo Tomás no se esclavizó a nada salvo al dogma, que es para él la verdad suprema. Su filosofía no busca *saber* lo que los hombres han pensado, sino *cual es la verdad* de las cosas.

Tomás escribió dos *summas* o exposición de doctrinas; la *contra los gentiles* estaba destinada a la conversión de los moros de España, y la *de Teología* representa la síntesis de su pensamiento. Sus tres partes tratan: de Dios y de lo que de él depende; de las facultades del hombre, de la moral y de la gracia; y la tercera de Jesús, de la Redención y de los Sacramentos. Sigue el método de preguntas y objeciones propio de la enseñanza escolástica, que obliga a exponer los errores para después refutarlos. En la cuestión de los *universales* sigue el conceptualismo de Abelardo, y en la del alma y del cuerpo, que integran la personalidad humana, sostiene que el cuerpo es al alma lo que la materia amorfa es a la forma que esa materia asume; en otras palabras, el alma es la forma substancial del cuerpo.

Sostiene la Iglesia Cristiana que este sabio poseía la ciencia infusa, aptitud innata en la que la verdad forma la misma esencia de la que se constituye el cuerpo. El hombre es pues sabio por nacimiento y conoce por intuición. Sea o no exacto esta afirmación de la iglesia, es lo cierto que Santo Tomás de Aquino en la Edad Media señala la cumbre de los conocimientos humanos.

Sostiene que la ciencia viene de Dios y que ésta se refiere a Dios mismo. El único objeto de la ciencia es llevar hacia el perfeccionamiento del individuo. Ahondando en las causas del universo, sostiene existir una causa formal y otra causa material.

Investigando en la naturaleza humana distingue en el individuo la vida sensitiva, la vegetativa y la racional, la última de las cuales se divide en inteligente y volitiva.

No solamente en Teología y Metafísica se destaca Santo Tomás, sino que su obra comprende la política y refleja en este sentido un pensamiento libre. Establece el principio de que la ley propende a la felicidad. Todos deben obedecer la ley; predica en contra de la sedición considerándola como un crimen, pero sin embargo dice que la sublevación contra la tiranía no es un crimen y que deben realizarla los individuos. Una concepción liberal campea en todo su ideario político.

Rogerio Bacón (1214-1294), de la orden franciscana, fué

Profesor en Oxford. Tiene el gran mérito, después de Alberto el Grande, de haber aconsejado el estudio de la naturaleza, "cuyo libro, abierto para todos, es más instructivo que los de los griegos". El término ciencia experimental fué creado por él. En filosofía es agustiniano pero sobre todo crítico.

La rivalidad entre franciscanos y domínicos se afirmó en el terreno filosófico con Duns Scotto (1308), Profesor en Oxford, también llamado el Doctor Sutil. Fué el fundador de la escuela escotista que reprochó a Santo Tomás numerosos errores pero que no consiguió hacer confesar ninguno.

Tomás cree que la teología es una ciencia; Scotto que es una regla de vida; Tomás sostiene que la razón puede establecer verdades sobrenaturales; Scotto que esas verdades incumben a la fe; Tomás es conceptualista, Scotto realista; Tomás ve en la materia una simple potencia, Scotto arguye que esto nada significa porque la materia es algo real y activo; Tomás coloca la inteligencia por encima de la voluntad, como determinante; Scotto lo niega porque ese concepto suprimiría la voluntad, y expresa que nada existe en la volición fuera de la propia voluntad.

A la escuela de Scotto corresponde el filósofo Occam, de influencia predominante en las escuelas del siglo XIV. Para él la teología y la filosofía eran dos disciplinas diferentes. La razón humana no puede ni siquiera establecer los fundamentos de la fe, por lo cual debe restringirse a sus dominios propios, a la lógica y a las ciencias de la naturaleza. La Religión, a su vez, que nada tiene que ver con la filosofía, se halla reducida a apoyarse en la fe.

Santo Tomás, concilió perfectamente el dogma cristiano con la doctrina de Aristóteles, como quien dijese, la *revelación* con la *ciencia de la naturaleza*. Las dificultades vencidas prueban el genio de Santo Tomás; evidemente no puso fin a la larga guerra que la razón sostiene con la fe, pero en cambio dió a esta última armas, sin humillar a la razón.

El tomismo, con que se denomina a su filosofía, resuelve todas las cuestiones, pero suponiendo todos los principios de que necesita para resolverlas. Es como si se poseyese la verdad antes de haberla buscado. Sus pruebas no son las más de la veces sino corolarios de una filosofía entendida y aceptada de antemano.

El Concilio de Viena (1312) adoptó la teoría de Santo Tomás sobre el alma considerada como forma substancial del cuerpo. El de Trento (1545) hizo poner en los altares la SUMMA de Santo Tomás al lado de la Biblia. El del Vaticano (1870) adoptó sus opiniones sobre la demostrabilidad de los preámbulos de la fe y la indemostrabilidad de los misterios revelados. Desde León XIII se proclamó la adecuación del tomismo al dogma cristiano, y se prescribió su estudio como fuente de toda sana filosofía (1879).

Tomás ha sido estimado por los laicos. Descartes y Leibnitz le rinden respeto; Voltaire sólo le reprocha la seguridad de lo que enseña, y que no enseñe con suficiente claridad.

LECCION XXXIX
LAS LITERATURAS EN EL APOGEO DE LA EDAD MEDIA

LAS LITERATURAS HEROICA, EDIFICANTE, AMATORIA Y POPULAR: LOS CANTARES DE GESTA, LAS VIDAS DE SANTOS, LOS MISTERIOS, LOS ROMANCES, LAS TROVAS Y LOS CUENTOS; EJEMPLOS FUNDAMENTALES; CIRCUNSTANCIAS HISTORICAS Y SOCIALES CORRESPONDIENTES. — Dentro de la sociedad feudal, construida sobre el aislamiento, la literatura fué un acto personalísimo. Pero cuando ella entra en disolución y los hombres advierten, abiertas las fronteras, vínculos de sangre, de genio y lenguaje, la literatura, que integra el grupo de las ideas estéticas, deja de ser expresión de un alma para reflejar esa vida de relación, inspirándose en los temas y las preocupaciones generales y usando del idioma común al grupo etnográfico.

La antigua epopeya heroica nacional y las creaciones fantásticas a que daba pie, de luchas contra los serracenos o de los barones entre sí, terminó con el siglo XII, porque la vida y la atmósfera de las cortes no era un medio apropiado para la inspiración heroica.

Pero así como el afán estético de narrar y escuchar leyendas desaparece lentamente, se despierta el de conversar, el de ser rápido y feliz en las respuestas, sutiles en la sátira, fáciles en alusiones o frases de doble sentido, elegantes, en fin, en el arte de la palabra. Se destaca sobre todo la práctica de narrar historias, y de ella procede el género literario del *cuento* y del *romance*, que son narraciones versificadas.

Las canciones populares desarrollan el tema antiguo de la partida del amado. La *pastorela* aparece como una elaboración cortesana de un motivo popular, y éstas, como los romances y baladas, se entonan por los dilettanti caballerescos en las reuniones de los castillos.

El amor y la alegría de vivir son el sello de la creación literaria. Se aparta la mirada de la vejez y de la muerte, e imperan la juventud y la belleza. Todas las sensaciones delicadas y amables se desarrollan y ensalzan en la cultura cortesana, caballeresca y en la romántica. Bien es cierto que los hechos de armas continúan inspirando a los poetas, como que implican la profesión del caballero, pero cada vez son más breves las descripciones del combate y cada vez va derivando más la romántica caballeresca hacia ese humanismo luminoso y sentimental con que el cristianismo se manifestó tanto en las artes plásticas del estilo gótico como en las leyendas del siglo XIII.

A la moral señorial de la antigüedad y de los germanos, se sobrepuso el cristianismo predicando su moral en favor de los débiles, los siervos del medioevo escucharon las predicaciones cristianas de las virtudes del sacrificio y del desinterés; también para ambos fué desconocida la conciencia del pecado, que el cristianismo trataba de despertar, para erigirla en base de la existencia de la humanidad. Desde el Oriente se infiltró en el cristianismo las prácticas de la vida ascética y de la tortura individual, que las instituciones monásticas convirtieron en sistema sobre la base del renunciamiento. La vida de los santos, las descripciones de los sufrimientos de los mártires y las penalidades a que voluntariamente se sometían los propagadores de la fe, llenan las páginas de la literatura de la iglesia.

Al mismo tiempo que el verso o la poesía tomaban a las cruzadas como fuentes de inspiración para exaltar sus pasajes memorables y la actuación de los caudillos, la prosa dió en relatar estos acontecimientos con lujo de detalles, como para que el esfuerzo noble de los señores no se perdiera en el tiempo. Y como la Iglesia era la más interesada en esa exaltación, desde que las cruzadas se sucedían las unas a las otras, fueron los monjes los cronistas por excelencia, y los encargados de circularlas en copias, a las que incorporaban la técnica del adorno y la miniatura.

La iniciativa se abrió camino. El punto de vista personal,

de homenaje a tal o cual señor poderoso o rey cruzado, evolucionó, como la literatura, en el sentido de la exaltación de las estirpes, y es así como notamos la aparición de cultores de la historia que abandonando el carácter de simples cronistas, imprimen a sus producciones el de correlación social.

Además de Sigiberto, monje ilustrado, que continúa la crónica escrita por Eusebio, hasta el año 1112, nos encontramos en Inglaterra con Vital, monje del monasterio de San Ebroul, y con Mateo Parés, del Monte Albano. El primero escribe la Historia de Francia y de los Normandos, y el segundo una Historia Mayor Inglesa inspirada en un fuerte sentimiento nacional. En Alemania se destaca Rodolfo de Milán; en Italia, Andrés Dándalo que escribe la Historia de Venecia; Guillermo de Tiro con su Historia de las Cruzadas, Geoffroy de Viterbo con su Panteón. En Francia, están Ville, Arduino y Joinville, cuyas proyecciones traen el progreso de la lengua que abandona las voces sonoras y recurre a los enlaces.

Completan el movimiento literario histórico una serie de producciones del tipo de las biografías y los anales, como compilaciones inteligentes llamadas bibliotecas, tesoros y espejos, organizadas con un criterio selectivo encomiable.

ORIGEN DE LAS LENGUAS MODERNAS; NACIONALIZACIÓN LITERARIA; CASOS TIPICOS Y FUNDAMENTALES. — Las cruzadas no solamente rompen el aislamiento de la vida medioeval, sino que entregaron a los hombres un asunto inagotable como fuente de inspiración artística, como el de los actos de heroismo y las aventuras de esas memorables campañas. Y como la literatura ofrece el triple aspecto del idioma, de la inspiración o asunto, y de la forma artística, el movimiento literario redundó en definición de una sintaxis regular en los idiomas, en el cultivo de sentimientos generalizados y en la perfección progresiva de las formas literarias.

Durante los primeros siglos de la Edad Media, paralelamente a la mezcla de las vencidas poblaciones romanas con los germanos vencedores, habíase producido la mezcla de los idiomas, el diverso de cada tribu invasora con el latín vulgar propio de las antiguas provincias del Imperio. La fusión de estos elementos formaron lenguajes sin formas regulares de construcción y de sintaxis, conocidos con el nombre de romances, hablados por lo común de las gentes, desde que aquéllas eruditas, casi

todas pertenecientes a la iglesia, o vinculadas a ese organismo, usaron el latín culto conservándolo para toda expresión artística. La literatura eclesiástica que le es correspondiente resultó artificial para los que no pertenecían a los grupos eruditos, tanto por el idioma cuanto por los motivos de inspiración, rebuscados en la vida de los santos o en las leyendas y poemas del dogma. El pueblo extraño al latín culto, usando el lenguaje del romance, no pudo captar esta literatura eclesiástica y buscó en su vida las fuentes de inspiración, traduciéndolas con la imperfección propia de su cultura incipiente y de acuerdo al genio característico de las estirpes.

Nació así una literatura novedosa inspirada en asuntos generales e interpretando las modalidades etnográficas, en la que se ve el origen de las literaturas nacionales respectivas. En España ella se orientó en el sentido de la poesía caballeresca. Su tipo es el poema del Cid Campeador, escrito en alejandrinos irregulares de diez a diez y seis sílabas y cuyos versos reproducen a través de varios de ellos la misma rima, forma de versificación tomada de las poesías árabes. El poema conserva los giros y estilo propio de los árabes, hasta en la forma de presentar las imágenes, pero sin embargo representa un momento nacional por su lenguaje, cuyo mejoramiento produjo en su construcción y su sintaxis. Junto a esta poesía popular representada por el Mio Cid, se encuentra la de Gonzalo de Berceo, que influyó para la perfección de la forma artística, no logrando triunfar de las creaciones populares. Estas, denominadas romances, tienen su auge en los siglos XII a XV, e inspirados en los asuntos de guerra debieron presentar un carácter heroico y aludir a las luchas contra los moros. Destacáronse el del Rey Rodrigo, de Roncesvalles, Bernardo del Carpio, Los siete infantes de Lara, etc. Estos romances tuvieron una gran importancia por su influencia social, pues divulgaron en el pueblo asuntos nacionales que fueron el lazo inicial de la comunidad hispánica.

Italia, sin una epopeya absorbente, como la reconquista del árabe, encontró su expresión literaria predilecta en los versos fascesinos que hicieron la delicia del pueblo, y que estaban fundados en la rima, contrariamente al verso latino que se basaba en la "cantidad", pues los latinos se preocupaban más del acento que de los otros elementos de la versificación.

Esta concepción nueva del verso concluye con el "leonino",

así llamado porque tenían iguales letras desde la última vocal acentuada hasta el final.

La versificación progresa. Nace el verso heróico y el decasílabo, como los tercetos. Sobre todo cuando en Sicilia florece una escuela poética a base de la costumbre de la juventud de cantar versos amorosos por las calles acompañándose con instrumentos musicales. Son gestores de esta escuela Pedro de Viña, Enzo y Manfredo, y sus versos generalmente cortos tenían acentuada agilidad.

En Francia la literatura nacional encontró su expresión en las poesías de los trovadores, hombres cultos que versificaban para el canto o el acompañamiento, inspirándose en el valor de los paladines y en los asuntos amorosos. El grupo nórdico, de la lengua de *ui*, como el sur, el netamente provenzal, de la lengua de *oc*, difieren en el sentido estético de sus concepciones, pero el asunto y los sentimientos generales cultivados fueron lazos imperecederos en el pueblo.

Entre los representativos de esta literatura francesa cabe recordar a Cristiano de Troyes, quien escribe libros de caballería de 12 mil versos. A esta época corresponde el Romance de la Rosa, epopeya alegórica y didáctica del arte de amar. El poeta Guillermo de Lorris escribió los primeros 4555 versos, a los cuales agregó Clopinel 20 mil versos más; es una sátira grosera sobre las debilidades del bello sexo, cuyo auge fué tal que es traducida en Inglaterra y agradó a la época, porque respondía a la indisciplina de los valores morales entonces existentes; predicó la comunidad de mujeres y está llena de sarcasmo para los frailes. El poema nacional por excelencia de Francia fué la Chanson de Rolan, que alude a la época de Carlomagno y cuyo asunto no es otro que la guerra contra los árabes y pobladores de España.

En Alemania la poesía nacional se ejercitó por los "singers" y "Meisters" que son los equivalentes de los "trovadores" y "juglares" de Francia. Sin embargo la semejanza no es total, pues mientras los franceses usan de un estilo sutil y versos de acentuado lirismo, exquisito pero alambicado, en que el poeta castiga a las otras damas para destacar a la suya, los menensingers en sus versos respetan a todas las damas, son graves, serios, desdeñosos y hasta prosaicos, sencillos y buscan amenizar el corazón. Los reyes los protegieron. Han llegado hasta nosotros

los nombres de más de trescientos mennesingers, siendo los más famosos Enrique de Waldeck, autor de la Eneida, y Wolfran Gualterio von Der Vogelweide, este último vencedor del gran desafío literario realizado en el Castillo de Wartburgo.

Pero la obra más interesante es el poema llamado Nibelungue, escrito en estrofas yámbicas y trochaicas de cuatro versos. Está inspirado en la historia de Sigfrido, de Brunehilda y en el viejo poema Edda, de autor indeterminado.

Los versos de Nibelungelied han sido comparados a los de la Iliada, de Homero, pero en esto tal vez peque el patriotismo de excesivo; no obstante, en el Nibelungelied los caracteres de los personajes están fijados con mayor certeza que en los poemas homéricos.

En Inglaterra también existen manifestaciones de literatura nacional. Los ingleses se dedicaron más especialmente a los romances serios y prácticos, llenos de dardos contra los reyes y los frailes. Junto a esta se encuentra una poesía popular, que era la de los proscriptos, de carácter rudo, encontrándonos luego con que Roberto Mauning de Brunne, en el siglo XIV, escribió una "crónica" que la dedica al vulgo. Tiene de interesante el hecho de estar redactada en inglés, idioma entonces propio del pueblo, formado de la mezcla de los idiomas de los diversos elementos étnicos que habitaban Inglaterra. Los nobles usaban el Francés. Godofredo Chaucer, el poeta nacional, escribió los famosos "cuentos de Cantombery", en prosa, semejantes a los que Boccacio actualizó en el continente. Según su argumento un grupo de peregrinos va hacia la residencia del Obispo inglés, situada en Cantombery, donde deciden pasar la noche contando cuentos. Lo interesante está en que los cuentistas caracterizan a sus personajes, los sacan de la realidad y los ponen en escena, haciéndolos actuar como individuos representativos de las clases sociales. Y son el caballero, el médico, la abadesa, el campesino, etc., quienes con sus expresiones se ajustan a la realidad y caracteres de la sociedad de la época. Chaucer fué el primero que trazó caracteres poniéndolos en relación con la verdad y la naturaleza. Tiene viveza de imaginación y lenguaje armonioso. Aunque cortesano fué querido del pueblo. Su obra refleja lo que en la literatura inglesa se llama "humor", su carácter distintivo, mezcla de lo patético y lo jocoso, de lo cómico y lo grave.

LECCION XL

EL ARTE EN LA EDAD MEDIA

TRANSICIÓN DEL ARTE ROMÁNICO BIZANTINO AL ARTE GÓTICO: EJEMPLOS FUNDAMENTALES, SUS ETAPAS. — El sentido estético que tan bellos exponentes lograra en la literatura se tradujo también en las artes plásticas, especialmente en la arquitectura, la escultura y la pintura.

De éstas la principal es la arquitectura, de la que se ha dicho con razón que es como la escritura de los pueblos, y cuya evolución corresponde a la de los motivos inspiracionales de la cultura.

Desde este punto de vista podemos distinguir en la Edad Media períodos característicos. En el inicial el estilo de Roma empezó a ser influenciado por el bizantino, con cuyo nombre se conoce a una expresión artística resultante de la mezcla de los elementos griegos con los del Oriente, que se produjo en Constantinopla. Su monumento típico fué la iglesia de Santa Sofía levantada en la capital del Imperio Romano de Oriente en época de Justiniano, por haberse destruído, por un incendio, la que inicialmente edificara Constantino. Los caracteres de la construcción bizantina son la forma de cruz griega dada a las plantas de las iglesias y la cúpula con pechinas colgantes, como la ornamentación fantástica del conjunto. El auge de esta concepción artística recibió un rudo golpe con el predominio, en Constantinopla, de los iconoclastas (destructores de imágenes) quienes pretendieron concluir en el hecho con el arte bizantino, que estaba en las representaciones y ornamentos religiosos, pero sus cultores no decayeron; del siglo IX al XI floreció de nuevo.

Se caracteriza el estilo bizantino, en oposición al románico, por el predominio del convencionalismo en lugar del materialismo; todos los tipos y formas derivan de la fantasía; son símbolos y emblemas a costa de motivos inspirados en la naturaleza.

En el primer período de la Edad Media los elementos del arte bizantino se fueron combinando con los de la antigua escuela romana, formándose el romano-bizantino, origen del estilo románico que definitivamente no se constituyó hasta la segunda mitad del siglo XI. La evolución se hizo a través de tres etapas denominadas estilo primario o latino, romano bizantino secundario y estilo de transición o terciario.

A este primer período evolutivo corresponden los capiteles de la Iglesia de Santa Leocadia de Toledo y templos de Galicia y Asturias; en el segundo la influencia bizantina es mayor, en arcos, ventanas y bóvedas y en la ornamentación fantástica. En el tercer período la planta de las iglesias fué en cruz latina, la edificación es sobria, las bóvedas son de arista, la estatuaria religiosa de tamaño natural, etc.

Hacia fines del siglo XI, el arte románico bizantino que ya se había estructurado, evoluciona conforme a las nuevas concepciones sociales. El arco regular de tipo romano, y las columnas que le servían de apoyo, quiebran su perfil regular, hacia la ojiva, formada de dos sectores de arco unidos en ángulo agudo. Correlativamente, la construcción pierde el aspecto rectangular de sus líneas extremas para adoptar la forma piramidal.

A este estilo diósele impropiamente el nombre de gótico, por lo que algunos entienden fué creado por los godos, pueblo germano que invadió el norte de Italia, el sur de Francia y la España actual. Para nosotros el nombre estaría explicado por haberse producido sus primeras manifestaciones en Lombardía, la zona de Italia que precisamente ocuparon los godos, y por lo que se le llamó alguna vez lombardo y sajón.

Sus orígenes han sido debatidos. Se ha sostenido más generalmente que el gótico es una derivación del estilo romano-bizantino, lo que explicaría su aparición en Lombardía, y las numerosas construcciones de ese orden en Italia, como las catedrales de Milán, Plascencia, Modena y San Marcos en Venecia.

FLORECIMIENTO DEL ARTE GÓTICO; CIRCUNSTANCIAS SOCIALES Y CULTURALES CORRESPONDIENTES. — Se denomina arte gótico a la concepción estética o estilo de los monumentos arquitectónicos, esculturas y objetos artísticos hechos desde el siglo XII al XV; más concretamente es el nombre que se da al orden o estilo arquitectónico ojival, y a las obras o monumentos que se construyeron en correspondencia estética.

Las construcciones más características de este estilo están en Alemania, donde se usó desde muy antiguo la "cimbra aguda", y cuya iglesia gótica de Friburgo, del año 1130, es la más antigua y anterior al convento de Asis en Italia (1226), la

primera construcción gótica en esa península. Débese así mismo recordar que el gótico italiano es imperfecto, pues ninguno de los campanarios de sus construcciones corresponde a este estilo, mientras en Alemania el orden gótico es puro y completo. Tal la Catedral de Colonia, famosa por las cien columnas que sostienen su cúpula, y la de Estrasburgo, ciudad que llegó a ser asiento de las logias de constructores, custodios juramentados de los elementos esenciales del arte gótico.

El asunto no puede llamar la atención por cuanto el arte ojival entraña todo un nuevo procedimiento de construcción, de cálculo de materiales, distribución y desplazamiento del peso del edificio, etc.

La concepción artística del gótico se manifestó también en la escultura y la pintura, preferencialmente al servicio de la religión, tal vez porque era la iglesia la única institución rica. Y así, mientras los arquitectos hacían iglesias, claustros y tumbas, la escultura y la pintura se encargaban de su ornamentación con las estatuas, los bajo relieves de las columnatas y los frescos, todos ellos inspirados en motivos piadosos.

La escultura gótica se caracteriza por sus figuras delgadas, cuyas actitudes y movimientos afectan rigidez, pero que en cambio son de una finura de ejecución y de una perfección de detalles admirable.

En pintura su carácter está en la expresión de la figura. El fresco más antiguo data del año 1000 y encuéntrase en los muros de Cluny. Entre los principales pintores de la época debemos recordar a Tomás de Stefani (Nápoles) y Simón de Cremona. Otra de las producciones artísticas fué la miniatura, concepción derivada del adorno minucioso de las letras por los famosos copistas medioevales, como el decorado de las amplias vidrieras que cerraban las ojivas de las catedrales y los claustros.

A fines de la Edad Media, en España, el gótico tomó la inventiva de los adornos del renacimiento formando una ornamentación rica, transformándose en el estilo plateresco.

CONSIDERACIÓN DE CONJUNTO SOBRE EL ESPLENDOR Y LA SIGNIFICACIÓN CULTURAL DEL PERÍODO HISTÓRICO ENTRE LOS SIGLOS XI Y XIII. — Contemplada la Edad Media en perspectiva, los trescientos años comprendidos en los siglos XI a XIII, cons-

tituyen su expresión característica. Tal es su poder de atracción que el período inicial de los orígenes feudales, hasta el advenimiento de su civilización jerárquica, como la disolución de esta última por la formación de los primeros estados nacionales, se pierden en las sombras para sólo advertir el esplendor y la cultura de los tres siglos aludidos.

Los peregrinos y mercaderes procedentes de Bizancio traían amplios informes sobre la belleza y elegancia de las mansiones del Bósforo. Patios con surtidores, paredes de mármol y pavimentos de mosaicos, muebles de ébano y marfil, cojines de seda, tapices y servicios de metales preciosos, finísimos vestidos y refinadas maneras, fueron para la sociedad occidental tosca del siglo XI toda una revelación. Le significaron manifestaciones de una aristocratización de la vida espiritual y naturalmente suscitó el deseo de imitación.

Se sumó a esta circunstancia el respeto con que los pueblos jóvenes de la Europa Occidental contemplaban al antiguo Imperio de Oriente. El prestigio de Bizancio fué extraordinario. Sus elementos arquitectónicos y decorativos se incorporaron a las iglesias románicas y la pintura bizantina de mosaicos, sus tapices, tejidos, los esmaltes y marfiles se consideraron como expresiones de un concepto más refinado y de más elevada belleza.

Estas pequeñas obras de arte poseen un sentido estilístico, una finura y precisión tal de líneas y contornos, que sugirieron una especie de reminiscencia de lo clásico.

La vida de la nobleza se agrupa en los siglos XI a XIII en torno a las mansiones de los condes y duques; la baja nobleza se separa cada vez más de los castillos de los barones para trasladarse a las residencias de los grandes feudales donde se desarrolla la vida social y la cultura de esta época. Estas mansiones principescas (condes de Tolosa, duques de Champaña, condes de Guides, de Turingia, etc.) son aún grandes fortalezas casi inexpugnables, pero ya denotan las influencias culturales y los hábitos traídos por los cruzados. Amplias murallas como las observadas en Jerusalén y Antioquía, jardines, baños, el hábito de la sedería, el alhajamiento de la mujer, etc., pulen y refinan las costumbres. Las cortes se convierten en escuelas de buena educación.

La vida social es vida cortesana. Gradación, jerarquía, ran-

go, son ideas conforme a las cuales se distribuye la población, desde el señor a los miembros de su familia, el caballero, el paje. En la mesa, en la iglesia, todo es jerarquía y títulos, con un espíritu de sumisión en las relaciones de súbdito a magnate y un orgullo exagerado en sentido contrario.

LECCION XLI

LA CIVILIZACION MUSULMANA Y SU CULTURA DURANTE LA EDAD MEDIA

ORÍGENES, ETAPAS Y DESARROLLO; SUS MOMENTOS PRINCIPALES Y CAUSAS DE SU DECADENCIA. — Desde el desierto de Arabia, aparente refugio de pequeñas tribus nómades, indisciplinadas y peleadoras, advino una civilización que extendió su dominio e idioma desde España hasta las fronteras de la China, y que entregó a la humanidad una de las religiones que aun hoy es una fuerza de las más vitales en el mundo.

El autor de esta llama creadora y de esta poderosa religión fué Mahoma. Su concepción fundamental consiste en la afirmación de que el Corán es el fruto de revelaciones de Dios a los hombres, por intermedio de su profeta, y como no fueron hechas al mismo tiempo, no ofrecen orden y a veces son claramente contradictorias. Mahoma no tiene carácter divino, por lo que tampoco hace milagro alguno, mientras en el Cristianismo, Jesús es Dios mismo, haciendo milagros como resultado de su divinidad.

La revelación que es una circunstancia común en ambas doctrinas, explica el carácter proselitista de las mismas y es clave de las luchas entre los pueblos que las profesaban. Pero este carácter de "revelación" no es actualmente unánimemente acatado; existen sectas mahometanas que no creen en ella, como también pensadores cristianos que niegan el carácter sagrado de las escrituras, que sólo admiten una revelación en forma progresiva.

Es característico del mahometanismo la guerra contra los idólatras, preconizada por Mahoma al levantar su bandera incluyendo entre sus enemigos a los judíos que se creían una raza elegida, que habían quitado a su Dios el carácter universal para convertirlo en Dios nacional; como a los cristianos de Oriente del siglo VI, época de su expansión inicial.

El dogma, en lo esencial, es el de la unidad de Dios, la predestinación de la hora de la muerte, pero no en forma absoluta, porque dentro de la conducta del hombre admiten la libertad. Cree también en la igualdad, en que fundamenta las ideas sobre fraternidad, pero incompleta desde que sostiene la inferioridad de las mujeres y de los esclavos. También profesa la caridad.

Fundado en la revelación, el mahometanismo debía naturalmente aspirar a ser universal. Con ese fin proclama la guerra sagrada, dentro de la cual la conquista es un acto de propaganda religiosa. El que muere con las armas en las manos es un mártir. Con esas ideas lucha contra los cristianos, los persas y los indios. Llevando la fe por escudo, van al Africa, dominan el Egipto y su litoral, pasan a España que en dos años conquistan, pero son derrotados en Tolosa y Poitiers. Desde entonces la ola inicial, aquietada, buscó hacer labor constructiva en los territorios dominados.

En esta enorme extensión los árabes dejaron impresa su grandeza con monumentos materiales y con los frutos de su cultura espiritual. Como síntesis de esa vida interior traducida en lo objetivo, cabe referir a su arquitectura, y dentro de ella al monumento que consagraban al culto religioso (mezquita); un enorme patio de entrada, una o varias torres (alminares) desde las que se anunciaban las horas de la oración, una o varias naves para los fieles y el que podríamos llamar altar (mihrab), especie de hornacina sin imagen alguna y orientada hacia la Meca. Los elementos característicos de estos monumentos eran el arco de herradura, las columnas delgadas, la cúpula sobre base cuadrada, los arabescos o placas de mármol o yeso labradas en hueco, con motivos geométricos o de flor esquemática, en rojo, azul y con fondo dorado; los mosaicos de vidrio y los azulejos en relieve que adornaban los zócalos.

Pero toda esta grandeza estaba llamada a desmembrarse con rapidez, porque su unidad fué socavada por diferencias doctrinales, y porque su forma política fué la del despotismo. El espíritu religioso que en definitiva lleva al análisis del dogma, no puede servir de fundamento a un régimen de fuerza; el desarrollo de la razón debilita y concluye por destruir el lazo político, y el enorme imperio de los árabes no escapó a esta ley comprobada por la historia.

Refiriéndonos en general a la unidad árabe, al Imperio que

organizan los Califas, advertimos que ella no ofrece sino la historia de todos los despotismos; el Califa como déspota provocó la reacción, produciéndose la división agravada por la lucha furiosa de las sectas, en que se divide la doctrina y por las diferencias de raza de los fieles. El siglo X ofrece el espectáculo de tres Califas que se excomulgan recíprocamente. Esta sombra de califato duró hasta la invasión de los mongoles y tártaros, produciéndose luchas que formaron entidades políticas particulares, de los restos del islamismo. La India, el Asia Occidental, el Africa, la Persia, etc., se constituyeron por separado, desenvolviéndose aisladamente en la historia.

EL ESTADO, LA CENTRALIZACIÓN ADMINISTRATIVA; LA VIDA ECONÓMICA URBANA Y RURAL; LA SOCIEDAD, LA EDUCACIÓN, LAS CIENCIAS, LA FILOSOFÍA, LAS LETRAS Y EL ARTE; EJEMPLOS FUNDAMENTALES; SU DETERMINACIÓN HISTÓRICA. — Lo que más interesa de los árabes no es la historia de su desintegración política, sino su influencia en el espíritu humano por las formas de su economía social, las conquistas de su civilización y el sello de su cultura. Sin embargo debemos advertir que todo lo que informa su contenido de perfección y grandeza, no fué un resultado exclusivo de la raza ni de la fuente inspiracional de su religión. En Persia, con la que el espíritu árabe se puso en contacto durante el período de su excitación juvenil, bebió en las doctrinas maniqueas, de Zoroastro y del cristianismo primitivo y se ilustró con la literatura griega científica conservada en ese idioma y en traducciones sirias. En Egipto encontró a su vez una cultura griega que Alejandría había hecho famosa, y en el norte de Africa y sobre todo en España, descubrió una tradición judaica, de especulaciones y discusiones. En el Asia central se puso en contacto con el budismo, con los progresos materiales de la civilización China, y con las matemáticas y la filosofía india.

Fué como una acumulación del saber universal de los hombres, elementos que su espíritu crítico aprovechó y disciplinó para producir como un renacimiento de la raza semítica, desde que árabes y hebreos, que a ella pertenecen, se enlazaron para trabajar juntos, valiéndose del árabe. Mucho tiempo después del desmembramiento político de este mundo árabe, esta comunidad intelectual subsistió, produciendo hasta el siglo XIII resultados considerables.

Conforme a su genio despót ico, las formas políticas del estado árabe fueron centralizadas. El Califa ejercía el señorío religioso y temporal, el de los intereses materiales. La administración, la guerra, las funciones de justicia, el establecimiento de la ley, etc., obedecían a este sentido de centralización, cada vez más difícilmente ejercido, cuanto más extenso fué el dominio territorial. Como su base era la religión, y como el dogma no es eterno ni enquistado, la propia suficiencia intelectual de los primeros tiempos cedió cuando el advenimiento de las sectas nacidas del análisis del Corán. Hubo, puede decirse, como un paralelismo, entre el acrecentamiento de la cultura árabe y las manifestaciones del debilitamiento de su unidad política.

Esta inició sus manifestaciones en el siglo VIII, precisamente cuando nos encontramos con una organización educacional en todo el mundo *arabizado*. En el IX los hombres sabios de las escuelas de España, en Córdoba, estaban en correspondencia con los del Cairo, Bagdad y Samarcanda, pero lo político y lo administrativo ya cedían en unidad.

La organización económica consultaba esta extensión territorial que vinculaba sus productos mediante un comercio activo marítimo y terrestre, por los caminos de caravana que se adentraban en los enormes desiertos del Africa y Asia. Como las ciudades servían este comercio y eran a su vez productoras, la industria asumió formas regulares con los talleres y la técnica especializada, siendo famosas las industrias artísticas de cerámica (vajillas de reflejos dorados, ladrillos de colores, etc.) y la orfebrería, con lámparas, puños y vainas de espadas, arcas de joyas y placas de metales preciosos y marfil esculturadas. En cuanto al campo, la dominación árabe fué suave con los que se sometían y convertían, continuando en sus residencias de origen; en España, por ejemplo, un considerable número de godos romanos acataron el dominio árabe y sólo abonaban ciertos tributos; fueron designados mozárabes y objeto hasta de cierta tolerancia religiosa.

La cultura de los árabes en este período de apogeo fué enorme. Progresaron las matemáticas, la medicina y la física; los números romanos, toscos y rígidos, fueron desplazados por los árabes, y el signo cero se empleó por primera vez; el nombre de Algebra es árabe, como el de innumerables estrellas que justifican su conocimiento del firmamento. Sus químicos eran

denominados alquimistas; investigaron y aun cuando no se comunicaban sus descubrimientos, como para facilitar otros, a ellos se les debe invenciones metalúrgicas y técnicas de gran valor, aleaciones, tintes, destilaciones, esencias, vidrios ópticos, etc. Sus métodos experimentales pasaron al mundo cristiano y sus resultados fascinaron las inteligencias; entonces recién cambiaron noticias de sus descubrimientos y compararon las ideas; con razón se ha dicho que el último de los alquimistas fué el primero de los filósofos experimentales.

EL CALIFATO DE CÓRDOBA; SU ESPLENDOR CULTURAL; LA UNIVERSIDAD DE CORDOBA; SU INFLUENCIA OCCIDENTAL. — Por su inmediación con el mundo cristiano la parte más transcendente para nosotros de la unidad árabe fué la zona que ocuparon en España, desde comienzos del siglo VIII. Ella tuvo por centro político a Córdoba, donde residió el Emir dependiente del Califa, situación que cambió (758) con la sublevación de Abderramán. Entonces España se organizó en reino independiente; fué el Califato de Córdoba uno de los más prósperos y respetados del mundo. Su esplendor duró hasta el siglo XI, en que la reconquista cristiana organizó los primeros reinos.

Puede decirse que España bajo los árabes fué feliz, y que pocas veces también fué más culta, dentro de la relatividad del fenómeno histórico. Bajo su influjo se desarrollan las ciencias y las artes; la filosofía adquiere un gran vuelo; a sus universidades iba el mundo occidental a recoger las enseñanzas de Aristóteles y de Platón, pues en las otras partes de Europa sólo se enseñaban las doctrinas escolásticas.

La cultura árabe culmina en los palacios, escuelas, bibliotecas, etc. En España existieron en esta época más de 70 bibliotecas, lo que es enorme si se considera que todo su material era hecho a mano. En cuanto a obras de arte podemos citar como verdaderos modelos la Catedral de Córdoba y la Alhambra de Granada, obras inmortales que llegan a nuestros días. Allí la juventud de occidente fué a recoger la enseñanza inspirada en el libre examen, en contra de las imposiciones de los teólogos escolásticos, que entonces monopolizaban el pensamiento en el mundo cristiano. La historia con Ybu-Kaldoun, y la medicina con la utilización científica de plantas, se desarrollaron considerablemente, mientras la Universidad creada en Córdoba centraba todo este movimiento espiritual.

Para poner de relieve esta influencia de la cultura árabe sobre occidente, no necesitamos hacer una exposición cíclica, iniciándola por ejemplo, con la divulgación del papel, que ellos trajeron de China, y que fué el elemento providencial para que las artes gráficas, la imprenta, divulgara el saber humano. Nos basta dentro de la síntesis de nuestro curso, aludir al conocimiento filosófico.

Desde los tiempos de la conquista musulmana en Siria (638), las obras de Aristóteles que se enseñaban en Antioquía, fueron traducidas. Así nació el aristotelismo árabe que pasó a España cuando la conquistaron (711). Cuando Toledo fué reconquistado por los cristianos, se formó una oficina de traductores cristianos y judíos que pusieron en latín las traducciones arábigas de Aristóteles, vendiéndose en Europa numerosos ejemplares, aunque ya desde fines del siglo XII se leían en occidente las obras de Aristóteles glosadas por Averroes, así como los escritos de los neoplatónicos árabes.

Claro que estas versiones árabes no eran puras; además de incorrectas contenían interpolaciones informadas en el espíritu de Plotino, pero los comentaristas arábigos resultaban más claros, especialmente los de Averroes que ejerció una influencia prolongada.

El campo de la filosofía reducido en Occidente (1220) a la lógica y al problema de los universales, se amplió, y Aristóteles que había sido educador de los alejandrinos, de los sirios, árabes y judíos, pasó por el corredor de España a serlo de la Edad Media Occidental. Si Platón había servido para las especulaciones sobre Dios y sobre el alma, sólo Aristóteles podía orientar en el terreno de las ciencias naturales que por fin se abordaría.

Su mejor comentador fué Averroes formado en la Universidad de Córdoba, que entonces era la Atenas del mundo civilizado; se dedicó al estudio de las matemáticas y de la astronomía, siendo de los primeros que observaron las manchas solares; y consagró gran parte de su vigor intelectual a las lucubraciones filosóficas, ciencia en la cual tuvo por maestro a Un-Baja, el célebre filósofo aristotélico.

Propagador incansable de las doctrinas de Aristóteles, sus trabajos de traducción al árabe de las obras del filósofo griego y los comentarios con que aclaraba los conceptos, a fin de vul-

garizar la doctrina, valiéronle el sobrenombre de *Comentador de Aristóteles*, con que fué conocido y reputado en todas las escuelas y universidades de la Edad Media. Ello fué causa de su desgracia; perseguido como reo de heterodoxia musulmana, se le confiscaron todos sus bienes y se le desterró a Lucena, de donde pasó a Fez. Compadecido el sultán Almanzor del filósofo, le prometió el perdón si se retractaba públicamente de sus opiniones antirreligiosas. Así lo hizo Averroes y pudo recobrar su libertad de acción.

El averroísmo no tuvo secuaces entre los mahometanos, pero halló eco entre los cristianos y los judíos, alcanzando influencia inmensa en Europa. Sus obras filosóficas originales son *Destructio Destructiones*, *Tehafot al Tehafot*, varios estudios acerca del entendimiento activo y pasivo, tratados de física, etc.

Hay historiadores que clasifican a Averroes de *ecléctico espiritualista*. Pero lo cierto es que sus obras están impregnadas de un panteísmo psicológico, racionalista, llegando a la casi completa supresión de la personalidad humana y negación formal de la inmortalidad del alma. Comulga en la eternidad de la materia. Su más famosa teoría tiende a despojar al individuo del entendimiento agente. Averroes llama *adquirido* a una disposición del espíritu humano para comunicar con el entendimiento *activo*, posible o material, que existe a manera de substancia separada que irradia su luz intelectual. El entendimiento individual no es forma informante, sino substancia asistente; esto explica la diversidad intelectual de los individuos merced a sus diferencias materiales, "el mismo aire, según la variedad de tubos del instrumento músico, produce sonidos diversos y múltiples".

La palabra averroísta se convirtió en bandera de incredulidad y materialismo. En la época del Renacimiento se aseguró grandes triunfos, hasta que el Papa León X la condenó en el Concilio de Letrán, 1513, como incompatible con la fe cristiana.

LECCION XLII

PROCESO DE INTEGRACION TERRITORIAL E INDEPENDIZACION DE LOS GRANDES ESTADOS DE OCCIDENTE CON RESPECTO AL PAPADO

INFORMACIÓN DE ESTE PROCESO, DE SUS ANTECEDENTES Y DESARROLLO ENTRE LOS SIGLOS XIV Y XV. — Bajo Gregorio VII,

como resultado de su política y de sus guerras, el Papado llegó al pináculo de su poder, alcanzó la independencia de la Iglesia, la plenitud de su poderío espiritual y la dirección moral de la sociedad cristiana. Fué tan efectivo su triunfo que bajo su sucesor, el Papa Inocencio, la lucha por la reforma interna de la Iglesia y por su independencia ya había cesado, el celibato era aceptado por el sacerdocio y el Emperador ya no ejercía la facultad de investidura de los obispos.

Sin embargo los siglos XIV y XV nos presentan un estado de oposición y de guerra entre el Pontificado que había logrado este máximo de programa, y el poder de los reyes que había acatado esa preeminencia. Luchas crueles en Italia, en Alemania, en Francia y en Inglaterra prueban que alguna causal fundamentalísima estaba bajo los sucesos y las intenciones confesadas, hechos, sentimientos e ideas que nos ofrecen un doble proceso.

Su saldo consistió en la integración territorial y en la independencia de los grandes estados de occidente con respecto al Papado.

La crítica histórica ha radicado la responsabilidad de estas luchas en el Papa Inocencio. Sostenía el Pontífice que el primer gobierno del pueblo de Dios había sido el régimen sacerdotal; que al acceder la divinidad a las peticiones populares de un rey (época de Samuel), lo había hecho dando a la monarquía un sentido de castigo; que los príncipes tenían poder en la tierra y los sacerdotes en la tierra y el cielo... Comparaba al Pontificado con el sol y al Imperio con la luna, medía la grandeza y preeminencia de las instituciones, con el índice material del papel del sol en la naturaleza. Elevado a esta altura el Pontificado, el poder temporal de los reyes desaparecía, se borraba como el hombre ante Dios, como lo finito ante lo infinito. En definitiva el ideario de Inocencio sostenía que no había más que un solo soberano: el Papa.

Aun cuando el Papa tenía un poder temporal constituído por las donaciones de los Carlovingios y de la Condesa Matilde, le faltaba fuerza para hacer prevalecer sus pretensiones. Los Hohenstaufen disponían del patrimonio de San Pedro y en la misma Romà no se sabía a quien se debía obedecer. Al día siguiente de su elección, Inocencio absolvió al Prefecto Imperial

de Roma de su juramento al Emperador y destituyó al Senador que representaba a la ciudad, afirmando su soberanía. Era abrir la guerra contra el Imperio, sostener el principio de la soberanía excluyendo de la Iglesia, de su preeminencia sobre los príncipes y la jerarquía de los entes políticos.

Y así ocurrió. Los siglos XIV y XV están llenos de esta guerra de suerte alternativa, en alguno de cuyos períodos el Pontificado logró la pleitesía de los grandes estados. Sin ejércitos, los improvisaba con sus tesoros y su poder espiritual; interdicciones y cruzadas, excomuniones severas, cuanto resorte podía influir en quebrar el poder de los nacientes estados, fué puesto en práctica, y esos abusos, unánimemente reconocidos como injustos las más de las veces, concluyeron por destruir su prestigio.

Veamos las fases y los saldos principales de este período.

EVOLUCIÓN SOCIAL, POLÍTICA JURÍDICA Y ECONÓMICA EN FRANCIA. — LOS REYES Y LOS LEGISTAS FRANCESES. — LOS SEÑORES Y LOS GRANDES BURGUESES. — SUS RELACIONES POLÍTICAS. — Los últimos carlovingios desaparecen de la escena de Francia entre guerras enconadas, y los grandes vasallos, proveyeron el trono vacante con Hugo Capeto el fundador de la tercer dinastía francesa. Con su ascensión cambia el orden del gobierno y el principio de dominación. La preeminencia de los francos sobre los galos o romanos vencidos, que caracteriza la dominación de merovingios y carlovingios, desaparece para dar paso a una monarquía nacional cuya unidad se funda en la identidad del pueblo francés.

Hugo Capeto fué hombre de los nobles; lo eligen rey viendo en su debilidad una garantía a sus privilegios, pero incurren en error. El poder del rey tiene tanta transcendencia que mina el poder de sus vasallos poderosos, cada uno de los cuales le igualaba en recursos materiales, y a través de los siglos llega a ser de tal magnitud que uno de sus sucesores, Luis XIV, es como la encarnación del estado. Este proceso hacia la unidad, hacia el robustecimiento y poderío real, llena nueve siglos de la historia de Francia.

El reino de Francia cuando Hugo Capeto no ofrece la extensión territorial de fines de la Edad Media. Estaban excluidos del dominio, la Bretaña, el Bearn, el Franco Condado, la Lorena, Alsacia, Arlés, Borgoña y los principados del Mediterráneo.

El resto se divide entre la Isla de Francia, Orleans y Lyon, los ducados de Borgoña, Normandia, Aquitania, Tolosa, Flandes, Vermandois, Champaña. Son siete estados y numerosos señoríos.

Entre ser jefe de una confederación, o someter a los nobles buscando la preeminencia real, Hugo se decidió por lo último, y él y sus sucesores inician una larga lucha por sacudir la tutela de los feudatarios, y dignificar la clase de los hombres libres, para apoyarse en ella y abatir a la alta nobleza.

Deja que los feudales luchen entre sí y se debiliten, y busca el apoyo de la Iglesia, haciéndose coronar en Reims y dando entrada a eclesiásticos en su consejo. Sus sucesores lo imitan; se establecen comunas, se dispone sobre emancipación de siervos y se crean Baylios, algo como jueces encargados de entender en los juicios que correspondían a la jurisdicción real.

Con la incorporación de Normandía, en cuyo señorío la asamblea de nobles hizo cesar el rey de Inglaterra, el rey de Francia respetabilizó su investidura. La mayor extensión de su dominio obligó a Felipe Augusto, que entonces ocupaba el trono, a crear un sistema de administración complicado cuyo eje fué la magistratura de los Baylios, encargados de administrar justicia y de reunir el ejército real y sus recursos. Para robustecerse, se independiza de la influencia de la Iglesia, alejando a los sacerdotes de la administración de justicia, y como estas reformas exigían rentas, y las suyas personales eran insuficientes, realizó una serie de excesos, adulteró la moneda, disminuyó su tamaño conservándole el valor. Como el "Consejo del Rey", institución feudal, eran insuficiente para entender en un gobierno complicado, creó al "Gran Consejo" con facultades políticas y administrativas; la "Cámara de Cuentas" encargada de estudiar la gestión financiera de los Baylios, y el Parlamento, que fué una cámara de justicia que entendía en las apelaciones de juicios que resolvían los Baylios.

El Parlamento estaba formado por hombres nobles y de derecho.

Los grandes nobles de aquella época apenas sabían leer y escribir; el Parlamento les resultaba cansador, de manera que se alejaron de él voluntariamente dejándolo reducido a hombres del tercer estado. Poco a poco el rey fué aumentando las facul-

tades del Parlamento; suprimió las jurisdicciones de las provincias y reconcentró la justicia.

Este aspecto del proceso estadoal francés fué el de su estructuración jurídica en el que cooperan con el rey los hombres expertos en derecho, formados en las Universidades, a los que se denominaban legistas. Reclutados entre la burguesía de las ciudades, dignificados por la función judiciaria, atrajeron a la causa real a los grandes burgueses, que adoptaron dentro de la sociedad una posición contradictoria con la nobleza. En esta forma los municipios situados en los grandes feudos operaron como amigos del Rey, concluyendo por inclinarlos a su jurisdicción excluyente de los viejos derechos señoriales.

Pero la iniciativa transcendental de Felipe Augusto fué reunir a los estados generales, asambleas de representantes elegidos libremente por los tres órdenes: el pueblo, el clero y la nobleza. Aun cuando estas asambleas tenían siempre un objeto determinado, como votar un impuesto, etc., en ellas se permitían los cuadernos o sea peticiones que los diputados de cada orden formulaban.

La nobleza no podían mirar con buenos ojos estas reformas que limitan sus privilegios, y fué así como la vemos reaccionar y lanzarse a la revuelta llevando como bandera el "volver a los buenos tiempos del San Luis". Pero la revuelta fué vencida y el estado francés perfila definidamente sus formas políticas.

EVOLUCIÓN SOCIAL, POLÍTICA, JURÍDICA Y ECONÓMICA EN INGLATERRA. — EL PARLAMENTO INGLÉS. — SU ORIGEN Y DESARROLLO. — La conquista de Inglaterra por Guillermo, y el carácter sistemático que ella dió al régimen feudal, creó una comunidad anglo-normanda que estaba destinada a fusionarse dando pie a la nacionalidad inglesa.

La evolución se inició con la distinción de los barones en dos grupos; el uno de los mayores, el otro de vasallos inmediatos de la corona denominados *minores*, clase numerosa e independiente de la jurisdicción de la alta baronía. Mientras los primeros poseían grandes dominios y eran convocados individualmente al ejército y al consejo del rey, los segundos eran citados colectivamente por el scheriff; los unos honrados por esa preeminencia se adhirieron a la persona real, la seguían en sus guerras, formaban su gran consejo, etc., mientras los segundos

buscaron independizarse de sus obligaciones feudales, permanecen en sus tierras para garantir su posesión, creando una verdadera clase provincial sedentaria, en oposición a la aristocracia política de los grandes barones y consejeros reales. Esta nobleza de minores concluyó por nivelarse y fusionarse con la masa de los hombres libres, organizándose en clase media rural, fuerza desconocida en los estados del continente. En cuanto a la alta nobleza, considerándose *par* del rey, se jerarquizó en el sentido de hacerse exclusivamente hereditaria por primogenitura; ligada a una función indivisible ella no pasa sino al hijo mayor, mientras los otros descendientes no tienen nada que los distinga del común de los ciudadanos. En lugar de familias privilegiadas que aumentan con el exceso de los nacimientos, resulta una nobleza que tiende a extinguirse y habría ocurrido así si el rey no la hubiese conservado mediante nuevas creaciones de títulos.

La clase media rural formada por los minores y los hombres libres conservó las regalías de los primeros, es decir, la igualdad ante la ley y ante el impuesto, y se remonta en dignidad constituyendo primero el *self gobernement* local, y ocupando más tarde un sitio en el parlamento; gracias a su naturaleza mixta, a sus afinidades con la alta nobleza y el pueblo, sirvió de vínculo social, y pudo en el siglo XVI, desaparecida la antigua baronía, formar la cámara alta y constituir el verdadero tronco de la aristocracia inglesa.

Las libertades del hombre son un nombre vano cuando no se convierten en derechos positivos, reconocidos y consagrados, y a su vez los derechos nada valen si no tienen la protección de garantías a cargo de fuerzas independientes. Hacer de las libertades derechos, dar a éstos garantías, y encargar de su custodia a elementos capaces, es el proceso que sigue todo gobierno libre, y lo que ocurre en Inglaterra para formarse el gobierno representativo.

Un poder real fuerte es avasallador. La nobleza inglesa obtuvo de sus reyes Enrique (I y II) las primeras cartas de reconocimiento de derechos, pero las bases de sus libertades públicas están en la Carta Magna que los barones arrancan (1215) a Juan Sin Tierra.

El rey se comprometía a respetar el gobierno y la justicia, a no sacar a nadie de la jurisdicción de su juez natural, etc.

También confirmó el privilegio de las ciudades, la libertad de tránsito y el que los impuestos no podrían ser cobrados por el rey sin el consentimiento previo de los barones que se reunían en asambleas.

A pesar de contener algunos principios fundamentales adoptados en las constituciones modernas, la Carta Magna no fué en síntesis sino un documento que garantizaba el régimen feudal, pero el rey estableció que los barones debían dar iguales derechos que los establecidos a su favor, al pueblo, buscando solidarizar al último con el poder real. Se equivocó; el pueblo se solidariza con los nobles y en esta forma las clases sociales se vieron enfrentadas al poder real. Enrique III, su sucesor, confirmó esta carta y dió las provisiones de Oxford, que establecen que el Parlamento debían reunirse por lo menos tres veces al año. Bajo Eduardo I se regularizó el orden, dándose la constitución de 1295, que establece una misma ley para sajones y normandos, que hasta entonces tenían instituciones individuales, adquiriendo el Parlamento sus formas definitivas.

Organizado originariamente con representantes de la nobleza y funcionarios eclesiásticos, poco a poco se incorporaron al Parlamento los diputados de la nobleza terrateniente de los condados, y luego los diputados de los condados, de las villas y de los burgos. Hacia mediados del siglo XIV el Parlamento se divide en dos Cámaras, actuando en la de los comunes los diputados de los condados, las villas y los burgos. Poco después, cuando la elección reemplazó al derecho individual, en lo que respecta a los diputados de la nobleza terrateniente de los condados, éstos pasaron a integrar la Cámara de los Comunes, dándole mayor fuerza y prestigio. Fué al principio una asamblea autoritativa de los impuestos que podía imponer el rey, y portavoz de los excesos de sus agentes y de los barones, pero a contar de mediados del siglo XV conquista una mayor suma de atribuciones, como la necesidad del concurso de las dos cámaras para modificar la ley, y el derecho de averiguar los abusos y acusar a los consejeros del rey. En el siglo XV el pueblo inglés tenía lograda la proclamación de sus derechos y poseía las garantías necesarias; en lo que hace al derecho individual, con el *jurado;* en lo que hace al público, con el Parlamento. Sus instituciones eran más adelantadas que las de los demás pueblos de occidente, y lo fueron por cuanto teniendo menos industria y

comercio que los demás de Europa, sus intereses materiales no eran bastante fuertes para dominar las cuestiones políticas.

LAS HEREJÍAS Y LOS CISMAS, LAS REVUELTAS AGRARIAS Y URBANAS EN ALEMANIA, INGLATERRA Y FRANCIA: SUS CIRCUNSTANCIAS SOCIALES, ECONÓMICAS Y CULTURALES. — En el fondo de este proceso de integración territorial de los grandes estados y de su independización del Papado está el advenimiento de necesidades, ideas y sentimientos generales como consecuencia de un mayor enlace de la vida. La disolución feudal obedece a causas genéricas, y estas mismas actúan sobre el pensamiento de los hombres. Si el poder de la Iglesia fué omnipotente con los Inocencios, lo era con respecto a los estados y las conciencias, y así como los estados se encontraron a sí mismos, la razón humana entró al análisis de los dogmas.

Su represión tuvo por fundamento la teoría enunciada por San Agustín, según la cuál tolerar la herejía era dejar a los hombres la libertad de hacer el mal. La intolerancia, agregaba, es más que un derecho, un deber.

Tan esencial era al cristianismo la intolerancia, que en el siglo XIII no se levantó ninguna sola voz contra la persecución de los herejes. Por el contrario, como la iglesia no tenía la fuerza necesaria para hacer la guerra y ahogar a los herejes, remitió el castigo al brazo de los príncipes, y fueron los reyes los instrumentos o los verdugos.

Los maniqueos fueron condenados al fuego por el Concilio de Orleans (1017). En Inglaterra los sectarios van al suplicio cantando. En Colonia se quema a los cataros venidos de Flandes. En las ciudades de la Lombardía y la Provenza las sectas tenían escuelas numerosas, Milán era como la capital de todas las herejías. Inocencio VIII predicó (1487) contra los Valdenses del Delfinado, y las persecuciones continuaron hasta las vísperas de la Reforma.

De estas páginas destácase la cruzada contra los Albigenses, aún cuando como una ironía ella consolidó la unidad de Francia.

Las herejías, algunas de las cuales datan del siglo XI, sólo combaten a la Iglesia oficial sosteniendo que ellas constituyen la verdadera iglesia. La sangrienta lucha que se les llevó fué una guerra entre cristianos.

Las que ocurrieron durante los siglos XII y XIII fueron

consideradas no sólo como errores religiosos sino como crímenes contra el orden social, y por ello el poder temporal aparece cooperando en su extinción.

Ellas se produjeron en los países en que reinó mayor libertad civil, como en el mediodía de Francia y en las repúblicas lombardas. Reivindicaban la tolerancia y la libertad religiosa.

En el siglo XIII no hay más que sectas, herejías; fué una explosión de la libertad que raya en la licencia y en errores funestos. Los errores desaparecieron, pero el fondo de verdad de estas herejías reaparece en las de los siglos XIV y XV, libres de toda mezcla impura, figurando en primera línea Wiclef y Hus. Simultáneamente la decadencia del Pontificado y la corrupción creciente de la iglesia preparan el espíritu de la reforma, tanto más cuando las represiones con que se persiguió a las herejías lograron contenerlas, pero no extinguieron el sentido de análisis y de libertad que encerraban en su seno.

Contribuyó a esta liberación espiritual el hecho de que el clero, en general, se consideró extraño a los sentimientos y preocupaciones de la época: no figuró en las esperanzas y planes políticos del pueblo, y éste no veía en él sino los abusos que lo beneficiaban y su connivencia o aparente solidaridad con Roma. En Inglaterra fué más evidente esta posición, que se advierte en la actividad del Parlamento, que con resoluciones diversas creó un orden de resistencia y ofensiva contra la Iglesia, que continúa hasta el siglo XVI. Cuando Juan Sin Tierra rindió pleitesía al Pontificado, el Parlamento declaró que no había tenido el derecho de someter al Reino a la Santa Sede sin el consentimiento de la nación, que si el Papa persistía en sus injustas exigencias la nación entera se resistiría. Esta actitud no era sólo política. La sociedad inglesa estaba profundamente conmovida por las doctrinas de Wiclef para quién el Papa no era sino un fariseo que se atribuía el derecho de cerrar las puertas del cielo. Si la Iglesia logró dominar en ese entonces la herejía de Wiclef, que fué como una explosión del odio nacional, no ahogó las ideas. Bajo la Reforma Inglaterra se separa de Roma.

Contribuyó a esta liberación la mala organización del instrumento que elegía a los Papas, los conflictos que se suscitaban en el seno de la Iglesia con motivo de esas elecciones, y el interés de la política del estado que en el momento de fallecer el Papa tenía mayor influencia en la cristiandad. Esta triple circuns-

tancia produjo cismas; los Pontífices elegidos por los bandos en lucha se enfrentaron, excomulgaron y combatieron con ardor, y este espectáculo hizo descender en prestigio a la Iglesia. Los cristianos y las naciones se acostumbraron a ver en el Pontífice antes que al Papa bien elegido o legal, a aquel que les convenía por razones diversas. Cuando se produce el gran Cisma, con el Papa de Avignón están Francia, Escocia, Saboya, Lorena, Castilla y Aragón, y con el de Roma, Alemania, Inglaterra y el norte europeo. Es una sociedad religiosa que se divide en *naciones* y cuando se reúne el Concilio de Constanza, para devolver la unidad al mundo cristiano, los concurrentes votan también por *naciones*.

Hasta el siglo XIII la cristiandad era una; actúa como un solo hombre en las Cruzadas; tiene un jefe único, el Papa. En el siglo XV concluye de despertar el genio nacional, y su primera manifestación consiste en obrar contra el poder que tiene la pretensión de absorber todos los elementos de la humanidad. Francia, Inglaterra y Alemania rechazan la soberanía temporal que el Papa se atribuye, y reivindican su independencia proclamando que no dependen sino de Dios.

Tal debía ocurrir; no era posible que existiese una monarquía universal, ni espiritual ni temporal; nada de tiranía, ni civil ni religiosa, sino naciones e individuos que se desenvuelven libremente por los caminos de una sociedad cristiana.

Pero no sólo la cuestión religiosa mueve los espíritus en un plano ajeno a los intereses políticos; también la conciencia de los hombres se ve trabajada por los problemas de la economía y la subsistencia. El campo sujeto a los derechos señoriales (feudalismo) y sus habitantes a un régimen de servidumbre, busca despojarse de estas trabas que perjudican la producción de riqueza y subalternizan al hombre. Los siervos quieren liberarse, reclaman y conquistan progresivamente una situación jurídica mejor, y estos movimientos agrarios se producen en gran parte de occidente. En las ciudades ocurre lo mismo; las artes y los oficios reclaman su consideración, se organizan en gremios para la defensa del interés de sus integrantes y obtienen garantías primero del común y luego de los reyes cuando los municipios ceden a la monarquía nacional.

UNIFICACIÓN Y NACIONALIZACIÓN. — Si quisiéramos simplificar el análisis de estas fuerzas que mueven a los hombres

de occidente, podría decirse que el eje central de los sucesos es la inversión del vínculo privado, que explica la civilización medioeval jerárquica del siglo XIII, en un vínculo de orden público.

Esta evolución fué diversa en su naturaleza y sus resultados. Francia con poder real débil y feudalismo poderoso, ofrece el triunfo del genio de su pueblo hacia la unidad; mientras el feudalismo se debilita y desaparece, el Rey agrupa al pueblo y podrá, con Luis XIV, decir "el estado soy yo". En Inglaterra es a la inversa; el feudalismo, débil, por su origen y porque la justicia fué siempre una atribución real, se alía con el pueblo, representa sus derechos, exige de los reyes el establecimiento de garantías políticas y concluye con el poder real antes incontrarrestable. En España, cuyas entidades políticas eran territorialmente pequeñas, el proceso se ajusta hacia la definición de garantías populares, en las cortes y con las cartas de privilegio. Y en Alemania, con poder real poderoso y feudalismo débil, la usurpación de los grandes vasallos feudatarios no cede hasta triunfar, porque su genio, a la inversa del francés, no era de unidad sino de tribu. Facilitó este proceso el derecho como disciplina científica. Cuando aludimos al feudalismo expresamos que el señorío llevaba implícita la atribución de administrar justicia, y como la soberanía del feudal era absoluta, la de hacer la ley. Este principio general ofrece excepciones importantes, constituídas por la función de justicia en los feudos eclesiásticos, y por la atribución real de entender en algunos delitos y casos especiales llamados por eso mismo "casos del rey".

En cuanto a los feudos de la Iglesia, no siendo el beneficiado (obispo, abad, etc.), más que un representante, era claro que a él no le cabía hacer la ley sino aplicarla. Para obviar la circunstancia, la Iglesia estableció sucesivamente leyes a aplicarse, por decretos de los Papas, creando un conjunto de normas, clasificadas y luego codificadas, que se conocen con el nombre de derecho canónico. Su sanción implicó para los gobernados el previo conocimiento de la ley, y para la conciencia del siglo, el ideal de que los feudos en general tuviesen también su ley escrita, la determinación del derecho de cada uno. Por su parte el rey, que no podía entender en persona en los casos de su jurisdicción, en los feudos lejanos, sino por medio de delegados,

debió dictar disposiciones especiales que poco a poco formaron un cuerpo regular.

La multiplicidad de los intereses económicos y el auge del comercio, obligaron así mismo hacia todo aquello que miraba a su defensa, y el derecho, como ciencia, fué estudiado con dedicación.

Hombres reclutados en el estado llano hicieron profesión de su estudio y fueron el instrumento de los reyes, para las funciones de justicia, y el asesor de los feudales. La mejor justicia de estos hombres, a quienes se llamó legistas, concluye por sugerir a la conciencia popular la necesidad de unificar la ley, y con ello se robustece el poder de los estados. Y como el derecho involucra un ideal de justicia, se la realizó pasando poco a poco los privilegios de las clases superiores al derecho común.

En síntesis los reyes sostenidos por el sentimiento nacional que reivindica la independencia y la soberanía se emanciparon de la tutela pontificia, y la sociedad civil que va creciendo en moralidad y en inteligencia, rechazó la dominación de la Iglesia porque ella aniquilaba su individualidad.

LECCION XLIII

LAS CONDICIONES POLITICAS Y SOCIALES DE ITALIA ENTRE LOS SIGLOS XIV Y XV

GENERALIDADES. — Las luchas entre el Emperador Enrique VI (que reunió las coronas de Alemania, Italia, Nápoles y Sicilia) y el Papa Inocencio III abrieron en la península itálica un período realmente interesante. Si las diversas parcialidades políticas en que se encontraba dividida no escaparon a estas luchas, que luego de muerto Enrique se prolongan por las pretensiones a la corona imperial de Felipe de Suabia y Othon IV, las ciudades y pequeñas soberanías italianas aprovecharon de estas incidencias para consolidar y extender sus instituciones.

Mientras las ciudades sacudían su dependencia de los señores eclesiásticos, perfeccionaban su mecanismo interior y daban en algunas de ellas intervención, en el gobierno, a la clase popular, o ésta se organizaba en gremios para hacer frente a los gobernantes, en el campo los nobles que habían quedado independientes en sus castillos, procuraban adquirir sobre las ciudades vecinas la autoridad ejercida en otro tiempo por los condes.

LOS PRECURSORES: EZZELINO Y FEDERICO II; SUS DIFERENCIAS DE CARÁCTER E INFLUENCIA POLITICA. — Algunos de estos nobles trabajaban un programa que era algo más que el de la simple dominación.

Si bien Italia conservaba la tradición de unidad de Roma, evocando el esplendor del Imperio de Augusto que los germanos destruyeron, la circunstancia de que fuese la península la residencia del Papado contrapuso a la evocación histórica el interés de los pontífices por impedir que en ella se estableciese un poder general. Su advenimiento hubiese contrariado la supremacía religiosa que ejercían, y atentado, como ocurrió en los tiempos contemporáneos, a su dominio territorial. A su vez los emperadores de Alemania, que se coronaban en Italia como reyes titulares de la misma, si bien no tenían la fuerza necesaria para imponer la realidad o el ejercicio de su pretendida jurisdicción, la tenían con creces para impedir que otro poder extranjero los suplantase o que en Italia adviniese un estado general.

Existía entonces un interés concurrente del Papa y el Emperador en mantener a Italia fraccionada en soberanías pequeñas, interés que no impidió el que algunos de sus hombres interpretaran en algún sentido ese poder de la tradición histórica, actuando como verdaderos precursores del nacionalismo italiano.

Entre los nobles que actuaron buscando dominar a las ciudades vecinas debemos recordar a Ezzelino de Romaña, por el sentido orgánico que puso en sus esfuerzos. Descendiente de una casa noble alemana que recibiera de Conrado II tierras en la Marca de Treviso, sus antepasados engrandecidos por la violencia se habían convertido en paladines del bando gibelino en Venecia y vinculado con sus principales familias y las ciudades de Verón y Padua. Aspiraba a predominar en las ciudades circunvecinas en rivalidad con la casa de Este, que capitaneaba el partido güelfo o del Papa, política que entronizó en las ciudades un régimen de oligarquía.

Cuando muere Felipe de Suabia y su contendor, Othón IV, reconocido Emperador, se presenta en Italia, Ezzelino se reconcilia con la casa de Este como un primer paso de unidad política, pero la nueva ruptura de relaciones entre Othón y el Papa, la excomunión del primero y la presentación que Inocencio III

hace de Federico II, como candidato al Imperio, retardó los saldos logrados.

Pero las ideas no mueren. Ya Emperador Federico, Ezzelino coopera en ese plan político y guerrea a su lado sobre todo para quebrar la resistencia de los comunes, el obstáculo más poderoso a la concepción de una Italia unida.

Federico ha documentado su pensamiento. Considerando a la península como un patrimonio suyo, escribía a un príncipe italiano que todos sus esfuerzos tendían a someter a Italia y hacerla parte integrante del Imperio, como el reino de Jerusalén y la Sicilia. No sólo aspiraba a dominar el Milanesado; también a los estados de la Iglesia, en forma que el Papa debiese buscar refugio en el extranjero o someterse al poder territorial.

La no realización de este programa contrariado por la lucha abierta entre Federico II y los pontífices que se sucedieron, en que la cristiandad no abandonó a la Iglesia, fué sin duda providencial. Si el exceso de la política pontifical perjudicó al mundo, más evidentemente hubiese resultado de la obra de un Pontífice sujeto a la voluntad cierta y dura de ese Emperador. Es fácil advertirlo, porque aún enfrentado al poder enorme de la Iglesia en su época, Federico II resulta, sin disputa, la personalidad preeminente, el hombre más extraordinario de la Edad Media. El Oriente celebró su gloria y el Occidente pareció no creer en su muerte cuando ella se produjo. Fué tan grande como príncipe, como lo fué como hombre. Fué el primer Emperador que pensó ser el Legislador de su pueblo; y en medio de una época en que dominaba la fuerza quizo hacer reinar el derecho considerándolo inseparable de la condición humana.

Hijo de Enrique VI y nieto de Rogerio I, rey normando de Sicilia, heredó este reino (1198) cuando sólo tenía cuatro años de edad. Sicilia acaba de ser conquistada por los normandos, del poder de los árabes; la corte era medio oriental, llena de árabes de gran cultura, algunos de los cuales fueron asociados a la educación del rey niño, aun cuando el Papa Inocencio era su tutor legal.

La práctica despótica y oriental de Federico II. — Esta educación ecléctica, de maestros cristianos y eruditos árabes, creó en Federico II una personalidad curiosa. Concibió una visión musulmana del cristianismo y una visión cristiana del mahometanismo, y el resultado de este doble sistema fué la

idea, nada corriente en aquella época de fé, de que todas las religiones no eran verdaderas; habló con libertad sobre la materia y la historia ha documentado sus "herejías".

Ya hombre, Federico II entró en conflictos con su tutor, el Papa Inocencio, que le impuso severas condiciones antes de presentarlo como candidato al Imperio, incluso la renuncia a la corona de Sicilia. Pero electo para esa dignidad no cumplió esas condiciones y se abrió la lucha.

Su excomunión, la carta del papado en que censuró sus vicios, sus herejías y su conducta, dieron pie a un alegato que Federico lleva a todos los príncipes de la cristiandad, y en el cuál por primera vez se ponía en claro la ambición manifiesta del Papa de convertirse en señor absoluto de Europa, indicando la necesidad de que los príncipes se unieran contra esta usurpación, y también para defenderse de la enorme riqueza de la Iglesia.

Apenas distribuído el documento emprendió la cruzada (1228) prometida, pero dirigiéndose a Egipto donde visitó al Sultán obteniendo un tratado ventajoso de comercio y la transferencia a su persona de la soberanía de Jerusalén. Consiguió con negociaciones lo que los cruzados no habían podido obtener por medio de las armas; los sarracenos le entregaron la ciudad santa, consintiendo Federico en que los mahometanos conservasen el templo de Salomón. A pesar de la censura que el Papa hizo al tratado, la cristiandad aplaudió sin recordar se trataba de un príncipe excomulgado, y que su coronación de Rey de Jerusalén fué una simple ceremonia secular: se redujo a tomar la corona del altar con sus propias manos porque los clérigos huían de su presencia.

La lucha entre Federico y la Iglesia continuó, persiguiendo al Emperador el odio de los papas hasta el momento mismo de su muerte. En cierto sentido ese encono es muy explicable: en un segundo documento que Federico suscribió contra el Pontífice, dirigido a los reyes y príncipes, denunció el orgullo y la irreligión del sacerdocio y atribuyó todas las corrupciones de la época a su soberbia y a sus riquezas. Les proponía una confiscación general de las propiedades de la Iglesia, para bien de la misma, sugestión que jamás abandonó la imaginación de los soberanos.

En lo que respecta a la definición de su política de gober-

nante, Federico II practicó un verdadero despotismo, de sello oriental; su autoridad era absoluta y preeminentemente, en el sentido de que sólo él la aspiraba y ejecutaba en su oportunidad, sin elementos de colaboración o morigeradores. El bien y lo justo eran posiciones necesarias en el príncipe, pero sus realizaciones dependían de su voluntad misma. Sólo así nos explicamos aspectos determinados de su obra social; él, por ejemplo, reprimió el espíritu de libertad que agitaba a las ciudades de Italia y Alemania, y favoreció los privilegios de la nobleza feudal, pero no porque fuese adverso a la libertad sino por la influencia de las organizaciones comunales en la estructura del poder real. Como para ratificar este juicio, Federico II emancipa a todos los siervos de sus dominios y lega la libertad a todos los prisioneros.

La teoría liberal y católica de Tomás de Aquino. — Si quisiéramos definir el despotismo de Federico II, que borra las libertades pero que impone a sus gobernados la vida del derecho, diríamos que él es un antecedente de aquél que adviene a fines de la Edad Moderna denominado "absolutismo ilustrado".

Su concepción política tiene en su siglo, como contraste, la teoría liberal y católica de Tomás de Aquino, uno de los más grandes pensadores de la Iglesia. Parte esta concepción del principio de que siendo la ley una medida impuesta a los actos del hombre, debe propender a realizar las condiciones de la felicidad común. Al pueblo, a los hombres que actúan en su nombre, les corresponde asegurar ese carácter de la ley, que en consecuencia la define como "una ordenanza que tiene por objeto el bien común, promulgada por el que vela por el interés público". Justifica los cambios de la legislación por la evolución de la razón, por el trueque de las circunstancias, debiéndose proceder por grados de lo menos a lo más perfecto.

En lo que hace a la ciudad y a la nación sostiene que todos deben tener parte en el gobierno general, a fin de interesar en la paz pública y en el equilibrio conveniente de los poderes. La combinación más adecuada la encuentra en un príncipe que instituyese altos cargos, los llenase con hombres de equidad de todas las clases sociales, sometiéndolos al sufragio de los gobernados.

Sostiene que el soberano debe al súbdito la misma fidelidad que le exige; que la sedición contra la justicia y la utilidad

común sería un crimen, pero no el hecho de combatir por el bien público. Sostiene que la tiranía no es legítima, que el derribarla no es sedición, siempre que no exija desórdenes tan o más graves que la propia tiranía.

Tomás de Aquino completa este sistema liberal sentando las bases del derecho de Gentes, con principios que deben regir a las naciones modernas entre sí en reemplazo del derecho cruel de la antigüedad.

LA PERSONALIDAD HISTÓRICA Y CULTURAL DE FEDERICO II; EL SUR DE ITALIA Y LA INFLUENCIA MUSULMANA. — No debemos entender que la doctrina liberal de Tomás de Aquino representaba una excepción en la época de Federico II. El gran Emperador a pesar de su despotismo como forma de gobierno, ha dejado en la historia huellas de un relieve notable.

Proclamó como algo inaudito en las instituciones feudales, que los magistrados habían de hacer justicia a los súbditos *sin distinción ninguna*, y separó las jurisdicciones de lo civil y de lo criminal. Tales magistrados, asesorados por un técnico, y pagos por el Rey, administraban justicia gratuitamente, y de sus sentencias y para las causas feudales se creó un tribunal de alzadas.

El orden administrativo, el contralor de los actos, la determinación juiciosa de los oficios subalternos, la publicidad judicial, la abolición del duelo y de otras pruebas judiciales, etc., nos dan la impresión de que estamos en el fin del auge de las costumbres feudales. También le pertenecen un Código que abarca la legislación feudal, eclesiástica y civil y el derecho político y la administración.

Federico II fué superior a su tiempo; se preocupó por todo lo que refiere al hombre y al desenvolvimiento de sus facultades. Cultivó la filosofía y la poesía y protegió las ciencias. Hizo traducir al latín las obras de Aristóteles que envió a la Universidad de Bolonia en un hermoso documento. "La ciencia debe marchar en armonía con las leyes y las almas, para activar o moderar el movimiento del espíritu".

Abrió por todas partes escuelas, llamó a los mejores profesores y pensionó a los alumnos pobres. Lo más íntimo de su espíritu se ve a través de las instrucciones que dejó a su hijo: "Los príncipes nacen como los demás hombres y mueren lo mismo que ellos. Lo que los debe distinguir no es la naturaleza

sino la virtud, la sabiduría, la grandeza del alma. Las insignias reales no harán de tí un Rey, si tú no las adornas con cualidades reales".

Lo que obscurece la personalidad de Federico son los recursos a que debió echar mano en la larga lucha de veinte años que mantiene con el papado. La naturaleza discutida y censurable de estos actos, y el comentario de su vida en Sicilia, apasionada y licenciosa, son sus aspectos obscuros. Tal vez lo que ocurría era resultado de la época; Sicilia y el Sur de Italia estaban entonces sujetas a una notable influencia musulmana. La corte de Federico reunía a los filósofos judíos y árabes, y aún cuando no faltaban los cristianos, el Emperador hizo cuanto pudo para infundir en el alma italiana la savia de la influencia sarracena.

El introdujo los números arábicos y el álgebra entre el estudiantado cristiano; hizo traducir con Scotto, obras de Aristóteles y los comentarios que sobre este filósofo escribiera el famoso Averroes, y esparció esta filosofía por las escuelas y las universidades. En 1224 fundó la Universidad de Nápoles y enriqueció la escuela de Medicina de Salerno. En su corte se escribieron los primeros versos en idioma italiano, y tanta fué la fuerza inspiracional que irradiaba, que uno de sus comentadores lo llama "el primero de los modernos", para expresar la libertad con que se apartó de los prejuicios de su época.

LECCION XLIV

LAS CIUDADES, REPÚBLICAS Y PRINCIPADOS ITALIANOS; RASGOS FUNDAMENTALES DE SU CARÁCTER POLÍTICO, ECONÓMICO Y CULTURAL. — Si las luchas de los Emperadores y los Papas, y el interés concurrente de los mismos en evitar el advenimiento, en Italia, de un poder político general, mantuvo a ésta península dividida en parcialidades políticas de todo orden, la tradición de las viejas y poderosas ciudades que Roma había articulado para crear la República y el Imperio, explican como los municipios constituyeron en Italia la célula política.

Las ciudades del sur de Italia (Campania, Nápoles, Amalfi, etc.) habían resistido a los ostrogodos, sarracenos y lombardos, en base a sus milicias. y se mantuvieron hasta el siglo X bajo una dependencia nominal del Emperador de Constantinopla. En

este siglo llegaron los normandos, y con la caída de Amalfi (1131) se inició su conquista para la organización del reino de Sicilia (Lección 35).

Mientras en el centro de la Península quedaban Roma y los Estados pontificios dependientes del Papa, en el norte (que había sido conquistado por los lombardos) se inició un movimiento de liberación municipal, en forma lenta y con elementos complejos. Al principio Venecia fué la única, que por su posición, conquistó riqueza, poderío y gobierno propio, pero luego, las de la cuenca del Pó se plegaron al movimiento aprovechando de las luchas del Imperio al que pertenecían nominalmente. Esta acción realizada mediante una Liga de ciudades, fué sancionada por la paz de Constanza.

Dicha paz no atribuyó a estas ciudades derechos nuevos, ni modificó sus organismos internos. Ellas "fueron" tal cual habían sido, con sus características y sus problemas, y si en algunas el gobierno del común fué puro, en otras subsistió el conde feudal, el obispo gozando de derechos soberanos, algunos hombres libres que no dependían de los magistrados del común, etc. El poder nominal del Emperador sobre ellas se compensó muchas veces mediante entregas de dinero.

Naturalmente la indefinición de la arquitectura política de estas ciudades produjo en ellas luchas y rivalidades, y en medio de estos conflictos se organizaron los comunes aisladamente dándose cada una constituciones propias.

Como regla general puede decirse que la soberanía residía en la asamblea de ciudadanos convocada al son de campanas, formada juntamente de plebeyos y nobles; y sus votos decidían de la paz, las guerras y las alianzas, pero como a veces se necesitaba de una acción rápida, o del secreto, concluyó por constituirse un pequeño Consejo, formado de los habitantes de más nota, que preparaban las resoluciones a votarse por el pueblo.

Lo que más perturbaba era la justicia, a la que inicialmente tenían derecho los cónsules de los gremios y los feudatarios, legos o eclesiásticos, y fué para regularizarla que se empezaron a organizar "consulados de pleitos" que usurparon la función judicial de los feudatarios, y que puede decirse fueron la semilla para que los comunes conquistaran todo el poder político.

Desde el punto de vista de la clasificación de sus habitantes, residían en estas ciudades nobles y plebeyos o sea los hom-

bres de trabajo dedicados a las artes o profesiones. Posteriormente se radicaron otros, ocupados en menesteres secundarios, a quienes se llamó artesanos.

Un sólo y mismo espíritu animó a los plebeyos y a los artesanos, el trabajo, por el cual buscaron su ponderación en la sociedad. Si los unos eran los antiguos hombres libres, la libertad que conquistaron se convirtió en un instrumento de poder, y como en la Edad Media todo fué privilegio, la libertad de los plebeyos se convirtió en aristocracia. Los artesanos que a su vez se sintieron libres por el trabajo, aspiraron al ejercicio del poder entendiéndolo una condición de igualdad, y asociándose entre sí lucharon contra la aristocracia (plebeyos y nobles).

Aun cuando organizadas desde el punto de vista de las manufacturas a que se dedicaban, fueron una preparación, como una iniciación en la vida política; administraban sus intereses y ejercían alguna jurisdicción sobre sus miembros. Bien pronto formaron como un estado en el municipio, así como éste era un estado dentro del estado.

En Italia donde el movimiento comunal fué más precoz, se ve desde el siglo XII a cada uno de los oficios formar un cuerpo político, con sus magistrados, y su alcalde; y naturalmente poco después el gobierno de la ciudad ya les corresponde, como representantes del comercio y la industria.

En aquellas comunas en que las clases superiores tuvieron el buen sentido de ceder, la revolución fué pacífica. Pero no está en la naturaleza de ninguna aristocracia renunciar a sus privilegios. Los oficios unidos a una parte de la clase media formaron el partido popular de las ciudades italianas, y la antigua nobleza feudal con las familias más poderosas de la clase media, constituyeron la aristocracia, que en el siglo XIII fué vencida en casi todas partes por el pueblo.

Pero ni la lucha ni el triunfo popular fusionó a las clases; el partido popular actuó tan mezquinamente y con tanto rencor como la aristocracia desplazada; sus hombres fueron excluídos de las magistraturas, y se estableció que todos los que aspiraban a la función pública debían estar inscriptos y ejercer un comercio y un oficio; se hizo escarnio de la nobleza y se abrieron libros en los cuales se inscribía a los gentiles hombres juntamente con los plebeyos a quienes se "condenaba a la nobleza", todos ellos excluídos del gobierno.

LA ANARQUÍA Y LAS TIRANÍAS ITALIANAS. — Estamos como se observa en el período de las violencias. La lucha entre los partidos de los comunes se hizo enconada, y como eran ellos los que hacían la ley, la ley se encargó de legalizar los excesos. Represalias, destierros, confiscaciones, todas las desventuras sociales que nacen de la pasión política, perjudicaban a las ciudades poniéndolas al borde de un abismo. Los partidos ya no se inspiraron en el bien público, y lógicamente en su seno dejaron de tener preeminencia los méritos comprobados y los largos servicios al Estado. Hubo como una inversión de valores consultando el bienestar y el interés de cada uno, y la anarquía, esa hidra de cien cabezas que desgarra la entraña de los pueblos, se entronizó en los comunes italianos. Se sintió entonces la necesidad de crear un orden serio, una jerarquía que por lo menos garantizase la paz interna, y como ese orden debía ser fuerte para contener tantos excesos, el dilema real fué elegir entre la servidumbre y la ruina. En una palabra, la anarquía produjo sus efectos ordinarios que son los de abrir el camino del despotismo o la tiranía.

Naturalmente se eligió esta solución porque al menos significaba la salvación de la ciudad, y Ferrara se entregó a la casa de Este, Milán a los Torriani y después a los Visconti, Mantua a los Gonzaga, Verona a los Scala y Padua a los Carrara. Tal fué el origen de la soberanía de los príncipes, algunos de los cuales ocuparon después un rango entre las casas reales de Europa.

RIENZI; LA TRADICIÓN ROMANA EN ITALIA. — Algunos hombres instruidos en la literatura griega y latina, partidarios de la libertad en el concepto de la Roma histórica, se aprovecharon de su celebridad e influjo para restablecer un gobierno republicano. Entre ellos, Rienzo, en Roma, (1347) ejercitó su erudición y habilidad para explicar y exaltar los rasgos de grandeza y gloria que distinguían a la antigua república, pero más romano que republicano deseaba restablecer la soberanía de la antigua ciudad con preferencia a la libertad del género humano.

Protestó contra el dominio del Emperador de su tiempo, naturalmente de origen alemán, y contra el Papa (que entonces era francés); dijo de ellos eran dos bárbaros que la dominaban imponiendo a su pueblo el deber de la liberación.

Su profundo amor a Roma le llevaba a agitar esas ideas; las explicaba al pie de los grandes y viejos monumentos, que evocaban la pasada grandeza, que comparaba luego con la degradación de la Roma de su época.

La vieja ciudad, residentes los papas en Aviñón, estaba bajo el gobierno de un Conde y trece corporaciones, pero nobles turbulentos (los Colonna, Orsini y Savelli) ocupaban las fortificaciones y se batían en las calles. Rienzi buscaba su elección de tribuno del pueblo a fin de liberarlo del yugo de los patricios, y en 1347 fué designado popularmente conjuntamente con el Vicario del Papa.

La Revolución pareció victoriosa; toda Italia la reconoció durante algunas semanas. Pero la pompa de que Rienzi se rodeó y su comportación un tanto "comentada" en un ataque que los Colonna llevaron a la ciudad, inició el disfavor público. La intervención del Legado enviado por el Papa desde Aviñón y la ocupación de parte de Roma por los nobles a quienes apoyó, abrieron la crisis y a pesar de una defensa ardiente, Rienzi abandonó el Capitolio y pasó al extranjero, para volver años después (1354) bajo la protección papal y colaborar en la destrucción de los tiranos.

Nuevamente su palabra exaltó a la plebe, pero esta vez el pueblo se inclinó a sus enemigos los Colonna para defender la independencia, pues se veía en el Papa a un extranjero, y Rienzi tomado preso fué muerto en las escaleras del Capitolio (1354).

EL SISTEMA DE ESTADO ITALIANO; SUS CARACTERISTICAS Y SUS EFECTOS. — Si la tradición romana podía ofrecer a los italianos la clave y la eficacia de la organización municipal como instrumento para el gobierno interior de una ciudad, las circunstancias particulares del siglo XII en que los comunes de Italia inician su entablamiento, eran tan peculiares, que la tarea resultaba compleja. Y era así, porque esos comunes no sólo tenían que organizar el régimen interior y asegurarlo, sino que también debieron proveer a los medios de vida de una época en que las querellas entre papas y emperadores y las pretensiones de los señores feudales, que habitaban la alta Italia, operaban sobre ellos directamente. En Alemania, por ejemplo, las ciudades municipales se desenvolvieron sin preocuparse de los conflictos extranjeros

y sus consecuencias, pero para los italianos estos asuntos fueron su principal ocupación y las fuentes de sus más graves peligros.

La definición política de los estados italianos no se nos presenta entonces como un proceso unilateral, sino como el fruto de dos gestiones, una interna, en que se jerarquizan; otra externa, en que se defienden para subsistir. Naturalmente estos actos simultáneos, que a veces no se corresponden, crean para lo que significa el proceso político interno un principio de imperfección substancial. La organización, además, se hacía por pueblos jóvenes, sin experiencia de vida política, cuya única función era la de imitar y experimentar; procedían como si dijéramos a tientas, como todo estado nuevo, y por esa causa, las instituciones de gobierno elegidas se modificaban al primer inconveniente, para adoptar otras. Era una inestabilidad de formas que restaba al gobierno la influencia que dan los hábitos continuos y serios, propicia a la anarquía, que sobre todo se observó en la clasificación de los gremios, en las facultades que se les confirió y en el régimen eleccionario. Las reformas en éste último, a contar del fracaso de las elecciones con sufragio universal, fueron numerosas ensayándose sistemas de todo orden en base a sorteos y combinaciones las más complejas.

Por otra parte las magistraturas habituales, denominadas cónsules, adquirieron diversas funciones y categorías. Cuando las querellas hicieron difícil encontrar imparcialidad en esos funcionarios, se nombró a Podestás o sea personas traídas de fuera para ejercer el poder de los cónsules del común y presidir a los cónsules de justicia. Fué como entregar la vida de los ciudadanos y sus intereses a la gestión de extraños, y por ello, para el contralor del uso del poder, fué necesario crear resortes preventivos que a su vez entorpecían la marcha del gobierno. Resultó de esto una serie de regímenes municipales los más dispares, según las necesidades y el grado de evolución de cada común, pero todos ellos sin la base de perfección correspondiente.

Por ejemplo, la República de Florencia no tenía nada de democrática: la burguesía excluía del poder a la nobleza y al pequeño pueblo, y las intrigas y reivindicaciones de unos y otros provocaban una agitación permanente. En Venecia gobernaba una oligarquía que se constituyó a fines del siglo XIII, que ad-

ministró la República con enorme habilidad, y que a falta de derechos políticos aseguró al resto de los venecianos las ventajas de la tranquilidad y el progreso. Pero en estas ciudades, como en las demás, la necesidad de defenderse del exterior como de mantener sus continuas guerras, creó el hábito de echar mano de fuerzas mercenarias porque faltaron habitantes para las milicias. Nació entonces un profesionalismo guerrero que se reclutaba sobre todo en Alemania, cuyo resultado fué la aparición de bandas al servicio de las ciudades y los príncipes, los célebres condotieros, que si al principio cumplieron los compromisos de guerra después se convirtieron en simuladores. Eran como dice Maquiavelo "guerras que empezaban sin temor, se efectuaban sin peligro y terminaban sin daño" para los soldados, no para los pueblos en los que entraban a saco con ferocidad.

Al cabo de dos siglos de agitación permanente en el interior de los comunes, la mayor parte de los italianos se sintieron hartos de éste régimen y eligieron a príncipes para el gobierno del Estado sin más regla que su propia voluntad. Las ciudades que no buscaron su amo tuvieron que resignarse a sufrir uno que se les impuso, y hubo otras que como Milán con Sforza, fueron sometidos por los jefes de los condotieros. Las restantes comunes fueron conquistadas por Venecia, Florencia y Milán.

Italia se conservó dividida. Pero si ninguno de sus estados logró el poder suficiente para someter a los demás, por lo menos en el siglo XV ofrecen una organización que les permite defenderse de sus vecinos.

Los más importantes de éstos principados, ciudades y repúblicas fueron en este siglo; la Toscana, sometida a la ciudad de Florencia, gobernada por la familia de los Médicis; el reino de Sicilia que pasa de la familia de Hohenstaufen a los príncipes de Anjou y luego a los reyes de Aragón, y que comprendía, además de la isla, la Italia meridional; el ducado de Milán formado por la región que esta ciudad sojuzgó; el Veneto o zona de Venecia; el ducado de Saboya integrado con parte del Piamonte; las posesiones del Papa, o sea la Italia central menos Toscana, y la República de Génova.

LECCION XLV

LA TRANSICION CULTURAL AL HUMANISMO

CIRCUNSTANCIAS SOCIALES CORRESPONDIENTES. — En plena lucha entre el Papado y el Imperio, cuando la violencia de las pasiones tenía dividido a los pueblos y a las familias, y cuando la represalía de los partidos era más extrema en Italia, hasta el punto de desgarrar a la península haciendo imposible toda unidad, nacía en el siglo XIV uno de los genios más profundos de los tiempos modernos.

Si este era el fondo de la escena, en lo social y lo político, su definición, desde el punto de vista de la marcha de las ideas y la conquista de los saldos sólidos de la cultura, es el de una época de transición que arranca del pensamiento netamente medioeval del siglo XIII, y llega al Humanismo y al Renacimiento. Así considerado, esta separación que se hace de la Edad Media y el Renacimiento, en base a este período de transición, prueba que en la marcha de las ideas no hubo un cambio brusco, como el bajar y subir de un telón.

La certeza de este punto de vista surge de la sola observación de que Dante, la eminente personalidad que lo inicia, muerto en 1329, es aún cuando medioeval y escolástico, en algunos aspectos y sobre todo por su amor a la gloria, un hombre del grupo humanista, como Petrarca, su continuador, fué un real precursor del Renacimiento, porque su espíritu libre de ligaduras, ansiosa de gloria y de belleza, ofrece la imagen de una humanidad iluminada y no encadenada por la religión.

Una de las circunstancias más características del período, es la de que el centro del pensamiento filosófico dejó de ser la Universidad de París, para inclinarse hacia Italia, especialmente Florencia, donde Cosme de Médices va a atraerse a los sabios griegos y fundar (1440) su Academia Platónica.

La otra circunstancia fué la de que la filosofía y las ciencias a ella vinculadas no son ya un privilegio de la Iglesia, y de que del seno de esos hombres laicos van a surgir a contar de Dante altas personalidades en el pensamiento y en el arte.

Completa ésta síntesis de las circunstancias sociales de ésta transición el hecho de que la religión y la caballería ya habían dado a la creación literaria, sobre todo a la poesía, toda la savia posible dentro del concepto de una literatura común a toda Eu-

ropa. Las nacionalidades acababan de constituirse, adoptando legislaciones e idiomas particulares, y si bien en Italia la forma política de unidad aun no completaba su evolución, era fácil advertir el primer advenimiento de este sentir, que como en los estados-naciones dieron a la expresión literaria fases diversas.

DANTE; SU VIDA, SU CARÁCTER, SU OBRA; RASGOS ESENCIALES. — En este medio Dante Alighieri (1265 - 1329), descendiente de una familia güelfa, va a llenar el escenario con su personalidad.

No tenía sino nueve años cuando conoció en las fiestas de las Calendas de Mayo a Beatriz Julques, a quien rindió desde ese momento su más completa adhesión amorosa. La convirtió en el objeto de sus pensamientos, amores de infancia que inspiran su libro "Vida Nueva", que fueron el sello de su existir y que hicieron inmortal a Beatriz. Ya hemos de ver cómo la bella florentina se convierte en un mito de feminidad exquisita en la concepción estética del maestro.

Sus trabajos poéticos no le impidieron dedicar su talento a las luchas políticas, a las que se sintió arrastrado por su juventud. Actuando en el partido que habían adoptado sus antepasados, Dante desempeñó magistraturas, intervino en las embajadas y aún en las campañas militares. En la escuela de la política, con el contacto de los hombres y con la enseñanza de las revoluciones, adquirió buena experiencia que le permiten unir la realidad y lo ideal. Como el partido güelfo se dividiera en blancos y negros, que concluyen por tomar la denominación a su vez de gibelinos y güelfos, Dante se vió situado entre los primeros, y como los segundos concluyesen por imperar en Florencia, fué desterrado con los ciudadanos más influyentes. Ambuló entonces por Italia, pasó a París en cuya universidad estudió Filosofía y Teología, y aún cuando siempre esperó que su obra literaria le abriese las puertas de la Patria, muere en Ravena. Recién entonces Florencia reparó su actitud ingrata instituyendo en la Catedral una cátedra para explicar su gran obra *La Divina Comedia.*

DANTE Y LA CULTURA DE SU TIEMPO; SU CONCEPCIÓN FILOSÓFICA Y SUS IDEAS POLITICAS: ELEMENTOS FUNDAMENTALES; SU ALCANCE Y SU INFLUENCIA. — Si la concepción filosófica de Dante está distribuída en toda su obra, ella puede ser aludida conjuntamente con sus ideas políticas considerándolas en su

famoso libro "De la Monarquía", escrito especialmente para convertir a sus antiguos amigos güelfos a la causa del Imperio.

Prácticamente este libro es como el manifiesto del partido gibelino. La idea dominante es el de la unidad, como ideal, y como en esa época el mundo no conocía más tentativa de unidad que la monarquía universal, Dante sitúa su ideal en el Imperio Romano. El destino de la humanidad, expresa, es el desarrollo de las facultades morales e intelectuales del hombre. Para cumplir su fin, necesita de la paz del mundo y de la armonía, y a efectos de lograrsela, la organización del mundo debe hacerse en el sentido que ella esté garantizada. Donde existen varios príncipes se despierta la división y la lucha; de ahí la necesidad da una monarquía universal, el reinado de Augusto, la Edad de Oro. El monarca único no puede tener pasión, desde que nada puede desear porque lo tiene todo; la caridad será en él omnipotente; semejante a Dios no tendrá sino razones para amar a los hombres.

Sostiene que la forma política que responde a las necesidades y a los deseos humanos es necesariamente la ley natural de la humanidad, y que por eso, la monarquía, que realiza ese ideal, tiene su fundamento en la esencia de Dios. El movimiento de los astros, su unidad admirable, etc., todo conduce de la mano a sostener que la monarquía universal es esa fórmula.

Dante busca en la historia la confirmación de su doctrina, revelándose completamente sometido a la influencia de los clásicos; cree, con Cicerón, que los romanos conquistaron el mundo, no por ambición, sino sacrificándose al interés de la humanidad; y a sus ojos los Cincinatos, los Camilos y los Catones, son mártires cuyos hechos demuestran la misión de Roma, como la sangre de los primeros cristianos demostraron la verdad del cristianismo. La historia, agrega, puede repetir con Virgilio, que los romanos nacieron para dominar a las naciones.

En realidad la Iglesia no disputaba al Emperador el derecho divino; lo reconocía como vicario de Cristo, como Jefe temporal de la cristiandad, pero lo subordinaba al jefe espiritual, al Papa, como el cuerpo se subordina al alma. Dante no aceptaba esta dependencia; su monarca universal no estaba sometido más que directamente a Dios.

La doctrina de Dante es falsa en lo que respecta a la monarquía universal; ésta fué siempre el sepulcro del género hu-

mano; pero no se engañó en lo fundamental; su idealismo de unidad, paz y armonía, sigue siendo el ideal humano en nuestro siglo.

Respecto al poder público sostiene Dante que él no debe redundar en beneficio de un corto número, que invade, con el título de nobleza, los primeros puestos; la nobleza agrega, no se funda en los abuelos ricos, no puede tener un origen tan lleno de iniquidad; la verdadera nobleza reside en la perfección a la que puede llegar todo individuo activando las felices disposiciones que adornan a todo ser humano, con voluntad diligente, convirtiéndolas en ornamento de su personalidad y en altas virtudes.

DANTE Y LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA: DANTE Y EL RENACIMIENTO. — Si el libro "De la Monarquía" encierra la concepción filosófica y la política de Dante, su personalidad en lo que tiene de afin con la antigüedad clásica y el Renacimiento debemos desentrañarla de la Divina Comedia y de sus poesías de amor.

El problema que Esquilo presintió en el Prometeo, que los mitos de Fausto y Don Juan buscan resolver, por la ciencia, el uno, y por el vicio, el otro, o sea la lucha entre la nada y la inmortalidad, fué el motivo central de las meditaciones de Dante. Las miserias de una Italia enconada, las conversaciones con los artistas, la realidad dolorosa en que actuó, el amor, la política, la teología y hasta la indignación, parecen ser los motivos que concretaron esas meditaciones en la Divina Comedia. Obra lírica como ninguna, se nos ofrece impregnada de inspiración personal, de su entusiasmo por la religión, la patria y el Imperio, y hasta de sus resentimientos; y porque colocó a lo ridículo junto a lo terrible, que es como están estas situaciones dentro de la sociedad, dió a su poema el nombre de *Comedia*. La inició, dice, cuando el autor se sentía pecador y vicioso, pero cuando esos defectos desaparecieron "en el medio del camino de la vida", se reconcentró en sí mismo y pudo, llevado del entusiasmo religioso que el jubileo de 1300 produjo en la cristiandad, iniciar su inmortal viaje.

El es una mezcla de lo real y lo ideal, del hecho y el símbolo, de la historia y de la alegoría, técnica común en la Edad Media, que Dante adopta para injertar en su fábula los acon-

tecimientos humanos de fecha reciente, que convierten al mundo antiguo y al moderno en reflejo uno del otro. Por todo esto la Divina Comedia es teológica, histórica, moral, alegórica, enciclopédica, y coordina las cosas que ofrece para que de ella puedan sacarse verdades saludables para la vida social.

Extraviado en el bosque de las pasiones es conducido el poeta, por la literatura y la filosofía personificadas en Virgilio, a conocer la verdad positiva de la teología, representada por Beatriz, y por las sendas del castigo y la expiación.

No vamos a seguir la trama de la Divina Comedia. Fija ella un conocimiento difundido de la antigüedad clásica en los personajes, en el medio en que los evoca y en el que hicieron su personalidad. Justiniano, por ejemplo, situado en el cielo de Mercurio, el de los espíritus activos, revive la historia gloriosa de Roma y llora la decadencia del Imperio, que es la de Italia y de Florencia. Pero no es sola la antigüedad en su concepción de drama la que luce en la Comedia; es también en lo que tiene de tesoro de experiencia, de normas de vida, de sanciones humanas y divinas. Y todo esto, que es la materia del poema, junto a un espíritu libre que se eleva sobre el mundo y se distingue a sí mismo, vibrante de humanidad, de "ser" distinto de las potencias celestiales; precisamente es ésta la fuerza que anima la Divina Comedia, que la convierte en una fuente de belleza inagotable, que le imprime una verdad victoriosa en el tiempo.

LA ÓBRA DE DANTE Y LAS CONDICIONES SOCIALES DE LA ÉPOCA. — En la época en que actúa Dante ya se empleaba, desde mucho tiempo antes, la lengua italiana como idioma escrito. No fué en consecuencia su creador, como muchos lo han sostenido, pero evidentemente a él se debe el haberla determinado en sus más felices expresiones. Con esto no queremos exaltar el estilo o la forma literaria en que como una contradicción hace caso omiso de la elegancia y la dignidad, tanto que Tasso la censura. Es posible se deba a que su forma literaria participa de la rudeza y de la libre osadía del republicano.

En lo que respecta al fondo de su obra, Dante supo poner de relieve los pensamientos profundos y la elevada poesía que la época medioeval había creado, y de la que en realidad resulta su más alto intérprete. Demostró que la poesía es algo más que

formas pulidas y palabras sonoras, y que tiene y debe ofrecer un contenido espiritual. De allí procedió su gran influencia sobre las bellas artes, y sacó el fundamento para formar, en base a lo que admiraba del pasado y a sus creencias, algo como una mitología original que hizo olvidar tradiciones conservadas por los artistas; la manera en que había dispuesto los reinos invisibles ofreció nuevos asuntos a éstos, y los pintores, por ejemplo, imprimieron desde entonces a sus personajes pensamientos profundos, reflejándolos en sus fisonomías y actitudes.

LECCION XLVI

PETRARCA; "EL CANCIONERO". VIDA Y CARÁCTER. — Para nosotros, Petrarca (1302-1374) es el padre de los humanistas. Fué en su época el bibliógrafo de mayor ilustración, y legó a la posteridad en su obra literaria de carácter poético la fuente del lirismo moderno.

Nacido en Arezzo, de un proscripto florentino, se educó en las escuelas de Pisa, Aviñón y Bolonia, ingresando luego en la carrera eclesiástica. Algunas amistades dieron al joven que ya se inclinaba a la lectura y comentario de Cicerón, el acceso a los principales prelados de la corte Pontificia, entonces en Aviñón, lo que le facilitó estudiar los clásicos, en bibliotecas y colecciones de eruditos. La visión de Roma imperial y el estado de la de su tiempo, despedazada por las bandas de los Orsini y los Colonna, lo llevaron a aplaudir los empeños de los Papas por reintegrarse a la ciudad eterna y devolverle su misión histórica.

Debutó en la creación artística con el poema Africa, sobre el motivo ya tratado por Silo Itálico, y hasta se afirmaba la interpolación, por Petrarca, de algunos fragmentos de la obra clásica. Pero eran tan hermosos los versos, tan suave la sentimentalidad que los inspiraba, que toda reserva cedió sobre todo cuando hace conocer sus Eglogas, en que aludiendo a sucesos de su época echa mano de designaciones pastoriles.

Pero si el verso en el latín puro utilizado entonces por los eruditos, lo hacía memorable en su tiempo, su inmortalidad se debió a aquéllos que escritos en el idioma italiano, popular, le inspiraron una circunstancia que debemos ver providencial. Referimos al conocimiento que hizo de Laura de Noves, mujer

bellísima de la cual se enamoró, y cuya pasión está en el fondo de su labor literaria. Precisamente porque faltó a este amor la base de la realidad, de la aventura, del drama en la vida, su fuerza emocional se mantuvo en el mundo interior de Petrarca, no apartándolo ni de sus estudios, ni de sus actividades corrientes. Pero esa pasión llevó al poeta a reflejar su emotividad en bellísimas estrofas que integran "El Cancionero", el cual, excepto una docena de sonetos, tres canciones y dos juegos de palabras, está todo consagrado a celebrar el amor.

LA IMAGINACIÓN MELANCÓLICA, EL ROMANTICISMO Y LAS TEORÍAS DE PETRARCA. — Respecto a la forma literaria, la poesía de Petrarca encaró con franqueza las dificultades que surgían de algunos moldes entonces en uso o que limitaban la iniciativa. Referimos, por ejemplo, a la estrofa provenzal llamada sextimia, en la que se repetían las mismas desinencias, y a la particularidad que dió al soneto, haciéndolo girar exclusivamente sobre cuatro rimas. Pero lo interesante de la labor de Petrarca fué su espiritualidad.

Su "Cancionero" está lleno de sueños alegóricos y eróticos en que celebra los triunfos del amor sobre su corazón, en que se exalta la castidad de Laura, de cómo el pensamiento de la dama absorbe íntegra su vida interior, de su poder inspiracional en el recuerdo, viva o muerta; de cómo triunfa ese recuerdo en todos los instantes de su existencia y está como fuerza en la misma trayectoria de su vida.

Para situar con exactitud el sentido de esa labor de Petrarca, se hacen necesarias algunas reflexiones. Los hombres de la antigüedad no experimentaron la inquietud espiritual que caracteriza a los modernos, porque la vida era para ellos más irradiación que reconcentramiento, y la vivían usando de los elementos estéticos de su horizonte sin preocuparse de los problemas del más allá. De ahí el que la poesía antigua sea primeramente descriptiva y luego subjetiva, desempeñando la naturaleza la función de decorar el pensamiento.

Para nosotros, hoy, la naturaleza es fuente de inspiración, aun tratándose de la poesía lírica que es la expresión más subjetiva de la poesía. Así como un rosal revela en su primor la esencia misma de la tierra de la cual se alimenta, y es por ello más o menos hermoso, así también la sensibilidad humana, alimentándose en lo natural, traduce armónicamente la inefable

emoción de lo infinito que es la esencia de la poesía lírica. Su creación será tanto más perfecta, cuanto más hondo sea el afán con que interroga la naturaleza, con que advierte los vínculos de una predestinada coordinación, en el sentido de un ideal superior; cuanto más el espíritu esté lleno de la eterna búsqueda y el anhelo de belleza.

La naturaleza comenzó a ser fuerza íntima de la poesía, cuando la concepción de la vida se sujetó al pensamiento de lo desconocido, cuando a la adoración de la forma se substituye con la emoción de lo infinito, y cuando el espíritu del hombre se siente atraído y atormentado por el examen psicológico. Evidentemente esta inversión de valores se debió en primer término al Cristianismo. Antes de él, en las Eglogas de Virgilio pudo advertirse la dulce melancolía del idilio; algo también en Teócrito y en las Geórgicas, que encierran una hermosa representación del multiforme drama de la naturaleza. Por algo se ha dicho de Virgilio que fué un precursor del cristianismo, y por eso Petrarca se sintió atraído por su sentimiento y dulzura, refundiéndolo en su sensibilidad de hombre nuevo.

Con Petrarca el sentimiento de la naturaleza entra triunfante en la lírica italiana, completándose lo que en este sentido pudo verse en Dante. Pero lo más curioso está en que ese sentimiento no se nos ofrece con un sello místico, que pudiera suponerse conociendo el ascetismo de Petrarca y su aspiración hacia el cielo; por el contrario, luce lleno de inquietudes, como si el poeta luchase entre lo sagrado y lo profano, entre su religiosidad y la voluptuosidad propia del artista.

Si Francisco de Asís encontró alma a las cosas de la creación, y buscó corregirlas para que dignificadas se uniesen al hombre en el himno que la naturaleza entona al Creador, Petrarca también hermana a las cosas, pero para asociarlas a sus esperanzas y sus tristezas, y entonar un himno dirigido esta vez a una diosa mortal: Laura. A ello se debió la irrupción del realismo en el dogmatismo.

En Petrarca la naturaleza ya no es el elemento decorativo de los poetas antiguos, como volverá a serlo en el Renacimiento; ella adquiere sensibilidad, se llena de imágenes y pensamientos; las corrientes de agua, ya no son límpidas y hermosas por sí; lo son porque reflejan a la mujer hermosa de sus sueños; el aura de los bosques, no vale por la musicalidad de los follajes,

sino porque trae la estación del amor; el canto de las aves, la canción del ruiseñor, no es belleza por sí, por sus notas en armonía, sino porque quizás "lloran al nido lejano"; en una palabra, si como *clásico* Petrarca admira los espectáculos de la naturaleza, como un romántico anticipado se transfunde en las cosas y les da su misma conciencia para hacer de ellas sus confidentes. La naturaleza es para él el reino musical de los sentimientos, distinto del faustuoso reino de la imaginación que le asignará el Humanismo llevado de la necesidad de realizar en él su propio ideal estético.

Desde el punto de vista del drama individual, la poesía de Petrarca es una serena visión voluptuosa creada por el deleite de contemplar la belleza. No existen contrastes de pasiones; es un amor que nace fuera de toda intimidad y acaba en sí mismo, de un mundo de sensaciones por él creadas y que evoca satisfecho de su goce.

PETRARCA Y LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA. — El mayor placer del maestro era descubrir y descifrar los manuscritos que la cultura de Roma y Grecia ponían en manos de su siglo. Su culto por Virgilio, Tito Livio y Cicerón fué apasionado, buscando en sus producciones seguir la perfección de la sintaxis y del estilo de lo clásico.

Nadie antes que él había vivido de una manera más íntima y completa la vida de la antigüedad clásica. La literatura latina fué la fuente donde alimentó su genio; Virgilio, Cicerón, Séneca, le eran familiares y "lejos del mundo, conversaba con el orador romano y el cortejo de los grandes y hermosos espíritus que éste llevaba tras sí": Attico, los dos Catón, Hortensia, Epicuro. En sus cartas imita a Cicerón y Séneca, tanto que causan la ilusión de que son escritas por éstos. Le faltó, tal vez, dicen sus biógrafos, haber bebido más extensamente en las fuentes griegas para ofrecer el tipo perfecto del hombre del Renacimiento, pero no fué por falta de empeño en lograr los manuscritos. Visitaba los monasterios, copiaba los originales, removía las bibliotecas y tenía el placer que los libros de su biblioteca fuesen copias personales. En este sentido excitó el celo de la juventud estudiosa de su época, sobre todo para lograr las obras de los griegos.

Legó sus manuscritos a la República de Venecia, y esperó en su jardín de Arca que la muerte, a la que había cantado, vi-

niese a buscarlo. Una mañana de verano, respetando la gracia serena de su vejez, el poeta, dormido para siempre, fué encontrado en sus jardines con la frente apoyada sobre un libro (1374).

BOCACCIO; CARÁCTER DE SU MENTALIDAD Y DE SU CULTURA. — Bocaccio (1313-1375) es fuera de duda el principal prosista del siglo XIV, y el Decamerón (los diez días), la expresión más pura de su obra literaria.

Sus relaciones con Petrarca se han hecho célebres, tanto por el genio diferente que los caracterizaba, cuanto por el enlace que ofrecen desde el punto de vista del amor común a Italia, a la antigüedad y a los buenos libros. Hizo su espíritu en la obra de Virgilio y Horacio, y sobre todo bajo la influencia de Dante al que llamaba su maestro, perfeccionándolo luego con los estudios griegos en la cátedra, en Florencia, de Leontio Pilato.

Escribió en latín la "Genealogía de los Dioses", las "Desgracias sufridas por Ilustres Personajes" y las "Virtudes y Vicios de las Mujeres", como un diccionario geográfico y una decena de Eglogas. Pero esta labor erudita, como en el caso de Petrarca, al que resulta inferior, no lo hace famoso. Fué la prosa, en el lenguaje de Italia, la que le brinda su título de gloria, y no aquélla en la que se mostró notablemente pagano, como en la Amorosa Fiammetta o Laberinto de Amor, sino en el *Decamerón*, que si sigue ese mismo orden de sentimientos, sin sentido de moral ni de castidad, es por su drama y como expresión un espejo de la comunidad social en que actuaba.

LA ERUDICIÓN, EL MATERIALISMO PRIMARIO Y EL REFINAMIENTO CICERONIANO. - LA CÁTEDRA DANTESCA DE BOCACCIO. — La erudición de que hace gala Bocaccio surge del contenido de la mayor parte de sus obras. Thessaida es una epopeya sobre el amor de Architas y Palemón a la amazona Emilia, en tiempos de Teseo. Filostrato versa sobre los amores de Troilo y de Criseida, y la "Nimphale Fiesolano" está consagrada al de Africo y Mensola, con pasajes lascivos que ni siquiera sugieren el deseo de releerla. En prosa, el Filocapo o Aventuras Caballerescas de Florio y Blanca Flor, es espécimen de esta erudición, como del materialismo primario como definición de su sentido estético.

El propio Decamerón tiene este último contenido. En el

momento en que la peste diezma la población de Florencia, siete jóvenes que se encuentran en la Iglesia con sus amantes, resuelven vivir en el campo para alejarse de la tragedia en espera de sus días últimos. Para alejar el espanto y los recuerdos, viven días alegres, contando aventuras y fábulas; la mayor parte de un materialismo primario. La fidelidad conyugal y la castidad monástica son destruídas en este libro irreligioso como ninguno, en el cual los personajes ceden siempre a la pasión sin el combate de que resulta lo dramático en el arte y el sacrificio en la vida como fuente del orden.

Si desde el punto de vista de su contenido espiritual el *Decamerón* no es un resultado valorable, no puede negarse que ofrece, como técnica literaria, una inmensa variedad de formas, prólogos, peroraciones, caracteres y condiciones, que dieron forma a la prosa e hicieron escuela. Bocaccio dió al estilo una magnificencia desconocida; lo despojó del sello corriente y árido; dió al período número, gracia, movimiento y lo modificó de acuerdo al asunto expuesto.

En esto influyó un sentir entonces corriente entre los hombres de letras de Italia y resultado a su vez del afán con que se buscaban y leían los autores latinos. Referimos a la influencia que tuvo sobre la expresión hablada y escrita el estilo de las arengas y las epístolas de Cicerón, que fueron descubriéndose una a una en el amontonamiento de libros de los conventos. El estilo de Cicerón, su elegancia, la armonía de los períodos, su acabado o redondez perfecta y la disposición esmeradamente combinada de las palabras, pasaron a ser un orden general de preocupación.

Si bien la nueva lengua italiana (como también ocurre con las otras neolatinas) se pule con el estudio del latín en estos sus mejores modelos clásicos, el exceso de imitación desnaturalizó bastante a la obra literaria. Hubo como un impace a la originalidad, se pensó más en el estudio de la cultura antigua que en progresar la moderna, y las imágenes, los pensamientos y las leyes literarias, fueron las de otros tiempos; fué algo así como separar el sentimiento de la palabra, la literatura de la acción y el estilo del pensamiento.

Si por su obra literaria personal Bocaccio se destaca en su época y completa la trilogía que integra (con Dante y Petrarca) y que enlaza la Escolástica con el Renacimiento, es también

memorable por lo que significó como divulgador y comentador de la magnífica obra del Dante.

La Divina Comedia no es una composición de género popular; no bien muerto su autor se instituyeron cátedras para su explicación, hasta en las iglesias, avivándose el entendimiento, excitándose a la emulación de los buenos e insinuándose ideas de orden. Estos expositores entre los que se encuentra Bocaccio, evitaron las dificultades que un entendimiento amplio de la obra de Dante creaba. En efecto: para posesionarse completamente de la Divina Comedia, son necesarios estudios serios en filología, para comparar y pesar las frases y las palabras; después en historia, para encontrar los hechos anteriores a la catástrofe que refiere y la genealogía de los principales personajes puestos en escena; después en Teología, para conocer el sistema del poeta y ponerlo frente al de los padres de la Iglesia, de los místicos y los escolásticos; y por último en filosofía, para apreciar su manera de argumentar, la precisión del pensamiento y los elementos de la ciencia. Todos estos estudios previos son los elementos necesarios para una crítica más extensa y global de la obra, que sirve para destacarla en su síntesis, y a ella contribuyó Bocaccio, como Benvenuto de Imola, otro de sus comentadores.

El comentario consiste en sesenta lecciones que tratan de los primeros 16 cantos del Infierno. Estas son una parte de las lecciones que Bocaccio dió en la Universidad de Florencia en su cátedra como Profesor comentador de las obras de Dante. Entre las innumerables obras explicativas de las de Dante ocupan estas sesenta lecciones un lugar muy honroso, no solamente por su antigüedad, sino también porque, según las palabras de Hegel: "Tienen la gran ventaja de la inteligencia verdadera de la parte poética que sabe poner perfectamente de relieve".

CONSIDERACIÓN COMPARATIVA DE LAS PERSONALIDADES Y CIRCUNSTANCIAS SOCIALES CORRESPONDIENTES A DANTE, PETRARCA Y BOCACCIO, Y DEL CARÁCTER REPRESENTATIVO DE ÉSTOS CON RELACIÓN A SU TIEMPO. — La escuela del "Dolce Stil Novo" que aparece en Italia en la segunda mitad del siglo XIII, renovó el material artístico y presentó las primeras fórmulas nacionales, pero ella no se acentuó definitivamente mientras no advinieron las obras maestras de tres grandes artistas a quienes corresponde la gloria de establecer sus sólidos pilares. Estos

tres verdaderos padres de la literatura italiana, y a la vez, por su contenido, del pensamiento humano, son Dante, Petrarca y Bocaccio. Actúan sucesivamente, en el ámbito de una centuria, y representan en ella tres épocas distintas cada una de las cuales es término de transición respecto a las siguientes.

No es posible ahondar en el mundo de Dante, sumido en celestiales resplandores y despertar en el mundo profano de Bocaccio; resulta imprescindible vivir la época de transición que encarna Petrarca.

El siglo XIV, que forma el fondo del cuadro, está lleno de turbulencias y luchas en la vida política de Italia; si en los tiempos de Dante estas luchas por la autonomía comunal habían degenerado ya en refriegas ciudadanas, en que los bandos de gibelinos y güelfos ocultaban bajo el antifaz político feroces odios partidarios, era habitual que sobre esas pasiones luciese la imagen de la ciudad, el propósito de defender a la patria del extranjero, y también que algunos hombres selectos postergaran la preocupación de sus desgracias privadas, del destierro y la confiscación de bienes, consultando sólo las desventuras públicas de su comunidad. En el período de Petrarca ya no existen esas nobles sugestiones. Todo parece amoldarse a una resignación fatalista; la idea del misterio, en que tanto confiara Dante, está muerta; el poder de la Iglesia, a pesar del predominio del güelfismo, también se ha quebrado, y los comunes se transforman en señoríos y principados. Bajo Bocaccio, estos principados en base a ciudades tiranizadas, en vez de articularse como en el resto de Europa en unidades nacionales (siglo XV), luchan interminablemente y preparan su debilidad y la conquista extranjera: es el escepticismo y la materialidad de la vida.

Si detrás de Dante, Petrarca y Bocaccio ponemos las tres épocas definidas, con sus características sociales anotadas, la vinculación de éstas con la obra literaria y espiritual de estos grandes padres del pensamiento del siglo XIV resaltan notablemente. Dante fué quien descubrió cuántos pensamientos profundos y cuán elevada poesía permanecían ocultos bajo la corteza áspera de la Edad Media; quien reveló a las ideas populares su grandeza, y quien persuadió de que la poesía es una cosa algo mejor y más sólida por su contenido, que las formas vacías y las combinaciones sonoras. De ahí procede su gran influencia sobre las bellas artes, porque admirando la antigüedad cree y sostiene firmemente los dogmas católicos.

Petrarca es un contraste entre la edad teologal de Dante, cuyos fulgores postrimeros le alcanzan, y la nueva edad que lleva en germen el espíritu del paganismo, cuyos albores el poeta propicia arrastrado por la aristocracia de su sentido estético y la curiosidad de su inteligencia. No logra conciliar ambas tendencias; sólo se pone en desacuerdo con sus tiempos y busca su refugio en la soledad de los campos. Pero esto no es absoluto; la voz de la personalidad es demasiada robusta en Petrarca; se sobrepone al medio y a sus sugestiones, y el poeta se vuelve a la adoración de sí mismo y a la contemplación de las cosas, nota característica del sentimiento de la naturaleza.

Bocaccio por su parte traduce claramente ese espíritu pagano que llega en olas con la erudición y las obras originales de Grecia, ya en los días iniciales del Renacimiento. Por eso su Decamerón gustó a la sociedad corrompida de su época aun cuando escandalizó a la minoría de personas honradas.

Si deseáramos concretar más este enlace de estas tres personalidades y reflejar su tonalidad diversa, nos bastaría aludir al concepto que imprimen al sentimiento de la feminidad. El mito de mujer que Dante había creado, para inspirarle y guiarlo a través del bosque de la vida; mito al que Petrarca había cubierto con el velo del pudor y la melancolía, se invierte en la obra de Bocaccio en la cortesana ebria de placeres sensuales, que actúa bajo el cielo lleno de luz en los encantos de los jardines.

De los tres, Dante y Petrarca son los más memorables; el primero es el intérprete del dogma y de la ley moral; el segundo el intérprete del hombre y su naturaleza íntima; Dante representa una raza entera, una edad, un conjunto, el de las cosas que componen la vida; Petrarca describe la existencia individual y por eso la admiración que se le rinde sufre periódicas crisis.

LECCION XLVII

LAS CIUDADES MEDIOEVALES Y LOS BURGUESES

CONDICIÓN ORIGINARIA Y SUS PROGRESOS. - ACCIÓN INDUSTRIAL Y COMERCIAL. - INFLUENCIA EN LAS ACTIVIDADES RURALES. — Los municipios fueron en la Edad Media, en pleno feudalismo, como en el período de su disolución, un elemento primordial que la filosofía ha destacado viendo en ellos el primer ele-

mento de las naciones, afirmando que el movimiento comunal iniciado en el siglo XII abre la era de las nacionalidades.

La primera cuestión consiste en la investigación de sus orígenes, en otras palabras, si el municipio de la Edad Media es una creación netamente germana, o si significa una prolongación de la cultura de Roma. Los historiadores franceses (Savigni) sostienen que los municipios tienen sus raíces en Roma; que desde aquella época subsistieron en los territorios de las viejas provincias romanas, aumentando de importancia porque en esas ciudades se refugiaron los hombres libres que quisieron asegurar su condición de tales, escapando así al exceso y después al vasallaje de la jerarquía feudal. Esta teoría ha sido rebatida (Hegel), sosteniéndose que la institución romana del municipio pereció en Europa, no con la invasión de los germanos, sino mucho tiempo antes. Afirma que los municipios desaparecieron por obra del despotismo de los emperadores romanos, y establece que los de la Edad Media son exclusivamente de origen germánico. Para juzgar debemos captar el concepto de lo que fué el municipio, encontrándonos con que esta institución es algo como una república feudal, con amplios derechos, como el de dictar leyes, hacer justicia y asistiéndole deberes de vasallaje. El municipio está injertado en la jerarquía feudal, interviene con derechos y deberes. Es como ha dicho Hegel una especie de estado dentro de otro estado. Si su origen hubiese estado en Roma, el municipio medioeval hubiese ofrecido el carácter de simple división administrativa.

Esto no es lo que ocurre. Si él integra la jerarquía feudal, no es la ciudad antigua que hemos visto actuar en Oriente, Grecia o Roma, en que asumía una personalidad absoluta y prepotente. Nínive, desarrollando su soberanía sobre la Asiria; Babilonia, imponiendo su autoridad a la Caldea; las diferentes capitales del Egipto desde Tebas hasta las de las orillas del Delta, son como las ciudades del Lacio y Grecia, formas políticas que excluyen un sentido de coordinación. Roma misma cuando vence a los pueblos de Italia y los asocia a su destino, organizando a sus ciudades en municipios, no les conserva el sentido de personalidad del municipio medioeval. Y así, aunque al principio la soberanía fué en ellos ejercida por el pueblo, pronto pasó a pertenecer al senado de las ciudades u orden de los decuriones, y luego a la curia. Mientras esto ocurría, los no decuriones no

intervenían para nada en las funciones del gobierno. Pero llegamos a fines del Imperio Romano; la despoblación se intensifica, y como el orden de los decuriones tenía como carga de su función pública la de integrar la suma fijada al municipio como tributo anual debido a Roma, ella se abre a las órdenes menores, a los naturales y hasta a los criminales. En el siglo V el municipio romano fué exclusivamente una máquina de hacer dinero.

Los municipios más famosos de la Edad Media florecieron en Lombardía, región situada en la parte norte de Italia, sobre el Pó, precisamente donde la destrucción de los elementos de la cultura romana fué activa, no sólo porque tuvo que soportar varias invasiones de germanos, sino por la propia actividad de los lombardos que a esa zona concluyen por imprimirle su espíritu. Fué una substitución completa de los elementos romanos por los de origen germano.

Fundada en estas consideraciones la filosofía establece que los municipios son instituciones de carácter feudal. El análisis ve en su origen una unión de hombres libres que se reúnen, levantan murallas y definen las ciudades, adquiriendo la fuerza necesaria para resistir la presión del medio, representada por las invasiones de los maleantes y las exigencias de los señores feudales. Estas ciudades tienen por objeto producir y comerciar —y hacen que la libertad y el comercio aparezcan unidos.

Nacen a raíz de la disolución feudal con el comercio, que fomentado por la compra-venta de los productos importados de Oriente, comprendió al poco tiempo todos los frutos del esfuerzo humano. Rotas las vallas de los feudos, desaparecidos buena parte de los antiguos derechos de peaje, que encarecían, con imposiciones sucesivas y superpuestas, el valor de los efectos, hasta anular el comercio, los grupos humanos ya no necesitaron generalizar la producción pidiendo a la tierra todos los elementos de subsistencia, sin la consulta de los climas y condiciones de fertilidad. La agricultura que hasta este instante fuera plural, en el sentido de que cada grupo pedía a su suelo cuanto necesitaba, del cereal para la panificación, a la vid, para lograr el vino de sus fiestas, pudo mediante el comercio especializar sus cultivos de acuerdo a las características de las zonas diversas. El comercio compensó los esfuerzos, extendiendo sus beneficios a la industria, o sea a la modificación y valorización, por el trabajo, de los productos naturales o primarios.

En esta evolución jugaron un papel preferente las ciudades que nacen bajo el influjo de la necesidad de comerciar y de la cómoda industrialización, y concluyen por convertirse en la condición esencial de estas nobles actividades del esfuerzo del hombre.

LAS CORPORACIONES URBANAS Y LA POLÍTICA. - LAS CIUDADES Y EL ESTADO. - LAS RIQUEZAS, LAS LIBERTADES Y LA CULTURA URBANAS. — Al conjuro de estas exigencias se fundaron poderosos municipios, en Italia, sur de Francia, Holanda y Alemania, donde el movimiento municipal fué intenso, cuando las rutas del comercio dejaron de tener por escenario exclusivo el mar Mediterráneo. Perfeccionados los métodos de navegar la actividad se desplazó a los mares inmediatos al océano, convirtiéndose los del Norte y Báltico en centros de actividades memorables. Las ciudades ya no buscaron competir entre ellas al estilo de las de tipo italiano, sino que se reúnen con tratados en ligas y alianzas de los tipos más diversos. A este período corresponde la Hansa, famosa liga que llegó a comprender más de trescientos municipios de Alemania y Holanda que monopolizaron el comercio del norte europeo.

Una característica del municipio medioeval fué la de no atentar contra el feudalismo. Por el contrario, se agrupan y entran en el vasallaje, pero llevando un principio disolvente que debía ser fatal al feudalismo, consistente en la libertad y en el desenvolvimiento pacífico de las actividades humanas. En esta forma eran vasallos con respecto a los señores y a los reyes y soberanos en su organización y desenvolvimiento.

Para posibilitar este libre desenvolvimiento interno, contaron con la protección de "cartas" o "fueros", la reglamentación inicial que los motivó. Reunidos los hombres libres que deseaban formar una ciudad, compran u obtienen del rey o de los grandes vasallos según el caso, las cartas o reglamentaciones a que debían ajustarse en su organización, procedimiento que encierra la clave de cómo llegaron a obtener y establecer garantías y derechos que actualmente aun para algunos pueblos son un desideratum.

Así la carta del Municipio de Lyon establece que nadie podía sin intervención de Juez ser detenido, es decir, se establece una garantía individual absoluta. La carta de Reims consigna que si uno de los vecinos fuese encontrado aún infraganti en la

ejecución de un hecho que fuese delito, y prometía no eludir la acción de la justicia, no podía ser detenido si "tiene casa o hacienda o da fianza bastante". La carta de la comuna de Lieja, establece "que cualquier pobre en su casa es un rey". Es el establecimiento del derecho de inviolabilidad del domicilio.

Dentro de los municipios existía libertad y se ejercía el derecho, lo que determinó el aumento rápido de su población. Los siervos abandonaban sus tierras, aún perdiendo sus bienes, para buscar amparo en las ciudades y rehacer sus vidas. Fueron una reacción del derecho y la paz contra la fuerza feudal. Pero no se crea que el municipio de la Edad Media realizaba la igualdad absoluta y la libertad para todos los habitantes de sus muros. Como hijos de un siglo en que el privilegio era la condición normal de la sociabilidad, los municipios eran aristocráticos en el sentido de que los descendientes de los antiguos hombres libres se constituyeron en aristocracia de la clase media, y ellos solos eran la ciudad. Las gentes de oficio, en mayor número, no encontraron más medio de salvación que hacer contra esta aristocracia plebeya la revolución que los plebeyos en general hicieron a la aristocracia feudal, procedimiento violento que agitó la paz interna de los municipios en los siglos XIII y XIV. El gobierno de los mismos cayó entonces en poder de los gremios, que se organizaron con autoridades propias y fueron como un estado dentro del municipio. El gobierno de éste fué el de los representantes de la industria y del comercio, excluyendo los demócratas a la nobleza y a los miembros del tercer estado enriquecido.

En el siglo XIV el elemento popular triunfó de la aristocracia plebeya en las grandes ciudades; entonces esa aristocracia urbana se alió, como en Francia, con la de orden feudal, y elementos de ésta última pasaron al pueblo para acaudillarlo. Si bien es exacto que de la demagogía a la tiranía no existe sino un paso, éste no se dió en Francia donde el poder real pone término al régimen de la aristocracia plebeya; los municipios abdicaron en sus manos y la igualdad salió ganando pero a expensas de la libertad.

En Alemania la lucha fué más viva entre los patricios y el pueblo, y la aristocracia de origen plebeyo se mostró tan exclusiva como la nobleza. En algunas partes (Strasburgo) prefirió la expatriación; en otras (Maguncia) el municipio como órgano de los oficios actuó (1332) al lado del Consejo, órgano del

patriciado, y aún cuando después logró preeminencia, su resultado no fué dar el gobierno a la multitud, sino el que los artesanos ingresaron en la clase dirigente y formaron una oligarquía que se conservó en el poder hasta los tiempos modernos.

En síntesis, si los municipios fueron un estado, eran a su vez un elemento del régimen feudal y debían correr su suerte. Si en el siglo XIV el feudalismo como sistema político estaba arruinado, iniciándose la era de las naciones, los municipios no pudieron escapar a este destino. Las mismas causas que producen la disolución de las soberanías feudales produjeron la ruina de las soberanías de los plebeyos en las comunas. En Francia donde el poder real concentró la soberanía en su cabeza, su genio no podía admitir a su lado municipios soberanos, ni vasallos soberanos. En Alemania donde el feudalismo triunfó del imperio, fué conforme a una fórmula en que esos feudos se convirtieron en soberanías particulares, y por tanto las ciudades dependieron de los príncipes en lugar de depender del emperador; esta regla general tuvo las contadas excepciones de sus ciudades libres últimos restos de los municipios de la Edad Media. En Italia, donde la ciudad dominaba desde los tiempos más remotos, absorbió a la nobleza feudal, pero como jamás llegó a la unidad, no hubo en la península una nación. Las ciudades quedaron independientes, se desgarraron en luchas intestinas, del gobierno popular pasaron a la tiranía, y de la tiranía al yugo del extranjero.

El espectáculo de estas ciudades italianas nos muestra lo que hubiese sido Europa si los municipios hubiesen logrado constituirse en todas partes en estados independientes. Felizmente para el destino humano lo impidieron tanto el poder real como la Iglesia.

Pero también los municipios fueron con su régimen de orden interno un medio propicio al desenvolvimiento de la cultura. Las universidades, las escuelas y las cátedras dispersas de los eruditos constituyeron un sello de las ciudades más importantes, que atraían a los hombres famosos y concedían privilegios a profesores y alumnos. El arte a su vez sólo fué posible en las ciudades, donde estaba la clientela mayor, ya para alhajar las residencias de los ricos burgueses, ya para los palacios destinados como sede de sus autoridades.

LAS CIUDADES Y LOS INVENTOS; SU RELACIÓN CON LA ULTI-

MA ETAPA DE LA CIVILIZACIÓN MEDIOEVAL. — Pero todo no fué desarrollo del espíritu en lo que hace a la ciencia y al arte. La ciudad tiene por característica hacer más íntima la vida de los hombres y sembrar entre ellos toda conquista, progreso o invención de la técnica. Tal actividad contempla la fase material de la vida, la satisfacción de necesidades que aparecen como consecuencia también de la perfección de la técnica, porque ésta, aplicada a la producción, abarata los consumos y los divulga.

La ciudad fué entonces el seno propicio a los inventos, en cuanto a la calidad o característica de lo que se producía, y a los medios empleados o instrumental de trabajo. La fuerza humana, limitada al músculo, a su fatiga rápida, fué completada con mecanismos novedosos, de poleas y ruedas, y el instrumental se perfeccionó y aumentó en tamaño y eficacia. Naturalmente que se buscó proteger todo esto de imitaciones externas, que habrían restado a tal o cual ciudad el privilegio de la invención; los gremios se dieron entonces una estructura profesional, se exigieron condiciones severas para lograr el título de maestro en cualquiera de esas actividades, y con el propósito de especializar la producción creando tipos generales de consumo, se legisló sobre los talleres y las manufacturas.

La industria del acero, el temple de las armas, la del papel que tanta importancia va a tener para la cultura, la de la imprenta iniciada a fines del siglo XIII, en Venecia, con su litografía de barajas y de imágenes de santos, y la impresión de textos a dos columnas, etc., son ejemplos de esta influencia de las ciudades en los progresos materiales. En lo que hace a la imprenta de Venecia, su labor era lenta; se necesitaba hacer una plancha para cada grabado. El problema consistía en hacer un conjunto de tipos movibles que permitiera su utilización sucesiva, invento que hace el alemán Guttenberg y sus asociados, introduciendo los tipos individuales de metal. En esta forma todas las letras fueron iguales. Pero este descubrimiento se mantuvo en secreto y los libros editados por Guttenberg y sus discípulos valieron igual que los hechos con grabados a mano; cuando la toma de Maguncia se dispersaron los obreros y el invento fué conocido.

Se puede imaginar fácilmente adonde llegó con este invento la baratura de los libros, que dejan de ser objeto de lujo y permiten el desarrollo de los conocimientos, poniéndolos al al-

cance de todos. Venecia inició la política de que todo impresor enviara dos ejemplares de sus libros, enriqueciendo así las bibliotecas del estado y generalizando la ciencia.

Por todo esto las ciudades, hecha abstración de sus formas políticas que van cediendo a la preeminencia de los estados naciones, se convierten en centro de las fuerzas que renuevan el espíritu humano. Es precisamente en ellas donde van a operar los hombres y las ideas que crean el Renacimiento.

LECCION XLVIII

EDAD MODERNA

LAS CIUDADES ITALIANAS Y EL RENACIMIENTO

LAS CIUDADES ITALIANAS; ORGANIZACIÓN, POLÍTICA Y RELACIONES EXTERIORES. — Más o menos en la mitad del siglo XV tres grandes naciones, Francia, Inglaterra y España quedaron constituídas sobre la base de que el monarca era el único representante de la nación, de cuyos recursos y hombres disponía libremente, con independencia de magnates y señores feudales. Gracias al apoyo de una clase media, que con el tiempo se formara, pudieron crear y mantener fuerzas desarrollando una política exclusivamente nacional frente a otras naciones o reyes extranjeros. Italia y Alemania no lograron esta evolución; permanecieron divididas en decenas de soberanías políticas, campo propicio a las guerras y conquistas que los tres estados constituídos hicieron después para distraer a los elementos perturbadores y consolidar los tronos. Italia, por su situación geográfica fué el escenario inicial de esos conflictos, y en sus luchas concluyó de estructurarse el sistema de estados europeos tal como existen hasta la primera mitad del siglo XVII (guerra de treinta años). Después tocó la misma suerte a Alemania, en el siglo XVIII.

La Italia dividida de afines del siglo XV es notable por la importancia y el rol que juegan sus ciudades, especialmente la de Florencia, donde se desarrolló una civilización brillante que la convierte en emporio de las artes y las ciencias y centro de la política peninsular. Gobernó en ella, con el apoyo de su antigua nobleza, de los industriales y los artesanos, la poderosa casa de los Médicis, que en época de Cosme de Médicis (1429-64) adquirió las exterioridades de soberana del país y con Lorenzo el

Magnífico (1469-92) el carácter de monarquía de formas democráticas.

Fué esto posible porque el siglo XV es para Italia el siglo de la paz exterior; como los grandes estados no llegaron a su formación sin cuestiones internas, y como en Alemania se completaba el proceso de independización de sus principados y de su estructuración política, las ciudades italianas gozaron de un período en que prescindieron de las cuestiones externas. Limitado el horizonte al de la península, careciendo los Papas y cada una de las pequeñas soberanías de la fuerza necesaria para forjar un poder único peninsular, la vida se desenvolvió de acuerdo al genio de cada región apenas perturbada por luchas entre las mismas ciudades, que ellas solucionaban y complicaban con entendimientos, alianzas, tratados, etc. Era como un pequeño mundo en que operaban idénticos problemas, en el cual si las ciudades accionaban con individualidad, concluyeron por establecer posiciones análogas del espíritu.

En general todas esas ciudades habían perdido su sello republicano. El apasionamiento de los conflictos internos, las consecuencias de la anarquía y la necesidad de un orden cualquiera, pero orden al fin, las había llevado (lección 46) a aceptar o encumbrar a príncipes con un régimen absoluto, de tiranía. La consecuencia primera fué la multiplicación de capitales y el nacimiento de una emulación fecunda por superarse, en que junto a la creación material, que cada una buscó como base de existencia, vino la del espíritu; la actividad intelectual tuvo entonces más de veinte hogares propicios en que se desenvolvió sin debilitarse por la división, desde que sus representativos vinculados en la tarea de investigar y estudiar se daban la mano o frecuentaban diversas ciudades.

Las tiranías en la historia siempre protegieron al talento; los grandes señores del medioevo fueron liberales para los trovadores de noble origen; los príncipes italianos del siglo que soñaban con bellos monumentos y tenían la pasión de la gloria, buscaron a esos obreros de la fama, poetas y artistas. Esta grandeza de lo espiritual fué como un atributo inseparable de la política de las ciudades italianas; era como el tributo que el tirano rendía al pueblo que dominaba justificando un régimen de excesos que algunas veces llegaba a la expoliación de los ricos. Sobre todo la ilustración de las cortes de estos príncipes valori-

zaba la acción política y capacitaba a sus representantes. Ellos no se reclutaban entre elementos de segundo orden, tomados de la nobleza de origen; el tirano los elegía conforme a su interés y a su juicio sobre la capacidad de las personas; actuaban con una selección interesante que creó una ciencia de gobierno con procedimientos técnicos. Y como la vida de relación de estas ciudades, tan vecinas, fué intensa, todo aquello que hacía a esas relaciones externas estructuró una especialización, la diplomacia. Como ejemplo de esta actividad de las ciudades italianas podemos referir a Venecia, cuyo poder territorial y político fué notable, y cuya soberanía fué usurpada por un número escaso de familias. El hábito del gobierno creó en ellas como una escuela diplomática, colonial y gubernativa, que siguiendo, aunque cambiaran las personas, el mismo sistema, fué perfeccionándose de generación en generación. La habilidad diplomática de los embajadores de Venecia, en las cortes extranjeras, fué proverbial, como el arte con que gobernaron sus posiciones bien lejanas. El admirable orden administrativo del gobierno veneciano, nos dice a su vez de la técnica de sus funcionarios.

La concepción del estado como obra de arte. — Todo esto correspondía a una nueva concepción del estado. El dejaba de ser un fin de las actividades del hombre, tal como fué considerado en la antigüedad, para convertirse en un medio mediante el cuál se buscaba el logro de propósitos generales. Al principio los hombres de las ciudades sólo buscaron la redención por el trabajo, el bienestar dentro de la libertad; conquistaron su gobierno para realizar esos fines, y cuando la pasión y el exceso sembró la anarquía y los llevó al encumbramiento de príncipes y tiranos, para crear ese orden, le entregaron también los fines que perseguían; si enajenaron la libertad, conservaron el ideal del bienestar, de la felicidad, a cuyo logro habían sacrificado aquella, y el príncipe tradujo ese concepto nuevo del estado. El fué considerado como una obra de arte; tenía su técnica y asumía formas que la realizaban. Florencia, bajo Lorenzo de Médicis (1490), fué como una síntesis de esta concepción. Formábanla, al decir del cronista, "hombres excelentes que administraban las cosas públicas, e ingenios famosos en todas las ciencias y artes, industriosos y esclarecidos , y no estando desnuda de gloria militar y adornada de tantos dones, tenía justamente en todas las naciones gloriosa fama y nombre".

La realización de esta nueva concepción del estado en todas las ciudades italianas, y la forma en que se engrandecieron material y culturalmente fué notable. Omitiendo hablar de Roma tenemos que, después de Florencia, se destaca Urbino. Como una tonalidad propia anótase junto a su Duque Malatesta la corte de filólogos de que se rodeó. Con Federico tuvo Urbino una de las mejores bibliotecas, pero lo que caracteriza a este centro cultural fué la obra de Castiglioni, a la que hemos de aludir.

Ferrara ocupó un lugar no menos destacado. Ella construyó palacios en que actuaron Rafael y el Ticiano; se desarrolló la música y culminó la literatura con Mateo Bojardo y Luis Ariosto. El último escribió el Orlando Furioso, continuación del Orlando Enamorado de Bojardo.

Nápoles, capital del reino del mismo nombre, también fué sede de este movimiento de los espíritus. Su rey Alfonso, sin ser docto como Federico de Urbino, se rodeó de hombres de letras, supo conciliar la veneración de los poetas antiguos con el respeto de los autores eclesiásticos. A pesar de los desórdenes y cambios políticos que le sucedieron la literatura floreció tanto por hombres atraídos de otras partes como por talentos nativos como Beccadelli, Pontano y Sannazaro el autor de las Eglogas.

Venecia se llenó de soberbios palacios y otras obras monumentales y de exquisito gusto; sus templos se cubrieron de magníficas pinturas y esculturas, y en sus plazas se levantaron estatuas a su patricios beneméritos.

Los estados menores, Milán, Mantúa, Verona y Bolonia, siguieron esta misma senda. En Milán, Francisco Sforza, proclamado Duque (1450), representa un período de paz y prosperidad; florecieron la agricultura, las artes y las ciencias a cuyos representantes protegió. Hasta sus sucesores los Galiazo dejaron en Milán monumentos hermosísimos, como su catedral, que es toda una maravilla arquitectónica.

EL ESTADO Y EL PAPADO; LA NOCIÓN DE ITALIANIDAD Y EL NUEVO PATRIOTISMO. — Dado el régimen político de Roma, donde residía el Papa, que sumaba a su carácter de jefe de la Iglesia el señorío temporal de esa ciudad, podría suponerse que en ella las cosas no ofrecían el mismo aspecto. Sin embargo, no era así, en buena parte por las costumbres libres del alto clero romano, que formaba la corte papal, pero sobre todo porque inte-

grando Italia, Roma no podía escapar a la penetración de las ideas generales a la península.

En realidad la Roma del siglo XV como Italia toda se consideraban herederas de las grandes tradiciones de Roma imperial, y miraban a las letras latinas, a sus grandes autores, entonces actualizados, como partes de su patrimonio. En ese pasado glorioso veían raíces de su historia, de su genio, de sus ambiciones y hasta de sus prejuicios; la lengua italiana era como un reflejo del latín de Cicerón, de Virgilio, y la evocación de aquella grandeza era tan viva que en algún momento había triunfado, en el recinto de Roma, del poder de los Papas. Arnaldo de Brescia, primero, y Rienzi después, habían demostrado el poder de esa ilusión de que Roma continuaba con su pueblo y sus derechos, en la Roma de los emperadores germanos y los pontífices.

Si todo esto influyó para que el Papado no escapase al movimiento espiritual de la península, y para que armonizara su función eclesiástica con la de jefe del estado romano, sirvió también para forjar una noción de italianidad, base de un nuevo sentido de patriotismo. Volver a las antiguas letras latinas, que estaban en el fondo del Renacimiento, era realizar un acto patriótico, de afecto a un patrimonio común, de reconocimiento a los antecesores y creadores de la cultura que se vivía, antes que adoptar una posición simple de erudición.

Sobre todo fué esto posible porque los concilios de Florencia, como después el del Vaticano, en que se reunió lo más esclarecido del mundo eclesiástico, dieron al Pontificado su definición dogmática, exclusivamente de cabeza universal de la Iglesia. Si la declaración obstó al pretendido derecho del Papado a un dominio temporal universal, no limitó sus pretensiones en lo que respecta a la península. Pero precisamente estas pretensiones temporales limitadas, fueron a su vez una expresión de esa noción de italianidad a que hemos aludido, y que Julio II sintetizaba en las palabras: "Italia tendrá un sólo dueño, el Papa".

Pero la constatación más completa de la evolución de la Iglesia, que pone al Papado en la senda del ideario italiano, la encontramos en un episodio ocurrido en Florencia con motivo de la actitud del monje Savonarola, enfrentándose con ardientes sermones al régimen presidido por los Médicis. La candente

propaganda impresionó profundamente al pueblo, no tanto por las exhortaciones a la penitencia y a la reforma de las costumbres cuanto por las ideas políticas que se enlazaban naturalmente con la regeneración moral. Cuando el pueblo logra volver a la República con la expulsión de los Médicis, no sigue en sus teorías al famoso sacerdote agitador; ellas eran las de la Edad Media porque Savonarola veía en la civilización e ilustración del Renacimiento, como en el vivo y exhuberante cultivo de la inteligencia y de la belleza, un extravío del sentido y de los deberes de la religión. Puede decirse que Savonarola aspiraba a todo lo que reducía el campo de la inteligencia y de la acción del hombre, cuando el genio del Renacimiento tendía a la libertad completa del pensamiento, de la palabra y del individuo. El contraste entre el monje y los grandes Papas del Renacimiento resulta la prueba concluyente de las nuevas ideas que trabajaban la acción de la Iglesia.

EL ESTADO Y EL INDIVIDUO; EL SENTIDO DE LA PERSONALIDAD. — LOS TIRANOS, EL ORDEN CIVIL Y LA LIBERTAD CULTURAL; SUS EFECTOS. — El rasgo fundamental de la vida en la Edad Media fué su tendencia al colectivismo. Los pueblos de occidente a pesar de sus contiendas y del empeño de los señores territoriales en conservar su independencia, se sentían impulsados a grandes acciones en común, como el propósito de reconquistar el sepulcro de Jerusalén y los fines de las numerosas cruzadas. Fuese por la flojedad con que se llevaron a cabo estas empresas, que cansaron para nuevos esfuerzos, o porque así lo exigía el proceso de nacionalidad e integración territorial que se experimentó, es lo cierto que la Edad Media coincidió con un retraimiento de estos impulsos, con una posición espiritual que llevaba a la acción aislada, traducida en empresas guerreras particulares encaminadas a elevar a cada potencia sobre las demás mediante el poderío y la fama.

Lo que se observa en las naciones se advierte en los nombres; éstos no actúan en forma pareja ante las ideas universales, como por ejemplo la religión, como ocurriera antes del siglo XIII. Por el contrario no aceptando los mandamientos rígidos de la Iglesia produjeron las herejías, prefirieron la ruina y la muerte (valdenses, albigenses, husitas, etc.) a la renuncia de su convicción religiosa, y otros, pronunciados contra el cristianismo, tentaron substituir las religiones con la filosofía. Este des-

arrollo de la individualidad extendió la vida intelectual y las ciencias, librando a éstas de la tutela de la teología, que paulatinamente fué suplantada por las disciplinas científicas profanas.

Este espíritu nuevo buscó, apenas manifestado, una forma propia, y siendo popular e individual, enemigo de la aglomeración de pueblos distintos bajo un soberano y régimen común, tampoco quiso someterse a un idioma único, que por no ser propio dificultaba el natural y libre desarrollo de la forma individual. El latín culto que en el siglo XIV había pasado a ser el idioma científico universal cedió rápidamente a expresiones nacionales como las lenguas neolatinas estructuradas sobre los romances populares. En Italia la evolución fué más rápida, y el italiano convertido en idioma literario y popular apareció revestido de todas sus galas y enorme lozanía.

Dentro del concepto que también adviene, de que el estado era un medio de lograr el bienestar, que implicaba un arte de gobierno, el individuo asume una posición independiente, se dignifica, se distingue de la masa y caracteriza el sentido de su personalidad.

Estamos frente a un movimiento irresistible e individualista denominado Renacimiento. Si quisiéramos determinar sus manifestaciones concretas para situarlo en las formas sociales diríamos con un erudito expositor (con Jacobo Burckhart) que ellas pueden agruparse en seis categorías: creó un nuevo organismo del estado, hizo la educación del individuo, la resurrección y fomento de la ciencia, el conocimiento del mundo y del hombre, la forma nueva de la sociedad y de sus solemnidades, y la transformación de la religión y las costumbres.

Todas estas consecuencias van a ser fácilmente perceptibles cuando estudiemos al Renacimiento en los diversos grupos nacionales. Por ahora cabe advertir que en Italia no fué contenido ni por la ponderación de sus tiranos. Por el contrario, la usurpación que hicieron del poder fué solo política, y ella, al temperar las pasiones que destruían la sociabilidad de las ciudades, creó un orden civil que favoreció el progreso material, y un medio de libertad cultural, abierto a todas las preferencias. Sus efectos fueron los de crear en Italia un desenvolvimiento milagroso del espíritu.

LECCION XLIX

LA CULTURA DEL RENACIMIENTO

FLORECIMIENTO DEL HUMANISMO; MECENAS Y PROMOTORES (LOS PAPAS, LOS MEDICI, ETC.) — Es un hecho general el que cada siglo desprecie el presente y exalte el pasado, debido tal vez a la creencia de que las necesidades contemporáneas no existieron en los tiempos idos, que la humanidad no estuvo sujeta al esfuerzo de satisfacerlas. El punto de vista es falso porque las condiciones de la vida cambian y las antiguas condiciones de existencia exigieron del hombre a su vez otros sacrificios. Sin embargo hay siglos que constituyen una excepción, y uno de éstos es el siglo XVI con el cuál se abren los tiempos modernos.

Los hombres que actuaron en él creen que la humanidad marcha hacia una edad de oro. Huten consigna, en una de sus epístolas, que "vivir es un placer", y en efecto vivir era un placer para los pueblos de aquel siglo que saliendo de la Edad Media, en la que había predominado la obscuridad y la ignorancia, vieron que la vida era bella y gloriosa.

Muchos creen que el Renacimiento es una resurrección de la antigüedad, que revive su antiguo espíritu. Esto no es exacto; al usar esta palabra significamos el advenimiento de una nueva condición de la vida en un horizonte sin prejuicios. La Edad Media había encadenado al pensamiento. Sabemos que el cristianismo fué en ella ortodoxo como ninguno, afirmando en las conciencias el principio de que el ideal era morir para el mundo, considerándolo estación transitoria de la personalidad.

Bajo la inspiración de las obras griegas y romanas divulgadas en esta época, el renacimiento sacudió el sudario que el pensamiento ortodoxo arrojara sobre el espíritu, y de acuerdo al genio de la antigüedad diviniza la naturaleza, cree en la vida y contempla la humanidad. Mientras el Renacimiento fué la liberación del espíritu, el humanismo fué la educación, el desarrollo completo de la capacidad y aptitudes exteriores e interiores del hombre.

Petrarca en una de sus célebres cartas, estudiando el desenvolvimiento del nuevo espíritu, decía a los hombres de Iglesia que tuvieran cuidado porque Juliano renacía. "Juliano renace", fué como el grito de guerra de los hombres del siglo. Sin embar-

go ni el humanismo ni el Renacimiento llevaron al paganismo, que es sólo un elemento de la civilización griega.

Este gran movimiento en las letras y en las artes fué estimulado hasta por las instituciones que debieron ver èn él un peligro, como el Pontificado; el Papa Nicolás V consagra su vida a proteger las letras griegas y latinas; cuando los turcos otomanos entraron a sangre y fuego en Grecia, mandó emisarios para que comprasen a cualquier precio los manuscritos exponentes de aquella civilización maravillosa. Los contemporáneos decían que la Grecia no había desaparecido sino que había emigrado a Italia.

Con el Papa Nicolás V, Roma se convirtió en el centro del Renacimiento, y se puso en camino de ser la capital de este movimiento de regeneración literaria y científica. Durante su reinado pareció por fuera un vasto taller de construcción y por dentro un inmenso escritorio de copistas; de todas partes se copiaban o traían originales latinos y griegos, y fuertes sumas se daban a los sabios para traducciones de Polibio, Estrabón, Homero, etc. El organizó la biblioteca del Vaticano con más de cinco mil volúmenes. El Papa Pío II fué uno de los soberanos más cultos e instruidos; sus admiradores veían en él al representante más activo del nuevo movimiento intelectual, pero propiamente no fué un Mecenas, sino un amigo de las letras por su propia instrucción y recreo.

El Pontificado de Paulo II introdujo en Roma la imprenta, pero protegió a las artes antes que a la literatura. Con Sixto IV también son las artes las que se destacan, con el gran hospital y la capilla Sixtina tan nombradas por las pinturas de Miguel Angel, pero bajo su sucesor si Roma no dejó de ser una ciudad del Renacimiento perdió su cetro transladado a Florencia, donde Lorenzo de Médicis, el Magnífico, actuaba como digno émulo del Papa Nicolás V.

Es precisamente a estos príncipes de Florencia a quienes más se debe. Cosme de Médicis fué un protector apasionado y poderoso de las artes y las ciencias, sobre todo de la arquitectura; construyó grandes palacios, gastó sumas enormes en obras de arte, con las que adornó su quinta de recreo en Careggi; sus arquitectos principales fueron Michelozzo y Brunelleschi. Pero se debe advertir que no se rodeó de artistas sabios para deslumbrar a la multitud, adquirir fama de protector, ni para distraer-

se de sus tareas gubernativas o aprovecharse de esos trabajos intelectuales, sino como uno de tantos que deseaban actuar con la gente docta, con el título de la capacidad, honrándose en proteger a los que consideraba sus iguales.

El esplendor renacentista de Florencia fué presidido por Lorenzo de Médicis, cuyo gobierno tranquilo le permitió concentrar su atención y riquezas a las artes y la literatura, dedicando sus energías a discernir entre la legión de cantores, bailarines, poetas y artistas que acudieron a su corte hambrientos de dinero, honores y fama. La pintura y la escultura sobresalieron desde el primer momento, en base al museo de obras plásticas y antiguas que fundara su abuelo Cosme, avaluado en 28.000 florines oro. Con sus piezas organizó en sus jardines una academia, cuyo alumnado se alojó en su palacio; naturalmente no olvidó la literatura, las ciencias y la poesía, cuyos representantes enaltecieron a su protector. Pico de la Mirandola se hizo famoso por su enseñanza filosófica.

Con la declinación de Florencia los Papas volvieron a centrar el movimiento renacentista. A Julio II se deben el patio de San Damaso, el comienzo de la reconstrucción de San Pedro, las pinturas de la cúpula de la Capilla Sixtina, etc. Pero todo su apoyo en favor del desarrollo del espíritu, todo lo que hizo por el Renacimiento, no llegó a la tarea cumplida por León X. Las obras de arte y de la inteligencia, la literatura elevada y científica eran su mayor delicia, y su corte se llenó de las personalidades más salientes del siglo.

LOS AUTORES DE LA ANTIGÜEDAD; LA IMITACIÓN Y LA RECREACIÓN. — La base material en que los hombres de los siglos XV y XVI encontraron la fuente inspiradora del espíritu, estuvo constituida por las obras de los pensadores y poetas de Roma y de Grecia. Los del grupo latino, olvidados en los desvanes y bibliotecas de los conventos, estaban en todo Occidente; cuando independizados de la ortodoxia medioeval se los buscó, en todas partes de Europa, de los lugares menos sospechados, volvieron a la luz. Hubo como una preocupación por obtenerlos y copiarlos, y los nuevos ejemplares se canjeaban y completaban. Naturalmente la primera posición que aquéllos hombres adoptaron fué la de exaltar los hallazgos e imitar a los modelos. Se hizo un culto de los hombres cumbres de la civilización latina.

Se sostuvo que Cicerón, el gran tribuno, encerraba en sus obras toda perfección y belleza, y es general la imitación de ese estilo y el uso de su vocabulario. Los propios frailes desde el púlpito copian al tribuno de Roma imitando su elocuente oratoria, y aún se llegó a formar una especie de escuela a la que se llamó Ciceroniana, que mereció la crítica de Erasmo.

Tales excesos hicieron suponer que la sociedad, por imitar a la Roma pagana, caería en el ateísmo. No fué así, y no lo fué porque la humanidad se orienta hacia la fraternidad, la igualdad y la libertad. La religión, remozada en estas fuentes, fué mas grande que bajo la Iglesia ortodoxa de la Edad Media, filtrándose en sus filas la tolerancia, la misma que había de llevar a clérigos como Nicolás de Pisa y Ficino a sostener que todas las religiones tienen un fondo común.

A la imitación siguió la recreación; el autor latino dió el molde, la forma de expresar el pensamiento, la perfección del estilo, y hasta la documentación del hecho, y el hombre del Renacimiento inspirándose en ese material volvió a crear la obra de arte dándole el sello contemporáneo que lo rodeaba.

La influencia de los autores griegos se hace sentir desde el Concilio de Florencia (1439) en que fracasó la tentativa de reconciliar la iglesia griega con Roma. Besarión fué el agente de la reconciliación religiosa, que se radicó en Italia y llegó a las más altas dignidades de la Iglesia. Revistó entre los primeros y más valiosos espíritus que fomentaron la vida intelectual en Italia; actuó en Florencia desde su célebre academia, fué organizador de una magnífica biblioteca que donó a la ciudad de Venecia, contribuyó a glorificar a Platón a quien el siglo XIV había postergado exaltando las doctrinas de Aristóteles, y fué gestor en Roma de otra academia como un campo neutral del pensamiento.

Cuando los turcos ocuparon Grecia, con los hombres de ciencia emigrados vinieron originales de la vieja literatura helénica. Al prestigio creciente de las letras griegas se agregaron, para acrecentarlo, el favor que excita el infortunio y la repercusión de una gran ruina. Platón alumbró la época con el conocimiento directo de sus textos, y en el palacio de los Médicis "se celebró su fiesta", que desde hacía doce siglos había cesado en Atenas.

Hubo como un afán de tener y organizar bibliotecas. Los Este de Ferrara, los Montefeltri de Urbino, todos los tiranuelos de Italia central, tuvieron la suya. El amor para las letras y la generosidad para los sabios fué entonces "como un acto de príncipe y el medio de realzar los títulos de nobleza".

CARACTERÍSTICAS DE LA NACIONALIDAD Y UNIVERSALIDAD DE LOS ITALIANOS DEL RENACIMIENTO; LOS VIAJES Y LAS ACTIVIDADES CIENTÍFICAS; LA INTELIGENCIA RENACENTISTA RESPECTO AL UNIVERSO Y AL HOMBRE. — Pero toda esta exaltación de las obras de la antigüedad griega y latina, el afán de reunirlas y estudiarlas, no podía limitar su finalidad a su renovación. El siglo debía tener su originalidad, su labor propia, aún cuanto no pudiese sacudir totalmente la influencia de aquéllas viejas formas. Como el espíritu humano no admiraba impunemente los modelos perfectos de esas dos literaturas clásicas, aquélla que surgió de este movimiento intelectual, conservó en esencia los reflejos de la vieja cultura. Maquiavelo redactó sus Discursos después del atento estudio de Tito Livio, Guicciardini desarrolló sus temas históricos conforme al gran arte de escribirlas de los antiguos; Taso tomó de Virgilio hasta el sentido que dió a su inspiración, y Ariosto y Bembo nada perdieron con su comercio con los clásicos latinos.

Los italianos del renacimiento no sólo ofrecen esta influencia del modelo, en las formas y en la inspiración; traducen también características que resultan del grupo, que son por eso nacionales, y que contemplan antes que el horizonte limitado, geográfico y político, en que cada uno actúa, una posición de universalidad, extendida primero a la península y luego a la sociedad humana indivisible. Antes que a la patria se miraba al Universo; antes que al hombre como miembro de una comunidad política, al hombre como unidad dignificada por la renovación de la vida. El esfuerzo consultaba la cultura sin patria, hasta contrariando definiciones conocidas, como la de Venecia, que a pesar de las donaciones de las bibliotecas de Petrarca y Besarión y de su afán por atesorar a los clásicos, no ocupó, por la acción de sus hijos, un lugar de primera fila en el renacimiento. La instrucción, las artes y las letras se fomentaba en ella aparentemente por vanidad, para competir con otras ciudades italianas, pero en realidad como cooperando a esos fines superiores

que llevaba al esfuerzo en nombre de una posición altruista de italianidad.

El movimiento científico también ofrece este sello, tuviese él por objeto la pura especulación, o por fin el estudio de la naturaleza y el hombre. Los hallazgos de unos eran rápidamente comunicados. Vesalio y Pared inician la cirugía a despecho de la Inquisición, mediante la observación y la experiencia, y Copérnico, precisando lo que la antigüedad había entrevisto, transforma el sistema fantástico del mundo, que el dogma y todos consagraban, haciendo dar vueltas a la tierra en torno del sol. La tierra ya no era el centro del mundo, ni el hombre el más alto objeto de la creación; el mundo y el hombre se perdían en el movimiento infinito de las esferas, y lo que la ciencia había tenido por verdad y la religión por dogma, se invertía en una creencia pueril, mientras el universo se descubría infinito e inmortal para las concepciones del espíritu.

En el afán de saber y de servir a esta universalidad del pensamiento, Italia aprovechó hasta de las consecuencias de las conquistas mongólicas, quienes durante un tiempo, bajo el dominio del Gran Kan, abrieron la frontera entre Asia y Europa, admitiendo en la corte de Kara Korum a representantes de todas las naciones.

El desmoronamiento de estas barreras, nacidas de la lucha religiosa del cristianismo y del Islam, hizo concebir al Papa hasta la esperanza de convertir al cristianismo a los mongoles. Sus delegados llegaron a su corte mezclándose con funcionarios árabes, con astrónomos y matemáticos, persas e indúes, con sacerdotes budistas, con artífices italianos y chinos y comerciantes bizantinos y armenios. Hubo como una comunión de informaciones y de concepciones del espíritu que desarrollaron el conocimiento en todas sus especialidades, y que para nosotros tienen una expresión documentada en los viajes de Piam del Carpino y de Marco Polo.

La publicación de estos viajes produjo un efecto profundo en la imaginación de los europeos, que pasó de la ciencia a la novela y que informó estupendas concepciones como la de Cristóbal Colón y las empresas de Portugal en el litoral atlántico del Africa.

Bajo el influjo de todas estas fuerzas los hombres de occi-

dente se separaron de la tradición latina y se elevaron una vez más a la dirección intelectual y material del género humano.

LA VIDA SOCIAL Y LA CORTESÍA (CASTIGLIONI); LAS COSTUMBRES Y LA MORALIDAD; LA RELIGIÓN Y LA FE. — La vida social reflejó exactamente en las formas habituales a que se ajustó la conveniencia, este sentido de libertad del espíritu y del triunfo de la individualidad. Naturalmente no pueden traducirse en formas tales características sin la definición simultánea del respeto recíproco ejercitado en prácticas sociales. La cortesía, que es el hábito de acciones que manifiestan la atención, el respeto o el afecto, que una persona rinde a otra, fluyó como resultado natural y fué objeto de preocupaciones; Castiglioni (1478-1529), poeta latino e italiano que se distingue por su elegancia, escribió el Libro del Cortegiano, o el arte de ser cortesano completo, notable por su finura, gracia y pureza de estilo.

El Cortesano contiene una pintura perfecta del tipo de aquella época, figurando entre sus personajes primeras figuras de la corte de Urbino. Enseñó que el cortesano debe perfeccionarse interior y exteriormente, porque debiendo la corte ser un modelo de la sociedad más refinada, era imprescindible que sus miembros alcanzacen la perfección posible, mediante ejercicios corporales y conocimientos en idiomas, artes y moral.

El advenimiento de las formas corteses no sólo resultaba necesario por el triunfo de lo individual; lo era también por las costumbres y la moralidad de las cuales Bocaccio nos ha conservado un espejo fiel en su Decamerón. Aquella sociedad fué sensual, voluptuosa; bebía en la copa de los placeres a grandes tragos; no respetaba ninguna valla legal o moral, profanaba el matrimonio y rompía los lazos familiares. Pero su vicio no fué el grosero ni desvergonzado, sino el galante, astuto y gracioso. Tal sociedad fué un resultado de los terrores de la Edad Media y de las cadenas de su Iglesia que enseñó a despreciar la vida y el cuerpo, sociedad que deseosa de sacudir esos errores se indemnizaba buscando motivos que la hicieran reir; era escéptica en lugar de respetuosa y severa, pero no escéptica al estilo de los que analizan, sino con el escepticismo que inspira la razón popular y práctica.

Por natural que fuese esta posición del espíritu, que era general, en las clases gobernantes y en las populares, en los

hombres de iglesia y en la vida civil, no dejaba de ser un mal. Dos cosas eran necesarias: una reforma de la Iglesia y otra del espíritu irreligioso de las clases cultas y bajas de la sociedad. El Papa Adriano en una de sus expresiones felices había definido el problema religioso diciendo que era necesario "proveer de gentes a la Iglesia, no de iglesias a las gentes". Sus empeños en ese sentido no hicieron reaccionar ni al alto y opulento clero italiano ni a la sociedad en general; cuando Adriano murió (1523) se celebró su deceso como un suceso fausto.

Realmente las expresiones sociales de aquella época consideradas como irreligiosas no tradujeron un concepto ateo, de subalternización de la divinidad y de los dogmas. Valen y significan como protesta a las costumbres del clero de la época, cuya regeneración se buscaba y se logra poco después, con la Reforma en los países del norte europeo y con la Contrarreforma en los que se mantienen fieles al Pontífice. El propio Decamerón, donde los relatos en que actúan hombres de iglesia son comunes, no puede tener sino este sentido, y lo justifica el que tuviese cabida en él un cuento entonces conocido, llamado Historia de las tres Sortijas, con la tendencia y significación de la igualdad de las tres religiones. La religión, entonces, en su concepto genérico, como fuerza social, y la fé como posición del individuo frente a los dogmas que integran a aquella, no declinaron en un sentido drástico; por el contrario, su subsistencia como motivación del espíritu está en la preocupación religiosa que forma la materia de la Reforma.

LECCION L

MAQUIAVELO; SU TEORÍA HISTÓRICA Y POLÍTICA - CARÁCTER REPRESENTATIVO DE MAQUIAVELO. — Un ilustre florentino, Nicolás Maquiavelo (1469 - 1527) representa en la cultura del Renacimiento la expresión más alta del pensamiento histórico y político. No es el autor un mero teorista; es un hombre ilustrado que construye sobre una realidad social en la que actúa en los primeros puestos, como quien dijera en condiciones de conocerla, de valorar las fuerzas en marcha, de pulsar su pensamiento y sus afanes, y de documentar en sus afirmaciones el ideario que movía a los hombres y estaba en la esencia de lo creado.

Funcionario de Florencia, embajador de ella a las cortes italianas y extranjeras, profundo observador de los gobiernos y los pueblos ante los que estuvo acreditado, como lo documentan sus "Relaciones" o memorias sobre esos pueblos para ilustrar la política de su gobierno, Maquiavelo concreta en su obra la realidad y el genio de Italia en aquel momento. Si destacamos de ella lo que es expresión típica de su pensamiento, nos encontramos con la *Mandrágola, El Arte de la Guerra, Los Discursos* y *El Príncipe;* refleja en la primera, la corrupción moral de sus contemporáneos, y en las últimas condensa la vasta experiencia de su vida pública y las intuiciones de su talento lógico, perspicaz, práctico, florentino e italiano en el sentido más acabado de la palabra.

Su período radiante de actuación personal en Florencia, fué seguido de otro condenado al silencio de la vida privada. Negado, entonces, por los hombres, cercado por la soledad que es angustia, Maquiavelo se sintió herido en lo más íntimo de su ser. Pero merced a sus hábitos de buscar a los hechos un encadenamiento lógico, como modo habitual de su ser político, remonta la corriente tortuosa de la historia, vuelve a los tiempos en que Florencia presidía la vida peninsular, medita sobre esos elementos y construye la teoría histórica y política que lo ha hecho famoso.

'El Príncipe" y los "Discursos sobre la primera Década de Tito Livio" contienen el fruto del pensamiento político de Maquiavelo, sazonado en un medio característico, porque si toda obra artística lleva el sello del tiempo a que pertenece, con más razón cuando el escritor elabora una ciencia de gobierno con elementos tomados de las condiciones sociales que reseña y juzga. La no distinción de estos elementos circunstanciales han echado sobre Maquiavelo una sentencia que no consideramos justa, sentencia que fué pronunciada, no por sus contemporáneos, únicos que pudieron juzgarla como expresión artificial, sino por los hombres que no perteneciendo a aquel siglo meditaron sobre ella considerándola fórmula permanente del pensamiento humano.

Corresponde a estos críticos la condena de "lesa inmoralidad", olvidando que Maquiavelo no dió formas a su teoría política como expresión de un *idealismo* permanente, sino como resultado de reflexiones en que se usan de los valores morales de

esa época por un hombre lógico y práctico, que declaró abiertamente seguía en todo "la verdad efectiva" y buscaba indicar el camino de la paz y la grandeza con la utilización de los únicos elementos que entonces existían.

Maquiavelo se inspiraba en una imagen grandiosa, la de una Italia digna de la antigua. Su edificio político estaba concebido sobre las formas medioevales incapaces ya de vida propia y el realismo brutal de ese siglo. Trabajó puede decirse, el mismo ideal de Dante, quien, de acuerdo a la expresión de D'Anunzio, la creó "dall' interno abisso del suo dolore" pero dándole el fundamento de la monarquía universal. En el propio Petrarca encontramos una concepción análoga, a raíz de las doctrinas y motín de Rienzi en Roma, cuando expresa que "el óptimo estado de una república es estar gobernada por el justo gobierno de un solo señor". No es entonces la doctrina de Maquiavelo un salto atrás del pensamiento humano. Es una expresión representativa del medio, que le fuera inspirada por su libro predilecto, la historia de Roma, de Tito Livio, que narraba el poderío de aquella civilización, documentando las profundas razones de la felicidad civil de los pueblos, enseñanzas que adaptadas a las nuevas condiciones de la sociedad aún podían ofrecer normas directrices al hombre político.

DESTINO DE SU OBRA Y DE SU FAMA. SU REALISMO POLÍTICO Y SU MORALIDAD PATRIÓTICA; SU VIDA Y SU INFLUENCIA. — Este fué el destino de la teoría histórica y política de Maquiavelo. Según el juicio de sus críticos, la personalidad de César Borgia, su rapidez de concepción política y de realización, su serenidad frente a los actos cumplidos, su habilidad en sortear obstáculos, etc. impresionaron fuertemente a Maquiavelo, quien hizo de él su modelo para el medio moral e histórico en que actuaba y concebía. De ahí que su obra no tenga el valor universal que algunos le atribuyen para censurarla, y la causa de por qué su apreciación debe separar del valor permanente de las ideas, las modalidades, que le prestan, las contingencias del medio en que fué escrita.

"Cuando se delibera únicamente respecto a la salud de la patria —dice en sus Discursos— no ha de haber miramiento para lo que es justo o injusto, clemente o cruel, encomiable o ignominioso; al contrario, posponiendo toda consideración, dé-

bese seguir el partido capaz de salvarle la vida y mantenerle la libertad". Quiere decir que para Maquiavelo la Patria, el Estado, están por encima del bien y del mal, tales como los conciben la conciencia moral del individuo; todo camino es bueno, aún cuando se deban arrollar derechos privados. Esta doctrina fué la justa para el siglo XVI, que era sensualista, y nadie la negó ni protestó de sus postulados. Su clasificación condenatoria, que en justicia debió reducirse a la de la sociedad del siglo XVI, fué posterior a Maquiavelo. A él se hizo responsable de corrupción, cuando era ella la que predominaba en el medio y a la que debió referir para exponer los remedios prácticos indispensables para urgir el advenimiento de una nueva organización institucional, que al imponerse por la fuerza concluyese con los fantasmas de instituciones ya fenecidas.

Los Discursos tratan de la fundación y organización interior de las sociedades políticas especialmente de las repúblicas, de los medios de engrandecerlas y de las modificaciones paulatinas a que están sujetas incluso de su decadencia. Distingue la forma (en uso entre los etruscos) de unión íntima y eslavonada de municipios autónomos; la que eleva a los pueblos sometidos al nivel del dominante, con la limitación de que el último actúa como centro del gobierno (fórmula de Roma), y el procedimiento (tipo de las hegemonías griegas) en que el vencido quedaba en situación subalterna, a veces como siervo.

Para estructurar esta sociedad política se necesita (dice Maquiavelo) un genio grande, vigoroso y sabio, con poder ilimitado, pero con un programa que el autor deduce de las ideas republicanas y humanistas, en el cual la moral no es un elemento fundamental de la política. Esta, dice, sólo busca y necesita la realización de su propósito, cuyo logro justifica los medios a emplearse. La virtud es dentro de ésta concepción, potencia, valor y energía, pero nada tiene que ver con los actos a que se aplica, que pueden ser buenos o malos, según sus resultados y el punto de vista. Los fines superiores son la libertad de Italia y la libertad e igualdad entre los hombres.

El Príncipe contiene ideas semejantes, pero en vez de una exposición teórica como la que hace en los Discursos, está escrito sobre las circunstancias y la realidad de la época, de las cuales echa mano. La diferencia está en que mientras en los *Discursos* el autor toma ejemplos de Grecia y Roma antiguas, en

El Príncipe los saca del período moderno, de los pueblos italiano y francés. Además alude en él a los países monárquicos, a un príncipe nuevo de un estado nuevo, que considera imprescindible para el medio corrompido político, religioso y social de la Italia de entonces.

Si la realidad peninsular en el siglo XVI ponía a Roma en tales circunstancias que no podía renovar sus gloriosas instituciones republicanas; si podía suponerse que la propia república, como forma de gobierno, no era conveniente ni posible en el siglo, no era acaso lógico mirar el ideal republicano desde los umbrales de un principado? Dentro de ésta hipótesis, no era acaso imaginable suponer que las formas libres podían establecerse en algún modo, juntamente con la existencia de la autoridad monárquica? Sobre estas reflexiones es indudable que el pensamiento de Maquiavelo consultó la realidad política de Italia, para la cual escribía, y que él traduce una posición de moralidad patriótica.

Su influencia fué notable; como Italia, con sus ciudades, era el seno en el cuál se estructuraba la ciencia del gobierno, accesible a todos los hombres, la obra de Maquiavelo pasó las fronteras de la península y fué considerada como ponencia de ese saber político. Nadie pensó que Maquiavelo había escrito para la Italia anarquizada, propicia a la conquista extranjera, como fórmula útil y única de resolver su destino; se tomó su teoría como una expresión fundamental, definitiva del ideario, y sus procedimientos resultaron naturalmente inoperantes y calamitosos. Cuando los reyes de Francia se enlazaron con la familia de los Médicis, y actúan en París reinas de origen itálico (Catalina, etc.), la reacción nacional involucró en la condena de su política, los conceptos de Maquiavelo adjudicándole la intriga que aquellos pusieron en función.

GUICCIARDINI Y LA HISTORIA DE ITALIA. SU DOCTRINA Y SU INFLUENCIA. — Tan característico resulta Maquiavelo como representativo de su época, que sus ideas son las de sus contemporáneos. La Historia de Italia escrita por Francisco Guicciardini (1482 - 1540) es una predicación de las mismas doctrinas. El célebre monje veneciano Pablo Sarpi, en su libro "Consejos a la Señoría de Venecia", sobre el modo de gobernar a los súbditos que esta ciudad tenía hacia Levante, traducen la misma posición espiritual.

Por lo demás la vinculación directa que existe entre toda teoría política y la historia trajo en el siglo el auge de estos estudios, en los cuales tienen una posición de primera fila tanto Maquiavelo como Guicciardini.

Este último, Teniente General de los ejércitos del Papa en las guerras contra Carlos V, jurisconsulto y diplomático de Florencia, intervino en el drama político, y es famoso por su Historia de Italia entre los años 1490 y 1543. Obra de mérito, elogiada por sabios y políticos, une a la imparcialidad propia de un espíritu justo, la exactitud de aquel a quien su situación privilegiada, de actor de los sucesos, pone en condiciones de consignar informaciones seguras y directas. Tal fué su valor didáctico que el Rey de España Felipe IV la tradujo personalmente al castellano, cuyo texto es el divulgado en las bibliotecas argentinas.

Guicciardini tiene las dos condiciones necesarias a un buen historiador; sabe observar y decir; su mirada entra en la esencia de los sucesos y aplica juiciosamente las observaciones, pero es posible peque por recargar de referencias circunstanciales el drama expuesto.

La Historia dejó de ser la suma cronológicamente ordenada de los hechos ocurridos, para convertirse en una exposición que encadena las causas con los efectos y da la sensación de verdad hacia la que marcha la acción social.

EL ARTE Y LA CIENCIA DE LA HISTORIA DESPUÉS DE MAQUIAVELO Y GUICCIARDINI. NUEVOS MÉTODOS Y NUEVA INTERPRETACIÓN DE LOS MÓVILES Y DE LOS HECHOS HISTÓRICOS. — El libro de Guicciardini y la Historia Florentina de Maquiavelo abrieron entonces una nueva era a la Historia considerada como una disciplina científica. Apartándose de la simple crónica, que sin pretensiones literarias se limita a referir los hechos a medida que ocurren, y de los moldes actualizados por los escritores humanistas de la época, que ponían todo empeño en el uso de un lenguaje castizo y en la frase elegante, descuidando el color local y el carácter de la época, esa nueva forma de la Historia describió los sucesos escudriñando sus causas, analizando el carácter de los actores, siguiendo la evolución de los partidos políticos y explicando el origen y los motivos que influían en sus concepciones nuevas y destino. Tan exactas resultaron, por

ejemplo, las apreciaciones básicas que Maquiavelo usa para la distinción de los períodos de la historia de Italia hasta el siglo XI, que todos los historiadores posteriores de mérito han admitido y seguido esa división.

La Historia Florentina comprende el período 1434 - 1492, el desarrollo de la constitución de Florencia y las guerras extranjeras que sufre Italia; es entonces la historia de la vida interna, de la externa que sitúa a Florencia en la vida de relación peninsular, y la de las formas políticas ajustándose a ese drama de los hombres y los hechos. Su estilo pulido, seguro y fluído, el análisis de los sucesos en sus causas y efectos, y su espíritu que es el culto de la libertad política y religiosa, dan a este tratado un valor enorme.

En realidad la Historia Florentina es el complemento de las otras dos obras políticas de Maquiavelo, El Príncipe y Los Discursos, y todas ellas con la Historia de Italia de Guicciardini, contribuyeron a desarrollar esta nueva ciencia social en que se jerarquiza la historia.

Ella obligó a nuevos métodos, en la exposición de los enunciados, preparando destacar la razón de los acontecimientos, sobre todo cuando estos a su vez eran objeto de una interpretación política que los valorizaba como expresiones sociales.

Por todo esto la Historia Florentina contiene la base de la moderna historia civil; no es una simple narración de hechos cronológicamente encadenados; traduce el pensamiento crítico del autor con espontaneidad y campea en ella la aguda intención de las cosas que desde entonces se buscó establecer como saldo útil para la humanidad.

Los caminos que llevaron a Maquiavelo a esta concepción han sido documentados por él mismo al describirnos los hábitos de su vida, lo que aclara perfectamente su finalidad y sus procedimientos de historiador. "Llegada la noche, dice, paso a mi escritorio; en su puerta me quito el traje lleno de lodo, poniéndome hábitos reales y curiales, y así vestido entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde recibido benignamente con aquel que "solum" es mío y por el cual yo he nacido, pídoles la razón de sus acciones y ellos por humanidad me responden, y durante horas olvido todo pesar, no temo la pobreza, no me arredra la muerte; me transfiguro enteramente en ellos".

Este pasaje de su autobiografía destaca al observador, al estudioso de los clásicos, al pensador y al diplomático, al hombre de acción que sin ocios inútiles revive el drama de la vida, como fin noble de la historia.

LECCION LI

LEONARDO; SU CARÁCTER; SU CIENCIA; SU ARTE Y SU OBRA LITERARIA. — Dentro de la cultura del Renacimiento Leonardo de Vinci (1452 - 1519) es indudablemente una de las más grandes personalidades por la amplitud de su obra y la profundidad de sus conceptos. Pintor, escultor, poeta, músico, geómetra, arquitecto, filósofo y pensador, ofrece al estudio una actividad maravillosa que le da el carácter de ser uno de los restauradores de la ciencia y la filosofía. Por ello es un representativo del sello universal que valoriza al Renacimiento.

Leonardo actuó en Florencia, en Milán y luego en Francia, pero mientras en Italia su gravitación fué creadora, en Francia parece haberse limitado a sugerir la imitación de los grandes artistas italianos.

El conocimiento científico de Leonardo fué notable. Sentó antes que Bacon el principio de la observación y la experiencia; con esos elementos tradujo la armonía de las matemáticas en la mecánica, sosteniendo que mediante ella se realiza el fruto de la primera, y traduciendo su teoría inventó máquinas para las necesidades del arte y de la vida corriente; conoció la teoría de las fuerzas aplicadas oblicuamente al brazo de las palancas, la resistencia de las vigas, la influencia de la gravedad en los cuerpos sólidos, tanto quietos como en movimiento; el cálculo de las frotaciones, las leyes de la caída de los cuerpos y su dependencia de la rotación de la tierra, los descensos por planos inclinados, el desplazamiento del peso de los cuerpos en el eje del movimiento y el aumento de la fuerza en proporción con la celeridad. Escribe sobre fortificaciones, sienta en la hidroestática las bases de la teoría de las aguas y las corrientes, proyecta canalizar el río Arno (de Pisa a Florencia) que recién ejecutan los italianos dos siglos después, y establece en geología principios serios sobre formaciones sedimentosas; ve en las sombras de la luna, en los eclipses, la forma de la tierra, y atribuye al calor del sol el volumen mayor de las aguas.

No solamente las ciencias objetivas atraen a Leonardo. Su teoría del conocimiento, de la acumulación de informaciones y de la depuración de las erróneas por el raciocionio y la experiencia, es interesante. Da a esta última el valor de intérprete de la naturaleza, afirmando que quien no consulta los hechos sino los autores elige un camino más largo y sujeto a los errores de terceros.

El arte de Leonardo es también poliforme. En Milán fué primero músico, creador de una lira de plata, y luego pintor y escultor. Era tan íntimo su deseo de llegar a la perfección, que a pesar del milagro de sus realizaciones la tarea de rectificar absorbía su tiempo y prolongaba sus esfuerzos. Trabajó 16 años en el modelo de una estatua ecuestre de Francisco Sforza, y enorme tiempo en la pintura de la Cena en el refectorio de la Grazíe (Milán). Esta última pintura caracteriza su obra artística; buscaba que a los apóstoles representados se los conociese por su aspecto, conforme a los sentimientos que Jesús les había atribuído, y en esa forma ofreció la Cena una escala ascendente de la belleza en la forma como manifestación objetiva de la inteligencia y el sentimiento.

Es difícil clasificar a Leonardo entre las escuelas de arte que entonces florecían en Italia. Fué puede decirse el creador de una teoría precisa de anatomía, de un sentido razonado del volumen y los contornos, que llevaba a la reproducción justa de lo general y de los detalles. Fué superior a sus contemporáneos en la firmeza de las líneas y la perfección del dibujo, elementos que caracterizan después a la escuela lombarda que se entiende empalma con su personalidad artística.

La obra literaria de Leonardo fué dispersa e incompleta. Lo que se publica bajo su nombre son extractos y fragmentos coleccionados, por lo cual la crítica se atiene a sus manuscritos, casi todos en la Biblioteca Nacional de París, que lo manifiestan uno de los mayores talentos de su época. En ella debemos destacar su *Tratado de la Pintura*, en que se discuten los principios del arte.

LEONARDO, INVENTOR Y PRECURSOR. — Bastaría lo expuesto para caracterizar esta notable figura de Leonardo dentro de la cultura renacentista, si a su personalidad creadora no se uniese un sentido generoso de la vida que lo convirtió en un pro-

tector de discípulos y artistas, en el sentido material y moral. Su talento y la variedad de sus manifestaciones lo hacen también un precursor de la ciencia, en que derivaron las diversas disciplinas del conocimiento.

Pero no fué un empírico; usó de la experiencia que indicaba como método y es así como es memorable su poder de invención. Además de máquinas y artefactos sorprendía a sus amigos con extrañas invenciones, hasta de pájaros mecánicos. Fué un creador en el más alto sentido del concepto.

MIGUEL ANGEL: SU CARÁCTER Y SU OBRA. SUS AFINIDADES DANTESCAS. — Miguel Angel Buonarroti (1475 - 1564) culmina como escritor y arquitecto; se caracteriza por su perfección clásica, por el estudio de lo verdadero, por la profundidad del pensamiento. Su arte predilecto fué la escultura y si se dedicó a otras bellas artes debióse a su gran amor propio y a órdenes de sus protectores. Es famosa la anécdota que cuenta cómo Miguel Angel esculpió un Cupido dormido y lo enterró en uno de los lugares en que se hacían excavaciones buscando estatuas clásicas; cómo se creyó al Cupido obra de la antigua escultura y como Miguel Angel probó era él el autor de esa maravilla. En esta forma puso de relieve la posibilidad de reconstruir esas obras mediante el estudio, bien intenso en él, desde que Miguel Angel fundó su escuela en la anatomía, en grado tal que sabía dar a sus obras una fuerte impresión de vida, adivinándose bajo las superficies pulidas el juego de los músculos.

Tal vez por ello Miguel Angel se dedicó al desnudo principalmente. Entre sus obras escultóricas nos encontramos con el Mausoleo que inició por pedido de Julio II, que está aún inconcluso y cuyos detalles son admirados. Hizo una estatua de Julio II para Bolonia. El Papa por influencia de intrigantes le encargó pintase la bóveda de la capilla de Sixto IV, y es sabido de como se encerró en esa Iglesia y preparando por sí mismo los colores creó el célebre fresco que con el Juicio Final son las obras maestras de Miguel Angel.

Del mismo modo que Fidias en Grecia, se inspiró para su obra artística en las tradiciones poéticas de su siglo, documentadas por Homero, Miguel Angel encontró la fuente de labor en pintura y escultura en la Biblia y en la Divina Comedia, especialmente en la última. En Dante encontró los elementos de su maravillosa concepción del Juicio Final en los cantos del

Infierno, como también la sonrisa eterna y la maravillosa suavidad de sus cielos.

RAFAEL; SU CARÁCTER Y SU OBRA; SU PLATONISMO ESTÉTICO. — Urbino, Rafael (1483 - 1520) representa en la cultura del Renacimiento la más alta expresión de la pintura.

Este arte se definió en escuelas según el genio de las ciudades que lo inspiran. La escuela veneciana es el triunfo del color y de la luz; la florentina, menos fuerte en los tonos, reune mayor armonía y una escala de gradaciones cromáticas admirable, y la romana tiene por modalidad notable la perfección completa del dibujo, porque se inspira principalmente en las estatuas antiguas extraídas del subsuelo de Roma, o traídas de Grecia cuando la invasión turca. Pero este idealismo romano termina cuando aparece la escuela de Umbría. Surgida de conceptos religiosos, se inspiró en una mística o piadosa inspiración; la influencia de esta escuela fué grande siendo uno de sus primeros y célebres representantes Rafael. Entre las obras de Rafael sobresale el "Matrimonio de la Virgen", en la cual las características de esta escuela son perfectas; pero cuando sale de su pueblo natal y va a Florencia, sufre la influencia del color y de su escala cromática. Antes estuvo en Roma donde el claro obscuro más vigoroso inmortalizó obras entre las cuales se encuentran "La Magdalena", "La Escuela de Atenas", y "La Fornarina". Esta última significa "La Panadera", mujer que gustó al maestro en las lides del amor, a la que inmortalizó no sólo en esta obra sino en casi todas las que representan rostros de vírgenes, a las que dió el de su amante llevado de un evidente platonismo estético.

Debemos agregar que Rafael fué también escultor y arquitecto. Como arquitecto le corresponde el anteproyecto de la Iglesia de San Pedro, monumento de la Iglesia Cristiana que hasta hoy se admira. Fué uno de los maestros que dejó más discípulos, que se extendieron por toda Italia; fué amortajado en su famoso cuadro "La Transfiguración".

Rafael pintó, copió obras antiguas con lápiz y las grabó en cobre, creó obras plásticas, proyectó palacios, dirigió los trabajos que el Papa ordenaba ejecutar y lo asesoró con sus consejos. Para describir una actividad tan grande sería necesaria una obra especial. Retrató a los barones ilustres de su tiempo; los cuadros en que representaba pasiones humanas rivalizan con

los mejores, pero sus obras más célebres son las de escenas de la Historia Sagrada y motivos de la antigüedad pagana.

CIRCUNSTANCIAS SOCIALES Y PSICOLÓGICAS CORRESPONDIENTES A LAS PERSONALIDADES DE LEONARDO, MIGUEL ANGEL Y RAFAEL Y A SUS OBRAS. — Si Leonardo de Vinci por la totalización de su obra científica, artística y literaria y por sus calidades imaginativas y de invención, resulta para los que estudian el Renacimiento una expresión cíclica de su cultura y de su genio, Miguel Angel y Rafael se nos presentan a su vez como manifestaciones del poderoso individualismo que lo caracteriza. Miguel Angel, por ejemplo, ofrece en sus numerosos trabajos una fuerte personalidad, sin tradición alguna de escuela, y Rafael aún cuando buscó en el estudio del arte antiguo la devoción que modaliza su método, no consiguió agotar su originalidad.

La obra de estos representativos de la cultura renacentista no es paralela. Circunstancias psicológicas nos las presentan diferenciada y típica. En Rafael encontramos la expresión concreta de la belleza sobrenatural; en Miguel Angel elementos estéticos que buscan traducir la acción como carácter constante de toda su labor; en pintura los colores vivos y los contornos acertados parecían buscar el relieve del mármol.

En torno de estas tres figuras, caracterizando el gusto por lo bello y el auge de toda labor artística, nos encontramos con una legión de hombres de mérito. Con el Ticiano, representante del arte de Venecia, protegido del poeta Pedro Aretino, personaje galante de la época, que fué autor de un retrato de Carlos V, obra que hizo conocer a su época sus cualidades de pintor; con Verrochio que fué escultor, poeta y pintor, características que tuvieron también Donatello y Luca Della Robbia; con Benvenuto Cellini célebre por sus trabajos en platería, en la fabricación de planchas y medallas que usaban en sus gorros los hombres de aquélla época, etc.

En la arquitectura se destaca Brunelleschi por la pureza clásica de las líneas y Bramante que tenía del estilo gótico la independencia de las líneas, lo atrevido de la concepción y las sabias disposiciones de las bóvedas, y de los clásicos la decoración singular y la elección de las proporciones; construyó la Iglesia de Nápoles y la de San Pedro en Roma, la fuente de Trastevere; también se le atribuye las construcciones que unen los pabellones del Belveder en el Vaticano.

LECCION LII

CONSECUENCIAS DE LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS EN LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

ANTECEDENTES MEDIOEVALES, TÉCNICOS Y ECONÓMICOS DE ESTOS DESCUBRIMIENTOS. — Todo el conocimiento que de la superficie de la tierra poseyó la Edad Media estaba constituido por los restos de la ciencia de los antiguos griegos y romanos, que el último geógrafo, Tolomeo (130), había sistemado en su libro, desde el centro civilizador de Alejandría. Nada se sabía de los límites del gran desierto meridional africano, del cual sólo se conocían sus oasis septentrionales, y cuyas extensiones áridas se pensaba llegaban a regiones en que el sol vertical, ardiente, concluía con la vida organizada, en la tierra y en el mar.

Hacia el norte de Europa, los informes contenidos en Plinio, sobre promontorios finales y mares helados, continuaron envueltos en obscuridad explicable por el lento contacto con sus poblaciones bárbaras; y en cuanto al oeste, el gran Océano Atlántico con su enorme extensión, cubierta por la niebla espesa del Cantábrico, continuaba conteniendo las más valientes iniciativas.

Ni siquiera la información del Oriente del mundo antiguo era cierta y exacta. La que reunieron los sabios de Alejandría no había progresado por el gran avance árabe; si las cruzadas cristianas establecieron un contacto más directo, la contra ofensiva de los turcos y el proselitismo religioso perturbaron los enlaces forjados por el comercio. El aislamiento que parecía inevitable como resultado del apasionamiento religioso se quebró con el advenimiento del gran Imperio Mongol, que arrancando de las regiones del mar Negro se extendió hasta los límites marítimos de la China. Despreocupado de luchas religiosas, Gengiskan permitió la circulación de extranjeros, y hombres de occidente, famosos, trajeron a los centros de Europa las primeras informaciones. Pian del Carpino en lo que hace a las zonas de los mares Negro y Caspio, y los Polo, especialmente Marco, en cuanto al Asia Oriental, contienen las noticias más exactas del medioevo sobre estas regiones asiáticas.

La falta de un mayor conocimiento geográfico no era únicamente consecuencia de la lucha entre religiones proselitistas

(cristianos y mahometanos). Actuaba como un anillo, en torno de Occidente, la deficiencia de la técnica y la insignificancia de los problemas económicos. En cuanto a la técnica, si bien ya se había iniciado el uso de la brújula, que independizaba al navegante de la esclavitud de las noches serenas y los días de sol, era aún un instrumento imperfecto, después completado con "la rosa de los vientos" como el elemento determinativo de las rutas. El dibujo de los mares y de las costas, más intuitivo que real, creó los "portulanos" (mapas), que a falta de institutos científicos o de la intervención de los estados en su confección, dependió de la iniciativa privada y de la tarea de correlación de los navegantes. Faltaba a éstos el cálculo de las distancias en base a una forma cierta de la tierra; su ubicación exacta, relativa, en una concepción planimétrica del mundo, recién fué posible cuando se evidenció su forma esférica y pudo determinarse por el cruce de los paralelos y meridianos. La ingeniería naval, atrasada, no permitía la construcción de embarcaciones de tonelaje, capaces de albergar tripulaciones y reservas alimenticias y toneles de agua. Pero cuando la brújula se complementó y el "astrolabio" pasa a usarse por los navegantes, la técnica experimenta un perfeccionamiento de proyecciones incalculables.

Coincidió esto con la crisis de los problemas económicos y especialmente del comercio. Los numerosos productos que las cruzadas actualizaron en los hábitos y necesidades de los pueblos de Occidente, estaban monopolizados por los genoveses y venecianos, únicos que contaban con flotas suficientes para el transporte y la protección de los barcos de comercio. Como las nuevas invasiones al Asia Anterior habían cerrado la ruta de Egipto, el comercio con Oriente estaba sujeto a caminos difíciles. Las mercaderías viajaban por el río Indú hasta Djihoun; de ahí por tierra al Caspio, la Armenia, la Georgia hasta el Don, para llegar por el Mar Negro a Constantinopla. La otra ruta conocida no era menos difícil; saliendo de la India por mar, seguía el Golfo Pérsico, el río Tigris y luego por tierra hasta encontrarse con el Caspio o el mar Negro, y empalmar con la anterior o ir directamente a Constantinopla. Esta era la llave del comercio y tales los gastos y gabelas que el precio de venta en Europa, de las especias, tan imprescindibles, era cien veces superior al pagado en los lugares de origen.

La caída de Constantinopla en poder de los turcos, clausuró

estas dos vías de por sí difíciles y obliga a la humanidad a buscar nuevas rutas para satisfacer sus necesidades.

SUS EFECTOS ECONÓMICOS, POLÍTICOS Y CULTURALES EN LA MODERNA EUROPA OCCIDENTAL: RESEÑAS Y CIRCUNSTANCIAS PRINCIPALES. — El Océano Atlántico pareció ofrecer al siglo el escenario que necesitaba el espíritu inquieto del Renacimiento. Apenas si sus navegantes habían llegado a las islas Canarias. Bajo la inspiración de Enrique El Navegante, el Portugal se lanza al mar. En 1445 Dionisio Díaz llega al Cabo Blanco y vé de nuevo los esplendores de la naturaleza, traspuesta la árida costa del desierto. Los esfuerzos se suceden; descubierto el Cabo Verde, Bartolomé Díaz y Vasco de Gama cosechan la gratitud del universo. El primero llega hasta 40 leguas al Este del Cabo de las Tempestades, donde levanta su "pedrao", monumento con que los navegantes del Portugal señalan el límite de su avance, y Vasco de Gama, con mayor fortuna, cruza el Cabo de las Tempestades, después de Buena Esperanza, llega a Madagascar y luego a la India.

Estamos en plena epopeya. Albuquerque inaugura y esculpe el imperio colonial de Portugal, y sus marinos anclan en 1516 en Cantón y en 1520 en Pekín. Los grandes barcos portugueses se llenan de productos de Oriente, que vuelcan en los puertos de Europa, perdiendo las ciudades italianas el centro del comercio.

España no le va en zaga, correspondiendo a Colón el descubrimiento de un nuevo mundo.

Tal descubrimiento tiene, no obstante el alto mérito del navegante hispano, sus precursores. Platón habla en su "Cristias" de este lejano continente del cual pueblos extraños se volcaron sobre Europa, en épocas remotas. Los autores latinos también decían que surgirían tierras nuevas en un futuro cercano.

Pero los cronistas entendieron que estas palabras se referían a las islas próximas a Europa, que luego se descubrieron, cerca de sus costas, en el Atlántico.

Palos labrados, aves venidas del Occidente, hacían sospechar de la existencia de tierras desconocidas. Toscanelli en 1474 sostenía que navegando hacia Occidente se llegaría a la India, tesis que sostiene el mismo Colón.

Ya conocemos la odisea del descubridor; su llamado a las diferentes cortes, hasta que al fin España toma en serio las ideas y reune en Salamanca una conferencia trascendental, a la que asisten no sólo los sabios de la época sino también los representantes de la Iglesia. La conferencia en vez de discutir las teorías no hace sino oponer objeciones y objeciones a los propósitos. En la asamblea se encontraba el modesto Juan Pérez Marchena a quien corresponde en buena parte el éxito de la empresa; él pide a los soberanos costearan la cruzada de Colón, y así fué como pudieron salir del Puerto de Palos tres carabelas que estaban destinadas a llegar a América. Pero cuando Colón inició esta expedición no lo hizo con pleno conocimiento de sus resultados; procede equivocadamente, pues cree que viajando a Occidente para llegar hasta la India, sólo debe navegar 90 grados de la circunsferencia del planeta, fáciles de cubrir en tres meses de navegación; si hubiese sabido que la distancia que lo separaba de la India era de 180 grados, la mitad de los 360 de la circunsferencia del universo, su espíritu no hubiese sido el mismo ante la enorme extensión a cubrir sin arribar a tierra. El descubrimiento de Colón causa la admiración del siglo y da lugar a que numerosos marinos siguieran sus pasos. Correspondió a Balboa comprobar que esas tierras no formaban parte de la India sino que eran un nuevo continente, al contemplar de las alturas del Panamá un nuevo mar al que llamó Pacífico; entonces los esfuerzos de los navegantes se dirigen a buscar un paso entre ambos océanos.

Magallanes, al frente de las naves de España, encontró el estrecho de su nombre y llegó al Asia, y su segundo, Sebastián Elcano, realizó la primera circunnavegación del globo. Cuando Sebastián Elcano llegó a los puertos de Europa, resultó indiscutible para la ciencia que la tierra era redonda y habitada en todas sus latitudes por otros hombres.

No vamos a hacer el estudio detallado de estos descubrimientos. Basta consignar que al éxito de Portugal al encontrar la ruta del sud este a la India; al de España hallando un mundo nuevo y luego el camino del sud oeste al Asia, se agregaron tentativas interesantes y fecundas en resultados por llegar a las mismas regiones por el norte de América y por el nordeste de Europa. Inglaterra con Cabot; Francia con Verrazzano y Portugal con los Corterreal incorporaron el norte del nuevo mundo

a la economía del universo, mientras el conocimiento del paso por el Nordeste de Europa arranca del libro de Herberstein y de la expedición inglesa de 1553. Holanda lo buscó en competencia con la última en base a la posesión de Spitzberg, y sus esfuerzos y los de Inglaterra familiarizaron con la navegación antártica y las cuestiones de la pesca.

MERCANTILISMO, FINANZAS Y CAPITALISMO; TANSFORMACIONES AGRARIAS Y MODIFICACIONES DEMOGRÁFICAS. — Las consecuencias de este conocimiento geográfico fueron insospechadas, despertando en el espíritu humano el amor hacia las investigaciones. Todas las naciones se vieron impulsadas a realizarlas, principalmente las que estaban sobre el Atlántico. El imperio marítimo y comercial del Portugal fué de efímera existencia; dejó caer el predominio en manos de España, que es desde este momento la reina de los mares. Francia vuelca sobre el centro de América y sobre la región del Norte, en Canadá, sus aventureros, e Inglaterra la sigue colonizando las costas ocupadas hoy por los Estados Unidos y gran parte de las islas del golfo de Méjico.

Todos los pueblos rivalizan en hacer descubrimientos y su consecuencia natural es el ensanche del mundo. Desde este momento los hombres de Europa advierten que la región que habitaban era pequeña en relación a esas zonas desconocidas más extensas.

Esta ampliación del mundo despierta sentimientos de codicia y todos se lanzan a ejercer su predominio sobre las nuevas tierras. Los países se doblan en colonias que se organizan con trabajo. Adviene el predominio de los estados del Oeste de Europa, los del borde del Atlántico, que desde este momento van a presidir la historia universal, que deja de ser la de las luchas por la hegemonía del Mediterráneo. Y así Portugal brilla levemente en el siglo; es reemplazado su poder por el de España, que culmina, y llega al cenit con Carlos V y Felipe II, para ser sustituída a su turno por Francia, cuyos reyes no comprendieron toda la grandeza del poderío colonial.

Son los Países Bajos, el centro de actividad comercial, el que sucede a Francia; Amsterdam, capital de Holanda, es como el corazón del nuevo orden de cosas, pero también Holanda cede ante el predominio de Inglaterra, que desde entonces es la reina de los mares.

Los navegantes ya no se rigen solamente por la brújula; hacen cartas geográficas y marítimas y recurren a la ciencia para regularizar sus viajes. El comercio, multiplicado al infinito, modifica los problemas de la vida; nuevas tierras vuelcan sus tesoros, sobre todo oro, sobre la Europa, dando lugar al desarrollo de la industria, al atesoramiento, a la valorización de los consumos y a la formación de bancos, instituciones que aparecen sobre todo en Hamburgo y en Florencia. Con la mayor riqueza pública se acrecienta la privada; todos los que trabajan, venden y producen, reúnen dinero afirmándose en Europa el tercer estado o sea la burguesía.

El capitalismo, que es el atesoramiento en función económica, de crear nueva riqueza, y el mercantilismo o sea el auge del comercio invertido en régimen preferencial de las actividades del hombre, incorporan a los problemas de la vida de relación, de los individuos y los estados, cuestiones nuevas que originan una novedosa concepción científica, los estudios de finanzas. La especie encuentra nuevos recursos de la naturaleza que incorpora a sus hábitos; la patata y el maíz se utilizan en el alimento popular y barato; el tabaco se filtra en las costumbres; la caña de azúcar entrega un producto que Europa reclamaba, y el algodón desplaza a la seda y a la lana, permitiendo una vida higiénica con la introducción de la ropa interior y el lavado de la tela. Los nuevos productos ocasionan transformaciones agrarias insospechadas; como su cultivo brindaba alimentación abundante, las masas humanas volvieron su mirada a la tierra, y la vida más fácil estimuló la paz y el crecimiento demográfico.

Naturalmente con esta intensa evolución, que cambia las condiciones de la vida humana, empiezan a surgir nuevas ideas, nuevas teorías, que preparan el gran movimiento intelectual de los siglos XVII y XVIII.

LAS COINCIDENCIAS Y CORRESPONDENCIAS CULTURALES DE ESTE MOMENTO HISTÓRICO: RENACIMIENTO Y REFORMA; SUS AFINIDADES CULTURALES, SUS CONTRASTES IDEOLÓGICOS Y POLÍTICOS; CAUSAS Y CIRCUNSTANCIAS. — El Renacimiento liberó el pensamiento humano del dogmatismo medioeval; le entregó como fuente de inspiración, como modelo y como concepciones renovadas del espíritu, las obras que Grecia y Roma habían acumulado como frutos de su civilización. Los descubrimientos geo-

gráficos con que se cierra el siglo XV, y se inicia el XVI, ofrecieron a esa misma humanidad un conocimiento renovado, engrandecido, del universo y plantearon a los hombres los problemas y los efectos creados por esa vida de relación ampliada y más compleja. El proceso de integración territorial de las grandes naciones y la estructura de un orden administrativo en que actúan los hombres capaces de acuerdo a ideas orgánicas de gobierno, amplían a su vez el escenario de la vida política e independizan al estado del poder espiritual del Pontificado.

Estamos entonces en presencia de tres aspectos novedosos de la existencia humana, de tres fuerzas coincidentes trabajando la realidad material, el orden político, el conocimiento científico y el vuelo del espíritu, como quien dijese casi todo el patrimonio de la humanidad.

Su correspondencia en cuanto al tiempo y al sentido de libertad que cada una de ellas encerraba en su seno, convirtió a tales circunstancias en factores de descrédito para el poder espiritual a quien se creía responsable del orden de cosas que cedía a sus esfuerzos. En nombre de la Iglesia los Papas habían ejercido un poder enorme sobre los estados; en nombre de la Iglesia, la enseñanza de la filosofía y de la ciencia había sido regulada por el dogma, y en nombre de consignaciones de los textos sagrados se obstaculizaron los primeros grandes viajes.

La responsabilidad de la Iglesia en todo lo que se destruía no dejaba de tener fundamento. Ella se atribuyó y la humanidad en la Edad Media así lo había entendido, que todo el progreso social y los descubrimientos y conquistas del pensamiento filosófico le pertenecían.

Cuando el Renacimiento actualiza las obras de los griegos y latinos y la sociedad vió que los principios fundamentales de la ciencia, que la Iglesia se atribuía, estaban en las obras de los grandes maestros ajenos a sus filas, se sintió en el borde de la indiferencia. El siglo XVI advirtió que no se necesitaba de la religión para establecer el conocimiento y la moral que vivía y hubiera caído en indiferencia religiosa si no se hubiese revivido la fe y actualizado tales sentimientos.

Ese y no otro fué el origen y el programa de la Reforma, que podríamos definir como un renacimiento del sentido religioso. Por la misma razón ella no fué una manifestación espontánea del espíritu, sino el fruto de un estado de conciencia ge-

neral en Europa, transcendentalidad que nos explica porque la Reforma está en el fondo de todos los acontecimientos que se producen en la Edad Moderna. Vinculó a pueblos que estaban alejados unos de otros; hizo intervenir en las soluciones de Europa a países hasta entonces desconocidos, como Suecia, Noruega, Dinamarca y hasta la misma Inglaterra, como aislada por el mar, convino en una política de articulación continental.

La Reforma fué uno de los acontecimientos más transcendentales en la evolución de la sociedad. La filosofía la compara con la Revolución Francesa, que cambió la situación política del hombre dentro de las formas del estado, pero los que así juzgan olvidan que la Reforma no sólo refiere a los sentimientos religiosos, sino que comprende en su seno todos los aspectos del problema social; acerca a los pueblos haciendo que una nueva Europa surja de su seno.

Algunos han indicado como causa determinante de la Reforma las prácticas de la Iglesia, expresando que el espectáculo de una Roma desvergonzada sugirió en el alma de Lutero el propósito de crearla.

Un movimiento de tanta transcendencia no puede tener por causa fundamental un hecho tan relativo como las prácticas incorrectas y los vicios de la Iglesia. Lo justifican las reformas de Gregorio VII, que repudió el concubinato e impuso el celibato, sin necesidad de agitar la conciencia de los pueblos ni fomentar una guerra general. Por otra parte la Iglesia tiene, en el momento de la Reforma, la sensación de que era necesario perfeccionar la disciplina de sus elementos. Bossuet establece la necesidad de efectuar este ajuste de organización. San Bernardo dice que su mayor placer sería ver antes de morir, la organización de la Iglesia reformada. El Obispo a quien el Concilio de Viena encarga (1311) preparase los temas que debían tratarse, indicó como uno de los principales la reforma de la Iglesia en sus jefes y en sus miembros. Existía la conciencia generalizada de la necesidad de perfeccionar la Iglesia. La Reforma no puede ser explicada sin causas más transcendentales; es consecuencia del Renacimiento, del humanismo, de los inventos y descubrimientos. Debía iniciarse en alguna parte, y se produjo en Alemania; al producirse en ella fructificó en un terreno apto y preparado. Alemania a pesar de sus 18 universidades caracterizábase por un espíritu grosero; carecía de la

elasticidad necesaria para tener tolerancia y juzgar de los hechos con un criterio relativista. Desde el punto de vista de la moral, todo era para el germano transcendental; las causas grandes y las pequeñas. Lutero es la expresión sintética de este espíritu sincero e ingenuo que hace cuestiones por causas baladíes y se juega entero en cada encrucijada. A la inversa, tolerancia existía y era posible en Roma, por su mayor cultura y por las características bien conocidas del genio latino. De ahí que la reforma iniciada en los países germanos no se desarrollara en los países latinos, resultando que mientras triunfa entre los germánicos, el catolicismo se afianza en los pueblos latinos. Si imaginamos el mapa de Europa y buscamos ubicar en él las manifestaciones de la Reforma, comprobamos este postulado; la Europa se divide exactamente desde el punto de vista religioso como del punto de vista etnográfico.

LECCION LIII

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA EN ALEMANIA Y LOS PAISES BAJOS

PENETRACIÓN CULTURAL DEL RENACIMIENTO; SUS EFECTOS ESTÉTICOS E IDEOLÓGICOS (LA PINTURA; ERASMO; MELANCHTHON). — El amor a las letras antiguas y la defensa de las obras de los clásicos latinos y griegos, también se despertó en Alemania en base a sus numerosas universidades que constituyeron como otros tantos centros de cultura. Hasta el siglo XV ellas fueron como el eco debilitado del pensamiento escolástico, pero cuando el Emperador Maximiliano abrió relaciones pacíficas con Italia, la corriente de los eruditos ya no sufrió interrupciones. Wessel llevó a sus universidades copias auténticas de Platón, contemplándose una lucha ardiente entre los tradicionalistas y los nuevos.

La sociedad literaria del Rhin fué como un doble de la Academia de Cosme de Médicis, y la coronación de Celtis, en Viena, como un recuerdo de la de Petrarca en Italia. Pero el pensamiento alemán se orientó preferentemente hacia la erudición y las lenguas, en cuyo sentido Reuchlin, con la introducción del hebreo, la divulgación de la Biblia en este idioma y los estudios del griego, constituye una de sus más destacadas expresiones.

Pero el representante típico del pensamiento germánico fué Erasmo (1467 - 1536) de Rotterdam, que desde su residencia en Basilea llevó una especie de existencia universal, por su abundante correspondencia, por el imperio que ejercía sobre los espíritus y por los odios y entusiasmos que inspiraba.

Si por *El Elogio de la Locura* y los *Coloquios* Erasmo aparece unido a los que preparan la Reforma, por sus *Adagios* es sobre todo un hombre del Renacimiento.

Las persecuciones que experimentó son famosas: cuando se preguntó a uno de los frailes que hablaba y predicaba en su contra, si había leído las obras de Erasmo, contestó que no, porque estaban escritas en un latín elevado, pero que evidentemente por eso había caído en herejía...

Erasmo encarna el Renacimiento alemán. Sostiene que es necesario leer la Biblia porque en ella se hallan todas las doctrinas del cristianismo; para facilitar su lectura la tradujo a un latín puro, traducción superior a la edición "Vulgata" única divulgada en aquellos tiempos. Proclama así la libertad del pensamiento, el señorío de la razón, como un hombre del Renacimiento, produciéndose el caso curioso de que Lutero lo tiene como racionalista, y los católicos ven en sus obras a Lutero y su doctrina.

La íntima relación del Renacimiento y la Reforma hacen a Erasmo como un precursor de la segunda. Son notables sus estudios comparando el evangelio de San Pablo y los Padres de la Iglesia con el catolicismo de la Edad Media. Analiza los dogmas y los sacramentos, advirtiendo que ellos no están en la obra personal de Jesús. El espíritu de Dios es la libertad, dice. El Evangelio no prescribe ceremonias; la caridad es toda la ley; las obras no justifican; sólo la fe lo hace y salva al hombre.

Junto a Erasmo destácase Melanchthon (1497 - 1560) uno de los espíritus más selectos tanto por su actuación en el movimiento de las letras, la lingüística (conservó el latín y griego), y la filosofía (fué aristotélico), como en aquello que enlazó el Renacimiento con la Reforma. A él se debe la redacción del acta de la Confesión de Augsburgo (en que nace o se concreta el luteranismo), y una interesante gestión conciliadora entre católicos y luteranos traducida en las Conferencias de Ratisbona (1514) y Worms (1557).

La penetración cultural del Renacimiento también se produ-

jo en el sentido estético traduciéndose sobre todo en el arte de la pintura. Sin imitaciones, inspirándose en el estudio paciente de la naturaleza, tanto los Países Bajos como Alemania desarrollaron un arte original cuya expresión más exquisita fué la de la escuela de Brujas, donde los hermanos Van-Eyck notabilizaron la vivacidad del colorido y la pureza de la inspiración. En Alemania, Alberto Durero, Granach y Holbein hacen de la pintura una reproducción perfecta de lo natural y la inspiran en los tipos nacionales del grupo germánico. Pero en realidad las consecuencias notables del Renacimiento en Alemania, cuyo genio está como formado de conciencia y de visiones, tendían a preparar el gran movimiento de la Reforma.

ORÍGENES SOCIALES DE LA REFORMA EN ALEMANIA Y LOS PAÍSES BAJOS; SUS EFECTOS POLÍTICOS, ECONÓMICOS E IDEOLÓGICOS. — Fué así sobre todo porque los orígenes de la Reforma en estos países tienen una afiliación indiscutiblemente social. Si como en otros lugares de occidente adviene en razón de la obra de hombres que la plantean y la debaten, hasta conquistar adeptos e iniciar un violento proselitismo, en Alemania su correspondencia con las circunstancias sociales es notable.

Para posesionarnos de tal característica debemos tener presente que el cristianismo católico, tal cual lo entendió y jerarquizó el Pontificado en la Edad Media, era al mismo tiempo que una creencia (o conjunto de dogmas), una disciplina y una organización. Lo hemos visto extender sobre toda Europa una red sabiamente tejida de su jerarquía, y crear un sistema de gobierno en que se asociaban los intereses y las creencias, confundiendo lo espiritual y lo material; el catolicismo brindaba consuelo moral, esparcía la esperanza a raudales, pero cobraba impuestos a toda la cristiandad (los diezmos), se preocupaba de los más diversos asuntos y pretendía dirigirlo todo.

La libertad espiritual nacida del Renacimiento chocó contra esta red; la reacción fué más violenta en países como Alemania donde la vida del espíritu era más intensa, y para la cual la política fiscal del papado, que llegaba a la décima parte de todo lo producido, resultó insoportable ante la estructuración administrativa de los estados, e inconciliable para los creyentes que no veían la razón de ser de esa unión íntima del dinero y de las oraciones.

La reacción fué encarnada en Lutero (1483 - 1546) de quién se ha dicho fué la expresión del cristianismo ingenuo y sincero de Alemania, y cuyo éxito se debe a que supo interpretar las fuerzas sociales que trabajaban a esta nación.

Alemania se había asociado a la política de sus Emperadores que buscaron extender su poder universalmente, especialmente sobre Italia, para realizar en beneficio de los germanos la tradición imperial de Roma; al mismo tiempo, influída por su espíritu de tribu, había protestado contra la política de esos mismos Emperadores cuando pretendían establecer en su propia Patria, la unidad y la centralización que derivaba de la idea del poder imperial. Como resultado y traduciendo este contraste de posiciones de la conciencia popular, vinieron las guerras civiles, las alianzas de los príncipes con los Papas para ir contra los emperadores, y el desorden de todo el estado. Cuando terminó este duelo el pueblo alemán se encontró fatigado y molesto por su política indecisa, y acusaba al Pontífice y al Emperador, las dos potencias rivales, que no habían logrado llegar a un acuerdo.

Precisamente cuando el nombre de Roma era más impopular, aparece Lutero, rompe relaciones con Italia y dirigiendo los espíritus contra el Papado, libera a sus connacionales de esta posición de contradicción.

Si la síntesis expresada caracteriza los orígenes sociales que la Reforma tiene en los países germanos, nos da la base para explicarnos por qué ella tiene efectos políticos, económicos e ideológicos.

LUTERO; LOS PRÍNCIPES ALEMANES Y LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS; PRINCIPIO DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN. — Los efectos políticos y económicos de la Reforma en Alemania y los Países Bajos resultan evidentes cuando caracterizamos el rol que juegan en su proceso histórico los príncipes y los campesinos.

Al efecto debemos tener presente que el poder central había ido disminuyendo por las usurpaciones de los príncipes, debilidad que favorece la divulgación de la Reforma porque éstos pudieron profesarla y hacerla triunfar dentro de sus jurisdicciones.

Al proceder en esta forma actuaron conforme a sus conveniencias particulares; la Iglesia reformada sostuvo que la Iglesia no necesitaba de bienes y tesoros para su mantenimiento:

que le bastaban los recursos normales; que la Iglesia debía ser pobre. Pero si era fácil hacer una Iglesia sencilla, se presentaba el problema de a quien correspondían los bienes ingentes, las rentas legadas a la Iglesia por los ascendientes de los reformados. Lutero y sus prosélitos sostenían que estos bienes pertenecían al poder civil. Comenzó entonces a actuar el interés; los príncipes buscaron enriquecerse adueñándose de los bienes eclesiásticos; se hacen reformados y luchan tanto para salvar la Reforma, cuanto para afirmar sus nuevas riquezas, sus nuevos dominios, antes enfeudados a la Iglesia. Este aspecto de la cuestión salvó a la Reforma. Ocurrió lo que después pasa, cuando la Revolución francesa, en que los asignados y la venta de los dominios nacionales forjaron sillares definitivos desde el punto de vista social. La vuelta a lo viejo hubiera implicado una revolución de los nuevos valores definidos.

En lo que respecta a los aldeanos la Reforma les dió una amplia libertad religiosa, pero al mismo tiempo les sugirió la conveniencia de extender esta libertad al orden civil, suscitándose quejas contra los pequeños señores que los oprimían, imitando los procedimientos de los príncipes. Con anterioridad ya se habían producido movimientos de campesinos, que formaron ligas adoptando como insignia el zueco del villano en contraposición a la bota de los señores. Pero bajo la influencia de la Reforma se formaron cuerpos en diversas provincias, redactaron agravios y reclamaciones, y solicitaron la elección de sus pastores, la abolición del diezmo sobre los animales y el empleo útil del que pesaba sobre la tierra, la disminución de las contribuciones, la libertad de cazar y pescar, de cortar leña en los bosques, etc. Lutero se puso en contra del partido popular, y se encendió la guerra entre los príncipes y las ciudades contra los hombres de las campañas. Las turbas de campesinos fueron vencidas por los ejércitos regulares; más de cien mil de éstos perecieron con sus caudillos, pero el camino de las reivindicaciones quedaba abierto para el libre ejercicio de los derechos civiles.

Naturalmente este íntimo enlace de cuestiones políticas y económicas con el problema religioso, conspiró para que el proceso de la Reforma no fuese pacífico, o para que se volviese, después del instante violento que inicialmente es habitual en las grandes crisis, a los cauces del debate sereno. El mismo carácter del cristianismo, reformado o católico, se oponía a ello; su pro-

selitismo característico buscaba imponer las ideas de unos y otros, hasta por la fuerza, y las guerras religiosas se iniciaron con la violencia que es de presumir.

Trabajados por la intolerancia y el apasionamiento, las guerras de religión asumieron características curiosas. En Suiza, donde había cantones reformados y católicos, se traducen en una prolongada guerra civil. En Alemania, dónde el Emperador, por su título de investidura era católico, y donde los príncipes eran protestantes, se produce una lucha en que por dos veces triunfó cada uno, imponiendo los príncipes los tratados sucesivos de Augsburgo en 1556 y de Wesfalia en 1648.

En Francia, Países Bajos y Escocia, donde había elementos católicos y protestantes, las guerras de religión adoptaron formas de rebeliones contra el poder real. En la primera, las guerras entre el Rey y los hugonotes culminan con la trágica noche de San Bartolomé; triunfa el catolicismo, pero se salva el organismo político de la nación con el establecimiento de garantías para el culto reformado. En los Países Bajos y Escocia el protestantismo vence.

La función política de la Reforma consistió en atribuir a los príncipes la gestión de la materia eclesiástica como una consecuencia de su poder territorial.

LUTERO Y LA TRADUCCIÓN DE LA BIBLIA; ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS CULTURALES. — Es una posición equivocada la de suponer que la Biblia no se había divulgado ni traducido antes del advenimiento de la Reforma. Por el contrario, su texto impreso en miles de ejemplares, hasta en una edición en alemán, habían generalizado textos llenos de errores que sugirieron al Pontificado la conveniencia de preparar ediciones correctas, que diversas circunstancias impidieron. Cuando la Reforma levantó como bandera su libre examen, se hizo necesario el contralor de los textos, y precisamente fué esa la posición de Lutero y del gran Rechlin, sobre todo la de este último con sus correcciones a la edición llamada Vulgata, su texto en hebreo y su gramática y diccionario correspondiente.

Sobre este material noble actuó la filosofía libre del Renacimiento; la crítica de los autores paganos había enseñado a dirigir la penetración de los eruditos en los textos sagrados, y naturalmente hubo emulación en todo aquello que significaba su interpretación libre.

Los saldos de estos esfuerzos constituyen lo que podríamos

llamar los efectos ideológicos de la Reforma, que en su aspecto dogmático consideró tres problemas fundamentales, la cuestión de la gracia, la justificación por la fe y la predestinación.

Según el católico, el creyente se salva por el cumplimiento y práctica de las obras, y se llama obra a todos los actos que obedecen al ritual de la religión. Son obras los actos de oración, el ejercicio de la caridad, etc.

La Reforma de Lutero sostiene que el creyente no se salva por el cumplimiento de las obras, sino por la fe; que no es necesario hacer, sino creer. Los protestantes levantaron este concepto lamentando no haber llegado antes a la conclusión de que siendo Dios superior a todo lo creado, era indudable no podía haber en el creyente libertad de albedrío.

La Iglesia Católica completa su concepto de que la salvación del creyente se hace por las obras, admitiendo consecuentemente el libre albedrío, es decir, la libertad de hacer o no hacer; dentro de la iglesia protestante hay una especie de fatalismo; frente al libre albedrío, algo como el siervo albedrío. Zwinglio llegó a sostener que los hombres ni siquiera se salvaban por la fe, porque tenían al nacer indicado su destino, es decir, que Dios tenía *presdestinados* a los que debían salvarse o no; aquel que había recibido tal gracia, no la perdía aún cuando no ejecutara las obras, ni tuviera fe. Estas cuestiones por su índole agitaron el espíritu de aquellos pueblos en los cuales la dialéctica y la escolástica habían puesto tantas armas para el debate. Tal vez por este mismo carácter dogmático la Reforma no hubiera triunfado en la proporción en que la hizo, si no hubiera sido facilitado su desarrollo por la debilidad del poder central de Alemania, debilidad que complica el problema vinculando la cuestión religiosa a la política.

Respecto al entendimiento de la Biblia, cabe agregar que lo más curioso en la posición de Lutero consiste en que, habiendo predicado el libre examen de los libros sagrados, fué un censor severo de quienes no seguían sus interpretaciones. Sus anatemas contra Zwinglio, porque negó la presencia real de la divinidad en la eucaristía, contra Ecolampado por la interpretación simbólica de la Cena, etc. son famosas. Su dogma consta en la llamada Confesión de Augsburgo (1530), que impone a sus parciales, a pesar de la libre interpretación, posición inferior a la del catolicismo, el cual por lo menos cree que lo que sostiene es de inspiración divina.

LECCION LIV

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA EN FRANCIA

PENETRACIÓN CULTURAL DEL RENACIMIENTO; SUS EFECTOS ESTÉTICOS, IDEOLÓGICOS Y SOCIALES HASTA RABELAIS Y MONTAIGNE. — La llegada a París (1469) de tres discípulos de Gutenberg, que se instalan con sus prensas en la Sorbona, abre el período de inquietud espiritual en Francia; favorecidos los estudios y generalizada las bellas artes y las ciencias, el advenimiento de grandes literatos llena el siglo XVI.

El poeta Ronsard, que enriquece la lengua francesa con palabras tomadas del griego y del latín; Marot, con la agilidad y armonía de su verso, y Aubigné con su sátira a estilo de la antigüedad, hacen el fondo del cuadro de las cortes de los Valois. Con Malherbe el lenguaje se fija, y aun cuando el juego de la fantasía es menos libre, él significa como una anticipación del gran siglo que presidirán Rabelais y Montaigne.

Esta inquietud espiritual comprendió el teatro estimulado por el estudio de las tragedias helénicas y las comedias latinas de Terencio. En 1552, Jodelle hizo representar su tragedia Cleopatra creyendo revivía la antigua, cuando en realidad fué el fundador de la tragedia francesa; para esta iniciativa abandonó los "misterios" propios de la Edad Media e indicó el camino en que habían de destacarse Corneille y Racine. También le corresponde el honor de haber creado la primera comedia, como precursor de Moliere.

Entre los hombres de ciencia destácase Cordan (1501 - 1577), autor del tratado de álgebra Ars magna; Borrel, que substituyó con letras las incógnitas de las ecuaciones; y Viete el gran matemático del reinado de Enrique IV. Palissy desenvolvió la alfarería y los estudios geológicos (corteza terrestre y formación de terrenos); Rondelet y Lobel la historia natural y Dalechamps la botánica. En medicina, Laval descubrió la cicatrización y la curación por medio de hilas, o en otras palabras los principios de la cirugía.

Como estas nuevas ciencias excedían a la enseñanza de la vieja Universidad de París, que no se desprendía de sus errores, se creó el Colegio de Francia en que se enseñaba latín, griego y hebreo, filosofía y ciencias físicas y naturales, o en otros términos todo lo que los maestros de la antigua escuela rehusaban admitir o enseñar.

La enseñanza estética renovó también la sociedad de Francia. En arquitectura, los palacios y castillos renacentistas se levantan en oposición a los de sello medioeval. El hotel de Cluny, en París; el castillo de Chambord, el Carnavalet y el Louvre, al que Luis XIV hiciera agregar después la columnata; las Tullerías para Catalina de Médicis; el del condestable de Montmorency; las construcciones de Fontainebleau, San Germán, Chantilly, etc., hablan de una época nueva en la que la prosperidad y la seguridad relativa han substituído a la edad feudal de la guerra en potencia. Lo que caracteriza a todo esto es el arco entero, las formas rectangulares en lugar de las ojivas y las columnas, en una palabra los atributos fundamentales de la arquitectura clásica.

La escultura rígida es substituída, hasta en las iglesias, por otras de carácter más profano; son las Cariátides del Louvre, la Diana Cazadora, las cuatro estaciones del Carnavalet, las Tres Gracias, las estatuas de Enrique II y su esposa, sobre su tumba, en espléndida desnudez, etc.

En la pintura Coussin hace los vitreaux de Metz y Vincennes; Clouet es jefe de una escuela en que los retratos tienen fina expresión y acabada factura, llenos de revelaciones sobre el carácter de sus personajes; y otros maestros desarrollan los esmaltes, las porcelanas y las miniaturas.

Se trata de una penetración cultural completa del Renacimiento, con efectos estéticos, ideológicos y sociales, en la cual si los impresores y el auge del arte de imprimir a que hemos aludido inicialmente, forman el vínculo que expande el nuevo espíritu, su razón de ser está en buena parte en la coordinación de Francia con los estados italianos, en las guerras que la primera abre sobre aquella península para dominarla. De ahí el juicio algo generalizado de que si Francia no logró conquistar a Italia, sacó de ella el amor a las artes y las letras, conocimientos, libros y gustos estéticos. Se cita, por ejemplo, la biblioteca que Luis XII hizo reunir al fraile Gaguin, robándola de los dominadores de Milán y Nápoles; el llamado a París de famosos pensadores italianos, y la práctica de Francisco I de rodearse de sabios, que le valió el título de padre de las letras.

ORÍGENES SOCIALES Y CULTURALES DE LA REFORMA; SUS EFECTOS IDEOLÓGICOS Y POLÍTICOS: CALVINO, LOS HUGONOTES, COMIENZO DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN EN FRANCIA. — En esta

renovación de la cultura tenemos una de las causas de la repercusión en Francia de la Reforma religiosa, tan vinculada como se sabe al libre examen como posición del espíritu. Sus otros orígenes corresponden a las particularidades de la organización social de esta nación, trabajada por una serie de circunstancias favorables a la Reforma.

En primer término no podemos olvidar que en Francia aparecieron a fines de la Edad Media una serie de herejías, algunas de las cuales produjeron verdaderas guerras, y que aun cuando ellas fueron ahogadas en sangre, subsistían protestas contra las exigencias de Roma, los abusos, las supersticiones y sobre todo contra la corrupción del clero y de la Universidad que seguía cerrando sus puertas al pensamiento renovado. Aquellas herejías habían sido de masas populares y provincias enteras, comprobación también de que el común de las gentes era afecta al análisis de los dogmas, o por lo menos de que el creyente francés no era un captador mecánico de verdades consagradas.

En segundo término cabe advertir que la política real de Francia tendía a una estructuración centralizada del estado; accionaba entonces contra la personalidad de las provincias y el derecho de la nobleza, y naturalmente la Reforma ofreció a estos elementos sociales un factor de resistencia frente al centralismo de los reyes. Por eso el auge de las ideas reformistas en las regiones alejadas de París y la razón de que buena parte de la nobleza se afiliara a sus principios, estimulada por algunas casas de la importancia de la del Bearn.

En lo que respecta a la monarquía en sí, la Reforma no le prometía nada; ella se había emancipado de la corte de Roma en tiempos de Felipe El Hermoso, y el clero galicano tenía algunas libertades estipuladas en la Pragmática sanción, sintiéndose monárquico por el concordato que el Rey había subscripto a León X. Los bienes eclesiásticos no despertaban tampoco codicia porque los reyes disponían de los beneficios y los sometían a tributos. Sus esfuerzos además, por pacificar el país, que habían logrado en buena parte venciendo a la nobleza levantisca, les aconsejaba temerlo todo de la Reforma desde que ella implicaba ideas de resistencia y causas de división. Es proverbial el dicho de Francisco I de que las nuevas sectas "tendían menos a edificar las almas que a destruir los reinos".

Al contrariar a la Reforma la monarquía francesa fué consecuente con su política de afirmación del organismo político y social de Francia logrado a través de la decadencia de la nobleza, del desarrollo del tercer estado, y de la disciplina y sometimiento del clero. Si mucho hizo al respecto Luis XI con su astuta política, su obra fué completada por Francisco I, el "Rey de los nobles y de los caballeros". Lo que iniciaron sus antecesores, él logró sin violencia, por seducción; organizó la corte, que es la reunión de las casas de los nobles, y la mantuvo separada de las ciudades y de la baja nobleza. En viajes continuos arrastraba tras de sí a la corte, y los gastos ingentes obligaron a los nobles a contar con sus dádivas afirmándose la preeminencia real.

Bajo Enrique II renació la intriga de los príncipes de la sangre. Las facciones buscaron gobernar a través de su influencia sobre el rey y se organizó la Liga, (1585) de programa católico, contra la nobleza calvinista o hugonota. A través de estas querellas, en que perece la casa de Valois, ocupando el trono la de Borbón, con Enrique IV, los poderes sociales se definen. El pueblo preocupado de la igualdad civil antes que de la política, asiste al decaimiento de los estados generales. El Parlamento de simple registrador de las ordenanzas reales, acrece sus atribuciones, y mediante el concordato (1516) el rey provee los cargos del clero reformándose la Pragmática de Burges, según la cual las decisiones del papado quedaban sujetas a los concilios generales. El Papa entrega al rey la Iglesia, conservando sólo la institución canónica y el veto por indignidad. Y mientras la burguesía llega a los oficios, suplantado a la nobleza inútil, el reinado de Enrique IV es el triunfo de la tolerancia y del nacionalismo, principios que lo llevan a su lucha contra Austria. Su muerte retarda el choque, pero bajo su sucesor Luis XIII, el poderoso Ministro Richelieu continúa sus pasos, abriéndose la guerra de los treinta años.

Dentro de esta síntesis de la faz política debemos situar a la reforma, cuyo intérprete en Francia fué Calvino, como lo fué de los reformados de Holanda, Escocia y Países Bajos. En Francia esta iglesia fué vencida en las guerras llamadas de religión, por el catolicismo, pero prosperó en Holanda y en Escocia, donde se le conoce con el nombre de Presbiteriana. Entre los calvinistas cada iglesia nacional tiene su confesión; la de Fran-

cia fué la de la Rochela, promulgada en esta ciudad por los dirigentes del calvinismo francés. Su carácter típico está en la predestinación. Dios salva al creyente por gracia, y porque puede castigarlo con su justicia, la primer preocupación del creyente debe ser buscar y conservar la gracia de Dios. Mantiene dos sacramentos: el bautismo y la comunión, pero como ceremonia conmemorativa, en la cual el pan y el vino sólo son símbolos. Mientras los católicos ven en el pan y en el vino a Dios en persona; mientras los luteranos encuentran en ellos a Dios "como el fuego en el hierro hecho ascuas", para el calvinista el pan y el vino son únicamente símbolos de la divinidad. No admite las prácticas de la religión católica; no tiene ritos, y sus iglesias son simples edificios desnudos. Sólo practican lecturas de los libros sagrados; no conservan jerarquías eclesiásticas; todas sus iglesias son iguales, sea la de una gran ciudad o la de un villorrio; cada parroquia o iglesia se gobierna con soberanía. El gobierno de cada una de ellas se hace por una junta compuesta por el sacerdote o sacerdotes y las personas de mayor significación de la parroquia; se reunen en el consistorio donde deliberan, pero como estas reuniones se hacían en el prebisterio, en Escocia, allí esta reforma se denomina prebisteriana. Cada junta envía un representante a un consejo superior, que se conoce con el nombre de "sínodo", en el que predominan los laicos, y quienes tienen el gobierno del calvinismo en cada nación en lo que respecta a las cuestiones de doctrina.

Fácil es advertir que el calvinismo tiende a fundar algo como un estado dentro de otro estado, y que su genio contradecía el sentido centralista del espíritu francés. Por ello y por el carácter proselitista de todas las sectas cristianas, las guerras que produjo fueron ardientes y sangrientas. Como ejemplo del espíritu de intolerancia basta recordar las manifestaciones hechas en el seno de la Sorbona, contra el pensamiento protestante y el libre examen como atentatorio a la sociedad; y las condenas de los tribunales de Francia, mandando legiones para dar muerte a poblaciones enteras convertidas a las ideas de Calvino. En lo que hace al sentido sangriento de estas luchas, legionarios de una y otra iglesia recorrían los caminos y se apoderaban de las pequeñas poblaciones, reconquistándolas en nombre de la religión. El príncipe de Condé, uno de los jefes hugonotes, refiere cómo en uno de estos saqueos, queriendo

evitar excesos, apuntó con su arma a un soldado que se había subido a la cúpula de una iglesia para destruir una imagen, y cómo éste, traduciendo el espíritu general de intolerancia, le contestó esperase destruyera la imagen y que después le diera la muerte.

CIRCUNSTANCIAS POLÍTICAS, ECONÓMICAS Y MORALES DE LA CIVILIZACIÓN Y DE LA CULTURA EN FRANCIA, REFLEJADAS EN RABELAIS Y EN MONTAIGNE; POSICIÓN DE ÉSTOS CON RESPETO A LAS CUESTIONES DE SU ÉPOCA; SU INFLUENCIA. — Poco resta que agregar en lo que respecta a las circunstancias políticas, económicas y morales de este período de la vida de Francia, en que su estructuración nacional, concluída en el siglo XV (Lección XLII) toma los caracteres de selección que va a ofrecernos en el siglo de Luis XIV. La cultura no estaba solo en lo espiritual; los esfuerzos contemplaban la realidad física; Oliverio de Serres (1600) escribía sobre la agricultura y la economía de los campos, sobre las nuevas especies vegetales introducidas de América, y la industria y el comercio adquirían un vuelo desconocido por la imitación de los procedimientos italianos. Se negociaron tratados con otras naciones, hasta con el Gran Turco, y se incorporó a la consideración de la economía el principio de la balanza comercial. La renovación llegó hasta imitar el régimen bancario de los italianos y los flamencos con la fundación en Lyon (Francisco I) del primer banco que tuvo Francia.

La preocupación general de estos problemas está reflejada en la obra legada por dos pensadores, Rabelais y Montaigne, considerados con razón como una síntesis de esta época. Nada de lo que estos meditan y escriben escapaba a las cuestiones políticas, económicas y morales. Montaigne, por ejemplo, fustigó el castigo corporal como procedimiento de las escuelas de su tiempo; perseguía el fin de convertirlas en lugares amables, de atracción, y sostuvo que el látigo hacía las almas ruines y maliciosamente tenaces. Rabelais, coincidiendo, hace a su protagonista, salido de las manos de los pedantes de la Edad Media, extravagante, bobalicón, infatuado y soñador; confiado a un preceptor de la escuela nueva es regenerado mediante la racionalidad del método, el estudio de los autores antiguos, las ciencias y las bellas artes. Es todo un plan de educación que vamos a contemplar en sus continuadores de los siglos siguientes, en base al cultivo del físico, de la observación, de la experiencia,

de la moral considerada no como una ciencia rígida sino como el fondo mismo de la vida, y de la técnica, porque Rabelais desea que su discípulo visite los talleres de los artesanos y los laboratorios de los químicos. En síntesis, en vez de la educación de las palabras quiere la de las ideas y las cosas, o en otro sentido, substituir el sello vacío de la escolástica, por el espíritu inquieto y renovado del Renacimiento.

Rabelais en estas sus elocuentes creaciones, Gargantúa y Pantagruel, hizo la crítica de los poderes civiles y eclesiásticos y trazó, a pesar de sus chanzas, un plan racional de educación; Montaigne en sus ensayos, exposiciones bellísimas y eruditas prodigó los preceptos de una filosofía práctica, secundado por Charrón, autor del Tratado de Sabiduría, verdadera base de la ciencia del libre examen y de la duda metódica — y De la Boétie, en su Discurso sobre la servidumbre voluntaria, reprodujo las máximas republicanas de los clásicos, mientras Badin, en su República, hacía un ensayo memorable de filosofía política.

LECCION LV

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA EN INGLATERRA

PENETRACION CULTURAL DEL RENACIMIENTO; SUS EFECTOS ESTÉTICOS E IDEOLÓGICOS HASTA SHAKESPEARE Y BACON. — A la irradiación cultural del Renacimiento no podía escapar Inglaterra, cuya estructuración política (Lección XLII) concluída en el Siglo XV le señalaba un puesto de primera fila entre las naciones de Occidente. Como consecuencia de esa activa vida de relación las expresiones del pensamiento europeo continental, sobre todo de Francia, llegaron a su organismo, en el cual, desde los tiempos de Caxton (1491) se inició una activa tarea de traducción. La propia nobleza interviene en este renacimiento literario, como el Conde de Wornster (John Tiptob), en cuyas manifestaciones el pensamiento inglés se mostró menos literario y humanista que el de Italia, aun cuando más moral, más religioso y más práctico en sus relaciones con la política y la sociedad. Actuó en primer término Colet con sus estudios del griego para luego ahondar en los Evangelios y Nuevo Testamento, creando como una teología del Renacimiento con la acentuación de lo moral y la simplificación de las doc-

trinas y las confesiones de fe. Sus "Epístolas de San Pablo" (1499) reunen sus mejores conferencias, sobre esta materia.

Pero el humanismo de Inglaterra no se redujo al pequeño grupo de sabios; se infiltró en la nobleza, el clero, y el propio Rey Enrique VIII escribió obras de mérito. La educación tomó vuelo con Lilly, pero fué Tomás Moro quien hizo más en este sentido, como en las especulaciones políticas y sociales, desde el libro y el parlamento. Su "Vida de EduardoV" es la primera obra escrita en buena prosa inglesa, clara, precisa, sin arcaísmos, y excenta de pedantismo clásico. A él se debe la *Utopía*, libro famoso en que en base a aventuras de un marino a quien se hace actuar como compañero de Américo Vespucio se reúne el fondo, la esencia de las nuevas ideas, que preocupaban a la sociedad, enseñándonos un reino en el cual resplandecen la seguridad, la igualdad, la fraternidad, y la libertad, fin supremo de las sociedades humanas.

Puede decirse que la admiración que se sentía por los escritores clásicos, griegos y romanos, fué un obstáculo para el desenvolvimiento literario, en forma tal que Tomás Moro es el único inglés que puede alternar en el plano de los grandes eruditos del siglo XVI. Pero si la influencia renacentista no se concretó en obras, preparó el espíritu inglés para un vigoroso despertar literario, sobre todo por la influencia de las escuelas de gramática.

Las primeras manifestaciones de la obra literaria corresponden a lo que se llamó el enfuismo (pureza extremada del lenguaje), que Shakespeare fustiga en su Comedia "Tristezas del amor perdido".

Aun cuando sin olvidar a Sidney (1554 - 1586) con su *Arcadia*, puede decirse que la prosa no adquirió gracia y vivacidad hasta el fin del reinado de Isabel, con los imitadores de los novelistas italianos, quienes, abstracción hecha del tema, hicieron obra buena al despojar a la lengua inglesa de pedanterías y extravagancias, y cuando renunciando a los éxitos de salón buscaron sus lectores entre el pueblo, en el que la imprenta había creado el hábito de la lectura.

Con el desarrollo de la vida nacional y la riqueza se activó el movimiento literario, que acrecentó la inquietud que despertaron en el pensamiento inglés los descubrimientos y los viajes. El amor a éstos últimos, y sus relatos llenan el período,

al cual corresponde la concepción de Caliban de Shakespeare. Hubo apasionamiento por los estudios psicológicos, por una concepción filosófica de la historia, inspirada en esas verdades nuevas y en el análisis penetrante y sincero de lo que producían en el espíritu. A ello corresponde, por ejemplo, el auge de los *Ensayos de Bacon*, como la boga de la literatura dramática.

La mayor gloria de esta época es Edmundo Spencer (1552-1599), el poeta autor de *la Reina de las Hadas*, prueba de lo que el genio poético de la raza anglo-sajona era capaz de producir. La antigua poesía nacional (Chaucer) se había paralizado; la netamente renacentista italiana sólo había logrado imitadores (Sidney), y aún cuando valiosos ensayos preparaban el camino al teatro de Shakespeare, fué *la Reina de las hadas* el brillante más valioso. En realidad fué retrato de aquella sociedad en que el misticismo de la Edad Media se daba la mano con la libertad de pensar del Renacimiento, y en que el ascetismo y el desprecio a los bienes del mundo ponía un velo de tristeza sobre la imaginación. Su asunto es la rivalidad de las reinas María e Isabel, en forma alegórica, y los sucesos transcendentes de la época como el conflicto con España, sin contar sus partes líricas, en que cultiva el amor como una idea grandiosa que encierra la energía creadora del universo, o traduce una verdadera pasión por la belleza moral. Fué como una síntesis de las altas aspiraciones del siglo de Isabel.

ORÍGENES POLÍTICOS Y ECONÓMICOS DE LA REFORMA; SUS EFECTOS ESTÉTICOS E IDEOLÓGICOS HASTA CROMWELL Y MILTON.— La activa propaganda de los reformadores alemanes repercutió en Inglaterra, en la cual, desde los tiempos de Erasmo, las cuestiones religiosas se habían debatido buscando restablecer la pureza de los dogmas. Pero ninguna de estas dos posiciones del pensamiento religioso hizo camino. Gobernaba a Inglaterra Enrique VIII, el segundo de los reyes de la Casa de York, caracterizada en la historia por su tendencia al centralismo y por la estructuración del despotismo real más absoluto.

Naturalmente Enrique VIII siguió esta política de preeminencia del poder real y logró establecerla sin cambiar el régimen de las instituciones o variar la máquina del Estado. Bastóle trabajar a los hombres y no a las cosas. — En vez de los prelados de noble parentela, de hombres de estado, de consejeros y diplomáticos, y de los lores de otrora, celosos del ejercicio

del poder, llevó a la Cámara Alta a obscuros teólogos, hombres de doctrina y cortesanos advenedizos que sólo deseaban gozar en paz de sus prebendas. Los más considerados, entre los nuevos nobles, eran aquellos que habían figurado en la Cámara de los Comunes, y que substraídos a esta la dejaron sin dirección. Podríamos comparar así el orden de cosas creado con el que se produciría en una fábrica de la cual desapareciesen en un momento dado los capataces y oficiales experimentados en el manejo del mecanismo. Los reemplazantes, obreros de ocasión, se encontrarían trabados ante lo complejo de las máquinas, y encontraron más cómodo obedecer ciegamente sirviendo todos el programa de la reyecía.

El pensamiento de la Patria y el amor a las instituciones libres del país ya no existía, nobles sentimientos que junto con los intereses generales se habían subordinado al capricho y a las conveniencias del monarca. Fué una tiranía que arrolló con todo; las más nobles cabezas rodaron sobre el cadalzo, la virtud y la ciencia de Tomás Moro, el linaje real de Lady Salisbury, etc., y el parlamento que había logrado en el siglo XVI una notable personalidad política consintió en todo reuniéndose sólo para homologar las disposiciones reales.

Cooperó con el Rey para estructurar este despotismo, desde el cargo de Ministro, Tomás Cromwell (1514 - 1530), político hábil a cuya experiencia se debió el plan puesto en práctica, que en lo que respecta a la Reforma consultó el propósito de Enrique VIII de divorciarse de su esposa Catalina de Aragón.

Negado el divorcio por el Papa, y resistido por la opinión, los industriales y comerciantes, que veían en ello una causa de ruptura con el Emperador Carlos V, hermano de Catalina, no se encontró más camino que independizar a Inglaterra del pontificado para que él fuese posible.

Favoreció también a este plan el que la guerra de las Dos Rosas hubiese agotado a la nobleza. En realidad el absolutismo no encontraba otro obstáculo que el clero con sus riquezas, sus sínodos particulares, su jurisdicción independiente y sus pretensiones a la autoridad en materia de fe. Reducir a ese clero a un cuerpo de funcionarios del estado sometido al Rey, hacer de la voluntad del soberano la única ley, y a sus decisiones la regla de fe, era una revolución difícil de llevar a cabo.

Sin embargo el proceso se puso en marcha. El rey reivin-

dicó y obtuvo las funciones de protector y jefe de la religión, y con ese título empieza a accionar controlando las asambleas eclesiásticas, las elecciones de los capítulos, etc. El acta de supremacía (1534) ordenó que el Rey fuese acatado como único jefe de la iglesia de Inglaterra y le concedió el poder para examinar y reprimir los errores, las herejías, etc., desde cuyo momento nada pudo proveerse en religión sin su permiso. Dominada la iglesia como organismo, Cromwell reclamó para el soberano el derecho de imponer a los fieles la doctrina y los dogmas que debían ser proclamados e imbuidos en todo el reino. Los artículos de fe que Enrique VIII determinó fueron aceptados sin decisión por la asamblea del clero (1536), y el estado se ocupó de la traducción de la Biblia y demás libros sagrados al inglés, como de su divulgación.

Estos cambios en la Constitución de la Iglesia de Inglaterra dieron a la majestad real un carácter casi sagrado. Según la crítica histórica Cromwell no tuvo otro ideal que el de un humanista; deseaba una reforma más bien que una revolución dogmática; una simplificación de las doctrinas de la Iglesia antes que un cambio completo; un culto depurado y no un culto nuevo. Aún sin quererlo se vió obligado a apoyarse en los hombres que simpatizaban con los reformadores alemanes y que pedían variaciones más radicales y profundas, a quienes se llamaba protestantes, y de cuya intervención, violenta en algunos casos, como de los actos de defensa del clero, nació la intemperancia y después la lucha.

Con este origen netamente político se estableció la reforma en Inglaterra, naciendo la iglesia anglicana como una transacción entre el calvinismo y el catolicismo. Su confesión de fe estaba contenida en 29 artículos, de una sanción del Parlamento; era obligatoria para todos los ingleses, siendo su contenido un resultado de las doctrinas calvinistas; no se admitía la autoridad del Papa, ni la misa, y el culto se celebraba en inglés. Conservó algunas ceremonias (liturgias) y la organización jerárquica de la iglesia; el poder religioso estaba en manos de los obispos que nombraba el gobierno; pero en realidad el jefe de la iglesia fué el Rey.

La muerte de Enrique VIII no concluyó con la reforma inglesa. Razones políticas llevaron a sus sucesores a abundar en la innovación religiosa; la reina Isabel llegó a ser el jefe del

partido protestante en Europa, y cuando desaparece (1603) la iglesia anglicana quedó definitivamente organizada.

Como en el resto de Europa la Biblia fué el libro de la Reforma. Su traducción y su divulgación le dió una influencia profunda sobre el carácter del pueblo inglés, que en ella se inspiró para reaccionar frente al espectáculo de la corte inglesa y los excesos del despotismo. Bajo su enseñanza el carácter de la nación se transformó, sintiéndose un impulso universal hacia lo moral y lo religioso. Fué como una pasión por el orden y la política, que tomó formas con el advenimiento de los puritanos.

Las distracciones y los placeres que bajo Isabel fueron el fondo y la alegría de la existencia, eran considerados por el puritano como indignos de su vocación y del fin de su vida. El propósito que perseguían era el hacerse dueños de sus pensamientos, de sus palabras y sus acciones, mostrándose reflexivos, sobrios y rígidos en su conducta.

Ese fué el espíritu que presidió a la gran revolución social inglesa, que trajo las guerras civiles y el protectorado de Oliveiro Cromwell, y que inspiró al poeta Juan Milton, el más brillante de sus intérpretes.

El puritanismo ennobleció las almas y les dió una firmeza hermosamente viril. Al espíritu amplio y generoso de la época precedente (reinado de Isabel) sucedió una sensibilidad más estrecha y profunda que se concentró en el círculo de la familia y se tradujo en las costumbres. Hizo nacer una nueva concepción de la igualdad repudiándose todas las distinciones sociales.

Con el advenimiento de Carlos II (1660) y sus garantías, de indulto general, tolerancia religiosa y satisfacciones al ejército, cayó el puritanismo y la república, no así su espíritu que está en dos obras, el más popular de los libros religiosos, El Viaje del Peregrino, y el más extendido de los poemas ingleses, la epopeya del *Paraíso Perdido* de Milton.

Milton, célebre desde quince años atrás, por sus obras en prosa (incluso *la Defensa* del pueblo inglés, escrita para justificarlo por la ejecución de Carlos I), sólo se había manifestado poeta desde que escribió el Comus, como a través de algunos sonetos muy aplaudidos. Pero cuando la ceguera redujo su horizonte en la realidad, su genio se refugió en la concepción de un gran poema. Siete años después de la restauración apareció el *Paraíso Perdido* (1667), seguido del *Paraíso Recon-*

quistado y la *Tragedia de Sanson*, pero es el primero el que revela el genio de Milton, su fantasía y su audaz inspiración. Desde el punto de vista filosófico es la epopeya del puritanismo cuyo objeto consiste en el problema del pecado y de la redención, de la lucha entre el bien y el mal; contribuyó a salvar el espíritu de la nación inglesa, y permitió al puritanismo consumar, con la revolución de 1688, la obra de libertad política que había iniciado en 1642.

CIRCUNSTANCIAS ECONÓMICAS Y CULTURALES DE LA CIVILIZACIÓN DE INGLATERRA REFLEJADAS: a) EN EL DESARROLLO SOCIAL BAJO EL REINADO DE ISABEL, b) EN LAS ACTIVIDADES MARÍTIMAS Y COLONIZADORAS, Y c) EN LAS OBRAS DE SHAKESPEARE Y DE BACON. CARÁCTER Y TRANSCENDENCIA DE ESTAS ACTIVIDADES Y DE ESTAS OBRAS. — La civilización de Inglaterra en el siglo XVI puede ser contemplada integralmente a través de tres circunstancias que la presentan al estudio en toda su grandeza. Son ellas el reinado de Isabel y su labor social, el desarrollo de las actividades marítimas y colonizadoras, y la eminencia de dos pensadores que en el arte, la filosofía y el conocimiento de la vida tradujeron el espíritu de renovación de la humanidad.

Se puede asegurar que el reinado de Isabel fué uno de los más brillantes y populares de Inglaterra. La opinión no conocía sus faltas y a excepción de sus ministros se ignoraban las tergiversaciones de su diplomacia. De su política exterior sólo se advertían la moderación, el buen sentido y los felices resultados. En lo interior se encomiaba su administración, su amor al orden, a la paz, su energía y su justicia, como el sentido de coordinación en la obra de los partidos. El país se enriqueció, Londres fué como la sucursal del mundo, y del examen de los sufrimientos sociales encomendados a una comisión nació el sistema de asistencia pública conocido con el nombre de Ley de pobres.

Dentro de esta mejora de las condiciones sociales del pueblo inglés, las iniciativas reales comprendieron en realidad todo el problema. El trabajo obligatorio opuesto a la inacción por sistema, el deber de los párrocos y villas de subvenir a las necesidades de los ancianos, enfermos, impedidos y huérfanos; la distinción entre el indigente y el vagabundo con casas correccionales para el último, y el sistema de asistencia pública, son las reformas memorables de Isabel, de 1572 a 1601.

Naturalmente esta obra social sólo fué posible por el engrandecimiento económico del pueblo inglés, que se debió al cultivo intensivo de la agricultura, al desarrollo de la industria especialmente la del tejido de lana, a la metalurgia sobre todo la fundición del hierro, y a la pesca que se extendió de las zonas nortes a los mares polares (ballenas) y a la región de Terranova. Naturalmente esta prosperidad, que fué en el fondo la de todo el comercio y la industria, trajo el advenimiento de una clase de industriales, mercaderes y marinos que llevó a Inglaterra a la victoria en las guerras con España.

La segundo circunstancia consistió en el desarrollo de las actividades marítimas y colonizadoras, especialmente durante el período de la República. Si el Acta de Navegación explica la creación de una flota comercial que acapara el movimiento de cabotaje de Inglaterra, ella puso en condiciones preferenciales a sus barcos para el comercio marítimo. Las colonias de América del Norte ya se habían iniciado; los conflictos religiosos volcaron a las nuevas tierras millares de ingleses, y los cultivos y los productos primos del nuevo mundo vinieron a la metrópoli donde se industrializaron para distribuirse en los mercados del continente. El entusiasmo por todo lo que fuese mar y conocimiento de las tierras que se iban descubriendo, solidarizó al pueblo inglés con sus marinos, y cientos de expediciones a los lugares más lejanos y por las rutas más difíciles centraron la atención de todos. Drake con sus aventuras fué el símbolo de la época, y el triunfo de la flota inglesa sobre la de España, la comprobación del poder material que nacía.

Todo esta actividad enriqueció a Inglaterra. El amor al lujo y al confort se apoderó del pueblo inglés; los vestigios de la vida feudal desaparecieron y las moradas fueron artísticas y elegantes, con jardines hermosos, reuniéndose en el piso alto los departamentos íntimos, unidos al bajo por hermosas escaleras con comedores y cocinas artísticas; la pasión por el sol y la luz es la característica del siglo XVI, en que se prodiga el dinero y la vida.

Pero donde la civilización de Inglaterra nos ofrece los valores de su cultura es en las obras de Shakespeare y de Bacon. El primero, representante típico de su poesía dramática, trabajó una posición espiritual bien conocida del pueblo inglés, afecto a las representaciones teatrales que imitaban los mo-

delos clásicos, como antes lo fuera a las que se inspiraban en las escenas de la Escritura. Si el primer teatro público data de 1576, esas representaciones se hacían en los patios de los mesones o en simples barracas en que el convencionalismo substituía a la decoración, y a las que asistían los cortesanos, los burgueses, los comerciantes y el pueblo.

En tiempos de Isabel, la poesía dramática llenó la escena literaria; a su muerte Londres contaba con 18 teatros, y con autores en su mayoría universitarios, como Greene y Marlowe, el autor de Tamerlán. Pero el cetro del drama inglés corresponde a Shakespeare (1564 - 1616) cuyo talento fecundo dejó una verdadera masa de obras eminentes. Pintor de costumbres en algunas comedias, cultiva en otras el sentimiento de la belleza idealizada (Dos Gentiles hombres de Verona), el de la más brillante fantasía (Sueño de una noche de estío), o el del amor más irresistible (Romeo y Julieta). Junto a estas creaciones de imaginación y de costumbres, destácanse sus dramas históricos en que la creación de los caracteres es maravillosa (Ricardo III, Falstaff, etc.), y que le dieron su verdadera popularidad. Y fué así porque interpretaba el instinto social de Inglaterra, expresando con elocuencia el amor a la lucha, la fe en el triunfo del bien sobre el mal, y la piedad hacia los vencidos, los rasgos característicos de aquella nación.

En el último período de su actividad las creaciones de Shakespeare acentuaron su sello filosófico con sus dudas e interrogaciones sobre los problemas del mundo del espíritu. Hamlet, el Rey Lear, Timón, la Tempestad, Cuento de Invierno, etc., son sus creaciones memorables.

Sus antiguas piezas fueron los últimos ecos de un mundo que desaparecía. El espíritu del Renacimiento estaba vencido por el de la Reforma, y el puritanismo con su moral rígida y su preocupación del poder de Dios y la debilidad del hombre se extendía llevando a las almas estrechez y sequedad.

Bacon (1561 - 1626) que perfiló su personalidad en los debates de la Cámara de los Comunes, aumentó su reputación con la publicación de sus *Ensayos*, obra notable tanto por la fuerza del pensamiento unida a una precisión y a un encanto de estilo hasta entonces muy raros, como también por la energía con que aplicó a la vida humana el método de análisis experimental que debía ser la clave de las ciencias.

Meditó sistemar su pensamiento en una gran obra que se llamaba *Instauratio Magna*, de la que sólo entregó a publicidad las partes que tituló Historia Natural y Experimental, Novum Organum y Progreso de las ciencias. La opinión unánime de la crítica asigna al Novum Organum una influencia decisiva en el desarrollo de la ciencia moderna. Se reconoce a Bacon sino al descubrimiento del verdadero método experimental, los méritos de haber afirmado la existencia de una filosofía de las ciencias, de haber hecho de la unidad de todos los fenómenos físicos la base de toda ciencia y de todo análisis; de haber hecho comprender la importancia de las pequeñas experiencias y tanteos que llevan a lo científico; de haber independizado a la ciencia de lo tradicional asignándole el rango que le corresponde, y demostrado los beneficios que el hombre podía sacar de ella para su felicidad y poder.

Haciendo un análisis sintético de sus doctrinas encontramos distingue cuatro órdenes de prevenciones que dificultan el proceso normal del conocimiento. Son estas las de la especie, a las que llama idola tribus; las del individuo, idola specus; las del lenguaje, idola fori; y las de los maestros y prevenciones de escuelas ya existentes, idola teatria, en las que incluye los errores de la filosofía racional, de la empírica y de la superstición, o sea las nociones abstractas, las de las hipótesis o la mezcla de la filosofía y teología tal como se encuentra en Platón.

Estos errores, dice, producen una falsa contemplación de la naturaleza y una falsa demostración por falta de experiencia. Se deben explicar los fenómenos y combinarlos, coordinarlos, y luego elevarse a la inteligencia real de la naturaleza por la inducción. Luego expone las reglas de la inducción, como forma del razonamiento, que substituye al silogismo.

En lo que respecta a la clasificación de las ciencias, Bacon la refiere a las tres facultades del hombre: a la memoria, a la imaginación y al razonamiento, distinguiendo la historia, la poesía y la ciencia en general. Sobre esta base compuso un árbol de las ciencias humanas.

La filosofía del siglo XVIII asignó a Bacon el título de descubridor de la filosofía experimental.

Recapitulando lo expuesto desde el punto de vista ideológico con que el pueblo de Inglaterra contempló la vida humana, po-

dríamos distinguir dos períodos y el advenimiento de un tercero con caracteres definitivos. Desde Enrique VIII hasta Carlos I la Iglesia fué un simple agente encargado de poner su influencia moral y religiosa al servicio de los intereses políticos y sociales del soberano; durante la República (Cromwell) el Estado fué un instrumento en manos de la Iglesia, que debía poner su autoridad política y social al servicio de las verdades morales y religiosas, pues según la teoría puritana el pueblo inglés era el ejecutor de la voluntad de Dios en alianza solemne. Con la restauración (Carlos II) se abre un período de reacción que produjo un cambio profundo en el carácter del pueblo inglés y que constituye el punto de partida de la Inglaterra moderna.

Es a esta revolución política, religiosa y social a la que se debe la nueva Inglaterra; para ello fué necesario romper con las tradiciones, proceso social fácil de advertir en la transformación de la literatura histórica, en cuyas expresiones encontramos el abismo que separa la Edad Media de los tiempos modernos. Dos obras importantes documentan esta evolución, La Historia de los Turcos de Knolles (1610) y la Historia del Mundo (1614) de Walterio Raleigh.

LECCION LVI

LA CONQUISTA DE LAS INDIAS

LA UNIFICACIÓN Y EL IMPERIALISMO DE ESPAÑA. — EFECTOS SOCIALES Y CULTURALES DE LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS Y LOS MORISCOS. — Es una verdad generalizada que la unificación de la península ibérica y la definición de España, fué un resultado de la reconquista del territorio del poder de los árabes. Pero para captar en su verdadera significación éste proceso débese tener presente que la reconquista fué paralela a la definición de poderes políticos. Reinos como el de Castilla, Aragón y Navarra y condados como el de Barcelona, definiéronse simultáneamente con el avance cristiano sobre la zona sur de la península; y dentro de ellos el proceso político se definió en el sentido de la ponderación de los poderes centrales mediante la subalternización de la nobleza, substituida por el pueblo organizado en órdenes. Fué una lucha entre la nobleza, los municipios y los reyes, definida en la ponderación de los dos últimos grupos.

En Castilla, el Rey y el concilio de nobles y prelados, fué substituído por las cortes, las que perdieron su influencia por las luchas de las órdenes, para ser de un carácter netamente popular en el siglo XV. En Aragón, las cortes llegaron a tener la facultad de elegir al monarca en caso de muerte sin dejar sucesión.

El casamiento de los Reyes Católicos reunió las coronas de Castilla y Aragón, que no perdieron su individualidad política, y el nieto de éstos, Carlos I, que fué Carlos V en Alemania, hizo la conquista de Navarra, y amplió enormemente su patrimonio. Bajo su mando, España, además de la península y de América, comprendía partes de Italia, el noroeste de Europa, Alemania, algo de Africa y las islas de Oceanía, a la que su sucesor, Felipe II, agregó Portugal.

El poderío de Carlos I se tradujo en una marcha decidida hacia el absolutismo. Castilla se sublevó; las comunidades reivindicaron la facultad de sancionar los impuestos, la paz, la guerra, la de nombrar tutores al Rey, etc., para las cortes, que debían reunirse por lo menos cada tres años. Los comuneros fueron vencidos en los campos de batalla, abandonados por la nobleza, y los municipios castellanos (Segovia, Toledo, etc.) vieron perecer a su caudillo, el valiente Padilla.

Esta política fué continuada por su sucesor Felipe II, quien atacó las libertades aragonesas.

En el fondo del drama, como razón de ser de esta unificación, actúan fuerzas sociales interesantes. Entre estos sentimientos generales debemos citar especialmente los más importantes.

1º — La acción social de la religión cristiana, que ponía en todo esfuerzo el cumplimiento de un deber dictado por la Iglesia. Reconquistar era servir a Dios.

2º — El vínculo que nace entre los habitantes de la península como consecuencia de una guerra continua de reconquista, desde la época de Pelayo, guerra que tiene un mismo enemigo (el árabe) y en la que nacen y crecen generaciones enteras de hombres.

3º — El cariño que se tiene al territorio conquistado con tanto esfuerzo, y a cuya campaña cooperan los diversos grupos cristianos auxiliándose recíprocamente, porque era uno sólo el enemigo.

4º — La definición de un idioma común, que al principio fué un romance, el castellano, y que va uniendo a los peninsulares del grupo hispánico. La influencia del idioma es tan poderosa que el reino cristiano de Portugal, que no usó ese romance, sino otro propio, base del portugués, conservó su independencia.

Pero para que la unificación nacional de España fuese definitiva debió resolver un problema que es aludido en la crónica con la denominación de expulsión de los judíos y moriscos, pero que en el fondo no fué sino una realización de un triple problema, el de la raza, el de la religión y el del idioma.

Desde el punto de vista de la raza existían tres grupos étnicos:

1º — El germano-romano, o sea el peninsular.

2º — El judío, o sea los descendientes de los hebreos que habían poblado el sur de la península desde tiempo inmemorial.

3º — El mudejar, o sea el descendiente de los árabes vencidos que habitaban los reinos cristianos.

4º — El grupo morisco de Granada que tenía independencia política y libre ejercicio de la religión, y que conquistada Granada, pasa a integrar el grupo mudejar.

Desde el punto de vista de la religión, el problema era este:

1º — Grupo cristiano, formado de los germanos-romanos, y de los judíos y árabes que real o simuladamente se convirtieron al cristianismo.

2º — Grupo judío.

3º — Grupo musulmán.

La conciencia del siglo XV no admitía la nacionalidad sin la existencia de unidad de razas y unidad religiosa. Los reyes peninsulares especialmente Isabel y Fernando, en nombre del interés político, defendieron al principio a judíos y árabes. Pero todos sus empeños no pudieron contener la fuerza de la opinión que los arrastró a perseguirlos, persecución que se hizo violenta desde fines del siglo XV.

La oposición entre el elemento cristiano y el judío llegó a su exaltación a mediados del siglo XV, después de las matanzas iniciales de 1391 y a pesar de la protección jurídica que encontraron en los reyes. La responsabilidad de esa exaltación fué de las condenaciones y restricciones decretadas por la Igle-

sia, que los fanáticos exageraron, formando el medio de intransigencia y violencia que los reyes católicos hubieron de solucionar.

Lo hicieron inspirándose en las ideas corrientes de la época, en las que determinaban su política. Su propósito de centralizar la vida del estado y de reducir los elementos que podían representar un peligro para la unión personal; la sinceridad de la Reina Isabel de creer que junto a un pueblo cristiano no podía vivir otro so peligro de contaminarlo, creencia puesta de relieve en lo que respecta a los moriscos y mudejares de Castilla, y más que todo la importancia que se asignaba al interés espiritual sobre cualquiera otro de índole distinta, llevaronlos a eliminar las razas extrañas mediante la expulsión.

En lo que respecta a los mudejares, el proceso fué equivalante. Al principio y por razones políticas gozaron de la protección real en contra de las persecuciones populares. Si desde el principio de la reconquista la ley hubiese sido su exclusión y orfandad completa, es evidente que la resistencia que la masa popular de árabes hubiese opuesto a la reconquista habría asumido caracteres de vida o muerte. No fué así porque los reyes los protegieron hasta la conquista del reino de Granada, después de cuya conquista hubieron de ceder a la presión del siglo, tan completamente, que aún cuando al capitular Granada se habían dado en el tratado derechos a los moros que la habitaban, los Reyes Católicos que lo subscribieron concluyeron por desconocer esos derechos. En vez de buscar la asimilación por medios benévolos se inclinaron a los recursos violentos, de acuerdo a las imposiciones del odio popular.

Con la expulsión de judíos y moriscos declinó la actividad industrial, porque se trataba de una población laboriosa, y emigraron (por el sistema de las letras de cambio) ingentes capitales. Pero estos resultados económicos se vieron compensados con una estructuración espiritual de la población española, que fué la base de su nacionalidad. Con razón se ha dicho que el espíritu nacional español empieza su proceso de unidad bajo la irresistible influencia del gran genio de la reina Isabel, quien supo, además, darle un contenido al hacer en la Iglesia Católica, situada dentro de su imperio, la reforma de dignificación impuesta por su decadencia, reforma que produjo en la nación el entusiasmo con que luchó contra los últimos restos del maho-

metanismo y su ardor en la propagación del cristianismo en el nuevo mundo.

LAS INDIAS OCCIDENTALES, LA INFLUENCIA DEL ORO, LAS GUERRAS DE ESPAÑA EN EUROPA Y LA PAUPERIZACIÓN DEL PUEBLO ESPAÑOL. — Con el descubrimiento y la conquista de las Indias Occidentales, Europa se resarció de la pérdida de los territorios del sureste de ese continente tomado por los turcos otomanos. A la concentración de las nacionalidades y a las creaciones políticas modernas que vemos ocurrir en el viejo mundo, se agregó el traslado del centro de gravedad mercantil hacia el oeste, lo que valió a las naciones situadas sobre el Océano Atlántico una importancia dominante.

España pasó a verse colocada entre el antiguo y el nuevo mundo, en condiciones de influir en la historia de ambos continentes, de actuar como enlace de esos dos universos, y con títulos para actuar en condiciones de preeminencia. Cumpliendo estas posibilidades y gracias a una maravillosa actividad, España llegó a ser la potencia dominante no sólo en el campo político y mercantil sino en el religioso, con el derecho y la aptitud de regir los destinos de los pueblos de Occidente.

En la ejecución de este programa imperialista España olvidó sus problemas internos que eran de orden diverso. Sus industrias nacientes, tan protegidas por los Reyes Católicos, exigían que no se las agobiase con restricciones, y que no se distrajesen de ellas las fuerzas económicas del país. La colonización americana requería atención y el impulso de la agricultura, la minería y el comercio. En la península la agricultura demandaba obras que mejorasen los campos y abriesen comunicaciones, y su población mermada, una política hábil de fomento.

Todos estos problemas se olvidaron por los reyes de la casa de Austria, que se inicia con Carlos I, y que debiendo ser previos o paralelos a toda acción externa, se hacen a un lado para poner en función una política imperialista. Entonces (como ahora en cierto modo) se pensaba que la grandeza de las naciones estaba en su poder militar y en la extensión de su territorio, y los Austrias trabajaron estos principios sacrificando al ejército y la marina ingentes caudales, y llevando las fronteras a las más lejanas latitudes.

Un inmenso imperio, del cual se llegó a decir "que nunca

se ocultaba el sol en los dominios de España" llevaba consigo muchos inconvenientes. Suscitaba recelos y envidias, y su defensa, querellas y guerras constantes, con gasto de capitales y de brazos substraídos al trabajo. Si a ello agregamos la intransigencia católica de los reyes, que se convierten en los paladines de la Iglesia de Roma, y actúan para impedir la difusión del protestantismo en el mundo, y luego las luchas prolongadas con los musulmanes que se habían apoderado de Constantinopla (1453) representando un peligro para las naciones cristianas, encontramos las causas de un período de guerras casi continuas de dos siglos, que la agobian y la empobrecen.

Inútilmente se llevaban desde América masas enormes de oro, de las minas y yacimientos descubiertos; toda esa riqueza fantástica en sus guarismos apenas bastaba para financiar estas luchas y para servir las exportaciones comerciales de la península a las nuevas colonias en las Indias.

Es posible que esta posición de España hubiese beneficiado a la civilización de Occidente, al convertirse en la valla que el musulmán no pudo vencer (batalla de Lepanto en 1591), pero no es menos exacto que este imperialismo fracasó desde el punto de vista de la nacionalidad, produciendo el aislamiento, el retroceso de la cultura y la pauperización del pueblo.

El espectáculo de muchedumbres enteras sin medios de vida, ocultando los unos su miseria, tras el orgullo, o recurriendo otros al procedimiento mañoso o a la violencia en los caminos, fué habitual en la península, y sus personajes han sido destacados por la literatura.

La Inquisición; consecuencias de su actividad en España. — Si los reyes de España se convirtieron en los paladines del catolicismo y entraron en guerra permanente contra los reformados, con iguales fundamentos trabajaron para conservar la unidad religiosa en la jurisdicción de sus dominios.

La Iglesia y el estado que para nosotros son dos instituciones bien distintas se encuentran en esta época fuertemente unidas. No se concebía estado sin religión, orden de cosas que habría de concluir con el desarrollo del sentimiento de tolerancia que recién triunfa en Europa en el siglo XVIII. Sin tolerancia, la cristiandad se dividió en católicos y protestantes.

Los reformados acusaban a los católicos de ser idólatras, y las formuladas por los católicos a los reformados, de sacrile-

gio y herejía, resultaron en aquel mundo intolerante causas suficientes para luchas dolorosas. Lo fueron sobre todo para el católico, que viendo en la iglesia "la túnica sin costura de Jesús", contempla a la Reforma como algo que esencialmente minaba su concepción dogmática de la vida.

Era tan firme esta confusión del gobierno y de la religión, que Felipe II, dirigiéndose a sus vasallos, decía preferir perder sus estados a dejar triunfar a los protestantes, palabras nacidas de uno de los monarcas más grandes, que explican las luchas religiosas y una intolerancia general puesta de manifiesto en el campo católico y el protestante.

En el campo católico el Papa gestionó en todos los estados la implantación de la Inquisición, representada por tribunales como los que se alzaron en la Edad Media para reprimir las herejías, y que desaparecieron de Europa con la regularización de las formas políticas.

Obtuvo de algunos, como Italia y España, el permiso para establecerla, pero no lo logró en otros. Con esto no significamos que en estos estados se negaron a perseguir a los protestantes; los encargados de hacerlo fueron los tribunales ordinarios, que procesaban por herejía condenando a la última pena y empleando, como en los tribunales de la Inquisición, los procedimientos de la tortura. La diferencia estaba en que mientras la Inquisición quemaba en grandes hogueras a los reformados, los tribunales ordinarios de aquellos estados donde no existían los ahorcaban como reos de traición.

Pero no debemos creer que la intolerancia católica era única; por el contrario, existía una intolerancia protestante no menos cruel. En los estados en que eran mayoría convirtieron las cuestiones del dogma, los artículos de fe, en leyes de estado, y estas fueron impuestas a las poblaciones como normas comunes del derecho positivo, y así aquel que obedecía al Papa, oía misa, etc., era un elemento sedicioso, se alzaba contra el poder civil, y sufría el castigo.

La diferencia que existe entre los católicos y los protestantes fué que los tribunales católicos quemaban a los reformados, mientras que los tribunales protestantes decapitaban a los primeros.

En España la actividad de la Inquisición fué constante; además de los reformados e influidos por las nuevas ideas, ac-

tuó sobre los judíos y musulmanes que habían simulado una conversión o de cuya sinceridad se dudaba. Y como todo fuero de excepción es por su naturaleza imperfecto, la Inquisición sirvió además para represiones de naturaleza política, en realidad para asegurar la preeminencia de los reyes.

EFECTOS PSICOLÓGICOS DE LA ACCIÓN EUROPEA EN ESPAÑA Y DE LAS CONDICIONES INTERNAS DE LA SOCIEDAD, EN EL ESTADO CULTURAL. — El rol desempeñado por los reyes de España dentro de esta política imperialista, y el fervor con que sirvieron los intereses del catolicismo, crearon un medio de oposición espiritual entre el gran país al servicio del pontificado y las naciones que actuaron en el drama. Francia, Inglaterra, Alemania, los Países Bajos, estaban en plena guerras de religión, enconadas y sangrientas; actuar en sus territorios para combatir los grupos protestantes, sobre todo en los estados en que estos influían en el gobierno, era contrariar el sentimiento del patriotismo de cada uno y crear una posición espiritual de contradicción. Queremos expresar con esto que España no cosechó de esta activa vida universal los elementos culturales selectos que toda nación incorpora en uno u otro sentido a su genio, y que por el contrario, intransigente en su posición dogmática, se apartó de cuantas circunstancias pudiesen significar un enlace beneficioso con los valores sociales de los otros países. Todo extranjero fué para España un peligro en potencia, de contaminación para su vida nacional, y por ello fué alejado de su organismo.

Este aislamiento hispánico, en realidad voluntario, fuertemente consciente, mantuvo a España como ajena a las condiciones nuevas que trabajaban el organismo de Occidente. Los grandes descubrimientos geográficos y la modificación radical de las condiciones del comercio, habían destruído la base sobre la cual descansaba la organización heredada de la Edad Media. La transformación del comercio primitivo, reducido al cambio de productos, en el comercio moderno, en que el dinero sirve de mercancía de cambio universal, fué el resultado de esta evolución, y España como ajena al fenómeno acató las circunstancias producidas sin situarse en ellas. El oro por ejemplo, de un alto valor hasta las importaciones que se hicieron de América, disminuyó en su poder adquistivo. El aumento del stock trajo su desvalorización como mercadería, y naturalmente si el

oro amonedado no podía valer menos que su cuño, decidió la elevación de los precios de las cosas que con él se adquirían, en el tanto justo de su menor valor corriente.

Con la propiedad territorial ocurrió algo análogo, tal vez más grave porque la nobleza fundaba su preeminencia en su apropiación. Mientras no existió otra propiedad que la territorial ella fué poderosa, pero como a consecuencia de los cambios producidos el dinero llegó a ser la nueva potencia dominadora y reguladora, sus poseedores, en este caso la clase media, conquistaron una preeminencia cada vez más importante que trajo la decadencia política y social de la nobleza terrateniente. Y si extremando el análisis advertimos que la industria se había paralizado en España, y que los consumos para la península y para América se adquirían en Francia, en Inglaterra, etc., tendremos explicado cómo se debió a la acumulación del oro producido en las Indias Occidentales, por los industriales no españoles, un cambio fundamental en las condiciones sociales de toda Europa. Empobrecida por las nobles pero equivocadas empresas de su imperialismo, la cultura española sufrió el contragolpe de este orden de cosas que no había llegado a captar.

LA IDEOLOGÍA RENACENTISTA EN ESPAÑA; SUS REPRESENTANTES AISLADOS; SU RELATIVO ANACRONISMO. — Dado lo que España representa con relación a América y a nuestra nación, nuestra exégesis de los valores espirituales que trabajan su organismo en el siglo XVI debe comprender en esquema las líneas fundamentales del proceso cultural en la época precedente, o sea la Edad Media.

Desde este punto de vista se debe advertir que la cultura hispánica es en el fondo la suma de dos corrientes espirituales. Una *oriental* representada por la musulmana y la judía, y otra *europea* en la que reunimos diversas expresiones espirituales. La integran: la francesa, de los monjes de Cluny, que data del siglo XI, llamados por el rey de Navarra; la de los cristianos en general que ayudaron a Alfonso VI de Castilla en sus guerras, especialmente después de la conquista de Toledo; la *italiana* intensificada con el desarrollo del comercio en el Mediterráneo y las relaciones políticas de los condes de Barcelona y reyes de Aragón con Italia, y la flamenca o alemana por el activo comercio de las costas cantábricas con Flandes. La italiana triunfó de las otras a contar del siglo XV.

A contar del siglo XIII se desarrolló en España un afán de saber pocas veces igualado. Se fundaron en Castilla las primeras universidades o centros de estudios generales (1212); Alfonso X (1252) atrae a sabios musulmanes, como uno de sus antecesores admitió a los judíos expulsados por los musulmanes, de gran cultura filosófica. Junto a las obras en latín aparecen los primeros cantares, llamados romances, en el idioma popular, como el de la Gesta del Mio Cid, y expresiones más cultas que integran la escuela que se llamó el *mester de clerecía* (influencia francesa). Coincidieron estas expresiones culturales con la penetración de la influencia *provenzal*, de los trovadores, que actuó sobre los romances.

Como consecuencia del aporte de estos factores, en el siglo XV nos encontramos con tres corrientes literarias distintas: una de didáctica y moral, que continúa las formas del *mester de clerecía;* otra popular, de *romances*, casi todos de carácter épico, y la tercera *satírica*, como resultado de la escuela provenzal, libre en los asuntos y en las palabras. En lo que hace a la prosa, sus expresiones fueron libros científicos y los textos de legislación como los de Alfonso X.

En el mismo siglo XV recrudeció la influencia italiana con Francisco Imperial, quien introdujo la Divina Comedia del Dante y sus imitaciones, cuya acción sobre el romance y las expresiones peninsulares de la literatura fueron maravillosas. De esta época data la introducción del endecasílabo que pasó a ser el verso definitivo de España. Es el período del Marqués de Santillana en la poesía, y de los libros de caballería y novelas amatorias, en prosa, todo de origen italiano. Las antiguas crónicas se convirtieron en verdaderas *historias* según los modelos clásicos (cuyo estudio ya interesaba), se iniciaron los tratados de retórica y práctica (preceptiva), y tomaron volumen las producciones religiosas y morales del clero.

Bajo los Reyes Católicos el afán por la cultura fué notable, agudizándose la influencia italiana, sobre todo porque partes importantes de este país integraban el reino de Aragón. Se multiplicaron los colegios generales y las cátedras; se fundó por el Cardenal Cisneros la Universidad de Alcalá de Henares para el estudio de los idiomas, de la literatura clásica y la filosofía; y en síntesis, una serie de nobles esfuerzos produjeron el renacimiento de la cultura griega y latina, de los idiomas

hebreos y árabes, y de una filosofía que en base a Platón y Aristóteles rectificó las teorías generalizadas. También se desarrolló la jurisprudencia, la cartografía y cosmografía en base al centro científico creado por la Casa de Contratación, y la medicina con las primeras cátedras de anatomía y cirugía.

En arquitectura, escultura y artes derivadas, la mezcla del ojival antiguo y del renacimiento clásico produjo un estilo particular llamado Plateresco, por su decoración abundante y afiligranada, y cuyos ejemplos tipos son las fachadas de San Pablo y del Colegio San Gregorio de Valladolid. El Renacimiento de sello italiano dió monumentos como el Hospital de Santa Cruz en Toledo. Correspondiendo a las diversas corrientes espirituales cabe recordar decenas de iglesias, palacios, castillos y sepulcros (la cartuja de Miraflores en Burgos), como retablos (Toledo), las sillerías de los coros, las platerías, las rejas (Burgos y Pamplona) y los tejidos y bordados. En cuanto a la pintura, sujeta a la doble influencia flamenca e italiana, concluye por crear (siglo XVII) una escuela propia representada por el Greco, Velásquez, Murillo y otros.

Juzgando de las manifestaciones de la ideología renacentista en España se ha dicho que ella fué muerta, a poco de desarrollarse, por la Inquisición, recordándose que las obras de Erasmo se prohibieron a contar de 1551 y destacándose que sus representantes fueron por eso aislados. Luis Vives atacando el pensamiento escolástico; Servet, el médico descubridor de la circulación de la sangre, analista del dogma de la Trinidad, que niega; Huarte con su Examen de los Ingenios, tratando de las relaciones entre lo físico y lo moral, y Gracián, algo así como el primer profeta del pesimismo, serían esos representativos de la ideología renacentista. Existió pues un relativo anacronismo en sus manifestaciones por cuanto la escolástica siguió prosperando en España, donde produjo hasta un doctor liberal, Francisco Suárez, de Granada (1617), jurisconsulto y tomista.

Pero estas circunstancias no implican negar grandeza a la cultura española de estos siglos XVI y XVII, que se destacó en las ciencias filosóficas, la historia natural, la geografía y la botánica, en la península y en América. La legislación y jurisprudencia con Francisco de Victoria, los fundamentos del derecho natural con éste y el recordado Suárez; las ciencias

políticas y económicas con Vives y con el Padre Mariana, etc., encierran en las obras a que dieron origen los gérmenes, las sugestiones y hasta principios que más tarde habrían de sistematizar los pensadores franceses y alemanes.

CORRESPONDENCIAS CULTURALES DE ESTAS CIRCUNSTANCIAS: LOS MÍSTICOS, CERVANTES, LA PICARESCA. — Si hasta el siglo XV las manifestaciones de la cultura en el grupo hispánico tradujeron el sentido épico de la vida, la lucha contra los árabes, en los romances y en los libros de caballería, en los siglos XVI y XVII en que España adviene, forja su nacionalidad, se convierte en paladín de la iglesia romana y desarrolla una política imperialista que lleva a su pueblo a la pobreza, sus manifestaciones espirituales también se corresponden con las circunstancias históricas.

En lo que hace al sentido religioso de la vida española, su expresión exacta resultan ser sus místicos, espíritus grandiosos que encarnan lo espiritual legándonos obras de absoluta belleza. En lo que se refiere a ese imperialismo universal, que vuelca a sus legiones a las más lejanas latitudes olvidando la solución de sus problemas internos, su correspondencia notable es el Quijote de la Mancha, de Miguel de Cervantes; y en cuanto a las consecuencias sociales que traen este desgaste de energía, en una sociedad que se empobrece, ve destruídas sus fuentes de riquezas y se enfrenta con mañosidad a la realidad, es la novela picaresca o de costumbres y el teatro.

La Mística con Fray Luis de León, catedrático de Salamanca; Santa Teresa, Fray Luis de Granada, Fray Juan de los Angeles, etc., se extendió por Italia y los Países Bajos.

La Picaresca planteada con mérito extraordinario por la tragicomedia de *Calixto y Melibea,* llamada vulgarmente *La Celestina,* de Fernando de Rojas, hizo escuela, y decenas de obras análogas caracterizaron a los tipos populares de la sociabilidad española; *La vida del Gran Tacaño, la de Guzmán de Alfarache, el Lazarillo de Tormes,* etc., no son sino correspondencias de un pueblo trabajado por las necesidades materiales, que no ignora las renuncias en que incurre, y cuyas debilidades se pintan para crear un valor de reacción. Fué también la misión que echó sobre sus hombros la poesía dramática, que exalta López de Vega, quien inspirándose en el sentimiento nacional renueva el lenguaje y la grosería propia hasta entonces de la

escena española, introduciendo la gentileza de la novela de caballería. Sus fuentes fueron la poesía popular, la erudita, y los libros de aventuras. El esfuerzo fué continuado, por representativos que poco a poco fueron perfeccionando la poesía dramática. A Lope de Vega le faltó el arte de combinar las fábulas; Tirso fué licencioso; Moreto no tuvo toda la inventiva necesaria; Alarcón careció de idealidad, y Rojas fué exagerado y gongórico. Calderón que fué como una síntesis de su siglo, tuvo todas las virtudes y vicios del momento. Sus comedias encarnan los personajes nativos y a pesar de la diversidad de horizontes en que los colocara (hasta en la fábula) todos ellos son siempre españoles.

Pero la correspondencia característica, en la cultura, del existir de España, nos la brinda Cervantes, quien inspirándose en la vida del siglo y en la sociedad encuentra el ideal a trabajar para hacer una obra humana. Su "Quijote de la Mancha", es un monumento de literatura española y una especie de biblia del idioma.

Además de esta novela, que el tiempo engrandece, es autor de las *"Novelas Ejemplares"*, *"La Gitanilla de Madrid"*, *"El Licenciado Vidriera"*, *"La Española Inglesa"*, etc.

LECCION LVII

LA CONTRA REFORMA Y EL FIN DEL RENACIMIENTO

ANTECEDENTES, CIRCUNSTANCIAS Y EFECTOS. — Cuando se aludió a los orígenes de la Reforma y al juicio que atribuye gran importancia a la desorganización y costumbres desordenadas del clero como causa de la misma, se expresó que hombres eminentes de la iglesia romana y voces autorizadas de la cristiandad, reclamaban un mayor reajuste en el organismo de la Iglesia, en la disciplina de sus miembros y en la pureza de los dogmas o artículos de fe. El Renacimiento que atraía los espíritus y afiliaba entre sus dirigentes a las primeras figuras de la corte pontifical, hizo que este anhelo sincero de aquellos espíritus no moviese a la acción. Era tan libre la posición ideológica de los mismos papas, que León X no daba importancia a los debates entre agustinos y dominicanos, con que se inicia la tarea reformista, y aludiendo a Lutero expresaba: "el hermano Martin es un hermoso genio".

Pero cuando los sucesos tomaron vuelo, cuando no podía cerrarse los ojos a la gravedad de la situación, el vigor enervado de Roma por un sentido equivocado de seguridad, retornó a su vitalidad y el catolicismo se alistó para la lucha mostrando tantos recursos, tal espíritu de sacrificio, ingenio de organización y pureza moral, como antes culminara en olvido del verdadero espíritu cristiano.

El renacimiento católico fué impetuoso; las antiguas congregaciones fueron reconstituídas y se fundaron nuevas órdenes que se dedicaron a la instrucción popular y a la caridad, armas poderosas con que se retuvo a los fieles por los lazos del pensamiento y del interés.

El Papa Paulo III fué el promotor de esta poderosa Contra-Reforma, concibiéndola con clarividencia y ejecutando con energía lo que pasó a ser el plan de política de la nueva Iglesia.

Ella no siguió el norte señalado por la tradición de los Gregorios y los Inocencios, de dominar a los príncipes e imponerse con la fuerza y el anatema; la insurrección de la mitad de Europa obligaba a abandonar el programa de dominación; era necesario plantearse otro, de ambición y de esperanzas, y con sabiduría política y convicción religiosa se acordó llegar al imperio de las conciencias como la más segura de las conquistas. Era el camino conveniente para usar de los propios reyes como auxiliares contra el espíritu de examen, y crear un régimen de vigilancia. Con esa base se reorganizó la Inquisición, se fundó la Congregación del Index para la censura de los libros que podían llegar a manos del creyente, y se estableció la Orden de Jesús, que fué en manos del papado un instrumento de vigilancia, propagación y autoridad.

Verificadas por el catolicismo las reformas en las costumbres y disciplina del clero, disminuyó la distancia entre Roma y las confesiones reformadas que habían venido usando del régimen de exceso como arma; se habló de conciliación y con el consentimiento de todos se reunió en Ratisbona (1541) el llamado coloquio, en que representó al Papa el cardenal Cantarini y el famoso Melánchthon a los protestantes. La intervención de los príncipes alemanes que no querían desprenderse de los bienes eclesiásticos usurpados impidió el acuerdo que la cristiandad apetecía.

Congrégase entonces el Concilio de Trento (1545) en que

estuvieron representadas todas las naciones católicas y al que no concurrieron los protestantes por reconocerse minoría. Sus decretos, algunos concernientes al dogma (cánones) y otros a las reglas de disciplina, buscaron extirpar las herejías y reformar las costumbres. Con reservas fundadas en los derechos territoriales los reyes admitieron los proveídos del Concilio, que constituyeron una verdadera Contra-Reforma; resultó un verdadero *renacimiento eclesiástico* que se manifestó diversamente, sobre todo con la creación de instituciones destinadas a mantener la disciplina del clero, regenerar las antiguas órdenes y crear las misiones de propagación o proselitismo. El catolicismo volvió con nuevo espíritu a los estudios religiosos, creó el calendario gregoriano y los *Anales* de Baronio, y tal fué la actividad desplegada que a fines del siglo XVI el movimiento, la vida y la moral distinguían a la Iglesia. El siglo que había ofrecido en sus comienzos el espectáculo del Papa León X, se cerró con la figura de Sixto V mostrando lo que el catolicismo podía hacer cuando se proponía aplicar a la administración cualidades de orden y una grande autoridad moral.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS; SU ORGANIZACIÓN, SU FINALIDAD, SU ACCIÓN. — Uno de los poderosos instrumentos que la iglesia de Roma tuvo a su disposición para estructurar la Contra Reforma fué la Compañía de Jesús fundada por Ignacio de Loyola.

Si la grandeza de los hombres se midiese por el poder de acción que ejercieron sobre sus semejantes, antes que por los beneficios logrados, fuera de toda duda Loyola figuraría entre los hombres extraordinarios de la historia. Poseído del ideal caballeresco, su obra reflejó la intemperancia de su naturaleza y de su raza, tanto en la exaltación con que sirvió los fines a cuyo servicio se puso cuanto a su intenso misticismo. Organizador, agrupó en una acción común las fuerzas más diversas, les imprimió una disciplina férrea, les infiltró entusiasmos que hizo de sus colaboradores hombres útiles y supo destacar en sus espíritus las virtudes duraderas y la energía.

Constituída sobre el principio de la obediencia ciega y el carácter de milicia sagrada que le fué atribuída, la Compañía de Jesús sintetiza su espíritu en estas palabras del fundador: "Renunciar a sus propios deseos es más meritorio que despertar a los muertos".

La Compañía fué una orden religiosa de sentido inspiracional distinta a todas aquellas que se organizaron desde el siglo VI. Estas, como la de los Benedictinos, por ejemplo, sirviendo a la causa cristiana, servían también a la de la civilización en sus intereses mayores. Pero en el siglo XVI el mundo Occidental nada pudo esperar ni recibió, de los jesuítas; antes que a la sociedad en general se pusieron al servicio de un partido; confundieron la causa del catolicismo con la del progreso humano, y no creyeron en el bien, la moralidad y la virtud, fuera del círculo estrecho en que actuaron.

Sobre sus hombros estuvo la guerra a la herejía, con tesón; bajo la dulzura de las formas encubrió un vigor estupendo, asociando a la autoridad de su carácter, el prestigio de la inteligencia cultivada, y para lograr mayores resultados recurrió a los más diversos medios entendiendo que estos quedaban purificados por la cantidad de sus fines.

El resultado práctico, en el grupo germano, de los jesuítas fué reconquistar para los Papas la zona de Viena y de Colonia, y llevar el proselitismo a las regiones más lejanas; a la muerte de Loyola (1556) contaba con más de cien casas y mil miembros; siglo y medio después eran veinte mil.

Si fueron inestimables en el momento de la lucha, al colocarse entre el Papa y el clero secular, privaron al primero de un contacto inmediato con la sociedad cristiana, y como esta política la continuaron aún después del cese de la lucha religiosa, su actitud de violencia perjudicó al catolicismo al ahogar los cambios justos que el orden de la vida indicaban. Nada extrañó entonces que en cierto momento de la historia (siglo XVIII) los mismos países donde el catolicismo era la expresión más genuina buscasen extirparlos de sus territorios.

RESEÑA DEL PROCESO DE LAS CONDICIONES POLÍTICAS Y SOCIALES DURANTE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN HASTA EL FINAL DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS. — Un conflicto de la magnitud del planteado por la Reforma, que iniciado con el análisis de los dogmas y de la jerarquía eclesiástica, se vincula a los factores políticos, sociales y económicos y abre un período de luchas apasionadas en todo Occidente; y la reacción del catolicismo defendiendo sus posiciones, articulándose en el conflicto, como hizo el protestantismo, a los elementos que podían accionar paralelamente en razón del interés común o de afinidades

espirituales, creó en los pueblos de Occidente un orden renovado de existencia, y dió a los factores sociales una valorización diversa de aquella que tuvieron en los orígenes de la Edad Moderna.

Fué un proceso violento. Los orígenes de las guerras de religión, ya aludidos en lo que respecta a Francia, Alemania, Países Bajos y España, en sus motivaciones políticas, económicas, sociales e ideológicas, y la crónica de éstas guerras (estudiadas en 2º año) apasionadas y de las persecuciones crueles a que dieron pie, traducen un espíritu de intolerancia que está como carácter general en las expresiones políticas y sociales de la época.

Desde el punto de vista social estas guerras valorizaron a la masa popular, porque ella actúa antes que por obediencia debida (dentro de la organización privilegiada del siglo) por convicción religiosa, con espontaneidad. Nacen entonces valores colectivos dentro de los cuales las viejas jerarquías de clases pierden prestigio, y como las formas sociales se transforman, también cambian su función social. La nobleza, por ejemplo, que hasta el siglo XV es una clase política y militar, pierde durante este período su rol político, como va casi de inmediato a ver disminuída su importancia militar con el advenimiento del ejército profesional y de la técnica científica de la guerra. Sólo en Inglaterra la nobleza conserva sus funciones políticas; en el continente con la perfección y crecimiento de los organismos administrativos de cada estado, la nobleza se refugia junto al rey como cortesana y advienen funcionarios hechos en el estudio y en el servicio público. Si consideramos ahora que era la nobleza en función política, ejerciendo las instituciones feudales que garantizaban la libertad "privilegiada" que fué la base de la organización europea hasta el siglo XV, la que se oponía al gobierno despótico, ideal de toda reyecía, encontramos explicado por qué en cuanto deja de ser clase política los reyes de Occidente son todos centralistas y absolutos.

Pero el proceso de las nuevas condiciones políticas y sociales de la humanidad resulta claramente advertible cuando enfrentamos a los valores correspondientes al siglo XV, ya conocidos, el resultado de estas guerras de religión.

En Alemania rigieron dos fórmulas de paz que sucesiva-

mente se adoptaron y que marcan períodos en la conquista de reglas de tolerancia; son los tratados de Ausburgo y Westfalia.

La paz de Augsburgo firmada entre Carlos V y los príncipes alemanes, no dió las bases de la libertad religiosa, pues sólo permite las religiones protestante luterana y la católica. Su otro carácter fué el estipular sobre los intereses de los príncipes dentro del aspecto político de la cuestión, y el de crear el derecho de los súbditos a emigrar del territorio de su príncipe cuando no profesaban su religión o cuando no querían convertirse a ella. Su fórmula fué el principio de que la religión del príncipe era la religión de los vasallos.

Pero esta paz sólo concilió los intereses católicos y luteranos, no así los calvinistas, y en un país que integraban los archiduques de Austria, católicos; los príncipes laicos, protestantes, y los príncipes palatinos, calvinistas. Rompió la paz el Emperador Fernando II, educado por los jesuítas, no dando garantías a los propietarios, y la insurrección de Bohemia encendió la chispa; garantizaban los intereses de los protestantes la ley de Majestad que el emperador violó, y la guerra de 30 años se abre en la historia.

Su broche fué la paz de Westfalia cuyos saldos fueron:

1) El decaimiento del enorme poder de la casa de Austria, y la organización política de Alemania con la constitución de la Dieta como organismo nacional.

2) El ponerse término a las guerras de religión que venían agotando las energías de Occidente.

3) El encontrarse un modus vivendi para las iglesias cristianas al ingresar los calvinistas a la fórmula de la paz de Augsburgo, fórmula necesaria desde el momento que estaba probado, por estas guerras continuas, que ninguna de las tres iglesias era lo bastante poderosa para aniquilar a las otras o unificar las preferencias del mundo cristiano.

La paz de Westfalia tampoco levantó como bandera la libertad de cultos; el Edicto de Nantes, al que hemos de aludir, fué infinitamente superior, pero estos tratados de Westfalia son un acuerdo entre naciones e importaron el advenimiento de una nueva política.

Roma en nombre del interés del catolicismo protestó contra los tratados; el Papa lanzó varias Bulas y llegó a declarar su nulidad. Pero inútilmente la política de los pontífices excitó a

la opinión pública para que se revelase. Con los tratados de referencia se inaugura en el mundo Occidental la política laica, es decir, la política de los estados que se hace mirando los intereses nacionales, de orden económico, político y social, sin consultar la cuestión religiosa.

Conforme a estos principios las soluciones de lo porvenir se habrían de buscar y se adoptan en nombre de ideas sociales que se fundan en la propia existencia. Aparece frente al concepto religioso otro ideal, la conciencia de un derecho natural que se funda en la dignificación de las personas, y que definido por Grotius protege la personalidad de los individuos y la personalidad de las naciones. También se debe a las guerras de religión la definición de los estados nacionales en Europa.

Los reyes de España al erigirse en paladines del catolicismo y al exigir de sus súbditos guerrear bajo todos los climas, habían despertado un sentimiento nacional que fué firme y consolidó la forma política. Francia al proclamar los principios que primaron en el Edicto de Nantes, al regularizar la justicia, al crear vínculos directos entre los reyes y vasallos, afirma su nacionalismo. Lo mismo puede decirse de los otros estados de Europa; es una corriente compleja que recorre todo el continente, que enlaza a las conciencias cimentando formas políticas regulares.

El viejo juramento de vasallaje se traduce en lazo político consolidado por la conciencia pública; los hombres se hermanan en el ejercicio de las instituciones, y los estados nacionales se definen para bien de la civilización. Es así porque el nacionalismo es la fórmula definitiva de la humanidad, a la que articula en el gran organismo universal.

El nacionalismo consulta la naturaleza humana; los estados que no traducen este proceso de articulación, implican una fórmula artificial, y desaparecen. En vano la fuerza quiere encadenar los pueblos antagónicos; el tiempo hace que estas fórmulas políticas sean precarias y que los hombres, instintivamente, se reunen en naciones, por cuanto el progreso no es fruto del esfuerzo del hombre aislado, sino la acción levantada del grupo humano con sentimiento nacional.

LA DECADENCIA SOCIAL Y ECONÓMICA DE ALEMANIA. — Una de las consecuencias particulares de la guerra de los treinta años fué la decadencia social y económica de Alemania, no sólo

porque ella implicó una lucha interna apasionada, sino porque las proyecciones continentales del conflicto hicieron de su territorio el campo de batalla de los ejércitos de naciones extranjeras.

Cuando la vida política, moral e intelectual de Alemania reclamó a gritos, en los campos protestantes y católicos, la firma de la paz, se advirtió que ésta no era fácil. Las naciones extranjeras llamadas por uno u otro de los bandos en lucha, en su auxilio, habían hecho sacrificios de todo género, y naturalmente reclamaron el derecho a ser escuchadas. El pueblo alemán se sintió despojado del derecho de decidir acerca de las formas de su propia vida política, y advirtió que el arreglo de las cuestiones que afectaban a la constitución del Imperio dependían de una previa inteligencia con las potencias extranjeras.

Recién se vió el error de la política de buscar auxilio en el exterior para dirimir contiendas intestinas, pues si el Emperador había recurrido a España con cuya casa reinante estaba emparentado los protestantes habían obtenido cooperación primero de Dinamarca, después de Suecia y finalmente de Francia. Todas estas potencias reclamaron su parte, y como intervinieron en la paz, todas sus estipulaciones, aun las de orden netamente alemán, quedaron en el hecho implicadas en un acuerdo general controlable por los diversos negociadores. El imperio germánico considerado en conjunto, dejaba de ser un estado único para aparecer cada vez más los estados parciales.

Las cosas hubieran resultado peores para el Imperio si las potencias extranjeras cooperadoras hubieran conservado, en las negociaciones, el frente único de los campos de batalla. Felizmente cada una no solamente buscó su interés, sino que se vieron distanciadas por las cuestiones religiosas; si Francia, católica, había luchado unida con reyes protestantes y los príncipes reformados alemanes, en la hora de la paz se sintió atraída a servir a los intereses de la Iglesia de Roma, sin perder de vista su antagonismo apasionado con la casa de Habsburgo.

Obligadamente la paz debió hacer indemnizaciones territoriales a las potencias extranjeras cooperadoras y a los príncipes alemanes, y convenir una serie de garantías para los últimos que modificaron la constitución política del Imperio.

La paz de Westfalia consumó prácticamente la ruina del Imperio; la soberanía, arrebatada a la casa de Austria, pasó

a la Dieta, con jurisdicción para las cuestiones de paz y guerra, las alianzas, la legislación y la firma de tratados, Dieta en la que los estados particulares (como 360) ejercían una personalidad de soberanía integral bajo la sola condición de respetar lo estipulado en Westfalia.

LA HEGEMONÍA POLÍTICA Y CULTURAL DE FRANCIA. (RICHELIEU Y LUIS XIV). — Las guerras de religión terminaron prácticamente en Francia con el reinado de Enrique IV quien, habiendo sido calvinista antes de llegar al trono, inauguró una política novedosa concretada en el Edicto de Nantes.

Esta sabia fórmula consagró la libertad del cristiano de ejercer libremente el culto, y sancionó la igualdad de derechos de católicos y calvinistas. Desgraciadamente la mano de un exaltado tronchó su vida que era toda una promesa para la civilización. Pero su política estaba tan sabiamente calculada a los intereses nacionales, que es continuada por Richelieu, y enfrentada a la política intemperante de la casa de Austria produjo la crisis que termina con los tratados de Westfalia.

Estas guerras en que la Francia se vincula a los príncipes alemanes y triunfa no fué iniciada por los elementos franceses, pero en ellas luce el genio de sus estadistas; además de adquirir algún dominio territorial logró la libre navegación del río Rhin, y sembró en el espíritu de sus aliados el germen que debía traer, diez años más tarde, *la liga del Rhin*, aliándolos bajo su protectorado para oponerlos a las ambiciones de la casa de Austria.

La obra de Enrique IV, continuada por Richelieu, se realizó mediante la habilidad y vigilancia de Mazarino y del rey Luis XIV y la casa de Austria abatida en su poder despejó el horizonte de Europa, iniciándose la supremacía de Francia.

Enrique IV había dicho: "Quiero que sea de los españoles, la lengua española; la alemana, de Alemania; pero toda la francesa debe ser una." A Richelieu por su parte se adjudica esta expresión: "El fin de mi ministerio ha sido el de restablecer los límites naturales de las Galias y de identificar a la Galia con Francia, formando en todo el territorio de la antigua Galia a la nueva nación". Fué un programa idéntico desarrollado con habilidad y que aseguró el hábil ministro asegurando la Alsacia a su Patria. "La obra del Cardenal, ha dicho Thierry, ha tenido el singular mérito de no haber perdido nada por

la evolución del tiempo y las revoluciones de Europa; de ser para nosotros, después de dos siglos, tan viva y tan nacional como en el primer día". "La concepción de un nuevo sistema político en la Europa, levantado sobre el equilibrio de fuerzas rivales y en el cual Francia ejerció, para el mantenimiento de la independencia común, el ascendiente logrado, fué ejecutado por Richelieu a fuerza de negociaciones y de victorias".

La transformación constitucional de Inglaterra (Cromwell y la restauración). — La tercera circunstancia notable de este período fué la transformación constitucional de Inglaterra y el abandono de su política insular para hacerse presente en el continente. Tampoco escapó ella al proceso del absolutismo con que los Estuardos buscan legalizar sus usurpaciones destruyendo las garantías políticas que existían y limitaban la autoridad real.

Sabemos era un privilegio de la nación inglesa autorizar los impuestos. El Rey necesitaba dinero para crear un ejército permanente, para fundamentar su autoridad, que era necesario desde que no puede existir absolutismo sin un ejército profesional.

El Parlamento niega los subsidios y el Rey lo disuelve; por tres veces recurrió a este procedimiento, sin resultado; pretende silenciar la resistencia de su pueblo por medio de la abundancia, de la felicidad y de la riqueza; por un momento se creyó iría a triunfar el absolutismo, pero la reforma calvinista de Escocia declara la guerra al monarca. El Rey obligado a transigir reúne al Parlamento conocido con el nombre de "Largo Parlamento", que le exige ser convocado por lo menos cada tres años, que no podrían derogarse las instituciones de justicia, como otras garantías de orden público. Las represalias de la política real atormentan al pueblo y se produce la reacción de los puritanos.

Oliverio Cromwell, uno de los caracteres más notables de su época, fué el hombre llamado a ponerse al frente de la acción popular. El "Largo Parlamento" llamó a juicio al rey y a sus ministros, decapitó al ministro y empezó a castigar a todos los cómplices del Rey en sus últimos once años de gobierno, y concluye por decapitar a Carlos I. Cromwell se puso al frente de las masas populares y gobierna largo tiempo a Inglaterra. Fué uno de los hombres más patriotas. Entre su obra debe desta-

carse el "Acta de Navegación" en cuya virtud ningún acto de comercio entre Inglaterra y sus colonias podía ser ejercitado por barcos que no fueran ingleses, construídos en astilleros ingleses y dirigidos por capitanes británicos.

La muerte de Cromwell y la incapacidad de los jefes republicanos que podían sucederle dió el triunfo a la restauración de la monarquía. Disuelto el Largo Parlamento, los nuevos electos, en la Cámara de los Comunes, ofrecieron un carácter presbiteriano realista, cuyo espíritu también se evidenciaba en la de los Lores. Hubo como un apresuramiento por hacer a un lado las ruinas de la República; Carlos II, desde Breda, en el continente, ofreció las garantías de amnistía, tolerancia y aprobación de las negociaciones entabladas ad referendum del Parlamento. Las Cámaras declararon que según "las antiguas leyes fundamentales del Reino, el gobierno se componía del Rey, Lores y Comunes"; decidieron invitar al Soberano legítimo a regresar y Carlos II hizo su entrada con un apoyo evidente de la opinión del país.

La revolución había terminado; su historia no fué estéril ni para Inglaterra ni para la humanidad. El gobierno absoluto planteado desde Enrique VIII, ya no pudo advenir en una sociedad que había gustado la libertad tan ampliamente, y si bien en los estados continentales ese absolutismo no pudo ser impedido (hasta fines del siglo XVIII) el ejemplo de Inglaterra sirvió como base de comparación y ejemplo de una monarquía constitucional. Reconocido el dominio del Parlamento se aseguró la transformación de los antiguos estados o brazos en la moderna Constitución; las cuestiones de la tolerancia y de las relaciones de la Iglesia con el Estado, que tanto habían preocupado a los puritanos, no desaparecieron del dominio público; por el contrario, se extendieron por Occidente para arraigar en la conciencia universal, como las grandes verdades que escribiera Milton en defensa de la República y la Justicia, y que pasaron a constituir la herencia espiritual legada por aquella generación.

LECCION LVIII

LAS CORRESPONDENCIAS IDEOLOGICAS Y CIENTIFICAS

CORRESPONDENCIAS IDEOLÓGICAS Y CIENTÍFICAS AL FINALIZAR LA GUERRA DE TREINTA AÑOS. — Si el Renacimiento y la Re-

forma actuando como fuerzas generales sobre la comunidad de los pueblos de Europa Occidental, habían producido expresiones análogas uniformando la cultura, las luchas de religión en Alemania, en que se mezclan los partidos y las naciones, produjeron enlaces más íntimos que ya no dependieron de la definición ideológica de los pueblos, sino de intereses generales accionando sobre un panorama identificado de civilización.

El pensamiento y la ciencia hoy no tienen patria, pertenecen a la humanidad, y ésta los trabaja sabiendo que elabora un patrimonio común, indivisible. Esta posición espiritual advino precisamente en la época de la paz de Westfalia; las reservas que los hombres de estudio hacían de sus descubrimientos, y que empezó a declinar en el siglo XVI, dejó de usarse como disciplina corriente, sobre todo porque la imprenta, al servicio de las conquistas del conocimiento humano, creó para los hombres de estudio y para la literatura un nuevo medio de vida, el de la edición y venta como empresa de sus creaciones.

Sobre todo a esta circunstancia se debe una correspondencia ideológica y científica notable entre los hombres de estudio de las diversas naciones, no sólo en cuanto hace a la concatenación de las ideas fundamentales y fines superiores, sino en lo que respecta a los mismos saldos de los esfuerzos. A veces es tal el sincronismo de los resultados que la paternidad de algunas conquistas científicas agitó a los contemporáneos y continúan siendo problemas irresueltos.

MENCIÓN DE LOS DESCUBRIMIENTOS Y TEORÍAS FUNDAMENTALES DE GALILEO, COPÉRNICO Y NEWTON. — Es posible también que esta correspondencia interesante resultase de la forma como se encaró el estudio de la realidad.

Copérnico (1473-1543) fué el revolucionario en ciencias exactas. Sostiene que la naturaleza opera por las vías más sencillas; con este principio estudia el calendario; la esfera es la figura más perfecta, y por ello sostiene que el mundo es esférico, como los demás planetas, y sus movimientos son circulares porque sólo el círculo hace a los movimientos regulares. Admite como hipótesis la gravitación o atracción de la materia. Copérnico no inventa nada. Redujo la doctrina de Pitágoras a un conjunto coordinado y tan sencillo que el progreso de los conocimentos no exigió otro para explicar los fenómenos nuevos que la ciencia fué descubriendo. Para Copérnico el movimiento diur-

no explica el de los astros; el movimiento anual suprime las estaciones vistas como correspondientes a ideas extravagantes y retrogradaciones; da la base para medir las distancias por medio de la triangulación en que entran como elemento el sol y como base el eje de la órbita terrestre; sostiene que la variación de la estrella en declinación y ascensión depende de los movimientos del ecuador de la tierra, etc. Su obra fundamental, "Revolución de los cuerpos celestes", fué puesta bajo la protección de Paulo III con el fundamento de que la Iglesia podía utilizar sus resultados para determinar la duración del año y los movimientos de la luna, en lo que se fundan sus celebraciones, pero no fué inconveniente para que fuese condenado (1616) por la Congregación del Index.

Continúa estos estudios el famoso Galileo (1565-1642) con su método de escrupulosa observación en base a utilizar los instrumentos que se habían ido inventando, repudiando todo hecho que no hubiese examinado. Casi puede asegurarse que fué el restaurador de la filosofía de las ciencias al preferir las experiencias al razonamiento, al someter al cálculo la apreciación geométrica y considerar la duda como madre de las invenciones y camino de la verdad. La lógica, dice, no puede demostrar lo que no se ha encontrado; primero se debe llegar al hecho por la investigación, aumentando la capacidad de los sentidos con la ayuda del instrumental.

Se debe a Galileo la invención de los termómetros, de los compases proporcionales, etc. medios usados luego para sus descubrimientos. El isocronismo del péndulo lo utilizó para medir el tiempo y las pulsaciones de las arterias, adoptó los teoremas geométricos a las máquinas y a las fortificaciones, para fijar las leyes musicales de la consonancia y la disonancia, etc. Sentó los principios de la ciencia mecánica, de la estática y la dinámica; la ley de la aceleración de los cuerpos y de su descenso por planos inclinados, el movimiento parabólico de los proyectiles, etc.

Después de inventar el telescopio y de aplicarlo a las investigaciones astronómicas, estructuró todo un sistema celeste; su obra *Nuncius sidereus* compendia los descubrimientos más admirables.

Para comprender la grandeza de Galileo debe comparársele con sus contradictores; los platónicos, para quienes el cie-

lo estaba gobernado por leyes ajenas a la tierra; los peripatéticos, con una astronomía a priori; y los hombres de ciencia de su época que veían contradichos los principios de los que arrancaban en sus teorizaciones. El proceso de que fué objeto, incoado ante la Inquisición, valoriza la revolución que el gran sabio hizo en la ciencia de su época.

Newton (1642-1727) maduró todos los progresos de su siglo. Su talento complejo le permitió ocuparse de conocimientos diversos, y fué así como en lo que respecta a la mecánica, óptica y astronomía, produjo una serie de innovaciones. Hizo interesantes investigaciones sobre el calor y la temperatura, sobre el movimiento y atracción de las moléculas, sobre la composición de la luz, y como estudió perfectamente las leyes de la refracción y reflexión, aplicólas a la construcción de un nuevo telescopio de reflexión y un microscopio análogo, que permitían acercar los objetos lejanos y aumentar lo infinitamente pequeño.

Pero la gran obra de Newton está en haber enunciado las leyes de atracción de la materia con la cual explicó la armonía universal. Las leyes del movimiento y de la gravedad son conquistas definitivas que cada día se van confirmando. Las anormalidades aparentes, como la rotación orientada diferentemente de algunos satélites, y la irregularidad de los anillos de Saturno, fueron también establecidas por este sabio en su doctrina general.

Todo lo que en la época de Galileo fué puesto en duda, en la época de Newton fué explicada por la ley de atracción.

Sus concepciones tuvieron una más completa realización por el aporte de Laplace, quien efectuó de nuevo los cálculos de Newton. Se ocupó de los movimientos de los astros y de las irregularidades de los planetas. El fué quien aplicando los elementos de Newton, dió la clave de los satélites de Júpiter, fijando sus leyes, y quien determinó cómo si los elipses planetarios eran variables, el gran eje de cada órbita era estable. Aclaró asimismo las perturbaciones lunares, de cómo el movimiento de la tierra en sus ejes es invariable y el equilibrio constante de los anillos de Saturno.

IDEM DE LEIBNIZ Y HARVEY. — Entre los hombres del siglo XVII, como representativo del pensamiento filosófico, nos encontramos con Leibniz (1646-1716), quien fué a su vez un notable matemático. En este último concepto se le asigna la in-

vención del cálculo infinitecimal, descubrimiento debatido que también se atribuye a Newton, a quien la posteridad reconoció preeminencia al respecto, pero Leibniz fué el primero en hacerlo público.

En cuanto a la filosofía, Leibniz se especializó con la teoría del conocimiento. Hasta su siglo se sostenía que el espíritu del hombre era como una tabla rasa en la que las sensaciones fijaban las ideas. El maestro no reduce el entendimiento a las ideas solas. Admite una división entre las ideas y las sensaciones que son los hechos, y aquellas o sea las ideas, las verdades. Busca el principio en lo más simple, y ve a éste en lo que llama "mónada", o sea el elemento primo. Establece el concepto de que en el hombre existen ideas innatas pero que situadas en el espíritu, son simples embriones no perfectos que se desarrollan con la cultura.

El hombre, dice, es como un bloque de mármol que en su interior tiene las líneas básicas de la estatua, y basta que la cultura y el trabajo pulan este bloque, para que las ideas generales surjan, acentúandose.

El estudio del hombre en su aspecto anatómico o biológico había generalizado observaciones que se tomaban de otros seres vivos. Se estudió particularmente las venas observándose que las válvulas se dirigían al corazón, de donde parecía resultar que la sangre circulaba. Harvey (1518-1657) enseñó en Londres este principio, y su obra "Motu sanguinis et cordis" (1628) concluyó de destruir los viejos errores que la reducían al pulmón y otras partes vitales. Estas ideas parece que ya se admitían en Italia y que Harvey habría tomado de Eustaquio Rubio todo lo que hacía al sistema vascular, aun cuando mejorándolo por los resultados de la anatomía experimental a la que se dedicaba con el auxilio de los reyes de Inglaterra de quienes era médico.

IDEM DE GIORDANO BRUNO Y BACON. — Entre los representativos de la filosofía encuéntrase Giordano Bruno (1548-1600), notable por su sistema panteísta. A él corresponde la expresión de que Dios es la unidad, la *mónada de las mónadas*, concepto que hizo célebre Leibniz. Sostiene que el espíritu y la materia se concilian en Dios, que el alma humana al participar de la vida divina se hace inmortal. Aun cuando estas ideas no eran suficientes para alarmar a la Iglesia fué objeto de persecuciones

que él acrecentó con sátiras, negando la eficacia de la oración y asimilando los mitos de la Biblia a los del paganismo. La Inquisición de Venecia lo detuvo y es entregado a Roma en la que después de siete años de mazmorra fué condenado a la hoguera. "El juicio que contra mi formuláis, dijo a sus jueces, os aterra a vosotros más que a mí". Nápoles le erigió (1865) una estatua ante la cual los estudiantes quemaron el Syllabus de Pío IX, y Roma le erigió otra (1889) en el teatro de su martirio. La principal influencia de Bruno se desarrolló sobre el panteísmo alemán, llevando a Schelling a poner su nombre a una de sus obras.

Aun cuando ya nos hemos referido a Bacon (lección 50) como expresión de la civilización de Inglaterra, cabe su mención en esta síntesis de las correspondencias ideológicas de la época.

Bacon (Francisco) de Verulam (1561-1626) es considerado el precursor de la filosofía empírico positivista. Si bien no fundó ningún sistema, presentó un método de investigación científica que aún cuando fué dejado incompleto es considerado como transcendental; fué como el camino indicado a la ciencia para que ella llegase al grado de desarrollo de nuestros días.

En realidad no es un innovador, como Descartes, Leibnitz o Kant; se caracteriza por sacar conclusiones de trabajos realizados por terceros.

La doctrina de su método la desarrolla en su libro Novum Orgánum; se inspira en que el hombre ejerza su poder sobre la naturaleza conociendo sus leyes y los principios de las cosas, que no han de tomarse de la inteligencia humana (como hacían los antiguos) sino de la propia naturaleza, dejando que ella hable. Para interpretar esa naturaleza el hombre debe despojarse de sus falsas representaciones (ídolos) que fluyen no sólo de la naturaleza de los objetos cognoscibles sino de nosotros mismos; en nuestro espíritu, dice Bacon, radican causas naturales de error, algo como ilusiones ópticas inevitables. A éstos los llama fantasmas o ídolos de la tribu humana (Idola Tribus).

Además distingue otras fuentes de error que provienen de la constitución individual, especie de caverna en que cada uno está encerrado como los misioneros de Platón: éstos son los ídolas specus. Luego advierte los errores procedentes de la confusión de las palabras y las cosas en el comercio social: idola fori, y por fin los derivados de los dogmas metafísicos que habiéndo-

se adueñado de los espíritus (idola theatri) los perturban. Su método tiende a que el conocimiento eluda estos errores.

En el desarrollo y práctica de su método, Bacon ha sido objeto de numerosas críticas; si bien señaló la verdadera naturaleza de la inducción, no la habría ejercitado en forma completa y clara. Se le objeta el valor subalterno que dió a la conjetura y a la hipótesis, tan útil a la ciencia, y su desprecio del silogismo.

IDEM DE DESCARTES Y PASCAL. — Renato Descartes (1596-1650) aporta al progreso de las ciencias exactas y de la filosofía una destacada contribución. En cuanto a las ciencias exactas, da el método de expresar algebraicamente las curvas geométricas, y escribe sobre astronomía contradiciendo a Galileo. Pero donde la obra de Descartes hace cumbre es en filosofía. Establece el método de la duda; no acepta sino sus ideas, y de la certidumbre de su existencia arranca para organizar su sistema del conocimiento. En cierto modo el método es el de Montagne. Pienso, luego existo; y de esta conclusión, yendo de lo simple a lo compuesto, de la duda a la certidumbre, forma su doctrina que fué como un dique al escepticismo. A ella corresponde haber afirmado la reyecía de la razón, y puede decirse que su filosofía produjo la sobria y robusta del siglo XVIII.

Tuvo numerosos discípulos; puede decirse que todos los filósofos que le siguieron fueron cartecianos, hasta que un grupo de ellos, denominados arminianos, extreman el principio sosteniendo que hasta las escrituras sagradas debían probarse con la razón. La opinión religiosa se alarmó con estas conclusiones, y la congregación del Index interpretando el dogmatismo católico incluyó sus libros entre los prohibidos.

Las obras fundamentales de Descartes fueron el *Discurso* del Método y *Meditaciones.*

Pascal (1623-1662) fué un notable matemático, autor del "Tratado de las Secciones Cónicas", indagador de cuestiones físicas (el vacío, el termómetro, etc.), pero su personalidad transcendente la forjó desde su refugio de Puerto Real. Allí escribió su Conversación de Epiteto y Montagne, entre el filósofo que manifiesta la naturaleza humana y el escéptico que la rebaja revelando sus enfermedades para burlarse; como las "Cartas a un Provincial", en que se debaten problemas de moral y de política de los jesuitas, cartas que en su época centraron el comen-

tario de todo París. Combatió en ellas el probabilismo y la casuística de los jesuitas, enemigos de los jansenistas, y aún cuando fueron condenadas en París y en Roma, Pascal no las repudió nunca.

De ideología cartesiana Pascal se apartó de ese camino a medida que el jansenismo, forma aguda del cristianismo, adquiría ascendiente sobre su espíritu. Sin embargo creyó, como Descartes, que la dignidad humana consiste en el pensamiento; hace como éste tabla rasa de las opiniones, para reconstruirlas, pero en lugar de la razón se vale de la revelación cristiana; y como aquél es hostil al principio de autoridad, tan familiar a la escolástica, sosteniendo que el texto de un autor no basta para destruir las razones poderosas que lo contradicen. Por último, como Descartes, cree en el progreso, y considera a la humanidad como un solo hombre, vivo, que siempre aprende.

Algunos fragmentos de los *Pensamientos* permiten reconstruir el conjunto de la doctrina de Pascal. Para conquistar el sumo bien el hombre necesita menos de su razón que de su corazón, pero sólo pueden tocar la certidumbre aquéllos que han sido tocados por la gracia de Dios.

En lo que hace a la calidad literaria de los escritos de Pascal, puede decirse que fué uno de los creadores de la prosa francesa, de la que sigue siendo un modelo casi no igualado.

IDEM DE HOBBES, SPINOSA Y LOCKE. — Mientras los filósofos franceses y alemanes, con excepción de Leibnitz, son hombres de libros, profesores, los filósofos ingleses son en su mayor parte hombres de acción que actúan en la vida pública. Como si siguieran el ejemplo de Bacon, se preocupan de las consecuencias prácticas de sus doctrinas, del bien del estado, de la moral y felicidad de los hombres, revelando una tendencia utilitaria en el mejor sentido de la palabra.

Hobbes (1588-1679) se destaca por su filosofía política y por su moral. Partiendo del "pienso, luego soy", de Descartes, dice "pienso, luego la materia debe pensar", y sostiene que en el hombre no hay nada más que los sentidos, que son ellos los que hacen el conocimiento con la sensación, que la razón se forma mediante su ejercicio y la experiencia. Esta tesis es la llamada *sensualista*, y naturalmente en ella el conocimiento está limitado a lo finito. Para ella el Dios sólo puede ser objeto de adoración o de temor.

En materia política Hobbes no admite ni la libertad ni el derecho; el hombre es un lobo para el hombre, la vida es una guerra de todos contra todos.

Encuentra en el choque de intereses y repulsión entre ciudades vecinas, la medida de lo ocurrido entre los hombres antes de crear el gobierno como principio de orden. Dividió el derecho, en derecho natural del hombre, que le pertenece por razón de su naturaleza, y el derecho de los estados o de gentes. Al establecer que el principio del orden debía regular la sociedad, Hobbes invierte los valores y se erige en una especie de apóstol de la tiranía sin límites.

Sostiene que el hecho es un derecho; que la guerra es el estado natural del hombre, y que el jefe, encarnación del orden, debe ser absoluto para imponerlo. Sus ideas fueron fundamento del monarquismo absoluto desarrollado en Inglaterra.

Spinoza (1632-1677) es uno de los hombres máximos de la filosofía. De origen hebreo, hizo con estos libros lo que los católicos con los suyos. Escribió su "Etica", que lleva a un panteísmo materialista, y en el que es precedido por Giordano Bruno. Según Spinosa todo se encuentra en la materia: la inteligencia y la voluntad son meras modificaciones del organismo; en lo moral, sostiene que el vicio y la virtud son lo mismo, porque no son otra cosa que aspectos no exactos de una misma naturaleza, y en cuanto al derecho, lo ve en la fuerza, que lo legitima y explica. El método de Spinosa va de lo general a lo particular, de la causa al efecto. Pone la fe por debajo de la razón, considerando a la revelación como una especie de transposición de la verdad colocada así al alcance de los simples.

Locke (1632-1704) el famoso autor del *ensayo sobre el entendimiento humano,* estudia las diferentes facultades de conocer que se hallan en el hombre y que obran sobre los diversos objetos que se presentan a su espíritu, definiendo las ideas que sugieren y su grado de certeza. Crea un tratado de Ideología y al examinar las facultades no persigue fin alguno de escepticismo, sino sacar al conocimiento del error.

Su famoso *Ensayo* está dividido en partes, estudiando las nociones innatas, las ideas, las palabras, y el conocimiento. Contrario a la teoría de las ideas innatas, procura demostrar que no existen principios innatos en el orden especulativo, ni en el práctico, y que las ideas que los integran tampoco son innatas,

porque su origen está en la experiencia. Convierte a ésta en el origen del conocimiento mediante la sensación y la reflexión. En cuanto a las ideas universales, expresa que son hijas del entendimiento. La exposición de la parte de *lógica* de su obra es detallista en los grados posibles del conocimiento.

Pero donde Locke se presenta indudablemente grande es en su filosofía social, o sea en la investigación de las leyes de los organismos humanos colectivos. Se dice por ello que fué el fundador del liberalismo moderno al establecer que todo derecho es una libertad y está el primero de los derechos.

Sostiene que la libertad y la igualdad son condiciones naturales del ser humano y que las relaciones subsisten independientemente de las convenciones sociales. Este pensamiento es el reverso de la doctrina del contrato social que había fundado Hobbes, a quien Locke critica severamente.

Locke desmiente el enfeudamiento y la anulación de la libertad y de la igualdad; sostiene que el derecho y la libertad de acción son inalineables en el ser humano y que los hombres tienen el derecho de desenvolver y defender su libertad y cuanto de ella deriva.

En esta filosofía social lo que más llama la atención son las ideas sobre el derecho de propiedad, que sujeta a dos condiciones, la de que no se deje perecer la cosa apropiada, y la de que al efectuarse la apropiación se deje un saldo de la misma para los demás.

Alude, por ejemplo, a lo que ocurre con el agua y el aire, de los que el hombre no podría apropiarse por su general abundancia, pero en cuanto a otras cosas, como la tierra, admite su apoderamiento sosteniendo que el que dejaba de trabajarla ya no era más su propietario. En esta forma quería encontrar una solución a la situación de hecho, que se creaba, entre lo limitado por la naturaleza y lo ilimitado para el hombre. Las doctrinas de Locke están desenvueltas en cuanto refieren al origen de la sociedad, en torno a la idea de contrato. La razón de ser de este contrato es la garantía de los derechos. El poder creado con el acuerdo de los hombres encuentra su límite en el deber de garantizar a todos los individuos el ejercicio de sus derechos.

Por eso la filosofía de Locke tiene por límite al deber.

Entre sus obras principales debemos citar "El liberalismo práctico", "Ensayo de gobierno civil,", "Ensayo sobre el entendimiento", etc.

Locke contribuyó al prestigio que en este siglo tienen las instituciones inglesas, consideradas como un desideratum de la sociedad.

CONCEPCIONES GENERALES RESPECTO A LA NATURALEZA DEL HOMBRE Y DE LA SOCIEDAD; CARÁCTER DE SU INFLUENCIA. — Fácil es advertir a través de lo expuesto que la filosofía había cesado de basarse en la erudición para dedicarse al estudio del hombre desde el punto de vista de su naturaleza y del de sus relaciones con sus semejantes. Su cuerpo estudiado mediante la anatomía experimental y la investigación en otros seres organizados; y sus facultades intelectuales analizadas en las etapas del proceso mental y el origen del conocimiento, valoraron la personalidad humana situándola frente a la naturaleza, en la que era, como las demás especies vivas, un ser sujeto a su capacidad y posibilidades. El existir dependía de su acción y la forma en que dominase esos elementos externos que le eran imprescindibles. Nació entonces una ciencia que tenía por objeto la naturaleza humana, para su protección y su defensa, y que contribuyó a dignificarlo.

Su existencia en común con sus semejantes, no en forma circunstancial sino permanente, como régimen esencial a su vida, llevó la investigación a ese conjunto sometido a un orden social, con el propósito de establecer sus fundamentos, las condiciones en que se había producido originariamente o la naturaleza de las obligaciones que el hecho de la sociedad implicaba.

A la concepción contractual de Hobbes y de Locke, al origen del poder, se sumaron las preocupaciones por estructurar los fines perseguidos, y Grotius, por ejemplo, divulga las leyes de la justicia y de la humanidad; da las bases del derecho de gentes, expresando que su existencia induce la personería legítima de las naciones y el concepto de la humanidad. Es, como se observa, el creador del "Derecho Natural". Sostiene que la guerra es justa cuando ella se hace para la defensa de un derecho. Hay, dice, dos maneras de resolver las contiendas de derecho; ellas son, la de la discusión y la de la fuerza, siendo la última propia de los animales.

Estas concepciones genéricas debían continuar preocupando a la humanidad, siendo el material predilecto del pensamiento del siglo XVIII.

LECCION LIX

EL SIGLO DE LUIS XIV

APOGEO DEL ABSOLUTISMO MONÁRQUICO; EL REY Y EL ESTADO; LA NOBLEZA CORTESANA; EL PROTECCIONISMO INDUSTRIAL Y LAS EMPRESAS COLONIALES; RESEÑA DE ESTAS CONDICIONES Y CIRCUNSTANCIAS. — Insensiblemente junto con la estructuración de los estados nacionales y la definición de los organismos administrativos que resultaban imprescindibles, el poder público fué centralizándose para no depender sino de la voluntad del soberano. Creóse en esta forma un régimen de absolutismo que hemos visto definirse en todo Occidente, y del cual Inglaterra, con su estructuración constitucional, fué la primera en liberarse.

Este absolutismo europeo ofrece dos formas o caracterizaciones; el absolutismo radical, que se produce en Francia, y cuyo representante es Luis XIV, y el absolutismo ilustrado que observamos en Prusia, con Federico II.

Si desde un punto de vista teórico el absolutismo es reprobado como fórmula política, hay que consignar que en este período contribuyó a perfilar las características nacionales, hizo que en cada una de las agrupaciones políticas en que se producía lucieran aquellas ideas que daban forma a los ideales nacionalistas, e impidió que las regalías y privilegios, que sobrevivían de la época feudal, cortasen el vuelo o avasallasen los sentimientos colectivos en cuya fuerza se apoyan las naciones.

Con esto no buscamos legitimar el absolutismo. Mirabeau al llamar a Luis XIV, el más asiático de los reyes de Francia, ha dado el juicio definitivo sobre este régimen, de negación de la libertad y de auge de la fuerza, y cuya razón de ser se buscó por Luis XIV en la propia divinidad. No obstante la culpa no fué toda del Rey Sol, porque la filosofía de la historia comprueba en Francia manifestaciones de una tendencia secular hacia el absolutismo.

Uno de los embajadores de Venecia, que llegó en época de Luis XIV a Francia, concreta en sus escritos esta tendencia. En Francia, dice, el pueblo está preocupado con exceso de todo aquello que lleva a la igualdad, y con este anhelo no trepida en olvidar la libertad.

Sabemos que en todo organismo social la libertad es como la coordinación básica de su existir; para ejercitar los derechos

no se necesita llegar previamente a la igualdad porque se carecería de libertad para ejercitarlos. De allí que el genio francés que busca la igualdad sobre todo otro principio, era como un protoplasma propicio para el desarrollo del absolutismo.

Luis XIV tiene la intuición de ese orden de cosas, crea la igualdad bajo el despotismo, la traduce en los hechos y la afirma en las instituciones durante su largo período de gobierno.

Ocupó el trono joven y lo ejerció durante mucho tiempo; bajo su reinado Francia llegó al pináculo de la gloria y también a los límites de la decadencia.

Los filósofos creen que el Rey francés aspiró a la monarquía universal, y en efecto, cuando analizamos su ideología, lo consignado en sus memorias, y los documentos que subscribió con los electores de Alemania, para asignarse el título de Emperador, encontramos lógica las acusaciones a su política.

Sus guerras por otra parte lo comprueban. Luchó en Flandes levantando la doctrina de la devolución, pretendiendo llevar al derecho público una disposición de carácter privado del régimen de las herencias. Luchó contra Holanda, que entonces era una de las regiones marítimas más importantes, por su comercio. Luchó en Alemania, donde venció, por motivos políticos. Luchó también en Austria, en Inglaterra, y en España, en la guerra conocida bajo el nombre de guerra de sucesión y para borrar en lo político la frontera de los Pirineos. En ciertos momentos sus triunfos anticipan una promesa de monarquía universal, pero las coaliciones de las naciones europeas contra su poder, impidieron esta posibilidad.

La política absolutista de Luis XIV, que la historia ha definido en sus palabras "el estado soy yo", fué posible sobre todo por el decaimiento de la nobleza. Ella que había dejado de ser en los principios de la Edad Moderna una clase política, perdió asimismo el sello de clase militar con la organización de los ejércitos profesionales y permanentes y con el advenimiento de una ciencia de la guerra. "Los tres Mosqueteros" popularizados en la novela, son como la expresión del valor personal que cede a las armas de fuego, a la disciplina y al número, y naturalmente la nobleza, que conserva una prelación social sin funciones, no encuentra más misión que rodear al monarca en la corte y asumir las funciones íntimas que traducían valimento. Es el siglo de la nobleza cortesana, sin fun-

ciones sociales, que sólo da espectabilidad a la monarquía y contribuye a su fausto, y de cuyo seno contados hombres, que estudian y no se dispersan en los placeres, sirven al estado antes que como nobles como seres capaces de la función pública.

Entretanto los negocios de la administración están servidos por funcionarios del tercer estado, a quien el Rey puede substituir sin responsabilidad y de quienes sólo podía esperar el afán honrado de cooperar al bien de todos, desde que pertenecían con sus familiares y sus amigos a la masa de la nación. Del seno de estos hombres capacitados por los negocios y el estudio, tomó Luis XIV sus grandes colaboradores. Todo régimen absolutista aniquila la libertad pero fomenta el bienestar público. Pareciera que la falta de preocupaciones públicas y de movimientos de opinión, hiciese que el pueblo sujeto a un régimen de fuerza intensificara sus actividades en el orden de la riqueza y la economía. Prusia, por ejemplo, sometida al absolutismo ilustrado de Federico II, vió multiplicarse su progreso; sus campos extensos fueron cultivados y acreció la fortuna particular; lo mismo pasa con Francia e Inglaterra, etc.; en todas ellas el comercio y la industria dieron saldos tan significativos que producen la grandeza de estos estados.

Debió ser realmente poderoso el movimiento de la riqueza en general para que se cambiase el mapa político de Europa, sobre todo cuando recordamos que la industria y el comercio se desarrollan en un régimen de libertad, antítesis de lo que en aquel siglo ocurría. En efecto: la opinión asignaba al estado las funciones de dictar reglamentos a la industria. Las fábricas y los talleres donde el hombre convierte un producto en otro, valorizándolo con su trabajo, no podían desenvolverse libremente. Su establecimiento era un privilegio de los "maestros", título logrado con trabajos largos y difíciles, y una previa aceptación por los gremios de artesanos, con organización privilegiadas. Sus reglamentos en el afán de caracterizar las industrias, imponían métodos de los cuales no podía salirse, determinaban la calidad de los productos a enviarse al consumo, y se extremaba tanto el detalle que en la industria del tejido se indicaba hasta el número de hilos de que debían componerse los telares. Colbert, el gran ministro de Luis XIV, interpretó la necesidad y dió un reglamento industrial que es un documento detallista, síntesis de las vallas creadas en torno a la

industria y al comercio, sujetos al control oficial. No solamente el estado reglamentaba la industria sino que a veces se siente empresario y funda fábricas, muchas de las cuales fueron famosas, en las que los operarios desde los aprendices hasta los maestros dependían directamente del gobierno como un departamento del mismo. Así, por ejemplo, la fábrica de gobelinos y la de encajes, que Colbert establece.

Esta misma reglamentación para la industria existía para el comercio; el gobierno indicaba a los comerciantes épocas para comprar y épocas para vender, y el comercio llegaba a ser tan artificial y la reglamentación tan estricta, que no podían exportarse productos de una provincia a otra puesto que no se podía comprar ni vender sin anuencia del gobierno. Se presentó el espectáculo de que mientras en una provincia abundaba y sobraba el trigo en otras faltaba pan para el consumo.

La reglamentación de las industrias y del comercio por el estado, que ahora nos parece una injusticia y nos alarma, estaba en aquélla época en un cierto modo explicado por las ideas económicas que se concretan en el "mercantilismo", doctrina profesada por los hombres de estado, según la cual todo acto de comercio contenía un sentido de lucha; de ahí que el comercio internacional fuese como una lucha pacífica entre países.

Lo que gana una nación, se dice, lo pierde otra; y como cada nación prefería aumentar sus riquezas, que dentro de esa doctrina era el oro y la plata, el tema era aumentar la exportación de efectos comerciales y disminuir las importaciones, desde que el valor de éstas debía saldarse en moneda, la verdadera riqueza según las ideas del siglo.

Las ideas mercantilistas llevan a los estados a convertir a las aduanas en algo más que un simple recurso fiscal, de producir dinero; fué el caso de los encajes, en Francia, cuyas importaciones se prohibieron, y de toda la política proteccionista.

Estas ideas podían haber sido lógicas en el siglo XVI, cuando el comercio se ejercía por núcleos urbanos, que debían defenderse de la zona rural, y luego competir con la industria y el comercio de las ciudades vecinas; cuando el oro y la plata eran escasos manteniéndose en el mundo casi el mismo stock que legara Roma. Pero en los siglos XVII y XVIII, las cosas ocurrían diferentemente; el comercio ya no se efectuaba por las ciudades, sino por las naciones organizadas políticamente,

por intereses comunes, y el stock de oro y plata habíase quintuplicado con las importaciones del Nuevo Mundo, en que Perú y Méjico resultaban un manantial inagotable. Sobre estas bases nuevas la política mercantilista era equivocada porque el comercia había dejado de ser una actividad desenvuelta en el seno del continente europeo y por las rutas de sus ríos y mares.

El comercio era oceánico y comprendía a todas las regiones del Universo; impulsaba a los pueblos a relacionarse con todas estas zonas, a colonizar las nuevas tierras e incorporarlas a la cultura europea. De ahí que el siglo XVII fuese un siglo en que la preocupación de colonizar tuvo la trascendencia de una política general.

A contar de los descubrimientos, los países buscaron explotar las nuevas regiones sin participación de terceros, y cuando la colonización nace como actividad regularizada, se transformó en un elemento de lucha entre los estados. Se trajeron al debate teorías viejas, en desuso, como la del mar cerrado, que fué de origen fenicio, invocada especialmente por Portugal. También se constituyeron monopolios y privilegios, a cargo de los estados o de compañías de capitales.

Francia inició sus empresas coloniales en el siglo XVII y las terminó en el siglo XVIII, después de anexar el Canadá y la Luisiana, en el Norte de América, y en sud América esa región maravillosa, medio oceánica, medio fluvial, que se extiende en las costas del Orinoco, o sea a las Guayanas. Para fomentar sus colonias, imitando a Holanda, organizó compañías con privilegios o monopolios, facultándolas a tener ejército y flota.

Con Colbert el Imperio marítimo de Francia hizo cumbre. Sus compañías y sus exploraciones son famosas en la historia del comercio, y las colonias francesas e inglesas rivalizaron en poderío. Pero Francia cometió un grave error dando gran importancia a la política continental, en cuyas alianzas y guerras interviene en primera línea, desatendiendo a sus colonias. Inglaterra, después de lograr y afirmar su unidad política, estuvo en condiciones de intervenir en las guerras continentales, con eficiencia absoluta. La paz de Utrech le dió todo un mundo, con las colonias que recibía, y el tratado de París (1763) consolidó su poderío con la incorporación del Canadá, de Terranova, etc.

CORRESPONDENCIAS CULTURALES DE ESTE MOMENTO HISTÓRICO: PASCAL; SUS PENSAMIENTOS; SU IDEA DEL HOMBRE; PAS-

CAL Y SU SIGLO; PORT ROYAL. — La personalidad poderosa de Luis XIV que daba su sello a Francia y por su intermedio al occidente de Europa, debía tener naturalmente su correspondencia con el movimiento cultural. Declarándose protector (1672) de la Academia Francesa fundada por Richelieu, acercó la literatura al trono, y estableció que sus sesiones, en las que actuaban los cuarenta autores franceses más distinguidos, se verificasen en el Louvre, sin distinción de categorías sociales, por cuanto "el mérito literario más eminente debía considerarse superior al de la cuna y la posición social". Igual protección deparó a las artes.

Aludimos a la época en que se inicia el gobierno personal de Luis XIV, a raíz de la muerte de Mazarino, coincidente con el apogeo del período llamado clásico, antes que por la influencia de los autores antiguos, por la preeminencia de un sentido exclusivista y limitado de la creación literaria, nacido de la influencia de las *clases* en los colegios y las universidades.

La primera de estas correspondencias de la cultura con el momento histórico, sobre todo en razón de su importancia, gira en torno del conflicto que se suscita en el seno de la iglesia católica dividida por las disputas entre jansenistas y jesuítas. Los primeros, fundándose en la doctrina de San Agustín, sobre la gracia, sostienen que el hombre no puede salvarse del pecado original, de sus instintos pecaminosos, sino por la gracia de Dios, que mejora sus propósitos y le comunica amor a la virtud; en consecuencia no se salvaba por acciones piadosas o devotas, o en otras palabras por los actos de contrición y penitencia que los jesuítas sostenían era el camino de la salvación. Evidentemente el jansenismo tendía también a despojar a la iglesia del fausto exterior, reduciéndola a la sencillez primitiva, y a dar más importancia a los obispos como pastores de las almas. Era una revolución contra el espíritu y las formas de la iglesia y contra el sistema de gobierno, que marchaba de frente contra Luis XIV, con su poder absoluto y sus facultades territoriales sobre el clero.

Nuestro propósito no es aludir a esta cuestión, en la que naturalmente el jansenismo fué vencido por el poder de la monarquía y la colaboración de Roma, sino situar en este cuadro a Pascal, quien abandonando el mundo en el que ya se había destacado por su obra científica, encuentra entre los hombres

de iglesia, en el estudio y la meditación, la fuerza inspiracional necesaria para convertirse en un representativo de su época.

Ya hemos aludido a sus doctrinas filosóficas (lección 58). Si las famosas Cartas Provinciales con las cuales Pascal interviene en la disputa entre jesuítas y jansenistas, valen también como exponentes de la prosa francesa, su labor más trascendental como interpretativa de este sentido religioso de la vida, está en su libro los *Pensamientos*, que contienen los capítulos de la *Apología de la religión cristiana*, obra que Pascal dejó incompleta.

Este libro valió a Pascal el que fuese sospechado de alucinado, pero su valor emocional es exquisito; sus pensamientos sobrecogen por su grandeza y sublimidad; tienen un doble carácter escéptico y dogmático que dan a la palabra un sello casi indefinible.

Sostiene Pascal respecto al ser humano que la razón no tiene capacidad para establecer las verdades esenciales de la religión y la moral, doctrina que la Iglesia romana ha condenado bajo el nombre de *fideísmo*. Su moral es ascética, toda humildad, es mística; entiende que la preocupación primera del hombre es la religión,y ahoga la filosofía en la teología.

Los últimos años de Pascal ofrecen el espectáculo de la lucha entre el escepticismo filosófico contra la fe religiosa; su espíritu sufre esta influencia; a veces es incrédulo hasta el extremo, otras creyente hasta el límite de la superstición.

Tal vez por ese contraste el siglo XVII fué un tanto indiferente a sus *Pensamientos*, que se actualizan en el XVIII, que lo admiró pero acusándolo de credulidad y fanatismo. Uno de sus comentadores (Janet) dice que lo que predomina en Pascal es el sello predominante de su siglo: una fe que duda y una duda que quiere creer. Se ha fustigado su escepticismo olvidándose que él no es un fin, como fué para Montaigne, sino un medio de humillar a la razón en provecho de la fe. El siglo XX reconoce en Pascal el haber demostrado la impotencia de la razón ante los grandes problemas metafísicos, y el papel que el sentimiento y la intuición (o sea el corazón) juegan en la vida intelectual a la par y a veces por encima de la razón.

Pascal perteneció a los reclusos de la abadía de Port-Royal, que al trasladarse a París (1636) se convirtió en un lugar de retiro para sabios y piadosos solitarios que repartían su tiempo

entre los ejercicios de piedad y de penitencia, el estudio de las letras y la enseñanza de algunos jóvenes escogidos, entre los que estuvo Racine. Cuando las luchas entre jansenistas y jesuítas (1656) los solitarios de Port-Royal fueron condenados como jansenistas y expulsados, destruyéndose la abadía por Luis XIV, pero el nombre de ese refugio ha quedado imperecedero por el idealismo puro y generoso que se profesaba por su comunidad.

CORNEILLE; SU CARÁCTER Y SU OBRA; RASGOS ESENCIALES (EL HEROISMO SENTIMENTAL Y DECORATIVO). — Una de las correspondencias más notables de la cultura francesa del siglo con el momento histórico, la tenemos en la poesía dramática, en que se destacan tres talentos que llenan sucesivamente la escena con sus creaciones.

Pedro Corneille, educado en la imitación del teatro español y en las obras de Lucano y Séneca, se nos ofrece inclinado a la independencia literaria y a la forma romántica, pero tuvo que someterse al sentido de orden espiritual, de disciplina literaria, que pesaba sobre el genio francés, fruto de la enseñanza de las *clases*, en las escuelas, de donde viene el nombre al clasicismo francés.

Corneille es autor de "Melito", "Clitandra" y "La Viuda", en las que pone de relieve un gusto afectado y romancesco. Sus obras mejores son "Medea" y "El oid", que fué su verdadera gloria, en que se encuentran reunidas el valor, la ternura, la gracia, el honor, en un maravilloso juego de pasiones. Su obra fué discutida por no ajustarse a los preceptos que para la tragedia fijara Aristóteles y tal vez por ello sacrificó desde entonces sus gustos a las reglas que le imponía la crítica. Debemos consignar que tomó los asuntos para sus producciones de la historia de todos los pueblos, y que bajo su influencia se perfeccionó el lenguaje depurándose de incorrecciones y obscuridades.

Corneille cantó la magnanimidad, la elevación de alma, y aun cuando también presenta caracteres subalternos a cuyo análisis entra, su fin es el de expresar la voluntad humana. En sus obras expone a seres que luchan contra el destino adverso, al que vencen por medio de la confianza en sí mismos. Es la representación típica de los artistas que aspiran a gran-

des ideales, en los que ven la suprema belleza. De allí que sea considerado como el cultor del heroísmo sentimental.

RACINE; SU CARÁCTER Y SU OBRA; RASGOS ESENCIALES (EL DECORO HEROICO DE LOS SENTIMIENTOS). — Racine es el eminente autor de "Hermanos enemigos" y "Adrómaca". Cuando joven, Corneille juzgó favorablemente los versos de su "Alejandro", vaticinio justificado cuando el talento de Racine madura. La crítica lo considera superior a Corneille en la disposición de los argumentos y en la mayor ternura y entusiasmo con que encara los asuntos. Cuando trata, por ejemplo, el amor, muéstrase respetuoso hasta en "Pirro", en que la protagonista es una esclava. Su influencia fué notable; transformó la lengua cristalizada desde los tiempos de Corneille en poesía y de Pascal en la prosa. Entre sus demás obras debemos recordar a "Mitrídates", "Verenice", "Yedro", "Esther" y "Atalia". Comparándolo con Corneille, es posible que advirtamos menos individualidad y vigor pero lo aventaja en la distribución del drama y en la fluidez del lenguaje.

Desde el punto de vista de la índole de su obra, fué un pintor de las pasiones humanas, delicado, sutil y profundo, casi exclusivamente las del amor, los celos y la ambición, pero con tal gama de colores que siempre se renueva. Su análisis es tan completo que caracteriza cuantas sombras proyectan tales pasiones al producir sus efectos, pero sin perderse en los detalles correspondientes. Sus protagonistas con su delicadísima sensibilidad y su lenguaje elegante, insinuador y sonoro, reproducen los seres de la sociedad cortesana del siglo de Luis XIV; sean ellos griegos, romanos o asiáticos, piensan, sienten y hablan como los cortesanos de Versalles; el talento psicológico y las pasiones poderosas de las obras del teatro griego no existen en las del eminente francés; todo es en ellas suavidad apasible, un decoro heroico de los sentimientos, que le conservan la inmortalidad y le hacen una expresión cabal de aquella civilización tan desarrollada.

En definitiva debe agregarse que los dramas sobre los problemas de la vida del hombre de Corneille y Racine, basados en los problemas éticos de una época cortés, expresaban los hechos de la sociedad que los disfrutaba, presentando sus dificultades y circunstancias reales.

MOLIERE; SU CARÁCTER Y SU OBRA; RASGOS ESENCIALES; LA COMEDIA DE LOS SENTIMIENTOS BURGUESES VISTOS DESDE LA CORTE. — El último de estos tres grandes representantes de la poesía dramática francesa, Molière (1622) es el creador de la comedia.

Destácase entre su selecta producción "Aturdido", "Despecho amoroso" y "Preciosas Ridículas", en las cuales hace la crítica de la alta sociedad. Tiene arte en crear los tipos que pone en acción y logra siempre que se trata de mujeres presentarlas dignas. En "Tartufo" puso en escena la hipocresía.

Según la crítica, Molière es el primer poeta cómico del universo, superior a Plauto; se reconoce no obstante que cede a Terencio en gracia y elegancia, pero lo supera en verdad y fuerza de los caracteres.

El juicio unánime lo caracteriza por el don milagroso de dar realidad a los personajes más complejos; sus diálogos se han hecho proverbiales por el arte de despertar y satisfacer la curiosidad sazonada por la malicia. Como ponía en acción las concepciones profundas de su genio, existe en sus obras casi un dogmatismo que sabe imprimir a sus oyentes.

Molière tomó sus protagonistas de la clase media. Su asunto fué la vida humana que puede ser considerada por su lado serio o por el jocoso y risueño.

El Alceste fué considerado como una innovación y lo fué al querer presentar a la comedia como género aparte, no aceptando la complejidad de la vida y dejándose dominar por ella en sus alternativas de risa o llanto.

No se observan en esas obras la dulce melancolía de Terencio ni aquellos simpáticos afectos que animan a las creaciones de Plauto, sino una serie de lugares comunes, la virtud y la sensibilidad. Es que contemplaba los sentimientos de la gente corriente, de la clase burguesa, que entonces se estaba estructurando a vista y paciencia de la gente cortesana, que encerrada en las reglas del ceremonial monárquico, era incapaz de valorar en su significación real el fondo de verdad, de justicia y equilibrio que esos sentimientos encerraban. Para la Corte tal existir tenía un fondo ridículo y elemental, sin advertir que lo que excedía a la naturaleza afectiva del hombre era precisamente el amaneramiento impuesto por los reglamentos de las ceremonias de la monarquía.

HEGEMONÍA DE LA CULTURA FRANCESA EN EUROPA; SUS FACTORES Y CIRCUNSTANCIAS. — Junto a estas expresiones de la cultura francesa cabe destacar a Boileau, a La Fontaine con sus fábulas fáciles y graciosas, a La Rochefoucauld y a la La Bruyére en el género moralista, a madame Sevigné con sus cartas exquisitas, y a la legión de cultores de las bellas artes y las ciencias, especialmente las matemáticas y las naturales.

Los representativos del genio francés de esta época fueron admirados en toda Europa. En Alemania la influencia llegó hasta mediados del siglo XVIII (Opitz, Leming, etc.), en Italia, España e Inglaterra, interceptó el paso a todo impulso nacional. Dentro de esta influencia francesa, la más poderosa fué la de su literatura, de la cual no se libró nación alguna, ni siquiera Inglaterra con sus expresiones espontáneas, que, abandonando (bajo Carlos II) la tradición shakesperiana, aun cuando no la observación de las costumbres nacionales, trató de amoldarse a los ejemplos de Molière y Racine.

Esta hegemonía de la cultura francesa estuvo facilitada por la acción que en todo el pensamiento occidental tuvo el cartesianismo, a contar del siglo XVI. En efecto: el resultado más inmediato de la escuela de Descartes fué el abandono de la antigua metafísica, sustituyéndosela primero con un espiritualismo superficial e inconsistente, y después con un empirismo sensualista no basado, como el positivismo del siglo XIX, en el *método de las ciencias naturales*, sino en una teoría arbitraria de la sensación.

El arte abandonó el concepto platónico del valor absoluto, eterno y substancial de la belleza, y con la adopción del criterio psicológico, su concepto descendió de lo objetivo a la región de lo subjetivo. De absoluta la belleza pasó a tener una concepción relativa; pasó a ser una noción psicológica, posible de juicio y de análisis, y tuvo como expresiones decisivas las creaciones de los artistas que lograban preeminencia. La influencia de éstas en el pensamiento occidental ya no se construye sobre las excelencias formales de la creación artística, sino sobre su esencia misma o su contenido estético. Y naturalmente el siglo, que fué en lo político y en lo económico de Luis XIV, lo fué también de los grandes hombres que lo rodearon.

Con la ancianidad del monarca el genio francés también declinó preparando la universalidad cultural del siglo XVIII.

LECCION LX

RESEÑA DE LA ACCION DE LOS DESPOTISMOS ILUSTRADOS HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XVIII

PERIODO DE LAS REFORMAS POLITICAS, ECONOMICAS Y CULTURALES EN RUSIA, PRUSIA Y AUSTRIA. — Europa íntegra vive el último siglo de la Edad Moderna bajo el régimen de los despotismos. Luis XVI le imprime, en Francia, el carácter radical que hemos referenciado, y es su sentido espiritual el que regula las manifestaciones de aquella gran nación. En otras, como en Rusia, Prusia y Austria, ese mismo despotismo que dejaba perecer las antiguas instituciones y amurallaba la libertad común dentro de la vida privada, adquiría un sentido novedoso de justicia social. Tanto el Rey de Austria como el de Prusia tenían esta máxima: "El príncipe es el primer servidor, el administrador del Estado". Leopoldo 2º (1789) escribía a su vez: "Yo creo que el soberano, aún el que lo es por derecho hereditario, no es más que el funcionario delegado del pueblo".

Pero entre esta teoría y su práctica mediaba un abismo. El poder del Rey era todopoderoso e inquebrantable. Todo debía estar sujeto a su voluntad. Estos querían que el gobierno gobernara, que la administración administrara, que la policía vigilara y que los tribunales castigaran y corrigieran, pero todo según las leyes emanadas del ejercicio de la potestad imperial, de su voluntad y su carácter. Su base de justicia social no estaba entonces en el origen del poder; estaba en la intención con que lo ejercía, en los fines que el soberano se había propuesto como cooperantes al bienestar, al progreso y a la ventura de su pueblo. Bastaba que este sentido de justicia desapareciera de la voluntad del soberano, que era omnipotente, para que la obra ilustrada viniese a tierra.

El despotismo ilustrado tuvo su diversa tonalidad: José II (Austria) no fué un autócrata; modificaba sus ideas cuando a ellas eran contrarios los hombres de su confianza; Federico II, (Prusia) por el contrario, era realmente un autócrata, todo estaba en sus manos, como ocurrió en Rusia bajo sus reyes reformistas (Pedro el Grande, Catalina I y II y Pedro II). Pero el mayor error que cometieron estos despotismos fué el no reconocer la necesidad de una Constitución, para consolidar las conquistas, y el haber conferido a las mismas manos (reyes y mi-

nistros) el Poder Legislativo y el Ejecutivo. Debe recordarse que en el siglo XVIII todas las constituciones habían venido al suelo. En Prusia dominaba la monarquía militar, en Francia el absolutismo personal, en Inglaterra se había suprimido el sistema feudal y corrompido la antigua constitución; en Austria, aún cuando minada en lo hondo la monarquía feudal, sobrevivían restos de la Edad Media. Resultaba necesario entonces consolidar en leyes de fondo la obra ilustrada del despotismo, siquiera para excusar el que sus reformas nacieron de disposiciones administrativas, correspondientes al ideal de la unidad del Estado y de su poder absoluto, que caracterizara al siglo.

En Rusia, Pedro el Grande renovó su civilización mediante la introducción de una técnica del todo material, es decir, toda arte e industria, sin comenzar por el corazón, sin dar ideas de derechos ni de deberes, ni de propiedad, ni de instituciones sociales basadas en la historia y en el carácter del país. Numerosas obras públicas, canales, etc., crearon de nuevo el comercio, fomentaron la navegación y borraron las distancias. Su sucesora (Catalina I) alivió los impuestos, llamó a los desterrados y quitó las horcas de las calles. Luego (Pedro II) abolió el tormento, concedió libertad a la nobleza que antes dependía en todo de la voluntad imperial, se abolieron los monopolios, se hicieron leyes suntuarias y de policía, suprimióse la compañía monopolizadora del comercio y se estimuló la industria. En lo religioso se embargaron los bienes del clero asignándosele una renta fija. Catalina II sigue en parte esta reforma pero sus guerras y combinaciones políticas fracasadas le restan importancia.

En Prusia (Federico II) la corte se llenó de literatos, filósofos y artistas. El Rey intervino en todas las cuestiones políticas del siglo, y se presentó prestigiado con la colaboración de hombres ilustrados en que estaba el gran Voltaire. Sus reformas son paralelas a las de Austria (reinado de José II, sucesor de María Teresa) e implican el período más trascendente, de innovaciones hechas con previsión y espíritu contemporizador, encaminadas a aumentar el poder y la grandeza del Estado.

La monarquía apoyó su poder absoluto en la soberanía de la ley, con la igualdad de condición para todas las clases, y con la independencia del espíritu y su aplicación al bien de la comu-

nidad. El poder del estado debía tender, como una máquina de sencilla aplicación, a establecer leyes comunes, estar en contacto con el pueblo y reunir todas las fuerzas para una sola acción.

La política de Austria se apoyó en la amistad con Francia y con Rusia, y la de Prusia en la formación de una alianza constitucional de los príncipes alemanes. Esta fué diferente de la formada en el siglo XVII y de la ensayada por Prusia en 1784. Entonces los príncipes católicos alemanes permanecieron fieles al Emperador. En ésta otra, protestantes y católicos se reunieron bajo la dirección de Prusia contra el Emperador, y si bien se daba a la unión un sentido defensivo, prácticamente se creó la causa de una guerra. El afán de reforma fué llevado a los dominios de estos príncipes; el Austria las irradió a Bélgica, cuyo gobierno había delegado María Teresa en su hija la Gran Duquesa María Cristina y su esposo; a Hungría y Transilvania, con suerte diversa, porque chocaron con el sentido conservador de éstas sociedades.

En lo político, las reformas tendieron a que el poder del Estado no influyese en algunas corporaciones, sino en la masa total del pueblo, y su base y fundamento debía ser, no la nobleza ni el clero, sino una burocracia dotada de gran abnegación. Generalmente las burocracias de esta época, con excepción de la de Austria, que ayudó a levantar un nuevo estado sobre las ruinas del antiguo organismo, no estuvieron a la altura de su misión. Fueron demasiado serviles y su función política terminó en cuanto los reyes esperaron de ella otra cosa que el buen gobierno del pueblo sin el pueblo.

Se combatió (Austria) a la nobleza en sus privilegios políticos y sociales, buscándose el provecho del mayor número. Las reformas afectaron a las familias y a los bienes de la nobleza, infringiendo sus derechos familiares y de propiedad; substrajeron a la aristocracia la clase agrícola; decretaron la igualdad en materia de impuestos; limitaron la influencia de los funcionarios administrativos y judiciales, y sometieron a la nobleza al derecho común y nacional en lo que se refería a asuntos civiles y al derecho penal en cuanto a las causas criminales.

Las reformas de la ley civil se inician en Austria con las leyes de matrimonio (1783) y de sucesión (1786). Por la primera el matrimonio fué un contrato civil, escapando a la igle-

sia; y por la segunda se derogaron la legislación consuetudinaria y de las pandectas, libertando a la propiedad de los lazos de familia, del Estado y del Municipio; sólo los bienes rústicos debían transmitirse íntegros cuando no eran muy considerables.

El derecho de las personas (1786) y el derecho penal (1787) llevan el sello de los tiempo modernos: en cuanto al último se determinaron los delitos y sus penas y luego se legisló sobre tribunales.

La vida municipal se forjó sobre bases renovadas; los distintos municipios de una ciudad fueron reunidos, cayendo en desuso la diferencia entre la ciudad y los arrabales. Los obstáculos que los gremios oponían al fomento industrial desaparecieron, y el desarrollo de la manufactura fué protegida. Las poblaciones rompieron su apatía y renacieron en la alegría y el bienestar. La propiedad salió del estancamiento en que se encontraba, se desarrollan las industrias y el comercio, los capitales circulan, de los círculos civiles salen a centenares los funcionarios públicos, los hombres científicos y los artistas — penetrando por la puerta de la ciudad, que las reformas abrieran, un nuevo espíritu, una nueva vida que ya no podría extinguirse.

Las reformas económicas fueron más favorables para el estado que para el pueblo, más fiscales que esencialmente económicas. Pero sería injusto suponer que en estos despotismos no existía el deseo de conquistar el bienestar de los súbditos. En Austria, por ejemplo, las primeras leyes, el edicto de censura, la supresión de la servidumbre personal y la patente de tolerancia, se refieren a la libertad de conciencia y a desligar a la humanidad de los lazos de la servidumbre.

La reforma comprendió a los impuestos en base a un catastro, que fué como quien dijera un golpe serio a la nobleza hereditaria con sus dominios territoriales (Austria); y con la supresión de la servidumbre personal, la rebaja de la corvea y demás leyes se buscó la emancipación de la clase agrícola.

La reforma agraria buscó atraer de nuevo a los labradores al seno de la población libre, no con la derogación radical de privilegios (como la corvea) sino aliviándolos en sus relaciones de vasallaje, determinando deberes y derechos y fundando para los labradores una fuerte propiedad. La ley patente de 1781 (Austria) concedió a los labradores el libre derecho de matrimonio, de establecimiento, de trabajo, de profesión y de pro-

piedad, y disponía que el pago de la corvea y de los impuestos se ajustase al catastro.

Estas reformas crearon para los agricultores un estado en germen de ciudadanía. Si antes fueron una clase popular, a contar de estas reformas ofrecieron un estado particular de derecho público y deberes correlativos. Sus beneficios fueron evidentes. Donde asegurada la propiedad nació la enfiteusis, surgieron aldeas y vecindarios progresistas. Estas reformas no ocurrieron ni en Alemania ni en Francia.

La primera de las reformas culturales fué la gestión del Estado en cuanto a la enseñanza, cuya dirección e inspección se confían a organismos especiales. En lo universitario se estimuló el derecho, la medicina y la teología, reduciéndose la de filosofía, porque sólo se buscaba formar funcionarios para el Estado. En lo secundario o gimnasios, el fomento fué inferior, no buscándose el número sino la calidad, conservando el sello de formalismo en el espíritu y en el método de la enseñanza; pero ocurrió lo contrario con las escuelas populares o de primeras letras, que se multiplicaron, sujetándolas a la inspección de laicos, creándose un régimen de pensiones para los docentes y el deber a todos de concurrir a la escuela durante siete años.

La reforma eclesiástica buscó limitar el derecho de legislar de la curia romana, dar a los obispos mayor independencia respecto del primado, dar apoyo y tolerancias al protestantismo, reduciendo los conventos y creando una enseñanza y derecho de inspección en favor del Estado. El edicto de tolerancia en Austria, aseguró el libre culto de las confesiones de Augsburgo y Helvecia, y a los griegos no unidos al libre ejercicio privado de su culto, si bien la religión católica obtuvo la preferencia del ejercicio público. Con los protestantes obtuvieron también los judíos una condición de igualdad dentro del derecho privado; se los emancipó desde el punto de vista económico; se protegió su libertad religiosa y se mejoró su condición social, con el único objeto de hacerlos útiles al Estado.

TRIUNFO DEL IMPERIALISMO COLONIAL INGLES HASTA LA REVOLUCION NORTEAMERICANA. — En la tarea de conquistar y colonizar las tierras del Nuevo Mundo, junto a España y Portugal compitieron Inglaterra, Francia y Holanda. Pero mientras todas estas naciones accionaban en el continente europeo, buscando establecer su preeminencia sobre la conquista de su te-

rritorio, y desarrollando a ese efecto una política de pactos, alianzas y negociados que forman la base de los sucesos de los siglos XVI y XVII, la Inglaterra, como una excepción, se apartó de las cuestiones territoriales de Europa buscando su engrandecimiento en la industria y en el comercio. Intervino en la mayoría de esas guerras, actuando con tropas o subvencionando a los reyes, y su precio era la situación preferencial para los productos de su industria o la incorporación a su dominio de esas colonias lejanas que los demás países habían establecido. Con ello lograba quedar ajena a los conflictos territoriales, aumentar el radio de venta de sus manufacturas y abaratar las compras imprescindibles de materia prima.

La zona atlántica de América del Norte, el numeroso grupo de islas que se denominan Indias Occidentales, y el litoral de América del Sud entre el Orinoco y el Amazonas, fueron, en el Nuevo Mundo, los escenarios de acción que estas jóvenes potencias eligieron. También actuaron en el litoral del Africa, en la ruta del Oriente, hacia la India.

Al principio, cuando Inglaterra, Francia y Holanda iniciaron su intervención, el enemigo común, podríamos decir, fueron España y Portugal. Pero iniciada la penetración de las tres nuevas potencias y como cada una de ellas actuaba en su beneficio exclusivo, al asegurar sus nuevas posesiones en el Nuevo Mundo y al elegir las esferas de su ambición, crearon nuevos campos de contiendas y desarrollaron nuevas rivalidades. La común hostilidad hacia España deja de ser el principal propósito de sus operaciones, porque cada uno de los tres contendores buscó mejorar y aumentar sus beneficios.

Si la coordinación inicial de los esfuerzos de Inglaterra, Francia y Holanda, se hubiera mantenido, es posible que los grandes imperios coloniales de España y Portugal hubiesen cedido totalmente a la fuerza. Pero la común rivalidad de esas tres naciones salvó en buena parte los dominios de los dos países peninsulares, sobre todo porque las jóvenes colonias a que estos habían dado nacimiento en América tenían afecto a sus metrópolis y se sentían vinculadas a ellas por los lazos de la nacionalidad.

Este es un aspecto interesante del resultado de los esfuerzos de España y Portugal en las tierras de América. Las Colonias de ambas naciones usando de sus fuerzas y sus recursos pro-

pios se defendieron con reiteración de toda conquista extraña, probándolo acabadamente dos sucesos memorables ante la importancia de los ataques e invasiones. En el caso de España tenemos la defensa del Río de la Plata de dos expediciones conquistadoras de Inglaterra, y en el caso de Portugal, la liberación del Brasil que ocupó una poderosa fuerza de Holanda con propósito de adueñárselo definitivamente.

Conocemos el origen de las primeras colonias inglesas en el litoral atlántico de América del Norte y las líneas generales de su organización (se estudia en 3º año). Cabe sólo establecer que al comienzo del período hannoveriano, el desarollo constitucional de la mayor parte de las colonias estaba terminado. En general, todas habían sido organizadas sobre un tipo común. La constitución normal consistía en un Gobernador nombrado por la Corona, con un Consejo y una Asamblea electiva; y la tendencia general, ya que el gobierno británico hizo poco por dar a sus representantes una posición digna y fuerte en sus respectivas colonias, fué debilitar el P. E. y robustecer el elegido popularmente. La organización del gobierno era sencilla y libre, y con todo lo bastante completa para garantir el orden y la seguridad. Así, las condiciones políticas fueron eminentemente favorables al desarrollo económico.

En lo económico las colonias no actuaban libremente sino de acuerdo a un régimen de contralor. En 1662, Inglaterra creó un consejo para la dirección de las colonias ultramarinas. El primer parlamento del reinado de Carlos II aumentó el descontento que la ingerencia del consejo y otros sucesos habían causado en las colonias americanas. Exigióse que todo exportador o factor de comercio necesitase de una autorización especial, y que las exportaciones coloniales (cuya enumeración era limitada) sólo podrían enviarse a Inglaterra y a sus posesiones. Pronto las colonias no pudieron recibir mercaderías sino en barcos ingleses, y el comercio intercolonial se gravó con los mismos impuestos que se abonaban en Inglaterra.

Pero al mismo tiempo que cerraba sus puertos al comercio extranjero, Inglaterra lograba el acceso al de otras naciones. El tratado de Utrech le entregó el asiento, o el comercio de negros, que realiza en toda América Española, fórmula práctica de comprar lo que ésta producía y abonar los precios con la moneda barata del esclavo, en cuya actividad ejercía monopolio.

Toda esta política imperialista de Inglaterra miraba a la utilidad inmediata de los territorios que se dominaban, y sus bases de acción fueron acrecentar el prestigio de la nación colonizadora, ante las razas nativas y asegurar el dominio de los territorios mediante el predominio marítimo. Los métodos de España y Portugal, a la inversa, buscaron la mejor aplicación de los recursos naturales de las nuevas tierras al servicio del hombre civilizado, fundando nuevas sociedades humanas que poseyeron unidad y poder intrínseco de defensa y desarrollo.

Desde este punto de vista el sistema inglés era más práctico, buscaba las riquezas por los medios mercantiles antes que por los metales preciosos. El lado fuerte de su política se echaba de ver en la libertad de acción de que disfrutaban sus colonos; y si exceptuamos las disposiciones que les cerraban las vías del comercio, y que ellos no podían evadir, era una política bien calculada para asegurar su progreso. Su lado débil (como se descubre a la luz de los acontecimientos posteriores), fué el olvidar o no estimar bastante el problema de unir la colonia a la madre patria. En las nuevas comunidades se fomentaba un espíritu de propia independencia favorecido por el debate público de las relaciones con la metrópoli, que en algunos capítulos importantes no habían sido determinadas exactamente. Al mismo tiempo, bajo la influencia directiva de un "proyecto nacional de política comercial e industrial" se elaboraba gradualmente un pacto comercial (dispuesto por la madre patria y ocasionador frecuente de turbulencias en las colonias de ésta), para que formase el lazo principal de unión entre las diversas partes del imperio. No hay duda de que la fuerza de Inglaterra en sus luchas contra las otras naciones colonizadoras, aumentó por éste medio. Tampoco es dudoso que la lealtad de los ingleses americanos se mantuvo inconmovible mientras les faltó el sentido de la unidad y vivieron en constante necesidad de protección contra los designios de sus vecinos. Pero también resulta cierto el hecho de que los ingleses mostraron más genio en establecer colonias que en fundar un imperio, y que el establecimiento colonial de esa gran faja costera del norte de América fué lo que, más que ninguna otra cosa, elevó a Inglaterra a un alto puesto entre las naciones colonizadoras, engrandeció su comercio y desarrolló su poderío naval.

Cuando las colonias Americanas se independizaron, Ingla-

terra conservó ese poderío que le permitió una rápida compensación. Abierto el período revolucionario en Francia e iniciada la lucha contra Napoleón, bastó la batalla de Trafalgar para que su imperialismo colonial llegara al zenit con sus conquistas en Asia, Oceanía y Africa.

PROCESO IDEOLÓGICO CORRESPONDIENTE A ESTE PERIODO, DESDE DESCARTES EN FRANCIA, Y HOBBES Y LOCKE EN INGLATERRA, HASTA EL FLORECIMIENTO DEL ECONOMISMO INGLES Y EL ENCICLOPEDISMO FRANCES; CIRCUNSTANCIAS Y CARACTERISTICAS POLITICO-SOCIALES DE LAS REFERIDAS CORRIENTES FRANCESA E INGLESA; CONCEPCIONES FUNDAMENTALES. — Nunca existió una oposición más evidente, entre los hechos y las ideas, que en el siglo XVIII. En el terreno de los hechos domina el interés de los monarcas, existen guerras interminables, se atenta a las nacionalidades y se procede con crueldad y mala fe. Pero mientras el primero de estos reyes, Luis XIV, sacrifica a Francia a los intereses de su casa, y se guerrea en todo el mundo por la sucesión del trono de España, dos representativos de la cultura de esa nación, Bossuet y Fenelón, maldicen a los conquistadores, oponen a la violencia el ideal de justicia, a la barbarie la humanidad, y a la mala fe de los monarcas el camino de la honradez. Estos sentimientos no advienen aisladamente; son generales; apareciendo bajo Luis XIV dan su sello a la Filosofía del siglo que comienza. Los sabios sin creer en las posibilidades de una paz perpetua, hacen la guerra a los conquistadores preparando una era pacífica para la humanidad, y a medida que avanza el siglo XVIII aumenta esta oposición entre los hechos y las ideas, en forma tal que despreocupándose de los primeros, los filósofos prosiguen su misión demoledora de lo existente y echan las bases de la sociedad futura. La fuerza reinaba en el mundo antiguo, en este otro van a reinar las ideas y entre estas, como primera, la de la justicia.

Se ha recriminado a la filosofía del siglo XVIII hubiese conducido a Francia y a toda Europa al abismo de la revolución, pero estas palabras deben explicarse. Precisamente esta su influencia en los sucesos que cierran el siglo, es su mejor título de gloria. Existió en la revolución una reacción sangrienta contra el pasado, obra de cólera y de venganza, pero esta face es ajena a la filosofía. Cuando las víctimas de una

opresión secular se levantan contra la tiranía, no puede acusarse al pueblo rebelado sino a los tiranos. La filosofía prepara el terreno para la sociedad del porvenir, suministra como un arquitecto los materiales y los planos de las nuevas formas, y su voz ha podido escucharse por los unos y los otros. La resistencia de los tiranos y sus consecuencias dolorosas resultan de su propia incomprensión.

Descartes figura con razón entre los héroes que emanciparon el pensamiento humano. Sus discípulos ocultaban atrevidas ideas en sus especulaciones, pero profesaban gran respeto a las autoridades establecidas. A veces este sentimiento, como en Espinosa, lleva a su teoría del derecho de gentes a la justificación de los hechos ocurridos, pero al aceptar las doctrinas metafísicas de Descartes, el espíritu humano no se mantuvo dentro de estos límites de contemporización.

En Pascal mismo encontramos la reacción. Vé cómo Descartes "que la fuerza es la reina del mundo", pero no se somete al hecho, como lo justifica en sus sátiras contra el derecho de guerra, que hace destruirse a los hombres porque sus príncipes se han enemistado.

Fenelón es el hombre del ideal, de la poesía, del porvenir. La ley de caridad domina las relaciones de los pueblos y los individuos, y en cuanto a los primeros esa ley es la de la paz. Su libro, El Telémaco, fué publicado a su muerte, por el Estado, creyéndoselo un nuevo evangelio político, y de él dijo Montesquieu que era "el libro divino del siglo".

El Abad de Saint Pierre por su parte escribió sobre la paz perpetua y propuso un plan que le valió el nombre de profeta del porvenir.

A fines del siglo había infinitas esperanzas agitadas por el alma de la revolución, pero se la imaginaba pacífica y benéfica. Algunos pensaban estar en vísperas de una edad de Oro. Herder, un filósofo de la historia, sabe que el progreso no se realiza sin lucha, y que siempre es imperfecto porque tiene por órganos a criaturas imperfectas. A pesar de ello participa de los nobles sentimientos y aspiraciones del siglo XVIII. Otro autor, Volney, nos habla de un equilibrio de fuerzas entre los pueblos que llevará al respeto recíproco.

La escuela de los economistas tomó por su cuenta la causa de la fraternidad y del cosmopolitismo.

El choque de los pueblos se ofrecía a los hombres como una ley. Montaigne la había traducido al expresar que el perjuicio de un pueblo era el beneficio de otro; y Voltaire, al decirnos que quien desea la grandeza de su país persigue el mal de su vecino, no había hecho sino presentarlo como un axioma político.

Los economistas fueron los encargados de hacer luz en este asunto. Boisguilbert asienta como principio que hay solidaridad necesaria de intereses no solamente de hombre a hombre, y de provincia a provincia, sino también de país a país. De la Riviere vá más allá. "No hay en la sociedad ninguna clase de hombre cuyo interés particular, cuando es bien entendido, no forme parte del interés general, o más bien, cuyo interés particular no deba estar completamente conforme con el interés común de las demás clases. El orden de la naturaleza se reduce a la unidad de todas las sociedades particulares; que en punto a intereses los hombres están todos asociados por una necesidad natural e imperiosa que no pueden eludir."

La doctrina contraria lleva de la mano a la guerra de todos contra todos, de Hobbes, en que el gran lógico se equivoca al representar al hombre como un lobo para el hombre. Si los hubiese imaginado amigos y solo dispares cuando actuaban bajo la influencia de falsas máximas, habría estado en la verdad.

Quesnay profesa la doctrina de la identidad de lo justo y de lo útil, no en el sentido materialista, de que basta que una cosa sea útil para que se la tenga por justa, sino en el sentido que la providencia ha querido que lo que es justo fuese también útil y que lo injusto fuese al mismo tiempo perjudicial.

Cuando el interés aparece en oposición con la justicia debe seguirse la justicia sin vacilar, aún bajo el punto de vista del interés, porque debemos convencernos de que la injusticia no solamente es una violación al orden moral sino que es también un mal cálculo.

En economía es preciso renunciar a la política antigua y seguir la ley de la naturaleza que nos predica la fraternidad y la armonía. De ahí su influencia. Al finalizar el siglo XVIII las ideas de los economistas se había propagado por toda Europa. En Francia, la filosofía y la literatura se apoderaron de

las ideas de Quesnay, y Turgot las llevó al Gobierno. Condorcet las divulgó en sus discursos buscando la acción coordinada de los pueblos. Cuando Norte América logró su independencia pronunció estas bellas palabras: "Cuántos más pueblos libres existan, más se asegura la libertad de cada uno. Y aun creo que, mientras exista sobre el globo una sola nación esclava, ni se ha decidido aun la causa del género humano, ni sus cadenas se han roto definitivamente".

Los escritores ingleses no tenían que combatir una preocupación nacional, como los de Francia, cuyo pueblo es una raza militar por excelencia. Desde que Inglaterra trabajó su libertad, cuidó de poner a sus reyes en la imposibilidad de hacer conquistas, y mediante ello las instituciones libres arraigaron profundamente.

Pacífica porque es libre, la nación Inglesa está además interesada en impedir las conquistas de sus reyes en el continente, porque una potencia preponderante comprometería junto con su comercio su libertad. Y así cuando los escritores franceses quemaban incienso ante Luis XIV, los poetas ingleses ya condenaban el orgullo y la ambición del suyo. Addison, el poeta, cuando alude a las guerras de Guillermo de Orange canta el triunfo de sus ejércitos como de hombres libres, no insulta a los vencidos ni ensalza a los vencedores; sólo celebra la fortuna de Inglaterra porque es la victoria de la libertad. Claro que no son campeones desinteresados de la libertad. Lo que ocurre es que su egoísmo coincidía con el interés general; fundan su poder en la industria y el comercio.

Inglaterra ha tenido un precursor de Voltaire en Swift, con los Viajes de Gullivert, sátira en que alude a las guerras y sus causas desconcertantes. El mismo sentimiento, contrario a la ambición de los reyes y a los conflictos armados, lo encontramos en Las Noches de Young.

La filosofía inglesa fué también político-social, influída por Locke, como la francesa lo fuera por Descartes. En este aspecto, más que sus doctrinas sobre el conocimiento, influyó la obra de Locke titulada: *Los Tratados de Gobierno*, aparecida el día siguiente (1689) de la Revolución gloriosa y para que sirviera de comentario a la ley de los derechos fundamentales. El libro logró una enorme influencia e inspiró a Montesquieu lo que este consigna sobre las instituciones de Inglaterra.

Berkeley, Hume, que además de filósofo es historiador y nos lega su gran Historia de Inglaterra; los representativos de la filosofía escocesa, etc., todos tienen ese sentido crítico de la realidad, actúan sobre sus imperfecciones y aspiran a la realización de ideas generosas. Como la realidad que se vivía no suscitaba las protestas de la iglesia que aparecía solidarizada con los hechos, la propaganda encontró en ella un enemigo y la atacó.

A pesar de ésto, el deismo inglés (palabras con las cuales se llama al grupo de escritores de ésta época de Inglaterra) y la filosofía francesa tenían sobre su aparente uniformidad tendencias y destinos diversos. Las deístas no son enemigos de la religión; no son ni aún enemigos del cristianismo; proceden de la Reforma; al examinar las bases del cristianismo hacen lo que habían hecho antes que ellos las sectas cristianas. Sostenían con los ortodoxos una discusión en nombre de la razón y con las armas de la misma, y su resultado fué nacionalizar el cristianismo, preparar la conformidad de la razón y la fe.

Esto no ocurría en Francia. Los reformadores no conservaron ni aún la tolerancia, porque como en ella no había sino una religión, y en nombre de ella se les decía que era la religión en esencia, la atacaron no con las armas de la razón, que se les prohibía usar, sino con las del ridículo. Los excesos fueron inevitables.

Este proceso ideológico de Inglaterra y Francia resulta paralelo hasta el advenimiento, en la primera, de sus economistas, y en la segunda de ese monumento del saber humano que se denominó la Enciclopedia.

Diderot fué el editor de la gran Encliclopedia, destinada a reunir los conocimientos dispersos en la superficie de la tierra. presentarlos sistemáticamente a los contemporáneos y legarlos a los venideros. Ayudado por D' Alembert y Jaucourt, con la colaboración de Quesnay el economista, reunió en sus páginas a los más famosos escritores del siglo.

LECCION LXI

LAS INFLUENCIAS CULTURALES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XVIII

ADAM SMITH, GIBBON Y DAVID RICARDO (INGLATERRA), MONTESQUIEU, VOLTAIRE Y ROUSSEAU (FRANCIA): SUS PRINCIPIOS

ESENCIALES, CARÁCTER DE SUS INFLUENCIAS RESPECTIVAS, RASGOS GENÉRICOS. — Ante todo debemos tener nuevamente presente que la cultura es la expresión espiritual de un pueblo, de una raza o de un continente, que se manifiesta por sus acciones y reacciones con relación al universo, a la naturaleza y a la vida. La cultura tiene entonces un contenido y una exteriorización; el primero comprende los conceptos religiosos, morales, científicos, artísticos, y sociales, que fundamentan la vida de la colectividad en un momento dado de la Historia, y la exteriorización abarca las formas con que se aplican esos conceptos, las obras e imágenes estéticas y las normas reguladoras de la armonía y convivencia entre los hombres.

La expresión más característica de una cultura es el contenido de sus pensadores. Los altos ideales que se trabajaron desde fines de la Edad Moderna, llevaron de la mano a la cultura occidental a producir dos tonalidades interesantes del pensamiento en perfecta armonía con la índole de las naciones que le servían de cuna. Referimos a Inglaterra y Francia.

Adam Smith (1723 -1790) filósofo y economista inglés, escribe sobre moral, teodicea, justicia y economía política.

Su pensamiento filosófico lo lleva a exaltar la simpatía universal como uno de los fines de la existencia humana, a definir la rectitud del proceder como el acatamiento de los sentimientos apoyados en la simpatía ajena, y a encontrar el origen de los sentimientos morales en la vida de relación; se manifestarían como resultado de cierto instinto natural que nos conduce a imitar la conducta de nuestros semejantes y a sufrir con ellos. Pero donde Smith destaca su personalidad es en sus estudios de economía política.

Los economistas franceses, en especial las doctrinas de Quesnay, sirvén de antecedente al pensador inglés. Su bandera fué de contradicción a los fisiócratas. "La tierra no producirá sin trabajo; así pues, el trabajo es la verdadera riqueza". *La riqueza* consiste en el valor cambiable de las cosas; es rico aquel que produce más o que posee objetos que con el trabajo adquirieron un valor que antes no lo tenían. El valor cambiable es diferente del valor útil, el caso del diamante y del agua —y el precio es la relación entre dos valores que varían, expresados en otro valor convenido al que se da el nombre de moneda. Tres elementos concurren a establecer el precio: la renta de la

tierra que produjo la materia prima, el salario del obrero y el beneficio del empresario.

La riqueza acumulada por la economía y el ahorro, es la que constituye el capital, que no es sólo el oro y la plata, sino toda riqueza cualquiera sea el trabajo, sobre todo cuando está empleada en crear otras por un nuevo trabajo.

Sostiene Smith que el Estado debe prescindir de toda intervención en la actividad económica; la paz, contribuciones soportables y justicia, bastan para acentuar el progreso, desde que el interés individual es el móvil de la actividad y la concurrencia su mejor estímulo. El egoísmo resultaba el fondo del sistema, y sus atributos la libertad absoluta, la concurrencia y la emulación.

Estas teorías opuestas a los fisiócratas, en formas sencillas y sobre ejemplos corrientes, adolecían naturalmente de puntos débiles. El no dar importancia a la tierra y al capital; el subalternizar los valores morales, que son la gloria de las naciones; el descuidar a las profesiones liberales no apreciando al talento que es un capital acumulado, etc. son los claros principales causados por la influencia de la filosofía escocesa que trata de suplir con el método la falta de principios. El hombre no está destinado al trabajo solitario, a la hostilidad en la paz, y así el principio de la concurrencia habrá algún día de ceder al de la asociación.

La doctrina de Adam Smith penetró con rapidez en la práctica, suprimiéndose trabas y reanimándose el crédito.

Gibbon (1737 - 1794) otro de los representativos del pensamiento inglés, estudió la historia de Roma desde Marco Aurelio a Constantino, y con el título de *decadencia y caída del Imperio Romano* publicó una obra de exposición y crítica ejecutada sin desfallecimientos, con alto estilo y bien documentada. El capítulo sobre los Antoninos y el que refiere al establecimiento del Cristianismo y su estado en los primeros siglos, constituye la parte principal. Robertson y Hume lo aplaudieron, advirtiendo que la forma despectiva con que trataba el problema de la religión habría de levantar resistencias, y en efecto Watson y otros escritores se pusieron al frente de la censura. Con todo este libro de Gibbon es el monumento mejor de carácter histórico del Siglo XVIII. De sus numerosas obras cabe destacar aquellos estudios sobre pesas, monedas y medidas de la antigüedad hasta la toma de Constantinopla.

David Ricardo (1772 - 1823), influenciado por la gran obra de Adam Smith destácase en el movimiento reformista inglés que comprendía la política y la hacienda. Fué un financista notable que fomentó el desarrollo de los bancos y las instituciones de crédito, dando bases serias a los descuentos, en forma que los billetes emitidos no cayesen en su valor, y que la industria financiada con esos descuentos, se mantuviese dentro de las líneas del consumo regular. En economía política sus ideas giraban sobre el valor de la tierra según su función económica; los precios y los arriendos debían estar determinados por el valor de los productos que la tierra daba y los gastos que exigía; en cuanto a las mercaderías, su valor era proporcional a la cantidad de trabajo que exigían. De sus obras cabe destacar la que estudia la influencia del bajo precio del trigo sobre los beneficios o circulación de los fondos públicos; la que alude a las prohibiciones que regían para la agricultura, etc. Traducidas al francés se divulgaron en el continente.

Frente a los economistas ingleses aparecen como correspondencias culturales los de Francia, Boisguillebert y Vauban, seguidos de Saint Pierre, piden la reforma de la distribución y recaudación de la talla, para que prosperasen simultáneamente la agricultura y la hacienda pública. Los defensores del feudalismo, Saint Simón y Fenelón, coinciden en pregonar la necesidad de disminuir el poder omnímodo del soberano, bien que en favor de la nobleza y el clero, y luego el Marqués de Argenson inscribe en su programa las peticiones de unos y de otros.

La materia social es el centro de las preocupaciones de los estudiosos. Montesquieu, el satírico, revelado ante sus compatriotas por sus Cartas Persas, se les presenta con un carácter enteramente nuevo. Es ya político y sus doctrinas son escuchadas por Francia con entusiasmo. Las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia, es seguida por su obra capital, *El espíritu de las leyes*, cuyo éxito no fué superado por ninguna otra, de carácter político, del siglo XVIII. Su importancia está en que actualizó el estudio y discusión de materias y cuestiones políticas, el examen crítico de la organización existente, el anhelo de adquirir la libertad civil y la investigación del mejor sistema de gobierno. Se creyó que el libro de Montesquieu daba la clave de los secretos de la política; se vió que junto al idealismo filosófico había creado uno político, y este fué un suceso nuevo que ya no pudo evitarse.

Su otra obra, *Consideraciones sobre el pasado de Roma*, no fué menos trascendente. Su espíritu fué un panegírico ardiente del patriotismo de los romanos, de las virtudes republicanas, del amor fanático a la libertad, del odio a los tiranos y el derecho de asesinarlos. Esto dió al libro el éxito que logró en la joven Francia, tan aficionada a los ensueños de libertad, y en la que echaron raíces estas doctrinas cuando los jueces de Luis XVI lo guillotinaron.

Montesquieu introdujo en el lenguaje de la ciencia política dos ideas nuevas: la de la virtud cívica, que significa para él amor a la patria y a la libertad, y la del honor, que además de honra implica la conciencia del valor de las distinciones, la ambición de ganarlas, y una porción de cosas difíciles de definir con una sola palabra. Su virtud, que podríamos llamarla civismo, era savia, vida y origen de la república, y su honor, verdadero *sentimiento* del honor, substituye en la monarquía al civismo republicano que ésta no tiene.

La crítica admite que Montesquieu ha tomado sus referencias de la Constitución Inglesa, del segundo capítulo, de Juan Locke, titulado *Del Gobierno Civil*, de su obra *Dos Tratados de Gobierno*, escrita como fundamento de la ley de los derechos fundamentales.

El único problema de la Francia de aquel tiempo era desembarazarse del despostimo de la corona. El Marqués de Argenson había presentado como solución, el abolir los empleos dependientes del gobierno y dar autonomía a los municipios. Montesquieu opuso otra fórmula, la de dividir el poder supremo entre la corona, la representación nacional y el foro, y ella fué más deslumbradora y aparentemente más fácil desde que aniquilado el despotismo surgía la libertad espontáneamente. Cuando la Constituyente francesa entró a actuar después de la Revolución aplicó ambas fórmulas complementándolas, resultando que en la nueva Constitución, el Rey no disponía de empleados para administrar el país y el parlamento carecía de ministros para gobernarlo en el sentido de la mayoría.

En síntesis podríamos decir que Montesquieu es antes que libre pensador un historiador, y con ello se distingue de sus contemporáneos. Desde las primeras páginas del *Espíritu de las Leyes*, advierte no escribe para censurar lo que se hubiese establecido en ningún pueblo, sino para explicar las instituciones y los hechos humanos.

Esta tendencia a explicar y justificar lo pasado fué en el siglo XVIII un contrapeso al movimiento demasiado precipitado que arrastraba al campo desconocido. La misión de Montesquieu fué moderar el exceso de aquel ardor de innovación.

Escribe sobre la guerra; condena las de ambición pero llega a admitir la legitimidad de las guerras de *precaución*, como las llamaba el Gran Federico. Se nos presenta con singulares vacilaciones al juzgar el derecho de conquista.

No tenía, respecto a los tiempos pasados, el desdén que manifestaban los filósofos de su tiempo, y hace justicia a las grandes figuras; sus juicios sobre Alejandro Magno forman las más bellas páginas del *Espíritu de las leyes*. Su fino análisis de los hechos y los individuos, encierra las más grandes enseñanzas. De su gran obra queremos destacar este párrafo: "El espíritu de las monarquías es la guerra y el engrandecimiento; el espíritu de las repúblicas es la paz y la moderación". Tal la profecía que Montesquieu entregaba, de una nueva era de la humanidad preparada por los filósofos e inaugurada con la revolución de 1789.

La literatura levantó como ideal los sentimientos de solidaridad y fraternidad. Jesucristo, dice Voltaire, llama así a todas las naciones. No hay, pues, extranjeros, para un verdadero discípulo de Cristo. ¿Porqué encerrarnos en una pequeña sociedad aislada, cuando nuestra sociedad debe ser la del universo? Rousseau también encuentra en la doctrina cristiana los orígenes del cosmopolitismo, pero en vez de aceptar el principio lo censura, porque inspira amor a la humanidad antes que el amor a la Patria.

La guerra a los conquistadores en nombre del amor a la humanidad, tiene en Voltaire su mejor representante.

La incomprensión de sus doctrinas lo han hecho víctima de rudos ataques, atribuyéndosele haber combatido rudamente no sólo al cristianismo, sino a toda religión. Nada más equivocado. Voltaire no atacó a toda religión; fué el defensor de la religión natural contra los materialistas de su tiempo; su religión es el amor de la humanidad. Federico II le escribe: "Todo un mundo respirará bien pronto ese amor del género humano, que vuestro benéfico impulso ha hecho germinar en él"; y Catalina II lo llama "El abogado del género humano". Condorcet cuenta a Voltaire en el pequeño grupo de hombres para quienes el amor de la humanidad ha sido una verdadera pasión".

Voltaire estaba a la cabeza del partido de los filósofos. Existe pues una filosofía que le es propia, y que se inspiraba en el sentimiento de humanidad. Sus contendores enseñaban que el orden de la naturaleza es perfecto en sí, que la condición del hombre es la que debe ser, que disfruta de la única cantidad de felicidad de que es susceptible de ser. Voltaire no admitía el axioma de que todo estaba bien, ante los males de la humanidad, y rechazó esa filosofía que parecía legitimarlos y eternizarlos. La suya es de lucha incesante contra el mal bajo todas sus faces.

Voltaire rechaza con todas sus fuerzas la blasfemia de Hobbes de que la guerra es el estado natural de la humanidad; la considera un crimen; busca la alianza de los pueblos y la paz perpetua, aún cuando sabe que la lucha parece un mal inevitable; critica a Grocio que busca codificar las leyes de la guerra, a Montesquiéu que sostiene que alguna guerra ofensiva pudiera ser justa. Voltaire no encuentra sino una causa que legitime la guerra: "Si el cielo la permite, es por la libertad".

Voltaire el amigo de Federico el Grande, es también un historiador. Su gran obra, *El Siglo de Luis XIV*, su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, crearon para este género un nuevo concepto. Además de una crítica severa que limpió a la historia de leyendas, abre al estudioso un mundo nuevo, de sucesos y circunstancias que hasta ese entonces no habían preocupado a nadie. Fué Voltaire quién vió que la misión de la historia era describir la de la humanidad, su vida intelectual, sus progresos, la lucha entre la barbarie y la civilización, y que de esta historia sólo eran accidentes sus reyes y sus guerras.

Rousseau es en el siglo el pensador contrario al cosmopolitismo. Sabe que el patriotismo antiguo fomentaba los odios nacionales; pero esto no le importa: prefiere conservar el amor de la patria con el odio al extranjero, a que los odios nacionales se extingan juntamente con el amor a la patria. Rousseau no admite que se pueda ser al mismo tiempo patriota y cosmopolita; no pudiendo conciliar estos intereses, da la preferencia al primero que es más natural y útil al estado. El gran filósofo debe ser bien entendido; limitándose todas las afecciones del hombre a la patria, el concepto nos daría una lección del egoísmo que aprendieron demasiado bien los hombres de Esparta y de Roma, que Rousseau levanta como ejemplos, y que los llevó

a la decadencia y la ruina. Lo que el filósofo reprueba en el cosmopolitismo es la hipocresía de la humanidad; en cuanto al verdadero amor a los hombres, nadie lo ha predicado con más fe que él en su libro *Emilio*.

Las dudas y las críticas en el orden social no habían pasado del derecho y poder de la civilización, ni del cuadro de la organización social existente. Pero de pronto aparece en el escenario un nuevo pensador; es Rousseau y lleva al análisis de las cosas y a las soluciones ofrecidas, un nuevo espíritu, diferente, con fe e idealismo claro. Las dudas parciales y las críticas del detalle aparecen generalizadas, extendidas a todo lo existente en la sociedad; no duda de los beneficios de la civilización, sino que los rechaza por completo; no impugna los cimientos de la sociedad sino que los niega en nombre de leyes eternas usando en todo de un estilo poderoso y de palabras que conmovían y arrebataban.

El llamó a sus escritos discursos, y ellos hicieron escuela. Los oradores de la revolución fueron todos discípulos de Rousseau en la retórica y en los pensamientos. Mirabeau comentando de su personalidad, hizo notar que su *Contrato Social* se publicó antes de la independencia de América Inglesa; que con él iluminó el filósofo republicano a los héroes de la libertad, porque hasta ese entonces los publicistas habían argüido a la "manera de esclavos que temen ser oídos por el amo". Rousseau examina los derechos naturales de la humanidad, los limpia del polvo que los cubría, de los lazos que los negaban, y enseña los cimientos sociales, mostrando que el edificio estaba fuera de la legalidad cuando carecía de la base de la aprobación de los hombres y del convenio mutuo.

A él se debe el fanatismo del siglo por la igualdad y los derechos nacidos de la naturaleza humana, la gran palanca de la revolución de 1789.

Rousseau es el intérprete del espíritu de libertad en lugar del espíritu de servidumbre. De Rousseau proviene el movimiento de 1789. Y toda la libertad que hoy tenemos la debe la humanidad a la revolución francesa. Evidentemente su enseñanza no está libre de errores, que extraviaron a sus discípulos: confundiendo la libertad con la soberanía del pueblo, dió una importancia exagerada a una forma política: en lugar de atenerse a la esencia de la libertad, a los derechos del individuo,

se contentó con la apariencia y ayudó, sin pensar, al restablecimiento del despotismo como órgano del pueblo soberano. Por ello su inspiración vale más que su doctrina. Debemos también tener presente que los filósofos del siglo XVIII no tenían más que una idea confusa de las necesidades de la humanidad; sentían repugnancia hacia la dominación de la fuerza pero no dieron en la fórmula de ponerle término. Sólo debemos contemplar sus aspiraciones, y el que difundiendo las ideas de justicia, derecho y paz, prepararon el paso a un nuevo orden social.

EL DOGMA DEL PROGRESO. — Todo este movimiento espiritual y filosófico gira en torno de un principio unánimemente aceptado, y que adquiere por su universalidad el carácter de un dogma. Referimos al concepto del progreso.

Bossuet en su magnífica oración fúnebre a Enrique de Inglaterra lo establece con palabras elocuentes. La historia, dice, es la sabia consejera de los príncipes; enseña prudencia y da los saldos de la experiencia universal. La historia es para los pueblos una lección; les enseña la ley del deber, y en esta forma los hombres sirven a la ley del progreso, que da a la vida un sentido y un objeto.

El progreso no necesita justificación. Su base incontrastable son los hechos, y ellos se encuentran enlazados en la memoria de la humanidad. Su fundamento filosófico consiste en que los hombres son seres imperfectos pero perfectibles, de conformidad a los fines progresivos que ellos mismos se señalan o al destino que tiene señalado la divinidad.

Sin la idea del progreso, la historia no tendría otro valor que el de un gabinete de antigüedades. Admitiéndola, la historia resulta una realización progresiva del ideal de los hombres, de los fines que se propusieron ejecutar, y sin los cuales la vida de cada ser humano o de sus grupos, pueblos y naciones, no tiene contenido ni espíritu. El progreso nos reconcilia con la realidad, nos enseña a amarla; nos reconcilia con el pasado, que fué imperfecto en razón del progreso mismo; ve su razón de ser y lo justifica.

Al hablar de justificación del pasado los pensadores de este período no le incorporaban concepto alguno de perpetuación; por el contrario, nadie quería inmovilizar la sociedad, todos buscaban su mejora. Usaban del concepto de justificar, para expresar indulgencia, el amor a la obra social de los que actua-

ron en el pasado, observando que la historia es enseñanza de la moralidad y del deber.

Aparentemente cuando usamos la idea de progreso utilizamos una palabra vaga. Pero esa impresión se aclara cuando notamos que el progreso existe en el sentido del individuo y la sociedad, y que su concepto no es el de perfección sino el de desarrollo progresivo de los fines sociales. Si recordamos que en la realidad del hombre no encontramos verdades absolutas, que todas tienen una relatividad de tiempo y de espacio, resulta evidente que el progreso solo debe buscarse en la vida, y que ésta es infinita porque el objeto de la vida es también infinito.

Ocupándose del progreso social, Hegel dice que el destino humano es el desenvolvimiento de la libertad. ¿Es ésto exacto, o en otras palabras, la libertad es un fin o un medio, para el hombre? ¿Es un fin, por ejemplo, la libertad de pensar? La solución resulta espontáneamente: la libertad no es un fin sino es un medio de cumplir la misión de cada uno. Cuando Espinosa dice que el fin del estado es garantizar la libertad, quiere expresarnos que la libertad sirve al hombre para cumplir su destino; que es enlace que solidariza al individuo y al estado, y que es la libertad la que brinda el medio para producir el progreso social.

Los escritores de este período convirtieron a la idea de progreso en dogma. Antes esa idea había existido pero sin ese carácter axiomático, y sin el sello de una universalidad indiscutida. Hesiodo, el poeta helénico, sospechó que la humanidad no permanecía estática, que la equivocación y la imperfección de los hombres vino a empeorar la suprema edad de Oro de la Grecia. En su libro "Las Horas y los Días" consigna que la humanidad marcha de lo mejor a lo peor. Otro tratadista en los últimos tiempos de la Edad Media y principios de la Epoca Moderna, Maquiavelo, el historiador florentino, distinguió en la organización humana tres regímenes sucesivos: 1º, el asignado a la monarquía; 2º, el de un concepto aristocrático; y por último aquél de una organización democrática. Dice que toda la humanidad pasa irremediablemente por estos tres ciclos.

Pero Maquiavelo no es el único que concibe esta ley de evolución. Con Vico nace otro concepto de este proceso en la humanidad. Este escritor, autor de la "Ciencia Nueva", distingue

tres estados en la sociedad humana en relación directa con la cultura:

a) La teocracia, la divina, la época de los ídolos, en la cual la ignorancia de los hombres se complace con lo sobrenatural;

b) La edad heroica o el tiempo de la fuerza, de la barbarie, que hizo el triunfo de algunos héroes;

c) La edad histórica, es decir, el tiempo de la civilización, donde el pensamiento y las actividades humanas se vivifican y se iluminan inspirados en altos principios de humanidad.

Pero el progreso como dogma data del siglo XVIII y a él debió la humanidad la fuerza necesaria para sacudir las viejas organizaciones feudales que ataban la cultura de occidente, y plantear el régimen liberal y progresivo con que se abre la época contemporánea.

BACH Y MOZART; CARÁCTER Y CIRCUNSTANCIAS; SU OBRA Y SU SIGLO; LA SONATA Y EL MINUETO. — Durante los tiempos medioevales nacieron las representaciones escénicas de los acontecimientos que constituyen el fondo de las leyendas o sucesos que llamamos Historia Sagrada. Pueden ser definidas como un poema sagrado, casi siempre de carácter dramático, para solos y coros con acompañamiento de orquesta pero desprovistos de acción teatral. Denominadas *oratorio*, constituyeron la más alta expresión artística de la música hasta el siglo XIV en que fueron prohibidas por los abusos que se produjeron en detrimento de la dignidad del culto. Actualizadas a mediados del siglo XV, se perfeccionan las relaciones armónicas, que es lo que podría llamarse la verdad expresiva en música, y junto al *oratorio* aparecen los primeros modelos clásicos de la ópera. Ambos géneros son tratados indistintamente por los actores en los tiempos modernos.

El esfuerzo era paralelo aunque nacional. Italia, la creadora, y Francia, Alemania e Inglaterra, realizaban por intermedio de sus músicos la obra artística con sello personalísimo, hasta la ponderación a fines del siglo XVII del espíritu alemán que imprimió a la música, sobre todo en el género *oratorio*, un carácter internacional.

Marcó este momento el primer Bach, con "La Pasión según San Mateo", de la que se ha dicho que es una suma y síntesis de arte, y que su grandeza desborda las clasificaciones y categorías admitidas.

Pero para advertir con claridad las nuevas orientaciones impresas a la música, como expresión artística, cabe consignar que el sonido (instrumentos musicales), el canto y la danza, constituyeron hasta esta época como elementos complementarios e inseparables. La música miraba al canto o a la danza, y sólo raras concepciones la contemplaban aisladamente, como expresión musical pura, tal vez porque la técnica de los instrumentos y su número no era perfecta.

Para estas expresiones excepcionales se usaba el nombre de sonata como antitesis del nombre de cantata, que se daba a los trozos destinados a acompañar o completar la voz humana. Sonata era entonces cualquier trozo instrumental separado del canto, en cuyo concepto penetró en la Iglesia, sobre todo cuando se advirtió que el clavicornio era un instrumento completo del cual podían sacarse efectos armónicos y polifónicos.

Felipe Manuel Bach (1714 - 1788), hijo del gran Sebastián Bach, al que ya aludimos, fijó la forma definitiva del modelo creado por los italianos, legándonos la sonata, que es considerada como el punto inicial de la técnica moderna del piano. Históricamente sus composiciones instrumentales son las que guardan mayor significación desde que el desenvolvimiento de las grandes formas de la música instrumental es la característica de los tiempos modernos.

Las sonatas de Bach se dividen en tres tiempos, de los cuales el primero está sometido a una forma rígida; el segundo es un andante o un adagio escrito en tono vecino del tono del primer tiempo, y el conjunto finaliza con un movimiento rápido en el tono inicial de la sonata. Su disposición guarda una simetría análoga a la de la poesía lírica griega, como se muestra en las odas de Píndaro o en los coros de la tragedia de Esquilo, pero es infinitamente superior porque esta música usa de elementos propios (ritmo, melodía y tonalidad) con lo que logra combinaciones más delicadas, variadas y complejas.

Los representantes del arte, la corte y las clases elevadas, que habían perdido el enlace espiritual con sus pueblos, se deleitaban con la música italiana. La música de Bach no bastó para hacer reaccionar este sentido artístico, pero la de Mozart logró ese milagro destruyendo y anulando la soberanía extranjera. Actuó desde un centro afín a su espíritu sediento de tranquilidad y placeres, desde la alegre e ingenua Viena y la Praga

alemana del siglo XVIII. El, con Haydn, señalaron el camino que llevaba al corazón del pueblo; esa generación tan completamente mundanal, necesitaba aquél arte mundano que unía la solidez, la ternura y el sentimiento real de los alemanes con la forma alegre y la fascinadora melodía de los italianos.

La obra artística de Mozart arranca de la sinfonía, composición musical que sin atender a sus orígenes, toma forma en 1746, en el concepto de pequeñas piezas instrumentales ordinariamente dispuestas para un cuarteto de cuerdas.

Sobre estos elementos, el acrecentamiento de partes en la orquesta y la renovación producida por la sonata de Bach, nacen las sinfonías de esta época, en que triunfa el estilo clásico polifónico moderno sobre el estilo escolástico del renacimiento instrumental.

Haydn, que con Mozart tiene los honores de esta reforma, divide la sinfonía de cuatro partes, cada una de ellas con forma propia. El alegro, el andante y el final guardaban el mismo orden en la overtura, en el concerto, en las sonatas de Bach y en las primeras sinfonías. La reforma, que es de Mozart, consiste en la incorporación del minueto como penúltima parte de la composición. Sus notables sinfonías, *Parisiense y Júpiter*, arbitraron el molde clásico de la reforma, y Mozart logra, por el fondo como por la forma de sus sinfonías, y por su instrumentación, señalar el apogeo de la genialidad, el equilibrio admirable de las fuerzas del alma, la cultura y la inspiración.

EDAD CONTEMPORANEA

LECCION LXII

RESEÑA PANORAMICA DE LAS TRANSFORMACIONES POLITICO-SOCIALES Y SU SENTIDO GENERICO, DESDE LA REVOLUCION FRANCESA Y NAPOLEON BONAPARTE HASTA NAPOLEON III

GENERALIDADES. — El régimen de los despotismos, que cierra la Edad Moderna, no podía prolongarse en el tiempo después del intenso movimiento de ideas del Siglo XVIII. La filosofía social, con sus amplias concepciones; la exégesis del pa-

norama de la vida, posible de perfección, sobre todo con el progreso de la ciencia, especialmente las de aquellas que hacían al régimen económico tan esencial a la existencia humana; y la violenta contradicción entre las nuevas ideas de justicia y de derecho, con la supervivencia de algunas instituciones del feudalismo, en cuanto limitaban las libertades públicas y mantenían la desigualdad de clases. hacían fatal que el organismo de la sociedad, encadenado por moldes viejos, los rompiera, para buscar y ensayar formas que brindaran a los pueblos una certidumbre de felicidad y el triunfo de ideales de mayor justicia.

La crisis fué violenta. En segundo año hemos estudiado el largo y doloroso proceso denominado "Revolución Francesa y época de Napoleón". Sabemos de aquéllos estados generales reunidos por Luis XVI; de como los diputados de las clases sin privilegio se reúnen en asamblea nacional, para organizar el estado, concluir con la monarquía y volcar sobre Europa la ola libertadora de la revolución. La conocemos triunfante de los reyes, arrastrando a los pueblos, mezclándolos; los vemos articulándose conforme al genio irrenunciable de cada colectividad, y paralelamente a esta revolución social, que destruye a las viejas clases encastilladas en sus privilegios, nos encontramos con un ensayo sucesivo de formas políticas; la Convención, el Directorio, el Consulado y el Imperio; sus esfuerzos por hacer obra definitiva; cómo la vitalidad maravillosa de Francia se exalta en una política de prepotencia, que ata a Europa al poder de Napoleón, y luego de guerras prolongadas y sacrificios innumerables, asistimos al espectáculo de como ese poder inmenso cae bajo el empuje de pueblos aliados, no en nombre del poder de los reyes, ni de una resurrección de las viejas ideas absolutas; sino cuando esos pueblos levantan como bandera aquéllos ideales que la revolución en su hora inicial había esparcido en el seno cálido de los hogares.

Cuando Waterloo silencia sus cañones y la Europa en paz busca cauces definitivos, por un momento la autocracia tienta reabrir el absolutismo con la Santa Alianza, pero no inútilmente la humanidad había sufrido tanto. El ensayo de los autócratas cae como un castillo de naipes con Napoleón III, y la sociedad contemporánea se organiza sobre las conquistas imperecederas de la revolución.

Veamos cual fué esta obra definitiva.

LOS CAMBIOS ECONÓMICOS Y JURÍDICOS DE LA REVOLUCIÓN.— Toda la obra de la revolución está levantada sobre el concepto central de la soberanía popular. Rousseau con su "Contrato" y la filosofía toda del siglo XVIII, habían dado un golpe de muerte a las ideas generalizadas por los tratadistas del absolutismo. Lo que antes fuera un dogma, de que los reyes gobernaban por derecho divino, porque ellos en sus ascendientes habían recibido de la divinidad, como en feudo, el privilegio de gobernar a su pueblo, fué considerado un error. El Rey no era el soberano; su gobierno estaba consentido por la Nación; especificaba una especie de mandato. La soberanía, el derecho de crear un determinado orden público y un régimen especial de instituciones, pertenecía al pueblo y él lo ejercitaba por medio de representantes. Nadie en la Nación tenía privilegio alguno con respecto a esa soberanía, fundada en la preeminencia de la personalidad del hombre y ejercitada por aquéllos reunidos en nación, en un organismo colectivo, con espíritu propio, con sentimiento caracterizados por ideales comunes e idéntico destino.

La soberanía no sólo implicaba la soberanía del pueblo, a ejercitarse conforme a las instituciones o formas políticas. Importaba preexistencia e individualidad del grupo nacional, y en ese sentido era ponderar esas organizaciones en que los pueblos se definen mediante el idioma, las costumbres, el origen y los mil factores que forman la vida de relación. Así definido el concepto de soberanía nacional, su denominación más exacta sería de soberanía del pueblo nacional, y su consecuencia primera el establecimiento de recursos, de formas o de bases, que diesen carácter fundamental y permanente al acuerdo de ese pueblo nacional decidido en organizar su comunidad política.

Se logró esto dando a los estados que se organizaban un carácter constitucional, vale decir, estableciéndolos sobre un orden de cosas fundamental consignado en una ley, sobre la cual se establecía el edificio de las instituciones. Esta ley básica, denominada Constitución, es la ley primera de los estados, el cristal a cuyo través se contempla la evolución de la sociedad en todas sus manifestaciones. Es la razón de ser del estado, y en ella se determinan la "formas" conforme a las cuales se ejercitará la soberanía popular.

Los principios no son todo el problema en el progreso de la humanidad. Ellos son, si se quiere, como la esencia de las cosas,

la materia substancial de que éstas se componen. Pero junto a los principios, a la esencia, a la substancia, están las *formas* mediante las cuales la esencia o los principios advienen, y que en el orden de los fenómenos aparentes son los que caen bajo los sentidos.

La revolución dió a la soberanía, al pueblo nacional, una forma de expresión, creando lo que se llama un mecanismo de representación, un régimen representativo. Cuando aludimos a las Repúblicas de Grecia y de Roma vimos como el gobierno del pueblo adoptó formas directas; el pueblo gobernaba de presente, en asambleas generales, haciendo sus leyes mediante votaciones complicadas e interminables; cuando Roma comprendió todo el mundo conocido, cuando fueron declarados ciudadanos todos los hombres libres del imperio, este régimen de gobierno directo, imposible de ejercitarse en un solo y grande comicio, creó a favor de los ciudadanos avecinados en Roma un privilegio de hecho, desde que ellos sólo estaban presentes, y ellos sólos hacían la ley de acuerdo a sus necesidades; era el sacrificio de todos por aquéllos a quienes la providencia había dado el privilegio de realizar el gobierno directo, en el lugar geográfico del comicio.

La sociedad contemporánea encontró en el sistema representativo la fórmula necesaria para un orden de justicia; los ciudadanos ante la imposibilidad de reunirse todos y hacer el gobierno directo, eligen representantes, y éstos lo llevan a cabo. Como la designación implica ejercicio de las voluntades individuales, aparece el régimen electoral como imprescindible al estado contemporáneo, régimen electoral que es variado según las particularidades del medio y del progreso de esa forma política, que nosotros estudiamos en el curso de Instrucción Cívica.

Para que la soberanía lograse su expresión fué necesario dar un carácter esencial a las libertades públicas, considerándolas anteriores al estado, a su derecho positivo, y propias o inseparables de la naturaleza humana.

La libertad individual, la libertad de conciencia, la de palabra, la de prensa, la de propiedad, etc., son derechos propios del hombre, esenciales a su naturaleza. Cada una de ellas equivale a un derecho; la libertad de conciencia es el derecho de pensar y creer libremente; la libertad de palabra es el derecho

a enunciar el pensamiento propio, verbal o por escrito, etc. El ejercicio de un derecho no tiene más límite que el derecho de los demás; por eso la libertad está a su vez limitada por las libertades análogas de los otros. En el régimen de la Edad Moderna, estas libertades públicas no existieron. El poder absoluto de los reyes atentaba a ellas, porque no tenían una existencia separada de las leyes que daba el estado. Ordenes inmotivadas cortaban en cualquier momento la libertad de los individuos, que la arbitrariedad acumulaba en las cárceles políticas. La reacción fué tan poderosa que Francia inicia la crisis con la demolición de la Bastilla, algo así como la destrucción del símbolo de esta falta de libertades públicas, sin las cuales no es posible la vida contemporánea.

Condición también de la soberanía del pueblo fué la igualdad entre los miembros de la sociedad. El antiguo régimen se había caracterizado por la desigualdad en clases y la distinción, aún dentro de éstas, de elementos deprimidos. En efecto: la nobleza se dividía en alta nobleza y baja nobleza; la primera podía ocupar en las cortes los cargos públicos prominentes; la baja nobleza no salía de sus posesiones territoriales, en las provincias, llevando una vida modesta pero gozando de los derechos señoriales.

El clero tampoco era igual; había un alto clero formado por los nobles que se dedicaban al sacerdocio y para los cuales eran los cargos preeminentes y la vida amable; el bajo clero, virtuoso, ocupaba las pequeñas parroquias de provincia. La virtud, el único medio que el sacerdote puede invocar para su preeminencia, no se tenía en cuenta en la designación de las dignidades de la Iglesia.

El tercero de los órdenes, o sea el estado llano, tampoco era igual. Las clases no privilegiadas que ocupaban las campañas, estaban sujetas a la tierra por una serie de instituciones, que eran como lazos que vinculaban a veces para toda la vida. La otra parte del estado llano, que habitaba las ciudades, estaba agrupado en gremios y dentro de los gremios, distinguíanse oficiales, maestros y aprendices.

La condición de igualdad que la revolución dió a la sociedad iba en contra de esta armazón social. Fué una igualdad sana porque abrió las puertas a las valías individuales, igual-

dad que no debe entenderse en sentido de igualación. La naturaleza humana no implica igualdad absoluta; los seres se distinguen por la superioridad de los sentimientos, la cultura de los ideales, la eficacia y la continuidad de la acción. La igualdad bien entendida es la inicial, embrional puede decirse; dentro de ella, mediante una competencia libre, igualmente condicionada, se definen espontáneamente las funciones sociales, que en esta forma se establecen por los valores individuales en acción.

Otra de las transformaciones, quizá de las más importantes, desde que el hombre vive en la realidad y de la realidad, fué indudablemente el de la emancipación de la industria y el comercio. Esta emancipación de la actividad económica se tradujo en el libre trabajo de la agricultura, el transporte de los efectos, la compra-venta de los mismos, etc. La agricultura pudo desenvolverse libremente; pudieron circular sus productos, de una región a otra, sin intervención del estado. La industria renovada en sus procedimientos, pudo producir no de acuerdo a reglamentos obligatorios, sino a las exigencias y necesidades del consumo; elaboró mercaderías de tipo variado y pudo mediante el comercio orientarse libremente sin ajustarse en este sentido a las reglamentaciones y predestino de los embarques. La circulación de los granos, del trigo sobre todo, fué una de las conquistas que más beneficiaron a la humanidad. Permitió que todo el pueblo subviniese a sus necesidades sin estar sujeto a monopolios que creara la naturaleza u organizaron los hombres. Cuando la carestía se producía en una región, de otra vecina, en que abundaban los elementos necesarios, pudieron equilibrarse los saldos del consumo, y en esta forma se abarató la vida.

En lo que respecta a la industria de elaboración, la actividad estaba controlada; los artículos se hacían, se medían y pesaban de acuerdo a las reglas y prácticas regionales. La Revolución incorporó a la libertad de la industria y del comercio el sistema métrico decimal, permitiendo que el comercio se multiplicara y que las compras y ventas se verificasen con el conocimiento exacto y corriente de las medidas vendidas o compradas.

Hubo otra trascendental reforma económica. En lo que respecta al régimen impositivo del antiguo régimen vimos que la base de la renta era la talla, y dijimos que la talla estaba completada por los diezmos y derechos señoriales.

Estas dos cargas eran injustas porque se hacían en nombre del privilegio y de la organización feudal. El más injusto era el diezmo, cuya trascendencia la tenemos en que de cada diez animales procreados, de cada diez partes de toda producción, una correspondía al Estado o a la Iglesia en su caso. Se arrasó con toda esta organización, fincando los recursos del estado en un sabio sistema de contribuciones directas que se abonaban conforme a catastros regulares. La injusticia desaparece originariamente del impuesto, y su sistema pudo mejorar con reformas sucesivas todas inspiradas en el sentimiento de justicia o equidad.

En lo que respecta a la instrucción pública la revolución fundó y mejoró escuelas, las cuales en el régimen antiguo no existían como función pública. En cuanto a la cultura general, fomentó la formación de bibliotecas, donde se reunieron los libros que fueron en verdad índices del saber. Entre esta instrucción popular se dió sobre todo importancia a la instrucción primaria, a la educación del niño, pues instruir a la infancia era ponerla en condiciones para cumplir los deberes que el hombre debe ejercer en la sociedad.

Desde este momento la propagación de la cultura se convirtió en una función del estado. A los efectos de que este aprendizaje fuese hecho universalmente, se impuso la obligación de la enseñanza y se castigó su incumplimiento en los responsables más inmediatos, es decir, en los padres. Esta divulgación de la lectura, de la escritura y demás conocimientos elementales y científicos, hacen que las nuevas generaciones pudieran responder al progreso general de la vida, centrándose en ella, y en definitiva los conocimientos científicos se extendieron a la masa del pueblo. Nada robustece más los sentimientos sociales que la cultura, que da a los hombres la sensación de camaradería y solidaridad; de ahí que la consecuencia fundamental de esta enseñanza fuese el acentuar las tendencias democráticas de la sociedad. Hombres eminentes, de todas las jerarquías sociales, dedicaron sus afanes a este aspecto de la sociabilidad. Muchos países no sólo se concretaron a fundar instituciones de enseñanza primaria sino que desenvolvieron las secundarias y aún las universitarias, robusteciendo estas viejas organizaciones que tanto habían hecho en la obra del progreso.

LA OBRA CIVIL Y POLITICA DE LA CONVENCION Y DE LA PRIMERA REPUBLICA; LA ACCION ECONOMICA Y LEGISLATIVA DE NAPOLEON. — En este cuadro general de las transformaciones político-sociales cabe destacar la obra de los primeros poderes políticos que la Revolución creó en Francia, por un doble motivo. El uno, porque Francia fué el escenario primero y predilecto de ésta renovación, y el otro, porque el sentido que se dió a las reformas y su proceso violento y hasta cruel en el detalle, centra con perfección la trascendentalidad y urgencia en satisfacer los fines que se perseguían.

Se procedió borrando con una esponja lo existente, sin tener en cuenta las regalías fundadas en las costumbres. Francia, por ejemplo, se encontraba dividida en provincias. Cuando estudiamos la Edad Media, vimos cómo el derecho se definió en un sentido personal, conforme al uso y las prácticas de vencedores y vencidos. Cuando los francos conquistan las Galias, entonces en poder de otros germanos, así como conservaron al romano vencido en su derecho, mantuvieron en el suyo al visigodo, al borgoñón, etc., y cuando Carlos Magno organiza el estado franco, estas diferencias iniciales se traducen en regalías personales según las regiones que habitaban. En la Edad Moderna no desaparecieron estas características regionales, estando las provincias sujetas a un orden diverso de preeminencia, dentro de privilegios consagrados.

La Revolución cortó por lo sano todas esas diferencias estableciendo jerarquías iguales en derechos y deberes para todos los habitantes de Francia, principio que se hace carne en tal forma que no se conciben hoy leyes de excepción para determinados territorios de un estado. Se crearon dos administraciones perfectamente capacitadas para el gobierno que antes se hacía de acuerdo a fueros y privilegios; fueron la administración comunal y la departamental o provincial, que si respondieron a los límites geográficos de las antiguas provincias, se establecieron sobre iguales bases. Este régimen administrativo interno, completa el concepto de la organización administrativa del estado nacional. Las demás naciones la imitaron, sobre todo las naciones jóvenes que recién se establecían, en las cuales la estructura administrativa del estado fué una e igual para todo el territorio.

La reforma comprendió el régimen de la religión y del es-

tado. Estas relaciones en el antiguo régimen dependían de convenciones y concordatos que se hacían entre el Rey y el Papa. Para nada se contemplaba la voluntad del pueblo; la nación no intervenía, ni el rey que gobierna actúa en nombre de ella. Durante Luis XIV la monarquía adquirió el derecho de nombrar las dignidades eclesiásticas, y claro que siendo aquel un régimen absoluto, en vez de la virtud primaba dentro de la jerarquía eclesiástica la intriga de palacio y la voluntad del rey.

La Revolución exigió, como primera reforma, el juramento de los sacerdotes a las leyes del gobierno político. Los sacerdotes que se negaron a jurar abandonaron el territorio franco y fueron perseguidos por los ejércitos de la República. Aquellos que acataron el nuevo orden de cosas fueron como la semilla del gran movimiento que se preparaba.

El estado político que salió de la Revolución, reivindicó para sí el nombramiento de las dignidades de cada iglesia nacional y completó su obra disolviendo las órdenes que existían y dispersando a los regulares de los conventos, de los cuales estaba minado el territorio francés; los bienes de estas órdenes fueron secularizados y aplicados al Estado.

Las relaciones de la Iglesia y del Estado fueron cada vez menos dependientes. Este tipo de organización fué imitado por todos los países, en forma tan característica que hoy todos los estados reivindican para sí el nombramiento de los obispos, deciden del establecimiento de nuevos conventos y pueden impedir, como el nuestro, la entrada al país de nuevas órdenes religiosas.

Pero el proceso que más caracteriza el devenir de las ideas es el de la obra legislativa. En lo que hace a la legislación civil, hasta 1804 el derecho privado se ajustó en Francia, a leyes fragmentarias que fueron dadas por las corporaciones o asambleas nacionales. Sus actos básicos datan, el de la igualdad civil, del 4 de Agosto, en que se destruye la servidumbre, y del 16 del plublieso del año segundo, en que la convención estirpó la esclavitud como institución. Pero el ideal de sintetizar todas estas leyes en una ley general o Código Civil, existió siempre en los revolucionarios.

En la Convención, en 7 de Agosto, Cambaceres anunció que el Código Civil, que era un ideal común, estaba preparado,

pero no llegó a tratarse. Dos proyectos sucesivos se plantearon, prolongándose esta larga gestación al período del Directorio, que también se ocupa de la empresa.

En el año VIII, Bonaparte, en su carácter de Cónsul, realizó este viejo ideal revolucionario, y da el Código Civil que innova fundamentalmente en forma tal que el derecho en él contenido es denominado napoleónico, enfrentándoselo en lo que implicó reforma al derecho romano, base de la organización occidental.

Desde entonces las reformas fueron continuadas y abarcaron todos los aspectos fundamentales de la legislación. La Constitución de 1791 incorporó el matrimonio civil y el divorcio, que llevó a la práctica la ley del 20 de Diciembre de 1792.

La declaración de los derechos del hombre producida el 4 de Agosto dejó en pie la enorme tarea de destruir las instituciones feudales. En 15 de Mayo de 1790, fué iniciada la tarea por la Asamblea, la que divide los derechos feudales distinguiendo lo que llama feudalismo dominante del feudalismo contratante. Todos los derechos correspondientes al feudalismo dominante fueron liquidados, quedando los del "contratante", que podían rescatarse. Por último la Convención abolió todos estos derechos.

Completó sus reformas legislando sobre sucesiones, destruyendo la primogenitura, es decir, el derecho del primogénito a heredar a sus mayores con perjuicio de los hermanos; sobre emancipación del individuo de la tutela paternal al cumplir los 21 años de edad; sobre registro de las hipotecas, para garantizar el patrimonio, etc.

En lo que respecta a la legislación criminal consistió en un principio en leyes sueltas de reforma, sistema que se sigue hasta el 16 de Septiembre de 1791, en que se dicta el Código de Procedimientos que fija las prácticas que debían observarse en los asuntos criminales, en forma de garantizar la libre defensa. A los pocos días, el 25 de Septiembre, se da el Código Penal inspirado en la determinación de delitos en forma de proteger la seguridad individual; ya los delitos no dependían de la voluntad caprichosa de los gobernantes sino que fueron codificados y el hombre pudo así saber lo que le estaba prohibido por la sociedad. Sucesivamente se establecieron las instituciones que complementan esta legislación; son ellas, el juicio

por jurados o sea la justicia popular; el carácter personal de la pena, que castiga al autor y no a su familia, y su proporcionalidad con la gravedad del delito. Posteriormente el 3 del brumario del año IV, el Jurisconsulto Merlin inspira un nuevo código más ajustado a los principios de justicia y a la ciencia penal.

Al consignar con cierto detalle esta obra legislativa de la Revolución, nos inspiramos en el deseo de dar a esa transformación universal de la Edad Contemporánea una referencia cierta en sus orígenes, probando ligeramente que toda ella se correlaciona con los saldos del esfuerzo de Francia. Es como si ésta fuera, para lo contemporáneo, el vivero donde las instituciones toman su arraigo, que los demás pueblos, arrastrados por las ideas universales habrían de incorporar a sus organismos persiguiendo la efectividad de un mayor bien y una mayor justicia.

LA INDEPENDENCIA DE LAS COLONIAS SUDAMERICANAS. — Expresión cierta de esta renovación espiritual del siglo XIX fué la emancipación de las colonias que España y Portugal tenían en Sudamérica. Años antes, las de Inglaterra, en el norte del continente, habían logrado, con el aplauso del universo, esa misma libertad, y encontrado en un régimen de respeto de las soberanías locales, sobre una base federal, la forma política de consultar su bienestar y hacer su grandeza.

Nada extraño entonces que bajo la fuerza de ese mismo espíritu las comunidades humanas creadas por las naciones de la península ibérica sacudiesen sus enlaces con los estados de origen. Por el contrario: la dignidad que las legislaciones de España y Portugal daban a sus colonias, la organización administrativa y racional en que desenvolvían su vida, el sentido local impreso a las leyes de Indias, la consulta en los actos de Gobierno de las particularidades geográficas y regionales, etc., anticipaban que así como el medio político fuese favorable, las colonias sudamericanas trabajarían su independencia.

La individualidad espiritual de las colonias era evidente; se traducía en las grandes divisiones jurisdiccionales de los dominios, los virreynatos y las capitanías generales, y en los intereses económicos en función y las expresiones culturales. Antes que "dominios coloniales" eran provincias de los grandes estados peninsulares, y así como el espíritu nuevo del siglo

XIX habían sugerido a España, resistiéndose a la conquista napoleónica, en 1808, la fórmula de las juntas populares representativas de unidades administrativas e históricas, nada extraño resultaba que las individualidades administrativas sudamericanas que integraban a España, buscasen así mismo traducir su existencia en esa hora de crisis universal.

Los acontecimientos políticos del reinado de Carlos IV, los sucesos de Bayona, la invasión a España, la usurpación de José Bonaparte, la política indeterminada, caprichosa, de Fernando VII cuando logra volver al trono, etc., son el fondo de los sucesos de éste proceso de independencia. La realidad es otra; es la de pueblos a que se llama "colonias" pero que tienen un ser espiritual y accionan dentro de las formas perecederas. Canceladas estas formas con la vacancia del trono, la independencia resulta el único camino posible como expresión del ser de las colonias. Lo comprobamos al advertir (con excepciones que obedecen a causas bien conocidas) que todas ellas mantienen, cerrado el período de luchas y de organización, las mismas jurisdicciones geográficas que España diera a sus viejos dominios. Su enlace con el movimiento espiritual del siglo XIX se traduce en que estas colonias toman como expresión o forma de existencia, el principio de la soberanía popular, que es la base firme e inequívoca del movimiento universal de las ideas. Todas ellas se organizan en república y se dan instituciones sobre los conceptos de igualdad y libertad. Sobre las tonalidades regionales del movimiento emancipador, por ejemplo las que cooperan al pronunciamiento de Mayo en la Argentina, que se estudia en 3º y 4º año, está un sello general o continental. Todas las antiguas colonias tienen precursores que correlacionan sus esfuerzos, y todas ellas llegan a la Revolución en el bienio 1810-1811. No se trata entonces de procesos aislados sino de uno integral, con base uniforme, y de fuerzas generales que las empujan a obrar. La filosofía del siglo XVIII entregó a los pueblos de Sudamérica la noción exacta de las formas de existencia de la humanidad renovada en ideales.

Pero si la emancipación de las colonias americanas resultaba una consecuencia lógica de las transformaciones político-sociales del mundo, el advenimiento de los nuevos estados produjo a su vez nuevas condiciones de vida al universo. Al principio, siendo el poder económico, militar y cultural de las nue-

vas nacionalidades relativamente insignificante, ellas no pesaron en los grandes sucesos y soluciones de Europa. Para afirmar la existencia de las nuevas naciones se cree necesario por Estados Unidos enunciar la doctrina de que toda penetración europea en América importaría un acto ofensivo para sus intereses. Pero apenas corren dos décadas el panorama del universo cambia, y las repúblicas nuevas de América accionan con importancia cada vez más creciente. En otras palabras, recién el hecho de su independencia, como fruto del pensamiento universal, entrega a la humanidad, en compensación, los saldos útiles de su materialidad y de su espíritu. Respecto a este último nos basta mencionar a título de ejemplo, la doctrina Drago, la fórmula del arbitraje obligatorio, el repudio de las conquistas territoriales y los pactos de no agresión.

EL CONGRESO DE VIENA Y LOS EFECTOS DE SU ACCION EUROPEA. — Ninguna de las grandes transformaciones sociales se produce sin un período o tentativa de reacción fomentado por los elementos conservadores que sobreviven a la crisis de la primera hora. Entre la Revolución Francesa y la universalidad efectiva de sus postulados, esta reacción del antiguo régimen tiene su expresión en el Congreso de Viena. Francia y sus ejércitos republicanos que antes habían vencido en todas las latitudes se agotaron esparciendo la semilla de la Revolución y olvidando que su primer deber consistía en consolidar los derechos de la patria. Naturalmente que todo el edificio que ella había construído y en lo que había incurrido en injusticia, porque la embriaguez del triunfo llevó a la revolución a substituir el poder popular y el derecho interior de las naciones con la fuerza de las armas vencedoras, cayó por tierra.

Los reyes vencedores, representantes de los despotismos, se congregaron en Viena para resolver en Congreso el restablecimiento del antiguo edificio político, y restablecer el equilibrio, como en la época de la paz de Westfalia, de los intereses de toda Europa. La tarea resultaba aparentemente fácil; vencida Francia, ningún enemigo aparecía a la vista, ni existía más necesidad que la de servir a la justicia; reyes que después de haber perdido su corona la recobraban sin trabajo, no podían admitirla sino con un poder templado; y los pueblos cuyas ideas habían avanzado mucho más que la política, estaban desengañados por numerosos experimentos.

Los reyes invocaban la restauración pero olvidaban que no se podía honrar con tal nombre a una paz que no tenía otro programa que fijar materialmente los límites de los estados y del restablecimiento de las dinastías; habría sido preciso asegurar el porvenir sobre bases alejadas de lo arbitrario y apropiadas a la naturaleza de la sociedad, para alejar causas de nuevas revoluciones y guerras.

Las máximas accionadas por los reyes y sus ministros eran liberales. Los príncipes y los pueblos no deben hacer la guerra sino por necesidades inevitables; la esclavitud y la servidumbre deben abolirse en todas sus formas; la religión, la política y la moral deben marchar unidas; la espada no conoce derecho; la independencia debe ser respetada; los pueblos deben intervenir en la legislación y los impuestos, y existe libertad de palabra y de prensa. En plena tarea, sin preparación para llevarla a los hechos; el período de los cien días quebró las buenas intenciones; los reyes se unieron más; dieron prueba de su fuerza venciendo a Napoleón, y ya triunfantes obraron con celeridad y sin consideraciones.

Alejandro de Rusia, espíritu místico, entregó al siglo una fórmula curiosa, que buscaba establecer un nuevo derecho público europeo basado en la reconciliación de las iglesias cristianas, de cuya misión debía resultar la paz y la felicidad general. Con esa base redactó el acta de una "Santa Alianza" por la cual los cuatro príncipes soberanos principales se obligaban a gobernar de acuerdo a las virtudes evangélicas. Comprometíanse "conforme al precepto evangélico que nos manda amarnos como a hermanos", a permanecer unidos, a prestarse asistencia mutua, a gobernar a sus súbditos como padres, a mantener la religión, la paz y la justicia. Resolvieron invitar a todas las potencias a reconocer estos principios y a entrar en la Santa Alianza (1816).

Los reyes al declararse padres, unidos para decidir ellos sólos lo que creían más ventajoso a sus hijos, los pueblos, sin consultarlos, creaban la base de un despotismo. Inglaterra se negó a entrar en el pacto porque era incompatible con la libertad de los pueblos, y como cada una de las potencias (los reyes) habían obtenido bastante del triunfo sobre Francia, y no querían ceder sus conquistas, abandonan los principios proclamados al iniciar el congreso, y resolvieron los casos en base a con-

sideraciones personales. El resultado fué satisfacer a las altas potencias y humillar a Francia aumentando la fuerzas de sus vecinos. De los pueblos no se trató para nada. En esta forma la revolución que había comenzado con la democracia, terminaba con la destrucción de los gobiernos populares y los estados electivos consolidando las monarquías.

LAS REVOLUCIONES NACIONALES Y POLITICAS HASTA 1848; ORIGEN Y DESARROLLO DEL NACIONALISMO LIBERAL. — La obra artificial del Congreso de Viena, y la política estrecha de la Santa Alianza, en lo que hizo a la distribución arbitraria de los territorios y los pueblos y a la destrucción de las instituciones de la libertad, no podía perdurar. Ahogada por los gobiernos la revolución vivía secretamente y amenazadora en el pueblo, en los grupos de hombres que leen, escriben, tratan de los intereses generales y representan la vida colectiva en acción. Mientras los gobiernos actuaban en la superficie, los pueblos enlazados por sentimientos generales trabajaban el fondo de la sociedad.

La reacción se produjo en el sentido de la nacionalidad y de lo político o sea el ejercicio de la libertad. Ambos conceptos estaban fuertemente sembrados. La filosofía y la experiencia habían demostrado que las comunidades humanas eran dignas y justas cuando su forma política (el estado) traduce con exactitud el organismo de una nación. Si los estados nacen de la conquista, de la fuerza, las luchas por su conservación son eternas, y generalmente concluyen por desintegrarse, cuando la fuerza que los articula no es suficiente para conservar unidos esos elementos. Para que los estados subsistan a través del tiempo, salvando las más rudas crisis, es neceario que ellos sean naciones. De ahí que la existencia de las naciones escape siempre al hecho político; existen sin que el hombre intervenga, y su individualidad respetuosa siempre de las otras individualidades análogas, es antes que un principio de guerra un principio de paz. Por otra parte las naciones están legitimadas por la naturaleza; el universo no ofrece al estudio una fisonomía uniforme; está caracterizado por el clima, por la constitución del suelo, la índole de sus floras y sus faunas, etc. La vida universal es armonía; la naturaleza especializa a las regiones físicas y los pueblos que las habitan, y así como en lo físico el mundo se integra y complementa, función de enlace que

ejerce el comercio, así también en lo humano los pueblos se complementan por su genio y por lo que realizan, conforme a éste, en los caminos del progreso.

Si los territorios, caracterizados por la naturaleza, se complementan en el todo del universo, los pueblos que en ellos viven, definidos en naciones, no pueden existir aislados, ni en un régimen de lucha. Y así como los individuos se articulan entre sí, porque no pueden vivir aislados, organizándose en naciones, así también las naciones deben armonizar en el seno más amplio de la humanidad y el universo.

El nacionalismo es tanto más digno cuanto es inseparable de la actividad política. El principio de la soberanía popular lo hemos definido como soberanía del pueblo nacional, y por eso el derecho, como expresión de la libertad, es inseparable del concepto de nación.

La reacción en nombre de la libertad (lo político) se orientó en los cauces de la nacionalidad. Hombres que hacían un culto de la libertad, organizados en sociedades secretas, en Italia, Piamonte, Lombardía, España, Francia, Prusia, etc. se daban las manos en sus esfuerzos. La revolución de Nápoles, de España, los movimientos liberales de Prusia, de Portugal, etc., vieron con admiración a Francia (bajo Luis XVIII) convertirse en la ejecutora de los decretos de los autócratas.

Grecia, atormentada y esclavizada por Turquía, levantó la bandera de la nacionalidad y de la libertad. De todas partes de Europa se apoyó el movimiento; Jorge Byrón y cientos de voluntarios corrieron a enrolarse en las milicias, mientras los gobiernos reservaban su acción y se medían recíprocamente. Al fin la batalla de Navarino, en que vencen las escuadras aliadas de occidente sobre la otomana, prepara con carácter definitivo el advenimiento de la nueva nación.

La fuerza que da el sentido de la libertad arrastra a Francia. Ordenanzas que contrariaron las libertades públicas consagradas en la Carta, llevaron al pueblo a las armas, pero su triunfo de 1830 sólo obtiene la abdicación de Carlos X y la restauración de los Borbones. Si Francia no hubiese carecido de poder militar es posible que el nuevo Rey Luis Felipe hubiese respondido a la esperanza que los pueblos europeos sublevados ponían en ella, pero el interés de la joven dinastía y el valimento que reconquistó la diplomacia con la reunión de delegados en

Londres, convirtió a Francia en un elemento pasivo. La libertad se refugió en Italia dividida aún en reinos y dominios; los neo-güelfos, Carlos Alberto de Saboya convirtiéndose en la futura espada de la nacionalidad, la constitución de Nápoles (1848) y el ensayo de una liga aduanera, llevan de la mano al gran movimiento francés de febrero de 1848. Luis Felipe no había hecho sino detener la República durante 18 años; su buena administración sólo había logrado restablecer el poderío de Francia y mantenerse mediante el enlace de intereses privados a la suerte del trono. Entretanto el sentido de la libertad se desbordaba en la literatura y el parlamento, y el Ministerio de Guizot, demasiado rígido para las pasiones enardecidas, precipitó los sucesos. La oposición de la autoridad a un enorme banquete popular encendió la escena, y mientras se luchaba en las calles el Rey huía abdicando para ahorrar la sangre de la nación. La República fué declarada y en su nombre Lamartine redactó para Europa la declaración del 2 de marzo. "La República de 1848 (a diferencia de la 1792) no amenaza a ningún gobierno, pero si alguna nación oprimida despertara, si los estados independientes de Italia fueran invadidos, o si se ponía trabas a sus interiores transformaciones, Francia protegería sus progresos legítimos".

Estamos en el advenimiento, como evolución definitiva de lo contemporáneo, del nacionalismo liberal llamado a conquistar uno a uno los estados políticos de Europa. Su base es la colaboración permanente del pueblo en las tareas del gobierno. Si el estado tiene por base la soberanía nacional ejercida de conformidad al pacto que lo constituye, resulta lógico que su contralor sea la colaboración del pueblo. Un órgano, aún cuando fuese síntesis de lo esencial, no puede tener ni aspirar a una existencia independiente o separada del organismo mismo. La mano, el brazo, el estómago, los sentidos, existen como formas organizadas del ser viviente, en tanto en cuanto sirven al ser integral. Y así como no concebimos en la armonía de un organismo, que él sea todo brazo o todo estómago, no podemos admitir que el estado y el gobierno puedan existir por sí, absorbiendo la vitalidad social. Ellos están subrogados al soberano, que es el pueblo, y su reajuste, vigilancia, rectificación, deben ejercerse por el pueblo con los instrumentos que las instituciones les ha reservado.

¿Cómo colabora el pueblo en el gobierno? En primer lugar colabora de acuerdo a las instituciones creadas. Ellas son periódicas y de origen popular. La precaridad de los mandatos, sus plazos breves, sean los funcionarios ejecutivos, legislativos o de justicia, crea una oportunidad de rectificación de las tareas del gobierno, del sentido con que ellas se ejercen, que es substancial; elecciones periódicas dentro del régimen establecido de la representación, son así el primero de los caminos que se ofrece a la colaboración popular. Pero junto a este sistema básico, están otras formas propias de la época contemporánea que traducen la opinión del pueblo; los partidos políticos y su juego normal, la prensa como expresión del pensamiento, la tribuna de emergencia de las asambleas circunstanciales a raíz de actos cumplidos o de medidas de gobierno que desean ver en la realidad, etc., son expresiones de esta colaboración popular imprescindible.

Estas son, si se quiere, formas ex-legis de colaboración popular, establecidas por el genio propio de nuestra época. Como están vinculadas íntimamente de la libertad de pensamiento y de reunión, estos dos órdenes de derecho se han convertido en las libertades públicas básicas de la vida contemporánea. Las leyes, advertidas de su importancia, dan preferencia al respeto de estas libertades, cuya no existencia es esencial a los períodos de tiranía. Pero si la colaboración del pueblo se ejerce mediante ellas, sobre todo con la prensa cuyo poder es clasificado como el cuarto poder del estado, en muchos países esta colaboración del pueblo se traduce en instituciones concurrentes de la soberanía, calculadas por rectificar las desviaciones del estado dentro de los períodos legales de la representación.

Entre las instituciones concurrentes debemos recordar al plebiscito, al referendum y al recall, resortes novedosos en las formas políticas que necesariamente van incorporando a sus hábitos los pueblos más avanzados, fundados en el voto del pueblo, por sí o por no, sobre determinada ley establecida por los poderes del estado, o sobre una ponencia dada que puede o no ser ley, según sean los resultados del plebiscito. Estos resortes institucionales acentúan la colaboración popular en el gobierno, que no necesita ver terminado el período de mandato para una equitativa rectificación.

LECCION LXIII

INCREMENTO CORRESPONDIENTE DEL MAQUINISMO; EL VAPOR, EL FERROCARRIL, LA NAVEGACION. — Cuando estudiamos los orígenes de la edad moderna advertimos la enorme importancia social de algunos inventos, que juntamente con los descubrimientos del siglo XVI, a los que habían contribuído, cambiaron el medio en que el hombre actuaba. Hablamos de la pólvora, de la brújula, de la imprenta, del papel y la ingeniería naval, y expresamos la trascendencia de los mismos como elementos de progreso, sabiamente utilizados por el hombre.

La edad contemporánea se abre también con grandes inventos que entregan al hombre nuevas posibilidades. Aun cuando sus consecuencias, en las formas diversas en que ellos fueron utilizados, se nos aparecen de una fecundidad maravillosa, pueden sintetizarse estas conquistas del pensamiento y la inteligencia del hombre en dos acontecimientos cuya ponderación no tiene límite. Consisten estos dos inventos en la utilización del vapor y de la electricidad.

Conocida, en lo que hace a la pólvora, la fuerza expansiva de los gases que resultaban de su rápida combustión, y utilizada esa fuerza expansiva para arrojar a largas distancias los proyectiles, bastó el que se advirtiera que el agua en ebullición producía un cuerpo gaseoso (el vapor) que podía usarse como elemento creador de fuerza, para que la inteligencia del hombre meditara sobre la forma de aplicarla. Ella no era instantánea, como la que nace de la combustión de la pólvora; pero era continua, ininterrumpida, mientras el fuego mantiene en ebullición el agua. Comprimir el vapor de agua, darle mayor fuerza expansiva, usar esa fuerza mediante válvulas y émbolos en un sentido determinado, fueron las etapas sucesivas de la concepción, objeto a su vez de perfeccionamientos progresivos.

Con la electricidad ocurrió lo mismo. La de carácter estático que asombró en la época moderna y está en el fondo de las prácticas de sus famosos hechiceros, se convirtió en dinámica. Mediante los imanes, los alambres de cobre usados para su transporte, los aisladores que evitaron su pérdida, y las concepciones auxiliares que contribuyeron a darle la individualidad de nuestros días, aun desconociéndose su naturaleza, la

electricidad fué también una fuerza lista a servir las necesidades del hombre.

Entonces la inteligencia humana no tuvo otra preocupación que usar de estas dos fuerzas, y las usó con prudencia en aquéllo que podía darle bienestar.

Los barcos movidos mediante el vapor generado en calderas, cuya fuerza se transmitía a grandes ruedas, llenaron los ríos y los mares. Esos viajes que antes dependían de la fuerza del viento, que se veían impedidos por los huracanes y las calmas, se realizaron dentro de una periodicidad matemática. Lo que implicaba mayor capital por maquinaria, se compensó con la certeza del tiempo usado en los transportes; el comercio ya no tuvo necesidad de prever lo aleatorio de los vientos para sus pedidos de mercaderías y el envío de sus artículos; si el envio de efectos demandaba sumas enormes que debían redituar intereses, en los largos períodos de transporte, la certeza de la navegación a vapor, su brevedad acortó los plazos y abarató el interés; los mismos viajes aumentaron en seguridad, porque las embarcaciones podían apartarse del peligro sin esperar la fuerza de los vientos; y en lo que respecta al tamaño de las embarcaciones y a la ingeniería naval, estas mayores posibilidades substituyeron el tonelaje reducido, entonces en uso, por otro en que el esfuerzo de las tripulaciones tenía una mayor compensación y producía economías.

En la tierra ocurrió lo mismo. A los coches y carros a vapor de la primera hora siguió el invento del riel y nació el ferrocarril. Largos brazos de hierro prescintaron las naciones y convoyes rápidos multiplicaron la vida de relación con el tráfico de las personas y los efectos. El intercambio terrestre logró las mismas regalías del marítimo, y si ésto acrecentó las comunicaciones entre las naciones quebrando recelos, sus efectos en el comercio y la economía fueron maravillosos. Basta tener presente que los productos perecederos de lejanos orígenes sólo pueden usarse con rápidos transportes, para calcular la influencia que estos nuevos medios produjeron en el trabajo y en el comercio: al primero abrió mercados, en lo segundo abarató los precios con la mayor concurrencia de la oferta.

Pero donde la fuerza del vapor aplicada a las necesidades del hombre hizo maravillas fué en lo que hace a la industria. Hasta el siglo XIX el tipo de la actividad industrial fué la del

taller. El instrumental de trabajo y las propias máquinas incipientes que se conocían, debían ser movidos por la fuerza humana, que es por definición discontinua y pequeña. El cansancio del músculo y su potencia relativa nos dicen que el instrumento de trabajo debió ser pequeño. La producción era escasa y corta en número, es decir, toda ella debía nacer del taller, siendo necesario para proveer a los consumos multiplicar los talleres. De ahí la intervención del estado reglamentando su actividad para lograr una masa de productos similares que facilitara las ventas, como la formación de barrios o la especialización de determinadas ciudades en algunas industrias.

El vapor independizó a la máquina de la fuerza humana y posibilitó el que ella creciera en tamaño y en mecanismo, para aumentar la producción y perfeccionar la factura del artículo. Agrandar la máquina para lograr estos saldos fué la preocupación de todos, y en vez del taller, personal en su dirección y en el capital necesario de los útiles, nació la fábrica, más costosa y compleja, exigiendo dirección técnica y formación de capitales para su financiación. Quiere decir entonces que no solamente se alivia o humaniza el trabajo sino que el producto es mayor y más perfecto, y que paralelamente se abarata con beneficio para todos. Y como la fábrica era costosa, a la industria del tipo taller propia de los pequeños capitales sigue la gran industria que exige cuantiosas sumas y la formación de mecanismos de asociación y de crédito que obligan a esfuerzos colectivos y a la creación de nuevas formas de economía.

Lo que decimos del vapor diríamos de la electricidad empleada como fuerza motriz. Pero también diríamos algo más. Morse concibió utilizarla mediante el invento de un interruptor, para producir en el otro extremo de la corriente una serie de señales que pudieron traducirse en letras. La concepción aparentemente simple de ese hombre genial permitió a los hombres comunicarse en largas distancias, y el telégrafo, así llamado el invento, pasó de la tierra al mar, cuando otras invenciones crearon los cables oceánicos y estos unieron en red maravillosa a los lejanos continentes. También la electricidad fué calor y luz en los arcos voltaicos, y luego iluminación fácil, popular y permanente, cuando Edison inventa la luz incandescente en las bombillas de nuestros días.

La mecánica advertida de esta fuerza infinita e incansable que el vapor y la electricidad ponían a sus órdenes, completó la serie de los inventos con las más complejas concepciones que hubiera sido dado imaginar.

LA REVOLUCION INDUSTRIAL INGLESA: SUS CIRCUNSTANCIAS ECONOMICO CULTURALES Y SUS EFECTOS. — Con la utilización del vapor que necesitaba del hierro para el instrumental del trabajo y del carbón para sus calderas, las explotaciones mineras tomaron un vuelo desusado. Inglaterra vió nacer en sus desiertos ciudades populosas dedicadas a estas actividades, y esos nuevos núcleos de población exigieron formas de gobierno y se hicieron presentes en la economía política del país. Reclamaron representación en el Parlamento, como una atribución justa del derecho de sufragio, y aquélla gran nación se vió sujeta a un rápido proceso que modificó su régimen electoral.

Los proyectos de reforma databan de 1801; inspirados en la determinación del número de diputados en seiscientos cincuenta y ocho, se los atribuyó a los condados, villas y aldeas, en forma injusta, no consultándose su población. Hamburgo, por ejemplo, con cien mil almas no tenía más que un diputado nombrado por treinta y tres electores, mientras algunos propietarios de condados disponían de varios cientos en el Parlamento. El proyecto de 1819 estableció proporcionalidad entre el número de diputados, el impuesto a las tierras y el que pesaba sobre las casas, buscando aumentar el número de sufragantes y cuando poco después fué ley, la forma obtenida apenas extendió el derecho de elegir a un mayor número de aldeas pasando de la oligarquía a la autocracia. Cabe reconocer que aumentó el número de votantes al atribuirse el sufragio a los que abonaban un alquiler de 1250 francos en los condados y 250 en las villas.

Pero si la producción de hierro y carbón formó ciudades populosas junto a las minas en actividad, la abundancia de estos elementos estimuló a su vez la industria manufacturada. El estado y la banca vinieron en apoyo de ésta actividad; las mercaderías inglesas inundaron los mercados europeos; los dueños de las manufacturas hicieron buenos negocios, pero el exceso de la riqueza marcó a su vez un exceso de miseria. El suelo resultaba insuficiente para mantener a la población; el número de labradores no llegaba a la mitad del de los obreros, pero como las máquinas reemplazaban a los brazos, en las ma-

nufacturas donde antes trabajaban hasta cien personas bastaban dos o tres jóvenes dedicados a ayudar la acción de la compleja maquinaria.

La pobreza, el pauperismo, nació como una consecuencia; la cuota destinada a la limosna legal, para dar de comer a los desocupados subió a cerca de ocho millones de libras en 1827.

Los hechos tenían su explicación. Inglaterra quería vender pero no deseaba comprar, y para ello protegía con recargos los productos de subsistencia, y precisamente los que la masa consumía, los que en su territorio se producían en las grandes propiedades de los nobles. Era imprescindible una nueva política que fué inaugurada por el Ministro Huskinsson, en lo que hacía al comercio, abriendo en lo posible las puertas de Inglaterra a los productos extranjeros en reciprocidad. Pero la reforma efectiva la realizó Roberto Peel. No sólo liberó de gravámenes a los consumos, de la carne al cereal, sino que cambió la política comercial inglesa organizándola sobre los conceptos de que quien quería vender debía comprar y recíprocamente; de que todo pueblo que pone trabas a la producción o hace el trabajo menos lucrativo, tiene que decaer fatalmente, y de que era necesario la libertad absoluta de cambios con todos sin preocuparse siquiera de la reciprocidad. Inglaterra, decía, entiende que compra barato todo lo que necesita; si los demás quieren comprar caro, allá ellos. Se abolieron en consecuencia las tarifas prohibitivas y se redujeron las cuotas, y el éxito fiscal se documentó en la renta aduanera que llega a 600 millones de francos en 1844. El bienestar fue difundiéndose cada vez más entre un número mayor de individuos, justificándolo el monto de la renta anual de la tierra, que de 55 millones de libras en 1812, sube en 1842 a 73 millones. El mismo bienestar trajo la difusión de la cultura, que los liberales ingleses convirtieron en elemento de guerra contra la aristocracia. Se distribuyeron libros baratísimos, se establecieron escuelas para niños y adultos y se creó la universidad libre de Londres donde se admitieron por primera vez a individuos de todas las confesiones. En 1842 se editaban casi dos millares de periódicos, existían bibliotecas circulantes y la facilidad dada a la correspondencia epistolar por el costo uniforme del porte de las cartas, multiplicó la vida de relación.

EL INDUSTRIALISMO, EL CAPITALISMO, EL SINDICALISMO, LA

FORMULACION Y ORGANIZACION DEL SOCIALISMO. — El desarrollo del maquinismo al mismo tiempo que renovaba la vida humana cambiando sus hábitos y mejorándolos, produjo desde el punto de vista de la actividad económica, un estado social al que se denomina industrialismo.

Su origen es fácil de captar. La industria, al disminuir los brazos empleados y aumentar la producción, abarata los artículos. El consumo que generalmente depende de los precios, aumenta, y si con ello mejoran las condiciones de la vida de la humanidad, que puede elevar su standar, la mejora es más integral desde que el aumento del consumo obliga a multiplicar la producción, que en síntesis no constituye sino la oportunidad de trabajo para un mayor número de personas. Pero esta oportunidad de trabajo y demanda de brazos es en *la industria*, la cual ejerce una especie de monopolio general, por cuya circunstancia naturalmente no retribuye con esplendidez el esfuerzo o trabajo del obrero. ¿Por qué ejerce un monopolio? Porque una fábrica es cara; se necesita, del terreno, de las construcciones, de las máquinas, de materia prima a elaborarse, de obreros que actúen, de un organismo administrador, de otro encargado de su comercialización, y todavía de dinero disponible porque las ventas a los distribuidores y vendedores al público no son al contado. Quiere decir que la industria exige capital, grandes sumas que no están al alcance de los trabajadores.

Los dueños de esos capitales, naturalmente dueños de las fábricas, usa de esa situación de monopolio de hecho para elevar sus ganancias al límite de lo posible. Dentro de la normalidad un capital tiene precio en el mercado, precio que en nuestros días es determinado por el interés que cobran, en sus préstamos, los bancos. Como siempre fué así (aun cuando en la primera mitad del siglo XIX el precio del capital era mayor), dentro de lo racional, el capital empleado en una industria no debiera producir a su dueño, descontando el valor de su trabajo personal, más que ese interés corriente. Todo lo que excede de ese interés aparece con un carácter de injustificación. El capitalismo (dueño de la fábrica) se apodera de él porque administra; sostiene le pertenece como dueño; que sin la fábrica no se habría producido; que en caso esta no hubiese tenido éxito las pérdidas habrían sido únicamente soportadas por él, etc.

Este punto de vista que es el corriente, pero que no encierra una verdad absoluta por las razones que luego apuntaremos, fué contradicho casi simultáneamente con el auge del industrialismo por los trabajadores u obreros de las fábricas, cuyos jornales no se pagaban con bases de normalidad. Buscaron estos que parte de esa ganancia no justificada volviese a ellos mediante el aumento racional de los salarios, y otros sin analizar si existía o no una ganancia que excediese al interés corriente del capital empleado, demandaron directamente la elevación de los jornales.

Fueron dos posiciones: una con base racional, otra sin ella, y naturalmente ésta última fué la inicial, y la más frecuente. Se buscó la defensa del trabajo o sea la elevación del jornal por acción concurrente del personal de obreros, quienes partían, de la base de que si la fábrica ejercía un monopolio de hecho, el conjunto de obreros que la sabían manejar también tenían otro a su favor, desde que no podían ser substituídos en bloque por el industrial. Este podía reponer uno, cinco, veinte obreros, que aprenderían el manejo de las máquinas de los obreros expertos que quedaban, pero no podía substituir a todos al mismo tiempo, porque la industria se paralizaría o su maquinaria sería mal manejada.

A ese efecto la masa obrera desarrolló una acción colectiva dentro de las especialidades industriales, por la mejora progresiva del jornal, por la duración de la jornada de trabajo y de las condiciones en que éste era cumplido, a cuyo fin se sindicalizó. El sindicalismo, o sea la creación de sindicatos que asumen la función de arbitrar obreros y juzgar de los jornales, resultó una fórmula oportuna, cuya acción no daña cuando opera con racionalidad. Lamentablemente el sentido de equidad en las demandas del sindicalismo no fué la regla; es posible que ella fuese consecuencia del secreto con que el capitalismo ocultaba su contabilidad y sus ganancias, pero no es menos exacto que esos excesos produjeron daños de consideración. La fórmula de defensa está en *no trabajar* o en lo que habitualmente se denomina huelga.

Como no vamos a volver sobre el tema, corresponde agregar que a fines del siglo XIX y especialmente en el XX; las cosas han cambiado. La gran industria afectada o que realiza servicios públicos, y que actúa en base a concesiones del estado

(ferrocarriles, usinas, etc.) tiene un contralor de los poderes públicos, se conocen sus ganancias y se tiene base justa para apreciar el monto de los jornales. En cuanto al resto de la industria, el mecanismo de los impuestos fiscales a lo que reditúa o a sus ganancias, da publicidad a su manejo y crea también una base para actuar con justicia en la defensa del trabajo. Por lo demás, como cada estado defiende su patrimonio, la industria de los países tiene una posición defendida en los aranceles aduaneros, impuestos a las exportaciones que no se establecen sin el estudio previo de la economía de las industrias protegidas. El capital empleado en las fábricas espontáneamente busca entonces ser justo con sus obreros para tener derecho a solicitar esa protección del país. Naturalmente hablamos desde un orden de vista general.

Simultáneamente con el industrialismo, consecuencia también de la idea de justicia social que la filosofía del siglo XVIII había esparcido, en Francia, empalmando con el proceso de la revolución, se estudiaron las bases sobre las cuales se desarrollaba la actividad del hombre. La cuestión de los jornales bajos se enancó al derecho a ganarse la vida; se habló de un derecho al trabajo que asistía a todo individuo, posición explicable porque en Inglaterra, cuyas instituciones estaban a la orden del día, regía la *limosna legal* o sea la subvención del estado a los obreros desocupados. Tales fueron las primeras manifestaciones del movimiento de ideas denominado socialismo, precisamente de las que presidieron la revolución Francesa de 1830.

El gobierno francés nacido de este movimiento proyectó establecer talleres nacionales, realizar obras públicas, crear caminos, etc., y bajo la presión popular se iniciaron tareas generales, en el Campo de Marte, en París. Desmontes, terraplenamientos, y cuanto circunstancialmente puede imaginarse se puso en movimiento con la concurrencia de miles de trabajadores, pero la esterilidad de esos trabajos que sólo *creaban* jornales y la falta de hábitos de manejar palas y tierra en hombres urbanos, hizo fracasar la iniciativa.

Pero si ella desapareció estaba sembrada la semilla del socialismo como aspiración de justicia humana, y cientos de pensadores guiaron la inquietud universal en estas cuestiones. Uno de estos, Carlos Marx, correlacionando la cuestión social con la económica, dando preeminencia a la segunda, concretó las

bases del análisis y las soluciones posibles en su libro *El Capital*, uno de los más divulgados y transcendentes del universo. A la ganancia no justificada del capitalismo denominó supervalía, y desde ese instante, el debate de su justicia y distribución encierra el fondo de la filosofía social.

Aun cuando avancemos en el orden del tiempo, desde que ya referimos al final del siglo XIX y principios del siglo XX, no está demás consignar el que las soluciones del socialismo pueden agruparse en dos campos. En el uno, de programa máximo (teorías maximalistas), se encuentran las teorías denominadas comunismo y colectivismo, que aspiran a que las fuentes de riquezas sean de la comunidad o de la colectividad, y cuyas fórmulas son atribuir el patrimonio según la necesidad o según la capacidad. El procedimiento de llegar a convencer a los hombres de que deben ceder lo que tienen para lograr estas soluciones es el terror, y la fórmula cúspide del comunismo es la anarquía. La teoría maximalista en su faz de realización práctica fué definida por la Tercera Internacional, y a contar de la gran guerra de 1914 dejó el campo de la teoría para ser implantada en Rusia, en la llamada república de los Soviets.

No vamos a exponer ni su implantación ni sus excesos. Sólo deseamos significar que la renovación económica es la última etapa de una evolución social y requiere un punto de madurez. Cuando no hay obstáculos insalvables, cuando los hombres disponen de los medios políticos eficaces, la acción violenta es innecesaria: la renovación puede hacerse dentro de la ley. Pero el legislador no puede dejarse llevar por meras concepciones ideológicas. La realidad y la necesidad imponen en cada caso su ley ineludible. La democracia conduce a las mejores soluciones de justicia y paz sociales. No deben malograrse los esfuerzos en vanas tentativas de imposible realización, sino que deben aplicarse a una obra continua, eficiente y fecunda, inspirada por el ideal y ajustada a la realidad.

Las doctrinas minimalistas son las que tienen un mínimum de programa, es decir, que buscan la solución del problema social dentro de una progresiva mutación. Entre las doctrinas minimalistas nos encontramos en primer término con el socialismo de estado, el que sostiene que las fábricas deben ser propiedad del estado y por lo tanto las supervalías corresponden a él. Y como el estado no tiene el propósito de lucro, él se encar-

garía de que estas supervalías se distribuyeran entre los trabajadores mejorando la condición de los mismos.

El socialismo de estado tiene muchos puntos de vista seductores porque los estados en esta época han afrontado una serie de empresas en las cuales la situación del obrero es buena, circunstancia que se entiende puede producirse en las otras actividades. Entre nosotros el estado tiene las Obras de Salubridad y Aguas Corrientes donde los obreros ganan buenos salarios; generalizándose la circunstancia se atribuye al Estado la felicidad del obrero si toma bajo su dominio las fábricas.

La realización de este plan sería un error fundamental porque contraría la naturaleza humana. La civilización progresa por la obra del sabio, del estadista, del artesano, del ingeniero, pero no por la obra colectiva; el hombre debe su progreso al individuo, no a la colectividad; de aquí que sea erróneo el socialismo de Estado, cuya expresión más alta la encontramos en Alemania.

Otra de las doctrinas minimalistas es la denominada socialismo parlamentario, la que trabaja por conseguir sus ideales dentro de las formas imperantes.

Su tipo es el socialismo argentino que se lanza a los comicios como cualquier otro partido y tiene representación en el Parlamento. El socialismo parlamentario se ocupa de estas cuestiones que interesan al capital y al trabajo resolviéndolas en leyes aisladas, como las leyes de jubilaciones y pensiones civiles, la reglamentación de las jornadas de trabajo, el salario mínimo que se debe dar a un obrero, las pensiones a la vejez y por los accidentes, etc.

Indudablemente la perspectiva que presenta el régimen individualista de nuestros días es la de una situación de injusticia.

El hombre por más derechos que tenga, por más naturales que sean estos derechos, y por más esenciales que resulten, no puede llegar al exceso pretendiendo anular a otros seres que conviven con él, que aportan con él el grano de arena de sus esfuerzos para el progreso. La sociedad y el progreso social no son el resultado de la obra de un individuo sino de la especie en el tiempo. Cuando pensamos que el lápiz con que escribimos es sacado de árboles por medios modernos, cuando sabemos que esa madera es trabajada en fábricas movidas a electricidad,

que luego de concluido es igualmente vendido por un mecanismo comercial que ha sido perfeccionado a través de los años, etc., nos encontramos que todo lo que usamos en la vida no es obra de un individuo, sino obra de las generaciones sucesivas. Esto nos sugiere que pesa sobre nosotros algo así como una deuda moral para los que como nosotros trabajaron para el progreso de la humanidad. Hay pues una deuda que el hombre está obligado a saldar aportando a la especie toda la energía posible, para que el régimen de la vida sea más feliz. Estos sentimientos que vinculan a los hombres crean los únicos lazos perdurables que pueden solucionar las cuestiones sociales. Son ellos los de la solidaridad, que León Bourgois erige en doctrina intermedia entre el concepto socializado de la vida y los derechos del individualismo.

LA IDEA DEL PROGRESO INFINITO EN ACCION; LAS IDEOLOGIAS EVOLUCIONISTAS; SUS ANTECEDENTES Y SUS CONSECUENCIAS ECONOMICO-CULTURALES; CIRCUNSTANCIAS TECNICAS Y SOCIALES CORRELATIVAS. — El dogma del progreso que la filosofía del siglo XVIII había entregado a la edad contemporánea, se concretó en la idea del progreso infinito en acción. Las bases fundamentales de las culturas son las ideas; generalmente son pocas, una o dos, pero deben ser firmes y claras, fácilmente captables por la masa. El cristianismo, en su fórmula más simple, amaos los unos a los otros, creó una cultura; el progreso, convertido en idea universal, desciende de su consignación dogmática y acciona en la realidad.

Si todo progresaba, y si ese progreso era continuo, nada de lo existente era definitivo, todo podía evolucionar hacia lo mejor y lo justo. Ante la fuerza del argumento simple las formas consagradas, las instituciones del gobierno y las bases mismas de la cultura y de la ciencia resultaban estados perecederos y perfectibles. Si lo existente era posible de perfección, el pasado era síntesis de un proceso perfectible que podía reverse para desentrañar sus leyes y sus etapas reajustando el conocimiento. Y como las cosas no cambiaban radicalmente, el proceso era evolutivo, se requería de tiempo y de condiciones favorables.

La concepción no era absolutamente nueva; en los orígenes de la filosofía helénica ella había sido formulada: Thales de Mileto, Demócrito y Leucipo fueron los creadores del pensa-

miento evolucionista, que las ideas de Platón, sobre los prototipos y las de Aristóteles, agrupando a los seres vivientes en géneros y especies, como las *universales* de los realistas de la Edad Media condenaron al olvido. Unicamente los *nominalistas* de esa época opusieron algunos reparos a la constancia de las entidades morfológicas, las cuales, según Bacón, podían ser transformadas unas en otras por el hombre.

Pero esta resurrección del evolucionismo ensayada por Bacón en los albores de la edad moderna fué abandonada. Su constatación debía ser necesariamente científica y aunque el gran filósofo había entregado la fórmula que la hacía posible con el método experimental, el mundo tenía pocas especies catalogadas. Parecía necesario que el mundo se agrandase para esta tarea de observación y comparación, circunstancia que ocurre con los descubrimientos geográficos. La circunnavegación del Africa, la conquista y la ocupación de la India y la Oceanía, como el descubrimiento de América, dieron ese material imprescindible, pudiéndose en base al material de la fauna y de la flora constatar en el mundo físico y organizado las ideas evolucionistas. Linneo y Buffon las actualizaron; ellos son los precursores de esta doctrina que sus sucesores completan. Lamark, por ejemplo, sostiene que en Botánica es imposible establecer caracteres distintivos, absolutos y constantes entre la variedad y la especie. Goethe escribe sobre la metamorfosis de las plantas en base a la hipótesis de la unidad morfológica de los vegetales. El debate y la observación hace que Lamark encierre su doctrina evolucionista en cuatro proposiciones fundamentales, concluyendo por establecer que la misma naturaleza según sus leyes y con el auxilio del tiempo y de condiciones favorables, podía formar todos los seres sin la intervención de un poder sobrenatural.

Estamos en presencia de un nuevo sentido de la inteligencia y el conocimiento. Exploraciones reúnen tesoros que se acumulan en los museos, y su estudio establece hipótesis que se confirman con la correlación y la observación. Sabios de todos los países colaboran en tales conclusiones que en el fondo ponen un sello de correlación en la filosofía y en la ciencia. Cuvier, con respecto al pasado, sobre la observación de los restos fósiles y las leyes de correspondencia de los órganos con las funciones, hace reconstrucciones casi maravillosas, que luego

certifican los descubrimientos de restos completos, y Darwin acentúa esas conquistas con un reajuste de fondo de la teoría. La teoría darwinista descansa sobre tres bases comprobadas: la variación en la herencia, la adaptación a las condiciones del medio y la lucha continua por la existencia con supervivencia del más apto. No contiene en realidad más que una hipótesis, la que admite que la suma de las variaciones será tan grande como se quiera, siempre que se dé el tiempo necesario para que aquéllas se verifiquen.

A pesar del inmenso cúmulo de datos obtenidos, la teoría de la evolución aparece aún insuficiente para explicar por sí sola la gran metamorfosis que se opera en la naturaleza orgánica durante el curso de los inmensos períodos geológicos. Falta también conocer las leyes y el camino que ha tomado la organización al complicarse y perfeccionarse cada vez más.

LECCION LXIV

CORRESPONDENCIAS Y CONTRADICCIONES CULTURALES REFLEJADAS A LO LARGO DE LAS ETAPAS DEL PERIODO QUE SE INICIA CON LA REVOLUCION FRANCESA Y TERMINA CON NAPOLEON TERCERO

ADVERTENCIA. — Todo programa de estudios al mismo tiempo que fija la enseñanza a impartirse importa un método. Nuestro programa divide el estudio de la civilización en la edad contemporánea en dos períodos, el uno de la Revolución Francesa a Napoleón III y el segundo desde la caída de ese segundo Imperio de Francia hasta los sucesos que concluyen con la Gran Guerra de 1914. Dentro de estos dos períodos, cuyos sucesos, en su sentido de crónica, los estudia el alumno secundario en segundo año, el método consiste en una enseñanza preceptiva de los acontecimientos de enlace o trascendentales a la vida universal, en la forma sintetizada en las lecciones 62 y 63 para el primer período, y 67 para el segundo. Luego, siendo el propósito del curso el estudio de la Civilización, cuya base material (industrialismo, etc.) lo incluye en la lección 63, el programa obliga a la especialización en cuanto a las correspondencias y contradicciones culturales que la vida espiritual (ciencia y arte) establece en el universo, tomando como tipo las naciones más destacadas. Para el primer período refiere a

Alemania, Francia e Inglaterra; para el segundo a Francia, Rusia, Alemania, Noruega, Gran Bretaña y Estados Unidos. El estudio de correlación de la vida espiritual, en cuanto a sus expresiones en el primer período, se hace entre todas las naciones (Alemania, Francia e Inglaterra) en que ella se destaca; en el segundo período, por razones que no se expresan pero cuyo valor considero muy relativo, ese estudio de correlación se pide, en Francia, con respecto al grupo de sus representativos (lección 68), y se agrupa a las demás naciones en dos campos, Rusia, Alemania y Noruega (lección 69) y Gran Bretaña con Norte América (lección 70). Pareciera que en el rubro de Francia se quisiera incluir a las naciones latinas; sólo en esa forma se explicaría el distingo de las tonalidades de cultura en nuestro actual universo.

Aun cuando la lectura de esta advertencia será útil para el alumnado, la destinamos a los profesores, y la formulamos en la oportunidad en que el método contenido en el programa debe ser puesto en acción.

GENERALIDADES. — El primer período de la edad contemporánea comprende desde la Revolución Francesa hasta la caída de Napoleón III. Si la civilización resulta en él idéntica para todos los pueblos, las expresiones de la cultura ofrecen características interesantes que se traducen en correspondencias y en contradicciones que deben aclararse, poniéndolas de manifiesto en las tres naciones que durante ese tiempo estuvieron a la cabeza del movimiento civilizador. Aludimos a Alemania, Francia e Inglaterra.

En primer término, y con respecto a cada una de ellas, vamos a aludir a los hombres representativos de su genio, agrupándolos conforme a la disciplina científica o artística en que destacaron, y luego los correlacionaremos para poner de relieve sus enlaces y contradicciones.

EN ALEMANIA — LA FILOSOFIA DE KANT, FICHTE, HEGEL, SCHOPENHAUER Y FEUERBACH. — El genio de Alemania tiene su expresión más alta en la filosofía. Kant (1724-1804), el gran pensador de Koenigsberg, creador de la escuela que lleva su nombre, influyó como pocos en las modernas especulaciones metafísicas. Actuó en reacción contra el dogmatismo de Wolf y el escepticismo de Hume, investigó por sí mismo en el campo

de lo abstracto, y procedió al examen del origen, extensión y límite del conocimiento humano.

Crítica de la razón pura, Crítica de la razón práctica, Progresos de la metafísica, Crítica del juicio, etc., son las obras que encierran su pensamiento distinguiendo su espíritu metódico, amigo del orden y la reflexión.

Según su doctrina y las de su escuela, las ideas que el hombre se forma de las cosas representan, no las cosas en sí, sino la constitución del espíritu que las piensa, puesto que el hombre sólo ve las cosas a través de la forma de su sensibilidad, o sea el espacio y el tiempo, las categorías de su juicio y los principios de una razón. El conocimiento sólo resulta o se aplica a los hechos sensibles o fenómenos, pero no al fondo de los seres o noumenos.

Esto es en cuanto a la crítica de la razón pura. En lo que respecta a la razón práctica, el hombre sólo conoce una cosa, y ésta es su deber, la ley moral que lleva grabada en su conciencia. El deber lo es revelado por la libertad, condición necesaria para que pueda realizarla, como es esa misma libertad la que le demuestra la existencia de Dios, antes de la ley moral, y la realidad de una vida futura en que la virtud obtiene su recompensa. En esta forma, libertad, Dios, inmortalidad, se convierten en postulados de la ley moral, y la fe en el deber o sea el *imperativo categórico*, restablece lo que el análisis racional pusiera en duda. Para llenar el vacío que resulta de separar el dominio de la razón del dominio de la fe, Kant establece el dominio de la finalidad y del arte.

Fichte (1762-1814) debuta en filosofía con el Ensayo de una Crítica de toda Revolución, obra de éxito sorprendente. Su alegato tendiente a rectificar el juicio del público sobre la Revolución francesa, lo presenta como un revolucionario pero con la restricción de que las reformas no deben hacerse a costa de la justicia y la humanidad.

Su doctrina sostiene que la filosofía es una ciencia evidente; que el sabio, además de ser el hombre más verídico, debe ser también el más activo. El problema más importante de toda filosofía, agregaba, es investigar el fundamento de la ciencia, la relación de las ideas con los objetos, en que se apoya, nuestra convicción de la realidad objetiva de las ideas. Para resolver el enunciado, no se apoya, como Kant, en el análisis de

la facultad de conocer, ni, como Reiuhold, del hecho primitivo de la conciencia, sino más bien de un acto espontáneo del yo que construye la ciencia misma y todos sus fenómenos. "El yo se pone a sí mismo y existe en virtud de esta simple acción, y recíprocamente el yo existe y pone su ser, en fuerza de su ser simplemente; el yo es al mismo tiempo el agente y producto de la acción, razón por lo cual este *yo soy* es la expresión de un acto, del único acto posible. Sobre este enunciado funda su filosofía especulativa y práctica.

En sus obras, *Fundamento del Derecho Natural* y *Sistema de la Moral*, establece que el uno y la otra tienen por fundamento a la libertad.

Su racionalismo puro es esencialmente panteísta y fué llamado "idealismo transcendente". Pero este racionalismo no era frío ni ahogaba nobles sentimientos: sus "cartas a la Nación Alemana" fueron valiosas para la regeneración espiritual de Prusia después de los desastres de 1807.

A su vez Hegel (1770-1831), es una de las figuras excepcionales de los estudios filosóficos, y fué creador de una metafísica. El principio universal es la idea, que se confunde con el ser, y cuyo desenvolvimiento es la esencia. Esta idea comprende a la vez a Dios, a la naturaleza y al Hombre. Dios y la naturaleza, Dios y la Humanidad, son una misma cosa; cada uno de estos tres términos no existen por sí y no pueden ser distintos de los demás; los tres coexisten y se perfeccionan al mismo tiempo.

Sus obras, *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas, Lógica, Filosofía de la Historia, etc.*, ejercieron una influencia ponderable.

Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán, destacó su personalidad con sus estudios *La Libertad de la Voluntad* y el *Fundamento de la Moral*, elogiados y combatidos por sus contemporáneos. Su filosofía está fundada en el pesimismo y en doctrinas tomadas del budismo. Sostiene que la esencia de las cosas es inaccesible a la inteligencia, pero se separa de Kant al admitir la posibilidad de una ciencia metafísica en el terreno de la experiencia.

Divide al mundo en aparente y real; la facultad de representar los fenómenos y relacionarlos bajo la ley de causalidad, es la tarea de la inteligencia. El mundo real lo busca a través

de lo más íntimo en nosotros: la voluntad. Sus caracteres son la universalidad (todo tiende a vivir y quiere vivir), la indestructibilidad (las formas desaparecen, la esencia o el fondo no), y la libertad absoluta (el ser independiente del determinismo y la necesidad). Su moral es apenas una teoría de las costumbres, de la cual excluye la idea del deber. Los seres, desde el punto de vista moral, valen por el grado que ocupan en la jerarquía universal, siendo el más bajo el egoísmo, aun cuando en realidad no sea sino el afán de vivir. La esencia de la voluntad es la *piedad*, originada en la concepción de que todos los seres son iguales, y esa piedad es al mismo tiempo el fundamento de la justicia. El grado moral más alto en la concepción de Shopenhauer es el aniquilamiento de la voluntad de vivir, de todo egoísmo y de toda individualidad, es decir, una supervivencia de la moral budista.

Feuerbach (1804-1872), gran partidario de Hegel, fué de los filósofos que mayor sensación causó entre sus contemporáneos. Algunos pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad, en que reproduce los elementos de los materialistas contra la inmortalidad, le valió el ataque de los hegelianos. Se ocupó de la obra filosófica de Bacón, de la de Liebnitz, intentando conciliar su religión con su filosofía. Procura (en su obra *La Filosofía y el Cristianismo*) defender de la acusación de ateísmo a las doctrinas de Hegel.

Todos estos representativos del pensamiento filosófico reunieron a discípulos entusiastas muchos de los cuales hicieron derivar el pensamiento de sus maestros a sendas extraviadas. La influencia recíproca de las escuelas fué tan poderosa que advinieron sistemas eclécticos. Cabe destacar en ellos al Neokantismo, que es la doctrina filosófica moderna que pretendió armonizar el escepticismo racionalista en que cayeron los continuadores de Kant, con el positivismo fundado en la experimentación.

EL DRAMA POETICO DE GOETHE, SCHILLER Y HEBBEL; LOS ESCRITOS POLITICOS Y LIRICOS DE HEINE. — Pero al mismo tiempo que el pensamiento filosófico asumía la preeminencia de estas escuelas, la contemplación de la vida y la ponderación de sus sentimientos éticos creaba en la Alemania, fraccionada y dispersa en parcialidades políticas, un sentido de enlace y todo un mundo espiritual.

Lessing sacude las formas casi dogmáticas de la obra literaria, da libertad a la crítica, y pone en uso una prosa nueva con renovadas apreciaciones para lo bello. Censuró a Voltaire por los caracteres y sentimientos que éste había divulgado con su obra literaria, que tanta influencia tuviese en Alemania, pudiendo decirse que la estética nace con él. Ponderó lo natural en contraposición a lo artificial y rejuvenece a la crítica, dándole para sus juicios "los límites de la poesía y de la pintura".

Su obra poética la realizó en el género dramático. Escribe "La Mina de Barhehn", en la cual la vivacidad cómica es notable, y "El Emilio Galotti", que lleva la Virginia romana al interior del hogar doméstico.

Schiller (1759-1805), poeta dramático e historiador, debuta con la obra "Los Salteadores", en la cual enfrenta al concepto corriente de los bribones que no suelen parecer virtuosos, la pintura de algunos ladrones que no siendo culpables no son seres viles. Esta obra tuvo tan grande influencia en Alemania, que muchos jóvenes abandonaron la sociedad para refugiarse en los montes y dedicarse al oficio de salteadores.

También escribió "Don Carlos", la "Conjuración de Fiesqui", en la que pondera los sentimientos republicanos. Cuando estos dos dramas se representaron en Francia, la convención confirió a su autor el título de ciudadano honorario francés, ocurriendo el caso curioso de que cuando llegó a Schiller el título, los seis miembros de la Convención que lo suscribían habían sido ya guillotinados.

La obra de Schiller no tiene la variedad ni la originalidad poética de la de Shakespeare. La crítica ha establecido que destruye sus personajes atribuyéndoles ideas y sentimientos de otras épocas, y que dogmatiza en vez de pintar con la acción. Pero es indudable buscó el triunfo de la moral sobre la vida material; ponderó el libre albedrío, y ennobleció a la tragedia haciéndola digna.

Sus obras principales son la "Trilogía de Wallestein", "Guillermo Tell", "María Estuardo" y "La Doncella de Orleans", y tanto su drama poético como sus composiciones líricas, balada, traducciones de Virgilio y Eurípides, hicieron época, como su trabajo sobre la gracia y la dignidad, sus cartas sobre la educación estética del hombre, etc.

Pero es a Goethe (1749-1832) a quien se considera un re-

presentativo integral del pensamiento de Alemania. Su obra poética no cede a la de ninguno; como prosista se distingue por la pureza y la elegancia del estilo, y como sabio tiene unido su nombre a descubrimientos ingeniosos.

La obra con que se hizo famoso se denomina "Werther", la cual es como una expresión dolorosa de la sociedad, en la que enfrenta las manifestaciones íntimas del alma a la injusticia, haciendo que su protagonista llegue al renunciamiento. Fué tanta su influencia que en Alemania se multiplicaron los suicidios, paso a que había llegado el protagonista de "Werther".

Goethe mismo combatió la influencia de esta obra en las llamadas "El triunfo del sentimentalismo", y "El noviciado de Guillermo Meizter". Pero aquella de sus creaciones que lo ha universalizado fué la de "Fausto", escrita sobre el argumento de un pacto entre un médico enamorado y el diablo, para lograr la seducción de Margarita que es en la concepción dramática la vida y sus placeres. En su realización el autor se burla del orgullo, de la desesperación, planteando la tesis de lo infinito del mal. Este drama obró sobre el alma de Alemania, imprimiéndole un sello de escepticismo e incredulidad.

Todos los asuntos fueron comprendidos en la obra literaria de Goethe, que descuella tanto en el fondo como en la forma, en las figuras atrevidas que define, en la flexibilidad de la acción, en la gracia, etc. Pero, a pesar de estas virtudes, es un colorista sin fondo. Bien es cierto que combatió el cinismo volteriano, pero fué para llevar la vida hacia la indiferencia. El cargo principal que pudiéramos hacerle es el no haber favorecido los arranques de su patria contra los extranjeros que entonces la dominaban. Tal vez por eso se admira a Goethe pero no se le ama, se lo respeta pero sin bendecirlo.

Completa el grupo Hebbel (1813-1863), uno de los grandes poetas dramáticos de Alemania, que mejoró la técnica y puso en el pensamiento atrevimiento y en el estilo energía. Fué autor de *Poesías Alemanas*, de *Historias para la juventud*, etc. Según sus críticos, tenía "el corazón de un niño; extraño a la política y a la crítica literaria, no hacía un oficio de la poesía y cantaba intuitiva, naturalmente".

La expresión más alta del pensamiento alemán es para nosotros la de los escritos poéticos y líricos de Heine (1799-1856), el autor del Romancero, Poesías, Intermezzo, etc. Nota-

ble por su sencillez y los efectos de sus composiciones líricas, como por su escepticismo y excesiva sensibilidad, llenó de hálito poético a todo lo que compuso. La poesía es evidente en las disertaciones polémicas de su libro sobre Alemania, y en los "Dioses en el Destierro", en que resurgen las leyendas del medioevo germánico, las fábulas heréticas, la galantería popular de los Minnes-auger, etc. Aun en las proclamaciones sobre temas de filosofía y política, el poeta predomina en lo interno de la prosa, y llega a ofrecernos hasta la única poesía típicamente socialista que hasta ahora se conoce, en el Canto de Los Tejedores de Silecia, que Carducci tradujo.

Si sus ideas son variables y curvilíneas en la unidad del sentimiento, su poesía sugestiva es lo más genuino de Heine; lo convierte en el contemporáneo de todos los hombres, en el poeta de la juventud y la madurez, porque se funda en un solo asunto, el amor, ilusionado o desencantado, la copla de la esperanza y el romance pesaroso del desengaño.

Heine, llamado el Voltaire de Alemania, abre su triunfo como poeta con el *Libro de los Cantares* en que presenta los *lieders* de su juventud. Pero su intervención en política a favor de la democracia y su destierro, torcieron su actividad literaria. Su libro Alemania, es notable por su vigor e ironía contra la vieja germania, pero carece de imparcialidad.

Sus críticos lo consideran uno de los poetas más originales y extraños del siglo. Nacido para derribar el sello dado a la poesía por los imitadores de Goethe, abrió una senda que supo luego convertir en camino franco. De ahí su popularidad a pesar de los odios que suscitó, más que todo por el sarcasmo que cultivó al ser condenado a vivir en tierra extranjera.

Heine es tierno y apasionado, su encanto principal es el amor sin contraste, obstáculos, ni intrigas, que luce en sus versos, esmaltado por fina ironía francesa y espíritu byroniano. Su influencia es continua y renovadora; el tono de su elegancia y sentimentalidad se sigue a través de Verlaine, los retratos de Anatole France lo recuerdan, y en España, Italia, Rusia, Inglaterra y América engendra a poetas de lineamientos semejantes, porque supo hacer de la sinceridad el secreto doliente de su poesía.

LAS SINFONIAS DE BEETHOVEN Y EL DRAMA MUSICAL DE WAGNER. — La obra artística tuvo también su culminación en

la música, en la cual Beethoven (1770-1827) fué un continuador y reformador de las concepciones de Mozart. Técnicamente, su sinfonía Heroica, con la que revela la reforma de los principios consagrados, además de los desenvolvimientos nuevos que imprime a las formas clásicas de la sinfonía, modifica los tiempos, coloca una marcha fúnebre como segundo, reemplaza el minueto por el scherzo y lo termina con un final de forma absolutamente nueva. Posteriormente une el scherzo con el final, y crea el molde en que nos ofrece, por ejemplo, su Sinfonía Pastoral.

El sentido artístico de la obra de Beethoven ha sido diversamente interpretado. Unos sostienen que su música es descriptiva en el sentido del mundo real, y otros, con las consignaciones que el maestro establece en algunos de sus manuscritos, que es más bien la expresión de pensamientos que la pintura de fenómenos determinados. Su obra es en tal concepto instrumental puro. Las más famosas son las Nueve Sinfonías y las Operas Fidelio o Leonor, y sus sonatas. Beethoven es denominada por muchos el coloso de Bonn, lugar de su nacimiento.

Wagner (1813-1883) es uno de los grandes músicos del siglo XIX. Fué el primero en concebir la ópera como una expresión del drama lírico, es decir, uniendo en consorcio indisoluble, la poesía y la música. Sobre esta base tomó como manantial de inspiración las antiguas leyendas francesas y alemanas de la Edad Media, y legó al arte Taunhauser, Lohengrin, el Anillo del Nibelungo, o escribe con viveza y humorismo, como en los Maestros cantores de Nuremberg. En Parsifal es profundamente religioso y místico.

Nietzsche considera a Wagner como una fuerza de la civilización europea, y la crítica no le ha fijado todavía la posición definitiva que le corresponde en la historia y el arte del siglo. Pero sus obras dan la impresión de su figura imponente, cuya influencia enorme y perturbadora es fácilmente perceptible.

El propio Wagner fijó en sus cartas el sentido de su labor artística, en la cual buscó sintetizar dos profundas aspiraciones del alma alemana. Entendía que la música formaba un lenguaje inteligible para todos los hombres, y que debía ser el lenguaje soberano que resolviera las ideas en sentimientos y ofreciera lo más íntimo de la intuición del artista; es, agregaba, un órgano de un alcance sin límite, sobre todo cuando la expresión plás-

tica de la representación teatral le da la claridad que hasta ese entonces la pintura reclamaba como un exclusivo privilegio. Entendía que la obra de arte del futuro debía abrazar en una síntesis maravillosa a todas las artes particulares, y en este sentido coincidía con Lessing, Herden, Goethe y Schiller, todos ellos grandes artistas del verso, la palabra y la emoción.

Como la música, hasta la obra de Wagner, había tenido una dirección opuesta a estas ideas, su labor y su éxito resultaron una rectificación. Fué indudablemente el músico más admirable que existió, que dió un arte a su época tan anárquica (siglo XIX) y materialista, arte que contiene, como dicen sus críticos, los últimos magníficos resplandores "del Alma vieja y cansada de Europa".

LECCION LXV

EN FRANCIA: EN LAS TEORÍAS DE LAPLACE, DE LAMARCKE Y DE CUVIER. — Si Francia era como el centro de este período cambiante en sus formas, que naciendo con la Revolución se cierra con la caída del segundo Imperio, todo lo que en ella es expresión del espíritu humano ofrece a nuestro análisis el mismo sello. Las ciencias, el sentido renovado de la vida que documenta la historia en sus interpretaciones, el arte, la concepción filosófica de la sociedad, etc. devienen con un sello único que comprueba que la humanidad buscaba la verdad en sí misma y reveía aquellos saldos científicos consagrados que la mutación rápida de la realidad le aconsejaban poner en duda.

La obra de Newton (lección 58) tenida por perfecta fué objeto de nuevos cálculos y comprobaciones. Laplace (1749-1827), matemático y astrónomo, fué autor de la *Mecánica Celeste, de la* Exposición del Sistema del Mundo, y de la Teoría Analítica de las probabilidades.

Su mecánica celeste, que versa sobre la estabilidad del sistema del mundo, y las anomalías y perturbaciones aparentes encontradas, está organizada sobre la ley de la gravitación universal, y es magistral por la profundidad de sus ideas, el encadenamiento de las pruebas y el orden y claridad de la expresión.

Es el expositor perfecto de la teoría de la formación de nuestro sistema planetario, y de la de las funciones generadoras que lo explican. Se ocupó de los movimientos de los astros y de las irregularidades de los planetas. El fué quien dió la clave de

los satélites de Júpiter, fijando sus leyes, y quién determinó cómo, si las elipses planetarias eran variables, el gran eje de cada órbita era estable. Aclaró asimismo las perturbaciones lunares, de como el movimiento de la tierra en sus ejes es invariable y el equilibrio constante de los anillos de Saturno.

Con Lavoisier estudió el calórico, e investigó sobre la capilaridad, las medidas barométricas y las propiedades estáticas de la electricidad. La crítica considera a Laplace como nacido para "perfeccionar y profundizarlo todo, para alejar todos los límites y resolver lo que podría haberse creído indisoluble". "Hubiera acabado, dice uno de sus expositores, la ciencia del cielo, si esa ciencia pudiera ser concluída".

La misma renovación se anota en la Historia Natural. Lamarcke, célebre sabio, (1744-1829), escribe la *Flora Francesa*, que aumenta con un método analítico o dicotómico para reconocer con facilidad sus especies; el Diccionario de Botánica, La Enciclopedia metódica, la Historia de los animales invertebrados, etc. Sobre los descubrimientos de Cuvier estudió las conchas fósiles, promoviendo el adelanto de la Paleontología.

Afrontó íntegramente el problema general de la vida organizada, investigando la causa que producía las formas diversas de los seres vivientes, y en este sentido fué el primero en plantear científicamente el problema de la variabilidad de las especies. Su libro Filosofía Zoológica reunió sus ideas y doctrinas sobre los fenómenos de la naturaleza viviente.

Cuvier (1769-1832), también naturalista, inicia su tarea científica con investigaciones sobre los moluscos. Cientos de memorias, artículos, informes, notas, etc. constituyen la documentación de su obra, y la base de sus libros: Anatomía Comparada, Investigaciones sobre los huesos fósiles, y el Reino animal distribuído según su organización.

Fué el fundador de la ciencia de las especies perdidas, o de los fósiles, la Paleontología. En Geología aplicó el principio de la subordinación de los caracteres y estableció la clasificación que en la actualidad sirve de base para el estudio de esta ciencia. Completó la clasificación del reino animal, hecha por Linneo, en lo que respecta a los insectos y gusanos; investigó la circulación y sus causas, que es poner la sangre en contacto con el aire, en los pulmones o en las traqueas; descubre el aparato circulatorio de los gusanos de sangre roja (lombriz de la tierra), etc.

El principio directriz de sus investigaciones fué el de la subordinación de los órganos y los caracteres. En sus estudios de Paleontología actuó sobre el de correlación de formas que establece, entre las partes de un animal y cada una de ellas, una dependencia tal que conocida una parte se pueden deducir las otras. Con estos elementos llegó a individualizar hasta tres generaciones perdidas en cada especie, que reconstruyó con los restos fósiles, sosteniendo que la generación actual de los seres vivos era la cuarta. Cuvier admite la preexistencia de los gérmenes y considera como un hecho demostrado la inmutabilidad de las especies.

EN LA COMEDIA HUMANA DE BALZAC. — La inquietud de los espíritus estaba sobre todo en la vida de los hombres, y naturalmente el género que la estudia y documenta, como es la novela, resulta su mejor expresión. En este concepto Balzac (1799-1850) es el pintor de las costumbres de su país y de su época. Sus obras, que él editó ya célebre, en conjunto, con el título de la Comedia Humana, llegan a más de 87. Toda la crítica ha coincidido en los méritos del escritor y hasta en sus defectos; es el creador de la novela psicológica y transcendental, y aún cuando en el concepto ético no sea su labor absolutamente recomendable, ni para toda clase de lectores, ni para toda clase de tiempos, por no aparecer la desaprobación del hecho que pinta, por lo menos con fidelidad y mano maestra, no puede regateársele el mérito de haber ahondado en el conocimiento del corazón humano.

El naturalismo ,el fatalismo y el escepticismo fueron los elementos filosóficos de sus obras, pero el arte hizo de ellas monumentos. Es evidente que usó de la labor literaria de dos precursores, Teofrasto y Le Bruyere, maestros en la disección vive del ser humano, pero pertenece a Balzac el mérito de convertir esos estudios anatómicos y psicológicos en interesantes y amenos. Su estilo es de lo más atildado y correcto que posee la lengua francesa. Fué el maestro de toda una generación que lo imitó sin igualarlo.

EN LOS HISTORIADORES BURGUESES: GUIZOT, MICHELET, THIERRY Y THIERS. — En sus expresiones del siglo XVIII la Historia había engañado a los hombres por el desconocimiento de las fuentes de constatación; el pueblo no supo moderar, con el saldo de experiencia que los sucesos correctamente expuestos

le hubiesen enseñado, el furor revolucionario que lo precipitó a las reformas entre ruinas y sangre. Después reconoció, buscando seriamente la libertad, que ella era una condición antigua de la vida occidental; que el despotismo de fines de la edad moderna era el que había concluído con ella, y que sólo duran en el tiempo las instituciones que se fundan en costumbres de acuerdo al carácter de los pueblos y a una evolución progresiva.

La revolución y el Imperio de Napoleón Bonaparte no tuvieron historiadores contemporáneos a los sucesos que produjeron. Faltaba el sentido de la libertad, y por eso sus escritores son simples cronistas, a pesar de la pompa de los relatos y de la excelencia de uno u otro en la forma literaria. Cuando el curso de las tradiciones populares fué posible con la Restauración, se reaccionó contra toda esa literatura histórica, que fué académica en el siglo XVIII, y vacía e insípida en la época imperial, queriendo devolverse a la historia sus atributos de edad, vida y movimiento. A esos efectos observó al hombre, a los hechos, al tiempo y al espacio (lo geográfico) y olvidando la documentación, creyó que la narración más cerca de la verdad era aquélla que reunía las condiciones del arte.

Otros estudiosos dieron a la historia una solución diferente; presentaron a la revolución como un conflicto entre vencedores y vencidos, pero en que los hombres sin privilegios sociales de la época antigua, entonces los vencidos, habían resultado ser en el siglo XIX los vencedores.

Tal es el sentido de los llamados historiadores burgueses. El primero en el orden del tiempo es Guizot (1787-1874) quien adquiere su notoriedad inicial prologando la edición francesa de la obra de Gibbon sobre la Decadencia y Caída del Imperio Romano, y con Anales de la Educación y Vida de los Poetas Franceses del siglo de Luis XIV. Su actuación política, en la administración y el parlamento, no fueron óbice para su gran Historia de la Civilización, en Francia, ni para sus notables libros de Filosofía Política, de la Democracia en Francia y la Historia de la Revolución de Inglaterra, en que centra los sucesos en el panorama social y determina las causas y consecuencias de los acontecimientos. Sus obras llegan a 23 volúmenes.

Guizot consagró profunda atención a los grandes problemas de la naturaleza humana; no abordó las cuestiones metafísicas propiamente dichas, pero fué un moralista elocuente y per-

suasivo. Contribuyó a extender las ideas históricas y a demostrar que el hombre por impulso de la fuerza y las creencias, aspira a un estado cada vez más completo en el que pueda desarrollar su inteligencia, sus sentimientos y su actividad.

En el mismo orden de ideas Julio Michelet (1798-1874), es autor del "Resumen de la Historia Moderna", uno de los libros clásicos más divulgados; de la Historia de Francia y del siglo XIX, etc. Sus opiniones liberales perturbaron el desarrollo de su cátedra bajo Napoleón III.

Thierry (1795-1856), aún cuando influenciado por Saint-Simón, supo destacar la personalidad que en la acción social tienen los pueblos por su nacionalidad y su raza. Buscó en la historia las armas para oponer a las pretenciones de las antiguas clases privilegiadas, y encuentra en las invasiones germánicas el elemento para explicar el estado social y las revoluciones de la Europa moderna. En esta idea inspiró todas sus obras. La completó estudiando la constitución de la antigua monarquía y de las instituciones medioevales, y uniendo al resultado de estas investigaciones históricas la erudicción filosófica, perfeccionó su método y presentó la Historia Francesa como el trabajo de sus diversas clases constructivas.

Su historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos lo centró como maestro de la escuela histórica moderna. Sus Consideraciones sobre la Historia de Francia, sus Cartas sobre el mismo asunto, la colección documental "Monumentos de la Historia del Estado Llano", que prologó y correlacionó; el Ensayo sobre la Historia de la Formación y Progreso del Estado Llano; y en general sus obras completas, de las cuales en su época ya se hicieron dos ediciones, lo han consagrado en la ciencia histórica.

Thierry repudia las tradiciones de la historia clásica y convencional y restituye a los hechos su verdad y colorido. Usando de sus palabras se propuso "la narración completa, compulsando los textos, reuniendo los detalles esparcidos, recogiendo hasta los menores indicios de los hechos y los caracteres, y formando de todo esto un cuerpo al que comunica el soplo vital de la unión de la ciencia y el arte".

Thiers (1797-1877) unió a sus cualidades de gran hombre de estado la de cultor de la historia. Sobre la visita a los grandes campos de batalla, las consignaciones de los archivos, el ma-

terial diplomático, conservó a la posteridad el relato de cómo Francia había conquistado sus libertades mediante la revolución, y luego la de los sucesos posteriores, con los cuales forma su gran obra "Historia del Consulado y del Imperio".

El simple anuncio de su propósito de escribir y sus viajes a las cortes alemanas para documentarse, despertó enorme espectativa. Cuando ella apareció, ese movimiento de curiosidad fué ampliamente compensado. Su obra está pensada y escrita con moderación; es un tanto fría pero más imparcial; fué menos dramática que sus primeros libros, pero más rica en datos y más sujeta a un inflexible criterio. Su experiencia clara, la marcha rápida y desembarazada con que presenta los sucesos, encanta a pesar de algunos defectos de estilo, por su sencillez y la majestad del relato.

EN LAS OBRAS DE VÍCTOR HUGO. — En este aspecto siempre cambiante y renovado de las formas y los valores, juega uno de los papeles destacados Víctor Hugo (1802-1885), quien llena con sus actividades de poeta, novelista y político su época. Desde su triunfo poético en los juegos florales de Tolosa (1822), su inspiración va recta al zenit, mostrándose en *Odas y Baladas* clásico por la forma, realista y religioso por el pensamiento, pero romántico por su fondo. Amigo de Chateaubriand, Víctor Hugo llegó a ser un heresiarca en literatura reuniendo en torno, con el nombre de Cenáculo, a un grupo de jóvenes revolucionarios (Deschamps, Boulanguer, etc.). Sostenía que todo lo que está en la naturaleza está en el arte, y que el drama era la expresión de la época moderna.

Su drama Hernani (1830) fué motivo de lucha entre los partidarios y enemigos del romanticismo, y con su triunfo, el drama como género tuvo preeminencia sobre la tragedia. Pero su más abundante producción está en el género novelesco, siendo las más divulgadas El Han de Islandia, Bug-Jargal, Nuestra Señora de París, Los Miserables, Los Trabajadores del Mar, El Hombre que Ríe, Noventa y Tres, etc.

EN LA SOCIOLOGÍA DE COMTE. — El pensamiento filosófico logró en Francia una de sus encarnaciones más trascendentales con Augusto Comte (1798-1857), el padre de la denominada positiva.

Según el sabio, la ciencia para transformarse en filosofía sólo requiere ordenarse según un sistema determinado, natural.

A este efecto debería buscarse la verdadera extensión del dominio especulativo, es decir, determinar cual es el número de las ciencias puras, o sean aquéllas que corresponden a leyes distintas y que no se aplican a un objeto natural particular. La geología no es una ciencia pura, porque no sólo se ocupa de un objeto natural particular, como el globo terráqueo, sino que acude para resolver sus problemas a otras ciencias, como por ejemplo, la química, física, etc.

Partiendo de esta base, de que la filosofía sólo puede comprender a las ciencias puras o especulativas, Comte hace el estudio preliminar y expresa que sólo son ciencias puras las matemáticas, la astronomía, la física, química, biología y la ciencia social; las primeras se ocupan de la extensión y el movimiento; las segundas, de la distancia, volumen y forma del sol y cuerpos planetarios, las órbitas que recorren y las fuerzas que los mueven. La física de los fenómenos de la gravedad, electricidad, magnetismo, calórico, luz y acústica; la química de la constitución molecular de las substancias, elementos indescomponibles y de las composiciones que presiden a las combinaciones definidas. La biología investiga la forma de la vida, del último vegetal al hombre, se familiariza de los modos que regulan la manifestación de los fenómenos vitales, la relación entre la estructura anatómica y la función, y luego combinando la consideración del órgano y las facultades, disputa el estudio del hombre intelectual y moral a la metafísica. En cuanto a la ciencia social, ella sigue la evolución de las sociedades, distingue las faces necesarias y establece la ley de estos cambios.

En este resumen Comte comprende la totalidad del saber humano, excluyendo la investigación de las causas finales que considera inaccesibles a la inteligencia humana.

Las ciencias sociales, conforme a esta clasificación, quedan caracterizadas como positivas. Estamos en consecuencia frente a una nueva concepción de la realidad humana, en que la ciencia social o sociología, meta de todas las investigaciones científicas, debía estudiarse con el método de las ciencias matemáticas y físicas cuyo objeto es la naturaleza. Tal método no consiste sino en atender únicamente a los hechos y sus relaciones.

Estudiando la conciencia humana distingue Comte tres estados, por los que sucesivamente debió pasar; el teológico o aquel en que atribuye el universo a seres invisibles, inteligentes,

semejantes a nosotros; el metafísico, en que apartadas estas influencias externas, no pudieron sin embargo explicarse claramente las cosas por la imperfección de las ciencias naturales, y usaron de expresiones abstractas como *esencias* y *facultades*, sobre las que se discurría como si hubiesen sido seres. El tercer estado o positivo corresponde a aquel en que advertida la acción de unos cuerpos sobre otros, se tomaron de esta mecánica hipótesis que las matemáticas desenvolvieron y la experimentación comprobó.

Ahora bien: la actividad del hombre habría pasado por tres estados correspondientes a los tres estados por que según el filósofo pasara la humanidad, que denomina actividad militar conquistadora, actividad militar defensiva y actividad pacífica. Al estado positivo corresponde la face pacífica e industrial, en que las fuerzas productoras determinan el orden de las instituciones y el reparto del poder.

La concepción positiva de Comte convierte a la sociedad en un todo, cuyos elementos están en reciprocidad íntima de toda acción; nada puede modificarse aisladamente.

El Discurso sobre el espíritu positivo, fué la obra de Comte de carácter popular encargada de divulgar su doctrina.

La filosofía comtiana tiene analogía con la de Hegel, que parte de la identificación de lo subjetivo (hombre), con lo objetivo (Dios y el mundo). A lo subjetivo de Hegel substituye el positivismo la humanidad. Ante la deficiencia de su filosofía, en el aspecto sentimental y religioso, y negando su doctrina toda deidad o espíritu invisible, exaltó a la humanidad como objeto del culto, que incluyó en su Discurso sobre la totalidad del positivismo. Comte llegó a practicar la religión que había ideado.

LECCION LXVI

EN INGLATERRA: EN LAS OBRAS DE BYRON, DE SHELLEY, DE COLERIDGE, DE CARLYLE. — El siglo de Byrón y de Walter Scott fué para Inglaterra un siglo de oro, tan transcendente como el de su reina Isabel. La tonalidad cambiante del continente, el contraste entre románticos y clásicos, se reproduce en su seno como un sello de la época.

Byrón (1788-1824) es reconocido universalmente como el primer poeta de Inglaterra; une a un sentimentalismo tipo Werther el brillo romántico de las novelas de Walter Scott. Su Chil-

de Harold, que contiene sus primeros versos; sus canciones, sus odas sobre Napoleón llenas del desencanto que le produjo su abdicación, y aquellas sobre las melodías de Moore; son las páginas magníficas de su inspiración. Pareciera como si su talento extraordinario no encontrando asuntos en la realidad proporcionados a su potencial, necesitó crearlos, enteramente artificiosos, poniendo para resolverlos todo el fuego de su apasionado carácter y de su sensibilidad. Contra la presión del medio usó de la sátira; luego, inclinóse hacia la melancolía y escepticismo, de la que sólo se libró al escribir el Don Juan que es un humorístico llamamiento a la naturaleza. Representativo de la poesía romántica, su auge pasó con la evolución del sentido artístico, pero conservó enlaces con grandes poetas de otras naciones algunos de ellos verdaderos imitadores. Tales son Espronceda en España, Heine hasta cierto punto en Alemania, Leopardi en Italia, y Lermontoff en Rusia.

Personalidad discutida y perseguida por sus excesos de toda naturaleza, salió de Inglaterra vinculándose en Suiza e Italia a los grandes poetas de su siglo. Allí escribió su Don Juan, la más genial de sus obras. Atraído por la Revolución nacionalista griega, guerreó contra los turcos en sus filas y bajo el cielo helénico, que tanto amaba, encontró la muerte.

También en el grupo de los románticos cabe destacar a Shelley (1792-1822), gran poeta inglés, autor de "Los Poemas Póstumos de mi Tía Margarita", "La Reina Mab", "La Sublevación del Islam", etc. Fué amigo de Byrón, su socio en la empresa Liberal, que no lograron hacer popular, con cuya publicación intentaron influir en el espíritu de sus conciudadanos.

Coleridge (1772-1834), célebre poeta y publicista inglés, fué uno de los más inspirados intérpretes del espíritu de su época. Desde sus "Poemas de la Juventud", a las Baladas líricas, Odas sobre el Fin del Año, Llantos en la Soledad, su fama lo rodeó, conservando siempre como un carácter la abundancia y la originalidad de su producción.

Clasificado al principo, por sus ideas, como jacobino, fué después de un período de estudio en Alemania un realista. Se afilió a las doctrinas románticas y filosóficas que agitaban las universidades alemanas y tradujo con cariño el Wallenstein de Schiller, imprimiéndole toda la gracia y riqueza de su imaginación.

El rasgo de su poesía fué la sencillez unida a la riqueza de expresión y a una armonía y elegancia que jamás faltaron.

Coleridge fué uno de los jefes de la escuela de los laguistas, así llamados por vivir junto a la región de los lagos, circunstancia que dió asuntos de inspiración a esos poetas, que fueron descriptivos y pintores de lagos y montañas.

Es considerado uno de los precursores de Byrón y del romanticismo moderno.

A la misma época corresponde Carlyle (1795-1881), eminente escritor inglés, que se destacó con un estudio sobre las costumbres de Inglaterra, en que puso de manifiesto la profundidad de su espíritu penetrante, su ingenio y conocimiento de las pasiones humanas. La obra le valió el sobrenombre de *César del siglo*. Como juez severo y escritor dogmático muéstrasenos en su Historia de la Revolución Francesa, y en Chartism, estudio político sobre la condición social de las clases trabajadoras de Inglaterra.

Carlyle fustigó a la sociedad de su tiempo por su corrupción e hipocresía, describe los progresos de la civilización y elogia un pasado imaginario.

"Del culto de los héroes y del sentimiento heroico en la historia", es al mismo tiempo que su obra maestra una síntesis de su sistema político. El héroe es para Carlyle, quien debe gobernar las sociedades, y el deber de éstas es descubrir aquél ser providencial y obedecerle. Cinco son sus tipos de heroismo: el Profeta (Mahoma), el Poeta (Dante y Shakespeare), el Sacerdote (Lutero y Knox), el Escritor (Johnson, Rousseau y Burns) y el Rey (Cromwell y Napoleón).

Introdujo en su patria la literatura alemana y fué venerada en ambas y sobre todo en América, donde actuó su más ilustre discípulo, Emerson.

EN LAS DOCTRINAS DE STUART MILL Y DE DARWIN. — Frente a estos representativos clasificados como románticos tenemos a John Stuart Mill, Carlos Darwin y Heriberto Spencer, quienes son en Inglaterra una extensión y complemento de la manera de ver de Augusto Comte, en otras palabras, su correspondencia espiritual.

Stuart Mill (1806-1873) autor del *Sistema de Lógica*, fundado en el raciocinio y la inducción, y de los principios de *Economía Política*, en que justifica su sentido recto y profundo por

la seguridad del juicio y la novedad de los conceptos acerca del libre cambio, de las relaciones entre los pueblos, de la asociación, etc. fué quien inició esta tarea de rectificación.

Reconociendo que los hechos humanos no pueden tratarse de una manera absolutamente deductiva (la escuela de Bentham) y que no debía atribuirse a las condiciones exteriores una influencia en extremo decisiva, sintióse impulsado a hacer justicia a la experiencia. En su teoría del conocimiento opone la lógica de la experiencia a la lógica del pensamiento puro. Sostiene que éste último no puede extender nuestro conocimiento; que sólo ayuda a conservar la concordancia de las ideas y que las verdades nuevas sólo se adquieren por la observación. Planteada la cuestión de saber de qué manera deben considerarse justificadas las verdades nuevas, y sobre el fundamento de la observación, da importancia a la prueba antes que al descubrimiento.

En cuanto a la importancia y valor práctica de la filosofía, coincidiendo con Carlyle, sostiene que está en su lucha contra la costumbre.

Stuart Mill consideró una serie de cuestiones relacionadas con la ética y la economía política. Estableció que el deber de probar es obligatorio en quien exige una restricción de la libertad; que todo juicio moral implica una responsabilidad, que las facultades espirituales de la mujer son tan amplias como las del hombre, etc. Estudiando el gobierno representativo encuentra su clave en que la democracia tome a la burocracia a su servicio, reservándose la alta vigilancia y la indagación. Aconseja la intervención enérgica del estado para elevar el nivel de la clase obrera, con la instrucción, el reparto de la tierra, la emigración racional, etc. Estimula la obra de las asociaciones libres, como los sindicatos y las sociedades cooperativas.

La importancia de Mill reside principalmente en su método de examen y en la manera con que practica la experiencia y el pensamiento crítico. Dió nacimiento a un espíritu filosófico que en realidad es más importante que cualquiera de sus conquistas tomadas aisladamente.

Darwin (1809-1882), naturalista y fisiólogo inglés, llena con sus ideas y doctrinas el siglo, y sus obras han sido traducidas en todos los idiomas.

El objeto principal del sabio fué la determinación del prin-

cipio de las diversas especies entre los seres vivientes, sobre el material que sus viajes en América pusieron en sus manos. Sostiene que los seres, animales y plantas, derivan de un corto número de formas primitivas, acaso de una forma única, y que sus modificaciones son consecuencias de una ley constante de transformación, de una regular selección de la raza e individuos mejor adaptados a las circunstancias de tiempo y lugar. A este fenómeno llamaba selección natural y su doctrina toma el nombre de *transformismo*.

Su base fué la observación y la experiencia, el apartamiento de prejuicios y la determinación de la ley que explicaba los hechos estudiados. Por eso aunque se discuta y se nieguen los principios de la teoría evolucionista, no se comprenderá en estas conclusiones a la eficacia de los procedimientos empleados ni al vigor de las observaciones.

Haciendo una síntesis de su doctrina diríamos que ella se funda en tres conceptos: el de que la naturaleza no procede por saltos, el de que las especies son el resultado de una lucha por la existencia, y de que actúa sobre las formas de la vida una selección natural permanente, lucha que se definiría en el dilema de "ser o no ser".

En sus estudios sociales sostiene que antes, la sociedad, imprimía el carácter a los individuos, pero que en nuestro estado de civilización no ocurría lo mismo. Que la lucha del militarismo y el industrialismo, como fenómeno universal, obligaba al ser humano y a sus comunidades, a tomar los caminos del egoísmo, con la consiguiente injusticia. Es necesario, agrega, un tercer tipo de vida humana en que el individuo tenga la libre orientación del trabajo, que le proporcione satisfacciones inmediatas, y que él no sea solamente un medio de existencia. Esta fórmula la veía anticipada en esas instituciones sociales, voluntarias, tan comunes, en el siglo, por las que sus afiliados buscan fines inteligentes y estéticos.

Sus principales obras son: Variaciones de las especies y las plantas bajo la acción de domesticidad, Origen de las especies por medio de la selección natural y conservación de la raza en su lucha por la existencia, La descendencia del Hombre y la selección con relación al sexo, etc.

EN LAS NOVELAS DE DICKENS. — Esta preocupación de la realidad material fué llevada a la literatura con respecto a la

realidad social, destacándose Dickens (1812-1870), novelista, por el humor y realismo de sus escenas. Pickwick, que es la representación de los sportmen de los clubs de Londres, apasionó a sus contemporáneos porque en realidad es uno de los tipos habituales de la sociedad inglesa.

Sus obras no son de simple documentación. Acciona una tesis, y es así como combate contra el abuso y la opresión (Nicolás Nickleby), contra el sufrimiento de las clases desheredadas (en Olivert Twist), etc. Por ello ha sido considerado como un verdadero reformador consagrado a la causa del progreso.

En Cuentos de Noche Buena, une la realidad con los sueños de las leyendas creando un género propio para las lecturas invernales de la familia inglesa. Su encanto, por el estilo, y su vigor en el drama le dieron gran circulación.

Su personalidad llenó el mundo de las letras ingleses de su siglo. Desempeñó con respecto a lecciones morales deducidas de las tradiciones populares, el mismo papel que Disraeli juega en la novela política, y cuyo material fué la nobleza intolerante y tiránica. Este opuso a una sociedad "cuyas relaciones fundadas en el egoísmo, la crueldad, el fraude, conducen a la inmoralidad, a la miseria", los males que sufrió el pueblo inglés.

CONSIDERACIÓN Y COMPARACIÓN DE LAS DIFERENTES CIRCUNSTANCIAS SOCIALES, ECONÓMICAS Y POLÍTICAS QUE CARACTERIZAN ESTE PERIODO Y SUS ETAPAS, Y DE LA CONDICIÓN HISTÓRICA DE LAS RESPECTIVAS MANIFESTACIONES CULTURALES EN ALEMANIA, FRANCIA E INGLATERRA; RAZONES DE SU PARENTESCO Y DE SU DIVERSIDAD. — La historia nos enseña que la humanidad no se desenvuelve a saltos; que su devenir está conformado a un proceso de acciones y reacciones, y que su tesoro está constituído por los saldos logrados en esos fecundos movimientos de su organismo. El período que transcurre de la Revolución Francesa a la caída de Napoleón III nos ofrece, en el drama histórico, un ejemplo claro de este devenir. Al estrépito inicial de la caída del viejo régimen, cuya expresión típica es la decapitación de Luis XVI y los excesos del Terror, sigue la expansión revolucionaria por el continente y la reacción que opone Europa coaligada. Napoleón Bonaparte es una expresión íntima, en Francia, de esa misma reacción, como la segunda república representa una vuelta a las ideas de igualdad, y la Restauración y el segundo imperio una valorización de los elementos conservadores. Es como

un ir y venir del régimen social ajustándose a las necesidades y las preferencias mayoritarias, arrastrando consigo las manifestaciones de la cultura.

Lo que decimos de Francia lo observamos en el resto de Europa. Si para oponerse a la Revolución Francesa, que inundaba el continente, se aliaron los estados con formas despóticas, contra Napoleón Bonaparte éstos mismos estados accionan bajo la bandera del liberalismo que el imperio francés aparecía negando. Pero cuando éste cae definitivamente en Waterloo y Francia hace la Restauración constitucional, aquéllos estados congregados en Viena, en asamblea liberal, se orientan hacia la Santa Alianza que fué una expresión cierta de una autocracia. Nuevamente la sociedad debió trabajar los ideales con que se abre el siglo XIX, y las revoluciones nacionales y liberales ofrecen el gran movimiento de 1848 que abraza todo el continente. El segundo imperio en Francia tiene su correspondencia en el Imperio naciente de Alemania como expresión del nacionalismo germánico, que más vigoroso y con el poder de su juventud vence en 1870.

Estas circunstancias sociales, económicas y políticas, que se corresponden en todo el continente, que obran en acción y reacción, definiendo etapas perfectamente caracterizadas, nos ponen frente a un proceso indiviso de la llamada cultura occidental. El *estado* de civilización del siglo XIX ofrece en Europa una cultura uniforme en que las naciones son tonalidades simples de un mismo espíritu, cuyo enlace no está sólo en esta formología (social, económica y política) sino también en las expresiones de la ciencia y el arte.

Los filósofos alemanes presentan una correspondencia notable con los de Francia e Inglaterra. Kant, Hegel y Feuerbach tienen centenares de discípulos en Francia. El positivismo de Comte está en Stuart Mill y Darwin. Y lo que decimos de los filósofos advertimos en la ciencia en general. Lamarcke y Cuvier corresponden a la concepción biológica darwiniana, como también los poetas, los historiadores y los literatos en general.

Las expresiones de esta cultura no se limitan al continente europeo, sino que advienen en las zonas incorporadas a la vida de occidente. Correspondió a la literatura francesa difundir en América ideas de cultura y de gobierno. Sus clásicos del siglo XVIII, filósofos e historiadores, ensanchan el círculo de

ideas de los hombres de estudio y de los directores de multitudes, y lo mismo ocurre con los de este primer tercio del XIX.

Esta correspondencia es tan evidente que la historia de la literatura ya no es el catálogo de los escritores de cada país, clasificados en categorías arbitrarias, con la fecha y el título de sus ediciones; es la revelación de las ideas y las pasiones, el drama misterioso de las razas y las culturas.

La literatura como expresión cultural de este período ofrece al principio una fisonomía y apariencia de unidad en la intención común de demoler las formas sociales de fines del siglo XVIII. Pero logrado el propósito, en marcha la revolución, los vencedores se dividen como consecuencia de los planes y medios diversos que accionaban. Y como actúan en un medio en que el entusiasmo y la pasión, el espectáculo o la espera de grandes conmociones, quitaban a los escritores la reflexión, y a los lectores la calma, la literatura se convirtió en un instrumento de lucha, y como tal fué en todas partes apresurada.

Una vez que los grandes objetos de la Revolución fueron logrados, y que la serenidad volvió a los espíritus, el pensamiento universal se encontró ante dos caminos; o dedicarse a elaborar el porvenir en base a los materiales del pasado, senda que en sus primeras manifestaciones llevaron a la inteligencia hacia la duda, o abandonar esas huellas antiguas orientándose hacia los sentimientos sencillos y profundos. Goethe y Schiller profundizaron las razones de lo bello como sentimiento absoluto, sometido a leyes y a condiciones precisas, y llevaron a la estética al rango de una ciencia filosófica que por medio de la idea juzga lo que pertenece a los sentidos y reduce a reglas lo que no es más que impresión. Kant no coloca la belleza en los objetos sino en la inteligencia, y Fitche somete el arte a la moral haciendo de él una representación de la lucha del hombre contra la naturaleza y del triunfo de la libertad.

La estética fué emancipada de las reglas antiguas; se presentó lo bello como el acuerdo de lo infinito con lo finito, de la existencia fatal con la actividad libre, de la vida y de la materia, y el arte resultó la más alta manifestación del espíritu.

Los clásicos habían considerado a las reglas, no como una historia de lo que habían hecho los maestros, y de los medios para facilitar su imitación, sino como elementos esenciales capaces de producir. Los románticos colocaron la soberanía en el

sentimiento individual, convirtiendo a la estética en una ciencia racional, liberándola de la apreciación de los clásicos, que la reducían a una receta empírica.

La escuela clásica prefería más el contorno que el colorido, la lógica que la fantasía; era pobre en imágenes porque no se derivaba del sentimiento. Los románticos declarados hijos de la masa, del pueblo, tuvieron vivacidad. Los clásicos encontraron la humanidad en lo que tiene de general, la verdad abstracta, la belleza en sí, sin la tonalidad del color local. Los innovadores quisieron la verdad viva, la del individuo antes que la de los tipos conocidos, y por esa senda llegaron a una belleza convencional que llamaron impropiamente ideal. El carácter genérico del romántico fué la variedad y el infinito, y correspondió al auge de lo lírico en todas partes.

La diferencia apareció notabilizada en el drama, que es la reflexión del hombre en sí mismo, en el cual las pasiones se convierten en placeres en vez de excitar la angustia, desde el momento que al verlas reproducidas se goza con ellas sin temerlas.

El espíritu humano fluctuó entre estos dos campos, lo clásico y lo romántico, lo viejo y lo nuevo. Napoleón restaura la antigua religión, como medio de orden y de disciplina, a pesar del legado de los enciclopedistas y del sarcasmo de Voltaire. Y dándole un sentido inspiracional que no contenía el decreto del Emperador, Chateaubriand en su "Genio del Cristianismo" le devuelve las armonías que tiene con la existencia humana, los encantos de la imaginación, la vida de las afecciones y las bellezas del culto.

El pensamiento romántico tiene dos creaciones magníficas. Goethe recorre en su Fausto la vida humana y la Historia, para sonreír amargamente en la ciencia, de la belleza y hasta de la virtud, que implican los esfuerzos hechos por la humanidad desde los primeros tiempos, y Lord Byrón hace en el "Don Juan" una espantosa anatomía de la sociedad descubriendo su hipocresía moral, religiosa, política y poética, y perjudicando el culto de sus más bellas virtudes, la caridad social y el respeto de la especie.

La lucha de estas dos tendencias no es únicamente en Alemania, en Francia, o en Inglaterra; es en toda la cultura occidental, en las diversas tonalidades nacionales y regionales, incluso en América y en el Río de La Plata, donde Esteban Eche-

verría, Mármol, Los Varelas, Andrade, etc. traducen esa posición brillante del pensamiento. Los representativos de la escuela romántica actúan como enlaces entre los grupos nacionales. Enrique Heine, por ejemplo, es un poeta viviente; por su sinceridad se hizo el poeta de todos; perdura y se sobrepone en las diversas lenguas del mundo; su libro es como el breviario de las almas sensibles.

Paralelamente a la ciencia y a la estética en sus manifestaciones poliformes, se desarrolló el conocimiento material y los inventos y sus aplicaciones. Los vapores, los ferrocarriles y el telégrafo eléctrico fueron, para la imaginación popular de mediados del siglo XIX, los inventos más notables y revolucionarios, pero junto a ellos el conocimiento técnico y las artes prácticas se desarrollaron con rapidez y extensión extraordinaria. El hombre adquirió un poder extraordinario; las fundiciones desarrolladas a fines del XVIII con el uso del carbón de piedra, se perfeccionan; el martillo de vapor aparece en 1838; en 1856 se aplica el proceso Bessemer y poco después (1864) el sistema de los grandes hornos abiertos en los cuales el acero y toda clase de hierro puede purificarse y moldearse en proporciones desconocidas hasta entonces.

Entre los progresos prácticos hechos por la humanidad, nada puede ser comparado a este dominio completo del manejo de masas enormes de acero y de hierro, y del arte de juntarlas. Tales conquistas pusieron en las manos del hombre posibilidades insospechadas. La fuerza material del mundo antiguo era la energía física del ser humano; los músculos de los hombres ignorantes y subyugados, ayudados por el músculo del animal usado en las tracciones. Donde había que levantar un peso, los hombres lo levantaban; una gran porción del género humano fué usado en los estados anteriores de civilización en un trabajo puramente mecánico. Pero cuando en el siglo XIX, aumenta el conocimiento material, se multiplicaron las facilidades para el trabajo y sus productos, y a medida que transcurrió los seres humanos dejaron de ser fuente de energía irreflexiva; substituídos por la máquina, el hombre reservó para sí las tareas del discernimiento y la inteligencia.

Junto con la modificación de las costumbres sociales este conocimiento de lo material sugirió preocupaciones correlativas y el espíritu perdió su vuelo de altura para contemplar el mun-

de físico con obsesión. Junto con el fin del período, el auge del positivismo, adueñado de las ciencias sociales e influyendo hasta en la estética, prepara el advenimiento de una visión materialista de la existencia.

LECCION LXVII

DE NAPOLEON III HASTA LA GUERRA MUNDIAL DE 1914

RESEÑA PANORÁMICA DE LOS SUCESOS POLÍTICO-SOCIALES Y TENDENCIAS ECONÓMICAS DESDE NAPOLEÓN III Y LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA HASTA LA GUERRA MUNDIAL DE 1914. — Este período de la Edad Contemporánea, que nace bajo Napoleón III y llega a la liquidación de la guerra mundial de 1914, encierra la base de nuestra existencia actual. Si bien es cierto que la gran guerra creó en el universo formas nuevas y problemas de toda naturaleza, en medio de los cuales actuamos, su poder de crisis no barrió totalmente con las fórmulas sociales a que la humanidad había llegado en la primera década del siglo XX.

Veamos cuáles son los sucesos político-sociales y las tendencias económicas que estructuran la base de este período.

EL IMPERIO ALEMÁN, SU ORIGEN Y SU DESARROLLO INTERNO. — De diciembre de 1807 a marzo de 1808, el filósofo Fichte, como inspirado por la divinidad, produjo en Berlín, en medio de las calamidades que siguieron a las guerras napoleónicas, sus famosos *Reden au die Deutsche Natión*. Su voz, en páginas de suprema elocuencia, se alzó apelando a la dignidad del pueblo alemán, concitándolo a encontrar nuevos medios de ascensión, a trazarse nuevos caminos hacia la meta de la reconstrucción nacional. Buscaba crear una poderosa Alemania sobre bases espirituales e intelectuales tan resistentes que nunca pudieran ser removidas, y sus empeños tuvieron efectos rápidos y extraordinarios por su popularidad y su poderosa influencia.

Fichte fué el profeta; Bismarck el estadista que dió las formas a la nueva Alemania, y esto, que ocurrió en tal nación, se reprodujo en Italia, cuando Mazzini y Cavour, su profeta y su estadista, a su vez, realizaron su unidad.

Cuando contemplamos estos estupendos movimientos de la humanidad nos convencemos del poder de las ideas. Los hombres, sus corazones y sus cerebros, fueron movidos, asidos, por

la elocuencia de estos oradores y filósofos, y los sucesos humanos se conformaron a lo que estos intérpretes del pensamiento propagaban.

Con esta base espiritual y la fórmula operante de una liga aduanera que confundió los intereses económicos de los estados germánicos, se creó el enorme poder militar y político que triunfó de Napoleón III. Terminada la guerra franco prusiana los estados de la confederación germánica enviaron al rey Guillermo de Prusia la corona imperial como premio por el éxito de la campaña, y éste que antes la había rechazado (1849), la aceptó al fin en 1871. El Reichstag facilitó en toda forma la organización política y militar de este organismo, que con habilidad sorteó los conflictos suscitados por Rusia, se acercó al Austria (1883), y concluyó por organizar la Triple Alianza con este país e Italia. Unidas estas tres potencias influyeron poderosamente en el equilibrio europeo, respetabilizándose el Imperio Alemán sobre todo por su intervención exitosa en el oriente continental.

La política interior buscó la definición de un sentido claro de la nacionalidad con el sacrificio de las ideas liberales y con un contralor enérgico que ahogó el movimiento socialista. La muerte de Guillermo I (1888) trajo el paréntesis de su sucesor (Federico III) y tres meses después el advenimiento de Guillermo II, educado militarmente, como los príncipes prusianos, y que desde el primer momento se caracterizó por su oposición a las ideas de Bismarck. El estrechamiento de relaciones con Austria e Italia, la entrada de las ciudades de Brema y Hamburgo al zollverein, la política social de seguros y la conferencia de Berlín (1890) en que Francia, Italia, Austria, Inglaterra, Suiza, Holanda, Bélgica, Suecia y Dinamarca deliberan sobre la cuestión social y la protección del trabajo, traen la renuncia del viejo canciller (1890).

Inicióse entonces el gobierno directo del Emperador que había de gobernar a Alemania hasta la gran tragedia de 1914. El canal de Kiel (1895) que unió los mares Báltico y Norte beneficiando la economía y la defensa de Alemania, la creación de una marina poderosa, la ocupación de zonas en China y la sistematización de la política colonizadora, dieron al Imperio una base enorme de poder. Vino luego el desarrollo agrario e industrial, fomentándose la producción agrícola, el

tráfico de los ferrocarriles y el rendimiento de los impuestos. Es el período en que la vida interna alemana busca resolver los problemas de la riqueza, y en el cual el socialismo llega a triunfar en los comicios (1903). Mientras Alemania se engrandecía en el exterior con su política colonizadora en Africa, logrando que Austria se incorporara (1809) los territorios turcos de Bosnia y Herzegovina, y obteniendo (1911) de Francia una compensación por la ocupación de Marruecos, su poder interior era estructurado en base a la creación de la fuerte unidad económica del Imperio y al acrecentamiento de su producción manufacturada. Como su colocación debía hacerse en el exterior, y ella no era posible sin la solidaridad de todos los esfuerzos, el estado alemán apareció como elemento decisivo. La industria no vió o no denunció la maniobra; el sentido de bienestar interno se acentuó con una política fiscal de subsidios a las fábricas, y con la indemnización compensatoria a los industriales exportadores para colocar sus productos a menor precio que los comerciantes ingleses en los mercados mundiales. Estos exigieron la consignación de la leyenda "made in Germany", para que no se confundiese lo que se creía un producto inferior a la industria de Inglaterra, y la consignación del origen de la mercadería probó que la invasión de la manufactura alemana era general. En realidad esta y no otra fué la causa esencial de la gran guerra europea.

La comuna y la tercera república en Francia. — La guerra franco prusiana que hizo en Alemania el Imperio, creó en Francia un período de miseria y de luchas interiores pocas veces igualada. Derrotado y prisionero Napoleón III (IX-1870) París proclamó la República; se inició el largo sitio de la histórica capital, su rendición (VII-1871) a los prusianos, y cuando la Asamblea de Burdeos y Thiers, elegido Jefe del Poder Ejecutivo, negoció la paz con los vencedores, con el sacrificio de Alsacia, Lorena y una indemnización de cinco mil millones de francos, el debate de los sacrificios y de las responsabilidades encendió la demagogía. París eligió otra Asamblea en oposición al gobierno de Versalles, y entre incendios, saqueos y barricadas se proclamó la Comuna como expresión de los partidos de izquierda.

Fácil es imaginar las demasías de un pueblo que acababa de pasar las necesidades de un largo sitio, y que proclamaba

la igualdad en un medio de anarquía. La muerte de los rehenes, el fusilamiento de los prisioneros, el envenenamiento en base a los procedimientos más curiosos, hasta de la amistad mentida, y una lucha despiadada entre los partidos del gobierno de Versalles y la Comuna, comprobaron una vez más cuanto se baja en el exceso cuando falta a los ciudadanos el sentido del patriotismo. Los hombres que no habían sabido defender la patria de los ejércitos de Prusia, se sentían héroes en la guerra civil. Por fin la fuerzas del orden pudieron vencer a la Comuna, y la paz con Prusia, estipulada en Mayo (1871) se ratificó el 12 de Octubre en condiciones aún más desfavorables.

Advino entonces la tercera República. Thiers desde la Presidencia inició una grande tarea de reorganización y reparación en medio de una lucha enconada de partidos y de pasiones, en cuyas escenas perecieron los más altos prestigios, como los del Mariscal Mac-Mahon. Pero Francia se levantó de sus ruinas recobrando el aspecto de una prosperidad admirable gracias a su vitalidad financiera y a la actividad talentosa de su pueblo, en forma tal que su patrimonio de valores fué superior a su riqueza inmobiliaria.

Su engrandecimiento la llevó a estructurar un poderoso imperio colonial: Argelia, Madagascar, el Senegal, y las islas Reunión en Africa; las islas Marquezas y Nueva Caledonia en Oceanía; en América la Martinica, Guadalupe y la Guayana; en Asia la Cochinchina, Saigón, etc., son comprobaciones de este poder material paralelo a las manifestaciones de su gran cultura, que irradia especialmente sobre los países latinos.

La Gran Guerra de 1914 la encontró en condiciones de buscar el desquite de las jornadas de 1870, y su triunfo hizo de Versalles la sede de las negociaciones de paz. El tratado del mismo nombre amplió su poder territorial en el Camerúm, la Isla de Togo y Siria, sin contar las anexiones del continente europeo.

EL NUEVO REINO DE ITALIA. — En el mismo período adviene una nueva nacionalidad llamada a los más altos destinos. El fraccionamiento político de la península itálica y su conquista sucesiva por estados extranjeros, presenta en el siglo XIX el nacimiento de fuerzas generales que bregan por traducirse en un organismo social totalitario. Víctor Manuel, rey de Saboya, se convierte en el brazo armado del sentimiento de la naciona-

lidad, que Mazzini, Cavour y Garibaldi, desde la doctrina, la política y la acción, secundan con una actividad y un éxito pocas veces igualado. Víctor Manuel toma el título de Rey de Italia; reconocido por Napoleón III con reservas respecto al Papa y su soberanía temporal sobre Roma, y luego por Prusia y por Rusia, el único obstáculo fué el reino de Nápoles y las zonas ocupadas por Austria. Pero el proceso que llevaba a Italia a estructurar su nacionalidad en las formas políticas no podía ser contenido. Todos los obstáculos cedieron; la toma de Roma convertida en capital de Italia, enfrentó a la nueva nación la protesta del Pontífice, pero nada pudo contener la marcha de la nación. La organización de la Triple Alianza en que Italia, Alemania y Austria se unen para la solución de sus problemas internacionales, concluye por convertirla en una de las grandes potencias de occidente. La Gran Guerra la separó de sus aliadas históricas, inclinándola a Francia e Inglaterra.

LA GUERRA DE CRIMEA; SUS CIRCUNSTANCIAS Y CONSECUENCIAS (SITUACIÓN DE TURQUÍA). — Rusia también se engrandecía; a raíz de la liquidación de las últimas guerras de Napoleón Bonaparte había quedado casi indemne y pudo afirmar su poderío ocupando territorios en Europa Central y sobre las márgenes del Mar Negro. Puede decirse era el árbitro en el grupo de principados balkánicos, por su posesión de las bocas del Danubio, el dominio del Mar Negro y su ingerencia entre los pueblos cristianos de Turquía.

Tan enorme resultaba su poder y las cartas de triunfo de su vieja política de llegar a la conquista de Constantinopla, que las naciones de Occidente se aliaron para contenerla aún sirviendo los intereses de Turquía, país de otra raza y otra religión. Francia e Inglaterra unidas a esta última penetran al Mar Negro y bombardean a Odessa, mientras otra escuadra ataca a San Petersburgo.

Centrada la guerra en la península de Crimea, se desarrollaron combates sangrientos en que perdió la vida como medio millón de hombres. La derrota de los rusos en la batalla de Alma, y la intervención de Austria, que le impuso la aceptación de la paz, abocó a las naciones europeas a resolver el problema político de la zona oriental de ese continente. El Congreso de Berlín (1878) despojó a los rusos de la mayor parte de lo que tenían conquistado, y desmembró una extensa zona territorial

de Turquía, asistiéndose al advenimiento de Bulgaria, Servia, Rumania y Montenegro, y a la ocupación de otras zonas por Austria, de la isla de Chipre por Inglaterra, etc. Turquía se comprometió a reformar su organización dando garantías a sus pobladores de otras razas y religiones, de las que debía dar cuenta periódicamente, estableciéndose que la diferencia de religión no podía ser obstáculo para el uso de los derechos civiles y políticos, para al admisión a los cargos públicos, ni para el ejercicio del comercio y las industrias.

LAS REFORMAS POLÍTICO SOCIALES Y LA NUEVA ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO BRITÁNICO. — Su condición insular y el hecho de que se hubiese realizado en el siglo XVII la revolución inglesa, permitió a esta nación apartarse de los sucesos del continente y de sus malos gobiernos, actuando en muchos casos como pacificadora de los más graves conflictos. Su régimen interno se ajustó a un orden jurídico desarrollado bajo el principio de la equidad, que corrige y perfecciona las instituciones, y su conciencia nacional se conformó a la legalidad y la igualdad, moderando sus reacciones y dando pie a un perfeccionamiento progresivo.

Su gobierno actuó lo menos posible permitiendo que las entidades sociales se desenvolviesen con espontaneidad, incluso los partidos políticos que desenvolvieron sus aspiraciones liberales. El Parlamento abandonó las ideas abstractas para tratar las positivas, las obras públicas y la economía de la nación. Inglaterra realizó una evolución pacífica con sentido conservador y de lenta preparación en sus reformas. Se prohibió el tráfico negrero y la esclavitud en las colonias, se hizo la emancipación de los católicos, se abrogaron los privilegios de la iglesia oficial y se mejoró el régimen eleccionario. Grandes ministros (Pitt, Peel, Canning. Disraeli, etc.) y una reina famosa por su equilibrio (la reina Victoria) presidieron esta vida de orden; las colonias tuvieron una libertad de administración casi completa; el Canadá reunió pronto su primer Parlamento (1842); llegó al dominio de las grandes rutas; la dominación de la India se afirmó con la transferencia a la corona de los derechos de la Compañía de capitales que la explotaba; Irlanda obtuvo su emancipación del régimen de conquista a que estaba sometido, logrando el *home rule* en 1912; la instrucción pública se

desenvolvió, y una sabia política exterior le dió preeminencia en China y en Africa preferencialmente.

Con este hondo sentido de los problemas de la realidad el Reino de Inglaterra se convirtió en el Imperio Británico, que representa la combinación política más original en la historia del mundo, y cuya dispersión geográfica, pues sus territorios se encuentran en los cinco continentes, está compensada por la multiplicación y facilidad de las comunicaciones, de la navegación a vapor, los ferrocarriles y los aviones.

Como centro del sistema actúa la república coronada del reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda. Un Parlamento unido, de Inglaterra y Gales, Escocia e Irlanda, tiene la jefatura y hace el programa del Ministerio, que gobierna, y cuya actuación interpreta las consideraciones de todo el Imperio; es realmente el gobierno supremo con facultades de paz y guerra sobre la totalidad del cuerpo político.

En el orden de importancia de estos estados británicos tenemos las "repúblicas coronadas" de Australia, Canadá, Terranova, Nueva Zelandia y Unión Sur Africana, independientes en la práctica, de gobiernos autónomos, afiliados a la Gran Bretaña, pero cada uno con un representante de la Corona nombrado por el ministerio.

Viene luego el Imperio Indio con sus estados dependientes y protegidos, que se extiende del Beluchistan a Birmania; el Egipto, de carácter ambiguo, nominalmente con un monarca pero en realidad sujeto al despotismo inglés; la provincia "anglo egipcia" del Sudán, administrada por los gobiernos de Inglaterra y el Egipto, y luego una serie de comunidades autonómicas en parte, con cuerpos legislativos pero con autoridades ejecutivas designadas por Inglaterra; otras simples colonias y el resto en categoría de protectorados o de zonas sujetas a mandato.

No existe entonces una sola autoridad o inteligencia que abarque por completo el Imperio Británico como un todo orgánico; su organismo es el fruto de una mezcla de acrecentamientos unidos por causales dispares y circunstanciales, sobre razones de hecho que suman las voluntades de los propios pueblos sometidos. Posteriormente a 1914 este imperio ha llegado a establecer bases más orgánicas en el estatuto de Westminter (1931), por el cual Inglaterra no realiza sino la representa-

ción diplomática y las funciones judiciales, financieras y defensivas de los estados confederados.

Como el Imperio ateniense, el británico llegó mediante sus caminos marítimos protegidos y el vínculo común de una poderosa flota a constituir un imperio ultramarino, y con los procedimientos fiscales que llevan a sus miembros a estructurar un todo económico, protegiéndose recíprocamente en cuanto a la producción y el trabajo, sus formas políticas tan complejas e indefinidas a veces logran la base de unidad firme que exige la vida.

EL IMPERIALISMO ECONÓMICO Y COMERCIAL DE LAS GRANDES POTENCIAS EUROPEAS EN AFRICA Y EN ASIA. — Cuando un estado llega en su desarrollo histórico, económico, social y político a ejercitar un máximo de valía, como si dejáramos al zenit de su curva de progreso, ese estado define completamente su personalidad y la manifiesta en una serie de actos perfectamente individuales. Al realizarlos los otros estados más débiles, de la sociedad internacional, se suelen sentir lesionados. La ciencia política ve en este ejercicio intensivo de las valías de un estado, lo que denomina política imperialista.

El imperialismo establecido sobre esas bases resulta ser un fenómeno natural dentro del equilibrio de las fuerzas sociales. Las doctrinas filosóficas, que juzgan dentro de la realidad, no pueden censurar este sano imperialismo que está fundado en la naturaleza de las cosas. Existen casos en que un estado sin llegar al zenit de su progreso, sin tener personalidad en la economía, en la ciencia, en el comercio, en la industria, etc., ejercita esta política imperialista, y como no está ella fundada en la naturaleza de las cosas, tal política es de sacrificio para el pueblo que la sufre y de amenaza para la comunidad internacional, y por eso es censurada a justo título.

Hasta la mitad del siglo XIX los estados europeos buscaron en las regiones despobladas e incultas del Africa y del Asia, oro, metales preciosos, especies aromáticas, marfil y esclavos.

Pero al terminar ese siglo ante el aumento de la población, los fines se completaron con el logro de productos alimenticios, y ante el desarrollo del industrialismo científico y mecánico, con la obtención de materias primas, de sebos y grasas de todo género, de gomas y cauchos y de substancias que poco antes apenas llamaron la atención. Gran Bretaña, Holanda y Por-

tugal, con propiedades en el siglo XIX, en las zonas tropicales y subtropicales, obtenían grandes ganancias que las demás naciones fuertes también apetecieron. Alemania, después Francia y luego Italia, pusieron sus miras en los territorios aun no anexados, ricos en materias primas, y en las regiones de Oriente en que era posible llevar con provecho los adelantos de la vida moderna.

Se inició entonces como una carrera para ocupar esas tierras, que es posible hubiese comprendido a América si no actuara como paragolpe la doctrina de Monroe. Africa fué penetrada por exploradores y aventureros, y siguiendo sus huellas por agentes políticos, administrativos, comerciantes, colonos y científicos. Se descubrieron razas extrañas, una fauna y una flora fantástica que benefició a la ciencia, y restos de civilizaciones no sospechadas. En 1900 toda Africa había sido ya explorada, avaluada y repartida entre los grandes estados europeos, prestándose escasa atención al bienestar de los naturales; es exacto que se cortó el mal de la esclavitud, ejercido hasta entonces por los árabes, pero las razas nativas fueron diezmadas en las minas, las explotaciones del caucho, etc.

Algunas comunidades blancas logran establecer una prosperidad permanente, organizando estados y conquistando su libertad (Transval, 1881), pero como el resto del continente concluyen por perderla.

En un cuarto de siglo se completó el reparto de Africa; quedaron sin anexionar, Liberia, colonia de esclavos manumitidos de la costa occidental, Marruecos sometida a un sultán musulmán, y Abisinia que defendió su libertad frente a Italia (1896). En nuestro año apenas si Liberia ejerce esa vida independiente.

Con Asia ocurrió algo análogo. Usando de los recursos de la civilización mecánica, los grandes estados de Europa continuaron o iniciaron la ocupación de este continente, sin pensar que la China y la India podían tomar sus invenciones y continuarlas por su cuenta.

Imitando a Inglaterra, que ya actuaba en la India, Alemania (1898) ocupa una zona de China; le sigue Inglaterra y Rusia: se inicia una reacción local con matanzas de europeos y chinos cristianos; Europa hace una expedición de castigo,

reconquista el barrio de las Legaciones en Pekin, y mientras Rusia ocupa la Manchuria, Inglaterra invade (1904) el Tibet.

El proceso anexionista asiático no se completa. Un país amarillo, el Japón, completamente oriental a mediados del siglo XIX, evoluciona y se occidentaliza. En 1899 está al nivel de las grandes naciones europeas, y acciona en nombre de la raza sobre China, en la guerra de 1895. Fué necesario el entendimiento de Rusia, de Francia, que había llevado sus dominios al Tonkin y Annam, y de Alemania, para impedir en ese entonces que el Japón usase de su victoria

Pero este poderoso país no cedió en su programa de ponerse al frente de los pueblos de raza amarilla. Antes de diez años entró en guerra con Rusia, cuyos enormes sacrificios levantaron a su pueblo (1905) obligando al zar a convenir la paz. Prácticamente esta victoria del Japón puso fin a la invasión europea al Asia, que desde entonces sólo buscó fines de preeminencia económica.

EL INCREMENTO DE LA BURGUESÍA LIBERAL E INDUSTRIAL EN RUSIA; LA EMANCIPACIÓN DE LOS SIERVOS; LA AGITACIÓN REVOLUCIONARIA. — El proceso social de Rusia, cuya crisis se inicia con la emancipación de los siervos para concluir, después de la Gran Guerra, con la implantación del régimen soviético, se abre en la historia con las reformas de Pedro el Grande, que rompieron el equilibrio de la Rusia moscovita separando a la clase gobernante de las masas populares. Esta escisión llevó dos siglos más tarde al último acto de la crisis o sea la Revolución de 1917.

Las reformas de Pedro el Grande hicieron que las clases superiores, arrastradas violentamente hacia la civilización occidental, tomaran superficialmente el aspecto europeo. Las diferencias e injusticias sociales, disfrazadas anteriormente bajo el modo de ser patriarcal, adoptaron el relieve de arbitrariedades flagrantes. La institución de los siervos de gleba, que el gobierno moscovita justificaba por las obligaciones del servicio militar, al cual estaba sujeta la nobleza, que tenía que presentarse a la primer llamada "a caballo, con gente y armas", perdió la mayor parte de su razón de ser con la nueva organización del ejército regular.

El pueblo ruso tuvo que armarse de paciencia por más de un siglo; si bajo Pedro el Grande acepta el aspecto utili-

tario de la cultura europea, en la época de Catalina (1762-96) empieza a interesarse en su contenido ideológico. La influencia occidental que bajo Pedro el Grande fué de preferencia alemana, de un carácter práctico, técnico, es substituída por la filosofía enciclopédica francesa, que si no se distinguía por su profundidad, ni por su originalidad, logró una gran influencia sobre la sociedad y la literatura contemporáneas por las calidades y talentos de sus promotores (Voltaire, Diderot, Montesquieu, etc.). Y como Catalina II, durante la primera mitad de su reinado, se empeñaba en popularizar las ideas culturales de los enciclopedistas, la literatura rusa toma un rumbo crítico, satírico, y empieza a difundir enérgicamente las ideas de vanguardia occidental.

En estas ideas encontramos las manifestaciones cada vez más intensas de la protesta contra el derecho de servidumbre, que se acrecentaron con la intervención activa de Rusia en las luchas del período napoleónico, y como consecuencia del contacto directo del ejército ruso con los pueblos europeos. Iniciados en la vida de la libertad, observando las condiciones de su existencia, parangonando el bienestar de los países occidentales con lo que ellos dejaron en casa, los rusos tenían que sacar conclusiones terminantes.

Las opiniones dispersas, de círculos liberales, tomaron las formas de ideas políticas, naciendo las sociedades conspiradoras, mientras las discusiones sobre temas abstractos se cristalizaban en artículos y proyectos de Constitución.

Bajo Alejandro I la sociedad rusa permaneció quieta por cuanto los rusos lo respetaban como un adversario favorecido del Gran Napoleón, el árbitro de Europa. Pero apenas sube al trono su hermano Nicolás, estalló la revuelta de los decembristas, (Diciembre de 1825) que fué liquidada en dos horas. El zar comprendió que la sociedad rusa sentía la necesidad de reformas trascendentales. Comprendió también que la nobleza, habiendo logrado obtener, bajo los reinados anteriores, privilegios de clase, quería arrancar al poder supremo derechos políticos. Con esto, habiendo pasado a la oposición, la nobleza dejó de servir de apoyo al poder obligándolo a buscar otro.

Después de haber comprimido la oposición que reclamaba reformas, el gobierno decidió emprenderlas motu proprio, apoyándose en la burocracia, es decir, en sus propios medios de eje-

cución, y limitando los privilegios excepcionales de la nobleza. Estas ideas eran progresistas, pero la sociedad rusa, contemporánea y posterior, las juzgó como fruto de un reaccionario notorio. A los ojos de Nicolás I su gobierno era de tendencias conservadoras, probablemente por haber puesto orden en la administración pública, caracterizándose por la sanción del Código que reunía todas las leyes dictadas desde el año 1649. Aquel trabajo, en el que fracasaron varios predecesores, llevado a cabo por Speranski, llenó 45 tomos; las leyes vigentes fueron reunidas en otros 15 libros.

Al mismo tiempo mejoró la hacienda pública e hizo algo para aliviar la suerte de los campesinos. Como temían un estallido gigantesco de pasiones en el caso de que millones de siervos fuesen libertados de un solo golpe, la prepara en secreto, al abrigo de indiscreciones públicas. En primer lugar mejoró la suerte de los campesinos que pertenecían al fisco; ellos recibieron una administración autónoma y sus asuntos fueron sometidos a la autoridad del Ministerio de Dominios. En cuanto a los campesinos que pertenecían a personas privadas, la mejora de su suerte, menos apreciable, se redujo a medidas aisladas destinadas a restringir el arbitrio de los terratenientes. Por ejemplo, se prohibió vender los campesinos separadamente; la familia campesina fué proclamada un ente jurídico inquebrantable.

En materia de instrucción pública hubo doble preocupación: en primer lugar, la de fomentarla creándose escuelas y academias militares y navales, establecimientos de instrucción técnica, el Instituto Pedagógico Superior, institutos femeninos, etc. Pero, al mismo tiempo, para que dichos establecimientos no sirvieran de focos de actividades revolucionarias, estaban sometidos a un control y disciplina puramente militar; además, los liceos, como las escuelas de enseñanza superior, se destinaban únicamente a los hijos de la nobleza y de la burocracia; fueron tomadas varias medidas para impedir la instrucción de los hijos de los mercaderes y de la plebe urbana. Desde luego el deseo de aprender era tan grande que los liceos y las universidades fueron invadidos rápidamente por los plebeyos. Es uno de los fenómenos más curiosos e importante de la época. A consecuencia de esta invasión, la clase intelectual, la famosa "inteligencia" rusa, que antes se componía únicamente de nobles, se halló sumamente heterogénea.

Cuando los hombres que lo ayudaban en sus reformas progresivas abandonaron el escenario de las actividades gubernamentales, el Zar los substituyó con burócratas que carecían de ideas y de preparación técnica, sistema que levanta entre el Zar y la sociedad una pared infranqueable.

La censura llega al colmo de la arbitrariedad; además de la censura general, a cuya previa aprobación eran sometidos todos los impresos sin excepción, se crearon censuras especiales: eclesiásticas, de hacienda, militar, etc. Los burócratas convencidos de su derecho de oprimir cualquier sombra de crítica o de análisis, llegaban al abuso, y mientras la conciencia rusa quería gritar su protesta contra el derecho de servidumbre, en una época en que estaban difundidas las ideas de libertad, la sociedad rusa se encontró privada de cualquier posibilidad de expresar sus opiniones, de hacer oir su voz.

De estas circunstancias nació una intensa agitación revolucionaria. El 19 de febrero de 1861 se produjo la liberación de los siervos de gleba. Fué la más transcendental de las reformas de Alejandro II (1855-1881), desde la cual la democratización del estado caminó a grandes pasos.

El acto de liberación produjo un cambio sin precedentes en el dominio del ideario intelectual: de un día a otro desapareció el fin, el ideal hacia el cual tendían los esfuerzos de los intelectuales rusos, y con ello dejó de existir el poderoso lazo que estrechaba la unión de toda la buena gente rusa. Independientemente de su orientación política, se trataba ahora de elegir un nuevo camino.

Nacieron entonces los primeros partidos políticos socialistas buscándose subordinar la solución de los problemas sociales y económicos rusos a las fórmulas que daba el socialismo occidental.

Este período fecundo en reformas liberales fué interrumpido por el terrorismo revolucionario y los estragos del nihilismo. Cuando el Zar Libertador, como el pueblo llama a Alejandro II, cae (1881) víctima de un atentado, la indignación popular hace posible la vuelta a la reacción que es inaugurada con Alejandro III.

Con él se levantó la bandera del panslavismo como resultado de las luchas de razas, y en cierto sentido como explicación de los esfuerzos de Rusia para llegar a Constantinopla y al con-

tralor de los principados balkánicos. A fines de 1904 la agitación ya fué incontenible; uno de los partidos reclamaba un cambio de sistema con representación popular elegida por sufragio, y el otro peticionaba sólo reformas liberales emanadas directamente del Zar y de la forma autocrática de gobierno. El Zar (Nicolás II) se inclinó a estos últimos; las anunció (1904), pero fueron los resultados internos de la guerra ruso-japonesa los que precipitaron los sucesos. Levantamientos y excesos populares llevaron al Zar a promulgar (1905) un principio de Constitución, creando la Duma o asamblea nacional, para preparar las leyes, actuar como cuerpo consultivo y votar los presupuestos.

La masa del pueblo no se conformó continuando las escenas de violencia. El Ministerio anunció un programa liberal de reformas a considerarse por una nueva la Duma (1907), emparedado entre el peligro de la derecha reaccionaria y las reformas radicales de las izquierdas. Las elecciones dieron mayoría a los primeros y la vida interna de Rusia continuó trabajada por un intenso malestar; Nicolás II buscó crear valores permanentes, concluyó la alianza con Francia, resolvió los conflictos coloniales en Asia que tenía con Inglaterra, y buscó en toda forma consolidar la paz en el universo, obteniendo la reunión por dos veces de las conferencias internacionales de La Haya. En lo interior se sancionaron mejoras, pero el gran conflicto mundial de 1914 agudizó ese malestar, produciéndose en plena guerra dos acontecimientos trascendentales; fué el uno la eliminación por un grupo de nobles (1916) de un monje que dominaba la corte con sus supercherías, y el otro el gran movimiento popular (1917) que dió en tierra con el Imperio autocrático, abriendo el período comunista.

La guerra esclavista en los Estados Unidos: causas, circunstancias y efectos. — En América los Estados Unidos adquirieron un desenvolvimiento maravilloso mediante el desarrollo de los transportes y las comunicaciones. Las antiguas colonias inglesas, que habían tardado 200 años en llegar de la costa Atlántica al río Missourí, se expandieron hacia el oeste, hasta la línea del océano Pacífico, con un ritmo acelerado, desconocido en la historia del mundo.

Como toda ocupación de territorio se traducía en su organización como estado, para incorporarse al organismo federal

de la nación, en cada una de estas creaciones chocaban las dos corrientes espirituales, los dos modos de encarar los problemas de la vida, que pugnaban por prevalecer en aquella maravillosa comunidad de hombres laboriosos. El espíritu de los estados del norte era libre e individualista; el del sur, estructurado sobre grandes propiedades trabajadas en base al régimen de la esclavitud, admitía una nobleza inteligente e instruída y una clasificación racial de la masa dividida jurídica y socialmente.

El conflicto estalló con motivo de la admisión de Texas, antigua provincia de la República de Méjico que, colonizada por norteamericanos provenientes de estados en que no existía la esclavitud, se declara independiente (1835) y se anexiona luego (1845) a los Estados Unidos. Bajo el dominio mejicano, Texas no había sido esclavócrata, pero al incorporarse a los Estados Unidos los gobiernos del sur exigieron y obtuvieron la implantación de este régimen. La elección de Lincoln (1860) a la Presidencia, representativo del espíritu del norte, decidió a los estados del sur a romper los vínculos de la unión; Carolina del Sur dictó una "ley de separación", y junto con los otros estados esclavócratas se eligió (en Albania) a Jefferson Davis Presidente de los "Estados Confederados" de América, dándose una constitución en que se mantenía la esclavitud de los negros.

Durante cuatro años una guerra llena de sacrificios, heroísmos y vicisitudes, puso en peligro la unidad de los Estados Unidos. Lincoln actuó con un patriotismo vidente pocas veces igualado, conservando en primer término la unidad del país y morigerando los excesos de los libres; cuando los del norte quisieron llegar a la emancipación rápida, Lincoln moderó los entusiasmos, los inclinó a una emancipación gradual mediante compensaciones, y recién en 1865 se propuso la reforma constitucional, aboliendo la esclavitud; cuando la guerra terminó la reforma no había sido aceptada todavía por todos los estados.

En plena guerra un ejército francés desembarcaba en México, pisoteaba su soberanía y descalificaba la doctrina de Monroe. Los confederados insinuaron a Lincoln suspender la lucha, haciendo frente común al invasor, pero el gran estadista rechazó las proposiciones sosteniendo que la supremacía de la Unión era una cuestión previa, que los norteamericanos sólo

podían intervenir en el caso mejicano como un solo pueblo, no como dos estados.

En abril de 1865 la rendición de los ejércitos confederados salva la unidad de los Estados Unidos y abre el período de la reconstrucción. El gran Presidente proclama la reconciliación como base inspiracional para reconstruir los gobiernos locales de los estados vencidos, pero no puede contemplar la consagración de su política. Días después (14 de abril), en un teatro de Washington, moría asesinado, pero la unión norteamericana quedaba establecida sobre el régimen de la libertad del hombre, que desde su autonomía de España habían consagrado las jóvenes repúblicas sudamericanas.

LA LUCHA INTERNACIONAL POR LOS MERCADOS MUNDIALES: UN NUEVO IMPERIALISMO: LOS ESTADOS UNIDOS. — Si sobre las expresiones políticas y sociales cuya síntesis vamos enunciando, consideramos el desarrollo creciente del maquinismo y el auge de la industria, que es un sello de nuestros tiempos (véase lección LXIII) es fácil advertir que todos estos aspectos del existir humano debían consultar la necesidad de que aquella actividad creadora de riquezas, de manufacturas de todo orden, encontrase mercados de consumo. La cuestión no es solamente producir, incorporar trabajo a la materia prima valorizándola; nadie gana con la acumulación de efectos manufacturados; es necesario enajenarlos, ponerlos en el comercio, para que esas compras del consumo vuelvan al país industrial el valor de la materia prima y el valor del trabajo incorporado. Jerarquizada la sociedad occidental sobre el desarrollo del maquinismo y de la industria, la conquista de los mercados mundiales de consumo, fué una condición esencial de la existencia, y para lograrlos, o para obtener en ellos una situación de privilegio o de ventaja, sobre actividades análogas, los estados lucharon en el mundo por todos los medios a mano.

Ante todo buscaron perfeccionar la técnica de la industria, en las máquinas productoras, en los procedimientos o métodos y en el factor hombre que elaboraba. Los hombres de ciencia se unieron a los hombres de los negocios y la industria, y allí donde esa colaboración fué más sincera (Alemania) los progresos fueron estupendos sobre todo en lo que tenía que ver con la química; a contar del 80 los alemanes se adelantaron a todos en prosperidad técnica e industrial. En la misma época

se inventó un nuevo aparato creador de fuerza, en que el vapor fué substituído por los gases que resultaban de la explosión de una mezcla inflamable. Los motores se hicieron livianos y más eficaces, y mientras aparece el automóvil en tierra se inventa la primera máquina voladora (1897) y puede años después (1909) usarse el aeroplano como locomoción humana.

Pero si la técnica en la producción y en el transporte se superaba cada día para llegar a la conquista de los mercados, las naciones a su vez echaron mano de los recursos que la política dentro de la sociedad internacional ponía a su alcance. Acuerdos, convenciones recíprocas, entendimientos económicos, tratados de comercio de todo género que usan fórmulas conocidas como la de la "nación más favorecida", etc., crean un período de lucha totalitaria, cuya expresión objetiva se advierte en las tarifas aduaneras y en las compensaciones de los valores del comercio.

Los estados de Europa no fueron los únicos en accionar este sentido de existencia universal. Apenas reparados los sacrificios de la guerra de secesión en los Estados Unidos, aquel gran país se hizo presente en el universo después de completar la colonización, de océano a océano, de su extenso territorio. Dueño de las más variadas producciones, con zonas agrícolas tropicales y grandes praderas, con minas de hierro y de carbón, con todos los productos primos minerales que exigía la nueva técnica; dueño también de grandes riquezas extraídas de sus zonas auríferas, que no podían en aquel medio enérgico acumularse estérilmente, y viviendo un horizonte de paz que apartaba las cuestiones premiosas de la defensa militar, los Estados Unidos crearon una notable industria desconocida hasta entonces por el volumen de su producción. Fué organizada sobre el principio de que no se producía la *unidad* sino la *serie;* de que el trabajo del obrero debía ser especializado, mecánico, y de que la industrialización debía encadenarse para utilizar o convertir en *valor* de comercio los menores residuos. La industria de Estados Unidos representó por eso economía y conveniencia para el consumidor, y sus manufacturas invadieron Asia especialmente a la China, en América a las repúblicas sobre las Antillas, en Africa a su costa atlántica, y se hicieron presente en los mercados europeos obligando a imitar sus métodos y el régimen de sus finanzas.

Sobre las nuevas bases la carrera de las naciones debió evolucionar; los trusts o el entendimiento de los capitales resultó el único resorte posible, y en esa forma, frente a la actividad libre del trabajo, aparecieron formas novedosas algunas de poder tan enorme que escapan al contralor de los resortes políticos. ¿Qué puede hacer un estado frente a los recursos casi ilimitados de un monopolio internacional?

Las cuestiones sociales, económicas y políticas aparecen desde entonces mezcladas, sin posibilidad de separación, con las cuestiones internacionales. Es una interdependencia tan compleja que las soluciones en cada caso no pueden lograrse sin apelar al espíritu común de asistencia y sacrificio que puede penetrar e inspirar al corazón humano.

LA CARRERA DE LOS ARMAMENTOS. — La lucha por los mercados mundiales y la indivisibilidad de los problemas económicos, sociales y políticos, influyó en la preparación militar de las naciones.

En la primera mitad del siglo XIX la conciencia pública advirtió que el principio de la soberanía nacional del pueblo no armonizaba con la existencia de un ejército profesional permanente. Nada es más propicio a un régimen de autocracia que la existencia de un instrumento de fuerza, y ninguno de estos instrumentos puede ser más eficaz que un ejército profesional y permanente. La aparente contradicción encontró su fórmula en el sabio mecanismo militar mediante el cual todos los ciudadanos son llamados a las filas por un término más o menos breve, para adiestrarse en el uso de las armas y aprender lo elemental de la técnica, procurándose que durante este aprendizaje sucesivo, congregado por clases o edades, conserve el estado un poder militar suficiente para hacer respetable su soberanía. El adiestramiento y los cuadros esquemáticos del mecanismo militar están a cargo de elementos especialmente educados al efecto, formados por oficiales, suboficiales y auxiliares, cuya renovación también calculada, evita la definición de elementos que pueden convertirse en "clase" y derivar en instrumentos de opresión.

Dentro de estos conceptos, el ejército está formado íntegramente por el pueblo, que durante la paz cambia transitoriamente de ocupación y de método de vida, se alista en las filas y se aleja

de sus hogares por algún tiempo, para volver tan pronto como haya aprendido los rudimentos del empleo de las armas y jurado la bandera.

La creación del ejército responde a la finalidad de robustecer la autoridad gubernativa del estado, asegurar el orden general, el bienestar colectivo, la integridad territorial y el honor nacional. Y las leyes al asignarles tan amplias como complejas funciones, de las que no puede apartarse sin incurrir en la más grave responsabilidad, se han conformado con hacer de su honor la garantía de su justo desempeño y de su patriotismo, la más valiosa prenda de lealtad.

En la guerra, entendiéndose por esto la lucha armada entre diferentes estados, la masa ciudadana acude a formar el baluarte inconmovible de la seguridad nacional; de ella puede o no el soldado volver al seno de la familia; en el primer caso es un héroe, en el segundo, si muere, es un mártir; en ambos casos ha contribuído a cimentar la gloria de la patria y es un hijo predilecto de la misma.

Pero las luchas que puedan producirse entre las mismas fuerzas de una nación, o de éstas contra sus propios conciudadanos, lo que sería la guerra civil o anarquía, sólo odios, calamidades y desprestigios pueden engendrar, y por más actos de valor que se realicen, el soldado, vencido o vencedor, no podrá ostentar ningún galardón, ni celebrar recordación alguna que no señalen sino luctuosos y deplorables hechos fratricidas.

Por eso el ejército, en su función interna, no puede ser sino un instrumento de paz, empleado en el orden legal, para asegurar el cumplimiento de las leyes.

En el ejército los técnicos desempeñan, con relación a sus actividades, la misma función que en la sociedad los hombres de ciencia, los organizadores de grandes empresas, los artistas, los maestros. Entre sus deberes están el del estudio, la práctica de costumbres austeras y abnegadas, y, sobre todo, el de ser modelos de disciplina en su profesión y de obediencia a las leyes, en sus relaciones con la república.

La guerra ha dejado de ser el duelo en que el valor, el coraje y el denuedo personales se disputaban el triunfo de sus motivos de lucha. Hoy en lo más insignificante, hasta la obtención de la victoria, intervienen una serie de problemas cuya resolución necesita el concurso de la ciencia y del patriotismo, factor moral

sin el cual no es posible la gloria, ya que esta es honor, majestad, esplendor, magnificencia.

Con esto establecemos que el ejército no tiene función política alguna dentro del estado moderno, cuyo gobierno está asegurado por la armonía de los poderes establecidos por la constitución, a base, naturalmente, del profundo respeto mutuo a sus autonomías, y del más celoso cumplimiento de sus deberes para el desenvolvimiento de sus respectivas funciones.

Pero las características a que venimos aludiendo de la segunda mitad del siglo XIX obligaron a los estados a desarrollar desproporcionadamente sus elementos de guerra. Junto a la acumulación de material en sus parques y arsenales, se vieron obligados al aumento del ejército, logrado por el enganche de elementos voluntarios, por la prolongación de los períodos de conscripción. Este régimen especial en que el ejército y los medios de defensa exceden al de las necesidades comunes, o sea la proporcionalidad que debe existir entre los órganos de una sociedad, se denomina "de paz armada", y constituye un serio peligro para la vida de las naciones.

La paz armada es casi siempre la antesala de la guerra pero es también algo más: es un régimen de vida social en que el organismo se agota en sus energías por los enormes gastos a que obliga, y por la paralización sucesiva de las fuerzas productoras congregadas en forma de soldados bajo bandera, o de fábricas y talleres desviados de su actividad común por su utilización en las industrias de guerra. Por eso la paz armada es el más angustioso de los fantasmas. La guerra mundial de 1914 nació de la paz armada; fué una carrera de armamentos y de ejércitos, en que los estados buscan superarse, acumulando material y duplicando y triplicando el período de la conscripción: la guerra fué la esclusa que arrastró *las aguas de la represa, y su consecuencia la pobreza del universo.* América vió también regímenes de paz armada; nosotros fuimos actores con respecto a Chile, mientras mantuvimos sin finiquitar el problema de límites; también, en cuanto al Brasil, la carrera de armamentos pudo en cierta época llevarnos al sacrificio. Pero el patriotismo de los gobernantes y la serenidad de los pueblos dió fin a ese período, hoy alejado por siempre mediante las fórmulas pacifistas que enorgullecen a los hombres de nuestro continente.

La guerra de 1914. — Europa desde el punto de vista político era un semillero de pleitos cuyos antecedentes llegaban a los Congresos de Viena (1815) y Berlín (1878). Pueblos de razas, idiomas e ideologías diferentes habían sido agrupados o estaban divididos en soberanías a veces opuestas; Polonia repartida, provincias italianas en poder de Austria, la cuestión de Alsacia y Lorena, los errores en la estructuración política del grupo balkánico, etc., constituían de por sí problemas gravísimos que más de una vez pudieron destruir la paz del continente.

La indivisibilidad de las cuestiones económicas de las políticas y la carrera de los armamentos encendieron la guerra en que fueron partes iniciales Alemania y Austria, contra Bélgica, Francia, Rusia e Inglaterra. Los ejércitos de la primera abrieron su marcha sobre París por el territorio de Bélgica, e inmediatamente entraron en la contienda Inglaterra y Japón, su aliado. Turquía se declaró por los Imperios centrales; Italia hizo la guerra a Austria (1915), Bulgaria se unió a Alemania (1915) - Rumania (1916), Estados Unidos y China (1917) se declararon por Francia, y el conflicto tomó tal proporción que en todas las regiones del universo los hombres de las naciones en lucha realizaron sus combates.

Los progresos de la técnica habían transformado la naturaleza de la guerra. La física había dado al hombre poderes sobre el acero, la distancia, el mar y el aire, cuya posibilidad objetiva recién se tuvo entonces, y la guerra se convirtió en un fuego aniquilador que causó a vencidos y vencedores un daño desproporcionado con el fruto imaginable de la victoria.

Naturalmente no es posible aludir a la crónica de esta guerra. Las dos grandes embestidas, de Alemania hacia París, y de Rusia hacia Berlín, fueron paralizadas con pérdidas recíprocas fantásticas. En los ejércitos habían millones de hombres y a retaguardia millones y millones concretados a alimentarlos y proveerlos de material bélico. Todos los varones no bastaron; las mujeres reemplazaron a los hombres en las industrias, y tal fué la renovación de profesiones que durante la guerra más de la mitad de la población europea cambió de ocupación. Fué un trasplante social revolucionador que fué a sumarse a los resultados de la educación y del trabajo científico deformados de sus fines normales, orientados hacia la guerra. Inventos in-

geniosos y terribles en los cañones y los explosivos, en las bombas de gases venenosos y asfixiantes, en los tanques, en los zepelines y los aeroplanos, llevaron las hostilidades a retaguardia de las líneas terrestres de defensa. Ciudades lejanas sufrieron ataques reiterados y el efecto de todo atentó a la salud de los viejos y de los niños. Cuando se hizo la paz, la peste que siempre sigue a las grandes masacres de la historia, apareció en la forma de un ataque de *influenza* que concluyó con millones de hombres, y el *hambre* obligó al racionamiento de la población y trajo la debilidad fisiológica y permanente de los niños.

Las Conferencias de Versalles crearon la fórmula de paz en su sentido político y económico, que fué impuesta al grupo vencido sin consideración alguna de protestas. Nació también, con sentido leal y sincero, una Liga de Naciones como tribunal de paz universal, pero una y otra solución no lograron el éxito que todos anhelaban. Los gobiernos introdujaron en sus cláusulas preceptos construídos sobre bases perecederas (como son los del poder y del triunfo), olvidando que los grandes problemas dependen de una fuerza real que actúa independiente del hombre, en el sentido de la unidad y la armonía del mundo. El idealismo americano que llevaba Wilson, el gran Presidente de los Estados Unidos, fué torturado por el materialismo del pensamiento y la cultura de Europa, y las fórmulas logradas e impuestas en Versalles no motivaron otra cosa que lo que llamaríamos con justicia la época de las *conferencias*. Desde entonces (1918) las cuestiones importantes se llevan al seno de estas asambleas, donde los estados accionan en la medida de sus intereses y afinidades, olvidando que las ideas de orden moral y político actuales deben renovarse en base a una concepción operante del origen y destino común del género humano.

LECCION LXVIII

CORRESPONDENCIAS, AFINIDADES Y OPOSICIONES CULTURALES DE ESTE PERIODO

PANORAMA Y SENTIDO GENÉRICO DE LAS CORRESPONDENCIAS, AFINIDADES Y OPOSICIONES CULTURALES DESARROLLADAS PARALELAMENTE A ESTOS PROCESOS SOCIALES, POLÍTICOS Y ECONÓMICOS. — Sobre los hechos del período histórico comprendido entre la caída de Napoleón III y la guerra mundial de 1914, y que ven-

drían a ser como el fondo del drama universal, es fácil captar los enlaces culturales que traducen sus correspondencias, afinidades y oposiciones, probándonos una vez más el paralelismo entre la materialidad de la civilización y sus recursos técnicos, y el sentido espiritual que el hombre imprime a su existencia.

Vamos a exponer estas correspondencias culturales con respecto a las principales naciones de Occidente, refiriéndolas después a las características de sus "formas" sociales destacando los principios de causalidad que las explican.

EN FRANCIA: EN LA LITERATURA; BAUDELAIRE, FRANCE; (LA VIDA CONTEMPORÁNEA); ROMAIN ROLLAND (JUAN CRISTÓBAL), PROUST Y GIDE; MENCIÓN DE SUS PUNTOS DE VISTA ÉTICOS Y SOCIALES, Y RELACIÓN DE SU ARTE CON SU ÉPOCA. — Francia siguió siendo la nación en que más típicamente encontramos documentada la cultura de Occidente.

La estética tiene por objeto el análisis racional de la belleza y de la emoción particular que esa Belleza despierta en nosotros.

Lo Bello interesa a nuestra sensibilidad, como el Bien a nuestro sentido moral y lo Verdadero a nuestra razón. Los juicios de lo Bello, el Bien y lo Verdadero tienen de común cierto carácter de generalidad que encierra la razón de por qué su debate y su concepto los convierten en expresiones de la cultura.

La principal de las cuestiones que se debaten en la estética es aquella que se pregunta en qué consiste lo bello. Hume estimaba que la belleza no existe en las cosas sino en el espíritu de quien las contempla, y Kant, y cien más han expresado la misma opinión. Es posible que esto sea exacto porque lo bello cambia con el tiempo y las generaciones. De allí que la literatura, que es una de las disciplinas que buscan crear belleza, sea uno de los documentos mejores de la cultura.

La Revolución Francesa que había llamado a los hombres al análisis de los problemas de la vida tal como se presentaban, fijó en los espíritus un nuevo concepto de lo Bello; este escapó a lo objetivo para buscarse en lo subjetivo, produciendo el movimiento que llena la primera parte del siglo XIX denominado romanticismo, del que ya nos ocupamos.

La exaltación romática convenció al hombre de que su definición de lo *Bello* apartaba o separaba los problemas de la vida de los del espíritu; y frente a la literatura de Lamartine, de

Víctor Hugo y del Duque de Rivas, comenzó otra que llamó al hombre a lo verdadero. Se dió a esta expresión nueva de lo *Bello* el nombre de *Realismo*, y cuando ella creyó encontrar su medida en las leyes de la naturaleza y la exaltó sobre todos los motivos, la literatura subordinó la inspiración a las exigencias de la vida cayendo en el *naturalismo*.

Inevitablemente el concepto de lo bello debió reaccionar contra este pesado materialismo, que está en su apogeo en 1885. Esa reacción denominada *simbolismo*, buscó lo *Bello* en la representación espiritual, y como las anteriores expresiones de la belleza, llevó el nuevo concepto a realizaciones máximas. La escuela parnasiana, por ejemplo, tradujo una impasibilidad casi marmórea, se mostró demasiado colorista y objetiva, y aun cuando reconociendo la superioridad del romanticismo de Víctor Hugo, se apoyó en el neo clasicismo de Chenier para volver a una concepción racionalista e impersonal del arte literario, evocando con Lisle, que fué su jefe, las civilizaciones milenarias en sus poemas antiguos. El simbolismo se presentó libre de preocupaciones históricas buscando solamente lo subjetivo. A la poesía escultural sucedió la musical, y sus resultados llevaron a su vez demasiado lejos, en una serie de concepciones que dieron origen a las llamadas "Capillas" (impresionismo, cubismo, etc.). La reacción la encarnó Jean Moreas fundando el romanismo, algo como el restablecimiento del orden, la claridad, la proporción y la armonía.

Esta síntesis es necesaria para situar a los representativos de la literatura francesa de este período, a que alude el programa, cada uno de ellos expresión destacada de estas posiciones del espíritu.

Baudelaire, (1821-1867) fué el celebrado autor de las *Flores del Mal*, tan combatida por su carácter artificioso y poco recomendable por su moralidad, y el traductor de las *Historias extraordinarias* de Poe, como Emilio Zola es el representativo típico del *realismo* estético con sus obras *Roma*, *Lourdes*, *París*, *Trabajo*, *Fecundidad*, etc.

Hacia 1889 se realizó en el "Campo de Marte", en París, la Exposición Universal. Entre las fantásticas construcciones de la tercera república, sensual y pagana, se celebraba la grandeza de la civilización ante el asombro del mundo. La nueva generación cansada del naturalismo y del frío parnasianismo

buscó en Baudelaire un nuevo estremecimiento, en Poe lo extraño, en Wagner el simbolismo, en los rusos la religiosidad evangélica, y Verlaine, el músico de la poesía, y Mallarmé, perseguido por su lirismo integral, consiguen romper la vieja sintaxis y se baten por una retórica entelarañada, mientras Darío es el portavoz de la nueva generación.

Nuevas ideas estéticas se filtran en literatura; en 1909 Marinetti da el manifiesto básico del futurismo que hasta apenas se sabe en que consiste, y cuáles son sus fines, y dentro de esta denominación generalizada se sitúan grupos diversos, como el cubismo, expresionismo, sintetismo, dadaísmos, ultraísmo, etc., reivindicando la bandera de la estética futura.

Vamos a atenernos a los más representativos.

France (1844) es uno de los escritores más celebrados del período, autor de novelas, obras de teatro, cuentos inimitables por la belleza de la forma y la intensión del asunto, y de estudios críticos divulgados desde "Le Temps". Toda esta labor forma el patrimonio que la humanidad le adeuda y que le dieron acceso a la Academia Francesa (1896). Después de ser considerado como un amable escéptico tomó partido en favor del socialismo.

Entre sus estudios literarios podemos destacar aquél sobre la vida y obra de *Lucile de Chateaubriand*, entre sus poesías a los *Poemas Dorados*, y entre las novelas a *Yocasta*. Su *Vida Contemporánea* es como una síntesis de su pensamiento y la que le creó una influencia extraordinaria. Seductor como estilista, sutil y contagioso en su ironía, ameno en la elucidación de las cuestiones graves que apenas roza, enseñó a toda una generación universitaria a translucir en los labios su misma sonrisa de burla discreta por todo, burla infiltrada para responder siempre amablemente... Con frecuencia se deja suponer, mediante el gesto escéptico y displicente, todo un fondo de rica sabiduría... Además tiene France, en su favor, una condición admirable: nos exime de profundizar la vida y atrae a la juventud, como Voltaire a la de su época.

Su magnífico estetismo se troca en el eco apagado de una campana en los valles. El *gran pueblo pingüino* sintetiza una civilización en derrota: ni tradiciones, ni arte, ni cultura intelectual. La moralidad no merece diferencias con lo inmoral. En los valores históricos sólo hay falsedad, en el arranque gene-

roso de los pueblos una locura de muerte, en la ciencia el pirronismo, en la religión el daño, la maldad y el crimen. Para el los senderos de perfección son de gente mediocre, y el de Citerea es preferible al de Palestina. El encanto está en el jardín de Epicuro; lo demás es ilusorio; es preciso, dice, despreciar a los hombres con ternura...

Como oposición a este escepticismo disolvente Romain Rolland (1868) es el dogma de la esperanza y del porvenir. Crítico en cuestiones de arte, cultor de la historia de la música, esparció una brillante producción en las revistas especializadas, ideario que concreta con su Juan Cristóbal.

Sostiene el error de las tentativas que buscan orientar a la humanidad hacia el viejo cristianismo. "Comprendo, dice, demasiado bien que ciertas almas generosas decepcionadas por las tristezas de la vida, por sus fealdades, sientan la ardiente necesidad de refugiarse destrozadas a los pies del Crucifijo. Mas ellas no tienen el derecho de ofrecer esa derrota, por noble que sea, como objetivo a las esperanzas y a los ardientes esfuerzos de la juventud del mundo y de los pueblos, esos eternos niños..."

"En cuanto a mí, la vida me ha colmado de dolor y de ultrajes, estoy enteramente cubierto de heridas; he sido vencido diez veces. Pero aún suponiendo cayese, ensangrentado, nunca diría a los demás: — Deteneos! Diría a los jóvenes, hombres y mujeres, a los pueblos, a todos los seres que amo: Marchad! — Avanzad siempre! — Pasad sobre mi cuerpo! — Mirad hacia adelante! — Delante de vosotros está la luz! — No hay que quitar jamás al hombre la esperanza en el mañana, ni impedirle el fecundo esfuerzo por convertirla en realidad. Y no es en el momento que por doquiera en el mundo brilla el espíritu humano como un astro rutilante, que hay que apartar de su intrépida trayectoria a las miradas jóvenes, induciéndoles a volverse hacia la pura y pálida estrella de Betheleem. Lo pasado tuvo su belleza, pero lo porvenir está pletórico de esplendor y de infinitas fuerzas. Nuestro Dios es lo porvenir".

El proceso de humanización del arte se tradujo en una carrera que llevaba a la introspección del yo, buscándose crear una nueva vida sin base de realidad, desconectadas del cotidiano discurrir; una vida *fabricada* en imágenes, como homenaje a la libertad lograda por la rotura de relaciones con el clasicis-

mo. Proust, Kaiser, etc., nos descubrieron estratos desconocidos de nuestra propia intimidad espiritual, como si la vida se evadiera de sí misma y se extasiara contemplándose en una temperatura de arte.

Marcel Proust (1871 - 1922) tiene en la literatura universal el significado de una epopeya psicológica. Su primer libro, *Los Placeres y los días*, fueron seguidos de períodos de silencio, hasta que en sus últimos años la producción fué intensa. Su poder de observación era maravilloso; con sus facultades desplegadas, con su atención vibrante, se acerca a los seres y a las cosas, en "minutos profundos" que le ponen en comunicación con los arcanos. Su análisis es luz que penetra en las almas, desocia sus componentes morales, exhibe su estructura íntima, sus mecanismos siniestros, su imaginación original. Con mirada impávida ve prefigurarse sobre un instinto toda una depravación, sobre un deseo la desviación fatal, sobre una falta ética los eclipses de la conducta. Por eso la obra de Proust tiene un encanto sombrío, una vitalidad morbosa. Es un novelista que no tiene ascendencia en el mundo de las letras; nadie como él ha escrito sobre las pasiones y las tinieblas del instinto, ni desgarrado el sentimiento para poner en libertad al impudor natural. Concibió al hombre como un producto exclusivo del sentimiento, y desveló lo subconsciente que es la tierra firme del espíritu.

Andrés Gide es otro de los grandes escritores de la Francia del siglo XX y temperamento del más anárquico individualismo. Toda su obra se orienta hacia la exploración profunda y metódica de su yo, y a la justificación de los impulsos obscuros, mórbidos, de la conciencia y la subconciencia. Esa tendencia a dar validez universal a lo inconfesable define el sentido disolvente y antisocial de su literatura, en la que únicamente resplandece un principio de orden en el culto por la belleza expresiva.

Su última producción se ha inspirado en la ideología comunista, contra la cual el hombre sin principios carece de defensas intelectuales. Pero esta evolución del gran pensador puede ser explicada; en realidad el comunismo no significa para el artista una actitud revolucionaria en el orden de la inteligencia; es el punto extremo, la expresión completa, del materialismo, la concepción burguesa del siglo. La pérdida de la fe en los valores espirituales lleva a los escépticos a no admitir la posibilidad

de una restauración por el espíritu, y los inclina a precipitar la decisión en el sentido de un materialismo absoluto, que parece satisfacer ciertos sentimientos de justicia. A pesar de esta ideología Gide fustiga la Rusia comunista, revelándola en toda su miseria moral y material, y sostiene el error de pretender un cambio profundo de la naturaleza humana con la sola modificación de las circunstancias sociales que rodean al individuo: advirtiendo que en la vida del hombre no existe nada mecánico, indica como previa la *reforma individual interior*.

EN LAS CIENCIAS: CLAUDE BERNARD Y PASTEUR. — La misma preeminencia que el pensamiento francés logra en la literatura, la obtiene en el campo de la ciencia, especialmente en el grupo de aquéllas que contemplan al hombre como ser biológico y consultan la protección de su organismo. Las conquistas que se logran ya no son nacionales; circulan por el mundo con una fuerza desconocida de renovación, y llevan a la humanidad al conocimiento de enemigos pequeñísimos cuyo poder destructor sufría, y a los cuales, por medios artificiales ingeniosos, convierte, con sueros y vacunas, en aliados eficaces. Claude Bernard (1813 - 1878) debuta en la ciencia con un trabajo sobre el jugo gástrico que lo coloca entre los primeros fisiólogos de Europa. Su obra científica abarca todo el campo de la fisiología y se señala por descubrimientos importantes en sus diversas ramas, mereciendo citarse sus investigaciones sobre la función glicogénica del hígado y los nervios vasomotores.

El método experimental debe mucho a Bernard, quien introdujo las ciencias biológicas en la medicina. Sentó el principio de que cada fenómeno está determinado por condiciones materiales definidas, y que la reproducción exacta (de las condiciones) haría que el fenómeno se reiterase. Fijó además el papel de la hipótesis en las ciencias biológicas, reduciéndola a su valor justo, y su afirmación de que la vida no se sostiene más que por el encadenamiento de los fenómenos funcionales o de destrucción y los fenómenos gástricos o de síntesis orgánicas, constituye hoy el axioma de la fisiología general.

Pasteur (1822), descubridor del agente patógeno de la rabia, propuso la vacuna o mejor la inyección del virus rábico atenuado, y recibió la admiración de todos los sabios de su tiempo. Para ejecutar sus teorías, organizóse un instituto de carácter internacional, al que se volcaron enfermos de todo el

mundo. Sus palabras, contestando un homenaje grandioso, dicen de su pensamiento inspiracional: "Creo en la ciencia y en la paz; creo que ambas triunfarán de la ignorancia y de la guerra; creo, por lo tanto, que el porvenir es de los bienhechores de la humanidad".

EN EL ENSAYO HISTÓRICO-FILOSÓFICO: TAINE Y RENÁN. — Como expresión de los estudios histórico-filosóficos, Taine y Renán llenan la escena, y aun cuando es común apreciarlos como representantes de la escuela positivista, puede decirse que sólo sufrieron su influencia sin adherir íntegralmente a sus postulados.

Hipólito Taine (1828-1893), autor de *Los Filósofos Franceses en el siglo XIX* y de *La Inteligencia*, profesa la doctrina que hacía depender los sentimientos de la organización y del sistema nervioso, y con el objeto de fundar su sistema sobre bases más sólidas siguió estudios de medicina.

Rechazando los principios del espiritualismo francés, sostiene que no existe substancia; que todo es un sistema de hechos y de leyes, de acontecimientos y sus relaciones. Admite el axioma de causalidad, pero en el sentido de que la causa de un hecho no es nunca otra cosa que un hecho más simple, no una abstracción. El mundo es una escala de formas, como una serie de estados que tienen en sí mismos la razón de su sucesión, componiendo un todo que se basta por sí y se asemeja por su armonía a un Dios omnipotente e inmortal.

Sostiene la teoría de la *facultad señora*, don de la raza que explica a los individuos y a los pueblos, y de la que resulta que los acontecimientos particulares, históricos y literarios resultan del concurso de la raza, del medio y del momento. Con estos tres factores la historia no es más que un problema de mecánica psicológica.

Para Taine la facultad por excelencia del alma es la abstracción, fuente del lenguaje, de la interpretación de la naturaleza, de las religiones, de la filosofía y única distinción que separa al hombre de los animales. Al permitir el paso de los hechos a las leyes, su teoría de la abstracción facilitó el acuerdo entre la filosofía inglesa, que no veía más que conglomerados de hechos, y la filosofía alemana que sólo admitía sistemas de leyes.

En moral Taine profesa un determinismo universal en

base a que cada sociedad tiene sus condiciones vitales peculiares.

Ernesto Renán, filósofo e historiador (1823-1892), se dedicó inicialmente a los estudios filológicos, dando su historia comparada de las lenguas semíticas. Sus escritos notables por la belleza y el encanto del estilo le valieron una enorme notoriedad en el mundo de las letras. Si sus conclusiones filosóficas pueden debatirse, si la profundidad de sus estudios filológicos admiten discusión, nadie negó a su estilo una rara y amable elegancia. Era libre pensador; negaba la divinidad de Jesús; trataba los más altos problemas de la historia religiosa desde el punto de vista de las ciencias. Su famosa *Vida de Jesús* halló gran eco entre sus contemporáneos y en los centros científicos; fué una de las obras humanas que logró mayor número de estudios de contradicción. Sin embargo Renán continuó la publicación de su *Historia de los Orígenes del Cristianismo* de la que forman parte Los Apóstoles, San Pablo y El Anticristo. En doctrina política fué monárquico y partidario del régimen parlamentario y clases directoras. Ejerció una verdadera reyecía espiritual; sus estudios del cristianismo y sus ataques a su concepción ortodoxa, no lo llevaron a negar todo lo que ésta religión dió de vida espiritual al mundo, en forma tal que uno de los escritores religiosos (el Padre Jacinto, de los Carmelitas descalzos), decía: "Ha creído Vd. ser un historiador escéptico de la Iglesia, y ha llegado a ser, a pesar suyo, un apologista de ella". El ilustre Barrés (1923) desde la Sorbona, agregaba al juzgar de su influencia: "Renán nos hacía admirar el catolicismo, nos hacía volver a encontrar el pensamiento religioso". La explicación de este aparente contraste podría encontrarse en las propias palabras de Renán, cuando juzgando el problema religioso decía: "Ha llegado el momento en que el cristianismo debe dejar de ser un dogma para pasar a ser una poética (como el paganismo en su ocaso). Nuestra mitología es el cristianismo. La religión no es lo verdadero; es el instrumento de la vida ideal de la humanidad".

EN LA FILOSOFÍA: BERGSON Y MEYERSON. — La especulación filosófica tiene asimismo dos representantes característicos, el uno desde un punto general y metafísico, Bergson, el otro desde lo que podríamos llamar filosofía de las ciencias.

Enrique Bergson (1859) esboza su pensamiento en *Datos*

inmediatos de la conciencia y en *Materia y Memoria*, y lo revela en *La Evolución Creadora* (1907), obra capital en la historia de la filosofía. Construye su sistema sobre el principio de que la vida del espíritu no puede ser un efecto de la vida del cuerpo, sino que todo sucede *como si el cuerpo* fuera utilizado por el espíritu. No encuentra razón para suponer que el cuerpo y el espíritu estén indisolublemente ligados, y que por tanto la supervivencia del espíritu desligado del cuerpo es una hipótesis de verificación imposible pero no absurda. Admite que en el universo exista un mecanismo, pero que también existe otra cosa, o sea un principio de actividad flúida y continua, que está en la parte viva de ese mecanismo y que nuestra inteligencia es incapaz de captar. Toda teoría mecanista (incluso las de Darwin y Spencer) cierra los ojos al *devenir* que constituye la vida, en que todo es emergencia y creación. La de Bergson no; el universo exterior que conocemos imperfectamente por medio de nuestros sentidos, lo que constituye la materia de la ciencia, ofrece como característica un régimen de orden y regularidad; cuando no encontramos orden *sabemos* que nuestras observaciones no son completas, generalmente porque no disponemos de los instrumentos de observación y medición precisos, y naturalmente nos esmeramos en encontrar las causas de esas irregularidades. La representación de ese *universo* la encuentra Bergson en nuestro mundo interior, que nosotros conocemos directamente, sin necesidad de los sentidos, con sólo replegarnos en nosotros mismos, y en el cual advertimos una actividad intensa, irregular y desordenada, *una creación continua*, que dura o vive sin medida de tiempo. Esta distinción entre el tiempo, de fluir uniforme (que el hombre refiere a la hora, al sol) y la *duración* variable sin medida, del existir, es uno de los pilares de este sistema filosófico.

Mientras en un mecanismo (una máquina de ferrocarril) los efectos son *previsibles*, como en los fenómenos químicos, en el *mundo viviente* la previsión no es exacta; no existen sino probabilidades, o en otras palabras existe libertad de elección, notoriamente primaria en los organismos inferiores, pero que en el hombre es ilimitada porque su opción es amplia.

El principio de todo es un *impulso vital* que engendra la materia (punto no claro en el pensamiento de Bergson), y en armonía con ella nace la inteligencia, o sea la conciencia que se

esfuerza por espiritualizar la materia. Es algo diferente al instinto, aun cuando como la inteligencia, nacen de la conciencia creadora que intenta vivificar la materia. Pero mientras el instinto es seguro, porque usa directamente la materia, la inteligencia transforma a esta última en su instrumento. El resto del instinto en el hombre, no convertido en inteligencia, es la intuición y la simpatía, a la que Bergson reconoce algún valor, y a la que atribuye la revelación de algunas verdades.

El *instinto vital* es un perenne fluir, una evolución incesantemente creadora, cuyo fin escapa al hombre. Esto atribuye al pensamiento de Bergson un cierto pesimismo, que es axacto en lo que atañe a la posibilidad de que la inteligencia abarque la universalidad de las cosas y las reduzca a la unidad, pero no en lo que concierne a la eficacia de la intuición, del instinto, de lo que nos permite lanzar una ojeada sobre la realidad del existir.

Emilio Meyerson (1859), cultor de la filosofía de las ciencias, sostiene que la inteligencia humana cuando quiere explicar la realidad, hacerla racional y totalmente inteligible, es impulsada siempre por ideas preconcebidas, lo cual no implica el hecho de que tales ideas hayan de ser falsas por la ausencia de una base experimental. Tal el pensamiento que demostró con la historia misma de la ciencia este ilustre químico y filósofo.

Sostiene Meyerson que actuamos en lo científico bajo la influencia de dos ideas principales; la *de legalidad*, según la cual la naturaleza está sujeta a leyes, y la de *causalidad científica* que podría definirse diciendo *que lo consiguiente no es sino lo antecedente más o menos modificado*, o en otras palabras, no es sino el principio de identidad aplicado a la existencia de los objetos en el tiempo.

El desarrollo de estas dos ideas han llevado a los hombres a considerar al mundo como un inmenso mecanismo, que permanece idéntico a pesar de sus apariencias de cambio. Pero si la apariencia cambia, ¿cuál es el *substracto* que constituye su identidad?

Los átomos, decimos; la fuerza, la energía, expresan otros. Estas respuestas no resultan de la experiencia, sino que la dirigen; dan pie a una *ciencia real* que jamás coincide con la *legal;* deja un residuo que a nadie sorprende. Esto lleva a Meyerson

a sostener que la naturaleza no es por entero racional, y que es así porque tiene una existencia propia. La realidad desborda un tanto de la identidad; si así no fuese, agrega, nada existiría, lo mismo que un vidrio absolutamente transparente ya no sería vidrio. Tal conclusión no impide que el filósofo insista en que la ciencia debe seguir buscando una explicación completa, una racionalización total de las cosas.

LECCION LXIX

EN RUSIA; TURGUENIEV, DOSTOIEVSKI Y TOLSTOI. — En Rusia los siervos fueron liberados (1861) por el Zar Alejandro II. En la curva de la evolución político-social, esta fecha señala un punto de referencia y sirve para establecer que los grandes escritores rusos que ilustraron el siglo XIX, que es el de oro de aquella literatura nacional, debutaron bajo el régimen de la servidumbre, cuando ella era un problema de conciencia para los rusos cultos.

Advinieron, entonces, bajo un régimen de despotismo (caracterizado en la lección LXVII) cuyo sello fué la censura para toda manifestación del espíritu. Por eso, de todos los medios que existe para expresar opiniones: la enseñanza universitaria, la tribuna política u oratoria, los diarios y el periodismo, únicamente quedaba a los pensadores rusos la literatura. Pero la censura, armada de un temible lápiz rojo, vigilaba como un carcelero y los medios de represión llegaron hasta el destierro y la ruina de los editores.

Entonces los pensadores no intentaron exponer teorías, defender principios liberales, o escribir obras didácticas en el sentido de la educación social. Se orientaron en el sentido de pintar la vida tal cual era sin ninguna tendencia doctrinaria. El éxito resultó fabuloso. Lo comprueban las obras de Pushkin, Cogol, Turgueniev, Dostoievski y León Tolstoi, sin hablar de otros representantes menores. La literatura rusa tomó aspectos tan particulares que, conforme a la expresión acertada de un crítico íbero-americano, en ella "no hay literatura", precisamente en lo que reside su fuerza principal.

Turgueniev (1818-1883) significa uno de sus altos valores e implica una tendencia europeizante u occidental. Se inició publicando en revistas una serie de cuentos que luego los

edita bajo el título genérico de "Relatos de un cazador". La censura, tomando el título a la letra, les deja pasar con tanta más facilidad cuanto que ellos habían sido ya publicados. Pero los relatos, inofensivos aisladamente, pintan en su conjunto de modo tan completo el ambiente, el modo de ser de los siervos y de sus dueños, así como el grado de desarrollo espiritual de las dos clases en que se dividía el pueblo ruso, que aquella llaga de la vida rusa se descubre en toda su triste realidad y, del contraste, el campesino siervo resulta muy superior a su dueño...

El libro hace ruido. El gobierno destituye al censor; busca un pretexto para castigar al autor, sospechoso por su larga permanencia en el extranjero, y lo encuentra en la carta motivada por la muerte del literato Gogot que la censura petersburguesa no había dejado aparecer en la prensa de la capital. Desde el extranjero, Turgueniev toma su puesto en las primeras filas de los escritores rusos (1856 y 1862). La serie comienza en "Rudin", "Fausto" y "Nido de Hidalgos", saludado como su obra más perfecta por la claridad y la viveza en la descripción de los personajes, lo denso de su contenido, el brillo y el tinte poético de los episodios. En particular, la heroína de la novela, Lisa, por su belleza espiritual y la elevación de su alma, no tiene rivales en la literatura rusa. A pesar de que representa una tendencia occidental, Turgueniev ocupa uno de los primeros puestos entre los grandes escritores rusos. Sus "relatos de un Cazador" por sí solos le aseguran el eterno reconocimiento del pueblo ruso, por haber sido el portavoz de su conciencia en un momento crítico de la historia.

Su connacional Dostoievski, uno de los representativos más curiosos del pensamiento contemporáneo, es el cultor de lo anormal. Los desdoblamientos de la personalidad tienen grados: el alcohólico ve el mundo de una manera distinta que en el estado normal; al febricitante le pasa lo mismo. La edad hace cambiar el estado de conciencia. Entre los escritores, algunos no pueden dominar sus impulsos semiconscientes; otros son casi conscientes del todo. Así por ejemplo, al latino Horacio se lo puede considerar como el tipo del escritor consciente, manipulador y depurador de bellos lugares comunes; en cambio Eurípides, Shakespeare, modernamente Dostoievski, son hombres en los cuales la vida inconsciente se refleja con gran energía. "Las Bacantes", de Eurípides, por ejemplo, es una tragedia en la

cual el autor parece perder la razón al mismo tiempo y al compás de sus héroes.

El carácter de independencia que Dostoievski imprime a sus personajes es muy significativo, revelando un carácter y motivos de obrar que parecen independientes de las intenciones del autor. Tal condición les da un valor de psicólogo extraordinario.

Ejemplos de doble personalidad se han descripto reiteradamente en la literatura y en la vida. Entre los primeros y de los más clásicos está "El doble Caso del Dr. Jekyll", de Stevenson. En los libros de psicología patológica hay varios explicados según las teorías que le fueron contemporáneas, pero implicaron casos rarísimos que interesaban más a los psicólogos profesionales a quienes servían para sus doctrinas.

En Dostoievski no es necesario buscarlos, irlos contando, porque todos ellos tienen el mismo carácter de duplicidad. De Raskolnikof, el héroe de "Crimen y Castigo", dirá el lector que tiene dos caracteres opuestos que se manifiestan alternativamente, y afirmará que a ratos detesta a Sonia, que es la mujer que le salva. Pero en un sentido clásico no se puede decir que estos tipos sean caracteres. "Un carácter, dice Stuart Mill, es una voluntad completamente moldeada. Donde no hay voluntad no hay carácter". Esto no basta para que los tipos de Dostoievski tengan vida y una vida enorme. Sus protagonistas no tienen orgullo, no son celosos, ni sienten espíritu de venganza. Son cristianos fervientes. En esto resultan el polo opuesto del hombre latino, en el cual el orgullo, la presunción y la venganza toman en ocasiones caracteres violentos.

Para Dostoievski el orgullo es el mayor pecado; todo puede perdonarse menos el orgullo. Las mujeres del novelista son angelicales, buenas, amables, pero caprichosas y fantásticas. Muchas veces no saben a quién quieren, de quién están enamoradas. Así pasa con las protagonistas de "Los Hermanos Karamazof" y de "El Idiota".

¿Hay en la obra de Dostoievsky un pensamiento secreto? El escritor ruso Merejkovski ha intentado dar una explicación simbólica y racional a las ideas y a las fantasías monstruosas de los personajes de Dostoievski. Quiere pensar, por ejemplo, que las grandes arañas, los escorpiones, las serpientes o los perros amenazadores que ven en sus delirios los tipos del nove-

lista, indican algo metafísico. Es decir, que tienen un sentido esotérico. Nos apartamos de esta interpretación.

El valor literario de Dostoievski se basa en gran parte en su esquizofrenia, en su mezcla de sensibilidad, de barbarie, de humilad y de sadismo, y al mismo tiempo en que toda la vida que refleja es por primera vez en la literatura íntegramente patológica. Aclarando lo enunciado diremos que el término esquizofrenia, compuesto modernamente, significa inteligencia dividida, inteligencia en el sentido de psiquis, de personalidad. La esquizofrenia es una defectuosa organización de las ideas que produce la duplicidad espiritual.

Cierra la trilogía de representantes del pensamiento ruso León Tolstoi (1828-1910), una de las mentalidades más evolucionadas por el devenir de sus teorías religiosas y filosóficas. Ultimamente practicó un cristianismo personalísimo tomado del *Sermón de la Montaña*, doctrina de piedad y de no resistencia al mal, predicada con una tendencia al ascetismo y un completo desdén hacia los ritos de la iglesia rusa ortodoxa.

Sostiene que el arte, cuyo fin es propagar la emoción, sólo es digno cuando tiende a la fraternidad y a la caridad, y que el amor no ennoblecido por la vida espiritual no es más que un pecado. Aun cuando logró influencia en Francia, sus ideas filosóficas y teológicas son rudimentarias; su personalidad es por eso exclusivamente literaria, en el campo de la novela y dentro de ese realismo representativo de la vida del pueblo ruso. La preferencia que siempre demostró por éste en sus clases modestas, y la severidad de que hizo gala con respecto a la clase aristocrática a la que pertenecía, dan testimonio de la elevación de su naturaleza moral y de la influencia que sobre su espíritu ejercieron las ideas de Rousseau.

Pero todo el pensamiento ruso no se redujo a la novela. La poesía se destacó con Pushkin, Lermatov y Kolzov, este último representativo de la canción popular con valor artístico. De entre los poetas que les siguieron, clasificados en los grupos de "la poesía pura" y "poetas del llanto social", debemos destacar a Tiutchev, cuyo lirismo poético se expresa en imágenes llenas de vida, de pureza y de emoción; cuyos versos representan a la naturaleza como un organismo íntegro y viviente, cuya fe en las fuerzas espirituales del pueblo ruso y la alta misión que le espera, conmueve y hace reflexionar.

Con el conde Alejo Tolstoi volvemos nuevamente a las capas más altas de la sociedad rusa, ya que el poeta fué camarada de juegos infantiles del Zar Alejandro II, cuyo cariño y aprecio supo conservar durante toda su vida. A pesar de la variedad de su lírica, su gloria literaria está en la trilogía histórica: "La muerte de Iván el Terrible", "El Zar Fedor Ioanovich" y "Boris Godunof". En este dominio del drama histórico, Pushkin fué el único autor ruso que lo superó. Ni la alta situación de Alejo Tolstoi en el mundo, ni su amistad con el Zar, preservaron su trilogía del veto de la censura teatral, y Tolstoi murió (1875) sin haberla visto representar. La censura cambió de parecer sólo a fines del siglo, y los tres dramas hicieron una jira triunfal a través de Rusia y aun del extranjero.

EN ALEMANIA: NIETSCHE. — Entre mil ochocientos setenta y la gran guerra (1914) el más característico de los pensadores alemanes es Nietsche (1844-1900). Al principio expresó y defendió la doctrina de Wagner y Schopenhauer, que luego abandona por la de Montaigne. Su libro "Cosas humanas, demasiado Humanas", lo aparta definitivamente al autor de la Tetralogía.

Sus teorías filosóficas toman como base la del super hombre que expone en su libro "Así hablaba Zarathustra". "El fin, dice, de la humanidad no está en el término hacia el cual marcha, sino en los ejemplares más perfectos que ella ha producido". Añade que el hombre desengañado de toda creencia, "debe hacer guerra a los demás, porque la piedad es una tentación no menos que un error engañoso; debe sacrificar todo, sin compensación alguna, al desarrollo armonioso de sí mismo". Ahondando en ese pensamiento manifiesta que "la religión de la piedad tiene el inconveniente inmenso de prolongar una multitud de existencias inútiles, condenadas por la ley de la selección, y de conservar y multiplicar la miseria en el mundo... Esa religión —dice— es una amenaza para la existencia y la salud moral de los más bellos ejemplares de la humanidad. Para el hombre superior, la vista de la miseria, del sufrimiento, de la deformidad y de la fealdad constituyen el mayor de los peligros, conduciéndole a la negación de la vida, sea por exceso de disgusto, sea por exceso de compasión...". Concluye así: "el cristianismo y la religión de la piedad han contribuído de un modo eficaz a la degradación de la raza europea y estorbado la

producción de hombres superiores, es decir, la evolución de la humanidad hacia el super hombre".

En el glosario nietzchiano, también es síntoma de decadencia el triunfo del ideal democrático, como los rasgos que se perfilan en la religión del sufrimiento.

Sosteniendo que en el mundo subconsciente reside nuestra verdadera personalidad, Nietsche crea con él el paraíso de los artistas, las regiones de la inspiración, de donde vienen al mundo sensible, traídas por el automatismo superior del genio en las realizaciones de la belleza y de la vida espiritual.

Además de "Así hablaba Zarathustra" debemos citar entre sus obras más divulgadas "El Viajero y su Sombra", "El Ocaso de los Dioses", "Genealogía de la Moral", etc.

Lo fundamental del error de Nietzche está en creer que la potencia vive y se engrandece en razón del "orgullo, la voluptuosidad y el espíritu de dominación", tres virtudes cardinales que, siguiendo el primitivo impulso biológico de aprovecharse de lo de otro en puro beneficio propio, quieren, en las relaciones humanas, olvidar la otra faz del vivir, vivir para otro y en otro, que es precisamente lo fecundo de las voluntades y las almas.

EN NORUEGA: IBSEN. — El grupo de los países del noroeste europeo también tiene a un representativo del pensamiento occidental.

Ibsen, ilustre dramaturgo (1828-1906), encarna el genio noruego. Desde su obra inicial, el drama histórico *Catilina*, a su tragedia *La tumba de los gigantes*, sus creaciones hacen una escala. Sus viajes a los centros alemanes (Berlín y Dresde) lo transformaron de simple dramaturgo en dramaturgo revolucionario. Dejó de componer obras históricas en verso y se dedicó al drama social, en prosa, que le dieron la fama universal que lo aureola, y entre los cuales cabe destacar a los titulados *Emperador y Galileo*, *Casa de Muñecas*, *Un amigo del pueblo*, *Espectros*, etc. En estos dramas es un anarquista revolucionario; sus argumentos son tomados de las cuestiones sociales y religiosas y exhiben doctrinas expresadamente individualistas. A pesar de ello es admirado además de su país en Alemania, Inglaterra e Italia.

LECCION LXX

EN GRAN BRETAÑA: SAMUEL BUTLER, KIPLING Y BERNARD SHAW. — Si el Imperio Británico comprendió en este final del siglo XIX una extensión enorme, incluyendo en su jurisdicción a zonas geográficas importantes de todos los continentes y latitudes, su unidad espiritual no se vió influenciada por esta dispersión de sus territorios. Las formas políticas diversas y las instituciones que consultaban la realidad del existir, no significaron morigerar o contrariar el sello personalísimo de una cultura que siguió teniendo en Gran Bretaña (la isla integrada por Escocia, Gales e Inglaterra) el centro de irradiación. Por el contrario, en su seno, como expresiones claras de su genio, vemos actuar a hombres que lo encarnan con título eminente pero que provienen o accionaron durante largo tiempo en aquellos alejados dominios.

Samuel Butler se hizo famoso por su novela satírica *Erewhon*, que alcanzó un gran éxito, pero su obra principal y una de las más perfectas expresiones de la literatura inglesa es "El camino de todos". Asimismo escribió "Nuevo viaje a Erewhon", palabra que es el anagrama de *nohwere*, cuyo significado inglés es "ninguna parte".

Resulta Butler un comentarista de la vida del siglo, sin consideraciones nacionales, en ese aspecto esencial de la contradicción de las cosas reales con las imaginativas o idealistas de los grandes principios. Comprobando lo que ya hemos expuesto, este representativo de la Gran Bretaña vivió largo tiempo en el Canadá y Nueva Zelandia (1835-1902).

Rudyard Kipling (1865), escritor y poeta, ganó el primer plano entre los literatos ingleses con su obra "El libro de las tierras vírgenes" en que alude a la vida del hombre en la naturaleza difícil de la India, y con poesías frecuentemente inspiradas en una familiaridad desnuda de reservas. En 1907 obtuvo el premio Nobel de Literatura.

En realidad Kipling es como la comprobación de ese enlace entre los dominios y la metrópoli. Educado en Inglaterra, actúa en su tierra natal, la India, como periodista y publicista. Su obra ya aludida, traducida a casi todos los idiomas, le ha dado fama universal, que mantuvo con una producción abundante como poeta, cuentista, etc. Es un interpretativo de la vida interior del hombre de occidente, que lleva su mundo propio

al escenario alejado de los bosques vírgenes, y en el cual la emoción más excelsa es el contraste de ese espíritu con las cosas simples de la naturaleza.

Completa la trilogía de los representativos de la Gran Bretaña, el renombrado Bernard Shaw (1856), novelista, autor dramático y socialista, una de las expresiones más discutidas del pensamiento inglés por las tesis de sus novelas y piezas de teatro. Pero evidentemente su labor encarna valores sanos de ideal y humanidad, trabajados con tal arte que los destaca mediante una fina sátira y con una belleza poética originalísima. Debemos a Shaw una de las versiones más interesantes de la Rusia contemporánea, de la cual es uno de sus panegiristas.

EN LOS ESTADOS UNIDOS: LAS TEORÍAS HISTÓRICO-SOCIOLÓGICAS DE LEWIS MORGAN, EL PRAGMATISMO DE WILLIAM JAMES Y LA HISTORIA DE LA EDUCACIÓN DE HENRY ADAMS. — Naturalmente la grandeza y esplendor material de los Estados Unidos de Norte América debía tener su correspondencia en las manifestaciones de la cultura. Y así como este gran país, conservando en lo fundamental el espíritu sajón, fué en realidad como un sincretismo racial, de los pueblos diversos que dieron a su masa popular aportes fabulosos de hombres, su genio, su espíritu, ofreció esa finalidad maravillosa de lo general, que sus representativos supieron valorar con las expresiones del pensamiento.

Naturalmente la interpretación del existir humano y la ciencia histórica fué una de las disciplinas predilectas. Lewis B. Morgan, con sus teorías históricas sociológicas, encara el problema del hombre social en el tiempo.

El pragmatismo es una filosofía orientada hacia lo práctico. Afirma la impotencia de la razón para establecer las altas verdades especulativas, como Dios, la existencia e inmortalidad del alma, etc. sosteniendo que no existe verdad absoluta al alcance del espíritu humano. Pero en vez de resignarse al positivismo o al escepticismo, los pragmáticos recurren para fundar una moral y una metafísica a argumentos que extraen de lo *útil*. Sostiene, por ejemplo, que si la *teoría* de la transformación del calor en movimiento explica muchos hechos y permite prever otros, tal teoría es buena porque es *útil*, y como tal debe ser aceptada aún cuando sólo fuese con carácter provisorio.

Con el mismo criterio el pragmatismo juzga a las teorías

especulativas, que si prestan servicio a la humanidad y mejoran la condición del hombre, deben ser también *buenas* y admitidas.

El pragmatismo fué propagado por el filósofo norteamericano William James y adquirió auge en Europa en razón de su sentido conservador.

Evidentemente no es una invención; Ovidio, al expresarnos *era útil* que existiesen Dioses, los escolásticos al no abundar en la investigación filosófica para no dañar al dogma religioso *útil, etc.*, son como antecesores de esta forma del pensamiento.

"Lo verdadero, dice James, no es sino aquello que de ventajoso hay en nuestra manera de pensar, así como el derecho no es sino la ventaja en nuestra manera de conducirnos".

El pragmatismo como filosofía ha recibido serios ataques. Abel Rey, por ejemplo, expresa que "la utilidad no justifica una creencia que se interroga a sí misma sobre la excelencia de su fundamento".

Henry Adams fué uno de los historiadores destacados y celebrado por su versión imparcial de los períodos de Jefferson y Madisson, pero su creación especializada fué la referente a la historia de la educación, de sus ideas fundamentales, sus métodos y los saldos logrados. En este sentido la tarea de reajuste emprendida sobre lo que el hombre había obtenido a través del tiempo, para preparar a sus semejantes, estableció principios que están informando el actual movimiento pedagógico.

CONCEPTOS ESENCIALES Y NOCIONES GENÉRICAS RESPECTO A LAS CUALIDADES REPRESENTATIVAS EN RELACIÓN O CONTRASTE CON SU ÉPOCA, Y COMPARACIÓN DE LAS ANALOGÍAS, AFINIDADES Y OPOSICIONES DESDE EL PUNTO DE VISTA HISTÓRICO, SOCIAL Y CULTURAL. — Aun cuando al ocuparnos de cada uno de los autores representativos del pensamiento francés, ruso, alemán, inglés, norteamericano y noruego, los situamos como expresión del proceso social, político y económico que ocurría en dichas naciones, como integrantes de la cultura occidental y por actuar en los primeros planos de esta última, es útil a título de resumen y precisamente como comprobación de esa cultura, destacar los conceptos esenciales que tales representativos en-

carnaron, como sus afinidades y oposiciones al momento histórico, social y cultural correspondiente.

Ese "momento" no es otro que los años que transcurren entre la caída del Segundo Imperio en Francia (1870) y la Gran guerra (1914), en otras palabras, las tres últimas décadas del siglo XIX, y los principios del XX, que deben ser considerados como una prolongación del anterior. El siglo XX en lo que tiene de expresión cultural no nace con la centuria, sino que adviene del derrumbe de los valores sociales producidos por la Gran Guerra.

A principios del siglo XIX, coincidiendo con el desprestigio y la ruina creciente de todo dogmatismo, apareció la doctrina kantiana con la pretensión de renovar todo el edificio de la ciencia especulativa, no por el desacreditado medio de un nuevo sistema igualmente dogmático, ni por una nueva clasifitrina kantiana con la pretensión de renovar todo el edificio de conocimiento mismo, estudiando la razón despojada de todo elemento exterior.

Es posible que sus resultados no hubiesen correspondido a su esfuerzo, desde que en realidad no accionó con éxito contra la sugestión del escepticismo, pero no es menos exacto que el movimiento filosófico que le siguió tuvo que debatir las cuestiones y problemas que planteara, sea cual fuese su afiliación o su escuela.

Por ello el punto común de partida de las dos corrientes fundamentales de la filosofía contemporánea (siglo XIX), en una de las cuales está Schopenhauer y en la otra Hegel, que traducen el momento espiritual europeo, es la filosofía kantiana. Kant consideraba toda experiencia como constituída por un elemento formal (las categorías) y uno substancial (las impresiones en los sentidos). Percibir era para el filósofo acomodar las sensaciones de nuestros sentidos en los esquemas que preestablecía la inteligencia. La percepción no tomaba de los objetos sino aquello que podía adaptar y determinar según las formas prescriptas o categorías, que eran formas puras del intelecto.

Una de estas corrientes (iniciada por Fichte) es la idealista; niega la existencia de la "cosa en sí" a la que considera como una abstracción del pensamiento, o en otras palabras no admite la dualidad de la forma y del contenido del conocimien-

to; posteriormente esta corriente llega (con Gentile) a concebir la experiencia como forma absoluta.

La segunda de las corrientes filosóficas, llamada por muchos intuicionismo, no niega la existencia de una "realidad en sí"; pero la niega como asunto incognoscible; luego acepta las categorías kantianas como formas puras del entendimiento. Admite al lado de la inteligencia otra forma de conocimiento que puede llevar al fondo oculto de la realidad, y que es la intuición de Schopenhauer y Bergson, llamada *voluntad* el uno, e *impulso vital* en Bergson. Conforme a ella la cosa en sí, impenetrable siempre para la inteligencia abstracta, se despoja de su impermeabilidad y se intima al espíritu mediante un conocimiento inmediato. Pero la concepción vital del período ha sido pragmática, de dominio sobre la naturaleza; considerándose a la vida principalmente a través de las perspectivas materiales. La humanidad veía en el mundo un dominio explotable y a la vida como una gigantesca empresa capaz de proporcionarnos bienes tangibles, mensurables, en riqueza, comodidad y bienestar. Era necesario la tranquilidad a todo trance, y aquel programa se lograba mediante la ciencia, única que pone en las manos los medios para esa vida. La visión del mundo era materialista, y creaba lo que se ha llamado la concepción manchesteriana de la vida.

Si recapitulamos las circunstancias sociales, políticas y económicas de 1870 a 1914, vemos que todo está construído sobre esta preeminencia de lo material. La organización y el existir de las naciones, las actividades de la ciencia, la jerarquía del pensamiento, las bases éticas de la vida humana y hasta el propio ideal de belleza, parten de esta prelación de los valores físicos y se juzgan y miden con el metro de la realidad.

Los continuadores del pensamiento de Darwin pretendían la trasmutación de las especies como los alquimistas la de los elementos. Nuestra época ha demostrado las posibilidades de unos y otros. En todos ellos, como siempre ocurre, había un fondo de verdad. Los químicos llegaron a la desintegración del átomo y los marxistas, por el camino darwiniano, a la del hombre. Casi al mismo tiempo los unos llegaron a los elementos primos de la materia, los otros a las individualidades espirituales simples del hombre.

Pero esto no es cultura ni civilización. Cuando los españo-

les llegaron a América, la zona del Yucatán presentaba la materialidad de una civilización gloriosa, la de los mayas, cuyas ciudades viejas estaban ocupadas por hombres simples. Sobre la piedra de los enormes y magníficos templos, hombres que desconocían aquella cultura y la técnica de su civilización, quemaban perfumes reproduciendo los antiguos sacrificios, sin conocer ni intuir los mitos del pueblo perdido.

Quitar del ser espiritual del hombre contemporáneo la inquietud gloriosa que lo dignifica, conformar su esperanza renovadora al horizonte de una línea igual para todos, hacer por ellos, pensar por todos, sentir por la masa, es algo que no cabe en nuestro concepto universal de la vida y que estuvo sistemáticamente contrariado por el pensamiento del siglo XIX.

Si deseáramos comprobar esta observación general, hecha en cuanto a la cultura de occidente, en alguna de sus manifestaciones concretas, como ser la belleza, no haríamos otra cosa que ratificarnos. Tomemos por ejemplo a Francia, cuyo pensamiento vale como expresión nacional y por la influencia que irradió sobre los grupos latinos. Antes de 1870 (primer período) su concepción es romántica, como el sello de sus inquietudes y de su rol histórico social, pero entre esa fecha y 1914 la concepción realista del siglo se filtra en su literatura para mezclarse más tarde con las trompas parnasianas y el arrullo del simbolismo. El modernismo, que fué su saldo, resultó una sugestión de las diversas escuelas. Los parnasianos enseñaron nuevas bellezas de línea y de forma, los simbolistas y decadentes nuevos sentidos del color y del matiz, y una sensibilidad más profunda para las musicales posibilidades de la palabra. El simbolismo ensanchó el panorama y al incorporar frases y nuevos giros adquirió el idioma un sentido de matiz y ritmo musical hasta entonces totalmente desconocido. Su propósito fué traducir un sentimiento interior de la vida, una interpretación de la misma, y no su pintura o la versión de su realidad, pero el alto propósito cedió a la presión de la fuerza general que hemos consignado y el símbolo no pasó de una reproducción literaria de lo objetivo.

El sello del siglo XIX, que ofrece una literatura en que dominan el intelectualismo y el racionalismo, es más fácil de captar cuando se lo compara con nuestro sentido actual de la vida o sea el siglo XX. Este, que en realidad nace después de la gran guerra (1914), es antiracionalista, antitécnico, anticartesiano

y su literatura ofrece además expresiones inquietas, neoromántica y neomísticas, triunfando las corrientes emocionales, intuicionistas y religiosas. Reaccionándose contra la existencia industrial y materialista, acrecen los valores espirituales y se exalta el alma del hombre.

La literatura usa de medios de expresión más simples, más directos y más sinceros. En vez de los refinamientos del estilo, las urdimbres retóricas y las preciosas sutilezas, el rasgo común es el vigor. Se ha roto con el equilibrio y la estabilidad, para entrar a una convulsión revolucionaria, por un ansia de renovación bajo impulsos intuitivos y exaltaciones espirituales.

El heroísmo, la audacia y el genio inventivo son tres posiciones individuales cuya generalización en la masa constituyen los tres elementos que forman la grandeza de las naciones.

En nuestra hora actual existen pueblos que perdieron el sentido místico y religioso de la vida. El materialismo histórico que apagó la llama del entusiasmo, ha reducido inexorablemente la facultad del hombre al vulgar nivel de las medidas indecisas y consiguientemente se descuidan esos elementos imponderables a los cuales se da el nombre de idea.

Es precisamente de esa declinación de la que el espíritu occidental desea escapar trabajando todo lo que implica inquietud, y que no se encuentra en la materialidad sino en lo universal de nuestro mundo interior.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

INDICE

LECCION I. — Los factores geográficos, económicos, políticos, morales e intelectuales de la civilización. — Técnica y cultura. — Cultura y sociedad. — Cultura y civilización. — Civilización y Estado 4

LECCION II. — Prehistoria: sus condiciones; sus etapas técnicas y culturales. — Transición de la prehistoria a la historia: los metales; la escritura 9

LECCION III. — La cultura del Egipto prehistórico y predinástico. — La cultura y civilización del Egipto arcaico; sus crisis y transición al feudalismo. — Indicación del proceso, organización y desarollo de la agricultura, la industria, el Estado, las costumbres, la religión y las artes, en estos dos períodos 17

LECCION IV. — La cultura y civilización del Imperio egipcio. — Indicación del proceso, organización y desarrollo del Estado, la economía, la administración, las costumbres, las ideas, la religión, las artes y la literatura. Internacionalismo y monoteísmo: Iknatón. — Legado del Egipto a la cultura y civilización 23

LECCION V. — La cultura y la civilización mesopotámica desde el período sumerio-semita hasta la destrucción de Nínive. — Epoca de Sargón de Akkad, Hamurabi y Nabucodonosor. Indicación del proceso, organización y desarrollo de la economía, la política, las ideas, el derecho, las letras, las artes y las ciencias en estos períodos. — Referencias cronológicas y comparativas con respecto al Egipto. El legado mesopotámico 28

LECCION VI. — La cultura y civilización de los fenicios 32

LECCION VII. — La cultura y civilización de los hebreos. — Organización y desarrollo cultural y político-social de los hebreos desde la conquista de Palestina hasta el regreso del cautiverio de Babilonia. Proceso correlativo de las ideas religiosas (Amós e Isaías) 36

LECCION VIII. — Desarrollo de la idea de Dios, desde la divinidad tribal hasta la revelación del Padre universal. — La elección; su vocación y misión sobrenatural. La doctrina del Mesías. — Jeremías, Ezequiel y el segundo Isaías. El antiguo Testamento. Referencias cronológicas y comparativas con respecto al Egipto y a la Mesopotamia. El legado hebreo 39

LECCION IX. — La cultura y la civilización del Irán. — Organización y desarrollo de las circunstancias político-sociales, de las ideas y de la religión, desde la dominación de los medos hasta los conflictos con Grecia. — Zoroastro; el culto de Mitra; los magos. — Referencias cronológicas y comparativas con respecto al Egipto, a la Mesopotamia y Palestina 43

LECCION X. — La cultura y civilización de la India. Geografía y pueblos. — Organización y desarrollo de las circunstancias históricas, económicas, políticas, y religiosas desde las invasiones

Alejandro. La institución de las castas; ...anismo. — Buda; su época, su personali... ...a. — Referencias cronológicas y comparati... ...o a los pueblos del Oriente clásico 48

...La China; geografía y pueblos. — Organización y ... de los distintos períodos históricos, económicos y po... ...ciales, desde la dinastía Chu hasta la época de Confu... — Proceso correlativo de las ideas religiosas y morales. ...otze, Confucio y Mencio. — Referencias cronológicas y comparativas con respecto a la India y el Oriente clásico 51

LECCION XII. — La civilización Egea, Creta: Cnossos. — Organización y etapas de la cultura cretense: la actividad económica, marítima y colonizadora; las industrias y las relaciones internacionales; vida urbana y campesina. — Régimen político y civil: aristocracia mercantil, condición privilegiada de las mujeres; las artes y la religión. — Período de apogeo y decadencia. Referencias cronológicas y comparativas 56

LECCION XIII. — *La cultura y civilización Creto-Micénica y Troyana.* — El feudalismo Aqueo. La guerra de Troya (Homero). — Las inmigraciones e invasiones dóricas: el derrumbamiento de la civilización creto-micénica. — Movimiento de pueblos en el Mediterráneo: Aqueos, troyanos, etruscos y filisteos 60

LECCION XIV. — *Períodos de los Reyes en Grecia.* — Circunstancias culturales, sociales, políticas y económicas correspondientes al período de los reyes en Grecia 66

LECCION XV. — *Del período de los nobles a la instauración democrática.* — Indicación del proceso, de la cultura y civilización helénicas desde el gobierno de los nobles hasta el auge de los tiranos y la instauración democrática. — Expansión colonial, etc. — Licurgo y Solón; sus reformas; consecuencias. — Thales, Heráclito y Pitágoras 71

LECCION XVI. — *Atenas y Esparta desde la instauración democrática en Atenas hasta las consecuencias culturales y político-sociales de las gueras médicas.* — Civilización de Atenas y Esparta. Pericles 79

LECCION XVII. — *Indicación de las tendencias poéticas y filosóficas en relación con las circunstancias históricas.* — Materialismo, atomismo, escepticismo, sofística y racionalismo. — Sócrates y Platón; reacción ética y su trascendencia universal 87

LECCION XVIII. — *Indicaciones de las correlaciones entre las circunstancias político-sociales y la creación literaria.* — Esquilo. — Sófocles. — Aristófanes 95

LEECION XIX. — *Indicación de las correlaciones entre las circunstancias político-sociales y la Historia.* — Herodoto, Tucídides y Jenofonte 100

... XX. — *Indicación de las creación del arte desde el período ... al período clásico.* — La arquitectura, la escultura y la ...dias, Praxiteles, Apeles y Polignoto 102

...cación del proceso de la cultura y civilización ...dro hasta el período helenístico. — La ...iguo. — Demóstenes y Esquines. — 106

LECCION XXII. — *Indicación del desarrollo cu... helenística del mundo antiguo.* — Estimación... civilización del Oriente clásico y el mundo he... y civilización helénica y helenística. — Alejandría... Cosmopolitismo helenístico ..

LECCION XXIII. — *Proceso de la cultura y civilización de Ro... los orígenes hasta la conquista de Italia* — Aparición de ... — Influencia etrusca y helénica. — Conflictos entre patri... y plebeyos ..

LECCION XXIV. — *Proceso de la cultura y civilización de Roma desde el período de las guerras púnicas hasta las vísperas del Imperio.* — Influencia helenística. — Los gracos: su ideología y sus motivaciones. — La guerra civil. — La oligarquía senatorial; advenimiento de las clases financieras; los caballeros. — El círculo helenizante de los Escipiones. Polibio, Plauto y Terencio 137

LECCION XXV. — *Proceso de la cultura y civilización romana desde las vísperas del Imperio hasta la época de Augusto.* — Circunscias militares y político-sociales. — Advenimiento de Julio César. — Penetración helenística .. 149

LECCION XXVI. — *Tendencias y motivaciones culturales.* — Generalidades. — Lucrecio. — La poesía de moda: Cátulo. — César, escritor; su carácter, su objetividad. — Cicerón .. 158

LECCION XXVII. — *La época de Augusto.* — Proceso y transformación económicas y político-sociales hasta Diocleciano. — La Judea helenística de la época de Jesús .. 162

LECCION XXVIII. — *Tendencias, motivaciones y características culturales.* — Cultura y hombres de ciencia que se destacan de Augusto a Diocleciano. — Plinio el viejo. — Estrabón. — Virgilio, Horacio y Ovidio. — Tito Livio. Tácito. — Séneca. — Epicteto. — Juvenal. — Marcial. — Luciano. — Plinio el joven. — Marco Aurelio .. 171

LECCION XXIX. — *Proceso y efectos de la vida cultural en el Imperio.* — Indicación general. — Arquitectura, obras de urbanización. — La Roma de Augusto. — Vida de relación. — El deísmo racionalista; los estoicos; su preparación moral para el cristianismo. — San Pablo en Roma .. 176

LECCION XXX. — *De Diocleciano a Constantino.* — Proceso y decadencia de la vida cultura y económico-social. — Propagación, vicisitudes y triunfo del Cristianismo. — Escritores cristianos: Tertuliano, San Jerónimo, San Agustín. — El legado romano y la sucesión cristiana .. 182

EDAD MEDIA

LECCION XXXI. — *De Constantino a Justiniano.* — Situación del ... perio romano y proceso de las invaciones bárbaras. — ... lítica mundial de Justiniano ..

LECCION XXXII. — *Los Reinos bárbaros.* — Co... de los reinos bárbaros de Occidente. — ... zantina. — Situación político soci...

LECCION XXXIII. — *Circunstancias políticas y sociales bajo Carlomagno.* — Organización administrativa de las conquistas; régimen social; y acción educativa; sus efectos políticos y culturales en Occidente. — Sistema feudal. — Guerras. — Los siervos y la hacienda; el castillo 208

LECCION XXXIV. — *La Iglesia, el Papado y el Imperio Romano-Germánico.* — Orígenes. — Organización económica y jerárquica; carácter de sus conflictos temporales y espirituales. — Unidad católica de Occidente. — El período de los Stauffen; su apogeo y su fin; efectos políticos y sociales. — Florecimiento de la cultura medioeval entre los siglos XI y XIII. — Influencia cultural de las Cruzadas (las de Oriente y Occidente). — Ordenes religioso-caballerescas 216

LECCION XXXV. — *La sociedad y el Estado entre siglos XI y XIII* — Estructura social, clases y jerarquías. — Las concepciones y contradicciones políticos; güelfos y gibelinos 230

LECCION XXXVI. — Los monjes, los clérigos, las universidades y las iglesias; la Internacional de los letrados 237

LECCION XXXVII. — *El pensamiento católico medioeval.* — Los fueros de la inteligencia. — Influencia de Platón y Aristóteles. — Influencia musulmana y judía 244

LECCION XXXVIII. — Abelardo, su enseñanza. — Alberto el Grande, su enseñanza. — San Francisco, su acción espiritual, etc. — Santo Tomás de Aquino, Roger Bacon y Duns Scotto 250

LECCION XXXIX. — *Las literaturas en el apogeo de la Edad Media.* — Las literaturas heroica, edificante, amatoria y popular: los Cantares de Gesta, las vidas de santos, los misterios, los romances, las trovas y los cuentos. — Orígenes de las lenguas modernas .. 256

LECCION XL. — *El Arte en la Edad Media.* — Transición del arte románico-bizantino al arte gótico. — Florecimiento del arte gótico. — Esplendor de los siglos XI y XIII 262

LECCION XLI. — *La civilización musulmana y su cultura durante la Edad Media.* — Orígenes, etapas y desarrollo. — El Califato de Córdoba; su esplendor cultural; la Universidad de Córdoba; su influencia occidental 266

LECCION XLII. — *Proceso de integración territorial e independización de los grandes Estados de Occidente con respecto al Papado.* — Información de este proceso, de sus antecedentes y desarollo entre los siglos XIV y XV. — Evolución social, política, jurídica y económica en Inglaterra. — El Parlamento inglés; su origen y desarrollo. — Las herejías y los cismas, las revueltas agrarias y urbanas en Alemania, Inglaterra y Francia. — Unificación y nacionalización 272

LECCION XLIII. — *Las condiciones políticas y sociales de Italia entre los siglos XIV y XV.* — Generalidades. — Los precursores: Ezzelino y Federico II. — La teoría liberal y católica de Tomás de Aquino. — La personalidad histórica y cultural de Federico II; el sur de Italia y la influencia musulmana 283

LECCION XLIV. — Las ciudades, repúblicas y principados italianos; rasgos fundamentales de su carácter político, económico y cultural. — La Anarquía y las tiranías italianas. — Rienzi; la

tradición romana en Italia. El sistema de Estado italiano; sus características y sus defectos 289

LECCION XLV. — *La transición cultural al humanismo.* — Circunstancias sociales. — Dante; su vida, su carácter, su obra 296

LECCION XLVI. — Petrarca; "El Cancionero" — Vida y carácter. — Bocaccio; carácter de su mentalidad y de su cultura 301

LECCION XLVII. — *Las ciudades medioevales y los burgueses.* — Condición originaria y sus progresos. — Las corporaciones urbanas y la política. — Las ciudades y los inventos; su relación con la última etapa de la civilización medioeval 309

EDAD MODERNA

LECCION XLVIII. — *Las ciudades italianas y el Renacimiento.* — La concepción del Estado como obra de arte. — El Estado y el Papado. — El Estado y el individuo; el sentido de la personalidad. — Los tiranos, el orden civil y la libertad cultural; sus efectos 316

LECCIÓN XLIX. — *La cultura del Renacimiento.* — Florecimiento del humanismo; Mecenas y promotores (los Papas, los Medici, etc.) Los autores de la antigüedad; la imitación y la recreación. — Características de la nacionalidad y universalidad de los italianos del Renacimiento; los viajes y las actividades científicas; etc. — La vida social; etc. 323

LECCION L. — Maquiavelo; su teoría histórica y política. Carácter representativo de Maquiavelo. — Guicciardini y la historia de Italia. Su doctrina y su influencia 330

LECCION LI. — Leonardo; su carácter; su ciencia; su arte y su obra literaria. — Miguel Angel: su carácter y su obra. — Rafael: su carácter y su obra 337

LECCION LII. — *Consecuencias de los grandes descubrimientos geográficos de la civilización occidental.* — Antecedentes. — Sus efectos económicos, políticos y culturales en la moderna Europa occidental 342

LECCION LIII. — *El Renacimiento y la Reforma en Alemania y los Países Bajos.* — Penetración cultural del Renacimiento; sus efectos estéticos e ideológicos (la pintura; Erasmo, Melanchthon). Orígenes sociales de la Reforma en Alemania y los Países Bajos; sus efectos políticos, económicos e ideológicos. — Lutero; los príncipes alemanes y la guerra de los campesinos; principios de las guerras de religión. — Lutero y la traducción de la Biblia; antecedentes y consecuencias culturales 350

LECCION LIV. — *El Renacimiento y la Reforma en Francia.* — Penetración cultural del Renacimiento; sus efectos estéticos, ideológicos y sociales hasta Rabelais y Montagne. — Orígenes sociales y culturales de la Reforma; sus efectos. — Calvino, los hugonotes; comienzo de las guerras de religión en Francia 357

LECCION LV. — *El Renacimiento y la Reforma en Inglaterra.* — Penetración cultural del Renacimi[illegible] efectos estéticos e ide[illegible]

lógicos hasta Shakespeare y Bacon. — Orígenes políticos y económicos de la Reforma; sus efectos estéticos hasta Cromwell y Milton. — Desarrollo social bajo el reinado de Isabel. — Actividades marítimas y colonizadoras 363

LECCION LVI. — *La conquista de las Indias.* — La unificación y el imperialismo en España. — Efectos sociales y culturales de la expulsión de los judíos y moriscos. — Las Indias occidentales y la influencia del oro; las guerras de España en Europa y la pauperización del pueblo español. — La Inquisición; consecuencias de su actividad en España. — Efectos psicológicos de la acción europea en España. — La ideología renacentista en España; sus representantes aislados; su relativo anacronismo. — Los místicos; Cervantes; la novela picaresca 373

LECCION LVII. — *La Contra Reforma y el fin del Renacimiento.* — Antecedentes, circunstancias y efectos. — La Compañía de Jesús; su organización, su finalidad, su acción. — Condiciones políticas y sociales durante las guerras de religión hasta el final de la guerra de treinta años. — Decadencia social y económica en Alemania. — La hegemonía política y cultural de Francia. (Richelieu y Luis XIV). — La transformación constitucional de Inglaterra (Cromwell y la Restauración) 385

LECCION LVIII. — *Las correspondencias ideológicas y científicas.* — Descubrimientos y teorías fundamentales de Galileo, Copérnico y Newton. — Leibniz y Harvey. — Giordano Bruno y Bacon. — Descartes y Pascal. — Hobbes, Spinosa y Locke 395

LECCION LIX. — *El siglo de Luis XIV.* — Apogeo del absolutismo monárquico; el Rey y el Estado; la nobleza cortesana; el proteccionismo industrial y las empresas coloniales. — Pascal; sus pensamientos. — Port Royal. — Corneille; su carácter y su obra. — Racine. — Moliere. — Hegemonía de la cultura francesa en Europa 406

LECCION LX. — *Reseña de la acción de los despotismos ilustrados hasta mediados del siglo XVIII.* — Reformas políticas, económicas y culturales en Rusia, Prusia y Austria. — Triunfo del imperialismo colonial inglés hasta la Revolución norteamericana. — Florecimiento del economismo inglés y el enciclopedismo francés 417

LECCION LXI. — *Las influencias culturales hasta mediados del siglo XVIII.* — Adam Smith, Gibbon y David Ricardo (Inglaterra), Montesquieu, Voltaire y Rousseau (Francia): sus principios esenciales. — Bach y Mozart 429

EDAD CONTEMPORANEA

LECCION LXII. — *Transformaciones político sociales, desde la Revolución francesa y Napoleón Bonaparte hasta Napoleón III.* — Generalidades. — Los cambios económicos y jurídicos de la Revolución. — La obra de la Convención y de la República; la acción económica y legislativa de Napoleón. — La independencia de las colonias sudamericanas. — El congreso de Viena. — Las revoluciones nacionales y políticas hasta 1848 441

LECCION LXIII. — Incremento del maquinismo, el vapor, el ferrocarril, la navegación. — La revolución industrial inglesa. — El industrialismo, el capitalismo, el sindicalismo y el socialismo 459

LECCION LXIV. — *Correspondencias y contradicciones culturales del período que se inicia con la Revolución francesa y termina con Napoleón III.* — En Alemania: La filosofía de Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer y Feuerbach. — El drama poético de Goethe, Schiller, Hebbel y Heine. — Beethoven y Wagner 472

LECCION LXV. — En Francia: teorías de Laplace, Lamarque y Cuvier. — La Comedia Humana de Balzac. — Historiadores burgueses: Guizot, Michelet, Thierry y Thiers. — Obras de Víctor Hugo. — Comte 480

LECCION LXVI. — Inglaterra: Byron, Schelley, Coleridge y Carlyle. — Doctrinas de Stuart Mill y de Darwin. — Dickens. — Comparación de las manifestaciones culturales de Alemania, Francia e Inglaterra 487

LECCION LXVII. — *De Napoleón III hasta la guerra mundial de* 1914. — El Imperio alemán, su origen y su desarrollo interno. — La Comuna y la Tercera República en Francia. — El nuevo reino de Italia. — La guerra de Crimea. — Las reformas político-sociales del Imperio británico. — El imperialismo de las grandes potencias europeas en Africa y en Asia. — Burguesía liberal e industrial en Rusia; la emancipación de los siervos; la agitación revolucionaria. — La guerra esclavista en los Estados Unidos. — La lucha internacional por los mercados mundiales; un nuevo imperialismo: los Estados Unidos. — La carrera de los armamentos. — La guerra de 1914 497

LECCION LXVIII. — *Correspondencias, afinidades y oposiciones culturales de este período.* — En Francia: Baudelaire, France; Román Rolland, Proust y Gide. — Claude Bernard y Pasteur. — Taine y Renán. — Bergson y Meyerson . . . . . 51[illegible]

LECCION LXIX. — En Rusia: Turgueniev, Dostoievski y Tolstoi. — En Alemania: Nietsche. — En Noruega: Ibsen . . . . . 52[illegible]

LECCION LXX. — En Gran Bretaña: Samuel Butler, Kipling y Bernard Shaw. — En los Estados Unidos: Morgan, James y Henry Adams. — Conceptos esenciales y nociones genéricas desde el punto de vista histórico, social y cultural . . . . . 53[illegible]

Inv. 30125
21.0.86
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS